Jamás despiertes
a aquello que duerme



OSCURA

KERI LAKE

OSCURA

KERI LAKE



Traducción de
Carlos Abreu Fetter,
Rocío Gómez de los Riscos
y Jorge Rizzo Tortuero

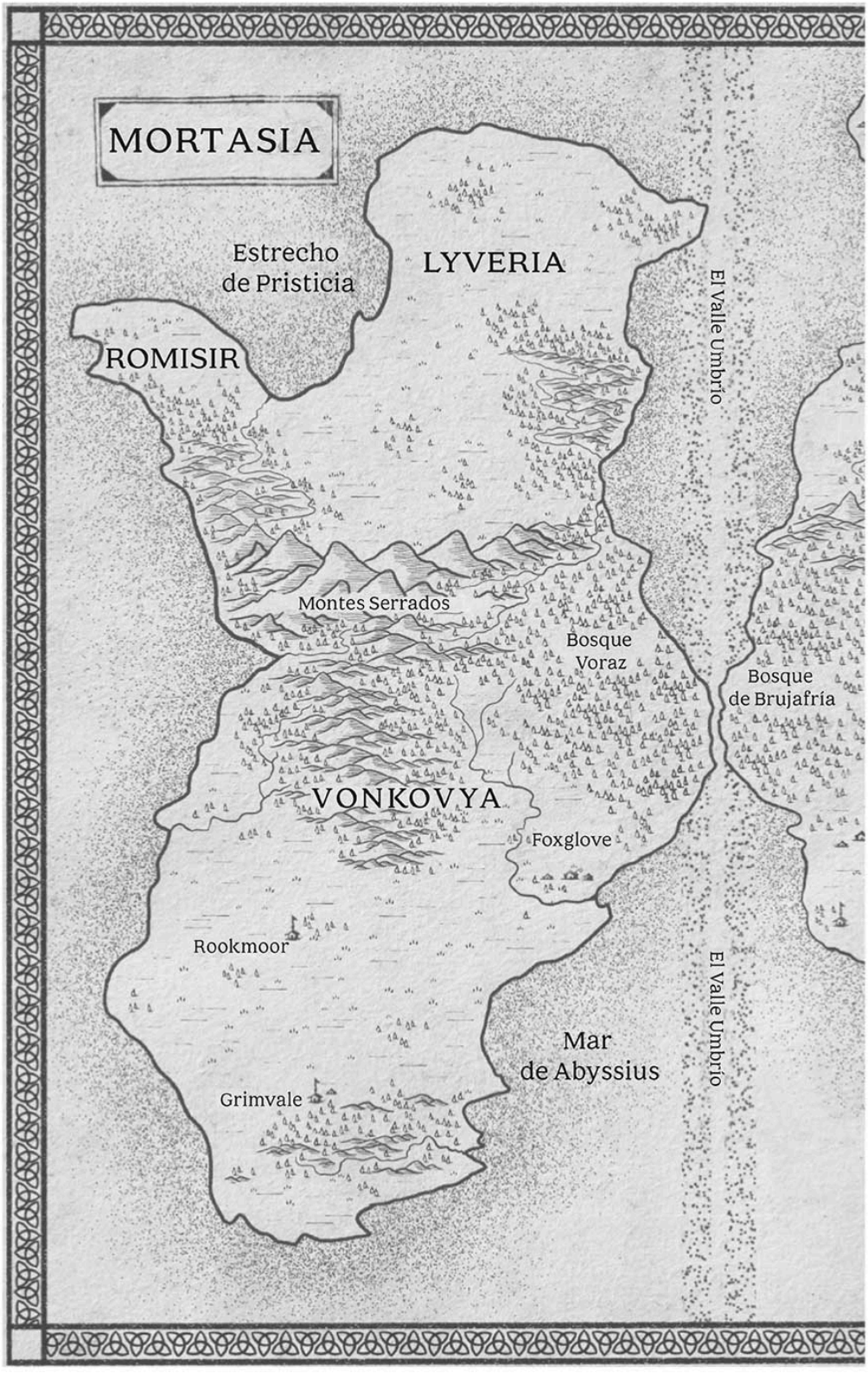
PLAZA JANÉS

Así mueren aquellos de alma oscura,
o viven a manera de escorpiones circundados de fuego.

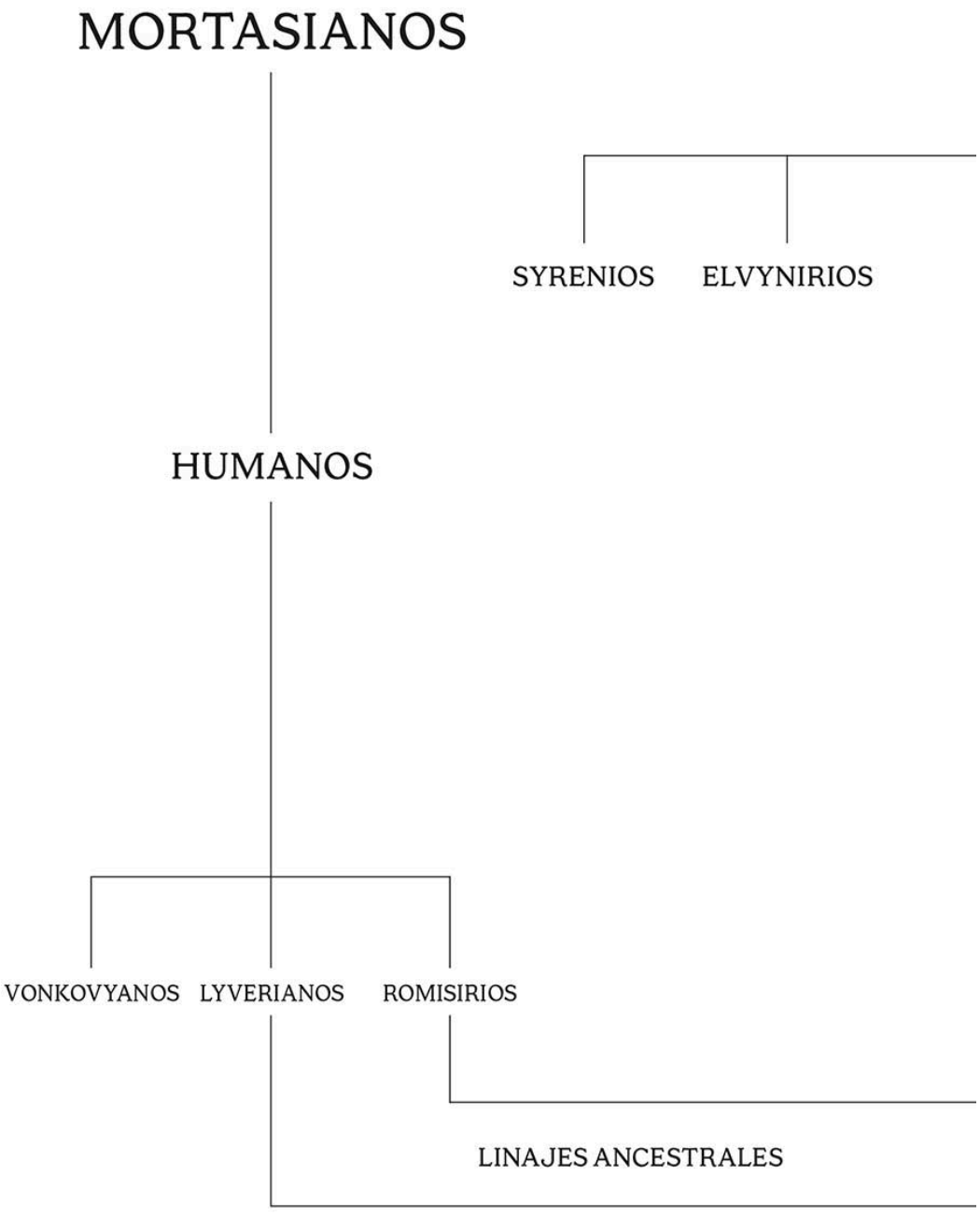
LORD BYRON

Advertencia

Este libro contiene descripciones explícitas de situaciones sexuales, así como escenas violentas que podrían herir la sensibilidad de algunas personas.


MORTASIA
Estrecho
de Pristicia
LYVERIA
ROMISIR
El Valle Umbrío
Montes Serrados
Bosque
Voraz
Bosque
de Brujafría
VONKOVYA
Foxglove
Rookmoor
Mar
de Abyssius
El Valle Umbrío
Grimvale


Scytheria
SOLÁCEA
Luximos
Bosque
de Fyerian
Kastelia
Canal de Australius
Fortaleza
Corvus
DRACONYSIA
Xythianok
Sierra de Veritia
Mar
de Primmia
EREMICIA
NYXTEROS
Salto
de Lunamarysz
Costelwick
Eidolon
Río Aeramere
El Arrabal
Susurria
Valle de Ossuis
Bahía
de Qu'Brysia
Veneficarys
VESPYRIA
Fosa
de Crussuria
Bosque de Grymswood
Wyntertide
Maleviarys
CALYXAR
ETIRIA


MORTASIANOS
SYRENIOS
ELVYNIRIOS
HUMANOS
VONKOVYANOS
LYVERIANOS
ROMISIRIOS
LINAJES ANCESTRALES


ETIRIOS
EREMICIOS
ÓRGODOS
DRYADIVIROS
MÁNTICOS
CÓRVICOS
SOLÁCEOS
LUNÁCEOS
ZEFROMITAS
NYXTERIOS
VESPYRIOS
DRACONYSIOS

Razas etirias

Córvicos: antigua tribu de mortales extinguida a causa de un genocidio. Rendían culto a la diosa de la muerte. Se dice que por sus venas corre sangre de los corvugones, originarios del norte de Nyxteros. Características: cabello oscuro, tez aceitunada, mortales.

Dryadiviros: raza de etirios que moran en el bosque y en ocasiones adoptan forma de árbol. De aguda inteligencia, muchos acuden a ellos por su sabiduría. Se cree que son los antepasados de los mánticos. Originarios del este de Vespyria. Características: piel áspera como corteza o raíz, astas que asemejan ramas, capacidad de manipular poderes elementales.

Elvynirios: aquellos que practican la magia a través de la nexumis. De gran inteligencia, se los escoge con frecuencia como consejeros del rey. Originarios de la nevosa isla de Calyxar. Características: tez oscura o aceitunada, cabello blanco (algunos tienen pelo rojo y tez pálida), orejas puntiagudas.

Eremicios: originarios de las tierras desérticas de Eremicia; guerreros de destreza excepcional con el poder de manipular la arena y el fuego. Características: cabello oscuro, piel escamosa que puede adquirir el color de la arena, ojos de color granate oscuro.

Lunáceos: mánticos cuya magia de sangre se ve potenciada por la luna; originarios de Nyxteros, Draconysia y Vespyria. Características: cabello oscuro o de color plata, tez pálida y plateada, ojos azules o dorados.

Mánticos/mantinatos: humanos inmortales nacidos con magia de sangre.

Órgodos: bestias similares a los ogros, conocidas por ser violentas en extremo; aunque carecen de poderes mágicos, poseen una fuerza excepcional; originarios del norte de Solácea y de Maleviarys, en el sur de Vespyria. Características: humanoides musculosos de piel verdosa o azulada; algunos tienen colmillos afilados y orejas puntiagudas.

Soláceos: mánticos cuya magia de sangre se ve potenciada por el sol; originarios de Solácea; se cree que fueron los primeros mánticos inmortales. Características: tez aceitunada, cabello rubio, ojos azules.

Syrenios: habitantes del mar con aletas y largas colas escamosas. Se los describe como seres de una belleza cautivadora, pero peligrosos, pues son crueles y les gusta el sabor de la carne de los mánticos. Moran en las frías profundidades del mar de Primmia; algunos marineros humanos afirman haberlos visto también en el mar de Abyssius. Características: cabello negro o blanco, tez oscura o clara, ojos plateados o dorados; se dice que quienes viven por debajo del foso de Crussuria tienen ojos negros y tez de color gris pálido.

Zefromitas: fruto del cruce entre mánticos y órgodos; tan agresivos como competitivos; son discriminados por los órgodos. Características: físico similar al de los mánticos, pero más robustos; algunos parecen más bien órgodos con menos músculos.

Glosario

Acero de Venetox: metal resistente que cuentan que se forjó en Nethyria.

Altasangre: etirio de alta cuna y gran fortuna.

A'miszhla: «mi amor» en primyriano.

Ascenso: fase parecida a la pubertad en la que los mánticos empiezan a manifestar la magia de su estirpe.

Aura: rastro de magia que puede usarse para identificar a un mántico.

Azurmadina: elemento que se encuentra en las cuevas de los Montes Serrados y despide un brillo azulado.

Barrera liminal: umbral que separa el tiempo y el espacio; barrera entre los inmortales y las visiones divinas.

Belicería: técnica de combate en la que se emplean glifos sobrenaturales y hechizos de sangre.

Bellatryx: grupo de mujeres guerreras, mitad soláceas, mitad zefromitas.

Biculia: afección que altera el color del iris tras una lesión.

Caligorya: espacio oscuro en el interior de la mente.

Caligosi: animal cuya piel se utiliza para elaborar cuero.

Cammyck: prenda interior femenina ajustada de una sola pieza que

cubre el torso.

Cantafel: hechizo que permite atravesar el Valle Umbrío (y que solo unos pocos conocen).

Cardubera: un afrodisiaco muy potente.

Carnificado: mántico que se ha vuelto violento por consumir demasiado vivicantum.

Carnófago: dragón de forma serpentina que mora bajo tierra, conocido por comerse los cadáveres de los cementerios.

Celistrioces: seres agresivos cuyo aspecto es el de una luciérnaga con rostro humano.

Ceremonia del Devenir: rito iniciático de paso de las jóvenes hacia la edad adulta y la madurez sexual.

Cerezuela: baya dulce, fruto de la vid, con la que se elabora vino. De las hojas se extrae un aceite que, según se dice, ahuyenta a los espíritus malignos. Las flores, que forman parte de la familia de la belladona, resultan muy tóxicas en caso de ingestión.

Cor de Etiria: el núcleo de Etiria, a miles de leguas bajo la superficie, donde la llama negra arde con más fuerza.

Corvugón: criatura pariente del dracón, de cuerpo sinuoso con cuatro patas, plumas, pico y alas, que exhala llamas plateadas.

Chicabina: hierba aromática cuyas flores sirven como relajante muscular.

Deimosis: miedos que dejan las personas al morir y asumen forma de sombras.

Demutomancia: forma prohibida de magia que consiste en la alteración de la sangre.

Dorona: nombre por el que se conoce a la colección de esclavos de la general Loyce.

Draco: criatura similar a una serpiente, con cuatro patas y sin alas.

Dracón: criatura similar a una serpiente, sin alas.

Enteco: niño engendrado por una pareja de nilivires. Carece de magia de sangre y no puede tener hijos (es estéril).

Espiritino: pequeñas criaturas parecidas a hadas, de rostro humano y cuerpo como de palo, que viven en el bosque. Son muy agresivas y atacan en enjambre.

Ferovor: demonio que mora en el bosque y tiene un apetito voraz por la carne humana.

Fervenszi: licor muy fuerte.

Flamapul: veneno que causa una parálisis extrema cuando se introduce directamente en el torrente sanguíneo a través de una herida.

Flamelita: persona que practica y abusa de la sangría de fuego.

Forensicarios: mánticos especializados en la investigación de asesinatos y auras.

Forjaoscura: ritual en el que se absorbe el fuegoscuro. Es extremadamente peligroso, pues puede causar deformidades en quienes han alcanzado la edad del ascenso. Solo se ha realizado con éxito una vez.

Frágor: piedra que se puede detonar mediante un cántico específico y provoca grandes explosiones.

Fuegoscuro: elemento de los dioses forjado en el Cor de Etiria.

Gátalo: seres nocturnos, mezcla de gato y halcón, que viven en el bosque.

Glifo: símbolo que indica una magia de sangre concreta. Aparece como una cicatriz en la palma de la mano.

Golvyn: ser a medio camino entre el hombre y la rata que mora tras las paredes de los castillos.

Guardaduelos: un regalo maldito, símbolo de pena y culpa.

Initios: ceremonia celebrada por la realeza para dar comienzo a una celebración. Una bendición.

Keltzig: moneda acuñada en plata.

Koryn: serpiente grande y escamosa que habita en fosos y ríos.

Letalisz: asesinos a sueldo del rey que suelen mantener en secreto su identidad.

Liro: moneda (de mayor valor que el keltzig) acuñada en un metal negro.

Lúctica: una túnica acampanada larga y negra que los habitantes de Grimvale visten durante el luto.

Lunamiszka: «Mi bruja lunar».

Luz prilunar: luz emitida por la luna que ayuda a crecer a los alimentos nocturnos e infunde energía a los lunáceos, una raza de mánticos cuya magia de sangre se ve potenciada por la luna.

Magestrado: miembros de la hermandad de élite integrada por los brujos más diestros. Consejeros del rey.

Maleficieros: cazarrecompensas empleados por el rey que se ocupan de perseguir a los pueblerinos que practican la demutomancia.

Malevol: espíritu demoniaco.

Malvahada: palabra con que los mortasianos designan a los espiritinos.

Marca de sangre: documentos oficiales sellados que se requieren para viajar. Detallan una lista completa de la magia de la que un individuo es capaz y están firmados por la realeza.

Morteario: encargado de recoger cadáveres.

Muruela: enfermedad extremadamente contagiosa que provoca la aparición de furúnculos repugnantes por toda la piel.

Nectardeium: néctar de los dioses, un licor fuerte.

Nethyria: la tierra de los muertos, el reino de las ánimas, el inframundo.

Nexumis: capacidad para manipular glifos sin magia de sangre; práctica común entre los elvynirios.

Nilivir: mántico que ha perdido la magia de sangre debido a un periodo prolongado sin vivicanto.

Nilmirto: potente suero de la verdad que provoca un fuerte malestar en quien miente.

Pahzat: tubérculo similar a la patata.

Pendulince: mamífero de hocico largo, más pequeño que un elefante.

Piedraciaga: piedra dorada que puede acarrear desgracias a quien la recibe de manos de otro.

Piromante: mántico con el poder de manipular el fuego.

Placedor: persona que lleva a cabo actos sexuales por dinero.

Primyriano: idioma antiguo de los dioses, hablado por algunos vespirios.

Prodozja: manifestación protectora de la magia de sangre que se muestra en forma de insecto u otro animal.

Quinto: moneda (de menor valor que el keltzig) acuñada en un metal rojo.

Raíz de sijash: raíz que a veces se administra a los niños antes de irse a la cama para que concilien el sueño.

Rapax: depredador de niños o pedófilo.

Rapiuza'mej et rapellah'mej: una traducción aproximada sería «Tómame y hazme tuya».

Raptacia: elixir concebido originalmente como tónico para dormir, que estimula la libido.

Sangría de fuego: acto de practicar pequeños cortes en la piel y lamer las heridas con la lengua rociada con flamapul para introducirlo en la sangre. Provoca una parálisis extrema.

Sanguidina: criatura mística que se dice consume sangre para mantenerse joven y hermosa.

Septomir: cetro poderoso que se usó para crear el Valle Umbrío,

activado por la sangre de los siete.

Serotónicos: venenos a base de sangre producidos generalmente en laboratorios ilegales.

Shaszha: término eremicio para describir a una mujer excepcionalmente bella.

Sujeción abisal: facultad de mantener a alguien atrapado en la caligorya.

Tejedera: bolsita de hierbas que se usa para ahuyentar las pesadillas y a los espíritus malignos.

Tónico de silvestrágora: potente pócima con propiedades alucinógenas que se extrae de las raíces de la mandrágora negra y el arbestre.

Tránsito: el poder de transportarse de un lugar a otro a través de paredes y superficies planas.

Umbravor: manifestación espiritual de la muerte de un individuo, a menudo invocada por un vidente a modo de venganza.

Valle Umbrío: barrera creada por medio del septomir para separar Mortasia de Etiria.

Vasmora: receptáculo para la diosa de la muerte.

Veniszka: palabra etiria que designa a brujas mortales que lanzan hechizos.

Ventriervo: ave criada por los magestrados que sirve como espía porque repite todo lo que oye.

Vérmido: criatura similar a un primate sin pelo, altamente agresiva y carnívora. No tiene ojos ni orejas, se orienta a través de vibraciones.

Vetas: fosos de lava profundos donde se elevan las llamas negras desde el Cor.

Vivicanto: nutriente que se extrae de las vetas necesario para la magia de sangre; sin él, esta disminuye.

Glifos

Aeryz: la venganza del viento; glifo que se sirve del viento para derribar al adversario.

Erigorisz: el poder de hacer levitar objetos con la mente.

Evanidusz: la facultad de desaparecer en una nube de humo negro o volverse invisible a simple vista.

Osflagulle: el poder de atacar con un látigo óseo; un golpe basta para destrozar huesos.

Propulszir: la capacidad de repeler poderes; glifo protector que bloquea la lectura de la mente.

Dioses etirios

Deimos: mortal que se convirtió en el dios del caos y el fuego.
Magekae: dios de la alquimia y la inmortalidad.
Morsana: diosa de la muerte.
Pestilios: dios de la peste y el hambre.
Vivarya: diosa de la fertilidad.

Prólogo



Diecinueve años antes

Unos alaridos resonaban en el pasillo subterráneo.

El húmedo y gélido aire de la bóveda de piedra casi le robó el aliento a la joven acólita en su apresurada carrera hacia aquellos gritos guturales. El corazón le latía con fuerza contra las costillas.

—Afloja el paso, criatura infernal —gruñó Sacton Crain, que cojeaba tras ella, pugnando por alcanzarla.

Cada celda frente a la que pasaba albergaba por lo menos media docena de mujeres y niños, casi todos ellos lyverianos capturados por los Hombres Rojos. Aunque el fétido hedor a muerte, heces y descomposición sin duda le provocaba náuseas a Sacton Crain, la joven ya estaba acostumbrada a él, pues había pasado casi toda su existencia en las putrefactas entrañas del templo.

Los gritos la guiaron hasta una celda en la que una lyveriana no mucho mayor que ella se retorcía, pataleando y chillando en el suelo de tierra. Con un tosco cuchillo, le habían grabado la señal de la cruz en las extremidades y la frente, y de todas las heridas manaba

sangre fresca. Tres Tocas Rojas le sujetaban los brazos a los costados del cuerpo mientras ella se ahogaba bajo un cúmulo de túnicas carmesíes.

—¡Dádmela! —Su acento lyveriano impregnaba sus ásperas palabras al tiempo que le sangraba la nariz, donde seguramente había recibido un golpe—. ¡Devolvedme a mi niña!

Sacton Crain entró en la habitación pasando junto a la acólita.

—¿Qué es eso tan urgente que os ha llevado a sacarme de la cama como si se hubieran levantado los muertos?

—Un alumbramiento, Su Excelencia. —La madre Vona, la única Toca Roja a la que le habían permitido conservar la lengua, se erguía imponente ante la agitada mujer, con sus severos ojos apagados por la apatía—. Podéis comprobarlo vos mismo.

Al lado de la madre Vona se encontraba otra prisionera —una vonkovyana, a juzgar por su sucio pelo rubio oscuro—, vestida con andrajos que a duras penas le cubrían el cuerpo. Sostenía en sus temblorosos brazos un pequeño bulto envuelto en una manta.

Sacton Crain se le acercó cojeando y, en cuanto bajó la vista hacia el bebé, juntó las cejas.

—¿Fuiste tú quien la asistió en el parto?

—Sí, Su Excelencia —respondió la prisionera vonkovyana—. La he oído hablar con alguien en susurros en una lengua extraña. —Dirigió la mirada hacia la mujer que yacía en el suelo y torció el gesto por la traición—. Ahí no había más que sombras.

—¡Mentira! —aulló la mujer, forcejeando contra las tenaces manos que le inmovilizaban las muñecas contra el suelo—. Estaba rezando a los dioses. ¡A *mis* dioses!

La madre Vona volvió la vista hacia la madre lyveriana.

—Los ojos plateados son una abominación. Has parido a un demonio. Tus dioses te han abandonado. ¿Entiendes lo que te digo?

Gritando, la mujer retenida arremetió contra las Tocas Rojas, que redoblaron sus esfuerzos por mantenerla en el suelo.

—¡Devolvedme a mi hija! ¡Dádmela ahora mismo!

Sacton Crain se arrodilló a su lado y le acarició la mejilla.

—Ea, ea. El mal traído a este mundo debe ser erradicado, pues no somos sino pastores despiadados de la sagrada doctrina.

La Toca Roja de mayor edad posó los ojos en la acólita y señaló con la cabeza a la prisionera que sostenía al bebé.

—Llévala al Bosque Voraz y ofrécela en sacrificio para que nos veamos bendecidos con un invierno suave.

Era un destino cruel y brutal para una criatura de no más de dos días de vida. Si el ser que moraba en aquel bosque no acababa arrancándole la piel, sin duda lo harían los animales que merodeaban por la noche en busca de sobras de comida. Sin rechistar, la acólita hizo un breve gesto de asentimiento y se acercó con decisión a la mujer, que le tendió al bebé.

En cuanto lo tomó en sus brazos, contempló horrorizada a Sacton Crain rebanarle el cuello a la madre lyveriana con un cuchillo.

El aire se le quedó atorado en la garganta a la mujer, que empezó a asfixiarse, gorgoteando y jadeando, mientras la sangre, que le manaba a borbotones, caía sobre el suelo de tierra. Consiguió soltarse una mano y agarrar la de Sacton Crain, que aún empuñaba el arma ensangrentada.

Pronunció unas palabras roncas en su lengua materna, interrumpidas por los chorros de sangre que le brotaban de la boca, y Sacton Crain, con los ojos desorbitados, se quedó inmóvil, aparentemente paralizado por su contacto. Mantenía la mirada clavada en la mujer y la boca abierta, como a punto de gritar, pero era como si una fuerza invisible le sofocara la voz.

—Un poder ancestral… se desatará… Dos mundos… la peste

asolará… —Los estertores de la lyveriana entrecortaban sus frases—. Del árbol podrido… la plaga surgirá. La decadencia y la ruina, vencidas por ningún acero…, postrarán incluso al hombre más fiero.

Las últimas palabras dichas por la joven madre quedaron flotando en el aire como un lúgubre presagio y, cuando al fin se desplomó y soltó a Sacton Crain, él se echó hacia atrás, claramente alterado por lo que ella le había susurrado.

—Nadie debe enterarse de esto —dijo con la mandíbula temblorosa—. ¡Nadie!

Al ver que las tres Tocas Rojas la rodeaban, la prisionera vonkovyana profirió un alarido que quedó sofocado enseguida cuando estas hundieron en su cuerpo sus pequeños puñales.

Al contemplar el sangriento espectáculo, la acólita notó un torbellino de pánico en el vientre, su respiración se volvió irregular y se le desbocó el corazón.

—Menos mal que no tienes lengua y no podrás decir una palabra sobre esto, pues de lo contrario habrías acabado igual. —La madre Vona desvió la mirada de la cruenta escena y la fijó en ella—. Deshazte de la criatura, rápido.

La acólita agachó la cabeza y, tras asentir de nuevo, salió con paso discreto de la celda con el bebé en brazos, que estaba demasiado callado. Avanzó a toda prisa por los túneles de la bóveda, los cuales conocía bien, pues los Hombres Rojos también habían tenido prisionera a su madre. Fue gracias a la misericordia de Sacton Crain como había ascendido al puesto de acólita, salvándose así de pudrirse en la misma celda en la que había acabado falleciendo su madre.

Esta se habría avergonzado profundamente de ver a su hija llevando a una criatura recién nacida a un lugar donde le esperaba la muerte. Sin embargo, aunque esta idea la atormentaba, la acólita

era reacia a faltar a su deber, pues la castigarían por ello y tal vez incluso la enviaran a ella misma a ese bosque infernal.

De camino hacia el portón de madera maciza situado al final del pasillo, agarró una de las cestas que se usaban para recoger hierbas aromáticas en el huerto y se detuvo un momento para acostar al bebé dentro. Cogió uno de los pequeños candiles que alguien había dejado junto a una silla de madera y avivó la llama.

Tras ponerse la capucha de la capa para ocultar su rostro, la acólita empujó la pesada puerta, luchando con las ráfagas de viento, y salió a la noche invernal. El vapor de su aliento se disipaba en aquella oscuridad sin luna y la nieve helada crujía bajo sus botas. Por las lágrimas de Dios, no había peligro de que la criatura pereciera entre los afilados dientes de una bestia, pues sin duda aquel implacable frío acabaría con su vida antes que cualquier otra cosa.

La llama del candil que pendía del extremo de su brazo extendido titilaba pese a que estaba protegida bajo una cubierta de vidrio y latón. Con la cesta colgada del codo y sujetándose la capa, cruzó a paso veloz la aldea dormida, pasando por delante de las pequeñas tiendas y la fuente de piedra. Unas pocas chimeneas encendidas le proporcionaron algo de luz mientras enfilaba el angosto sendero que comenzaba al final del pueblo, donde las tinieblas la envolvieron. Miró alrededor en busca de señales de los lobos, que según se decía atacaban de vez en cuando a algún caminante solitario. Cuando sopló una fuerte racha de viento gélido, sintió como si mil agujas se le clavaran en el rostro y los suaves gemidos procedentes del interior de la cesta le provocaron un escalofrío de espanto.

Soltó un quejido cuando la capucha se le voló hacia atrás, dejando sus orejas expuestas a aquel frío lacerante. «¡Maldita sea

esta cría, que no se calla!». Cuanto más fuerte lloraba, más ganas le daban a la acólita de asfixiarla, hasta que, por alguna gracia divina, el llanto cesó. No muy segura de si prefería el silencio al ruido, la joven apretó el paso, planteándose dejar al bebé en mitad del sendero. Sin embargo, ¿qué ocurriría si la madre Vona se enteraba de que no la había presentado como ofrenda al Bosque Voraz? No quería ni imaginar el castigo que le impondría.

Cuando por fin llegó a la zona boscosa, avanzó rápidamente a lo largo de la linde, guardando una distancia prudencial con los árboles por temor a que se inclinaran hacia ella para atraparla. La criatura ya se había tranquilizado y el viento había cedido el paso a una siniestra calma; aparte del crujido de la nieve, solo se oía la respiración de la acólita, acelerada por el pánico.

Una risita que resonó en el bosque captó su atención de inmediato, por lo que escudriñó la densa niebla y los gruesos troncos que vislumbraba a la luz del candil.

No percibió más que el hedor de las plantas en descomposición.

Aun así, aminoró la marcha, sin atreverse a apartar la vista de los árboles hasta que la punta de su bota topó con algo. Acercó el candil hacia el suelo y, al ver una pequeña masa ensangrentada en la nieve, frunció el entrecejo. Se trataba de un animal, a juzgar por su forma curva y sus pezuñas hendidas, pero, debido a la ausencia de piel y al hecho de que solo colgaban unos jirones de carne de los huesos, resultaba imposible de identificar.

Sintió un escalofrío de terror recorriéndole el espinazo. Haciendo de tripas corazón, rodeó a la pobre bestia y echó un vistazo a los brillantes ojos plateados del bebé, recordando que pronto correría la misma suerte.

Desvió la mirada y sacudió la cabeza.

«Es la voluntad del dios rojo».

Aunque pensaba que el dios rojo a veces se mostraba despiadado y cruel, ¿quién era ella para poner en duda sus designios?

Por fin llegó al arco, formado por ramas retorcidas como enredaderas en torno a viejos huesos, que servía como entrada al desolador bosque que se alzaba al otro lado. Con un castañeteo de dientes, la acólita depositó la canasta sobre las rocas, sin atreverse a cruzar el umbral ni con una mano.

Al oír un brusco repiqueteo de garras contra la nieve, se dio la vuelta, con el corazón martilleándole en el pecho. Media docena de cuervos se habían arremolinado a su espalda, una visión que resultaba perturbadora. Aun así, prefería enfrentarse a ellos que a lo que fuera que habitara entre aquellos árboles.

—Eleanor.

Con un grito ahogado, la acólita se apartó del arco.

—Mi dulce Eleanor… —La voz que llegaba hasta sus oídos se parecía demasiado a la de su madre—. ¿Qué portáis ahí, hija mía?

La acólita frunció el ceño al oír a su madre emplear un lenguaje tan arcaico. Esas palabras tan formales llevaban sin utilizarse desde los tiempos de su bisabuela.

Una sombra espectral se deslizó entre los árboles, un destello blanco que le recordó la sencilla enagua que llevaba su madre la noche que las habían apresado y conducido a la bóveda del templo. La acólita, tan solo una niña entonces, se había sentido aterrada cuando las habían obligado a subir al carro acolchado que se utilizaba para transportar a los acusados de locura. Durante los meses siguientes había visto a su madre soportar crueles interrogatorios, ser pinchada por alfileres y punzones y verse sometida a tratamientos contra los malos humores por parte de los cazadores de brujas. Con el tiempo, la sencilla enagua blanca había

quedado manchada de tierra, mugre y sangre, un testimonio multicolor del sufrimiento de su madre.

—Acercaos, Eleanor. Escapaos al bosque conmigo. —Vio otro destello blanco, seguido por el rojo característico de la larga melena de su madre, como si jugara a esconderse entre el follaje. El eco lejano de su risa, que hacía años que no oía, le dibujó una sonrisa triste en los labios—. ¡Solacémonos hasta que la noche se rinda ante la aurora!

Girando sin parar, la figura fantasmal se ocultó detrás de los árboles y la acólita dio unos pasos hacia ella.

—Venid, hija mía. Despojaos de vuestras cadenas y vivid conforme os plazca.

Pese a que era cierto que a su madre se le iba la cabeza de vez en cuando y le daba por hablar como su abuela, el lenguaje anticuado seguía descolocando a la acólita, pero el tono caprichoso de aquella voz la impulsaba a acercarse cada vez más.

El chillido lastimero que salió de la canasta no consiguió distraerla mientras contemplaba aquella figura pasearse entre los troncos, removiendo la broza caída.

«¡Madre! —Alargó la mano y traspasó el arco con las puntas de los dedos—. ¡Espérame, madre!».

En la cesta, el bebé prorrumpió en unos berridos tan llenos de terror que la acólita despertó de su trance y miró esos diminutos ojos brillantes que la miraban desde una carita roja como una remolacha. Los cuervos se habían acercado, graznando como para reñirla. Uno de ellos voló hacia la joven acólita, que agitó las manos para espantarlo. Otro se unió al primero y ambos comenzaron a arañarle con las garras las zonas expuestas de piel.

«¡Fuera! ¡Fuera de aquí!».

Agitó frenéticamente los brazos, intentando ahuyentarlos a

manotazos mientras, sin darse cuenta, retrocedía poco a poco para evitar sus acometidas.

Algo frío la agarró de la muñeca. Al volverse se encontró frente a una bestia alta y astada con una piel que semejaba corteza de árbol, mirándola fijamente.

El ferovor.

Un alarido le desgarró el pecho cuando un violento impulso la lanzó volando a través del arco.

Unos estridentes alaridos de agonía a lo lejos hicieron enderezarse a la Arpía, que estaba agachada recogiendo bayas de luna del huerto. Se volvió hacia el Bosque Voraz y aguzó el oído. No era raro que se oyeran gritos de algún desdichado incauto que se había acercado demasiado.

Necios.

Reanudó su tarea, pero de pronto otro sonido tapó el primero: era el llanto prolongado y nasal de una criatura, más agudo y desesperado, como de un recién nacido.

Con el ceño fruncido, la Arpía alzó su candil y, cojeando, dobló la esquina de la cabaña hacia el centro del jardín, desde donde divisó algo al pie del lejano arco, rodeado por una bandada de cuervos.

¿Un bebé en una canasta?

Al mirar alrededor no avistó a nadie, pero el llanto continuó y la Arpía no fue capaz de seguir ignorándolo. Con paso renqueante, se encaminó hacia el bosque y, sin traspasar la linde, se acercó a la cesta en la que yacía temblando un bebé, con las manitas fuera de la manta que lo envolvía. Un cuervo se posó junto a la criatura, lo que pareció fascinarla, pues dejó de llorar. No despegaba los ojos plateados del pájaro.

«Ojos color plata y tez pálida como la muerte».

Su sacerdotisa había profetizado que la criatura llegaría durante la luna nueva.

La Arpía elevó la vista hacia el firmamento negro y luego reparó en un trozo de tela roja que había quedado enganchado en un saliente afilado de un hueso del arco. Al desprenderlo, notó que estaba empapado. Lo soltó y lo siguió con la mirada hasta que el viento lo hizo desaparecer entre los árboles. Las yemas de sus dedos habían quedado cubiertas de lo que suponía que era sangre.

Tal vez fuera de la madre del bebé, que había sido devorada por el bosque.

Unas voces masculinas surgieron de la lejana arboleda y, tras apagar la llama de su candil, la anciana se apresuró a esconderse en un matorral. Advirtió que se acercaba un hombre mayor; un cazador, a juzgar por el arco que llevaba a la espalda, los tonos tierra de su vestimenta y los cepos que le colgaban de la cintura. A su lado iba un muchacho de no más de doce años con una indumentaria idéntica. Ambos avanzaban en la dirección de la criatura y, cuando repararon en ella, el hombre arrugó el entrecejo.

—Dios santo, ¿es un bebé? —El muchacho se acuclilló al lado de la canasta, pero el hombre mayor lo agarró del hombro y tiró de él con fuerza.

—No te acerques.

—Pero si no es más que un bebé, papá. Es tan pequeñito como Margaret.

Su padre señaló a la criatura con la barbilla.

—Fíjate en esos ojos. Es una aberración. —Miró en derredor y cogió la empuñadura de la daga que llevaba al cinto—. El mal atrae a los cuervos. Quien la haya dejado aquí tenía sus motivos, y nosotros seguiremos su ejemplo.

—Pero se la van a llevar los animales, ¿no, papá? ¿No le comerán los ojos los cuervos?

—Me temo que le espera una suerte mucho peor. Así lo ha dispuesto el dios rojo, muchacho. Deja al bebé.

—Se morirá de frío —alegó el chico.

—¡Que lo dejes! Muévete y termina de armar estas trampas. —Se las entregó a su hijo, que lanzó una mirada inquieta hacia los siniestros árboles que tenía a su espalda—. Ocúltalas entre los arbustos.

Tender trampas cerca del Bosque Voraz contravenía la ley y las doctrinas de la parroquia, pues se consideraba que el mal infestaba a los animales que vivían en las inmediaciones. Por desgracia, debido a la crudeza del invierno, los alimentos habían empezado a escasear, lo que obligaba a los cazadores a aventurarse a ir más allá de sus terrenos habituales. A quien era sorprendido cometiendo este delito se lo castigaba desterrándolo al Bosque Voraz, ya que se creía que la maldad anidaba en el estómago de quien consumiera esa carne.

—Yo voy a colocar algunas también y luego nos vamos a casa a dormir. Ven a buscarme cuando acabes.

—Sí, papá —respondió el muchacho con seriedad.

—No te acerques a ese arco y no toques al bebé, ¿entendido?

El chico agachó la cabeza y asintió.

El cazador se alejó a paso largo por la linde del bosque mientras el muchacho procedía a colocar la trampa en los arbustos, tal como le había indicado. En cuanto terminó se acercó al bebé y espantó al pájaro, que reaccionó graznando y batiendo las alas.

—¡Largo, alimaña inmunda! —Le lanzó varios golpes al cuervo con un bastón para ahuyentarlo y bajó la mirada hacia la criatura—. Papá dice que hay que dejarte ahí, pero tal vez sería más

compasivo… —Desenvainó su daga, cuya afilada punta destelló—. Eres un monstruo horrible, con esos ojos. Tal vez debería arrancártelos de las cuencas.

La Arpía salió de su escondite. Se acercó al chico con sigilo y se detuvo justo a su espalda. Estaba tan cerca que los mechones rebeldes de su cabeza le hacían cosquillas en la nariz. Cuando el muchacho levantó la daga, como disponiéndose a apuñalar al bebé, la vieja bruja le agarró la muñeca desde atrás.

Con un jadeo, este se volvió y soltó un leve grito que se le ahogó en la garganta.

Sin soltarle el brazo, ella le tapó la boca con la otra mano, mirándolo con expresión severa.

—Así que querías arrancarle los ojos a una criatura inocente, ¿no? —Arqueando las cejas retiró la mano de su cara.

—No… No era mi intención, lo juro.

—Pero sí es tu intención dejar que el Bosque Voraz devore a esta criatura.

—Papá… Mi padre dice que es la voluntad del dios rojo.

La Arpía le apretó la muñeca con más fuerza, clavándole sus largas y puntiagudas uñas en la carne.

—La voluntad de tu dios será tu perdición, pues un día el desterrado serás tú. *Maledicio tej'per nomed vetusza deosium*.

«Te maldigo en nombre de los antiguos dioses».

El crepitar de la piel al quemarse la hizo sonreír mientras contemplaba cómo se grababa en la mano del chico el signo de los dioses: cinco estrellas y una luna. Los ojos del muchacho se fueron tornando de un color blanco lechoso conforme la maldición echaba raíces en su corazón.

—Por la diosa de la muerte —prosiguió ella con voz ronca—. En su nombre perecerás. Ese es tu destino.

—Dios… es… la muerte.

La Arpía suspiró.

—Algo así. —En cuanto soltó al muchacho, sus ojos recuperaron su aspecto.

Temblando, el chico soltó una exhalación trémula y, al alzar la mano maldita, se le escapó un gemido de los labios.

—¿Qué significa?

—Ya lo sabrás a su debido tiempo. Y ahora vete, corre. Tu padre te espera.

El chico respiraba agitadamente, despidiendo vaharadas blancas, mientras reculaba. Giró sobre los talones y, dando un traspié, se lanzó a la carrera en la dirección en que se había alejado su padre.

La Arpía soltó una risa nasal al verlo desaparecer en la oscuridad y se volvió hacia el bebé, en torno a cuya cesta se habían vuelto a reunir los cuervos.

—Tan insignificante y ya estás dando problemas. —Se llevó la mano al interior de la capa y sacó una cajita de madera que llevaba cerca del corazón desde hacía casi un milenio. Al levantar la tapa reveló un pequeño escaramujo negro. Cuando el cuervo más grande voló hacia ella, alargó el brazo y dejó que se posara en él. Le puso el escaramujo en el pico y el ave, tras descender al suelo, lo depositó sobre el pecho de la criatura.

Un suave brillo anaranjado reveló el calor que liberó sobre la piel de la criatura, que se propagó hasta sus pequeños huesos. La cáscara del escaramujo se partió y de la hendidura brotó un tallo espinoso que creció hasta convertirse en una rosa negra perfecta de puntas plateadas que se erguía sobre el bebé.

No se deformó ni siquiera cuando la criatura asió los pétalos con sus deditos.

—Ahora le perteneces a ella. Que los dioses tengan piedad. —La

bruja se fijó en el cuervo que permanecía junto a la canasta mientras los otros montaban guardia a su alrededor—. Ojalá vea el día en que retorne tu corvugón. Que la diosa te bendiga. —Cuando asintió, el cuervo ladeó la cabeza, como absorbiendo sus palabras.

Dio media vuelta para regresar a su casucha, pero se detuvo al oír el graznido de un cuervo a su espalda. Haciendo caso omiso, reanudó la marcha, refunfuñando para sí.

—Dichoso pájaro.

La condenada alimaña voló hasta interponerse en su camino, batiendo las alas con agresividad.

—¡Largo! ¡He cumplido mi promesa! ¡Ya está! —Cuando intentó sortear al animal, este echó a volar hacia su cabeza y le asestó varios picotazos en la encanecida cabellera—. ¡Basta! ¡Déjame en paz! —Intentó ahuyentarlo a manotazos, pero el cuervo no cejaba en su ataque—. ¡Está bien! ¡Está bien! ¡Le encontraré cobijo!

El pájaro se posó de nuevo en el suelo al lado de la cesta.

La vieja Arpía gruñó.

—Bestezuela despreciable. —Con un resoplido, se acercó cojeando al bebé—. Me aseguraré de buscarle un techo, pero no será el de mi casa. No quiero saber nada de criaturas abandonadas. —Mascullando, recogió la cesta—. Ojalá los dioses me concedan el sueño eterno después para que no tenga que volver a ver ese repugnante pico que tienes.

Cargada con la canasta, se encaminó hacia una casa que se divisaba a lo lejos, la cual pertenecía a Godfrey Bronwick, el viejo vinatero de la aldea. Era un anciano bondadoso que tenía una nieta no mucho mayor que el bebé, alguien con quien la criatura podría jugar.

La vetusta madera de los escalones del porche crujió bajo sus pies cuando subió para dejar la cesta en el umbral. Unos gorgoritos

suaves atrajeron su atención hacia el bebé tendido en su interior, cuyos ojos brillaban como los de un animal, lo que daba algo de miedo. Suspirando, la anciana deslizó su afilada uña por el pulgar, donde apareció una fina línea roja.

—*Argenticulos tej cinere, sole fractir'per mortiz*. —«Que la plata de tus ojos se vuelva ceniza». Era una maldición que solo se rompería con la muerte. Esparció la sangre sobre los labios de la criatura y notó que esta succionaba con suavidad la yema de su dedo. El bebé entrecerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos, su intenso color plateado se había apagado hasta convertirse en un gris invernal—. Mucho mejor. —La vieja ladeó la cabeza y acarició la cálida mejilla de la criatura con el dedo.

A continuación llamó a la puerta y se alejó renqueando en la noche.

1

Maevyth



Nunca había sentido deseos de resucitar a una persona de entre los muertos solo para estrangularla después hasta arrancarle la vida, pero, si hubiera tenido cerca a la Arpía, sin duda la habría matado dos veces sin el menor remordimiento.

—¡Zevander, por favor! —Me abalancé hacia el agujero en el suelo donde estaba metida mi hermana, forcejeando con el fornido brazo que me sujetaba por el abdomen—. ¡Suéltame! —chillé arañando las tablas del suelo, desesperada por llegar hasta ella—. ¡Tengo que comprobar si está viva!

Sin mucho esfuerzo, Zevander me apartó de ahí, con mi espalda contra su pecho, mientras yo me retorcía para intentar liberarme.

—¡Como no me sueltes ahora mismo, te arranco el brazo a mordiscos! —Me agarró con más fuerza, lo que me provocó un estremecimiento de rabia. Le hinqué los dientes en el brazo y, al morder, noté que los músculos se le tensaban al tiempo que lanzaba un quejido.

—¡Me cago en la sangre de los dioses! ¡Espera un momento, mujer! Podría estar infectada.

Infectada, cierto. La parte racional de mi cerebro despertó al oír sus palabras, así que dejé de resistirme y retiré la boca de su brazo, dejándole un hilillo de saliva. Jadeando por el esfuerzo de luchar contra él, me rendí a su lógica. Por muy devastadora que me pareciera esa posibilidad, él estaba en lo cierto. No tenía la menor idea de en qué estado se encontraba mi hermana. Era muy posible que estuviera muerta.

Respiré hondo hasta que cesó el martilleo de mi corazón y, entonces, dejó de apretarme contra él.

—Déjame a mí.

Asentí de mala gana, pero, cuando se puso delante de mí, lo agarré del brazo.

—Zevander…, te lo ruego…, si está infectada… —Las palabras se me atragantaron.

—La trataré con delicadeza —prometió, claramente consciente de mi angustia.

Volví a asentir y, tras soltarlo, me arrodillé mientras él descendía al reducido espacio bajo las tablas del suelo. Los pocos estantes y los tarros de comida apilados que alcanzaba a ver indicaban que se usaba como despensa. A pesar de que el nivel del suelo le llegaba a Zevander justo por los hombros, el hueco parecía lo bastante alto para que yo pudiera caminar por él sin agacharme.

Un frío penetrante me tensó los músculos y me entraron temblores al imaginar a Aleysia ahí encerrada. Nadie sobreviviría mucho tiempo a esa temperatura.

Recé con la esperanza de que, si de verdad existía un dios, no fuera tan cruel de conducirme hasta el cadáver de mi hermana.

Con movimientos lentos y cuidadosos, Zevander la cogió en

brazos. Se me aceleró el corazón al ver la languidez de su cuerpo sobre las robustas extremidades de él. Parecía muy menuda y frágil comparada con su envergadura. Estremeciéndome de expectación, me froté las manos.

«Por favor, que no esté muerta. Por favor, que siga con vida».

La depositó con suavidad en el suelo y, conteniendo el aliento, me acerqué a ella. Alargué la mano temblorosamente hacia mi hermana, sin atreverme a tocarla. Me había pasado semanas ansiando volver a verla, pero de pronto el temor a que hubiera fallecido se apoderó de mí y los ojos se me llenaron de lágrimas mientras contemplaba su frágil figura.

No mostraba señales de infección; ni deformidades extrañas en el rostro, ni patas de araña sobresaliendo de ninguna parte de su cuerpo. Parecía la Aleysia dormida que había visto tantas veces. Más delgada y pálida, sí, pero por lo menos humana.

Me aproximé a ella tambaleándome y apoyé la oreja en su pecho. El sonido de sus latidos lentos pero constantes hizo que me brotasen más lágrimas, pero, para asegurarme, acerqué los dedos a la vena de su cuello, aunque me detuve al fijarme en mis yemas ennegrecidas. Con esa misma mano había segado la vida de Elowen.

—Yo no… ¿Por favor, podrías…? —Aunque me costaba expresarle lo que quería, pues tenía la voz ahogada por la emoción, Zevander le puso los dedos en la garganta.

—Tiene pulso.

Solté un suspiro de alivio temblorosamente y sacudí la cabeza.

—No creo que esté infectada. Las tallas de la puerta los han mantenido alejados. Sin duda, habrán producido el mismo efecto en ella.

—Eso parece. A menos que ella encontrara otra forma de entrar.

La gelidez de la piel de mi hermana caló en la palma de mi mano

cuando le di la vuelta hacia mí, con cuidado de no tocarla con los dedos, y se me encogió el corazón al ver su cara lívida.

—Aleysia, Aleysia, despierta. Por favor, tienes que despertar. —El delicado beso que le di en la frente no provocó la más mínima reacción en ella—. Por favor, abre los ojos, hermana. —Su aliento helado me acarició el rostro y, al pasarle la mano por los brazos, me sorprendió su tacto glacial—. Está demasiado fría. Tenemos que hacer que entre en calor lo antes posible.

Zevander se arrodilló junto a mí y alzó la mano, cuyo glifo emitió un resplandor tenue.

—Malditos sean los dioses. —Apretó el puño y, tras abrirlo de nuevo, sostuvo la palma encima de mi hermana. Mascullando para sí, se frotó las manos.

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

—No consigo invocar el calor de la llama.

—¿Ni siquiera un poco?

—Prefiero no comprobar si es posible invocar la llama en sí. —Cerró el puño de nuevo y volvió a abrirlo, sacudiendo la cabeza.

Aunque sentía curiosidad por saber por qué le costaba tanto invocar su poder, estaba centrada en Aleysia.

—Tenemos que lograr subirle la temperatura de alguna otra manera.

Zevander levantó con cuidado su cuerpo exangüe y lo llevó hasta la cama de la Arpía, en el otro extremo de la cabaña. En cuanto la tendió sobre el jergón raído, recogí las mantas y las apilé encima de ella, pero, cuando me dispuse a acostarme a su lado, Zevander me agarró del brazo.

—Eso no es muy prudente.

Con expresión ceñuda, torcí el brazo para zafarme.

—Me da igual. Los mortales morimos cuando nuestro cuerpo se

enfría demasiado.

Como si se hubiera dado cuenta de que había perdido la discusión incluso antes de que comenzara, profirió un gruñido.

—Aún puede resultar peligrosa —aseveró—. Te advierto que, si intenta hacerte el más mínimo daño, no vacilaré ni un momento en…

—Si intenta hacerme daño, yo misma me encargaré de ella —espeté con más brusquedad de la que pretendía—. Yo también he matado con mis propias manos. —Dejó escapar otro refunfuño de desaprobación—. Entiendo tu preocupación, no soy tonta —añadí con voz más tranquila—, pero es mi hermana, Zevander. Solo te pido que… no hables de matarla todavía, por favor.

No me hizo falta colarme en su mente para saber que en ese momento sus pensamientos se habían desviado hacia Rykaia, como delataba el conflicto que se reflejaba en sus ojos. Aun así, mantenía el puño apretado, lo que me recordaba que, si Aleysia me atacaba, poco podría hacer yo por detenerlo.

Me arrimé todo lo posible a ella, cerrando los puños también para impedir que las letales puntas de mis dedos la tocaran y le rodeé el vientre con los brazos con la esperanza de percibir el menor indicio de movimiento.

Si no hubiera oído los latidos de su corazón, sin duda la habría creído muerta.

Los segundos dieron paso a los minutos sin que su estado cambiara. No mostraba ninguna señal de vida, aparte del lento subir y bajar de su pecho. No paraba de darle vueltas a la cabeza, esforzándome por atar cabos, pero nada tenía sentido. Recordé mi visión, cuando Dolion había usado el espejo clarividente, en la que aparecía Aleysia, calentita y a salvo en la cama.

¿Había algo de cierto en ello? ¿Había estado prisionera de la Arpía desde el principio? ¿Por qué? No alcanzaba a imaginar qué

podía querer de ella la anciana.

Zevander permaneció de pie, apoyado en el marco de la puerta. Observando. Esperando. Sin despegar la vista de nosotras.

—No le encuentro pies ni cabeza a esto. ¿Cómo puede haber sido tan cruel esa vieja bruja?

—Tal vez tuviese sus razones —dijo con voz más suave, aunque percibí un ligero dejo de tensión en él—. O tal vez no. Sé de muchas personas que son crueles sin motivo.

Me vinieron a la memoria las cicatrices que había visto en su cuerpo y, aunque me habría gustado ahondar en su comentario, estaba demasiado afectada en ese momento para mantener una conversación tan seria.

—Antes, cuando no has conseguido invocar tu magia…

—Creo que ahora mismo tienes preocupaciones mucho más importantes.

—Solo quiero asegurarme de que sean verdaderamente más importantes, dada la tendencia que tenéis los hombres a quitar hierro a los problemas graves.

A su pesar, se le escapó una sonrisa.

—Te lo aseguro. Casi no he consumido vivicanto desde que llegué aquí y mi organismo se está resintiendo un poco.

—¿No llevas nada de vivicanto?

—Solo una pequeña cantidad adulterada con estimulantes que le robé a tu amigo en la Ceremonia del Devenir.

Anatolis, el escriba al que yo había reconocido y a quien Zevander había interrogado y, al final, matado.

—Dadas las circunstancias, los estimulantes no me parecen muy recomendables —dijo.

—¿Y qué pasaría si no tuvieras nada?

Su adusta expresión le ensombreció la mirada.

—No pensemos en eso ahora. Como ya te he dicho, tienes preocupaciones más importantes.

—El problema es que esta en concreto podría agravarse con el tiempo. Prométeme que me avisarás si la cosa empeora.

—Por supuesto.

—Y, por los dioses, te juro que si intentas ocultármelo por *mi bien*… —Al notar la cadencia deliberada de unos golpecitos en el brazo, se me puso la carne de gallina. Dirigí de inmediato mi atención a Aleysia, que seguía durmiendo. Los toques habían cesado, como si ella no hubiera tensado ni un músculo.

—¿Qué ocurre?

—Se ha movido. Lo he notado en el brazo. Me ha dado golpecitos con el dedo.

—¿Estás segura?

—Sí…, casi segura. —¿O no lo estaba?

—Tal vez haya sido un movimiento reflejo.

—Tal vez, pero me ha parecido intencionado.

Se oyó un porrazo seco contra la pared y me llovió polvo en la cara. Con una mano en la empuñadura de la daga, Zevander salió de la habitación a toda prisa. Regresó al cabo de unos instantes, con la consternación reflejada en el rostro.

—Hay un grupo de infectados justo al otro lado de la puerta. Voy a montar guardia desde la ventana de la otra habitación. —En su mirada vacilante leí qué era lo que lo inquietaba—. Si se despierta…

—No me pasará nada.

Asintió con contundencia.

—Si me necesitas, estaré aquí al lado.

Cuando se volvió para marcharse, la luz incidió en su rostro de tal manera que las venas en las que se ramificaba su cicatriz parecieron oscurecerse aún más, si tal cosa era posible. También me

dio la impresión de que la cicatriz en sí era más larga, aunque quizá me equivocara.

A lo mejor no era más que un efecto de la luz.

Me volví de nuevo hacia Aleysia y acurruqué el rostro contra su cuello.

—Por favor, despierta. Te prometo que, si lo haces, te llevaré lejos de este lugar.

Bajo el velo gris del crepúsculo, los árboles, retorcidos y nudosos, como esqueletos, permanecían silenciosos en medio de una niebla blanca escurridiza. El olor a muerte y descomposición, como el que emana de una tumba recién abierta, me cerraba la garganta mientras caminaba con cautela por la maleza. Unos bichos pequeños y negros similares a insectos correteaban por el suelo y el perturbador repiqueteo de sus patitas me producía picor en la piel. La sensación de que alguien me acechaba me cosquilleaba en la nuca, aunque no tenía idea de quién o qué era.

Avancé por aquel camino no marcado, adentrándome cada vez más en la espesura hasta que, al fin, divisé a lo lejos un árbol gigantesco, tan imponente que me imaginé que cumplía alguna función siniestra pero importante para el bosque. Al acercarme, me fijé en las ramas y arrugué el entrecejo al advertir que semejaban piernas y brazos humanos. Al pasar junto a una maraña de raíces que sobresalían del suelo, vi el rostro de una niña tallado en la corteza, con las manitas en alto como para intentar alcanzar algo que no había podido salvarla. Los detalles eran tan nítidos que me vino a la memoria un sueño lejano en el que un hombre con armadura despeñaba a esa misma muchacha por un barranco.

Y seguramente ese era el destino que había corrido.

Al mirar alrededor descubrí otras manos extendidas y rostros con expresión de sufrimiento y angustia, como si algo hubiera engullido a aquellas personas desde abajo.

Me aproximé al árbol siniestro, en cuya corteza estaba grabada la cara de una mujer que también tenía las facciones crispadas por el dolor. Cuando alargué el brazo para tocarla, sus párpados se abrieron, revelando unos globos oculares negros.

—Sole mortiz facje salvirun *—dijo con voz áspera. «Solo la muerte nos puede salvar».*

Sentí un escalofrío de terror por la espalda y el corazón me latía con tanta fuerza que me dolía. Me llevé la mano al pecho y noté los latidos en la palma.

—Sole mortiz facje salvirun.

Unos pasos más atrás capté un resplandor rojizo en el tronco, un pulso luminoso que recorría la superficie al ritmo de mi corazón.

—Sole mortiz facje salvirun.

La robusta raíz de un árbol se me enredó en el tobillo, de modo que me tambaleé hacia atrás y caí con fuerza sobre el trasero. La raíz se enrolló en el otro tobillo y me trepó por las piernas hasta la espinilla. Una oleada de pánico se adueñó de mí. Arañar el grueso apéndice que me sujetaba no sirvió para que redujera la presión sobre mis extremidades.

—¡Déjame! ¡Déjame! —La raíz ascendió por mis muslos, me rodeó el abdomen y serpenteó por mi espalda. Intenté arrancármela con las uñas, pero solo conseguí rasguñar la rugosa superficie—. ¡No! ¡Suéltame!

Las raíces secundarias se enrollaron alrededor de mi cuello y se me cortó la respiración por la histeria.

Me apretaba cada vez más fuerte.

Más y más fuerte.

Abrí la boca para gritar, pero no conseguí emitir más que un gemido ronco.

¡Por favor!

Abrí los párpados de golpe y vi dos iris negros mirándome fijamente; unos ojos oscuros vacíos enmarcados por unos largos mechones rubios llenos de mugre que pertenecían a mi hermana.

Movía los labios con rapidez y de ellos brotaba un torrente de palabras que no fui capaz de entender. La presión en la garganta me hacía lagrimear y tosí con suavidad. Los pulmones me palpitaban en el pecho anhelando una bocanada de aire y, con los ojos anegados de lágrimas, alcé las manos, con las puntas de los dedos ennegrecidas que la reducirían a polvo con una orden mía.

«Por favor, no me obligues a hacer esto. Te lo ruego, Aleysia. ¡No me obligues!».

«*Mátala, Maevyth* —dijo una voz que reconocí como la de Morsana—. *¡Mátala de una vez!*».

El mundo se encogió hasta convertirse en un punto diminuto.

Luego las tinieblas lo envolvieron todo.

2

Zevander



Pasado

El padre de Zevander cojeaba unos pasos por delante de él, abriéndose paso entre la multitud del concurrido mercado. Para ser un carcamal con una pierna hecha polvo, el patriarca de los Rydainn se apañaba bien con esa muleta suya. Al joven Zevander le picaba la máscara que le cubría la parte inferior del rostro, pero su padre insistía en que la llevara en espacios públicos para no despertar sospechas entre quienes lo mirasen.

No tardaron en llegar a la taberna La Sal Negra, un establecimiento tranquilo situado a las afueras de Costelwick. Lord Rydainn padre empujó la pesada puerta de madera, que chirrió al abrirse hacia el mal iluminado interior, donde había poco más de una docena de hombres sentados en las mesas. El muchacho, que había acompañado a su madre y su hermana en visitas a Costelwick, se había acostumbrado a escrutar su entorno.

Una vez dentro, su padre se detuvo un instante y fijó la vista en

una figura oscura sentada al fondo y sumida en sombras. Se dirigió renqueando hacia ella, seguido por Zevander, y se paró al lado de la mesa.

La figura, con el rostro oculto bajo una capucha raída más grande de lo habitual, no levantó la mirada.

—Me mentiste —dijo lord Rydainn con la voz ronca de ira—. Llevo dos semanas viajando en busca de ese hombre, pero solo he encontrado a más víctimas suyas. ¿En qué clase de persecución me has embarcado?

La figura no se molestó en responder, en alzar los ojos de la jarra de cerveza que tenía delante ni en dar señales de haber reparado en la presencia del hombre.

Lord Rydainn asestó un puñetazo a la mesa, derramando un poco de la bebida de la figura desconocida, quien, aun así, siguió sin mover un músculo.

—¡Exijo una respuesta! ¡Mi hijo está cada día peor!

Lord Rydainn padre agarró a Zevander del pescuezo y tiró de él hacia la mesa mientras se sentaba frente a la figura. Aunque la tenía justo delante, Zevander no alcanzaba a verle la cara, pues permanecía oculta por la capucha.

—Estás jugando conmigo. Quiero que me devuelvas mi dinero —prosiguió su padre, a su lado.

—No —respondió una voz áspera que solo podía pertenecer a una mujer mucho mayor que el padre de Zevander.

—Pues entonces dime dónde encontrar a Cadavros. He de dar con él antes que los hombres del rey, que lo ejecutarán por sus crímenes. Dímelo o te llevaré a rastras a mi casa para que las arañas de mi hijo te devoren.

La desconocida dejó escapar una risita.

—Invoqué una visión para ti. Tú no supiste aprovecharla.

—¿Es que no sabes quién soy yo ni quién es mi esposa? Bastaría una palabra nuestra para que el rey te…

—Si fueras tan poderoso, no estaríamos hablando ahora mismo, ¿no, crees, lord Rydainn? Tu rey te ha abandonado. Sospecho que, de lo contrario, estarías en casa, celebrando la víspera del solsticio con tu amada esposa. —Agarró la jarra, que desapareció en el interior de la capucha mientras tomaba un sorbo de ella—. No puedes acudir a tu rey, y menos aún después de haberlo traicionado.

—Te lo ruego. Ayúdame. Concédeme otra visión.

—Y si lo encuentras, ¿qué? ¿Qué lo obligarás a hacer?

—¡Fíjate! —Lord Rydainn le arrancó la máscara a Zevander—. ¡Mira cómo se está extendiendo!

La figura encapuchada se inclinó lo suficiente hacia atrás como para que Zevander distinguiera un ojo verde pálido que parecía brillar desde las oscuras profundidades.

—La maldición está causando estragos —agregó su padre con los dientes apretados.

—No es el fuegoscuro lo que ha estropeado su apuesto rostro.

—Entonces ¿qué es? ¡Si lo sabes, dímelo!

Por el rabillo del ojo, Zevander vio que dos hombres se aproximaban a la mesa. Guardias del rey, a juzgar por sus lustrosas armas y coraza. Tironeó de la camisa de su padre, pero este le dio un manotazo.

—¿Sabes que intentó devorar a mi hijo cuando era recién nacido? ¡Pretendía tragárselo entero!

Las palabras del patriarca de los Rydainn le habrían provocado un estremecimiento a Zevander de no ser por los guardias que se les acercaban; había oído varias veces la historia de que lo habían arrojado a las llamas, pero no conocía esa otra parte. Se le tensaron los músculos al ver que su padre no prestaba atención a los recién

llegados hasta que estaban plantados junto a ellos. Entonces volvió a tirarle de la camisa.

—Lord Rydainn de Eidolon —anunció uno de los guardias, lo que ocasionó que las voces de la clientela cesaran y todos los ojos se volvieran hacia su mesa.

Su padre miró al soldado de arriba abajo.

—¿A qué viene esto?

Uno de los guardias agarró a Zevander del hombro y lo derribó del asiento, de modo que se golpeó las rodillas contra la madera podrida del suelo. Otro lo cogió con sus rudas manos y lo forzó a ponerse de pie mientras él se resistía.

—¡Basta! ¡Esto es una ignominia! ¡Fui capitán de maleficieros y exijo una explicación! —Su padre se las arregló para salir de detrás de la mesa y se levantó de golpe, pero el otro guardia lo asió.

—Queda detenido por orden del rey. —El guardia dirigió su atención a la extraña mujer encapuchada—. ¿Este es el muchacho?

—En efecto.

—Pues queda detenido también.

—El muchacho no. —La mujer apoyó sus arrugadas manos mutiladas sobre la mesa—. Él se queda conmigo.

—El rey ha ordenado su arresto.

—¡No! —gruñó la mujer poniéndose de pie como un resorte, de manera que se le bajó la capucha, revelando las deformidades más grotescas que Zevander había visto jamás. Parecían salidas de las pesadillas más terroríficas. Cicatrices aún más profundas que las suyas le surcaban el rostro y los maltrechos labios. El ojo que el muchacho no había llegado a vislumbrar bajo la capucha semejaba una esfera de obsidiana, negra como la tinta—. ¡Es mío! ¡Me jurasteis que se quedaría conmigo!

—Ve a quejarte al rey. —Con estas palabras, los hombres se

llevaron a rastras tanto a Zevander como a su padre.

3

Maevyth



Presente

Me incorporé de golpe con un grito ahogado y me llevé la mano a la garganta. Al volverme vi que Aleysia seguía dormida, como si no hubiera movido un músculo. «¿Un sueño? ¿No ha sido más que un mal sueño?».

Respirando de forma agitada, repasé mis recuerdos.

«*Mátala*». La palabra me envolvió como una serpiente y, en mi mente, adoptó la forma de una silueta esbelta. Morsana.

Fría y despiadada. Cruel.

Sacudí la cabeza con los ojos apretados.

«*Mátala mientras duerme. Será más fácil así*».

La busqué por la habitación, pasando la vista por las mismas paredes de arcilla y paja, respirando el mismo hedor a barro y humedad. A mi lado, Aleysia seguía sumida en un sueño profundo, ajena a todo. Se la veía tan tranquila, tan inocente…

—No. No voy a hacerlo.

«*Está podrida por dentro. El único remedio es la muerte*».

—No vas a tocarle ni un pelo, ¿me oyes? —No tenía claro si la orden iba dirigida a ella o a mí misma.

La voz no respondió.

Esperé, escudriñando las sombras, preguntándome si la diosa de la muerte había cruzado por alguna razón el límite entre la caligorya y este mundo. La voz permanecía callada. Aún jadeando, me pasé la mano temblorosamente por la frente, luego eché a un lado las mantas y salí corriendo hacia la puerta. Necesitaba distanciarme físicamente de esa maldita pesadilla.

En la otra habitación, Zevander estaba sentado en una silla frente a la ventana, con las botas apoyadas en el alféizar. Cuando se dio la vuelta y me vio, juntó las cejas.

—¿Va todo bien?

—Una pesadilla. —Lancé una mirada a la habitación de Aleysia y la posé de nuevo en él—. ¿No se ha movido mientras dormía? ¿Para nada?

—Que yo haya oído, no. —Fijó la vista en mis manos, que tenía entrelazadas frente a mí, como si percibiera mi temblor, y se inclinó hacia delante para estudiarme—. ¿Seguro que va todo bien?

A pesar del martilleo de mi corazón en el pecho, asentí.

Me contempló unos momentos más y se volvió otra vez hacia la ventana. Al otro lado, la luna resplandecía alta en el cielo.

—Habrá sido una pesadilla.

—Ha sido espantoso. —Presa aún de un dolor punzante en la garganta, me dirigí hacia la pequeña mesa, sobre la que había una jarra de agua al lado de una taza de hojalata, y me serví un poco. El intenso calor de la chimenea desterró poco a poco el frío que aún me calaba los huesos—. ¿Has…? —Titubeé, deseando preguntarle (a

él, un hombre entrenado para matar) si alguna vez había oído una vocecita incitándolo a arrebatarle la vida a alguien; si había ocasiones en que su conciencia se desmandaba y le exigía que cometiera alguna atrocidad. Sin embargo, lanzar esa pregunta al universo se parecía demasiado a hacer una confesión—. ¿Has visto muchos? —inquirí en cambio—. Me refiero a esos seres de ahí fuera.

—Van y vienen. Parecen lo bastante espabilados para saber que estamos aquí, pero no han intentado echar la puerta abajo. Me da la sensación de que son cazadores nocturnos.

Sus palabras me provocaron un escalofrío. Me venían a la mente imágenes de esas cosas engullendo carne nacidas de mis peores pesadillas.

—Rezo por que despierte por la mañana para que podamos irnos de aquí.

—Maevyth… —Se dio la vuelta en la silla con expresión tensa y, si no me equivocaba, sombría.

—¿Qué pasa?

En el momento en que movió la cabeza de un lado a otro, supe que lo que iba a decir era mentira.

—Nada.

—No, no me lo creo en absoluto, así que dime la verdad. —Alcancé a distinguir una maldición y la palabra «idiota» en sus refunfuños—. Dímelo.

—Aleysia no conseguirá atravesar el Valle Umbrío. Los mortales no pueden cruzar a Etiria. —Su tono, cortante como una navaja, hizo trizas cualquier esperanza que yo albergara mientras asimilaba esa información en silencio. El pesar que ardía en sus ojos contrastaba con el veneno de sus palabras, que me helaron la sangre.

—¿Qué? —pregunté con incredulidad, sin esperar respuesta. Al fin y al cabo, Zevander no se mordía la lengua—. Yo sabía que ella

no podía cruzar sola, pero… ¿conmigo tampoco? ¿Ni contigo?

—No puede cruzar a Etiria, punto. El Valle Umbrío lo impide. —A pesar de todo, mantenía la voz firme, como desconectado del remordimiento que claramente sentía, el cual lo llevó a restregarse el rostro con la mano.

—No es posible. —Retrocedí tambaleándome y me dejé caer en el asiento situado a mi espalda—. Pero si… yo soy mortal.

—Tienes sangre etiria.

Abrí la boca para replicar, pero no fui capaz de encontrar las palabras. Ningún argumento cambiaría la dura realidad.

—¿Cómo vamos a…? No podemos quedarnos aquí. Nuestro hogar, la aldea, todo ha quedado destruido. —Se me quebró la voz al recordar que la cabaña del abuelo Bronwick se había quemado por completo.

—Llevo casi toda la noche reflexionando sobre ello. —Dirigió de nuevo la vista hacia la ventana.

—¿No hay otra solución?

—Tal vez, si alguien forjara un vínculo con ella… En ese caso, se produce un intercambio de sangre. —Suspirando, me lanzó una mirada desalentadora—. No creo que nos encontremos con muchos etirios en este lado, pero aun así el riesgo es demasiado alto. Si el intento fracasara, se precipitaría hacia su muerte en el gran abismo. Solo a los etirios de sangre e intenciones puras se les permite cruzar esa frontera.

«¿De sangre e intenciones puras?».

—¿Qué narices significa eso?

—Un intercambio de sangre no la convertiría en una etiria auténtica. Y, si resultara que su sangre está infectada, sería rechazada. No se le permite el paso a nada que se perciba como una amenaza.

Solté un bufido de exasperación y me tapé la cara con las manos mientras un dolor palpitante me castigaba la cabeza.

—No puedo dejarla aquí sola. —Apretando las mandíbulas, parpadeé para contener las lágrimas que empezaban a escocerme en los ojos—. Y menos aún con esas cosas. Por otro lado, la idea de quedarnos aquí me aterra. —Estaba tan aliviada por haberla encontrado que ni se me había pasado por la cabeza que tal vez ella no pudiese regresar a Etiria con nosotros; no me planteé la posibilidad de que se viera obligada a quedarse en la tierra de los mortales.

—No pienses en ello ahora. —Se puso de pie, agarró una manta que estaba colgada en el respaldo de la mecedora de Elowen y atravesó la habitación con paso resuelto. Tras cubrirme los hombros con ella, hincó una rodilla en el suelo y ladeó la cabeza como para atraer mi mirada—. Voy a cortar un poco de leña. Tenemos alimentos suficientes para unos días. Y, si se nos acaban, puedo salir a cazar.

Me volví hacia el fuego con la esperanza de que no viera mis pensamientos reflejados en mis ojos, el enorme alivio que se había apoderado de mí al saber que no pensaba dejarme sola con Aleysia y aquellos terroríficos monstruos.

—No te pido que hagas esto, Zevander. No te pido que te quedes, teniendo a tu familia en otro lugar…

Me asió el mentón con fuerza, en un gesto que me sobresaltó, y al levantar los ojos lo vi erguido ante mí, imponente, con una ceja arqueada.

—No me estás pidiendo que haga nada. Y, ahora, descansa un poco. No pienso permitir que te obsesiones con eso esta noche. De hecho, me maldigo por habértelo dicho, pero temía que, si te enterabas más tarde, fuese peor.

—Suponiendo que despierte algún día. —Las lúgubres palabras me atoraron la garganta.

—Despertará. Deja de preocuparte.

Habría querido preguntarle qué sucedería si no despertaba, pero temía su brutal franqueza tanto como la necesitaba.

Al echar otro vistazo al dormitorio, me asaltó la imagen de Aleysia sentada encima de mí con aquellos espeluznantes ojos negros hablando en lenguas extrañas.

—Creo que dormiré aquí, si te parece bien.

—Por supuesto. —Se acercó a la chimenea y atizó las llamas, que empezaron a despedir un calor abrasador que no consiguió arrancarme el frío que me reptaba bajo la piel.

Me acomodé en el suelo y me arropé bien con la manta, y no reparé en que Zevander había salido de la habitación hasta que lo vi regresar con una almohada que me colocó bajo la cabeza.

—Gracias.

Con la mandíbula tensa y una breve inclinación de cabeza, se enderezó, pero lo agarré del brazo.

—¿Te acuestas a mi lado? Solo hasta que me quede dormida.

Una leve sonrisa asomó a sus labios mientras se tendía a mi espalda; su voluminoso cuerpo era como una montaña sombría.

—Ojalá no me pidieras cosas tan difíciles —dijo poniéndome la mano en el vientre.

Aunque no alcanzaba a ver a Aleysia por encima de sus anchos hombros, era bien consciente de que la puerta de su dormitorio se había quedado abierta. Me di la vuelta hacia él y, con la cara apretada contra su fornido pecho, inspiré el tenue aroma al licor de Elowen que había tomado hacía un rato. Me faltó valor para decirle que su presencia era un bálsamo para el caos que reinaba en mi cabeza. No era justo por mi parte esperar que se quedara, pero,

joder, qué gran alivio fue para mí.

—¿Y qué ocurrirá cuando se te acabe el vivicanto?

—No me pasará nada. Tal vez me ponga un poco de mal humor. Desde luego no podré engatusarte con mis encantos, pero… sobreviviré unos días más sin él.

Se me borró la sonrisa.

—¿Y si tenemos que quedarnos más de unos días?

Me acarició la frente con el pulgar.

—¿Tú te has oído? Estás preocupándote por algo que aún no ha sucedido.

—Me gusta ser previsora.

—Le estás dando vueltas a demasiadas preocupaciones a la vez. Duérmete o me veré obligado a lanzarte otro hechizo.

Me quedé de una pieza al oír su comentario.

—¿Me has lanzado un hechizo de sueño?

—Sí, la noche que te saqué a rastras de Guardahueso y no parabas de incordiarme con tus preguntas.

Conservaba el vago recuerdo de haber experimentado una somnolencia irresistible mientras iba montada en su caballo. Respecto a lo ocurrido entre ese momento y la mañana siguiente tenía lagunas, claro.

—¿Es posible que Elowen le lanzara un hechizo a Aleysia?

—No sé de ningún hechizo que dure días, pero supongo que sí.

—¿Habrá alguna manera de romperlo?

—Los hechizos acaban por romperse solos. Son una forma de magia menor, usada sobre todo por entecos, tal vez también por mortales. —Me recolocó un mechón detrás de la oreja, un gesto que me distrajo ligeramente de los pensamientos que había despertado en mí.

—Pero Elowen me cambió el color de los ojos, y eso me duró

casi toda la vida, hasta que ella murió —repuse, esforzándome por ignorar la delicadeza con que jugueteaba con mi cabello.

—Eso fue un vínculo sanguíneo, seguro. Dudo que recurriera a algo así para someterla a un hechizo de sueño.

—¿Por qué?

—Es demasiado arriesgado vincular tu sangre con la de otra persona. Además, al parecer su muerte lo rompió. A no ser que…

—¿A no ser que qué?

Suspirando, se puso bocarriba, con la cabeza apoyada en el brazo.

—Que la sangre no fuera suya.

Su cambio de postura me permitió ver con claridad la habitación de Aleysia, y la oscuridad que imperaba en su interior me provocó otro escalofrío.

—Y, si no lo era, entonces Aleysia seguirá dormida hasta que averigüemos a quién o a qué está vinculada.

—Sí, en esencia.

—¿Hace falta matar a la otra persona para romperlo?

Se encogió de hombros.

—No necesariamente, siempre y cuando pronunciara el hechizo para despertarla. De todos modos, por el momento, no son más que especulaciones. Si se estableció un vínculo sanguíneo, buscar aquello a lo que está vinculada sería como intentar encontrar una hoja concreta en el bosque. Podría ser cualquiera, o cualquier cosa. Ni siquiera sabemos si se encuentra bajo un hechizo. Podría estar en coma por el frío extremo.

—O sea, que sí sabes lo que ocurre cuando los mortales nos enfriamos. —Me incorporé apoyándome en el codo y suspiré al advertir su mueca de suficiencia—. Entonces no nos queda otra opción que esperar.

Como si no pudiera contenerse, se volvió hacia mí, deslizó la mano por la curva de mi cadera y me agarró posesivamente para atraerme hacia él.

Apoyé la mejilla contra su pecho, pero la sensación fue distinta que la de la noche anterior. A pesar del alarido de angustia de mi corazón, del insoportable deseo que sentía por él y que me desgarraba por dentro, mi cabeza ya había empezado a distanciarse. Cerré con fuerza los ojos y lo estreché contra mí, luchando por aferrarme al momento, por impedir que mi mente se viera arrastrada a una espiral de desesperanza sobre el futuro.

«Todo saldrá bien. Al final, las cosas se arreglarán. Como siempre».

—¿Estás bien? —La pregunta de Zevander interrumpió mis cavilaciones—. Parece que tus uñas estén intentando atravesarme las costillas —añadió en tono socarrón, y yo aflojé un poco la presión.

—Debería estar feliz por haberla encontrado, pero ahora mismo todo se me hace cuesta arriba.

—El mundo no siempre juega limpio. A veces te devuelve algo, pero te quita otra cosa a cambio.

—Tengo la sensación de que me ha quitado más de lo que me ha dado. —Con la mandíbula rígida, sacudí la cabeza—. No dejaré que vuelva a arrebatarme nada. Quiero que retomemos mi entrenamiento durante el tiempo que estemos aquí. Tengo que aprender a defenderme a mí y a mi hermana de esas cosas.

—Sí, deberías. Pero hablas como si planearas enfrentarte a ellos sola. —Me acarició la mejilla con el pulgar y vi sus ojos brillar con una férrea determinación—. No te abandonaré. —Me rodeó la nuca con los dedos y me besó en la frente—. Podemos empezar a entrenar mañana por la mañana, si te sientes con fuerzas.

Asentí, deslizando el dedo por el contorno de su pecho y, cuando me topé con una protuberancia, arrugué el entrecejo y me incliné hacia delante para ver qué era. Tenía en la piel un extraño símbolo que parecía grabado a fuego; al examinarlo más de cerca descubrí que este, a su vez, contenía símbolos más pequeños que recordaban glifos diminutos.

No me había fijado antes en aquello, seguramente porque pasaba inadvertido en su piel surcada de cicatrices.

—¿Qué es? —pregunté acariciándola con suavidad. Noté un extraño calor en la punta del dedo.

—Una cicatriz, cortesía del fuegoscuro.

—¿Una quemadura?

—Una marca. Eso que estás toqueteando es, según dicen, la raíz de mi maldición —dijo y, cuando retiré la mano, me la atrapó soltando una risa—. He intentado arrancármelo de la piel tantas veces…

Palpé las cicatrices que rodeaban el símbolo y supuse que se trataba de heridas infligidas con un cuchillo.

—¿Es esto lo que te vincula con la llama?

Me acarició los nudillos con la palma, se llevó mi mano a los labios para besarme las yemas de los dedos y volvió a dejarla apoyada sobre su pecho.

—Según mi padre, Cadavros me arrojó a una veta cuando era solo un bebé. Creía que había sobrevivido solo gracias a la marca. Casi nadie puede acercarse a menos de un par de metros de la llama sin acabar derretido.

El horror de lo que acababa de decir me embargó y se me coló bajo la piel.

—¿Te arrojó a una veta cuando eras pequeño? ¿Por qué querría alguien hacerle eso a una criatura?

—Al parecer, esta marca lo puso furioso.

—¿Quién te rescató?

—Cadavros.

—Dices que la llama derrite a la mayoría de la gente. ¿Hay otros capaces de soportarla aparte de ti? —Me vino a la memoria el brujo del anillo, el que había tratado de sacrificarme. Había sostenido el fuego en la mano y luego me lo había metido por la garganta.

—Sí. Hay algunos brujos que saben manejarla, pero solo hasta cierto punto. Tengo entendido que Cadavros sufrió una quemadura justo antes de sacarme de las llamas. Mi madre estaba convencida de que los dioses lo habían castigado por el ritual. —Un ligero deje irónico en su voz parecía indicar que esa explicación no lo convencía.

—Tú no lo crees así.

—Les importamos una mierda a los dioses. Encuentran diversión en nuestro sufrimiento, alegría en nuestro dolor. —Puso la palma contra la mía y me agarró los nudillos para besarlos de nuevo—. Prefieren contemplar cómo un recién nacido es consumido por las llamas que hacer el menor esfuerzo por salvarlo.

—Entonces ¿por qué te sacó de la veta?

—Creo que albergaba otras intenciones. Quiere que me una a él con algún fin.

—Eso no tiene sentido. ¿Por qué intentó matarte de pequeño si quería que te unieras a él?

Zevander se encogió de hombros.

—En cierta ocasión, mi padre dijo que Cadavros había intentado devorarme.

Su comentario despertó en mí recuerdos del ser que había devorado a Moros y adoptado su forma.

—¿Habría adquirido tu poder si te hubiera devorado? —Las palabras se me atragantaron como una mucosidad viscosa que no

quería tragarme. La imagen de Cadavros devorando a un bebé me dejó un poso inquietante en la mente.

—Supongo que sí. Poseo el elemento más antiguo y peligroso del mundo. —Me rozó los hombros con el dorso de los dedos y me besó la curva de la clavícula—. Tiene lógica que buscara reclutarme para su causa.

—¿Y qué causa es esa, exactamente?

—Su poder va aumentando a medida que se propaga la vaticinada Peste Negra. Nunca he conocido un brujo, aparte de Dolion, que no ansiara ser el más poderoso y venerado.

—Y quiere que lo ayudes a acumular más poder —dije. La conversación no conseguía distraerme de las suaves caricias y la voz serena por las que anhelaba dejarme llevar. En vez de ello, sus palabras me hicieron recordar la preocupación que había arrumbado en un rincón de mi mente—. Como argumento en favor de quedarte en Mortasia, no es muy convincente.

Zevander se rio entre dientes al oír eso.

—Ya hemos quedado en que no voy a dejarte aquí sola.

—Es verdad. —Aun así, mi obsesiva cabeza no se daba por vencida—. ¿Hay manera de matarlo?

—Comparte un vínculo sanguíneo con el príncipe Dorjan. Están unidos por un amuleto. Si muriera, Dorjan moriría también y una plaga azotaría Etiria.

—Como la de aquí.

—Sí, pero mucho peor.

—¿Cómo podría ser peor?

—Imagínate que esos seres pudieran defenderse con magia de sangre.

Solo de pensarlo, un temblor me recorrió los músculos. En Mortasia se comportaban simplemente como arañas descomunales y,

aunque eran veloces y escurridizos, se los podía matar.

—No tendríamos la menor posibilidad de sobrevivir. —No me percaté de que me estaba royendo los dedos hasta que Zevander me los apartó de la boca con delicadeza—. Hipotéticamente hablando, ¿qué implicaría que te unieras a él?

Me puso la palma en la coronilla para inclinarme la cabeza hacia atrás.

—Antes me degollaría yo mismo —dijo con los labios pegados a la curva de mi cuello, donde me dejó un beso.

Cerrando los ojos, exhalé por la nariz, presa de una debilidad repentina por el ansia de más, pero permanecí inmóvil, esforzándome por mostrarme impasible. No es que quisiera rechazarlo; al contrario, necesitaba su afecto más que nunca. Era una necesidad y, a la vez, un capricho para mí, como cuando a Agatha, mi despreciable abuelastra, le daba por tratarnos con más crueldad de la habitual y Aleysia y yo nos refugiábamos en la bodega de mi abuelo para solazarnos con vino y risas.

Durante unos momentos disfrutábamos de una felicidad absoluta.

Aunque las caricias de Zevander tuviesen la capacidad de sacarme de mi ensimismamiento, eso no cambiaba el panorama al que nos enfrentábamos. Seguíamos ante un dilema sin solución en lo que respectaba a Aleysia.

Sentí su sonrisa contra mi piel.

—Intentas aparentar indiferencia, pero noto cómo se te acelera el pulso bajo mis labios.

Aclarándome la garganta, bajé la barbilla.

—Sé que no te unirías a Cadavros de forma voluntaria —dije cambiando de tema—. Solo te pregunto, por curiosidad, qué consecuencias tendría que lo hicieras.

Resignado ante mi resistencia, volvió a tenderse bocarriba.

—¿En el mejor de los casos? La destrucción total. Como ya te he dicho, el poder de la llama negra es muy antiguo. Se creó con el objetivo de purificar, de arrasar para volver a empezar de cero. Al menos eso nos enseñan las crónicas.

—¿Y en el peor de los casos?

Bajó las cejas y dirigió la mirada hacia la ventana.

—No lo sé. No he explorado mi magia en toda su extensión. Es una puerta que siempre he mantenido cerrada.

—¿Temes su poder?

—Como cualquiera en sus cabales. Es el elemento más destructivo que existe. Por desgracia, creo que Cadavros no lo teme tanto como debería.

—Por lo que quizá no tengas más remedio que marcharte, al fin y al cabo. Si está dispuesto a conseguir ese poder a cualquier precio, quedarte sería peligroso para ti. —Una nueva oleada de pánico me atravesó el pecho al pensar en las posibles consecuencias de eso.

Se volvió hacia mí con una mirada intensa y firme.

—Por si no quedó claro la primera vez que lo dije, te lo repetiré: no voy a dejarte aquí sola. Y no se hable más.

Ni se imaginaba el alivio que me invadía cada vez que me aseguraba que permanecería a mi lado; las ganas que tenía de entregarme a sus brazos y no moverme de ahí.

Pero ¿cómo iba a pedirle que se quedara por mí si eso implicaba poner en peligro dos mundos?

No podía. No iba a hacerle eso.

—Eres el hombre más terco que conozco.

—Y eso lo dice la mujer más terca que conozco. Por lo visto, somos tal para cual. —Cuando acercó la cabeza a mis labios, le puse la mano en el pecho para frenarlo.

—Creo que no deberíamos… —Apartarlo de mí me producía dolor en todo el cuerpo. Me moría por que me besara.

Dirigió la mirada hacia la habitación en que dormía Aleysia y después la posó de nuevo en mí.

—¿Ella nunca ha tenido relaciones íntimas con un hombre mientras tú dormías cerca? —preguntó, dando por sentado que esa era mi preocupación en aquel momento. ¿Y cómo no iba a pensarlo? Era él quien estaba empeñado en quedarse, pasara lo que pasara.

En su cabeza no había conflicto alguno. Había dejado clara su postura.

—Aunque lo hubiera hecho, diría que las circunstancias son bastante distintas. —Bajé la vista a su pecho y jugueteé con un hilo de su camisa—. Pero eso no es lo que me preocupa. Aún no sabemos qué va a suceder y creo que deberíamos esperar por lo menos a que despierte, si es que despierta algún día. —Era inútil discutir con él sobre el tema, pero uno de los dos tendría que tomar una decisión difícil, ya fuese que él se viera obligado a regresar (pese a su insistencia en quedarse) o que yo tuviera que decidir qué hacer si Aleysia no se despertaba.

—Es evidente que no tienes idea de lo irresistible que eres si crees que puedo acostarme a tu lado, aunque solo sea una noche, sin morirme por tocarte. —Se tendió de espaldas, apoyando de nuevo la cabeza sobre el brazo doblado—. ¿Cómo voy a convencerte de que lo único que podría separarme de ti es la muerte? E, incluso en ese caso, encontraría la manera de volver junto a ti.

—No necesito que me convenzas. El hecho de que estés aquí demuestra la clase de hombre que eres. Pero no controlamos el destino y mi corazón no lo resistiría si murieras por protegerme, así que tal vez sea yo quien se vea obligada a tomar una decisión difícil. Por el momento, solo te pido que nos tomemos las cosas con calma

hasta que lo veamos todo un poco más claro.

Esbozó una sonrisa apagada.

—No sé qué me impresiona más, si tu belleza o tu lógica. —Su sonrisa se desvaneció cuando se volvió para mirarme. Por todos los dioses, qué poco sospechaba que detrás de esa «lógica», como él la llamaba, detrás de la resignación, se escondía una chica que solo anhelaba verse envuelta por la seguridad de su abrazo, saborear la dulzura de sus primeras experiencias con él, sin todo el caos y la confusión—. Lo que me matará no será quedarme para protegerte, sino no poder estar contigo.

La angustia me carcomía el pecho.

—Será algo temporal, te lo prometo. —Eché una ojeada rápida a la habitación de Aleysia—. Además, ¿no te cohibiría hacerlo con público?

Frunció el entrecejo al tiempo que apartaba los ojos de los míos. Una sombra de intranquilidad le oscureció la mirada y fue entonces cuando una lúgubre sospecha me encogió el estómago por el remordimiento. Al recordar las cicatrices, esas marcas de los malos tratos que había sufrido, no se me ocurría una sola razón por la que un hombre tan frío y apático como Zevander hubiera reaccionado de otro modo. Habría deseado ser lo bastante descarada y cruel para preguntárselo directamente, pero me tragué la duda, que me dejó un regusto como de tiza en la lengua.

—Perdona…

—No hay nada que perdonar. Tienes razón. Sugerir que me dejaras tocarte así ha sido un error.

¿Un error?

En un abrir y cerrar de ojos, su semblante había cambiado por completo. Se levantó del suelo, pero lo agarré del brazo.

—No has cometido ningún error. Por favor, no te vayas. Túmbate

conmigo.

Juntó las cejas, como debatiéndose por dentro, pero me dio la espalda para avivar de nuevo el fuego.

Mis palabras lo habían turbado. Quizá hubiesen despertado algún recuerdo de su pasado. En vez de presionarlo y arriesgarme a decir alguna inconveniencia, cambié de tema.

—Voy a lavarme un poco. No he tenido ocasión desde lo de antes.

Puso una mueca de dolor y se llevó la base de la mano a la sien, cerrando los ojos. Cuando los abrió de nuevo, ardían de hostilidad.

—¿Qué has dicho?

Desconcertada, repasé mentalmente lo que acababa de decir.

—Que no he tenido ocasión de lavarme.

—Después de eso.

Volvió a dejar el atizador de hierro en el soporte situado junto a la chimenea.

—Nada. ¿Qué has entendido? —Al bajar la mirada, advertí que la mano que le colgaba al costado le temblaba y que apretaba el puño y volvía a abrirlo una y otra vez.

—No importa.

No despegué la vista de su puño.

—Pero claramente estás disgustado por algo que crees que he dicho. ¿Qué es?

Quizá consciente de que lo miraba con fijeza, se pasó la mano por el mentón, sin suavizar la expresión.

—Por favor, dímelo.

Con un tic nervioso en la mandíbula y los labios crispados de rabia, desvió los ojos.

—*Sordesz vet signe da'servio* —dijo con los dientes apretados—. «La suciedad es la marca del esclavo».

Fruncí el ceño al oír sus palabras.

—¿Eso es lo que crees que he dicho? —Como no respondía, proseguí—. ¿No debería ser yo quien se ofenda por esta frase, teniendo en cuenta que soy la que está sucia?

Bajó la mirada a mi vientre y la volvió a subir.

Por segunda vez esa tarde me quedé sin palabras al comprender de pronto lo que ocurría. Me llevé la mano al abdomen, donde, debajo de la blusa, los restos de la última vez que habíamos estado juntos se me habían secado en la piel.

—¿Crees que te estoy llamando sucio a ti por lo que…?

Se dirigió hacia la ventana a paso largo.

—Montaré guardia mientras te lavas.

Sin embargo, la idea de que él creyera que yo lo había insultado así me resultaba insoportable. No estaba dispuesta a dejar que esas palabras se interpusieran entre nosotros. Me acerqué a él, con un ardor en las mejillas fruto del resentimiento.

—¿Me consideras capaz de decir algo tan cruel?

El fuego del conflicto brillaba en sus ojos y tenía las cejas fruncidas.

—Pero alguien te lo ha dicho alguna vez.

No se molestó en mirarme.

—Esta conversación se ha terminado. Ve a lavarte.

—No, no pienso hacerlo. No mientras pongas en duda mis intenciones.

Sin mediar palabra, me dio la espalda.

—¡Zevander!

—¡Basta! —Se le desencajó el rostro, visiblemente arrepentido de haber alzado la voz, aunque su cuello y su mandíbula seguían tan rígidos como antes—. Me lo habré imaginado.

—Y, aun así, no te dignas mirarme siquiera, lo que significa que

sigues sin tener muy claro si lo he dicho o no.

Silencio.

Avancé hacia él, retorciéndome las manos.

—Zevander, lo que pasó entre nosotros ha sido la experiencia más increíble de mi vida.

—Te he mancillado en cuanto te he tocado. —Se contempló las palmas—. Con las asquerosas manos de un esclavo… —murmuró en voz tan baja que apenas alcancé a oírlo.

¿Un esclavo?

Me quedé atónita al oír esta afirmación, tan alejada de su tono habitual, que destilaba seguridad e incluso algo de arrogancia. Era como si estuviera hablando con una persona totalmente distinta.

—No me has mancillado, pero, si te empeñas en creerlo así, has de saber que lo he disfrutado mucho. Estaría encantada de dejar que me mancillases de nuevo si no fuera un momento tan inoportuno. —Di un paso hacia él—. No tengo ni idea de qué se cuece en esa cabeza tuya ahora mismo, pero, por favor, no pienses ni por un instante que siento el menor arrepentimiento por lo de antes. Puede que me falte experiencia, pero no la capacidad de elegir por mí misma. Y no me gusta la insinuación de que soy una damisela indefensa que se deja engatusar tan fácilmente por el lobo.

Con un suspiro, posó la vista en mí.

—No pretendía insultarte.

—Ni yo a ti.

—Entonces estamos de acuerdo en dejar esta discusión.

—Sí. —Por el momento.

4

Zevander



Pasado

Zevander nunca había visto la sala del trono del rey Sagaerin antes de ese día. Aunque cuando era más pequeño había pasado tiempo en el palacio, la sala del trono siempre estaba reservada para asuntos que no le atañían, hasta ese momento.

Con las manos engrilletadas, avanzaba cautelosamente por el largo pasillo de baldosas negras, cuyas vetas plateadas formaban un mapa cósmico en el que los ciclos lunares y varias estrellas despedían un fantasmagórico resplandor blanco. Columnas de ópalo ennegrecido se elevaban hacia el techo abovedado con relieves de rostros que le habían enseñado a reconocer —los lunadéi—, los cuales parecían a punto de escapar de la piedra. Encima y debajo de las escalofriantes caras había esculpidos glifos lunares que simbolizaban a las familias reales cuyo linaje, según decían, descendía de los dioses. A los lados, las vidrieras de unas elevadas ventanas ojivales mostraban los ciclos de la luna, mientras que otras

representaban a cada uno de los miembros de los lunadéi, con su tez pálida y sus ricas vestiduras azules y plateadas.

Los artesanos debieron de tardar siglos en completar aquella obra.

Lord Belthane, el consejero del rey Sagaerin, se encontraba de pie junto al trono vacío. Flanqueado por media docena de guardias, torció el gesto con desagrado cuando Zevander y su padre se detuvieron al lado de lady Rydainn, que sin duda había acudido para implorar clemencia al soberano.

El entrecejo arrugado y los labios fruncidos con los que esta recibió al padre de Zevander eran garantía de que habría una riña más tarde, pero, cuando posó los ojos en su hijo, suavizó la expresión con ternura, como de costumbre, y se abalanzó hacia él, pero un guardia la frenó agarrándola del brazo.

A Zevander se le tensaron los músculos.

—No se acerque a los prisioneros —bramó el guardia con voz bronca.

—Ese «prisionero» es mi hijo. —Se volvió hacia lord Belthane con un centelleo de indignación en los ojos—. He solicitado audiencia con el rey. Tratándose de una amiga de la familia real de toda la vida, sin duda podría hacer una excepción.

Lord Belthane se arregló la manga de su larga túnica de terciopelo, se quitó una pelusa y la tiró con ademán despreocupado.

—El rey está agotado, por lo que se ha retirado a descansar. Ha delegado en mí la gestión de estos asuntos.

Lady Rydainn echó los hombros hacia atrás.

—Muy bien. Le pido a Su Majestad que conceda el perdón tanto a mi marido como a mi hijo.

—Tengo entendido que su familia cerró un trato con Cadavros antes de su ejecución. ¿Cuál fue la índole de dicho acuerdo?

—Nos ofreció protección contra los soláceos a cambio de una muestra de la magia de nuestro hijo para usarla con fines académicos, según nos explicó.

—¿Conocía usted la naturaleza oscura de sus estudios?

—Verá…

Belthane alzó la mano para interrumpirla.

—Le advierto, lady Rydainn, que, a pesar de esa amistad a la que alude, no toleraré que me mienta, y menos aún a la cara.

Ella inclinó ligeramente la cabeza.

—Había oído rumores.

—¿Y no dudaron en pactar con él, aun sabiendo que la demutomancia está prohibida por orden del mismo rey ante cuyo trono se encuentra ahora suplicando misericordia?

—Estábamos desesperados.

Una mueca de desprecio deformó el rostro de Belthane.

—¡Infringieron la ley! ¡La ley dictada por el soberano!

—Apelo a su indulgencia. —Levantándose la falda, le dedicó una profunda genuflexión—. Si los perdona, juro que no volveré a presentarme ante esta corte en busca de un favor o un indulto.

—Creo que no es consciente de la gravedad de los crímenes de su esposo. —Al oír esta acusación, tanto lady Rydainn como Zevander se volvieron hacia lord Rydainn, que tenía las cejas contraídas en un gesto de preocupación—. El dracoferro que se extrae en Draconysia, nada menos que el elemento con el que forjamos las armas que usamos para defendernos, debe transportarse a través del canal de Australius, a menos que estemos dispuestos a enfrentarnos a los dragones tan hostiles que anidan ahí. Dicho canal pertenece a los soláceos, que aseguran que nos negarán el paso si no les entregamos a su marido y su hijo de inmediato.

—¿Qué? —Lady Rydainn intercambió una mirada inquieta con su hijo—. ¿Son… son capaces de hacer algo así solo por un hurto?

—¿Por un hurto? —Belthane torció la boca con desdén y la miró con los párpados entornados—. No. Su amado marido cometió un acto de traición al…

—Por favor, milord… —El padre de Zevander agachó la cabeza y dejó escapar un leve quejido—. No soy un traidor, y usted lo sabe.

—Como vuelva a interrumpirme, ordenaré que le arranquen la lengua en el acto. —Devolvió su atención a la madre de Zevander—. Como decía, asesinó a una solácea inocente, esposa de un potentado naviero llamado lord Vanhelm, que resulta que tiene lazos estrechos con el rey de los soláceos.

Lady Rydainn palideció y en su mirada se reflejaba la misma traición que estaba sintiendo Zevander en aquel momento al oír las palabras de lord Belthane.

—¿Es eso cierto?

—Lynara, no lo entiendes…

Ella apretó la mandíbula.

—¿Le quitaste la vida a una mujer inocente?

—Le quité la vida, sí, pero no…

—¡No vuelvas a dirigirme la palabra! —le espetó ella. Aunque a Zevander le dolía que sus padres se pelearan, comprendía la rabia de su madre—. Si no fuera por nuestros hijos, no me importaría verte sufrir. Siempre me pareció extraño no poder leerte el pensamiento a causa de esa barrera impenetrable que te rodea. Creía que se trataba de un acto altruista, para protegerme de la angustia y la culpa que sentías por nuestros hijos, pero resulta que me ocultabas tu traición. ¿Cómo pude ser tan necia de imaginar que tus intenciones eran otras?

—Te suplico que me perdones. —Lord Rydainn se postró de

rodillas—. Por favor, Lynara.

Desoyendo sus ruegos, ella le dio la espalda.

—Lord Belthane, le pido que considere la posibilidad de indultar a mi hijo. Él no tiene nada que ver con esto.

—Lord Vanhelm quería que la entregara a usted también, lady Rydainn. De hecho, ha puesto mucho énfasis en ello. Una esposa por otra, supongo. Como no me atrevía ni a imaginar las atrocidades que le infligirían como represalia, les propuse que aceptaran a su hijo en vez de a usted.

—Por favor. Insisto en acompañar a mi marido en su cautiverio. Ocuparé el lugar de mi hijo y sufriré las consecuencias que determinen los dioses.

—Ya está decidido. Partirán para Solácea mañana. Gracias a eso, nuestras naves podrán navegar sin impedimento y se evitarán conflictos.

—Tan pronto… —Con la mano en el pecho, Lynara suspiró con brusquedad—. No puedo quedarme cruzada de brazos mientras ejecutan a mi hijo.

—No habrá ejecuciones. A cambio de una cantidad exorbitante de vivicanto y de nuestro mejor vino, el rey Jeret ha accedido a enviarlos a las minas de Ceniósea en vez de condenarlos a muerte.

Los ojos se le llenaron de lágrimas y, con los labios temblorosos, se volvió hacia Zevander, aunque apartó la vista rápidamente, quizá porque no quería que el muchacho viera el atisbo de temor que había en su mirada.

—Le agradezco su generosidad, milord.

—Solo gracias al afecto de nuestro rey su esposo y su hijo seguirán con vida, pero no se equivoque: van a sufrir.

5

Zevander



Presente

Sentado frente a la ventana, Zevander observaba a los seres pálidos que merodeaban alrededor de la cabaña. Oía el débil repiqueteo de sus patas quitinosas correteando por el tejado y las paredes mientras sus monstruosas formas proyectaban sombras no menos monstruosas sobre la nieve. No representaban más que una pequeña distracción respecto a la vorágine de pensamientos que se arremolinaban en su mente. Se pasó la mano por la cabeza mecánicamente, como si ese movimiento fuera a brindarle un poco de lucidez en aquel mar de confusión.

Estaba seguro de haberla oído pronunciar esas palabras. Incluso en aquel momento, la claridad con que las percibía le helaba la sangre. Pero ¿cómo iba ella a saber no solo lo que significaban, sino la repugnancia que le provocarían?

Era imposible, lo que implicaba que sin duda él se lo había imaginado.

Se restregó la cara con la mano y apretó los ojos con frustración al caer en la cuenta de algo. Sabía muy bien que la falta de vivicanto podía causar delirio, violencia y, si la abstinencia duraba lo suficiente, la muerte. Había visto en libros imágenes de personas que habían sufrido casos extremos de malvicanto; en ellas se apreciaba el dolor, el hambre, el ansia insaciable de carne. Aunque había restado importancia a su preocupación al hablar con Maevyth, las dificultades que había tenido para invocar la llama con el fin de hacer entrar en calor a Aleysia eran un indicio alarmante.

El declive había comenzado.

Por desgracia, cualquier resquicio de esperanza de regresar a Etiria con Maevyth se había desvanecido en el momento en que habían abierto la trampilla de esa bodega y habían encontrado a Aleysia. No se le ocurría una sola razón por la que Maevyth quisiera abandonar la tierra de los mortales sabiendo que para su hermana sería imposible cruzar al otro lado. Aunque en parte la comprendía, el hijo de puta frío y egoísta que llevaba dentro habría preferido que no hubieran hecho ese descubrimiento.

Quizá fuera por la intuición que le habían dado los siglos, pero algo no le cuadraba del todo. Entre aquel torrente de pensamientos, uno en particular lo reconcomía: la certeza de que la anciana la había encerrado ahí por algo. Esta le había mentido a Maevyth a la cara. Y, a pesar de todos los engaños, Zevander no podía sacudirse la sensación de que la vieja lo había hecho por el bien de Maevyth.

Se había guardado esas sospechas para sí, por el momento.

Lo último que quería era ahondar las divisiones entre Maevyth y él. Ya percibía signos de distanciamiento, como su renuencia a tener relaciones íntimas con él. Lo había rechazado al tiempo que se reafirmaba en su determinación. Pero daba igual. Lo que él le había dicho era cierto, a pesar de todo: no tenía intención de regresar a

Etiria mientras ella estuviera decidida a quedarse en Mortasia.

Era su compañera, su destino. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más fuerte era la atracción que sentía en la sangre, como la que ejercía la gravedad sobre las mareas. Era como si la uniera a ella un hilo irrompible atado a su pecho.

Y más feroz se volvía su necesidad de protegerla.

Dejar que se enfrentara sola al mundo le habría resultado tan doloroso como abrirse las costillas y arrancarse el corazón.

Ansiaba decirle la verdad sobre su vínculo, pero su egoísmo se lo impedía, por temor a que ella lo rechazase por resentimiento.

Tras agarrar el candil que estaba sobre la mesa situada junto a él, se levantó de la silla y se dirigió a paso largo hacia la trampilla del suelo. El prolongado chirrido de la vieja madera le provocó dentera y miró hacia atrás para asegurarse de que el ruido no hubiera despertado a Maevyth, que yacía al amor del fuego. Se rebulló ligeramente, pero al parecer continuaba dormida, por lo que Zevander descendió a aquel sótano de dos metros de altura, agachándose para no golpearse la cabeza con el techo.

Ahí abajo hacía bastante más frío, demasiado para un ser humano. Aunque Aleysia no parecía estar infectada, al menos no como los seres del otro lado de la ventana, esa temperatura debería haberla matado, dado el tiempo que había pasado ahí metida.

Colocó la lámpara de modo que iluminara algo en lo que se había fijado esa tarde. Había unas largas hendiduras en la madera, como si la hubieran arañado con desesperación tratando de salir. Las tocó, tratando de imaginar con cuánta fuerza tendría que clavar las uñas en la madera para dejar una marca así.

Al darse la vuelta vislumbró un arcón de madera ajada sin cerradura. Se agachó y lo abrió, con un leve chirrido, pero dentro no había más que ropa y unas botas viejas. Al otro lado del arcón, una

estantería destartalada que llegaba hasta el techo del sótano contenía unos pocos tarros de conservas; había otros rotos y vacíos en el suelo. Zevander se encaminó hacia ahí, pero se detuvo al oír el crujido de los cristales bajo sus suelas y se arrodilló, advirtiendo una extraña sustancia negra que se había secado sobre la madera. Cuando acercó la luz, la mancha que había quedado se filtró a través el suelo.

Desapareció ante sus ojos.

Él se quedó mirando hacia abajo con expresión ceñuda, preguntándose si no habría sido fruto de su imaginación. ¿Una sombra, tal vez?

—¿Va todo bien? —preguntó Maevyth a su espalda, y al volverse vio que ella lo observaba de pie frente a él.

—He encontrado un cofre del tesoro con ropa y una pequeña despensa. Quizá nos sirva para ir tirando los próximos días.

—Pues qué alivio. —Se sentó en el suelo, con las piernas colgando por el hueco de la trampilla—. No soportaba la idea de tener que subsistir durante días y días a base de las sobras de su estofado.

Zevander dejó para más tarde su examen de las marcas en el suelo, pues había descubierto algo interesante en el segundo estante: dos botellas de vino. Las cogió, le dio una a ella y esbozó una sonrisa de suficiencia al ver que arqueaba las cejas, sorprendida.

—Qué artera, la vieja bruja… Las afanó de la bodega del abuelo.

Zevander se fijó en las bolsas oscuras que se le estaban formando bajo los ojos. El cansancio extremo empezaba a hacerle mella.

—¿Por qué estás despierta?

—Me está costando conciliar el sueño. ¿Sigues enfadado

conmigo? —Balanceando las piernas, bajó la vista.

—No me he enfadado contigo en ningún momento —aseguró Zevander saliendo del sótano y sentándose en el suelo a su lado. Aunque eso no fuera verdad, le habría resultado imposible seguir enfadado con ella—. Cuando se despierte estarás agotada. Entonces serás tú quien se pase los días siguientes durmiendo.

—O sea, que crees que acabará por despertarse.

—Tarde o temprano.

—¿Y si está bajo un hechizo de sangre?

—Estamos en la tierra de los mortales. Si está atada a otra vida, las probabilidades de que la otra persona sobreviva son bajas. Supongo que no tardará en despertar.

Maevyth suspiró, y él no pudo evitar admirar su perfil. Pese a estar abrumada por la falta de sueño y las preocupaciones, era de una belleza irresistible.

—No le deseo la muerte a nadie, pero desde luego me gustaría que el proceso se acelerara.

Zevander rio por lo bajo.

—Veo que se te está contagiando mi apatía egoísta hacia los demás.

—Solo digo que me gustaría que se acelerara el proceso de su fallecimiento, no que esté dispuesta a reducir a cenizas un mundo entero por una persona. —Lo miró con timidez y una sonrisa avergonzada bailándole en los labios—. Eso implicaría que tú perecieras también. —Su sonrisa se desvaneció y ella agachó la mirada.

—¿Qué ocurre?

—La mera idea me aterra.

Él alargó la mano para colocarle un mechón detrás de la oreja.

—No te preocupes por eso.

—Para serte sincera, tu caballerosidad, aunque oscura, macabra y demencial, me ha reconfortado. Nadie se había ofrecido a destruir el mundo por mí.

—Cuando se trata de caballerosidad diabólica y despiadada, no tengo rival.

Maevyth dejó escapar una risita y Zevander ardió en deseos de besarla, por más que ella intentara resistirse con uñas y dientes. Dioses, casi podía saborear sus labios.

Arrugando el entrecejo, esta volvió la mirada hacia la pila de mantas junto a la chimenea.

—Puedo dormir en el suelo, si prefieres la cama.

Esas palabras se le clavaron en el alma a Zevander como colmillos afilados. Al pensar en dormir separados, lo asaltó el ansia de levantarla en brazos. En parte quería decirle que iba a dormir con él, quisiera o no quisiera, pero sabía que ella era demasiado cabezota para ceder sin más a sus exigencias. Si intentaba forzarla a estar a su lado, solo conseguiría ahuyentarla.

—Por favor, quédate tú con la cama. Yo seguramente dormiré aquí. Así tengo más controlado el entorno.

—Siempre estás alerta, siempre montando guardia. ¿Cómo te las arreglas para descansar?

—Descanso cuando no me están cazando como si fuera una liebre traviesa en el bosque.

Una carcajada brotó de los labios de Maevyth, que se tapó rápidamente la boca con la mano, como sorprendida por su propia reacción.

—Perdona, debo de estar al borde del delirio por el cansancio, pero es que… jamás te describiría como una liebre. —Se rio de nuevo, lo que le sacó a su vez una risita a Zevander. Aún con expresión risueña, se volvió hacia él—. ¿Qué pasa?

—Tu risa. Me gusta oírla.

—No hay motivos para estar tristes. La he encontrado. Está viva y no parece que se la haya comido el ferovor.

—¿Por qué estás tan segura?

Ella juntó las cejas con expresión más seria.

—Cuando vi cómo consumía a Moros, él no parecía el mismo de siempre. Tenía un aspecto más… grotesco. Como si estuviera mal ensamblado.

—Entiendo.

—El caso es que no sé qué sucederá con Aleysia, pero por el momento me siento aliviada, entera.

—Y haces bien.

Ella bostezó y volvió a taparse la boca con la mano.

—Perdona. Por lo visto sí que estoy cansada. Te dejo que sigas montando guardia. —Echó un vistazo al dormitorio y se le tensó el ceño—. Aunque… quizá sea mejor que al menos durmamos en la misma habitación. Solo esta noche.

—¿Te preocupa algo más?

Maevyth negó con un gesto, apretando los labios.

—Solo las pesadillas.

Zevander señaló con la cabeza las mantas apiladas.

—Prefiero estar junto al fuego. De todos modos, esta noche no dormiré mucho.

—¿Te preocupa algo a ti?

Él sacudió la cabeza, sin molestarse en mencionar su deseo compulsivo de raptarla y regresar a Etiria sin Aleysia.

—No estoy cansado.

—Bueno, pues gracias. Por estar aquí. Por todo. —Se inclinó hacia él y, tras un momento de vacilación, apretó los labios contra los suyos.

Zevander sintió que el fuego le recorría los músculos. Todo su ser le pedía a gritos que la estrechara entre sus brazos y la besara hasta dejarla sin aliento y tuviese que arañarle el puto pecho. Cuando Maevyth se apartó, las manos de él ansiaban aferrarla para cumplir sus deseos, pero, reprimiendo sus instintos e impulsos, la soltó.

—Buenas noches —dijo ella.

—Buenas noches. —«Lunamiszka».

Una punzada le atravesó el corazón y un vacío gélido se extendió tras sus costillas al verla acomodarse en el lecho que él había improvisado en el suelo con mantas. Un dolor insidioso le ardía en el pecho, no como el de una puñalada, sino como si un veneno lento y viscoso se estuviese esparciendo poco a poco por su caja torácica. Zevander se llevó la mano al corazón para buscar en silencio el origen de lo que se retorcía en su interior. Notaba un regusto ácido en la garganta y un olor acre a podredumbre le inundaba la nariz.

«Me cago en los siete infiernos. ¿Qué será esto?».

Se dirigió con grandes zancadas a la otra habitación para no inquietar a Maevyth y, una vez ahí, se aferró al respaldo de la silla situada frente a la ventana con tal fuerza que se le pusieron blancos los nudillos. Apretando los dientes, emitió un gruñido y comenzó a jadear porque el dolor se agudizaba y sentía que se le estrujaba ese maldito órgano palpitante que él había jurado que nadie le tocaría jamás. Latía con furia en su interior, como un puño aporreando los barrotes de una jaula, amenazando con perforarle el pecho.

Con la vista borrosa, Zevander contempló la cadena con el escorpión que estaba al otro lado de la mesa, la que Maevyth había lucido en la Ceremonia del Devenir. Respirando hondo, focalizó la mirada en dicho objeto mientras el recuerdo de ella esa noche lo distraía de la tensión de sus músculos, que se preparaban para la

siguiente oleada de suplicio.

Se le encogió el pecho. La negrura que imperaba en la periferia de su campo de visión se extendía hacia el centro. Las venas le ardían como si le corriese acero fundido por ellas y sentía un intenso sufrimiento con cada latido.

«Dioses, ¿qué es esto?».

Era una sensación tan extraña y perturbadora que estuvo a un puto pelo de llamar a Maevyth a gritos.

«Eso, piensa en Maevyth. Piensa en la bruja lunar».

Alargó la mano temblorosamente hacia la joya y, sosteniéndola sobre la palma, cerró los dedos sobre ella.

Cuando le vino a la mente la imagen de su hermoso rostro, el dolor empezó a disiparse poco a poco. El puño que le oprimía el pecho aflojó la presión lo suficiente para dejarlo inspirar a fondo y la oscuridad volvió a retirarse a los márgenes.

Zevander respiró con fuerza por la nariz, aferrando la condenada cadena como si fuera un talismán. Abrió los ojos para mirarla, mientras el malestar que lo había embargado se desvanecía, y deslizó el dedo sobre el escorpión, recordando cómo descansaba sobre la sedosa piel de Maevyth.

Se guardó la cadena en el bolsillo.

6

Zevander



Pasado

Con las piernas pesadas como troncos, Zevander avanzaba con dificultad por la blanda arena bajo el sol de Solácea, tan abrasador que casi hacía crepitar el sello grabado en su nuca. La cadena que le rodeaba el cuello estaba unida a la argolla de su padre, que caminaba delante de él, y a la del prisionero que tenía detrás.

La fila de cautivos se aproximaba a la reja de entrada de un edificio gigantesco que parecía nacido de las escarpadas montañas en las que estaba labrado. Mientras cruzaban la puerta de hierro, Zevander alcanzó a distinguir un elaborado relieve que representaba a los soladéi y sus deidades inferiores, los heliorcas —también conocidos como guardianes del sol—, que aparecían dando latigazos a quienes supuso que eran mánticos, dado que eran más pequeños y de aspecto débil.

Había escuchado en incontables clases de historia que muchos de los esclavos que, según se decía, habían sido capturados por los

soladéi, eran lunáceos.

En lo alto, el sol titilaba como una hoguera hambrienta en un siniestro cielo gris, como si ansiara devorarlo. Que el mundo estuviera tan oscuro habiendo una fuente de luz tan intensa constituía un misterio de los dioses.

—¿Lo ves, ahí en el cielo? —dijo con voz áspera el hombre mayor que avanzaba tras él—. ¡El dragón ha venido a salvarnos! Es amigo mío, ¿sabes? —Llevaba casi todo el viaje desvariando y resultaba evidente que su mente se iba deteriorando conforme transcurría la interminable jornada. Le había parecido que estaba en sus cabales unos días atrás, cuando iban sentados en la carreta que se dirigía a Solácea y él le había contado que su esposa enferma se había quedado sola y tendría que valerse por sí misma—. ¿Me has oído, chico? ¿Me estás escuchando?

Zevander no se atrevió a contestar, pues ya había recibido latigazos por atender al incesante parloteo del hombre. Las heridas, muy recientes, aún le escocían.

—Mi amigo dragón los achicharrará a todos con la llama negra. Fuegoscuro. ¿Sabías que el fuegoscuro es el único elemento que sirve para incubar huevos de dragón? En otro tiempo hubo dragones en la tierra de los mortales, pero, como las vetas se agotaron, los dragones se marcharon. ¿Has oído hablar de los jinetes de dragones?

¿Jinetes de dragones? El viejo debía de haber perdido la cabeza. Solo un maldito demente se atrevería a montar una de esas bestias impredecibles. Zevander había oído hablar del brujo de un rey que se creía lo bastante poderoso para dominar un dragón. Había acabado reducido a cenizas.

—¿Sabes por qué los mánticos no pueden controlarlos?

Zevander apretó los ojos y emitió un quejido, deseando que el

vejestorio cerrara el pico de una vez. Era solo cuestión de tiempo que los guardias oyeran sus divagaciones y lo sometieran a otra lluvia de latigazos.

—Son dioses. Los dragones son dioses y solo los jinetes de dragones pueden…

Zevander sintió un fuerte tirón hacia atrás. Con un gruñido, agarró la argolla, pues se le clavaba en el cuello. A su espalda, el prisionero viejo yacía en el suelo entre convulsiones, con el azul de sus ojos cubierto de un velo blanco lechoso. Su pálida piel, como la de muchos lunáceos, había empezado a tornarse de color rosa, moteada de ampollas rojas.

—Intoxicación solar —dijo su padre por encima del hombro, y cuando volvió la vista hacia él, advirtió que su tez también se estaba poniendo sonrosada—. Pobre desgraciado.

—¿Intoxicación? —Sabía que el exceso de sol era perjudicial para los lunáceos, que por eso solían ir tapados para resguardarse de la luz del día, pero era la primera vez que oía hablar de intoxicaciones. ¿Cómo se las arreglaban para evitarlas los labriegos, que se pasaban tantas horas en los campos?

—El sol aquí es distinto —dijo su padre, como si le hubiera leído el pensamiento—. En el sur, las lunas nos protegen. Equilibran los humores. Aquí, las lunas están más lejos. Nuestra sangre no está hecha para soportarlo.

Al extender los brazos, Zevander se percató de que su piel también presentaba un tono rosáceo, aunque mucho menos intenso que el del viejo o incluso que el de su padre.

El restallido de un látigo atrajo su atención hacia tres guardias que se acercaban y su padre le dio un suave codazo para que se apartase.

—¡Arriba, holgazán de mierda! —Otro latigazo alcanzó al hombre

en la pierna, reventándole una de las muchas ampollas que le habían salido—. ¡Levanta ese culo o te lo destrozo a azotes!

A Zevander le ardieron las heridas solo de imaginarlo.

«Levántate, hombre», lo apremió en su mente.

El guardia hizo restallar de nuevo el látigo, que esa vez le abrió un tajo al viejo en el antebrazo.

Al sentir la bilis borboteándole en la garganta, Zevander apartó la vista.

—La intoxicación le ha dado fuerte. Déjalo ahí —lo acució otro de los guardias—. Ya se está yendo la luz.

Costaba creer que llamaran a eso luz. Zevander siempre había imaginado Solácea como un lugar de una luminosidad hiriente. Tal vez lo fuera en algunas partes.

—Quitadle las cadenas —ordenó el guardia del látigo, y un tercero se apresuró a abrir la argolla con una llave.

Por más que forcejeaba por soltar el grueso arco metálico del cuello del viejo, no lo conseguía.

—Es como si se le hubiera soldado a la piel.

Con el ceño fruncido, Zevander introdujo los dedos en su argolla y, aunque la llevaba muy ceñida a la garganta, quedaba un pequeño hueco.

—¡Pues arranca el puto trasto si hace falta! ¡Estamos perdiendo el tiempo!

—No puedo, señor. Es como arcilla endurecida.

Con un gruñido, el guardia se volvió hacia una figura monstruosa encadenada al viejo por el otro extremo.

Zevander solo había visto un órgodo una vez en la vida, pero había oído historias sobre su ferocidad. Con su desproporcionada musculatura y estatura, así como con los afilados colmillos de marfil que sobresalían de su labio inferior, su aspecto era más propio de

una bestia que de un ser humano. Sus pequeños cuernos blancos y su piel pálida con matices azulados, como la de un cadáver en invierno, parecían indicar que era vespirio.

—Eh, tú —dijo el guardia señalando al órgodo—. Si le quitas la argolla a ese hombre, te concederé una ración extra de agua.

El ser bestial soltó un sonoro resoplido y dio unos pasos al frente, provocando que los prisioneros que tenía detrás cayeran de bruces. Se inclinó hacia delante, agarró por la cabeza al tembloroso lunáceo, mucho más pequeño que él, y lo levantó poniéndole una mano a cada lado de la cara. Con un gruñido, el órgodo apretó y la cabeza del hombre estalló, haciendo volar sangre, sesos y huesos.

Zevander giró sobre los talones y arrojó lo poco que había comido ese día en medio de un chorro de bilis sobre la arena negra que tenía a sus pies.

Lo que quedaba del cuerpo del hombre se desplomó en el suelo y el muñón de su cuello salió sin dificultad de la argolla, dejando un hilillo de piel colgando de la cadena.

—Bueno, no es exactamente lo que tenía en mente, pero ya podemos irnos. —El guardia se dirigió a la parte delantera de la fila —. ¡En marcha!

Cuando el órgodo retrocedió, la cadena se tensó con la argolla vacía entre los prisioneros y el trozo de carne que pendía de ella le provocó nuevas arcadas al muchacho. Al desviar la mirada, captó su atención el tono rosado que había adquirido su padre. De nuevo se sorprendió a sí mismo examinando su propia piel, que solo parecía haberse bronceado un poco bajo el ardiente sol. Como si también se hubiera dado cuenta, su padre arrugó el entrecejo y apretó los labios. Sin decir una palabra, apartó la vista de Zevander y siguió la hilera de prisioneros.

Los afilados picos de las montañas arañaban el tormentoso cielo

mientras la gigantesca boca arqueada de la mina engullía la fila de cautivos. Cuando Zevander entró, solo un puñado de antorchas iluminaba la oscuridad que lo rodeaba. Una vez en el interior, un guardia se le acercó por detrás y le retiró la argolla. El muchacho se frotó el cuello, donde aún notaba la quemadura del metal. Vio que el guardia dirigía su atención a su padre y pugnaba por quitarle la argolla, que al parecer se le había quedado adherida a la piel por el calor.

—¡Me cago en los dioses! —gruñó el guardia por encima de los gritos de dolor de su padre. Se oyó un desgarro húmedo cuando consiguió desprendérsela y lord Rydainn cayó sobre su rodilla sana.

Cuando este se las arregló para levantarse, Zevander se fijó en que tenía zonas en carne viva que brillaban.

Un empujón por la espalda lo hizo tambalearse, pero el chico logró recuperar el equilibrio y, al dirigir la vista al frente, divisó un túnel abovedado en la roca adonde conducían a otros prisioneros, casi todos de su edad. A su padre se lo llevaron hacia un túnel adyacente junto con otros hombres mayores y, por un instante, Zevander sintió el impulso de correr hacia él, como hacía cuando era niño y lo asaltaban las dudas o el miedo. Sin embargo, se contuvo. No quería saber nada de él desde que se había enterado de que había asesinado a una mujer.

En vez de ello, echó a andar tras los otros jóvenes, sin dirigirle una sola mirada a su padre.

—¡Vamos, moveos! —gritó un guardia que se encontraba sobre una pequeña tarima de madera, aguijando con una sonrisa a los muchachos como si fueran ganado y haciendo restallar el látigo contra su piel quemada por el sol cuando pasaban por su lado.

El latigazo del guardia impactó de través en los brazos desnudos de Zevander, que, apretando los dientes para tragarse el dolor, se

sostuvo la parte herida contra el pecho.

Obligaron a todos los chicos de su edad a formar una sola fila y marchar en dirección a la puerta de madera arqueada que se encontraba al final del túnel. Dejaron pasar al joven que iba en cabeza e hicieron esperar a los demás. Unos minutos más tarde se oyeron unos alaridos al otro lado de la puerta y un frío invernal le recorrió las venas a Zevander solo de imaginar lo que debía de estar ocurriendo en aquella habitación.

Cuando la puerta se abrió de nuevo, el muchacho no apareció. En vez de ello, hicieron entrar al siguiente de la fila de un empujón y cerraron de un portazo.

Sonaron más gritos, unos aullidos terribles que le pusieron la carne de gallina.

Al cabo de unos minutos, la puerta se abrió de nuevo y el guardia que estaba detrás del tercer chico lo empujó al interior. En cuanto posó los ojos en la habitación, giró sobre los talones y se abalanzó hacia la puerta con el rostro desencajado de terror.

—¡No, no! ¡Por favor! —Se aferró al marco mientras los guardias que estaban dentro tiraban de sus brazos y su camisa.

El guardia situado al otro lado de la puerta levantó el pie y le propinó una patada en el pecho, de modo que el muchacho se soltó y la puerta se cerró de golpe tras él.

Un grito desgarrador le provocó un escalofrío a Zevander, que miró hacia atrás y comprobó que la única salida era la boca del túnel por la que habían entrado.

Y media docena de guardias cerraban el paso.

Solo quedaban dos muchachos delante de él. Al siguiente tuvieron que llevarlo a rastras a la habitación. Por el resquicio de la puerta, Zevander vislumbró el perfil de un hombre achaparrado que estaba de pie junto a una bandeja repleta de instrumentos extraños.

Este volvió de golpe la cabeza hacia él y a Zevander le dio un vuelco el corazón en cuanto vio la otra mitad del rostro del hombre. Estaba cubierto de plata, como si le hubieran vertido el metal fundido en la cabeza y le hubiera chorreado por la cara antes de solidificarse, y llevaba unos anteojos de color morado oscuro que ocultaban su mirada.

La puerta se cerró con brusquedad.

A Zevander se le tensaron los músculos mientras su mente lo instaba a huir, aunque hubiera muchas posibilidades de que lo atraparan.

La puerta volvió a abrirse.

«Es el momento. ¡Corre!».

Al darse la vuelta para salir de la fila, avistó cuatro figuras entrando en el túnel, enfundadas en armaduras doradas con finos adornos de filigrana en el peto y hombreras decoradas con lo que parecían motivos solares. Los yelmos, también dorados y cubiertos de remaches, tenían un ala a cada lado con plumas grabadas y las largas trenzas rubias que les colgaban por los hombros les llegaban casi hasta los codos. Aunque intimidaban debido a su estatura y corpulencia, caminaban con gracilidad. Se detuvieron junto a Zevander y la figura más cercana se quitó el yelmo: era una mujer, la más impresionante que él había visto en su vida, con el mentón ancho y fuerte y los rasgos angulosos.

—Una cosecha bastante pobre, ¿no? —Detuvo la mirada en Zevander, a quien repasó de arriba abajo, y echó a andar a lo largo de la fila en dirección contraria.

—Las Bellatryx —susurró el chico que tenía detrás.

—¿Quiénes son?

—Guerreras soláceas. Dicen que son medio órgodas, y que practican el canibalismo y el sadismo.

Al notar que lo agarraban del hombro, Zevander se sobresaltó y se dio la vuelta lanzando un puñetazo. Sus nudillos se estamparon contra la mandíbula de un guardia, un hombre mayor que se tambaleó hacia atrás.

Zevander solo pretendía soltarse. No tenía intención de atacar al guardia, pero en ese momento no le quedaba otra opción que huir. Giró sobre los talones y echó a correr en dirección opuesta, hacia las Bellatryx. Uno de los guardias arremetió contra él, pero Zevander, tras agacharse para esquivar el golpe, se escabulló a cuatro patas, como un roedor salvaje. Después de levantarse giró a la derecha y esquivó a otro guardia que se abalanzó sobre él, aunque la punta de su espada le rozó el brazo. Había aprendido a moverse con rapidez para capturar a sus presas o evitar a los depredadores rivales en las numerosas ocasiones en que su padre lo había llevado de cacería.

Ante él estaban las Bellatryx. Una vez que consiguiera dejarlas atrás, se encontraría en el túnel principal. Quizá tuviese que enfrentarse a otros guardias ahí. ¿Y qué sería de su padre?

No tenía tiempo para pensar en él en ese momento. A esas alturas no le cabía duda de que, si los guardias lo pillaban, lo matarían.

Uno de los chicos del final de la fila, como inspirado por su acto de desobediencia, salió disparado y comenzó a andar a gatas tratando de colarse por entre las piernas de la voluminosa Bellatryx que se interponía en su camino.

Zevander creía que las hombreras y los petos entorpecían los movimientos de estas, pero, antes de que el muchacho pudiera pasar al otro lado, una espada le traspasó la espalda con la misma fluidez con que habría atravesado la seda líquida.

Zevander se paró en seco y observó a la soldado Bellatryx levantar en vilo al muchacho con la espada clavada.

Sintió el pecho oprimido por el horror al oír el alarido del chico, que llamaba a su padre a gritos mientras se deslizaba a lo largo de la hoja. Agarró con las manos temblorosas los hermosos filos biselados, que penetraron con facilidad en los huesos de sus dedos, cercenándolos.

A Zevander se le cortó la respiración y sus pulmones quedaron paralizados de espanto.

Las otras Bellatryx prorrumpieron en carcajadas al ver cómo su compañera bajaba al muchacho hasta apoyar sus pies en el suelo y luego hacía fuerza con la espada hacia arriba, partiéndolo en dos mitades que cayeron formando una masa de carne sanguinolenta. Una vez libre del cadáver del chico, la Bellatryx deslizó la lengua por la parte ancha de la hoja, lamiendo la sangre que empapaba el acero.

—Hasta su sabor es débil —comentó, y se oyeron más risotadas mientras ella limpiaba los restos de sangre con un pañuelo y se envainaba el arma.

Alguien asió con firmeza por el hombro a Zevander, que se volvió a tiempo de ver un puño precipitarse hacia su cara. Impactó contra su mejilla, con un golpe demoledor que le hizo castañetear los dientes y le nubló la vista.

La negrura lo envolvió.

Un dolor punzante penetró en la mente de Zevander, que abrió los ojos a una oscuridad absoluta. Al menos suponía que tenía los ojos abiertos, pues notaba el aleteo de sus párpados al pestañear. Jadeando, agitó las manos en las tinieblas para asegurarse de que podía moverse y buscó a tientas señales de lesiones o cortes.

No palpó más que la fina ropa que llevaba, sin zonas húmedas

de sangre o heridas abiertas. Notaba en la cadera la dureza de la pared contra la que estaba recostado.

De pronto lo deslumbró una luz cegadora y, cuando alzó el brazo para protegerse los ojos, distinguió una figura oscura en el centro de su campo de visión.

La inconfundible forma de una capa con capucha no le dio ninguna pista sobre la identidad del desconocido.

Cuando este se descubrió, la luz reveló un rostro que Zevander no reconoció, de tez pálida y ojos claros. Por las arrugas que le surcaban aquí y allá la piel ligeramente ajada, calculó que tendría más o menos la edad de su padre.

Tras conseguir ponerse de pie, Zevander miró alrededor, buscando entre las sombras algo que le resultara familiar, pero no conseguía ver nada fuera de aquel haz de luz.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

—Más allá de los límites de la conciencia y el sueño —respondió el desconocido con voz profunda y áspera—. En la caligorya.

Ya había oído hablar de la caligorya, un lugar en lo más recóndito de la mente adonde los sanadores enviaban a los heridos de gravedad a veces. El Reino de las Sombras, un lugar tranquilo, sin dolor, pero en el que imperaba la oscuridad. Para algunos, un paraje infernal y sin ley.

Zevander frunció el ceño.

—¿Me estoy muriendo?

—No, pero, si estuvieras despierto, no me cabe duda de que desearías morirte.

—¿Quién eres?

—Un viejo amigo.

—Si eres un amigo, ¿cómo es que no te reconozco?

—Conozco a tus padres, lord y lady Rydainn.

A Zevander le parecía raro que conociera a sus padres, y más todavía que hubiera conseguido colarse en su mente.

—Si esto es la caligorya, como tú dices, ¿cómo es posible que estés aquí?

—Poseo… habilidades que me permiten acceder a tus pensamientos.

La luz alumbró los brazos de Zevander, que descansaban a sus costados. Al levantarlos descubrió en sus muñecas unas finas líneas de símbolos grabados a fuego que no estaban ahí hacía un momento.

—¿Qué es esto?

Sintió un dolor insoportable en la nuca, como si un hierro candente le quemara la piel. El ardor le descendió por la columna hasta la parte posterior de las piernas. Con un grito, Zevander cayó de rodillas.

El desconocido emitió un gemido y se arrodilló también, con los brazos extendidos. En sus muñecas habían aparecido los mismos símbolos grabados.

—¡No debes… centrarte en… el dolor! ¡Cierra los ojos! ¡Ciérralos ya!

Zevander obedeció y, en la oscuridad, el dolor remitió, disipándose como una pesadilla difusa. Respiró lenta y profundamente para tranquilizarse y, cuando abrió los ojos de nuevo, el haz de luz iluminó al desconocido.

—¿Cómo es posible?

—La oscuridad es más benévola con la mente —explicó el desconocido apoyando la mano en la rodilla para enderezarse—. La luz es de una dureza implacable.

—Las marcas en mis brazos…, ¿qué son?

—Un hechizo para impedir que uses tu magia.

—No tengo magia. Nací enteco.

El desconocido soltó una risita sombría.

—¿Eso es lo que te contaron? ¿Tus bondadosos y abnegados padres te han privado del poder que duerme en tu interior?

—No tengo ningún poder.

—Si eso fuera cierto, habrías perecido el día que tu hermano te atacó con sus arañas.

Zevander sintió una perturbadora curiosidad recorriéndole la nuca. ¿Cómo podía el hombre estar informado sobre eso?

De cualquier modo, era cierto. La prodozja era una forma protectora de la magia. Él no habría podido invocar a sus escorpiones si hubiera nacido enteco. Los entecos carecían de magia, pero, en honor a la verdad, Zevander siempre había puesto en duda lo que le habían enseñado.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre mí?

—Sé muchas cosas. Sé que posees el poder más antiguo y destructivo que existe. Un don extraordinario de los dioses.

Zevander arrugó el entrecejo. La magia de sangre de su padre consistía en forjar metales; pertenecía a una larga estirpe de herreros y herradores. Su madre era empática, una devorapenas que también poseía el don de leer la mente.

—Mi linaje no tiene nada de antiguo ni extraordinario.

—No procede del sol ni de la luna. Habita en el corazón de Etiria. Es la oscuridad fundida que palpita en las vetas de nuestro mundo. Pocos dioses adoptan una forma física, pero este vive en tu interior.

Zevander caviló sobre sus palabras.

—¿Quién?

—Deimos. El dios del fuegoscuro y la destrucción.

La reacción inicial de Zevander fue soltar una risa pausada y disonante, pero, cuanto más pensaba en las afirmaciones del viejo,

más ridículas se le antojaban.

—No tienes por qué creer lo que es cierto. Eso no cambia tu destino —espetó el desconocido.

El muchacho se rio con más ganas, notando un cosquilleo en la piel. Se carcajeó y resolló hasta que le dolía la garganta y le lagrimeaban los ojos.

Las tinieblas que lo envolvían parpadeaban y las imágenes se enfocaban y desenfocaban.

Sogas. Sangre. Herramientas colgadas de forma precaria en las paredes. Extremidades trémulas y respiraciones bruscas.

—¡No sigas! ¡No debes abandonar este lugar!

El extraño se abalanzó hacia Zevander, que cerró los párpados, cubriendo la barrera acuosa que relucía en sus ojos. Cuando los abrió de nuevo, un calor abrasador le surcó la espalda con un restallido. Estaba mirando un suelo de tierra situado un metro por debajo de él, más o menos. La visión borrosa le impedía determinarlo con más precisión. Temblando, consiguió girar la cabeza lo suficiente como para advertir que estaba atado con unas cuerdas sujetas a postes de hierro que lo mantenían suspendido a cierta altura. Supuso que sus piernas se encontraban en la misma situación, aunque no podía moverse para confirmarlo.

—¡Intenta huir ahora, granuja! —Un fuerte chasquido le atronó el oído y una punzada lacerante le recorrió la columna.

Zevander se estremeció. Tenía las extremidades tan tensas que el más mínimo estremecimiento le provocaba oleadas de dolor por todo el cuerpo. El sufrimiento lo sumió en un extraño delirio que convertía los objetos que tenía delante en ecos de sí mismos. Las risas y burlas sonaban cada vez más distantes, al tiempo que su mente retrocedía a unos momentos atrás, cuando sin duda estaba soñando. Le vinieron a la cabeza las palabras del desconocido: «Vive

en tu interior». Un dios. ¡Qué tontería!

Mientras un hilillo de saliva sanguinolenta le resbalaba por el labio hinchado, estalló en carcajadas. Su risa se tornó histérica al imaginar lo jodido que debía de sentirse ese dios, atrapado en el cuerpo de un enteco indefenso.

Solo de pensarlo, se rio más fuerte.

—¿Te estás burlando de mí? —Otro latigazo le hizo sentir la piel en llamas. Llamas como las del fuegoscuro.

Cuando Zevander dejó escapar otra risa ronca, notó molestias en las maltrechas costillas, donde sin duda le habían propinado patadas en algún momento. Se oyó un ruido metálico seco que apenas lo distrajo de la demencial euforia que se había apoderado de él, pero se volvió al captar un destello dorado por el rabillo del ojo.

La figura que estaba a su lado se agachó hasta situar su cabeza a la altura de los ojos de Zevander, quien, a través de un nebuloso velo de lágrimas, distinguió el rostro de la Bellatryx que había ensartado al muchacho.

—Pero qué ser tan fascinante —comentó esta con un tono que destilaba curiosidad. Con delicadeza, le retiró un mechón de cabello del rostro. A Zevander su tacto le recordó al de su madre.

Apretando los dientes, reprimió el llanto cuando lo asaltaron imágenes de su madre, lo que supuso otro golpe para él.

—Ya es suficiente. Estoy deseando ver cómo se desempeña este en las minas. —La Bellatryx le pasó sus callosos dedos por los brazos y, al llegar al bíceps, le dio un apretón suave—. Un poco de músculo lo hará irresistible. Cuando se haya fortalecido bastante, enviádmelo.

7

Maevyth



Presente

Tras tomar un desayuno rápido de manzanas en conserva, fui a ver cómo estaba Aleysia, que seguía dormida, y salí detrás de Zevander a la mañana nevosa. Aunque no me hacía ninguna gracia dejarla sola, no soportaba la idea de dejar pasar las horas esperando a que se despertara. Ya la había encontrado, así que era esencial que aprendiera a defenderla.

Aunque llevaba el pantalón de Elowen que había tomado prestado, una camisa raída que había encontrado en su cómoda y la capa de Zevander, no me sentía lo bastante abrigada para soportar el frío que reinaba en el jardín.

Zevander se detuvo en un espacio abierto cubierto de nieve y, frotándose las manos, echó un vistazo alrededor. Después se volvió hacia mí.

—Parece un buen lugar.

—¿Estás seguro de que esas criaturas son sobre todo nocturnas? —Aunque había avistado alguna que otra durante el día, no las había observado con tanta atención como Zevander para estar familiarizada con sus comportamientos.

Asintió al tiempo que, nuevamente, recorría el entorno con la mirada.

—Como las arañas cazadoras. La mayoría evita salir a la luz del día para no convertirse a su vez en presa.

—Pero ¿qué puede ser tan temible como para que esas cosas lo consideren un depredador?

Él se encogió de hombros y se arremangó la camisa, dejando al descubierto los mapas de venas de sus antebrazos.

—A lo mejor es a ti a quien temen.

—Lo dudo mucho. —Reprimí una sonrisa y desvié la vista, tratando de no fijarme en su musculoso pecho, que asomaba por su camisa desabrochada, ni en su postura despreocupada, que hacía que el entrenamiento pareciera cosa fácil, un mero pasatiempo para un hombre tan avezado a luchar y matar. Era la pose de alguien poderoso que tenía el mundo a sus pies. En un esfuerzo por no mirar la dichosa camisa, volví la vista hacia la cabaña.

—¿Podemos terminar la clase rápido? Preferiría no dejar a Aleysia sola mucho rato.

—¿En qué estás atascada?

—En el látigo.

—Es normal. Intentas dominar un glifo avanzado.

—Vi lo que era capaz de hacer. —Me acaricié la cicatriz de la palma de la mano—. Por desgracia, no era yo quien lo controlaba.

—Entonces ¿quién?

Al principio me resistí a decirlo por temor a que creyera que estaba perdiendo la cabeza.

—Morsana. Es ella quien se me ha aparecido cada vez que he caído en la caligorya.

—¿Estando tú consciente? —Vi un atisbo de preocupación en su rostro cuando asentí—. Creía que eso no era posible.

—¿Qué significa?

—Que tu látigo está conectado a una forma de magia más oscura. Supongo que eres reticente a utilizarla, y con razón, porque la magnitud de su poder ha quedado demostrada, pero es el único medio eficaz de que dispones para defenderte de estos seres.

—No estaría aquí pelándome de frío si fuera reticente.

Con los brazos en jarras, exhaló un suspiro.

—Dolion cometió el error de decirte lo que el látigo es capaz de hacer. Te asusta la idea de hacerle daño a alguien: de ahí tu reticencia. Tienes que estar dispuesta a herir, a matar. Tienes que estar dispuesta a segar vidas, pero esto te genera cargo de conciencia.

—¿O sea, que para utilizar de manera eficaz los glifos que me son específicos tengo que convertirme en una máquina de matar implacable?

—Llevas la muerte en la sangre, pero tiendes a darle demasiadas vueltas a todo. Buscas el bien en tu adversario: ese es tu punto débil.

—¿Punto débil? ¿Ahora resulta que la compasión es un punto débil?

—Cuando tienes que valerte de tus armas más mortíferas para sobrevivir, sí.

Lo que más me irritaba era que no podía refutar su argumento. Incluso después de que el tío Felix intentara violarme, hubo un instante de vacilación, por razones que no acertaba a explicarme; de remordimientos incluso. Dado lo que había querido hacerme, que yo

pudiera sentir algo así me llevó a cuestionarme mi estado mental.

—¿Y cómo se combate esta… debilidad?

Se cruzó de brazos y, de nuevo, para mi disgusto, los ojos se me fueron hacia su figura exquisitamente torneada.

—Yo no pienso. Me dejo llevar por el instinto. Interpreto como una amenaza todo lo que se dirige hacia mí con decisión y seguridad, y reacciono en consecuencia.

El rostro se me tensó al fruncir el ceño.

—Eso da mucho miedo. Imagínate que me enfado contigo.

—Eso, imaginémoslo. De hecho, te animo a que lo intentes.

—¿Y arriesgarme a quedar reducida a cenizas? No, gracias.

—El instinto viene acompañado de la intuición. Tu lenguaje corporal me dice todo lo que necesito saber. Me indica si eres una amenaza real o si solo buscas llamar mi atención. —Al ver la sonrisa arrogante que se dibujó en su cara, me entraron ganas de poner a prueba esos instintos borrándosela de un guantazo. Alzó la barbilla y dilató las fosas nasales—. ¿Te has puesto perfume?

—Aceite de lavanda. Es bueno para la piel y la fragancia me relaja.

—¿Te pongo nerviosa?

Quería decirle que sí, que no me fiaba de mí misma cuando estaba con él, que desde el momento en que le había propuesto que guardáramos las distancias estaba deseando echarme atrás y reavivar esa llama que había encendido la última vez que habíamos compartido lecho. O que lo único que me impedía sucumbir a esos deseos era lo incierto de la situación, el no saber si mi hermana despertaría y si regresaríamos a Etiria. Verlo ahí, con ese irresistible aire letal e invulnerable, me provocaba un malestar insoportable en el bajo vientre. Me hacía sentir frío y calor a la vez, como si mi cuerpo no acabara de decidirse entre la frustración y la excitación. Y,

sí, me había puesto el maldito aceite de lavanda con la esperanza de que él se fijara.

Apreté la mandíbula.

—A lo mejor las que me ponen nerviosa son esas gigantescas arañas humanoides a las que les gusta la carne humana.

Con las manos en las caderas, sacudió la cabeza y soltó un silbido.

—Hoy nos hemos levantado sarcásticos, ¿no?

—O tal vez tú te hayas levantado con ganas de atormentarme.

—Me he levantado con ganas de algo, pero no es atormentarte precisamente —dijo con desenfado, y la insinuación me provocó una contracción en los muslos—. ¿Así que te has puesto perfume por las arañas?

—¡Que no es perfume! —Mis palabras restallaron como un latigazo y, de inmediato, cerré la boca y solté el aire por la nariz lentamente para serenarme—. Perdona. Estoy un poco tensa por todo.

Arqueó una ceja.

—A lo mejor te vendría bien algo para relajarte. —Ladeó la cabeza—. Ven.

Entorné los ojos.

—¿Por qué? ¿Qué pretendes?

—Destensarte un poco. —Se me acercó a paso tranquilo, con una sonrisa lobuna que me puso en guardia, y se detuvo justo detrás de mí. Posó sus firmes y cálidas manos en mi hombro y su calor me penetró en los huesos—. Pues sí que estás rígida, ¿no?

Me apretó con sus fuertes dedos el nudo en la base del cuello y casi se me pusieron los ojos en blanco mientras lo masajeaba para aflojarlo, como si conociera su localización exacta. Cuando incrementó la presión, me tapé la boca para sofocar un gemido.

Me juntó las muñecas tras la espalda.

—Inclínate hacia delante —me indicó, y yo volví la cabeza con brusquedad.

—¿Para qué?

—Para estirar, ¿para qué si no?

De mala gana, me incliné mientras él me sujetaba los brazos y me deslizaba la mano con delicadeza por la columna para corregirme la postura.

—Avísame si te duele —me dijo, pero no me dolió. La sensación que me producía en los músculos era deliciosa. Me levantó los brazos lo justo para que notara el estiramiento en el torso, haciendo que la raída camisa que llevaba me oprimiese los pechos. «Es solo un estiramiento», me dije, pero, por todos los dioses, qué gusto daba. Sin soltarme las muñecas, deslizó la mano por mi vientre, rozando la cinturilla de mis pantalones—. Esta es mi postura favorita —me dijo al oído con voz aterciopelada.

—No parece para nada un estiramiento.

—No he dicho que lo fuera.

Aclarándome la garganta, me retorcí hasta soltarme, por miedo a lo que sus manos podían inducirme a hacer sin mucho esfuerzo. Me alejé un paso de él, con el eco de su firme agarre aún quemándome la piel.

—Volviendo a lo que hablábamos…, me estás diciendo que tengo que dejar a un lado la empatía, nada menos que la emoción que me ha hecho recapacitar.

Una media sonrisa le bailaba en los labios.

—Sí. Te resistías a matar a tu tío porque no lo percibías como un enemigo. Recuerda lo que te dije: la magia reside en la voluntad del portador. Le cediste tu poder a tu lado oscuro. Eso entraña un peligro. Tienes que aprender a abrazar tú misma ese poder.

Suspirando, crucé los brazos y advertí que bajaba la mirada hacia mis pezones, que seguramente habían hecho patente su presencia por efecto del frío. Incliné la cabeza, pero ni así conseguí apartar su atención de mi pecho.

—Renuncia a la empatía. Puede distraerte más de la cuenta. —Levantó las cejas, sin despegar los ojos de mi fina camisola.

—¿Me hablas a mí? —Bajé la vista hacia mis pechos—. ¿O a ellos?

Una sonrisa de satisfacción acentuó el hoyuelo de su mejilla.

—¿Era tu intención estar irresistible durante una sesión de entrenamiento?

—¿Y tú te has desatado a propósito la pechera de la camisa en pleno invierno? —contrataqué—. Por lo menos yo me he puesto una capa. —Me arrebujé en la gruesa tela, ocultando por completo mis pechos.

—Sí —dijo sin inmutarse—. Lo he hecho a propósito. Los últimos días he pasado bastante calor. —Se pasó el dedo por el cuello de la camisa, ensanchándolo para dejar al descubierto más músculo—. Me la quitaría directamente, pero no quiero que lo malinterpretes.

Tuve que darme la vuelta para dejar de ver sus pectorales bañados en sudor, duros y brillantes.

—Yo tampoco querría darte la impresión de que verte sin camisa afecta lo más mínimo a mi capacidad para concentrarme.

—Me alegra oírlo. —Entrecruzó los brazos y agarró el dobladillo de la camisa como si fuese a quitársela.

—Pero… —Me abalancé hacia él con la mano extendida para impedírselo—. Creo que hace un poco de frío. No vayas a congelarte.

Se le dibujó una sonrisa en la cara mientras bajaba los brazos.

Qué exasperante.

—Eres insufrible. ¿Por qué me sonríes así todo el rato?

En honor a la verdad, casi siempre estaba tan serio y ceñudo que era un alivio verlo sonreír. Pero aun así resultaba exasperante.

Se encogió de hombros, sin que su irritante sonrisa flaqueara ni un instante.

—Siempre puedes mirar para otro lado.

—¿Y darte ventaja? ¿Es así como derrotas a tus adversarios, intentando cautivarlos con tu sonrisa?

—Depende del adversario. —Me repasó de nuevo con la mirada —. Y de las ganas que tenga de ver lo que hay debajo de su capa.

Sus palabras me provocaron una fugaz oleada de calor entre los muslos y me trajeron el recuerdo de la noche que había llevado su boca a mis pechos y los había acariciado con su lengua.

«¡Basta ya!».

Entornando los párpados, sacudí la cabeza para sacarme esa imagen de la mente.

—Bueno es saberlo. En ese caso, procuraré no quitarte ojo. — Agité la mano hacia él—. ¿Podemos retomar el entrenamiento? ¿Cómo propones que deje a un lado la empatía, si la tengo desde que nací?

Un chasquido siseante resonó entre las copas del bosque cercano y, cuando me di la vuelta, una bandada de pájaros echó a volar hacia el cielo. Sin aliento, devolví mi atención a Zevander.

—¿Las arañas?

Echó los hombros hacia atrás con un gruñido.

—Empieza el entrenamiento. Enseguida vuelvo. —Desenvainando el acero que llevaba a la espalda, se encaminó a paso largo hacia el arco de entrada al Bosque Voraz, que se divisaba a lo lejos.

Arrugando el entrecejo, di unos pasos tras él, observando cómo cruzaba el prado con andar resuelto.

—¿Vas hacia ellos? ¿No deberíamos ir en la dirección contraria? ¿Volver a la cabaña? —le grité, pero él me ignoró y continuó avanzando hacia el bosque hasta cruzar el arco.

Pasaron los minutos. El frío me erizó la piel, así que me abracé el torso, recorriendo con la mirada el extenso prado vacío. Di unos pasitos en dirección a la cabaña, pero me detuve, dudosa y frustrada.

—¿Por qué quieres adentrarte en el bosque? —refunfuñé avanzando tres pasos más, aunque me detuve de nuevo.

Noté unos dedos gélidos en la nuca que me provocaron un escalofrío, poniendo de relieve lo vulnerable que me sentía en ese momento.

Transcurrió otro minuto.

Y luego otro.

Por fin salió de la espesura.

Corriendo a toda velocidad hacia mí.

No se me ocurrió preguntarme por qué iba tan deprisa hasta que, unos instantes después, emergieron tras él dos criaturas pálidas con el cuerpo suspendido entre las dieciséis largas patas que las transportaban rápidamente en dirección a mí.

El miedo me atenazó la garganta.

—¡Zevander! —exclamé con voz ronca.

—¡Prepárate! —Me rodeó hasta situarse a mi espalda mientras las arañas humanoides se aproximaban raudas a nosotros—. Invoca tu látigo.

Mi látigo. El glifo. ¿Cuál era el puñetero glifo?

—¡No me acuerdo!

—Sí que te acuerdas. Estás dejando que el miedo controle tu mente. Tranquilízate y párate un momento a pensar.

—¡Si me paro, esos bichos me van a devorar!

Con un movimiento rápido, me asió de la cadera y me sujetó el codo, levantándome ligeramente el brazo.

—Te estás poniendo demasiado tensa. Relaja los músculos, estás muy rígida.

Si no hubiera tenido el corazón latiéndome con fuerza en la garganta, le habría dicho que, viniendo de él, eso era un cumplido.

—¡Cómo voy a relajarme si vienen saltando hacia aquí!

Estaban más cerca que antes.

Cada vez más cerca.

Un salto más y las tendríamos encima.

Mis instintos me apremiaban a huir. Me temblaba todo el cuerpo, ansioso por dar media vuelta y mandar a paseo el entrenamiento de las narices.

—¡No puedo hacer esto!

Las criaturas se abalanzaron sobre nosotros.

Zevander extendió la mano y los seres se elevaron en el aire de golpe, agitando las patas como para salvar los últimos palmos que los separaban de nosotros.

—¡Invoca tu glifo! ¡Ya!

Cerré los ojos y respiré hondo. En medio de la serenidad de mis pensamientos me vino una imagen a la mente: la columna vertebral.

—Lo veo.

—Ataca.

Asintiendo, alargué la mano, pero de mi palma no surgieron más que unos huesos que cayeron amontonados sobre la nieve.

—¡Concéntrate! ¡No puedo mantenerlos suspendidos para siempre!

Alargué la mano de nuevo y sentí una súbita presión contra la palma, la del látigo saliendo despedido hacia delante y retrayéndose otra vez.

—¡Ja! ¡Lo he conseguido!

—Entonces ¿las suelto?

—¡No! —El miedo se adueñó de mí solo de imaginar que dejaba a esos bichos en libertad.

—Pues inténtalo otra vez. —La urgencia de su voz me alteró los nervios.

Volví la vista hacia ellos y, en aquellas formas grotescas, reconocí vagamente al señor Primsley y su esposa Diana mirándome con fijeza. Eran los dueños de la panadería del pueblo y, aunque nunca se habían mostrado demasiado amables conmigo, tampoco me habían tratado con crueldad.

Alcé la mano de nuevo, presa de un temblor más intenso que antes, y me concentré en la imagen mental del glifo. El látigo salió volando de mi mano y restalló a unos centímetros de las criaturas.

—Deja de verlas como seres humanos. Piensa en lo que te harían si las soltara en este momento. Piensa en lo que le harían a Aleysia.

Aleysia.

Una chispa de rabia me hizo hervir la sangre al imaginar al señor Primsley clavándole los dientes. Con un gruñido, extendí una vez más el brazo hacia delante.

El látigo le alcanzó una de las patas y la quitina que la recubría estalló en mil pedazos.

Sentí la emoción del triunfo y pegué un brinco.

—¡Lo he conseguido! —chillé.

—Hazlo otra vez —ordenó Zevander, que no parecía muy impresionado.

Rezongando, extendí la palma de nuevo y, esa vez, el látigo golpeó a la criatura en la parte ancha del torso.

Al oír un chasquido, busqué con la vista el punto de impacto. Al

cabo de unos segundos explotó, convirtiéndose en un amasijo de sangre y carne que me salpicó la cara y la ropa.

Con las manos extendidas hacia los lados, me miré de arriba abajo y suspiré.

—Qué asco.

—Vete hacia la cabaña —me indicó Zevander, sin la menor consideración por la repugnancia que sentía—. Quiero darte ventaja. No voy a usar mi poder, pase lo que pase. Tendrás que valerte del tuyo.

—Esto no me gusta.

—Pues ya no tenemos elección. ¡Corre!

Me lancé torpemente a la carrera a través de la nieve en dirección a la cabaña.

—¡Maevyth!

Me di la vuelta a tiempo de ver a la araña que se aproximaba a mayor velocidad que antes, con Zevander cojeando detrás. ¿Estaba herido?

El corazón me dio un vuelco. Con la imagen de Aleysia aún fresca en la mente, extendí el brazo con rapidez, pero el látigo óseo que brotó de mi palma cayó al suelo.

Un gemido de pánico me borboteó en la garganta y retiré la mano. La bestia estaba a solo unos metros. Una fuerte ráfaga de Aeryz amplió esa distancia e hizo caer a la criatura sobre las patas traseras. Se recuperó enseguida, pero, para mi horror, en vez de dirigirse hacia mí, se volvió hacia Zevander.

«No».

—Joder —lo oí mascullar, y retrocedió un paso—. No voy a usar mi poder, Maevyth. La única que puede acabar con esto eres tú.

El ardor del pánico se me extendió por el pecho en anillos concéntricos.

—¡Es demasiada presión para mí! ¡Invoca tu llama, por favor!

—Ni hablar —dijo alejándose en la dirección contraria mientras la criatura se le aproximaba despacio, como tomándose su tiempo.

Se abalanzó sobre él.

—¡Zevander! —aullé desesperada, y eché a correr hacia él, tragándome el ácido que me subía por la garganta al ver que la criatura le lanzaba dentelladas a la cara.

Extendí la mano y el látigo revoloteó en el aire, pero aterrizó en la nieve de forma poco elegante.

—¡Mierda!

—¡Concéntrate! —bramó Zevander con la voz tensa—. ¡Tiene los dientes muy afilados, por si no te habías dado cuenta!

Cerré los ojos y evoqué una imagen nítida del glifo. Cuando los abrí, extendí la mano con una violenta ráfaga de fuerza. La energía me inundó las venas cuando arrojé el extremo estrecho del látigo hacia la bestia desprevenida y oí con satisfacción cómo restallaba contra su cuerpo. Al instante, la criatura explotó sobre Zevander y le llovieron los trozos de carne. Giró la cabeza bruscamente hacia un lado, con los labios apretados y un gran coágulo de sangre en el cuello.

Volvía a reinar la calma.

—De haber sabido que en la clase de hoy iba a jugarme el pellejo, te habría mandado a la mierda.

Él se incorporó, mientras se quitaba del pecho y de las piernas trozos de las entrañas de la señora Primsley, y escupió sangre en la nieve.

—¿De qué otra manera ibas a aprender a guiarte por el instinto?

—Como intentes besarme otra vez, te advierto que lo único que voy a ver en tus labios serán cachitos sanguinolentos de la señora Primsley.

Soltó una risita, recogiendo un puñado de nieve casi limpia con la que se frotó la boca.

—O sea, que piensas dejar que te bese.

—Antes tendrías que restregarte los labios con hierba azul. Y ni siquiera así sé si sería capaz de borrarme esa imagen de la mente.

Se levantó con dificultad.

—Tal vez en eso consista tu siguiente lección: en aprender a evitar que te bese sin matarme con tu látigo.

—No serías capaz.

Elevó las cejas y esbozó una media sonrisa.

—Solo hay un modo de aprender a guiarte por tu instinto.

Conteniendo una carcajada, di media vuelta y eché a correr por la nieve hacia la cabaña. Aunque mi cabeza me reprendía por seguirle el juego en sus flirteos, mi cuerpo actuaba como si tuviese voluntad propia, recreándose con la situación. Al echar un vistazo por encima del hombro, vi que me perseguía, acortando la distancia a pesar de su corpulencia, lo que hizo que se me escapara una risa estridente. Cuando dirigí de nuevo la vista al frente, una figura me hizo frenar de golpe.

Las botas me patinaron sobre la nieve y fui a parar al suelo. Ahí, a solo unos metros de mí, estaba el tío Riftyn, con medio rostro en carne viva, reluciente como en una pesadilla.

—¡Maevyth! —gritó Zevander a mi espalda, y se dejó caer sobre la nieve junto a mí—. ¿Qué te pasa? ¿Te has hecho daño?

Señalé con la mano temblorosa.

Siguió con la mirada la dirección en que apuntaba mi dedo.

—¿Qué?

—¿Es que no lo ves?

—¿A quién?

El tío Riftyn permanecía en silencio, contemplándome con la

cabeza ladeada.

Miré a Zevander con el entrecejo arrugado y, cuando volví a alzar la vista, el tío Riftyn ya no estaba allí.

—¿A quién ves?

Apreté los ojos, sacudiendo la cabeza.

—A nadie. No había nadie.

—Hace unos instantes estabas convencida…

—He… He visto a mi tío.

—Dijiste que había muerto en el incendio.

—No me refería a ese, aunque ambos están muertos. Sospecho que solo es cuestión de tiempo que su figura carbonizada también se me aparezca para aterrorizarme.

—Ves a los muertos.

Asentí.

—Creía que era por haber estado enferma. No vi a muchos cuando estaba en Etiria. —Con una exhalación trémula, recordé la última vez que había visto a tío Riftyn con vida—. Vi cómo la bestia del bosque le arrancaba la piel de los huesos. —Me quedé con la mirada perdida, atrapada de nuevo en todo ese horror—. He visto cosas terribles en mi vida, pero ese recuerdo no se me borrará de la memoria hasta dentro de mucho tiempo.

Zevander posó su cálida palma en mi piel, como un bálsamo, y la deslizó a lo largo de mi brazo, ahuyentando el frío que me calaba hasta los huesos.

—Venga, vamos adentro para que entres en calor.

Después de comprobar cómo estaba Aleysia, que parecía no haber movido un músculo, me dirigí al salón de la casucha a tiempo de ver a Zevander desprenderse de la camisa, dejando al descubierto su

cuerpo bañado en sangre e hilachas de vísceras. Vertió en la jofaina el agua que yo había calentado en una tetera y sumergió la cabeza.

Sentí unas punzadas de anhelo y dejé escapar un suspiro al contemplar cómo se le contraían los músculos de la espalda por sus movimientos bruscos; la magnificencia de su torso, que se iba estrechando desde sus anchos hombros hasta su esbelta cintura, la misma que había tenido pegada a la mía hacía no mucho.

«Tienes preocupaciones más importantes, Maevyth», me reprendí, y carraspeé.

Después de sacar un trapo de un cajón que tenía a mano, se enderezó y se apartó el cabello hacia atrás con la palma. Esa visión me provocó un revoloteo en el estómago, a pesar de la mugre sanguinolenta que llevaba pegada al rostro y el pecho.

Arrugó la nariz, mirándose fijamente.

—Lo que daría por un baño como los dioses mandan…

Sonriente, me acerqué a él y le arrebaté el trozo de tela. Después de mojarlo en la jofaina froté con él la capa rojo brillante que le cubría la clavícula. Una zona irritada en la base del cuello captó mi atención y, cuando le pasé el trapo por ella, soltó un quejido.

—¿Qué tienes aquí?

—Por lo visto, tienen la sangre un poco ácida.

Solté un suspiro de remordimiento.

—Lo siento. Debería haber reaccionado antes. He vacilado demasiado.

—Ya aprenderás.

—No quiero aprender a costa de tu vida.

—No me voy a morir por un arañazo.

—No, pero esos dientes han estado demasiado cerca de tu cara.

—¿Te preocupa que pierda mi atractivo?

Al ver la expresión burlona con que acompañó el comentario, me entraron ganas de replicar que ni la horrible cicatriz negra que le surcaba la mejilla ni la sangre de la señora Primsley lo hacían menos apuesto. Quería decirle que era el hombre más arrebatador que había visto en mi vida y que lo habría besado encantada, a pesar de los restos ensangrentados que le colgaban de la mejilla.

En vez de ello, esbocé una sonrisa.

—¿Crees que podemos entrenar sin descarga de adrenalina de por medio?

—Depende de ti. ¿Has asumido la idea de que repeler un ataque no implica que luego tengas que pedir disculpas al agresor mientras tomas el té con él?

—¿Me estás diciendo que no tienes intención de prepararme un té?

Con un resoplido, me quitó el trapo de las manos, lo metió de nuevo en el agua y se lo pasó por su duro abdomen, cuyas tenues cicatrices pedían a gritos ser besadas.

—Te ahorraré la tortura de tomarte el brebaje infecto que te haría.

—En respuesta a tu pregunta, sí, creo que he descubierto la manera de dejar a un lado la empatía.

—¿Cómo?

—Evocando la imagen de esa araña encima de ti. Acordándome de lo asustada que estaba en ese momento, del impulso irrefrenable de matarla que sentí.

Clavó los ojos en mí, con esa sonrisa de suficiencia que me retaba a besar sus labios en ese mismo instante.

—Conozco bien esa sensación.

—Bueno, pues seguimos mañana. A primera hora.

—A primera hora.

8

Kazhimyr



Cuatro días antes

Una sed atroz le abrasaba la garganta a Kazhimyr y las cadenas en torno a sus muñecas se le hundían en la carne. La represión de su magia de sangre siempre le producía sed y el dolor de las heridas recientes le recordaba que, sin su poder, su cuerpo sanaba con lentitud. El hedor a orina rancia y podredumbre le inundaba la nariz, mientras que un sabor a cobre le quemaba la lengua. Durante horas, Ravezio y él habían sido apaleados, obligados a ingerir cantidades inhumanas de nilmirto y sometidos a interrogatorios sobre el paradero tanto de Zevander como de Dolion.

El capitán Zivant, de la guardia del rey Sagaerin, caminaba de un lado a otro delante de Kazhimyr, que colgaba inerte de sus grilletes, y el taconeo de las lustrosas botas del altivo lamehuesos marcaba los segundos en la cuenta atrás hasta que se le agotara la paciencia.

—Varios de mis hombres vieron a Dolion después de la

Ceremonia del Devenir de la princesa Calisza.

—Ya te lo he dicho… un montón de veces. No he… visto a Dolion.

—Pero sí lo has visto con vida después de que Zevander afirmara haberlo matado.

Había revelado ese dato por culpa del puto nilmirto que le habían forzado a tragar. De lo contrario, lo habría negado descaradamente.

—En este momento, media docena de mis hombres se dirigen hacia Eidolon, aunque el instinto me dice que no encontrarán a ninguno de los dos ahí.

Kazhimyr soltó un bufido.

—Entonces ¿para qué les haces perder el tiempo?

Sintió un dolor lacerante en el pómulo cuando el capitán estampó el puño contra su mejilla, empujándole la cabeza hacia un lado entre salpicaduras de sangre.

—Sé que debería haber convencido al rey de que os dejara pudriéndoos en esa prisión de Solácea. A todos y cada uno de vosotros.

—¿Y perderme esa cara de amargado que llevas desde entonces? Ni de coña.

El capitán echó el brazo hacia atrás para asestarle otro golpe.

—¡Capitán Zivant! —gritó una voz, y el aludido bajó el puño. El escuálido copero del rey, de unos diecinueve años a lo sumo, estaba doblado sobre sí mismo con las manos en las rodillas, como si hubiera llegado galopando desde los confines de Draconysia—. El rey solicita su presencia de inmediato —jadeó.

—Dile que estoy interrogando a nuestros traidores asesinos.

—¡Señor, insiste en que acuda ahora mismo!

El capitán le enseñó los dientes.

—Ahora mismo estoy ocupado. ¡Házselo saber al rey!

—El rey Jeret y sus hombres han salido del castillo. ¡El príncipe Dorjan ha desaparecido, señor!

Zivant bajó las cejas y se volvió despacio hacia el copero.

—Quédate con ellos. Ordenaré a un guardia que venga.

Al chico por poco se le salieron los ojos de las órbitas.

—¿Yo? Con mucho gusto iré a buscar un guardia, si quiere.

—No pueden quedarse solos. —El capitán agarró el atizador que estaba apoyado contra la pared, con el que había quemado a Ravezio un rato antes. Recordar el sufrimiento de su camarada letalisz avivó la mortífera rabia que ardía en el interior de Kazhimyr —. No te les acerques. Y, si intentan algo, clávales esto. —Le puso el atizador contra el pecho—. Te enviaré un guardia enseguida.

Dicho esto, el capitán Zivant salió a toda prisa de la cámara de interrogatorios, un enorme recinto de ladrillo con varios instrumentos de tormento, dejando al atemorizado copero solo con Kazhimyr y Ravezio.

—¿Me das un poco de agua? —pidió Kazhimyr con voz ronca, y el muchacho miró a su izquierda, seguramente rezando en silencio por que el guardia llegara pronto—. Por favor. No te haré ningún daño.

La nuez del chico subió y bajó cuando tragó saliva echando una ojeada alrededor. Meneó con nerviosismo los dedos al fijarse en un cubo que se encontraba a solo unos pasos de él, quizá evaluando si el pesado cucharón de hierro que había dentro podía usarse como arma. Tras un segundo más de cavilación, se dirigió apresuradamente hacia él. Después de sacar agua con el cucharón, dio unos pasos lentos y cautelosos hacia Kazhimyr, derramando agua por el suelo a causa del tembleque en el brazo.

Kazhimyr echó la cabeza hacia atrás y dejó que el joven le diera

de beber. El líquido casi se evaporaba al descender por su garganta, pero aun así lo agradeció.

—Podrías darle un poco a mi amigo también.

El chico, visiblemente más cómodo con esa petición, puesto que Ravezio se encontraba en mucho peor estado, asintió y sumergió el cucharón para volver a llenarlo de agua. Atravesó la habitación hacia el otro letalisz, también encadenado contra la pared de ladrillo, con grilletes en las muñecas y la piel en carne viva allí donde lo habían quemado y rajado un rato antes.

—Señor… —dijo el muchacho acercando el cucharón al rostro de Ravezio—, ¿quiere un sorbo de agua?

El hombre echó la cabeza hacia atrás y, justo cuando el chico se disponía a verter el agua en su boca, le escupió sangre en la cara.

Un gemido agónico resonó entre los viejos muros de ladrillo cuando el muchacho cayó de rodillas y el cucharón fue a parar al suelo.

Actuando con rapidez, Ravezio arrastró hacia sí con el pie el cucharón, cuya superficie de hierro chirrió sobre el suelo de piedra, lo sostuvo en equilibrio sobre los dedos descalzos y lo lanzó por el aire de una patada a la altura justa para atraparlo con su mano engrilletada.

Kazhimyr soltó una risotada.

—Veo que has estado practicando los movimientos que aprendiste en el Circ'Lunae.

En el rostro de Ravezio se dibujó una sonrisa que lo hizo parecer mucho menos dolorido que antes.

—A las mujeres les encanta tener un amante flexible. Pregúntaselo a tu madre si no me crees.

Juntó los brazos e introdujo en la cerradura de sus grilletes el extremo afilado del mango por el que se enganchaba al cubo. Los

músculos le temblaban mientras sujetaba con fuerza el cazo del cucharón hasta que por fin, con un chasquido, rompió el mecanismo de cierre.

—Me sentiría insultado si mi madre no fuera una sucia criada que me arrojó a una manada de perros cuando tenía solo diez años, así que, si lo que quieres es provocarme arcadas, no te está saliendo muy bien.

Ravezio dejó escapar una risa y ambos hombres bajaron la mirada cuando el muchacho emitió un suave gimoteo. Le sangraban los ojos y la nariz y se le retorcía el cuerpo mientras el veneno lo remataba.

Kazhimyr chasqueó la lengua.

—Pobre desgraciado. Seguramente no llegó ni a mojar la chorra antes de que te lo cargaras. Y con un cucharón, nada menos. Qué vergüenza.

—Mejor eso que el candelero con el que maté al anterior.

Cuando unos pasos retumbaron por el pasillo, Ravezio se acercó rápidamente a Kazhimyr y encajó la punta del cucharón en la cerradura de sus grilletes hasta reventarla con la misma facilidad que la suya. Una vez libres los dos, corrieron hacia donde estaba tirada la ropa que les habían quitado antes de torturarlos y se vistieron a toda prisa. Pasaron junto al cuerpo sin vida del muchacho en dirección al corredor.

Kazhimyr se asomó a la esquina y divisó las sombras titilantes de unos guardias que avanzaban por el pasillo adyacente. Los dos salieron de la cámara manchada de sangre al oscuro corredor. Sin mirar atrás una sola vez, recorrieron el intrincado laberinto de pasadizos flanqueados de celdas que componían las mazmorras del castillo. Cuando se acercaron a una curva del pasadizo, ambos se refugiaron en las sombras de un pequeño recoveco tras un brasero

apagado, con la espalda pegada al muro de piedra.

El rumor de una conversación llegó hasta los oídos de Kazhimyr, que prestó atención a la voz, la cual no le cabía duda de que era la del capitán Zivant. Solo de oírla se le crispaban los nervios.

—El rey ordena que enviemos a la mitad de nuestros hombres en busca del rey Jeret.

—¡Bastante tienen con intentar aplacar una turba furiosa de entecos y nilivires que bien podrían abrir una brecha en la muralla del castillo! —Parecía la voz del lugarteniente de Zivant, uno de los torturadores de Kazhimyr.

—Tengo entendido que un grupo de soláceos ha quedado atrás. Quiero que los apresen y los encierren en Guardahueso. En cuanto a la muchedumbre, contáis con mi autorización para recurrir a la fuerza bruta en caso necesario. —Las palabras de Zivant no dejaban lugar a equívoco: debían matar a todo aquel que opusiera resistencia—. Solo me llevaré a un centenar de hombres en busca del rey Jeret y el príncipe. Los soláceos viajan por un terreno con el que no están familiarizados, lo que nos confiere ventaja, hasta que lleguen al mar de Primmia.

—Podemos convocar a nuestros vasallos en Veneficarys para que os acompañen —terció una voz con las inconfundibles inflexiones de lord Belthane, mano derecha del rey Sagaerin.

—No —respondió Zivant, como si se sintiera insultado por la sugerencia—. Yo mismo encontraré al príncipe. Jeret no pretende matarlo.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó lord Belthane—. La vida del rey Jeret está amenazada por mercenarios cada vez más numerosos y Sagaerin ha denegado su ayuda en repetidas ocasiones.

—Sí, estoy al tanto de Kael Vexmoor y su cuadrilla de

mercenarios. Por si no lo recuerdas, nos ha costado la vida de casi diez mil hombres —dijo Zivant con amargura—. Al rey Sagaerin no le interesa enviar a sus soldados a una carnicería.

—No obstante, el ejército de Kael Vexmoor no para de crecer debido a nuestra inacción. ¡Cualquiera sabe si no se convertirá en una amenaza para Nyxteros!

—Sabe tan bien como yo lo que quiere Kael Vexmoor. —Aunque Zivant bajó la voz, Kazhimyr alcanzó a entender lo que decía—. Venganza. Por lo que les ocurrió a su madre y su hermana. Jeret es el objeto de su ira. Cometería una estupidez muy grande si asesinara al príncipe Dorjan. Simplemente está jugando con los miedos de Sagaerin como padre. Negociaré con Jeret para proteger la paz entre Solácea y Nyxteros y garantizar que el príncipe regrese sano y salvo.

—¿Cree que se dirigen hacia el Salto de Lunamarys, señor? —inquirió su lugarteniente.

—Sería una insensatez que se dirigieran hacia el norte. Entre los carnificados y los dragones, sus posibilidades de llegar al canal de Australius serían mínimas.

—¡Capitán Zivant! —Un guardia se acercó a paso apresurado por el mismo corredor en el que se escondían Kazhimyr y Ravezio y pasó justo por su lado—. Los letalisz se han escapado. El copero ha muerto.

Zivant soltó un rugido de rabia.

—¡Encontradlos! Registrad todo el castillo. Y, cuando deis con ellos, crucificadlos.

—¿Crucificarlos? —dijo el guardia con un asomo de vacilación, cosa extraña considerando cuánto odiaban a los letalisz—. ¿Bajo qué cargos?

—Conspiración por secuestrar al príncipe. Y ahora vete. Parto de

inmediato hacia el Salto de Lunamarys. Controlad a la multitud. Aseguraos de que el rey esté protegido y encontrad a esos miserables asesinos. No me han sido de ninguna utilidad y quiero que sean ejecutados antes de que acabe el día.

9

Maevyth



Presente

Al oír gruñidos y jadeos, dirigí la vista hacia Zevander, que estaba en el salón de la cabaña, subido a una escalera que había improvisado con madera del ataúd de tío Riftyn. La noche anterior, una fuerte nevada había hecho caer unas ramas podridas que estaban entrelazadas en el techo de paja. Pese a la brisa helada que se colaba por el agujero, no sentía ni un ápice de frío por lo acalorada que estaba en ese momento, contemplando su torso desnudo reluciente de sudor y sus músculos contrayéndose y relajándose mientras realizaba su tarea.

Y me hacía perder la concentración.

—No te distraigas, Maevyth. No te distraigas —mascullé cortando la espinalda que había encontrado en la despensa y echando los trozos en cuencos con tomates guisados que habíamos sacado de la bodega. «Habría sido demasiado pedir que te pusieras una camisa

como es debido para arreglar el techo, ¿verdad?».

Sin duda, era algo deliberado por su parte, pues en los últimos días parecía estar haciendo todo lo posible por tentarme.

Un gemido de esfuerzo atrajo de nuevo mi atención y no pude despegar la vista de su figura, exquisitamente esculpida, tirante por el trabajo que le estaba costando sostener el techo entero él solo. La fuerza y la tensión puras que irradiaba su cuerpo me aceleraron el pulso al imaginar que recorría con los dedos sus profundos valles y aceradas llanuras. No debería haberme quedado tan embelesada observando cómo él —un asesino poderoso y hábil— realizaba reparaciones de poca importancia en la casucha, pero, por todos los dioses, cada vez que posaba los ojos en Zevander se avivaba el fuego que me quemaba por dentro.

«Qué irritante», alegó mi cabeza.

Habían transcurrido tres improductivos días enteros desde que yo había sugerido que mantuviéramos las distancias; tres días que me había pasado leyendo junto al lecho de Aleysia, caminando de un lado a otro de la habitación y rezándole a una deidad en la que había dejado de creer hacía tiempo.

Tres días durante los que había intentado evitar a Zevander y las largas miradas que intercambiábamos al cruzarnos, el roce ocasional de sus dedos, los frustrantes recordatorios de lo que ambos anhelábamos.

Estaba perdiendo la cabeza por la monotonía de la espera.

Una espera que se alargaba.

Y se alargaba.

Y se alargaba.

Los últimos dos días por la mañana nos habíamos dedicado a entrenar, una simple invocación de glifos con resultados bastante pobres en lo relativo a mi látigo de huesos. Por la tarde nos

sentábamos frente a la chimenea, conversando sobre la jornada mientras tomábamos té caliente. Al parecer, solo nos habíamos distanciado físicamente, pero, a medida que nuestra amistad se iba consolidando, cuanto más tiempo pasaba con él, más me costaba pasar por alto las cosas que le conferían un atractivo tan magnético, que lo hacían tan deseable.

Al mirarlo de nuevo, me fijé en una de sus numerosas cicatrices, tenue pero visible. A lo mejor la había tenido delante de los ojos decenas de veces, pero hasta ese momento no reparé en su extraña forma. No parecía una herida de guerra o de combate, ni tampoco la marca dejada por un latigazo; de esas había visto unas cuantas en su piel. Esa tenía un aspecto demasiado siniestro, como si lo hubieran rajado con un utensilio afilado. Era sin duda una señal de tortura, de un tormento que me provocaba un hormigueo solo de pensar en ello. Zevander había sufrido mucho en algún momento de su vida, malos tratos que no soportaba imaginar, así que intenté centrarme en otras cosas.

—He estado leyendo las notas de Elowen sobre sanación… Creo que iré a buscar algo de cepaoscura y vulpalina a la zona del bosque donde la he visto recogerlas.

—Ya te las traeré yo.

Una punzada de decepción me atravesó el estómago. Cuanto más tiempo pasaba encerrada en ese lugar, más parecía enrarecerse el aire y, aunque me alegraba de estar a cubierto de los seres que merodeaban al otro lado de las paredes, la sensación de confinamiento me resultaba sofocante.

—A lo mejor podría ir… —Al volverme, lo vi ligeramente inclinado hacia mí, con los brazos por encima de la cabeza, apoyados en una viga; cuando me fijé en las largas fibras de músculo y tendones, experimenté un cosquilleo en los dedos. Por muy agreste que fuera

el paisaje de su cuerpo, me parecía hermoso. Cada cicatriz constituía una marca de fuerza que deseaba explorar con la punta de los dedos, rendir homenaje a su resistencia y capacidad de supervivencia con los besos más tiernos.

—Creo que aguantará —dijo inspeccionando su obra. Cuando posó los ojos en mí, desvié la vista hacia la raíz que estaba cortando —. ¿Te está distrayendo mi falta de ropa?

Al oír su tono socarrón, mi vergüenza se agudizó hasta convertirse en frustración y me puse a picar más deprisa, con más furia.

—Para nada.

Soltó una risa que me hizo sentir aún más frustrada.

—Si pusieras la mitad de esfuerzo en combatir a los infectados que en machacar esa pobre espinalda, ya estarían todos muertos.

—Si pusieras la mitad de esfuerzo en vestirte, a lo mejor no me inspirarías pensamientos violentos. —Alcé la mirada lo justo para ver su sonrisa de oreja a oreja.

—O sea, que reconoces que te distraigo.

—Eso no es… —Seguí cortando y, de pronto, me hice un tajo en el dedo—. ¡Ay! ¡Mierda! —Tiré el cuchillo y alcé la mano para contemplar la gota de sangre que se estaba formando en la herida. Una sensación de mareo me revolvió el estómago.

—Déjame verlo. —Me bajó la muñeca con delicadeza y, ladeando la cabeza, examinó el corte.

Ni siquiera lo había oído bajar de la escalera.

Sacudió la cabeza chasqueando la lengua.

—Qué mala pinta tiene. —Cogió un trapo que estaba a mano y me limpió la sangre con toques suaves.

—Ya se curará. Siempre se curan. Si no estuvieras tan empeñado en atormentarme a todas horas, seguramente no habría ocurrido.

—Mis disculpas. —Con los ojos fijos en los míos, besó la herida, y me lo imaginé llevándosela a la boca, del mismo modo que se había lamido los dedos empapados en mi excitación la última noche que habíamos mantenido relaciones íntimas.

Ardía en deseos de volver a ese momento, de sentir esos labios en el cuello y entre los muslos. Me sobrevino una sensación de mareo, pero la ahuyenté y retiré la mano.

—¿En qué momento de tu pasado aprendiste a reparar un techo o a construir una escalera? —Tiré el resto de la raíz en el cuenco, ignorando los latidos irregulares de mi corazón y el dolor persistente en el dedo. Al fin y al cabo, si había decidido rechazarlo no era por gusto, sino para proteger mis sentimientos. Y protegerlo a él.

—Siempre he sido hábil con las manos. —El deje de diversión en su voz se desvaneció cuando preguntó—: ¿Qué decías?

—¿Mmm?

—Hace un momento. Has dicho que a lo mejor podías ir…

—¡Ah!, ¿sí? ¿Crees que podría acompañarte? Solo… un trecho corto.

—Estás deseando tomar el fresco.

—Estoy desesperada. Me siento… encarcelada. Cuando no estoy a su lado, me paso cada minuto preguntándome si se habrá movido o si habrá dicho algo. Ayer estaba leyendo y no supe distinguir si era su voz o la mía la que narraba el texto en mi cabeza.

—Quizá un paseo te alivie un poco. Y de paso podríamos recuperar el entrenamiento que nos hemos saltado esta mañana. —Descorchó una botella de vino que había encontrado en la despensa y sirvió un poco en dos tazas.

De nuevo se me fueron los ojos hacia su recia y fornida figura. Aclarándome la garganta, cogí los dos cuencos y crucé la habitación para dejarlos en la mesa.

—Buena idea. La verdad es que me vendría mal reforzar un poco mi autocontrol. —Me senté y Zevander se dejó caer en la silla que tenía enfrente, un muro de puro músculo que era de todo menos invisible.

«Deja de mirarlo».

Ni siquiera el gusto insípido de la comida apartó mi mente de él.

O tal vez sí, un poco. Madre mía, estaba sosa.

Cogí la taza de hojalata y, con una sonrisa, me la llevé a los labios.

Con la atención puesta en mí, inclinó la cabeza, con un arqueo fugaz de cejas, como preguntándome qué me hacía gracia.

—Mi abuelo se revolvería en su tumba si me viera beber vino en una taza de metal. —Tomé un pequeño sorbo y cerré los ojos, invadida por recuerdos lejanos de cuando Aleysia y yo catábamos el género a escondidas en la bodega. Dejé que el sabor cálido y amargo de las cerezuelas me bailara en la lengua, transportándome a esos tiempos que parecían mucho más sencillos.

Cuando abrí los ojos, Zevander me observaba por encima de su taza con una mirada tan firme como una mano cerrada en torno a mi cuello. Permanecía callado, y una tensión extraña llenó el espacio entre nosotros, al tiempo que notaba un calor corriéndome por las venas.

Carraspeando, rompí el contacto visual y dejé la taza a un lado del cuenco. Tomé un bocado y arrugué la nariz por lo mal que sabía. Era como tener tierra en la lengua. Me lo tragué, haciendo trabajar la garganta a toda prisa.

El silencio se prolongó, lo que no hizo más que acrecentar la ansiedad que se había apoderado de mí.

—Si Aleysia no despierta pronto, tendré que alimentarla por la fuerza. Aunque, conociéndola, seguramente me lo echaría todo

encima y yo acabaría arrepintiéndome de haber gastado energía en eso. —Mi risita quedó interrumpida por el tintineo de una cuchara al caer al suelo, un sonido que me sobresaltó. Al alzar la vista, vi que Zevander tenía el puño apretado.

No le di importancia hasta que se agachó para recoger el cubierto y advertí que le temblaban los dedos. Sin decir palabra, dejó la cuchara junto al cuenco y apoyó las palmas a los lados.

—Perdona… si mi comentario ha estado un poco fuera de lugar.

Exhalando un suspiro forzado, se sentó de nuevo.

—No tienes por qué disculparte. No me has ofendido.

¿«Ofendido»?

Tomé otra cucharada mientras rumiaba el significado de sus palabras. Había sido un comentario algo desagradable, sin duda, pero no había motivo para que se lo tomara a mal.

—¿No tienes hambre?

Volvió a apretar los puños a ambos lados del plato y se aclaró la garganta.

—Tampoco es mi intención ofenderte si te digo que esta comida está… más bien sosa.

Sonreí al oír eso mientras removía el contenido del cuenco para mezclar la raíz con los jugos del tomate.

—Ni las especias más finas del rey mejorarían el sabor. —Cuando levanté los ojos, se me borró la sonrisa de la cara al fijarme en la palidez de su piel, como si toda la sangre hubiera abandonado su rostro.

—¿Te encuentras bien?

—¿Me disculpas un momento?

—Claro.

Se levantó de la mesa y se dirigió al dormitorio con grandes zancadas, abriendo y cerrando las manos a los costados. Me quedé

sentada, cavilando de nuevo si su reacción era consecuencia de lo que había dicho yo.

Pese a lo malos que estaban, me comí los tomates que quedaban en mi plato, decidida a mantener las fuerzas. Suspirando, contemplé el plato intacto de Zevander y volví la mirada hacia el dormitorio en el que había desaparecido. La puerta estaba entreabierta y, aunque cada fibra de mi ser deseaba ir a echar un vistazo, cogí el libro de hechizos de Elowen y me acomodé en la mecedora frente a la chimenea.

Sin embargo, no pude asimilar ni una sola palabra del condenado libro a causa de la preocupación que me rondaba la cabeza.

Por encima de la crepitación de la leña al arder, unos susurros llegaron hasta mis oídos; un gemido de sufrimiento que me hizo dejar el libro y acercarme a esa puerta de puntillas. Aunque el hueco era muy estrecho, vislumbré a Zevander, sentado en la silla de cara a la ventana, con el pantalón bajado hasta las rodillas. A su lado, sobre una mesa, estaba la colección de dagas que siempre llevaba encima y se quitaba por la noche.

Su codo doblado se sacudía y su cuerpo desnudo estaba encorvado.

—Piensa en Maevyth —musitó—. Mi bruja lunar.

Noté un calor repentino bajo la piel y un hormigueo extendiéndose lentamente por la parte posterior de mi cuello. Se me aceleró el pulso mientras lo miraba y sentí un dolor agudo retorciéndome el pecho. Al oír que me nombraba, me entraron ganas de acudir a él.

«Ni se te ocurra», me advirtió mi cabeza. Bastante malo era que estuviera espiándolo. «No, estoy asegurándome de que esté bien», repliqué.

El enorme escorpión cobró vida de repente y, mientras se movía de un lado a otro, daba golpecitos con sus pinzas de arácnido contra la rígida curva de la espalda de Zevander. Unas volutas de humo danzaban por la habitación, se arremolinaron en torno a Zevander y estallaron en llamas negras. Él gruñía y gemía al tiempo que se le tensaban y estiraban las fibras de los músculos del brazo.

El afilado aguijón metálico del escorpión se elevó, con la punta plateada relumbrando bajo los rayos de luna, y se clavó en la tensa carne de Zevander.

Me llevé las manos a la boca, creyendo que estaba herido, pero, en vez de ello, emitió un sonido de éxtasis absoluto mientras el escorpión lo picaba una y otra vez, correteando frenéticamente por su espalda.

Frunciendo el ceño, me aparté de la puerta y, con el corazón latiéndome de forma tan violenta que casi resultaba audible, regresé a toda prisa a la mecedora y recogí el libro. Las palabras se desdibujaban en la página mientras me asaltaban ecos fugaces de lo que acababa de presenciar.

Su respiración agitada.

Los jadeos y gruñidos.

La tensión de sus músculos.

La conmoción de haberlo visto mientras se daba placer se disolvió bajo las terroríficas imágenes del escorpión atacándolo.

Pasaron varios minutos antes de que unos pasos interrumpieran mis pensamientos, y me obligué a concentrarme en el texto impreso en mi libro. Zevander se dejó caer en la silla que estaba a mi lado, con el cuenco de comida en el regazo. El sudor reciente le relucía en el pecho desnudo, que había recuperado su color natural.

—¿Se te ha pasado? —pregunté.

—¿Disculpa?

—Parecías un poco indispuesto mientras comías. Quería saber si te encontrabas mejor.

—Sí, mucho mejor. —Se llevó una cucharada a la boca y, tras una pausa de unos instantes, tomó otra, con más avidez que la anterior.

—Veo que se te ha abierto el apetito.

—Me muero de hambre.

«Vamos, pregúntaselo».

—Quiero saber una cosa. ¿Has…? ¿Te estabas tocando hace un momento?

Detuvo la cuchara a medio camino de su boca y, con expresión ceñuda, la dejó en el plato.

—¿Me estabas espiando?

—Yo no lo llamaría espiar. La puerta estaba entreabierta.

—Tampoco era precisamente una invitación —repuso con aspereza.

—He oído algo y solo quería asegurarme de que estuvieras bien.

—¿Qué has visto?

Mordisquearme el labio fue la única manera que se me ocurrió de calmar mis nervios.

—Estabas… sin ropa. En la silla. —Tuve que volver la cara cuando me vino de nuevo a la mente la visión del escorpión para que no percibiera la angustia en mis ojos—. Y me parece perfecto que los hombres hagáis lo que tenéis que hacer, pero ¿es necesario montar un número? Lo digo por las llamas y el escorpión. Si Aleysia despertara al fin y se encontrara con un espectáculo así, se llevaría un susto tremendo y se le pararía el corazón. Y entonces todo esto habría sido en vano.

Bajó las cejas y dio unos golpecitos con la cuchara en el canto del cuenco.

—Tienes razón. No debería haber hecho eso tan cerca de su habitación. Disculpa. —Su tono cargado de remordimiento me llevó a pensar que quizá hubiese sido demasiado dura con él.

—¿Y por qué el escorpión? Es tu pro… prodo…

—Prodozja. —Se encogió de hombros y tomó otro bocado—. Siempre he tenido conexión con ellos.

—¿Y eso? —pregunté intrigada.

—Un escorpión picó a mi madre cuando estaba embarazada de mí. Cayó tan enferma que creyó que iba a abortar.

—¿O sea, que llevas veneno de escorpión en la sangre?

—Supongo que sí.

Por alguna razón, eso no hizo sino aumentar mi fascinación. Posé la mirada en una de las venas que se le marcaban en el cuello y una extraña emoción se adueñó de mí. Conteniéndome, dirigí los ojos hacia el fuego de la chimenea.

—¿Sabes…? No me resulta fácil guardar las distancias contigo. —Por el rabillo del ojo advertí cómo se le abultaba el bíceps mientras se acariciaba el mentón con la mano—. Más que nada porque eres un hombre con una constitución excepcional que va por ahí sin camisa ni pantalón.

Volvió la vista hacia mí de pronto, lo que ocasionó que se me encendieran las mejillas.

—¿Me estás diciendo que la visión de mi cuerpo despierta tu deseo?

Enarcando las cejas, solté un resoplido y pasé las páginas de mi libro.

—A juzgar por lo mucho que te divierte, está claro que es algo intencionado.

—No he albergado esperanzas desde que insististe en que nos mantuviéramos separados. Pero, ahora que veo el efecto que causo

en ti, me costará ir vestido.

El comentario atrajo de inmediato mi atención hacia él.

—Te prohíbo que andes por la casa sin un atuendo decente mientras mi hermana esté a solo una habitación de distancia.

Esbozó una sonrisa de suficiencia tan diabólicamente atractiva que me sacó de quicio.

—Pues responde a mi pregunta. Quiero oírte decirlo.

Una sensación de calor me hormigueó en las mejillas.

—No hace falta recalcar lo obvio.

—No, quiero ver cómo esas palabras salen de tus labios.

Por poco se me escapó una sonrisa, pero logré reprimirla.

—¿Y si me niego?

Se reclinó en la silla con aire arrogante.

—Pues entonces yo me negaré a entrenarte.

Lo miré con los ojos entornados.

—Así que estás dispuesto a ponerme en peligro por tus estúpidos jueguecitos.

—Ahora mismo no corres peligro.

Dioses, qué testarudo era.

Levantó las cejas con expresión expectante.

—¡Está bien, de acuerdo! Sí, despiertas mi deseo. ¿Satisfecho?

—Mucho. —Después de llevarse la cuchara a la boca, se tomó un momento para lamerla, lo que me provocó un ligero espasmo en los muslos—. Te estás sonrojando otra vez.

—Es por el fuego —dije con frialdad—. Y por la frustración. Tengo calor.

—Debes de estar achicharrándote por dentro para tener las mejillas tan rojas.

Su tono burlón agudizó mi irritación.

—Como veo que estás empeñado en provocarme con tus

comentarios, creo que mejor me centro en la lectura. —Cogí el libro y, con una sonrisa fingida, me lo coloqué de nuevo sobre el regazo.

—Pues me temo que contemplarte mientras lees solo hará que me entren ganas de escabullirme al cuarto otra vez.

—¿Tan desesperado estás que hasta algo tan banal como la imagen de una mujer leyendo te excita?

—Me pareces irresistible con un libro en las manos. Me atrevería a decir que son muy pocas las mujeres que se esfuerzan por aprender hechizos y… —Cogió otro libro que estaba junto a la mecedora—. Ritos mortales inusuales. —Arrugando el entrecejo, volvió a dejarlo donde estaba.

—Son pocas las mujeres que tienen permitido leer. De hecho, en la aldea estaba prohibido por ley.

—Y, a pesar de todo, aprendiste.

—Mi abuelo se empeñó en ello. Decía que una mujer leída es una criatura bellamente aterradora.

—Debía de ser una buena persona.

—Lo era. —Sonreí al recordarlo metiendo libros a hurtadillas en casa para mí—. Tuve la suerte de que me criara él. Me siento afortunada por el tiempo que pasé a su lado.

—Bueno, te propongo un trato: yo llevaré un atuendo decente si tú accedes a leer en privado.

—¿De verdad te afecta tanto?

—Por desgracia, sí. Como tu abuelo, fui educado para admirar la belleza de las mujeres inteligentes.

—¿Rykaia también lee?

—Sí, pero prefiere cuentos de hadas sobre príncipes y doncellas que se enamoran.

—Y a ti esas historias te parecen bobadas —dije con voz inexpresiva.

—Me parecen poco prácticas.

—No crees en el amor —contrataqué.

—Soy escéptico respecto al amor duradero. Creo que es un sentimiento pasajero y caprichoso, lo que me lleva a poner en duda el concepto.

Crucé los brazos.

—¿Puedes desarrollar esa idea?

Soltó un bufido y asintió despacio.

—Imagínate una tempestad en el mar. Una fuerza inigualable, poderosa y… arrolladora. Tan subyugante que te arrastra hacia las profundidades sin que te des cuenta. Al principio todo es felicidad. Las olas, la euforia… —dijo con una cadencia lánguida, arrastrando las palabras—. Estás tan embelesada, tan ciega, que no reparas en el abismo negro que se aproxima lentamente.

—¿Y qué representa ese abismo negro?

—La desilusión. —Volvió la mirada hacia la chimenea, abstraído —. La conciencia de que lo que habías tomado por éxtasis era en realidad la muerte del amor.

—No confías en el amor, lo que seguramente significa que también rechazas la idea etiria de las parejas predestinadas.

La súbita intensidad de su mirada me llevó a cuestionarme hasta qué punto eso era cierto.

—¿Así es como interpretas mi cinismo?

—Creo que has leído los cuentos de hadas equivocados.

—¿Y qué me dices de las doncellas de tus libros?

—Bueno, para empezar no son tan incautas que se ponen a nadar en medio de una tempestad. En segundo lugar, no temen al abismo, por muy hondo que sea. Lo importante es esa felicidad que describes, aunque el amor en sí sea pasajero. Su fugacidad no mengua su valor. A veces es mejor no saber qué nos espera en las

profundidades.

Torció la boca, con los ojos entornados fijos en los míos.

—Me parece que estás minando mi naturaleza cínica, bruja lunar. A lo mejor es uno de tus hechizos.

—O a lo mejor lo que pasa es que, en lo más profundo de la negrura absoluta de tu desencantado corazón, crees en los cuentos de hadas, a pesar de todo. Y ahora, si me disculpas, voy a buscar un lugar tranquilo donde leer. Sola.

10

Zevander



Pasado

Zevander dejó caer la piqueta con fuerza y rompió en pequeñas esquirlas la brillante roca negra, el mineral de una veta extinguida destinado a ser fundido para fabricar armas. De vez en cuando conseguían desprender trozos grandes de vivicanto, que estaban obligados a entregar a los custodios. De lo contrario, se exponían a castigos inimaginables, en ocasiones incluso la pena de muerte, según el tamaño de la piedra.

Notaba un calor implacable en la espalda y tenía los músculos relucientes de sudor. No mucho tiempo atrás habría sido incapaz de aguantar el sol de Solácea durante tanto tiempo o de levantar la piqueta, que en esos momentos manejaba con facilidad. Su escuálido cuerpo había duplicado su volumen y sus músculos estaban mucho más habituados al trabajo duro. Estaba en la frontera entre la infancia y la edad adulta; era lo bastante mayor para poseer los rasgos firmes de un hombre y la madurez de casi

dos décadas, pero demasiado joven para haber vivido las atrocidades que había presenciado en las minas.

—Frena un poco, ansioso de mierda. Nos estás haciendo quedar mal. —Ravezio, su compañero de celda, se echó la maza al hombro, con el pecho agitado por el esfuerzo.

Risueño, Zevander se enjugó la frente con el dorso de la mano.

—¿Yo qué culpa tengo de que tú trabajes como un ratón de biblioteca borracho después de pimplarse un cubo de cerveza?

Ravezio soltó un resoplido y partió la roca por la mitad de un golpe.

—Preferiría pasarme la vida analizando mamotretos que trabajando en esta mierda. Cubo de cerveza incluido.

—No me hables de cerveza. La última vez que tomé un sorbo, era lo bastante joven para sentarme en el regazo de mi abuelo —terció Kazhimyr, su otro compañero de celda, que también era lunáceo.

—¿No te tomaste una copa con el custodio la semana pasada? ¿Te pide que lo llames abuelo? —Ravezio le dirigió una sonrisa burlona a Kazhimyr y guiñó un ojo.

El comentario no pareció hacerle ninguna gracia a Kazhimyr, que fulminó con la mirada a su amigo y blandió la piqueta amenazadoramente.

—Como sigas rajando, te meto la parte puntiaguda por el culo.

—Joder, a estas alturas, hasta eso suena divertido.

Sacudiendo la cabeza, Zevander dejó escapar una risotada y continuó picando piedra.

Jagron, un descomunal prisionero órgodo que había sido ascendido a guardia del sector, pasó al lado de Zevander y lo saludó con una ligera inclinación de cabeza. Debido a su tamaño y fuerza, a varios cautivos órgodos los nombraban guardias. Al fin y al cabo, un

órgodo satisfecho y bien alimentado era mucho más obediente y menos violento que uno sometido a malos tratos y trabajos forzados.

Aunque Zevander no profesaba el menor cariño a los guardias o al custodio, a lo largo de los años había aprendido que, si se dejaba la piel en el trabajo y se ocupaba de sus asuntos, recibía más raciones de comida y menos castigos.

Devolvió el saludo con un gesto.

Ravezio se inclinó hacia él.

—Dicen que mató a Morthok en la molienda —dijo en voz baja.

La molienda, o molienda de huesos, como los prisioneros lo llamaban a veces, era uno de los pasatiempos favoritos de los guardias, una fuente de entretenimiento en medio de una existencia por lo demás tediosa. Consistía en obligar a dos cautivos a enzarzarse en un combate a muerte. Además, como todos los días llegaban nuevos presos, los guardias lo consideraban una manera de evitar la sobrepoblación.

En ocasiones, incluso los guardias luchaban entre sí con el fin de eliminar a sus enemigos.

Otra ventaja de que Zevander estuviera volcado en el trabajo era que ya rara vez lo obligaban a pelear.

—Morthok tenía una bocaza tan grande como estas cavernas —comentó—. El cabrón tuvo suerte de haber durado tanto con vida.

—Aun así, vaya forma de morir tan jodida, con la garganta arrancada.

Oyó a su espalda el chirrido del carro del agua. Solo de pensar en el líquido fresco comenzó a salivar. Al volverse se encontró ante un rostro demacrado pero familiar.

Al principio, Zevander se quedó mirándolo, enmudecido. El corazón le latía con tanta fuerza contra las costillas que apenas oía el ruido de los golpes a su alrededor. La tensión de sus músculos lo

apremiaba a acercarse, pero no era capaz de moverse.

—¿Padre? —Zevander arrugó el entrecejo, vacilante.

Llevaba sin verlo desde que habían llegado a las minas y el hombre que tenía delante parecía haberse consumido durante ese tiempo, pues se le marcaban los huesos bajo su piel moteada.

Por muy furioso que hubiese estado con él en otro tiempo, a Zevander se le encogió el corazón al verlo. Qué frágil y qué poca cosa parecía.

—Te veo en buena forma. Fuerte. —Recorrió de arriba abajo a Zevander con la mirada, deteniéndose en las numerosas cicatrices que había acumulado en los últimos años. Le tembló el velo acuoso que le cubría los ojos, como si estuviera a punto de llorar. Resultaba extraño, tratándose del mismo hombre que le había enseñado a contener las lágrimas cuando era niño.

—¡Coge tu bebida y deja de perder el tiempo! —bramó el custodio Vicarek con los dientes apretados.

Por más que Zevander se partía el espinazo o se mostraba respetuoso con los guardias, no conseguía ganarse el favor de aquel viejo hijo de puta. Casi se preguntaba si le tenía manía, pues siempre lo elegía como blanco de sus castigos.

Su padre, con los ojos desorbitados, sirvió agua en una taza de hojalata con un cucharón y le ofreció el doble de su ración habitual.

Zevander lo contempló por encima del borde de la taza, fijándose en su estado.

—No has comido mucho.

—No reparten mucha comida entre los mayores. Hay días en que hay que luchar por ella y cuesta mucho conseguirla, sobre todo cuando tienes mal una pierna y los órgodos van en busca de algo que llevarse a la boca. —Su padre les puso agua a Kazhimyr y Ravezio también.

—Ven mañana. Te daré un poco de pan.

—Prefiero morir de hambre a quitarle comida a mi hijo.

—Puedo conseguir más raciones.

—Te has hecho un hueco aquí. —El poco orgullo que podía sentir alguien en una prisión brilló en ese momento en los ojos de su padre —. Eso está bien.

—Hasta mañana, entonces. —Zevander le devolvió la taza a su padre, que asintió con la cabeza.

—Hasta mañana.

Las celdas que albergaban a los prisioneros no eran más que pequeñas cuevas de tres paredes, una de ellas formada por barrotes de hierro. En el lado contrario, la vista estaba despejada, sin muros que taparan el extenso panorama de las montañas de Solácea. Habría sido un paisaje hermoso de no ser por el vertiginoso barranco, cuyo fondo ni siquiera se veía desde aquella altura. Eran conocidas como «tumbas abismales», porque no era infrecuente que un preso se acercara demasiado y acabara despeñándose con un grito desgarrador que resonaba con un eco de pesadilla. Años atrás, durante sus primeras noches en la prisión, Zevander temía que su incomodidad lo llevara a caer por el precipicio, de modo que hubo una época en que incluso se ataba a los barrotes.

Después había aprendido a dormir tranquilo y sin moverse.

Con la cabeza apoyada en el brazo, Zevander contemplaba las estrellas. Guardaba el recuerdo de haberlas visto brillar con más fuerza en Eidolon, cuando era niño. O quizá solo hubiese sido un sueño. Se preguntó si su madre y su hermana estarían mirándolas también en ese momento.

—Falta poco para el Somnial Crepuscular —dijo Kazhimyr,

tendido a su lado en otra estera de bambú. Conocido también como «Somnial de Invierno» o «largo sueño», era una celebración del periodo nocturno más largo, en el que las trayectorias de ambas lunas se cruzaban, y Etiria entera pasaba siete noches sumida en la oscuridad. Era una celebración de los lunadéi.

Una chispa de esperanza, cuando el mundo estaba envuelto en las tinieblas.

Tiempo atrás, Zevander siempre esperaba con impaciencia la llegada del Somnial, por las luces, la comida, los regalos, las risas…

Dioses, cómo añoraba las risas.

En Solácea, aquel momento del año no consistía más que en siete noches de sufrimiento y calor, sin un solo copo de nieve que indicara que la estación había cambiado. La ración extra de agua era lo único que marcaba la celebración en las minas. En Nyxteros, a quienes ejercían oficios laboriosos se les permitía quedarse en casa, y algunos patronos generosos incluso los obsequiaban con una paga especial. En los meses siguientes, conforme los días se volvían más oscuros, seguían trabajando sin descanso a la luz de las antorchas, con el único alivio de que el insoportable sol desaparecía tras las montañas.

—¿Alguna vez les pides un deseo a las estrellas? —preguntó Kazhimyr.

—No. Están demasiado lejos para que les importe una mierda.

Su compañero de celda soltó una risita.

—Vaya reflexión tan cínica para una época del año tan llena de alegría.

Al oír un roce de ropa, ambos volvieron la cabeza hacia donde Ravezio, que yacía al otro lado de Kazhimyr, sin duda estaba desnudándose bajo su raída manta.

Con un gruñido de desaprobación, Zevander agachó la cabeza.

—Por los dientes de los dioses, dime que no vas a dormir en cueros otra vez.

—Pues resulta que es bueno para la salud. Yo sudo cuando duermo.

—Sudas porque te acaricias la polla mientras sueñas —replicó Zevander.

—Eso también es muy saludable. Mantiene la sangre en movimiento.

—Pues vete a mover tu sangre a otra parte, ¿vale? Los demás no queremos oírlo.

A Zevander se le escapó la risa al oír el comentario de Kazhimyr y fijó la vista en una estrella especialmente brillante en el cielo, preguntándose cuánto destacaría durante el inminente Somnial.

Kazhimyr suspiró.

—Qué no daría yo por pasar una noche con una mujer. A mi edad, mi padre ya se había follado a media aldea. No es justo que se nos prive de esos placeres cuando estamos en la flor de la vida.

Zevander no podía negar los impulsos que sentía desde que había entrado en la adolescencia. Por fortuna, aún no había alcanzado la edad de los ciclos lunares, que por lo general se iniciaba durante el primer cuarto de siglo. Era una etapa durante la cual los jóvenes lunáceos se veían dominados por un apetito sexual desmesurado.

Y por el mal humor.

Algunos lo llamaban «celo», pero Zevander no había experimentado en carne propia esos impulsos primarios. Solo había oído los gritos de dolor y los gemidos de los compañeros de celda cuando se desahogaban.

—Te quedan siglos por delante. Tendrás oportunidades de sobra.

—Hablas como si creyeras que saldremos de aquí alguna vez. Si

eso ocurriera, seríamos los primeros.

Zevander había oído las historias y había visto cómo se apagaban los presos mayores, incluido su padre. No obstante, desde que había pisado las minas, albergaba una fe infundada en que algún día volvería a ver a su madre y a su hermana.

—¿Y ahora quién es el cínico?

—¿Podríais hacer el favor de cerrar la puta boca? Estáis estropeando mi fantasía.

—¿Qué fantasía? —preguntó Kazhimyr con evidente curiosidad, un síntoma claro de que se avecinaba su primer ciclo lunar.

—Ah, pues es una belleza —dijo Ravezio con aire soñador—. De ojos azules luminosos, cabello dorado y tez clara. Con unas curvas que me provocan un cosquilleo en la mano solo de pensar en ella.

—¿Tez clara? Entonces no es ninguna de las soláceas que he visto. —En realidad, Zevander no había visto a muchas, aparte de las Bellatryx que visitaban los presidios de vez en cuando. Simplemente sabía que las soláceas eran conocidas por el ligero bronceado de su piel.

—Ella es distinta. No sé quién es ni a qué raza pertenece, pero sueño con ella casi todas las noches. Gracias a ella, dormir junto a este, que ronca y se mea encima, me resulta casi tolerable.

Kazhimyr soltó un gruñido de irritación.

—Tienes suerte de que yo no sea más que un puto enteco en esta pocilga por culpa de una maldición, porque si no te congelaría la lengua y te la arrancaría de la boca.

—Ya que tus manos no sirven para nada, tal vez puedas ayudarme a mí.

—No irás a permitir que este eremicio canijo te hable en ese tono, ¿verdad? —lo pinchó Zevander, riéndose por lo bajo de los dos.

—¿Canijo, yo? Podría tumbarlo sin dejar de acariciarme la chorra.

Da gracias de que mi basilisco esté inmovilizado por estas bandas, porque de lo contrario te convertiría en una estatua de piedra muy resultona.

—Ah, ¿sí? —La voz hizo que Zevander volviera la cabeza, provocando en él el mismo efecto que si le deslizaran una cuchilla por la columna. El custodio de la prisión se aproximaba a la entrada de la celda, flanqueado por dos guardias.

A causa del jaleo no los había oído llegar hasta que estaban casi frente a la puerta. Los guardias fueron directos hacia Ravezio. Con los músculos tensos, Zevander se incorporó, muy consciente de lo que estaba a punto de suceder. Que Ravezio sería sometido a las mismas vejaciones que había sufrido en incontables noches anteriores.

—Joder, ¿otra vez vosotros? —masculló Ravezio, pero Zevander conocía bien a su amigo eremicio. Sabía que temía los castigos de los guardias y que le preocupaba que un día lo arrojaran al precipicio.

Los guardias lo asieron mientras el custodio se acercaba, escarbándose los dientes con una de sus largas uñas.

Desde hacía tiempo, a los eremicios los trataban como bestias inmundas. Aunque su piel escamosa, sus facciones más afeminadas y los signos ancestrales que les marcaban la piel eran cualidades que estaban bien vistas en las tierras desérticas, los guardias soláceos las consideraban aberrantes y repulsivas.

Ravezio se había puesto a toda prisa su andrajoso pantalón, que le caía por debajo de la cadera, y estaba entre los dos guardias, que lo tenían agarrado por los brazos extendidos con las manos enfundadas en guanteletes. Cuando se sentía amenazado, unas púas surgían de sus escamas y un pinchazo con una de ellas bastaba para matar a una persona en cuestión de diez minutos. No era un poder

mágico que pudiera inhibirse por medio de las bandas, sino una característica física de algunos eremicios.

—Dime una cosa, micio… —La palabra truncada se usaba como insulto, por lo que Ravezio tensó la mandíbula—. Cuando te tocas la polla…, ¿no se te caen esas escamas? —El custodio crispó el rostro mientras, a modo de demostración, se golpeaba un lado del puño con la palma de la otra mano, y los dos guardias que sujetaban a Ravezio se rieron.

—Dejadlo en paz —advirtió Zevander con la voz reducida a un leve gruñido mientras reprimía la rabia que le ardía en las entrañas. Era una temeridad, dado que el custodio lo detestaba tanto como al eremicio.

Este centró su atención en él y torció el gesto con desdén.

—Recuerda lo que te he dicho, chico. Basta una orden mía para que aplastemos la cabeza de tu padre como si fuera un puto melón.

—No pasa nada —terció Ravezio—. De todos modos, estos gordos estúpidos suelen acabar enseguida.

—Fíjate, qué actitud tan cortés y complaciente. Como la de una dama. —Con una risita, el custodio miró alrededor—. Me sorprende que ninguno de vosotros haya intentado tirárselo, con lo feos que sois. Seguro que está calentito por dentro, como el coño de una mujer.

Ravezio esbozó su sonrisa de suficiencia habitual.

—Al parecer has estado pensando mucho en eso.

El custodio soltó un bufido mientras se ponía un guantelete de acero y agitaba los dedos con una sonrisa. Cogió entre el pulgar y el índice una de las escamas del brazo extendido de Ravezio y tiró de ella con violencia para desprendérsela.

—¡Aaah, hijos de puta! —Rechinando los dientes, Ravezio se retorció, forcejeando contra las manos que lo retenían, mientras la

sangre que brotó de la herida goteaba al suelo—. Adelante, probadla. —Con una risita, lamió el espeso líquido rojo—. Os aseguro que está deliciosa.

Zevander apretó tanto la mandíbula que vio destellos tras los ojos cerrados. Cerró los puños con fuerza, imaginando que le aplastaba el cráneo al custodio, tal como este había amenazado con hacerle a su padre.

—Mirad cómo ríe —se burló el custodio—. Le encanta. —Agarró otra escama y la arrancó como la primera, haciendo estremecer a Ravezio, quien tenía el rostro tan contraído que no cabía duda de que el dolor le resultaba insoportable.

—No tengo familia en este lugar de mierda —gruñó Kazhimyr a su lado—. ¿Quieres reventarme la cabeza? Adelante. Cuanto antes me largue de aquí, mejor, pero te juro por los dioses que… —Se mordió la lengua, al parecer consciente de que, si terminaba la frase, habría consecuencias. Siempre había consecuencias.

—Como le arranques una sola escama más, te partiré todos los huesos. —Zevander completó la advertencia en nombre de su amigo.

El custodio irguió la espalda, con los ojos desorbitados.

—¿Me estás amenazando, chico?

—Joder —farfulló Kazhimyr junto a él.

Zevander tal vez acababa de sentenciar a su padre, pero aun así le sostuvo la mirada al custodio sin pestañear.

—No te gusta nada ver sufrir a tus amigos, ¿verdad? Pues a ver qué te parece esto: mañana por la noche —dijo el custodio señalando a Kazhimyr—, él peleará en el foso. Si gana, no volveré a ponerle la mano encima a tu putita miciana.

—No necesito que nadie luche por mí. —Con los orificios nasales dilatados, Zevander apretó los dientes para aplacar la rabia que le

subía por la garganta.

El custodio dejó escapar una risita.

—Vaya, pero qué bravucón estás hoy. —Con una sonrisa malévola, se quitó el guantelete—. Muy bien. Pues entonces pelearás tú. Ya tengo pensado el adversario ideal para ti.

Un órgodo, sin duda. Sin magia de sangre, casi todos los presos eran más débiles que aquellas bestias sanguinarias.

Sin embargo, algo no acababa de encajar y, cuando el custodio se acercó a Zevander y se arrodilló a su lado, a este se le erizó el vello de la nuca, al comprender el error que había cometido.

El custodio se inclinó hacia él. Su aliento olía a dientes podridos y a hidromiel rancio.

—Si ganas, tu padre morirá —susurró—. De manera dolorosa.

No era un farol, considerando las numerosas muertes horribles que Zevander había presenciado en la prisión.

—Que descanséis, chicos —dijo enderezándose—. Os vendrá bien, porque vuestras raciones van a reducirse.

11

Maevyth



Presente

Le enjugué la frente a Aleysia con un paño y suspiré al ver que eso no provocaba la menor reacción en ella. Lo mismo que el día anterior y el anterior a este.

Habían pasado casi cinco días desde que la habíamos sacado del sótano y yacía tan inerte como al principio, lo que me llevó a preguntarme a partir de qué momento debía asumir que quizá nunca despertase. ¿A partir de qué momento debía considerar que llevaba demasiado tiempo en ese estado como para seguir albergando esperanzas?

Solo nos quedaban alimentos para dos días más, si los racionábamos bien. Después de eso tendríamos que salir en busca de más.

La frustración me hervía a fuego lento en las venas mientras le pasaba el paño por las sienes y el rencor que sentía quedaba

patente porque no podía evitar mi mueca de rabia.

—Despierta, Aleysia. Deja de ser tan cabezota. —Me dejé caer en la silla que había arrastrado hasta el lado de su cama y apreté los dientes al verla sumida en un sueño tan profundo—. ¡El mundo se ha ido a la mierda y estamos aquí encerrados porque te niegas a volver en ti!

Cerré la boca con un chasquido y aparté la mirada de ella, con la ira ardiendo y agitándose en mi interior. Apretando el paño entre los dedos, cerré los ojos e imaginé que le asestaba una bofetada en un intento desesperado de despertarla.

Estaba recreándome en estos pensamientos tan crueles cuando se apoderó de mí un fuerte sentimiento de culpa.

—Perdóname. Estar metida en esta cabaña me resulta sofocante. —Por lo menos, si ella recobrara la conciencia, podríamos marcharnos de aquí, evaluar la situación en Foxglove o incluso más allá, y decidir adónde ir. La sensación de estancamiento me abrumaba—. Solo… Solo quiero largarme de este lugar. —Remojé el paño en la jofaina de agua tibia y le levanté el brazo para lavarle la axila.

Una marca extraña captó mi atención. Bajo su raída camisola, se traslucía una mancha negra en las costillas, junto a su pecho. Frunciendo el ceño, tiré un poco de la manga y dejé al descubierto una masa bulbosa grande como una manzana y negra como el azabache. En torno a ella resaltaban venas negras, como las del rostro de Zevander, pero más gruesas y cubiertas de una extraña textura áspera.

¿Señales causadas por el fuegoscuro, tal vez?

Al contemplarla me vino a la mente la historia que me había contado Zevander de cuando lo habían arrojado a las llamas siendo un bebé.

Alarmada, le di un tirón más fuerte a la tela y reparé en que las venas se extendían hacia la espalda. Cuando deslicé el dedo sobre una de ellas, la perturbadora sensación de que miles de abejas zumbaban bajo su piel me hizo retirar la mano de golpe.

«*Mátala ya*. —La voz de Morsana se coló en mi cabeza como terciopelo líquido—. *Te resultará más fácil. Sin ella podrás regresar a través del Valle Umbrío*».

«No. —Apretando los ojos, sacudí la cabeza—. Sal de mi mente. ¡Fuera!». Al abrirlos descubrí que había agarrado del cuello a Aleysia y noté un cosquilleo en las puntas ennegrecidas de los dedos, que le rozaban la piel.

Con una exhalación rápida y entrecortada, aparté la mano en el instante en que un destello me recorría la palma. Me temblaban todos los músculos del cuerpo, al comprender lo cerca que había estado de cometer una barbaridad.

«¿¡Qué estás haciendo!?».

Al mirarme las manos trémulas, recordé las palabras que Zevander había dicho hacía solo unos días: «la voluntad del portador».

¿Había sido voluntad mía matar a mi propia hermana?

Inspiré de manera irregular, aún alterada por lo ocurrido.

«No voy a matarla. No quiero matarla. ¡No es mi voluntad!».

—¿Me oyes? —murmuré para mí y para aquella presencia en mi interior que la percibía como una enemiga—. ¡No voy a matar a mi hermana!

—Maevyth. —El sonido de mi nombre pronunciado en un susurro atrajo mi atención y, con un jadeo, me incliné hacia ella, con cuidado de no tocarla.

—¿Aleysia?

Sus labios se movieron, emitiendo otro suave murmullo.

El corazón me saltó a la garganta de la emoción.

—¿Aleysia? —Asegurándome de no rozarla con la punta de los dedos, la sacudí con suavidad—. Aleysia, ¿me oyes? Estoy aquí.

Sonriendo, la observé con atención y un optimismo cauto por si realizaba algún otro movimiento leve.

—Vamos, di algo —susurré—. Estoy aquí. Por favor, abre los ojos y mírame. —Los segundos se convirtieron en minutos y empecé a preguntarme si de verdad la había oído hablar o si solo había sido otra vez la voz en mi cabeza.

Transcurrieron unos minutos más hasta que me percaté de que llevaba media hora con la mirada fija en su rostro, esperando ver por lo menos una pequeña contracción de un músculo.

¿Realmente había movido los labios o solo había sido una ilusión?

Un crujido de la madera al otro lado de la puerta ocasionó que me bajara un escalofrío por la espalda.

«No es más que el viento», me recordé, pues ya lo había oído susurrar entre la paja del tejado.

Aun así, me volví hacia la puerta del dormitorio.

—¿Zevander?

Hacía cerca de dos horas que había salido a cortar más leña, para aprovechar la claridad del día antes de que empezara a menguar. Estaba tan abstraída en mis pensamientos que había perdido la noción del tiempo.

Llevándome la mano a la nuca, donde notaba un picor persistente, me acerqué con sigilo a la puerta. Chirrió cuando la abrí y me asomé a la quietud del otro lado.

—¡Zevander! —grité, y como no respondió se me coló otro escalofrío bajo la piel.

«Tranquilízate», me reprendí.

Registré cada una de las pequeñas habitaciones aguijoneada a cada paso por el hormigueo en mis sentidos.

La capa de Zevander estaba colgada en el respaldo de una silla. Cuando la agarré, me sobresaltó el leve tintineo de algo que cayó del bolsillo al suelo. Con el entrecejo arrugado, me acerqué despacio y recogí un objeto deformado que recordaba el silbato que usaba para llamar a Raivox. El metal parecía haberse fundido y adoptado al enfriarse una forma totalmente distinta. Si lo reconocí fue solo gracias a los intrincados motivos grabados en la superficie.

¿Cómo había acabado en poder de Zevander?

Desechando estos pensamientos, me lo guardé en el bolsillo del pantalón y, después de envolverme en una manta y calzarme las botas, salí a la nieve.

—¡Zevander! —grité rodeando la cabaña. Seguí adelante en dirección al pequeño claro donde él había cortado leña unos días antes. Había unos tablones partidos dispersos por el suelo, pero ni él ni su hacha estaban por ahí—. ¿Zevander?

Escudriñé con la mirada la línea de árboles y, al avistar lo que parecía su camisa tirada junto al arco del Bosque Voraz, eché a andar a paso veloz hacia allí sobre la nieve endurecida que crujía bajo mis botas. Al recoger la camisa, vi unas pisadas al otro lado del arco y fruncí el ceño. Seguirlas sería una temeridad, pero tampoco podía dar media vuelta sin más. Quizá estuviese herido.

La imagen fugaz de la araña encima de él me vino de nuevo a la cabeza y la determinación me llevó a cruzar el arco de entrada y avanzar por el bosque en su busca.

Cuanto más me adentraba en la espesura, menos me llegaba la escasa luz que se filtraba entre las nubes, a causa de las nudosas ramas cubiertas de escarcha que se extendían sobre mi cabeza. Solo un poco de nieve atravesaba la enramada, lo que dificultaba aún

más la búsqueda de huellas en aquel mosaico hediondo de barro y vegetación en descomposición.

Del suelo se elevaba una neblina que despedía un olor a podredumbre aún más intenso que la última vez que había traspasado aquella inquietante frontera. Al percibir un zumbido, alcé la mirada y vislumbré a dos malvahadas revoloteando frente a mi cara, con la perversidad grabada en su rostro humanoide.

Criaturas infernales.

Levanté la mano y estuve a un pelo de atrapar a una de las bestezuelas con las puntas ennegrecidas de mis dedos.

—Como se os ocurra intentar morderme, reduciré a cenizas vuestro cuerpecito de palo.

Las malvahadas ladearon la cabeza e intercambiaron una mirada. En cuanto me abalancé hacia ellas, se alejaron zumbando. Con un suspiro de alivio, bajé la mano y miré cómo huían entre los árboles.

Reanudé la marcha, con la escarcha y las hojas secas crujiendo bajo mis suelas. Un objeto oscuro en el sotobosque captó mi atención, así que me detuve al pasar y vi los grotescos restos de un cuervo medio devorado. De su caja torácica emergió un extraño ciempiés negro cuya cara me recordó una calavera con las cuencas oculares hundidas. Hincó los afilados dientes en la carne descompuesta que colgaba de una costilla del pájaro. El ruido de succión que se oyó a continuación me provocó un escalofrío en el cuello y me alejé a toda prisa del cuervo para reanudar la búsqueda de Zevander.

El rastro de pisadas que se extendía frente a mí sobre el embarrado suelo del bosque me indicó que iba por buen camino.

—¡Maevyth! —La voz que sonó a mi espalda se parecía demasiado a la de Zevander. Giré sobre los talones y recorrí el follaje con la vista, atenta al más mínimo movimiento.

Nada.

—No respondas a tu nombre. —Me recordé a mí misma, aunque no tenía muy claro si en aquel momento eran mis ojos o mis oídos los que me engañaban.

Me centré de nuevo en las huellas. La voz me llamó de nuevo, pero, cerrando los ojos con fuerza, le hice caso omiso y seguí las pisadas. Cada paso me alejaba un poco más de la cabaña, hasta que me encontré frente a los espinos que formaban una barrera en torno al arco de entrada a Etiria.

Al otro lado estaba Zevander, de espaldas a mí, contemplando el resplandeciente portal.

Pasé por encima de las zarzas, sin preocuparme de que el pantalón se me enganchara en las espinas.

—Zevander…

No se movió. Mi torpe acercamiento no hizo que se volviera, como si no me hubiese oído.

Avanzaba con sigilo para salvar el espacio que nos separaba cuando me llegó un susurro a los oídos.

—*Te'igniret abysira. Te'igniret abysira. Te'igniret abysira. Te'igniret abysira* —repetía la frase frenéticamente con exhalaciones breves al tiempo que le brotaban unas vaharadas blancas de la boca.

Me aproximé con pasos silenciosos y vacilantes, lo suficiente como para ver la llama negra que titilaba en la palma de su mano. La extendió hacia la barrera que se alzaba ante él, que parpadeó y se onduló, pero no ardió hasta consumirse.

—Zevander, ¿qué haces?

De nuevo no obtuve respuesta.

Alargué la mano para asirlo del brazo, pero, antes de que pudiera pronunciar una palabra, se dio la vuelta de golpe y se dispuso a atacarme con el hacha que empuñaba en la otra mano, la

cual yo no había visto.

—¡Zevander! —Levanté el brazo para cubrirme la cara, como si eso fuera a protegerme del afilado y reluciente borde del arma.

Me clavó los ojos, oscuros y atormentados, con una intensidad salvaje.

—Zevander, soy yo, Maevyth. —Conseguí mantener un tono más sereno del que creía posible, considerando el temblor que notaba en la garganta.

Juntó las cejas y sus pupilas negras se encogieron al tiempo que su mirada se tornaba más penetrante. Con un gesto de horror, miró el hacha que sujetaba en la mano. Soltando un gruñido, la tiró a un lado, se abalanzó hacia mí y me tomó de los brazos para atraerme hacia sí.

—Malditos sean los dioses. —Me estrechó contra su cuerpo y sentí la calidez de su piel, a pesar del frío, pero le temblaban los músculos. Agarrándome por los hombros, se apartó y me mantuvo sujeta con los brazos extendidos mientras me escudriñaba con ansiedad —. ¿Te he hecho daño? No te he atacado, ¿verdad?

—No, estoy bien. —Salvo por la sensación gélida que aún tenía alojada en el pecho.

—Gracias a los dioses. —Relajó los músculos, aliviado, y me soltó. Se pasó la mano por la cara y luego la apoyó en la cadera.

—¿Qué haces aquí?

—Estaba cortando leña cuando me ha parecido oír algo. —Volvió la vista hacia el bosque con el entrecejo arrugado—. Lo último que recuerdo es que me encontraba frente a la entrada del bosque.

Se me tensaron las facciones del esfuerzo por dominar la inquietud que se adueñaba de mí.

—Repetías una y otra vez «te'igniret abysira». ¿Qué significa eso?

Su expresión de angustia se ensombreció aún más.

—Es una frase en primyriano. Significa «redúcela a cenizas».

Dirigí la vista hacia el arco.

—¿Reducir a cenizas la barrera? ¿Eso es posible?

—Al parecer, no. Y menos mal. —Desvió los ojos, con la mirada perdida—. Qué raro. Ni siquiera recuerdo lo que estaba haciendo hace un momento. —Tras contemplar la barrera durante un minuto entero, se volvió de nuevo hacia mí y recorrió con la mirada de arriba abajo mi cuerpo envuelto en la manta—. ¿Y tú qué haces aquí?

—Aparte de fijarme en que apenas llevas ropa, quería decirte que ha habido progresos con Aleysia.

—¿Ha vuelto en sí?

—No, pero me parece haberla oído decir mi nombre. —Expresada en voz alta, la noticia resultaba bastante menos impactante, como confirmó el gesto ceñudo de Zevander.

—Te parece… ¿No estás segura?

—Todo ha sucedido muy deprisa. Ha sonado como si me llamara…, pero después ha vuelto a quedarse inmóvil, así que me ha entrado la duda.

Pensativo, se frotó la nuca con la mano, como si no se le hubiera pasado la tensión.

—Es posible que el hechizo esté perdiendo fuerza.

—Sí. —Mi semblante debió de reflejar la lucha que aún se libraba en mi interior.

—Eso es bueno. Un avance.

—Lo es.

Ladeó la cabeza, lo que atrajo mi atención.

—Entonces esa cara de preocupación por quién es, ¿por ella o por mí?

—Por los dos, en cierta medida, pero… —Volví a dudar si decírselo, por temor a que le restara importancia o me acusara de haber perdido la cabeza—. Algo me… está presionando.

—¿En qué sentido?

—¿Recuerdas que te hablé de una voz, la de Morsana? —Asintió, así que proseguí—: Tengo presente lo que dijiste sobre la voluntad del portador, y lo encuentro lógico. Pero he estado a punto de matarla, Zevander. Casi la convierto en polvo, como a Elowen.

—Como te dije, tu magia está ligada a la oscuridad. Pero tu voluntad sigue siendo tuya.

El miedo a esto era precisamente lo que me oprimía las costillas.

—¿Y si mi voluntad es matarla?

—En ese caso, no sospecharía de ti, sino de Aleysia. ¿Qué es lo que percibes en ella que pone en guardia tu instinto?

—No lo sé. Supongo que no lo sabré hasta que despierte. Pero hoy he descubierto una cosa. —Señalé una zona aproximada de mi cuerpo con un gesto vago—. Tiene un bulto extraño en el costado, rodeado de venas negras, como las tuyas, pero peores. Es un síntoma de tu maldición, ¿verdad?

—Hasta donde yo sé, sí.

—¿Es posible que esté maldita también?

—La mía es una maldición por fuegoscuro. Un mortal no sobreviviría a algo así.

Exhalé un suspiro silencioso, aunque no sabía si era de alivio o de decepción.

—Entonces tal vez no sea lo mismo. El parecido me ha llamado la atención. Por cierto, ¿la tuya ha empeorado?

Con un surco en el entrecejo, se llevó la mano a la cicatriz, como avergonzado por ella.

—Se está extendiendo. Es lo que ocurre cuando paso mucho

tiempo sin vivicanto.

—¿Es una manifestación física de la abstinencia?

—Supongo que sí. —Extendió la mano—. ¿Me pasas mi capa? Hace bastante frío.

—Claro. —Di unos pasos hacia él y, tras entregarle tanto la camisa como la capa, le retiré con delicadeza la mano con que se tapaba la cicatriz—. Estás igual de apuesto que antes.

Frunció los labios.

—Pues siempre me ha venido bien para ahuyentar a la gente.

—No es por la cicatriz, Zevander, sino por cómo actúas, como si todo aquel que te mirase fuera a convertirse en piedra.

—Es una marca de debilidad evidente.

—Qué va. Es de supervivencia. De resiliencia. —Cuando le posé la palma en el pecho, noté que contraía el músculo ligeramente—. Es la marca de un bebé al que arrojaron al fuegoscuro y sobrevivió para convertirse en un feroz asesino al servicio del rey.

Bajó la vista a mis labios y no me hizo falta leerle el pensamiento para saber qué deseaba.

Me puse de puntillas y le besé, primero la cicatriz y luego los labios. Cuando me aparté, su ardiente mirada me provocó un anhelo insoportable en el pecho.

—Ahora que hemos aclarado ese asunto, ¿por qué llevabas mi silbato en el bolsillo?

El brillo voraz de sus ojos tardó unos instantes más en atenuarse.

—Me lo encontré en el sótano del castillo, cuando te buscaba. —Se puso la camisa por encima de la cabeza, con lo que me ocultó su pecho desnudo, por fortuna—. Estaba en el suelo, junto a Akmyrios. Me acordé de que lo llevabas durante la Ceremonia del Devenir.

—Parece haberse fundido. Me imagino que habrá quedado

inutilizable.

Cerró los dedos y los volvió a abrir y, cuando lo dejé caer sobre su palma, lo miró frunciendo el ceño, hasta que de pronto una llama negra brotó de su mano con un chasquido. Apretó el puño con fuerza y lo agitó hasta extinguir la llama.

—¡Me cago en los siete infiernos!

—¿Qué ha pasado?

—No la he invocado. No entiendo qué acaba de pasar. —Cuando abrió la mano, lo que quedaba del silbato había adoptado la forma de esfera plateada perfecta—. Por todos los dioses… —farfulló.

—¿Qué es?

—Una piedra de sangre. —La fascinación que destilaba su voz despertó a su vez la mía—. El fuegoscuro no convierte el metal en piedra de ese modo. Lo funde, sin más. ¿Para qué servía ese silbato?

—Para llamar a mi… pájaro.

—Así que era un reclamo para aves.

—Supongo que ahora no servirá para llamar a nadie.

—Lo siento —dijo devolviéndomelo.

La superficie seguía estando caliente cuando me lo guardé en el pantalón.

—¿Me estás diciendo que esto está hecho con sangre? ¿Sangre plateada?

—Nunca había convertido nada en piedra de esa manera. —Hizo un gesto con la cabeza—. Volvamos a la cabaña —dijo recogiendo el hacha que había tirado a un lado.

Cuando emprendimos el regreso, se coló en mi mente la imagen de él blandiendo esa hacha ante mí.

—Sigues conmigo, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—Antes, cuando empuñabas el hacha…, se te ennegrecieron los

ojos. Estoy segura de que no eras tú quien me miraba. —Un rápido vistazo me reveló que tenía el entrecejo tenso y el rostro encendido de vergüenza—. Quizá debamos poner alguna medida de seguridad.

—¿Qué sugieres?

—Una frase o un gesto de la mano tal vez… A veces, cuando me entraba miedo, enlazaba el dedo con el de Aleysia.

—¿Te doy miedo yo?

El entorno en el que nos encontrábamos desde luego no me ayudó a reprimir los escalofríos que sentía mientras desandábamos el camino, haciendo crujir bajo nuestras botas la vegetación podrida y los huesos dispersos por el suelo del bosque.

—Me entra miedo cuando no estás conmigo. Por eso necesito poder confirmar que no estás perdido en tus pensamientos.

Soltó un gruñido y le dio una patada a lo que parecía un cráneo humano, que salió despedido hacia el tronco de un árbol que se alzaba frente a nosotros. El ruido del hueso al hacerse añicos con el impacto interrumpió el silencio que nos rodeaba.

—Nos sería útil saber dónde encontrar la veta que mencionó Anatolis.

—¿Por qué?

—Las piedras blancas que viste son de vivicanto puro.

—¿Las piedras…? —Me paré en seco y lo agarré del brazo: se me había ocurrido una idea—. Moros… Tal vez él tuviese algunas. Su casa está en el pueblo.

—¿Muy lejos?

—A poco más de cuatro kilómetros.

—Corriendo tardaría algo más de una hora en ir y volver, aunque encontrarlas podría llevarme medio día. —Emitió un bufido de disgusto—. Es demasiado tiempo para que te quedes sola aquí.

—Pero sería útil.

Dejó la mirada perdida durante un momento, como planteándose la idea, pero luego sacudió la cabeza.

—Dices que Aleysia ha pronunciado tu nombre. Quizá vuelva en sí pronto. No te dejaré sola hasta que esté seguro de que no intentará hacerte daño.

No me hizo falta decir las palabras que me bullían en la mente en ese momento, pues bajó los ojos y juntó las cejas en una expresión tensa.

—Yo jamás te haría daño.

—Sí, ya sé que tú no serías capaz, pero, hace un momento, cuando te has quedado como en trance, era otro ser el que me miraba. Y no sé cuáles eran sus intenciones. —Suspiré—. Démosle un día más, a ver si despierta. Si no, por favor: ve a buscar el vivicanto que necesitas.

12

Kazhimyr



Oculto por la oscuridad de la noche, el caballo de Kazhimyr galopaba hacia el castillo de Eidolon, con Ravezio a corta distancia tras él, espoleando cada vez más a su montura. Con el barullo de la revuelta y con la desaparición del príncipe, escabullirse del castillo había resultado mucho más fácil de lo que se esperaba Kazhimyr. Los soldados iban corriendo como locos de un lado al otro, ya que había fuegos que sofocar, y los brujos del rey estaban desaparecidos, así que Ravezio y él habían podido abrirse paso hasta los establos, donde habían tomado dos caballos y habían pasado por delante de las narices de los guardias sin mayores incidentes.

Mientras cabalgaba, no podía apartar la mirada de las figuras oscuras que entraban en el tenebroso desfiladero, a lo lejos. De vez en cuando, algún brillo dorado o plateado los identificaba como soldados soláceos y nyxterios, que probablemente no se habrían enterado aún del secuestro de su príncipe.

Posiblemente fueran la media docena que el capitán Zivant había enviado a por Dolion.

No debían de llevarles mucha ventaja si Kazhimyr ya los había alcanzado. Daba la impresión de que ellos aún no los habían visto; de lo contrario, habrían ido ya a por ellos.

Kazhimyr curvó la mano y la extendió, manteniéndola todo lo estable que pudo, teniendo en cuenta el movimiento del caballo. Con la esperanza de no estar demasiado lejos, lanzó un chorro de polvo de hielo sobre la superficie de la ciénaga. Tuvo que esperar a oír el eco de los improperios y maldiciones en el desfiladero para saber que había apuntado bien. Y lo confirmó cuando vio que los soldados ya no avanzaban por el pantano porque el agua helada había congelado las patas de sus monturas.

Kazhimyr espoleó a su caballo y agarró las riendas con fuerza, y ambos salieron disparados, cabalgando a campo abierto, en dirección a ellos. Vio a los seis jinetes ocultándose tras sus caballos, que emitían agudos relinchos de desesperación mientras trataban de liberarse del hielo.

Una flecha pasó silbando junto a la oreja de Kazhimyr, que se agachó tras el cuello de su caballo.

—¡Parece que nos han encontrado! —gritó volviéndose hacia Ravezio.

—¡Esos bastardos no serían capaces de dar en el blanco ni aunque su vida dependiera de ello! —respondió Ravezio, provocando una sonrisa en su camarada.

—Tanta práctica para nada —dijo Kazhimyr.

Cuando este pasó junto a un árbol, cayó un rayo que lo partió en dos, desprendiendo astillas, lo que hizo que los caballos se encabritasen y lo obligó a agarrar las riendas con más fuerza para que su montura siguiese por el camino. Soltó un gruñido, espoleó al

caballo y aceleró el paso. Siguieron cayendo flechas, así que Kazhimyr movió el cuerpo sobre la silla para esquivarlas, hasta que una punta afilada le rozó el brazo.

Uno de los soldados encajó la siguiente flecha en el arco y apuntó, pero, antes de que pudiese dispararla, Kazhimyr lanzó otro chorro de su gélida niebla blanca. La flecha cayó al suelo al tiempo que al soldado se le desprendían los brazos del torso, congelados, y estallaba cada una de las células de su cuerpo.

El aire vibró con una extraña ráfaga de calor y Kazhimyr tiró de las riendas con fuerza, haciendo parar al caballo a un lado, justo a tiempo para evitar un rayo que impactó en el suelo frente a ellos. Frenó lo suficiente como para poder saltar al suelo y levantó la palma de la mano, en la que aparecieron tres afilados cristales de nieve. Con la vista puesta en su objetivo, el soldado que había disparado la flecha que le había rozado el hombro, extendió la mano y lanzó los tres cristales, que cortaron el aire. Antes de que el soldado pudiera volverse siquiera, uno de ellos se le clavó en la frente. Su cuerpo se sacudió, la cabeza se le inclinó ligeramente hacia atrás, mientras sangraba por la nariz, y acabó de rodillas. Otro cristal le rebanó la oreja y el tercero se le clavó en la garganta. El soldado cayó de bruces al suelo, rodeado de un charco de sangre que se iba haciendo cada vez más grande.

Ravezio, que también había desmontado, se adelantó, con sus escamas endurecidas, protegiéndolo de la lluvia de flechas. Kazhimyr fue tras él, acelerando el paso para alcanzarlo.

Los otros cuatro soldados salieron corriendo hacia las oscuras montañas que se alzaban a ambos lados, resbalando sobre el hielo, que empezaba a fundirse.

Kazhimyr desenfundó una de sus dagas e hizo una mínima pausa antes de lanzarla a lo lejos. La hoja se clavó en el brazo derecho de

su objetivo, justo por debajo de la hombrera de la armadura, y el soldado soltó un grito y se desplomó sobre el hielo. Los otros tres soldados siguieron ascendiendo por la escarpada ladera, sin molestarse siquiera en volverse a mirar a su compañero caído.

Ravezio llegó a la altura del primer soldado abatido y le dio la vuelta, poniéndolo bocarriba. En unos segundos cruzaron la mirada y el soldado cayó presa del hechizo del letalisz. El nyxterio, envuelto en una armadura plateada, fue petrificándose poco a poco: el color gris moteado avanzó despacio desde sus botas hasta su rostro, en el que quedó grabada una mueca de pura agonía.

—Mierda —exclamó Ravezio—. Tenía que haberle quitado antes el cuchillo.

Tiró un poco del mango, pero no pudo sacar el arma, encajada en el cuerpo petrificado.

Kazhimyr se rio por la nariz y siguió tras los pasos de los otros tres, jadeando por el dolor que aún le producían las lesiones que le había infligido el capitán Zivant.

Uno de los soldados se dio la vuelta y levantó la mano, haciendo crepitar el aire. Al sentir aquel calor conocido en contacto con su fría piel, preludio de un ataque, Kazhimyr se apartó de un salto, pegándose a la pared justo en el momento en que el rayo impactaba contra el suelo en el punto en que se encontraba solo unos segundos antes. El suelo vibró y se desprendieron unas cuantas rocas que cayeron por la ladera de la montaña hasta estamparse contra el hielo.

Kazhimyr extendió la mano para invocar los poderes más arcanos que le habían enseñado a usar y absorbió la energía del rayo, dirigiéndola hacia su mano. Un calor como de hierro fundido le hizo hervir la sangre y, al sentir cómo se combinaba con sus propios poderes mágicos, soltó un gruñido. Dio un paso atrás y alargó la

mano, lanzando un chorro de hielo hacia el soldado.

La armadura dorada del soláceo apenas ofreció resistencia al afilado chorro que le atravesó el pecho, lanzándolo hacia atrás y aplastándolo contra la roca. Unos fragmentos de piedra y polvo cayeron en torno a su cuerpo inmovilizado.

Ravezio pasó a su lado sin detenerse y siguió ascendiendo en busca de los últimos dos soldados mientras Kazhimyr se acercaba al que había quedado colgado de la estaca de hielo que le atravesaba el pecho. Le goteaba sangre por la barbilla y, al toser, sangraba aún más por las comisuras de la boca.

Kazhimyr se lo quedó mirando y ladeó la cabeza. A pesar de que tenía el rostro ensangrentado, lo reconoció y le vinieron a la mente unos recuerdos fragmentados.

La superficie fría de un bloque de cemento contra la columna. Las manos atadas sobre la cabeza. El sabor agrio del cuero en la lengua y la baba cayéndole por la comisura de la boca, con un bocado como el de las riendas de caballo apretado entre los dientes. El brillo anaranjado de un hierro candente. El corazón latiéndole desbocado en el pecho.

«¿Dónde está? —le preguntaba el soldado, de pie a su lado —. ¡¿Dónde está la mujer que te ha contratado?!».

«No lo sé —masculló él a través de su mordaza—. Solo sé su nombre de pila. Lo juro».

La carne crepitando al contacto con el hierro candente.

Chillidos. Sus propios chillidos, golpeando contra las paredes de su pecho, en un grito desesperado de dolor.

—¿Te acuerdas de mí? —dijo Kazhimyr bajando la cabeza aún más para que el guardia pudiera mirarlo de frente—. ¿Recuerdas

quién soy? —El guardia negó con la cabeza, con un jadeo sibilante —. Claro que no. Tal vez no fuera más que uno de los muchos jovencitos a los que castigabas. —Kazhimyr pasó el dedo por el extremo más grueso del carámbano que atravesaba al soldado, probablemente por el corazón—. En esa época estaba indefenso.

La respiración del hombre era como un murmullo áspero.

—Podría ser compasivo y darte una muerte rápida —dijo Kazhimyr con frialdad—. Un chorro de hielo y reventarías como un grano de pus. Ni siquiera te darías cuenta. O podría dejarte aquí, sufriendo, todo el tiempo que tarde en llegarte la muerte.

—Po… por… favor —consiguió articular entre jadeos—. Hazlo… rápido.

Kazhimyr respiró hondo y suspiró.

—No. —Rio entre dientes y, al notar que algo se le acercaba por detrás, se volvió y vio dos ojos de un blanco lechoso mirándolo a unos metros de distancia. Cuerpo robusto, nariz chata: un boggyr.

—Por los huevos de Castero…, mira lo que aparece por aquí. Tiene pinta de tener hambre. Probablemente lleve una buena temporada sin comer nada decente.

El soldado gruñó y tosió, salpicando de sangre las ropas de cuero de Kazhimyr.

—¿Dónde está el príncipe Dorjan?

—No… lo sé.

—No me lo creo. —Se oyó un rugido entre la maleza y, al darse la vuelta, Kazhimyr vio al boggyr avanzando lentamente a cuatro patas.

—Por… favor —gimoteó el soldado—. Má… tame.

—¿Dónde está el príncipe Dorjan?

—¡Te… digo… la ver…! —Una bocanada de sangre le cayó por la barbilla y no pudo acabar la frase.

—¿De verdad? —Kazhimyr miró por encima del hombro y vio al boggyr acercándose.

—¡No… lo sé!

—Es una pena. Creo que a los boggyrs les gusta empezar por la carne que tienen a la vista y luego van abriéndose paso por debajo de la armadura, comiéndote las entrañas.

El soldado soltó un gemido angustioso.

—Te juro… que nadie… me dijo nada… del príncipe.

—Entonces parece que estoy perdiendo el tiempo —dijo Kazhimyr, y reemprendió la marcha en busca de Ravezio.

—¡No…, espera! ¡Por favor!

Los chillidos resonaron en el desfiladero, a su espalda.

Kazhimyr empujó las pesadas puertas, que se abrieron con un crujido, dando paso al oscuro vestíbulo de Eidolon. Un frío penetrante flotaba en el aire y sus botas resonaban al golpear las gélidas piedras del suelo. El castillo nunca había sido un lugar cálido y acogedor, pero al menos las velas y los candelabros le habían dado algo de vida en el pasado. En cambio, en esos momentos, allá donde mirara solo encontraba sombras y un silencio siniestro.

La luz del exterior le permitió ver los faroles que habían quedado sobre una consola, así que Kazhimyr se dirigió hacia allí. Usando unas cerillas que encontró en un pequeño frasco de vidrio, los encendió y las temblorosas llamas arrojaron sombras en la pared.

No había notado la vibración que siempre sentía en los músculos al contacto con el hechizo protector que rodeaba el castillo. Y, aunque los dracos que rondaban por los alrededores del castillo solían mostrarse dóciles con los dos letalisz, esa vez prácticamente se les habían echado encima, y quizá los hubieran devorado de no

ser porque Ravezio había conseguido llevarlos de vuelta a los establos, donde se guardaba la comida. Estaba claro que hacía días que no comían.

Kazhimyr recorrió la primera planta del castillo buscando a Magdah, a Vendryck y a Rykaia, que podrían estar por allí, pero todas las estancias que registró se encontraban vacías.

Se dirigió a las mazmorras del castillo en busca de Dolion, pero no halló ni rastro del brujo. Cuando había recorrido ya todas las celdas, se encontró con Ravezio, que se presentó con un farol en la mano.

—No hay nadie en los pisos superiores —dijo—. He mirado en el despacho de Zevander: allí tampoco hay ni rastro de él.

—¿Dónde narices se han ido todos?

Un golpetazo a su izquierda hizo que ambos letalisz se dieran la vuelta y vieran la trampilla en el suelo.

—¿Piedra, papel o tijera? —bromeó Ravezio agitando la mano.

Kazhimyr soltó un gruñido de resignación.

—Ya voy yo.

Se dirigió a la pequeña alcoba contigua y cogió la llave de la pared. Se arrodilló junto a la trampilla, metió la llave en la cerradura y la abrió de golpe, echándose atrás por si le saltaba algo encima.

—¡Oye! ¿Eso qué es? —exclamó Ravezio señalándole el hombro, y Kazhimyr se sacudió la hombrera con desesperación, pero su compañero se echó a reír.

—Capullo —gruñó Kazhimyr frunciendo el ceño, y se estiró para descolgar el espejo de la pared. Volvió a arrodillarse junto al agujero, bajó el espejo y lo orientó hacia el interior, pero no vio más que una enorme cantidad de telarañas tendidas de una pared a la otra—. ¿Estás ahí, Branimir?

No hubo respuesta.

Kazhimyr ladeó el espejo, usándolo para escrutar las sombras, y se encontró con cientos de ojos que le devolvían la mirada. Aunque las arañas nunca le habían dado miedo, sabía el daño que podían llegar a hacer aquellas si se lo proponían.

—Nos hemos encontrado con soldados que venían hacia aquí. Sospecho que iban a por Dolion y a por tu hermana.

Al principio no hubo ningún movimiento; luego, una de las arañas se dirigió hacia el espejo. Era una bestia monstruosa; Kazhimyr calculó que podría devorarlo en dos bocados.

—¿Alguna idea de adónde se han ido? —preguntó observando a la bestia acercarse.

—¿Y por qué me iba a molestar en decíroslo? —respondió una voz grave y rasposa desde un rincón oscuro del subterráneo.

—Irán a por ellos, y a por tu hermano. De hecho, te aconsejo que tú también te vayas. El capitán tardará unos días en darse cuenta de que sus hombres han muerto, pero, cuando lo haga, enviará más.

La araña iba acercándosele cada vez más.

—No me voy a ir de mi casa.

—No te perdonarán la vida.

—Tampoco tenían ninguna intención de hacerlo la última vez —dijo con un tono divertido que resultó más bien siniestro.

—Ravezio y yo podemos encargarnos de que los que persiguen a Dolion y Rykaia no les sigan el rastro.

Antes de que Kazhimyr pudiera detectar el movimiento, la araña saltó desde el agujero y lo derribó, haciéndolo caer bocarriba. El letalisz desenvainó la espada a la vez que la araña se le encaramaba, mirándolo fijamente y con los colmillos justo encima de su rostro.

—¿Y, ahora, también puedes? —preguntó Branimir soltando una

risita burlona.

Ravezio se echó adelante, pero Kazhimyr levantó una mano, frenándolo.

—Pues mátame si quieres —le dijo a Branimir—. Le juré a tu hermano que daría mi vida por tu familia y estoy dispuesto a cumplir con mi juramento, cualquiera que sea la amenaza que se cierna sobre vosotros.

Se hizo el silencio y Kazhimyr se quedó inmóvil mientras una gota de líquido transparente caía desde el extremo de los colmillos de la araña hasta el suelo, a su lado, donde chisporroteó.

Veneno ácido.

Sin previo aviso, la araña retrocedió correteando y volvió a colarse en el agujero.

—Calyxar —dijo Branimir con un gruñido profundo.

Kazhimyr se incorporó en el suelo y soltó un suspiro tembloroso al tiempo que se pasaba una mano por el rostro.

—Malditos arácnidos.

—Esta vez no cierres con llave —dijo Branimir—. Esperaré la llegada de nuestros visitantes no deseados.

Ravezio empujó la trampilla con la bota y le tendió la mano a Kazhimyr para ayudarlo a ponerse en pie.

—Calyxar. ¿Sabes lo imposible que es conseguir un pasaje hasta allí?

—Conozco a un hombre en Susurria, un marino mercante retirado. Nos puede conseguir papeles. —Se decía que los controles de entrada a Calyxar eran los más estrictos de toda Etiria. Los elvynirios no eran nada acogedores, y menos aún lo serían con dos matones como Kazhimyr y Ravezio. Para visitar la isla, había que estar perfectamente identificado y se necesitaba un permiso real. Y, dadas las circunstancias, no iban a poder lograr ninguna de esas dos

cosas de forma legal.

—Nos llevan dos días de ventaja. Yo supongo que habrán ido a Wyntertide, en vista de que lady Rydainn tenía familia allí.

—Tardarán seis días en llegar a la costa a caballo. —Kazhimyr colgó de nuevo la llave y el espejo en la pared—. Nosotros podríamos zarpar desde la bahía de Qu'brysia y llegaríamos prácticamente al mismo tiempo. El puerto principal estará atestado de gente, pero deberíamos encontrarlos.

—Deberíamos.

—Si no, siempre podemos volver aquí y ver cómo se alimentan las arañas con los soldados, supongo.

—Suena divertido —dijo Ravezio encogiéndose de hombros.

13

Maevyth



De vuelta a la cabaña, fui corriendo a la habitación de Aleysia a ver cómo estaba y observé que no había cambiado de posición.

«Maldita sea».

—¿Nada? —preguntó Zevander desde el umbral, y yo negué con la cabeza muy seria. Quizá fuera cierto que eran imaginaciones mías y, en realidad, no había pronunciado mi nombre.

—¿Dónde tiene ese bulto del que hablabas, el de las venas negras?

En cualquier otra ocasión, me habría preocupado proteger la dignidad de Aleysia, pero le levanté el raído vestido lo justo para dejar al descubierto las venas marcadas y el bulto tumefacto que tenía en el torso.

—Se parece un poco, ¿no? Aunque algo más áspero. —Se arrodilló al borde de la cama para examinarlo más de cerca, pero sin tocarlo—. No es posible que haya estado expuesta al fuegoscuro y que haya sobrevivido.

—¿Y tú estás seguro de que la cicatriz de tu rostro fue producto del fuegoscuro?

—Por supuesto que no. La tengo desde que era un bebé, así que solo sé lo que me contaron. Mi padre preguntó a brujos de toda Etiria para intentar determinar la causa.

—¿Y confirmaron el vínculo con el fuegoscuro?

Zevander suspiró y se volvió hacia mí.

—Si mi padre hubiera confesado que me habían sometido al ritual de la Forjaoscura, habría sido motivo suficiente para que lo ejecutaran. Y también a mí. No, nunca se lo pudieron confirmar.

—Entonces es posible que la causa sea la misma.

—Supongo que todo es posible. —Se puso en pie y señaló a Aleysia con un movimiento de la cabeza—. Aunque parece que lo suyo está mucho más avanzado.

Le bajé el vestido a Aleysia y volví a cubrirla con las mantas.

—Es curioso… No parece que esté contagiada, como los otros seres que he visto. Esto debe de ser el motivo de que siga inconsciente. Decías que el vivicanto evitaba que tu marca se extendiera. ¿No funcionaría también con la de Aleysia?

—Estás haciéndome preguntas para las que no tengo respuesta. Eres la primera mortal que conozco, y aun así resulta que tienes raíces etirias.

De pronto se me ocurrió una cosa.

—Esos episodios que has sufrido…, ¿hacen que te sumerjas en la caligorya? Me preguntaba…, si sufrís el mismo mal, quizá Aleysia sea…

No acabé la frase, viendo que él meneaba la cabeza.

—Para entrar en la caligorya, hace falta magia de sangre. Es un uso subconsciente de la magia para el que también es necesario el vivicanto. Supongo que es lo único bueno que tiene estar pasando

abstinencia…, que no puedo adentrarme fácilmente en la caligorya.

Volví a mirar a Aleysia.

—Hace días que estamos aquí y las bestias no nos han atacado. Quizá debamos aventurarnos a entrar en casa de Moros. No me gusta la idea de dejarla sola, pero tardaremos menos si buscamos esas piedras entre los dos. Y, si el vivicanto la ayuda a despertar, a curarse de la infección, habrá valido la pena.

—Me sentiría mejor teniéndote a mi lado que dejándote aquí a solas, eso seguro.

—Mientras no lleves un hacha contigo… —Pese a que pretendía ser un comentario gracioso, en el momento en que dije aquellas palabras, Zevander bajó las cejas, por lo que me arrepentí de haberlo hecho—. No me hiciste nada —añadí antes de que pudiera decir lo que se le estuviera pasando por la cabeza.

—Lo que me preocupa es que no fuera capaz de reconocerte inmediatamente.

—A mí también. —Su mirada atormentada me impactó, así que le cogí la mano, intentando recuperar su atención—. Por eso es esencial que encontremos el vivicanto que necesitas. Esperaremos un día más, a ver si Aleysia se despierta. Si no lo hace, al amanecer nos vamos. —Con una media sonrisa, le apoyé una mano en la mejilla—. Estos episodios son algo temporal. Encontraremos el vivicanto y te pondrás bien.

Levantó las cejas por un momento.

—Veré si consigo cazar algo mientras tanto —dijo, y cuando quiso apartarse, le agarré el brazo con más fuerza.

—No voy a abandonarte, Zevander. Sea lo que sea lo que te esté pasando, estoy contigo.

Con los labios tensos, volvió a asentir y me levantó la mano para besarla. Su habitual ceño fruncido se volvió aún más intenso y, poco

a poco, me bajó la mano, apartándola de su rostro.

Seguí su mirada hasta el suelo, donde había una extraña marca bajo la cama. En los tablones se veían unos profundos surcos negros, como arañazos hechos por algún animal con garras.

Se puso de rodillas y pasó el dedo por encima de una de las marcas.

—Anteanoche vi unas marcas como estas en el sótano, aunque pensé que serían de algún extraño animal de esta zona.

Una sustancia negra se le quedó pegada a los dedos y, en el momento en que se la limpió con las sábanas, caí en la cuenta de que Aleysia también tenía algo oscuro en los dedos.

Intrigada, le levanté la mano y vi la sustancia negra que tenía bajo las uñas. Sentí un escalofrío en la nunca y dejé caer su mano en la cama.

—Lo tiene bajo las uñas. ¿Esto lo ha hecho ella?

Zevander levantó la mano de mi hermana y observó la punta de sus dedos.

—Eso parece, solo que…, imagina cómo tendrías los dedos después de dejar esos arañazos en la madera. —Tenía razón. De haber sido ella, tendría los dedos ensangrentados, la piel levantada y las uñas rotas de la presión—. He cerrado la puerta con llave todas las noches, pero sugiero que además la atemos a la cama. —El conflicto emocional que flotaba en mi mente debía de reflejárseme en el rostro, porque enseguida añadió—: Solo como medida de seguridad.

—Lo entiendo. Si ha sido ella, no quiero pensar el daño que podría hacerse.

—Y, si no es ella, quizá debamos considerar buscar refugio en otro lugar. Tal vez en el pueblo.

Yo no estaba muy convencida. No sabíamos cómo estaban las

cosas en el pueblo… Pero, aun así, asentí.

Después de atarla a la cama con unas cuerdas que encontré en el establo vacío junto a la cabaña, Zevander registró hasta el último rincón de la pequeña casa en busca de cualquier huella de lo que fuera que hubiera dejado esas marcas, incluido el pequeño sótano, pero no encontró más que escarabajos y unas cuantas arañas que enseguida se le subieron a la mano y tuvo que devolver a sus telas.

Ya estaba casi anocheciendo cuando me senté junto al fuego para ordenar mis pensamientos mientras Zevander hacía su habitual ronda de vigilancia por el perímetro. De pronto noté un calor en el muslo; al palparlo advertí un pequeño bulto bajo los pantalones. Metí la mano en el bolsillo y saqué la piedra plateada que en otro tiempo había sido mi silbato. Al levantarla con los dedos ennegrecidos para examinarla, la piedra se calentó cada vez más hasta que empezó a deshacerse, convirtiéndose en plata fundida.

—¡Oh!

Agité la mano y contemplé horrorizada cómo la plata se me quedaba pegada a la piel. El líquido se me extendió por la palma, como si tuviera voluntad propia. Ahogué un grito y sacudí la mano aún con más fuerza mientras el líquido ardiente se extendía por mi muñeca en dirección a la cicatriz que me había dejado en el antebrazo la herida que me había hecho en el arco de huesos tantas semanas atrás. Se me coló en las minúsculas hendiduras, creando unas líneas perfectas, como las barbas de la pluma de un pájaro.

Presa del pánico, intenté quitármela de encima con la mano.

—¡Oh, no! —murmuré—. Sal de mí, sal de mí…

Froté con más fuerza, irritándome la piel de la zona de tanto rascar, pero la mancha plateada no se iba.

Noté una quemazón en la palma y, al levantarla, vi un nuevo glifo brillante: una compleja maraña de símbolos minúsculos en forma de pájaro con las alas extendidas. Me quedé observándolo con la mano temblorosa, preguntándome si su finalidad tendría que ver con el silbato o si sería pura coincidencia. Sentí un picor en la garganta y me llevé la mano al cuello. Intenté carraspear, pero se me escapó un gorjeo.

Me tapé la boca con la mano, temblando de la cabeza a los pies. Retiré la mano e intenté hablar. Una vez más, solo pude emitir un chillido, así que volví a cubrirme la boca.

«¿Qué he hecho?».

La puerta se abrió y, al ver entrar a Zevander, apreté los labios y me puse el libro ante la boca, con una expresión que debía de ser de puro pánico.

—Veo que te has puesto a leer otra vez —dijo él bromeando, pero no me molesté en responderle.

Desde luego, nada de todo aquello era culpa mía, ya que yo solo había intentado sacarme aquella maldita bola del bolsillo, pero me sentía como si me hubiera comportado como una ignorante.

—Parece que está bajando un poco la temperatura. Esta noche quizá tengas que abrigarte más, y desde luego ponte dos pares de calcetines cuando vayamos al pueblo.

Forzando una sonrisa, asentí, y vi que bajaba las cejas lentamente.

Por supuesto, se había dado cuenta de que pasaba algo. ¿Por qué tenía que darse cuenta de todo?

—¿Estás bien?

Asentí de nuevo, pero la preocupación me hizo sacudir la cabeza de inmediato. Él vino enseguida hacia mí.

—¿Qué pasa? ¿Ha hecho algo Aleysia?

Negué con la cabeza.

—¿Te has hecho daño?

Me encogí de hombros y volví a menear la cabeza. Él parecía cada vez más preocupado.

—¿No puedes hablar?

Con los labios apretados, negué con la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

Levanté el brazo, mostrándole la cicatriz y las líneas plateadas que brillaban a la luz del fuego.

Me agarró del codo y de la muñeca con suavidad y me examinó más de cerca. Al pasar el dedo por encima de la cicatriz, esta burbujeó. Ver aquello hizo que se me revolviera el estómago.

—¿Esto es plata… del silbato?

Asentí, sorprendida al ver la facilidad con que lo había entendido, y fue un alivio ver que, al apartar la mano, el burbujeo desaparecía.

—Enséñamelo. Abre la boca e intenta hablar.

Me sentí tonta otra vez y volví la cara. No quería que oyera el extraño gorjeo que había salido de mi garganta en dos ocasiones.

—Venga. Di algo.

Cerré los ojos y respiré hondo.

—Algo.

Abrí los ojos de golpe y me llevé un dedo a la boca.

—Yo…, antes, no podía…, solo podía emitir una especie de silbido.

Zevander volvió a cogerme el brazo y observó la cicatriz de extremo a extremo.

—¿Cómo ha llegado la plata a tu piel?

—La tenía agarrada entre los dedos y de pronto se ha fundido. Quemaba y no podía quitármela de encima. Luego…, ha aparecido un símbolo extraño. —Recordé la forma—. Abrí… —De pronto me

quedé otra vez sin palabras y, en su lugar, emití ese silbido; igual que antes, me tapé la boca con la mano.

Zevander también se tapó la boca con la mano y apartó la mirada, y vi en sus ojos que aquello le estaba haciendo gracia.

Intenté decirle que no había nada de divertido en el asunto, pero lo único que salió de mi boca fue un silbido agudo.

Él contuvo la risa, tapándose la boca con la mano. Me miró fijamente, meneó la cabeza y se aclaró la garganta.

—Tienes que quitarte el glifo de la mente —dijo entre risas—. Piensa en otra cosa.

Por algún motivo, no era capaz. Aquella forma era tan curiosa que no podía evitar pensar en ella.

Una vez más, intenté hablar, pero solo me salió un silbidito.

—Tienes que pensar en otra cosa. Es el único modo de pararlo.

«¡No puedo!», grité mentalmente, con las mejillas encendidas de frustración.

Él se acercó, me agarró la cabeza con ambas manos y posó sus labios en los míos.

El vientre se me llenó de mariposas que revoloteaban entre mis costillas. Se me había olvidado lo maravillosos que eran sus besos, lo mucho que los había echado de menos en el tiempo en que habíamos estado separados. Sí, nos habíamos besado otras veces desde entonces, aunque no así. Noté que empezaba a apartarse, pero mi corazón ansiaba más. Lo agarré de la camisa para retenerlo un momento y luego, haciendo un esfuerzo, me separé de él.

Sin soltarme la cabeza, me miró fijamente.

—¿Mejor?

—Sí —susurré, y me aclaré la garganta al tiempo que él bajaba las manos—. Gracias.

—Da la impresión de que ya no necesitas el silbato. Has

adquirido un nuevo glifo, aunque sea raro y algo inquietante.

Se dirigió hacia la mesa tranquilamente, ajeno por completo al calor que había despertado en mi interior. En la botella quedaba un poco del licor de Elowen y dio un trago.

—¿Por qué sigue pasando esto? No paro de toparme con estos poderes retorcidos. ¿Por qué no pueden ser normales? Como la habilidad de Rykaia para percibir las emociones de los demás o el poder de Allura para leer los huesos. ¡No, a mí no! —Eché los brazos al aire, rabiosa—. ¡Yo tengo que acabar con los dedos negros, una espina que me sale volando de la palma de la mano o un maldito silbato metido en la garganta!

Zevander ladeó la cabeza, apretando los labios, como si estuviera conteniendo la risa.

—Sí, venga, ríete —dije, y se me escapó una carcajada. Fruncí los labios para contenerme, meneando la cabeza como si así fueran a pasárseme las ganas.

Zevander soltó una risa y yo volví a reírme, esa vez con ganas. Nos reímos a carcajadas, tan fuerte que se me escaparon las lágrimas.

Él echó un trago al licor y se limpió la boca con el dorso de la mano.

—Si te sirve de consuelo, yo tengo un escorpión que intenta picarme cada vez que tiene ocasión.

Me reí otra vez, con tantas ganas que me daba vueltas la cabeza y me dolía el costado.

—Probablemente seamos los dos seres más patéticos de toda Etiria.

—Ni siquiera estamos en Etiria; estamos tirados en las tierras mortales.

Los dos nos reímos a carcajadas y el cuerpo me temblaba de tal

modo que a punto estuve de caerme de la mecedora. La última vez que me había reído así estaba borracha.

Por fin, recuperamos la compostura y sonreí, contemplando el fuego.

—¿Sabes lo que echo de menos? El estofado de Magdah.

—¿Cómo has llegado a esa idea exactamente? —me preguntó.

—No lo sé. Supongo que ya me he cansado de manzanas en conserva y huevos en vinagre. ¿Has comido alguna vez algo horrible en Etiria? Da la impresión de que allí todo está delicioso.

—Es por el vivicanto que lleva la comida. Le da un sabor especial. Pero también he comido mucha bazofia.

—No me lo puedo imaginar. Me encantaría volver.

Estaba levantando la botella para echar otro trago, pero se frenó y se volvió hacia mí. Me miró un momento y dio cuenta del licor que quedaba.

—A mí también.

14

Zevander



Pasado

Ambas lunas habían cruzado el cielo y, aunque aún no había oscurecido lo suficiente como para que hubiera que encender hogueras, la luz del sol ya estaba perdiendo intensidad.

Eso era un alivio para Zevander, que no había dormido demasiado la noche anterior. Le acercó el cuenco al achaparrado elvynirio que distribuía el mejunje de color gris que llevaba cinco años comiendo dos veces al día. El elvynirio le sirvió un poco más, pero le entregó solo un trozo de pan, en lugar de los dos que recibía habitualmente.

El remordimiento era patente en los ojos del elvynirio.

—Lo siento. Órdenes del guardia —dijo en voz baja.

Zevander apretó los labios y asintió, metiéndose el pan en el bolsillo de sus harapientos pantalones para dárselo a su padre, y se sentó en el extremo de una larga mesa de madera, donde solía comer con Kazhimyr y Ravezio.

—Básicamente, está sentenciándote a muerte —dijo Ravezio mordiendo un pedazo de pan—. Ningún órgodo permitiría que su oponente saliera vivo del foso —añadió con la boca llena.

Kazhimyr tensó la mandíbula y meneó la cabeza.

—Esto no me gusta.

—¿Qué otra opción tengo?

Zevander arrugó la nariz ante el olor de restos de carne podrida machacados con una mezcla de cereales pastosos y grasa. Era la única fuente de vivicanto de que disponía en aquel lugar. Lo mínimo necesario para conservar las energías y fortalecer los músculos de modo que pudiera seguir con el duro trabajo.

—Está claro que Jagron ha apostado por ti —intervino Ravezio mientras se metía una cucharada de aquella bazofia en la boca, conteniendo las arcadas—. No va a arriesgarse a que un órgodo se cargue a su mejor burro de carga, el que le permite conseguir raciones de más y alguna mujer de vez en cuando.

Los guardias al cargo de los prisioneros más jóvenes obtenían beneficios en función de la cantidad de mineral extraído cada día. En algunos casos, Zevander había trabajado tan duro que Jagron había conseguido ganarse el favor del director de la mina.

—Precisamente —convino Kazhimyr—. Háblale de la amenaza a la que está sometido tu padre. Lo peor que puede pasar es que te lleves unos cuantos golpes y acabes magullado. Pero podrías salir vivo. Y tu padre también.

—¿Qué es esta mierda? —Un prisionero recién llegado, sentado dos asientos más allá, se puso en pie junto a la mesa y tiró su cuenco al suelo, salpicando con la papilla las botas del guardia—. ¿Carne podrida? ¿Esperáis que trabajemos con este calor alimentándonos de carne podrida? ¡Huele como el culo de un cerdo!

El guardia bajó la vista, la fijó en aquella bazofia y luego en el

prisionero, sin inmutarse.

—Cómetelo.

El prisionero resopló, riéndose por la nariz, y miró alrededor, pero nadie le ofreció apoyo alguno. Su sonrisa socarrona dio paso a un gesto de rabia.

—No voy a comerme esa mierda.

—No te lo voy a repetir… —De la boca del prisionero salió un chillido agónico y se llevó las manos a la garganta, como si una fuerza invisible lo estuviera estrangulando.

Zevander no necesitaba ver el glifo que brillaba en la palma de la mano del guardia. Conocía su magia; la había sentido en sus carnes tiempo atrás. Era como acero fundido sobre la piel.

El glifo atormentador.

El prisionero cayó de rodillas.

—¡Por favor! ¡Para! ¡Para! —gritó desesperado, como si el guardia le hubiera administrado una nueva dosis de dolor. Luego se calló.

—Muy bien. Come.

Jadeando y tembloroso, el prisionero cayó al suelo y se puso a cuatro patas. Contuvo un sollozo y acercó los labios al suelo, sorbiendo la carne líquida. La imagen provocó una mueca de asco en Zevander.

Sin previo aviso, el guardia levantó la bota y le dio una patada al prisionero en el rostro, haciéndolo rodar por el suelo.

Kazhimyr se rio entre dientes y ladeó la cabeza.

—Hay que ser idiota —murmuró metiéndose otra cucharada en la boca.

Zevander dio vueltas a aquella porquería con la cuchara, recordando el tiempo en que él mismo había desafiado a los guardias, aquellos tiempos de insensatez en que había sufrido la ira

de casi todos los guardias de las minas. Las constantes palizas lo habían vuelto desconfiado, pero a menudo se preguntaba qué habría hecho para no sufrir más palizas en más de un año. «¿No somos como perros que se inclinan ante sus amos todos nosotros?».

Por el rabillo del ojo vio que Kazhimyr fruncía el ceño.

—Estamos vivos, que es más de lo que podemos decir de la mitad de los capullos que llegaron con nosotros.

—Y, sobre todo, ese es el motivo por el que vas a tener unas palabras con Jagron —añadió Ravezio señalando a Zevander con la cuchara—. Para asegurarte de no convertirte en condimento para la bazofia de mañana.

—¿Y si no puede?

Kazhimyr se volvió hacia Zevander con la preocupación bien patente en su mirada.

—Tú no pierdas. No importan las consecuencias.

El crujido del carro del agua alertó a Zevander de que se acercaba su padre y, al darse la vuelta, encontró al anciano tirando de su carga y salpicando agua. Daba la impresión de que aceleraba el paso para llegar hasta él.

Echando una mirada furtiva a su alrededor para comprobar que los guardias no estaban mirando, Zevander se metió la mano en el bolsillo y cogió el pan que se había escondido. Esa vez no era una ración extra, desgraciadamente, sino la suya propia.

Su padre lo agarró del brazo antes de que Zevander tuviera ocasión de mostrarle lo que llevaba en la mano.

—He oído hablar de la pelea y de las consecuencias que puede tener tu victoria.

Zevander se zafó del anciano y dio un paso atrás. Su padre se

puso serio de golpe, como si le hubiera dolido aquel gesto.

Le sirvió agua en el vaso de lata con un cucharón.

—No te sacrifiques para protegerme, hijo —dijo el anciano lord Rydainn tendiéndole el vaso.

Zevander sonrió con suficiencia y se bebió el agua, que le alivió en parte el ardor que sentía en la garganta. Luego volvió a tirar el vaso al carro, donde repiqueteó.

—Me las he arreglado durante años sin tus consejos, viejo. Ahora ya no me hacen falta.

—Por favor. Te lo ruego.

Zevander se dio la vuelta para volver al trabajo, pero sintió que lo aferraba del brazo, deteniéndolo.

—Hijo mío…, os he fallado a ti y a tu hermano desde vuestro nacimiento. Deja que lo compense con mi muerte. Que sirva para compensar todo el dolor que te he causado.

La tristeza que invadía por dentro a Zevander se disolvió en una rabia contenida durante demasiado tiempo. Una parte de él habría querido volverse y asfixiar al anciano con sus propias manos.

—Ahora que todo es tan incierto, debo contarte algo… sobre la marca que llevas en el pecho —dijo acercándose a él, temblando de impaciencia—. Es la marca de tu maldición, pero también la fuente de un gran poder.

Zevander frunció el ceño.

—Me dijiste que era la cicatriz del fuegoscuro, el mal enterrado bajo mi piel. ¿Ahora resulta que es un gran poder?

—El fuegoscuro es un gran poder, por oscuro que sea. Es la marca de un dios arcano que vive en tu interior.

Sus palabras le trajeron a la mente un recuerdo vago, quizá un sueño, la imagen de un extraño con una túnica con capucha, pero los detalles eran confusos. Se rio de las ocurrencias del anciano.

—El hambre te está jugando una mala pasada, viejo. —Se sacó el pan del bolsillo y se lo puso a su padre sobre el pecho—. Si sobrevivo a esta noche, mañana tendré más pan para darte.

—Escúchame, hijo. ¡Te estoy diciendo la verdad!

—¿Y qué más me da? Aunque fuera cierto, ¿de qué me sirve? —Levantó el brazo para mostrarle las minúsculas letras y los glifos que llevaban grabados en la piel todos los prisioneros, los cuales impedían que usaran la magia—. Moriré como cualquier otro. Sin poder alguno.

—Si no estuvieras confinado en un cuerpo de carne y hueso, tu poder podría destruir esta prisión. Pero un dios no está sometido a los límites de un hombre. Encuentra el modo. Libérate.

—¡Oye! ¡Moveos, venga! —gritó uno de los guardias.

—Hace mucho te elevaste de entre las llamas. Te forjaron los antiguos. No morirás, hijo mío. No es ese tu destino.

—¿Y cuál era tu destino, padre? ¿Matar a una mujer inocente?

En sus ojos flotaba la tristeza.

—Dile al guardia que necesitas ir al baño y nos encontraremos allí —dijo. Echó a andar, alejándose, y Zevander resopló, meneando la cabeza.

Le hizo un gesto a Jagron para indicarle que tenía que orinar, a lo que el guardia respondió asintiendo. Luego rodeó una roca hasta el lugar destinado para ello, donde el hedor a excrementos prácticamente le provocó arcadas.

Tras orinar deprisa, sintió una presencia y, al darse la vuelta, vio a su padre de pie detrás de él.

—Te lo diré rápido, ya que no puedo permitir que esto muera conmigo aquí. Y, si tienes ocasión de ver a tu madre de nuevo, es importante que sepa la verdad.

—¿Qué verdad?

—Es cierto que maté a una mujer: a una madre, a una esposa. Y pasaré el resto de mis días implorando el perdón de los dioses. Pero te juro que, de haber sabido la verdad, no volvería a cometer ese grave error.

—Ve al grano, viejo. El tiempo que nos dejan los guardias para mear no es ilimitado.

—Mucho antes de que tú nacieras, trabajé como maleficiero. Y, aunque no siempre fui honesto en mi modo de actuar, se me daba bien la caza de demutománticos. Mi misión era llevárselos al rey para que dispusiera de ellos. —Miró por encima del hombro para asegurarse de que estaban solos—. Lo que estoy a punto de contarte… jamás lo he compartido con nadie. Ni siquiera con tu madre. De haber sabido que nuestro destino sería este, habría…

—Pues suéltalo —insistió Zevander, impaciente, consciente de que Jagron ya habría notado su ausencia.

Su padre asintió con decisión.

—El general del ejército soláceo en aquella época se puso en contacto conmigo para que localizara a la esposa de un rico naviero, Lord Vanhelm. Esto ya lo has oído por lord Belthane. —Zevander asintió, irritado, y él prosiguió—: Vanhelm afirmaba que su esposa, que había abandonado el hogar familiar, era una hereje que practicaba magia oscura y sacrificaba niños. Lo cierto es que yo ya había aceptado tareas mucho peores por el precio que me ofrecía lord Belthane, así que, cuando me pidieron que fuera en su busca, no dudé en decir que sí.

—Lord Belthane afirma que era una mujer inocente. ¿Cuál de los dos miente? —replicó Zevander, que ya había perdido la paciencia y quería marcharse de allí, pero su padre le apoyó la mano sobre el brazo, y fue entonces cuando observó que no le habían mutilado ni un centímetro cuadrado de la piel, lo que estuvo a punto de

distraerlo de lo que vino después.

—Deja que acabe. Seguí el rastro de la mujer hasta una cabaña en las profundidades del bosque de Susurria, decidido a entregársela al general soláceo y a no hablarle a nadie de la misión. Sin embargo, cuando me encontré a dos niños escondidos en una despensa, un niño y una niña, con un hechizo en la lengua para que no hablaran y unas cicatrices horrendas por todo el cuerpo… —frunció el ceño y apartó la mirada, meneando lentamente la cabeza—, como padre, entré en cólera. Perdí la cabeza. Y, entonces…, la ataqué, pensando que estaba librando a aquellos niños de un monstruo.

Con los labios apretados, se pasó una mano por el rostro y Zevander vio el brillo de las lágrimas en sus ojos, que se apagaron al apartar la mirada.

—He oído todo tipo de gritos en mi vida, pero ninguno tan doloroso como el de aquellos niños llorando al ver agonizar a su madre. —Parpadeó con fuerza, e incluso Zevander sintió un pinchazo de tristeza en el pecho—. Cuando corrieron a abrazarla mientras ella se desangraba, me di cuenta de lo que había hecho. No podía salvarla. No podía detener la hemorragia. Y, con su último aliento, me dijo que aquellos niños eran los bastardos del rey Jeret, que la había violado repetidamente. Al parecer, su marido era estéril y creía que aquellos niños eran fruto de la infidelidad.

Aquellas palabras cayeron sobre Zevander como un mazazo en el pecho, igual que sucedía siempre que se imaginaba a alguien haciéndole daño a una mujer.

—Me dijo que había huido de Solácea con sus hijos escapando de su marido, hambriento de poder, que quería verlos muertos. Eran dos niños inocentes que él había maltratado desde el momento de su nacimiento. Y yo fui la bestia cruel que mató a aquella mujer valiente y bella. —Las lágrimas le temblaban en los ojos—. Tenía una

larga melena rubia, la piel broceada y unos preciosos ojos azules. Su imagen sigue persiguiéndome, asegurándose de que jamás olvide mis pecados. —Cerró los ojos con fuerza—. Me rogó que me los llevara a algún sitio, que los ocultara, y eso hice. Cuando por fin murió, le prendí fuego a la casa y me llevé a aquellos niños, cruzando Nyxteros y Vespiria hasta los desiertos de Eremicia.

—Por eso te perseguían los soláceos. El rey los quería muertos.

—Sí. Intenté mentir y decirles que no había encontrado a la mujer, pero me dieron nilmirto. Ellos no sabían que soy bastante inmune a él, así que, para hacerles creer que decía la verdad, confesé que había matado a la mujer y que había quemado la casa. Pero mentí sobre los niños. Sabía que los ejecutarían.

—¿Fue entonces cuando fuiste en busca de Cadavros?

—Había oído hablar de él y de sus habilidades y sospechaba que los soláceos vendrían a por mí, sabiendo lo que sabía. Necesitaba proteger a mi familia.

—Madre era amiga del rey Sagaerin. ¿Por qué no recurriste a él? ¿Por qué arriesgar nuestra vida yendo en busca de un loco?

—Nunca le conté la verdad a tu madre —dijo bajando de nuevo la cabeza, y los hombros le temblaron al echarse a llorar.

Zevander no soportaba verlo así. Para él, su padre siempre había sido un hombre curtido, sin emociones. Verlo de aquella manera le provocaba una pena que lo enfurecía y confundía a la vez.

—Y ahora no volveré a verla —dijo su padre—. No volveré a oír su voz ni veré de nuevo esa sonrisa fugaz que esboza cuando cree que nadie la mira. Todo porque me dio miedo afrontar la ira de lord Belthane. Y por eso mismo ella nunca llegó a entender la gravedad del asunto. Sí que recurrió al rey después de que Branimir se hubiera sometido al ritual de la Forjaoscura, aunque fue demasiado tarde. Sagaerin juró que la protegería, pero le dijo que no había nada que

hacer para librarme de este destino. Yo nunca quise haceros daño a ninguno de los dos. —Suspiró tembloroso, tragándose las lágrimas —. No puedes sacrificar tu vida por la mía. Ya he hecho demasiado daño.

Zevander había aprendido a mantenerse estoico, a no mostrar sus emociones, así que no le ofreció consuelo a su padre. En lugar de eso, dijo:

—Vuelve mañana. Tendré más pan para ti.

15

Zevander



Presente

Zevander contemplaba a Maevyth sentado en una silla frente a ella; la veía dormir mientras pasaba los dedos por el colgante del escorpión robado.

El libro que estaba leyendo Maevyth había quedado abierto sobre su regazo y esta tenía la cabeza caída hacia un lado, orientada hacia él. Las pestañas le temblaban contra las mejillas, rosadas por efecto del calor de la chimenea. Las últimas luces del día se colaban por la ventana en dirección a ella, como si ni siquiera el sol se resignara a abandonarla. Estaba cayendo la noche: era la última oportunidad de Zevander para cazar algo de comer, después de la infructuosa salida de la mañana. Partirían hacia el pueblo al amanecer y necesitaban recobrar energías.

Y estaba decidido a dirigirse al bosque… hasta que la vio durmiendo.

Maldición, qué guapa era. Su belleza le resultaba hasta dolorosa.

Maevyth tenía la mano sobre el brazo de la mecedora y los dedos inertes. Tentándolo.

Apretó el collar con la mano y cerró los ojos, recordando la noche en que ella lo había tocado con aquellos suaves y delicados dedos. Al hacerlo, se le tensaron los músculos y sintió una presión en la entrepierna. Aún recordaba sus caricias. Cómo lo había agarrado, como se agarra una hoja afilada: con suavidad y prudencia, no con ganas de apropiarse de nada, sino de dar, algo tan extraño para él que había llegado a plantearse si sería su salvación o su ruina. Él siempre había asociado las caricias a una advertencia, al anuncio de un latigazo o del frío corte de una daga. A un engaño. Cada parte de su cuerpo que había tocado Maevyth se había transformado en algo que no reconocía. Tenía la sensación de que algo se había soltado, se había descolocado, que había perdido el control del hombre que era. Un alma corrupta, pero que aún tenía esperanzas de redención.

«*No eres más que un esclavo sin valor alguno*».

La voz de la general Loyce se le clavó en el cerebro como unos dientes afilados y tuvo que llevarse la mano al oído.

«*¿Quién iba a amar a un esclavo?*».

«Sal de mi cabeza». El pensamiento le atravesó la mente como un gruñido, así que Zevander cerró los ojos y apretó los párpados, intentando expulsarla de su interior. Sentía un fuerte pinchazo en la palma de la mano y, cuando bajó la mirada, vio que le goteaba sangre de la punta de los dedos con los que tenía agarrado el colgante de metal, con tal fuerza que los nudillos se le habían puesto blancos.

Volvió a mirar a Maevyth y, solo con eso, aquella pérfida voz desapareció de su mente. Recordó cómo le había mirado ella la noche que habían pasado juntos, con bondad, sin culparlo de nada.

Como si una sola mirada pudiera borrar un siglo de vergüenza, de humillación, de odio.

Como si sus manos pudieran eliminar el dolor de los innumerables latigazos y cortes que había recibido.

Zevander no sabía que alguien pudiera hacer ese tipo de magia con los dedos, pero se los quedó mirando, anhelando una simple caricia en su rostro. Una cosa era segura: las manos de Maevyth tenían el poder de destrozarle la vida y, que los dioses lo ayudaran, estaba dispuesto a dejar que así fuera.

Aunque entendía los motivos de Maevyth para distanciarse, la falta de contacto lo estaba volviendo loco. No de deseo, aunque no podía negar cómo se le tensaba el cuerpo con solo percibir su olor. No, el placer que anhelaba era uno que no podía describir, como el del día en que se había librado de los grilletes y había sentido el aire en los tobillos en carne viva por primera vez.

La deseaba. Desesperadamente.

La sedosa textura de su piel, el roce de sus uñas.

Sintió un escalofrío.

—Mi bruja lunar… —musitó, y sonó como el susurro suplicante de una herida abierta rogando que la curaran.

Era suya. Su compañera. Su condena.

Una diosa compasiva que se había visto atrapada en su red, como una mariposa enredada en la tela de una araña.

Sintió un ardor en el muslo y bajó la mirada hacia el cuchillo que tenía en la mano, el cual no recordaba haber sacado, que goteaba sangre. Se había hecho otra herida atravesándose los pantalones. Al soltar el colgante del escorpión, se encontró la palma de la mano bañada en sangre. Era un milagro que no hubiera aplastado el maldito abalorio.

El aire que respiraba le pareció más denso y se puso en pie,

enfundando su daga. Tenía que poner distancia. De camino a la puerta, se metió el colgante en el bolsillo y se limpió la mano ensangrentada contra el cuero de su chaqueta.

Tenía que alejarse, o se arriesgaba a hacer una puta estupidez, como forzar el contacto con ella. Abrió la puerta y se encontró ante un cielo oscuro. Recorrió el patio con la vista en busca de arañas. No había ni rastro, así que echó a caminar por la nieve en dirección al bosque.

Nada mejor para apaciguar sus instintos que matar algo.

Zevander avanzó con precaución en silencio, con los ojos puestos en un conejo blanco a solo unos metros de distancia. Contrastaba con la oscuridad del bosque, como una criatura fantasmagórica. Desenvainó sin hacer el mínimo ruido, con cuidado de no espantarlo. Todos sus movimientos eran sigilosos. Estaba decidido a llevarle algo bueno a Maevyth, y un estofado de conejo sonaba de maravilla después de tantos días comiendo viejas provisiones. Agarró la daga por la punta, calculó la trayectoria y echó la mano atrás.

—*Mor samanet* —dijo una voz incorpórea, distrayéndolo y haciendo que tirara el puñal más allá de donde estaba el conejo, que salió corriendo.

Al escrutar el bosque con la mirada, vio una sombra a lo lejos escabulléndose tras la maleza.

¿Un ciervo?

Si era así, era un golpe de suerte. Zevander no había visto un solo animal de tamaño decente en el bosque desde su llegada a las tierras mortales, pero, el modo en que la criatura ladeó la cabeza, como examinándolo, hizo que se preguntara qué era lo que estaba viendo.

Se pegó a un árbol cercano y, al asomarse, vio la silueta de unos… ¿cuernos? No estaba seguro. También podía ser una maraña de ramas retorcidas vistas desde lejos.

Esperó a que agitara las orejas, olisqueara el suelo o hiciera cualquier otra cosa que lo identificara como lo que era.

Entonces la criatura se movió.

No con los pasos cautelosos de un animal, sino con el sigilo de un hombre.

Quizá se trataba de otro cazador.

Lo invadió el temor al pensar en que el extraño llegara a la cabaña, que no estaba lejos del bosque.

Maevyth.

Zevander se guardó el puñal y avanzó por entre los árboles, siguiendo a la sombría figura, que se adentraba en el bosque. La niebla blanquecina que lo cubría todo parecía volverse cada vez más densa, pero se negó a perderla de vista, hasta que se convirtió en una silueta oscura moviéndose por entre el vapor. La oscuridad era cada vez mayor, ya que las ramas se entrecruzaban, ocultando el cielo, y perdió de vista a su presa entre la niebla, que se iba volviendo más espesa.

Zevander se detuvo y chasqueó la lengua para establecer su posición.

No veía nada, ni los árboles que sabía que estaban allí ni el misterioso ser al que estaba siguiendo. Solo un vapor impenetrable en todas direcciones.

Esperó.

Escuchando.

Empezó a cuestionarse si realmente había visto a alguien. Quizá no fuera más que algún animal acechando a alguna presa. O quizá no fuera nada.

—*Mor samanet* —susurró aquella voz de nuevo, esa vez más cerca, e instintivamente Zevander desenvainó, cortando la niebla con su hoja.

Allí no había nadie.

Ya no distinguía ni los troncos de los árboles ni el cielo en lo alto. Era como si estuviera en una nube.

Una sensación inquietante le provocó un escalofrío en la nuca y se volvió justo a tiempo de ver cómo se disipaba la niebla en torno a un enorme árbol de ramas retorcidas. En el tronco había un hueco negro que por algún oscuro motivo le atraía. El laberinto de nudosas raíces le llegaba más arriba de la cadera.

Sintió un cosquilleo en el dorso de la mano y vio el escorpión posado encima, en guardia, como solía pasar cuando se sentía amenazado. El que tenía en la espalda también se movió.

Desde la oscuridad del hueco, Zevander vio salir dos largas patas de araña y retrocedió, con la mano en la empuñadura de la espada, dispuesto a desenfundar. Unos ojos relucientes lo observaban desde el hueco, pero él se distanció, sin saber muy bien a dónde se dirigía.

Eso no importaba.

Había algo en aquel árbol que le resultaba profundamente inquietante y necesitaba alejarse todo lo posible.

Por el rabillo del ojo, vio que el bosque se movía y notó un dolor punzante en la cabeza. Miró a su alrededor, pero todo daba vueltas. Sintió náuseas, una sensación que partía del estómago y se le iba extendiendo por el pecho. Tambaleándose, intentó examinar la oscura sucesión de árboles y, de pronto, vio al conejo blanco que había intentado cazar antes.

El estómago le rugía y pensar en el conejo hizo que se le hiciera la boca agua. Se acercó con paso vacilante, impulsado por un hambre que se negaba a ser ignorada, acechando a su presa.

16

Zevander



Pasado

Quebrantahuesos era una enorme caverna en las profundidades de las minas. Albergaba las antiguas ruinas de un anfiteatro en el que, en sus días de esplendor, se decía que se habían librado enfrentamientos entre hombres, dragones y otras bestias temibles. Al parecer, había caído en desgracia al producirse una masacre en la que habían muerto todos los presentes, tanto nobles como esclavos. A partir de entonces se había convertido en un lugar prohibido, supuestamente corrupto por el mal, pero más tarde se había abierto de nuevo. No por las piedras preciosas que albergaban sus paredes, ni por el vivicanto que sin duda se hallaba en lo más profundo de ellas, sino por la sangre y las innumerables almas que se había cobrado en nombre del espectáculo.

En el corazón de la caverna se alzaba una plataforma cubierta de manchas de sangre, rodeada por un foso sombrío que parecía tallado en la roca negra por los propios dioses. En lo alto, repartidos

en seis torres, había unos balcones de hierro, sujetos por unas figuras grotescas, en los cuales se amontonaban los espectadores, en su mayoría dignatarios y la élite real, el público de aquel deporte. En la base de cada torre estaban las jaulas de hierro donde se encerraba a los prisioneros hasta que les llegaba el momento de combatir.

Unos braseros repartidos por la caverna iluminaban las imágenes de dragones y demonios talladas en las paredes y en una plataforma independiente estaban los guardias y vigilantes de la prisión, cuyos relucientes glifos soláceos emitían un siniestro brillo dorado sobre la multitud de sádicos hambrientos de sangre.

Zevander le tendió las muñecas esposadas a un guardia, que enganchó sus grilletes de acero a una de las numerosas cadenas que colgaban del techo. En el antebrazo llevaba la marca de su prodozja, el mismo escorpión negro que le cubría la espalda. Cómo le habría gustado poder invocarlo otra vez, igual que había hecho cuando era niño ante el ataque de las arañas de Branimir. Sus escorpiones habían acudido en su defensa al momento y luego se habían introducido en su cuerpo. Sin embargo, en todo el tiempo que llevaba encerrado no se habían movido, anulados por las mismas bandas que le impedían recurrir a su magia de sangre.

Media docena de prisioneros hicieron girar una rueda en el otro extremo de la arena y la cadena levantó a Zevander por los aires. Los grilletes se le clavaron en las muñecas y lo elevaron por encima de la abismal profundidad del foso, en cuyo fondo se imaginó que se amontonarían los huesos. En el momento en que puso los pies en la plataforma central, un niño de no más de doce años le soltó los grilletes. Una vez liberado, Zevander se frotó las muñecas y observó al niño agarrarse a la cadena, que lo llevó al otro lado del foso, donde estaban los guardias.

Frente a él, otro prisionero, una bestia monstruosa, aterrizó en la plataforma con un golpetazo. Su cuerpo, exageradamente musculado, estaba cubierto de cicatrices. Tenía los ojos de un azul intenso, la piel pálida con brillos azulados y unos mechones de cabello rubio en lo alto de la cabeza. Otro niño le quitó los grilletes y las cadenas, pero, en el momento en que este fue a agarrarse a la cadena para salir de allí, el órgodo le dio un empujón por la espalda, lanzándolo al foso. Entre las carcajadas se oyeron algunos chillidos al ver cómo desaparecía el pobre niño en el abismo.

Aquel gesto le dejó claro a Zevander que su oponente no tenía ningún respeto por el protocolo. Ni por la vida.

Zevander miró alrededor, pero no encontró ningún rostro amigo entre la multitud: solo las muecas de hombres sedientos de sangre que habían apostado en su contra. Aun así sabía que en algún lugar estaría Jagron mirando, rezando por que ganara él. Ese mismo día había hablado con él y le había contado su dilema. El guardia le había asegurado que, aunque él sobreviviese, su padre no sufriría ninguna consecuencia. Y, si bien no tenía demasiada fe en la promesa del guardia, ¿qué alternativa tenía?

Escrutó a su descomunal rival. Se decía que los órgodos luchaban como un martillo pilón: fríos e implacables, usando sus dientes afilados como cuchillas y sus colmillos como armas. Mientras se acercaban, midiendo las distancias, Zevander fijó la mirada en la vena hinchada que tenía en el cuello: la vena vital. Solo necesitaba apuntar allí para matar a su oponente al instante, un solo corte en esa vena, que irrigaba el cerebro y el corazón. Un secreto que Jagron le había confiado ese mismo día.

Solo había un problema.

Esos malditos colmillos.

Tendría que evitar los colmillos para llegar a la vena, y ningún

prisionero mántico sin acceso a su magia había conseguido nunca algo así.

El órgodo soltó un rugido rabioso que resonó por toda la arena y Zevander sintió una fría inyección de adrenalina recorriéndole los músculos.

Con sus enormes manos cerradas, convertidas en temibles puños, el órgodo embistió. Cada *tonk* de sus pisadas hacía vibrar la roca amenazadoramente. Zevander también arremetió, pero, en el momento en que el órgodo levantó su gigantesca mano para agarrarlo, se tiró al suelo y pasó entre las piernas del gigante. La velocidad y la evasión eran los únicos métodos de defensa de que disponía Zevander hasta que se le ocurriese un modo de atacar esa vena protegida.

Un rugido furioso le atronó los oídos y la bestia se dio la vuelta, yendo a por él. Zevander se puso en pie de un salto y estudió a su oponente, en busca de algún otro punto débil.

El órgodo volvió a embestir, reduciendo el espacio que los separaba, pero esa vez bajó más el cuerpo, probablemente en previsión de que su rival repitiera el truco.

Zevander viró hacia la izquierda, esquivándolo, pero la bestia le agarró de la camisa al pasar y le asestó un golpe en la mandíbula con el dorso de la mano. Zevander vio un fogonazo de luz y, por un momento, quedó ciego, invadido por un dolor palpitante que le irradiaba hasta los huesos. Trastabilló, desorientado, y cayó sobre las rejas de hierro en el suelo de la plataforma.

En su confusión vio a dos órgodos yendo a por él. Presa del pánico, no pudo distinguir cuál era el real ni supo hacia qué lado rodar. En el último momento decidió rodar hacia la izquierda, pero la pierna le quedó atrapada bajo el pie del gigante. Soltó un rugido agónico al sentir el peso de la bestia sobre su tobillo.

El órgodo perdió el equilibrio y cayó de bruces sobre la reja. Gruñó, intentando liberarse, y Zevander logró incorporarse lo suficiente para ver que a este se le había quedado encajado el colmillo entre los hierros.

Zevander se las arregló para levantarse, con un dolor insoportable en el tobillo que se le extendía por la pantorrilla. Y el órgodo, en su afán por liberarse, se soltó de la rejilla con un crujido terrible de huesos rotos, seguido de un aullido de rabia y sufrimiento. La mitad de su colmillo seguía encajado en la reja y en el rostro no le quedaba más que un trozo mellado. Con la rabia bien patente en su mirada y los puños apretados, el órgodo volvió a abalanzarse sobre él.

Zevander intentó esquivarlo otra vez, pero su tobillo protestó con unos pinchazos de dolor que le penetraron en el músculo.

Notó un grueso brazo impactar contra su pecho y salió volando hacia atrás. Cayó al suelo, sin poder respirar, y se puso bocabajo mientras jadeaba intentando tomar aire. Sintió una presión en la espalda que le vació los pulmones del todo y luego la bestia lo levantó del suelo, alzándolo sobre su cabeza.

Con los ojos desorbitados y el pecho contraído, pues no tenía aliento y estaba tosiendo, observó el borde de la plataforma y el abismo negro que se abría más allá.

—¿Muerte rápida? —rugió el órgodo sosteniendo en alto a Zevander agarrado de la nuca.

La multitud lo abucheó.

El órgodo lanzó en dirección contraria a Zevander, que voló por los aires y cayó sobre la implacable roca. Se llevó un buen golpe en el brazo y otra vez sintió aquel puño de hierro apretándole los pulmones, impidiéndole respirar, hasta que por fin pudo tomar algo de aire.

—¡Queréis sangre! —gritó el órgodo, excitando al público, y Zevander aprovechó para darse la vuelta y apoyarse sobre los codos, tomando cada vez más oxígeno—. ¿Queréis que le arranque brazos y piernas?

Los gritos enfervorecidos del público dejaban claro que sí.

Zevander se negaba a aceptar su destino y, apoyándose en los brazos, intentó apartarse de allí.

Pero la bestia le agarró el tobillo y tiró de él.

Agarrado a la reja de metal, Zevander logró aguantar y, de pronto, vio el colmillo al alcance de su mano. Otro tirón lo apartó un poco más, pero se aferró a la reja desesperadamente, sin hacer caso del dolor abrasador que sentía en la pierna. Rodeó el grueso colmillo con los dedos, aunque, antes de que pudiera asirlo, otro tirón de la pierna lo lanzó volando hacia el órgodo.

Zevander le soltó una patada en la cara a la bestia, que respondió con un gruñido animal.

Rodando sobre el vientre, Zevander alcanzó el colmillo, pero, en el momento en que lo agarraba, el órgodo se le echó encima, situándose sobre su cuerpo.

Zevander se retorció y consiguió liberar el brazo, perforando la vena hinchada de la bestia, que palpitó bajo el colmillo roto.

Atónito y con los ojos desorbitados, el órgodo se arrancó la punta de su propio colmillo de la herida abierta en la vena.

A Zevander le salpicó el rostro un chorro de sangre de un rojo profundo.

La bestia se inclinó hacia un lado, soltando un gruñido, lo que le dio el tiempo justo a Zevander para escapar de debajo de él.

El órgodo cayó de bruces, golpeando la roca con tal fuerza que hizo vibrar el suelo.

Zevander se levantó y se quedó mirando a su rival con la

respiración agitada. Lo había derrotado. Había matado a su primer órgodo. Por los dioses que había sobrevivido.

Aunque entre el público hubo unos pocos que celebraron su victoria, los que habían apostado en su contra protestaban, abucheándolo.

Levantó la vista del órgodo caído, atreviéndose a mirarlos a todos, y de pronto divisó a Jagron justo enfrente. Tenía el rostro y el cuerpo cubiertos de magulladuras y cortes, como si hubiera sufrido una tortura horrible. Llevaba una de las cadenas usadas para transportar a los prisioneros a la plataforma alrededor del cuello y tenía las muñecas atadas a la espalda.

Zevander se quedó helado.

El ruido cesó, convirtiéndose en un murmullo.

—Lo siento —dijo Jagron, y al instante la cadena se elevó, izando su enorme cuerpo. El órgodo pataleó y se revolvió, sintiendo la presión de la cadena en la garganta, presionándole la vena, hasta que, unos segundos más tarde, se quedó inmóvil.

—Zevander.

Al oír aquella voz, Zevander sintió un escalofrío recorriéndole la columna y bajó la mirada: su padre estaba justo al otro lado del foso. Cerró los ojos, negándose a dar rienda suelta a sus emociones.

—Mírame, hijo. —La voz del anciano Rydainn era firme y decidida, a pesar de su estado.

Cuando abrió los ojos, vio la siniestra sonrisa del guardia órgodo situado detrás de su padre, que flexionaba las manos en un gesto provocador. A su lado estaba el custodio, el director de la mina, con una gran sonrisa que Zevander habría querido borrarle de un puñetazo.

—Mírame, Zevander.

Con los ojos escociéndole ante la amenaza de las lágrimas, fijó la

vista en la mirada de su padre, triste y llorosa.

—Has nacido del fuego. Resurgirás de las cenizas.

El órgodo agarró el cráneo de su padre entre las manos y Zevander corrió, al borde de la plataforma.

—¡Por favor! ¡Lanzadme las cadenas! —gritó extendiendo la mano asomado a la negra sima que se abría ante él—. ¡Lanzádmelas!

Los otros guardias se rieron y dejaron caer las cadenas donde no podía alcanzarlas, obligándolo a estirarse aún más sobre el peligroso abismo.

—¡Por favor, no lo hagáis! —gritó.

Su padre soltó un grito agónico que se le clavó en el corazón mientras la presión a ambos lados de su cráneo iba en aumento.

—¡No! ¡Padre!

De pronto, Zevander vio una de las cadenas a su alcance y se lanzó hacia delante, estirando el cuerpo por encima del foso, con los pies aún en la roca.

Su padre pronunció su última palabra y Zevander oyó resonar el nombre de su madre en sus oídos.

El crujido de los huesos y la visión de la carne húmeda lo dejaron mudo.

Zevander se quedó agarrado a la cadena, con el cuerpo entumecido, viendo caer el torso de su padre, sin cabeza, sobre un charco de sangre, sesos y huesos.

Una vez más, se quedó sin aliento y tuvo que esforzarse por conseguir algo de oxígeno.

El sonido que atravesó el silencio en su mente procedía de su propio pecho.

Un alarido de rabia y dolor profundos.

17

Kazhimyr



Presente

Kazhimyr guiaba a su caballo por entre las sinuosas calles de Susurria. El aire, gélido y húmedo por efecto de la lluvia que había caído poco antes, se le pegaba a la piel mientras iba analizando las miradas desconfiadas de la gente. Ravezio iba tras él, pero ambos estaban fatigados tras varios días de viaje. Pasaron junto a una sucesión de puestos ambulantes, con el entoldado raído y cubierto de charcos de agua que goteaba sobre los transeúntes. Ofrecían verduras de color parduzco, cachivaches y carnes ahumadas, y Kazhimyr oyó algunas voces apenas susurradas acompañadas del tintineo de las monedas.

Un pueblo de supersticiosos a los que no les gustaban los forasteros.

Cuando encontraron la pequeña taberna, ataron los caballos en el exterior. Mientras se aseguraba de que llevaba la daga en el cinto,

Kazhimyr observó un cartel pegado a una de las columnas del edificio que le llamó la atención. Bajo el SE BUSCA aparecía un rostro demacrado que reconoció: una cara que no habría podido olvidar tras todos aquellos años aunque hubiera querido.

Y quería.

Unas cicatrices le surcaban el ajado rostro, en el que se marcaban los huesos, como si los propios dioses la hubieran arrancado del vientre de su madre con sus garras. Uno de sus ojos, convertido en un orificio negro, adoptaba en el dibujo la forma de una caverna hueca, pero Kazhimyr lo había tenido lo bastante cerca como para saber que en realidad era el globo ocular, que se le había vuelto negro, y que no tenía párpados que lo cubrieran. El otro ojo brillaba con un color verde pálido que casi parecía blanco y tenía una mueca extraña en los labios, como si se los hubieran cosido torpemente con aguja e hilo.

La intensidad de su expresión seguía produciéndole escalofríos, incluso después de tantos años.

—¿Una antigua amante?

Kazhimyr lo miró muy serio por encima del hombro y vio que Ravezio también se había fijado en el cartel.

—Solicitó mis servicios hace un tiempo. Ella es el motivo por el que me apresaron los soláceos.

—¿Quién es?

—Solo sé que se llama Melisara.

—¿Qué es una «sanguidina»? —preguntó Ravezio señalándole a Kazhimyr el lugar donde estaba escrita la palabra, bajo la imagen.

—Una bestia mítica. Los adultos nos contaban historias sobre ella en Nyxteros cuando éramos niños para que nos cagáramos de miedo. Bebía sangre para mantenerse joven y bella.

—Pues el artista debió de pillarla en un día malo, ¿no? —Ravezio

se rio por la nariz y se acercó un poco más para leer la letra pequeña al fondo del cartel—. «Se la busca por demutomancia y por difundir rumores sobre el regreso de Cadavros». ¿Qué quería que robaras para ella? ¿Sangre?

—De hecho, sí. La mortucrux. Se dice que es un vial de sangre místico, muy buscado, que el rey Jeret enterró en las entrañas de su palacio en Solácea por si se extendía una peste. Se supone que ofrece cierta inmunidad.

—¿Crees que la acusación de que es una sanguidina tiene alguna base?

—Eso supondría reconocer que una bestia mítica es real —dijo Kazhimyr, y le dio un codazo—. Venga, tenemos que ver al capitán antes de que anochezca.

—¿Qué pasa cuando anochece? ¿Se convierte en órgodo?

—Se emborracha como una cuba.

Kazhimyr abrió camino y entró en la oscura taberna, paseando la mirada por la clientela, todos pueblerinos con el rostro curtido y expresión de desconfianza. No era la primera vez que estaba allí, pero eso no quería decir que fuera más bienvenido que antes.

El olor a cerveza, sudor y vómito flotaba en el aire y se le pegaba a la garganta.

—Maldita sea, hay orinales que huelen mejor que este sitio —exclamó Ravezio llevándose el dorso de la mano a la nariz y carraspeando.

—Si no quieres una sesión de práctica con la espada, mejor cállate.

Kazhimyr vio al capitán en una de las mesas y cruzó la taberna, pisando cristales rotos y cáscaras de cacahuete. La prominente barriga del viejo apenas cabía entre la mesa y el banco de madera en el que estaba sentado. Tenía la cabeza ligeramente ladeada y los

párpados entrecerrados; seguro que ya se había tomado unas copas.

Los dos letalisz se sentaron frente al viejo, que se despertó de golpe.

Se movió en su asiento, inquieto, pero al reconocer a Kazhimyr soltó un resoplido que apestaba a cerveza y a podrido.

—¿Qué quieres?

Kazhimyr miró a su alrededor disimuladamente para comprobar que todos hubieran vuelto a ocuparse de sus asuntos.

—Una marca de sangre.

Los documentos con sello oficial que indicaban el alcance de la magia de un individuo, sellados por la casa real. Todos los mánticos, en particular, debían presentarlos para viajar a Calyxar.

—No puedo ayudarte con eso. El viejo brujo fue arrestado hace un par de semanas.

El capitán solía recurrir a un brujo autodidacta que además era muy hábil en la creación de documentos falsificados, tan reales que podían engañar hasta a los guardias del puerto más estrictos, los sabuesos portuarios, como se los llamaba. Por supuesto, la magia de sangre descrita en los papeles no habría sido real, pues los guardias no veían con buenos ojos el tipo de magia defensiva que poseían Ravezio y Kazhimyr.

—Tenemos que llegar a Calyxar. Es imperativo.

—Me temo que necesitáis permiso real.

—Eso no es posible.

—Mira —dijo el capitán frotándose la mandíbula—, me gustaría ayudarte. Me iría muy bien el dinero, pero sin la marca de sangre no es posible.

—¿Alguna sugerencia?

—Si conocéis a algún elvynirio que tenga lazos de sangre con la isla, algunos guardias os dejarán pasar sin más. Pero no será fácil

encontrar un pasaje para cruzar la bahía de Qu'brysia en esta época del año. El mar está muy movido. Ni siquiera los capitanes más curtidos se arriesgan.

—Joder —exclamó Kazhimyr dejándose caer contra el respaldo del banco. Pero daba la casualidad de que sí conocían a un elvynirio con lazos familiares en la isla; a dos, de hecho. Solo que a esas alturas probablemente estarían a medio camino de la isla.

—Tengo que salir de aquí antes de que se me olvide mi jodido nombre —dijo el capitán poniéndose en pie y tambaleándose un poco, por lo que tuvo que agarrarse al borde de la mesa. Luego dejó seis monedas encima—. Buena suerte —añadió dándole una palmadita en el hombro a Ravezio, y se alejó.

Ravezio soltó un gruñido de frustración.

—¿Y ahora qué? Si no podemos zarpar de Qu'brysia, tendremos que viajar hasta Wyntertide.

—Eso si encontramos a alguien que nos proporcione una marca de sangre.

—Yo puedo conseguiros un pasaje.

Una voz procedente del otro extremo de la mesa hizo que Kazhimyr frunciera el ceño y se volviese. Se encontró con un hombre de piel pálida bebiendo cerveza de una jarra. Estaba claro que era elvynirio, a juzgar por sus orejas puntiagudas con numerosos pendientes que le asomaban por entre el cabello, de color verde bosque, aunque Kazhimyr no supo determinar su raza. El extraño acento, con un aire elegante, le hizo pensar que quizá fuera valgaciano, pero no conocía de ninguno que no tuviera cuernos.

Molesto por el hecho de que alguien hubiera oído su conversación, volvió a darse la vuelta y cruzó una mirada con Ravezio. Se aclaró la garganta y asintió, indicándole a su amigo que se levantara de la mesa. Ambos la rodearon hasta llegar adonde

estaba el desconocido, con el codo apoyado en la rodilla. También tenía un pendiente en el lado izquierdo del labio, un anillo de plata por el que se pasaba la lengua.

Había dos jarras de cerveza más sobre la mesa, como si los estuviera esperando, y les ofreció asiento con un ademán.

—Por favor. Insisto.

Kazhimyr echó una mirada rápida a la taberna y se sentó en el banco sin apartar la vista del desconocido, que les acercó las jarras.

—Yo me pago mis propias cervezas, gracias.

—Por supuesto.

Sin apartar la mirada de los dos letalisz, el desconocido hizo un gesto con la mano y, unos segundos más tarde, llegó la camarera.

—Mis amigos querrían otras dos jarras, si eres tan amable.

La mujer no era más que una sombra en la periferia del campo de visión de Kazhimyr, pero su «Por supuesto» le dejó claro que aquella petición la inquietaba un poco.

—Debería de haberlo pensado —se disculpó el desconocido encogiéndose de hombros—. Disculpa.

—¿Acostumbras a escuchar conversaciones privadas?

—Creedme cuando os digo que habría preferido no oírla. —Suspirando, echó un trago a su cerveza y se limpió la boca con el dorso de la mano—. Tener un oído tan fino es una maldición. Sospecho que encontrar una falsificación de calidad de una marca de sangre será difícil, y corréis el riesgo de que os pillen: los guardias del puerto primero disparan y luego preguntan. Afortunadamente, yo soy residente en Calyxar y resulta que me dispongo a viajar a casa.

La camarera puso dos jarras de cerveza frente a Kazhimyr y Ravezio y, antes de retirarse, le guiñó el ojo al hombre que tenían delante. Al seguirla con la mirada, Kazhimyr observó que las pocas mujeres presentes tenían los ojos puestos en el desconocido.

—¿Qué asuntos te traen a Susurria? —preguntó Ravezio.

—Pasaba por aquí. De hecho, nunca había estado tan al norte.

—Nosotros no buscamos compañero de viaje —dijo Kazhimyr levantando la jarra, pero tuvo que echar la cabeza atrás por el hedor de la cerveza agria y la volvió a dejar sobre la mesa.

—No encontraréis un brujo en todo Nyxteros capaz de crear una falsificación tan creíble como las de Maelrik. Por algo lo perseguía el rey.

Kazhimyr frunció los párpados y observó al desconocido.

—Bueno, eso es una opinión con bastante fundamento para alguien que no es de aquí.

—Llevo aquí tres noches. Las tormentas en el sur me han obligado a quedarme más de lo que habría querido. Es un pueblo pequeño, se oyen cosas, en particular las noticias de una detención.

El extraño se tiró de una de las orejas cubiertas de pendientes, un gesto que Kazhimyr no pasó por alto.

Instintivamente, se dio la vuelta y observó que un hombre salía de la taberna, al parecer borracho.

—¿Y cómo piensas conseguirnos los pasajes? —Ravezio olisqueó la cerveza, arrugó la nariz y, tras encogerse de hombros, decidió echar un trago. Enseguida tuvo que echar la cabeza adelante y escupir el líquido en la jarra, reacción que a Kazhimyr le habría parecido graciosa de no ser porque aquel tirón de la oreja lo tenía preocupado.

—Es un sabor al que hay que acostumbrarse —dijo el extraño levantando su jarra para beber—. En respuesta a tu pregunta, se me permite registrar a tres subordinados.

—«Subordinados» —dijo Kazhimyr sin inflexión en la voz—. ¿Tienes sangre noble?

El desconocido se inclinó hacia delante y bajó la voz.

—No os estaría proponiendo introduciros en Calyxar furtivamente si fuera rico.

—¿Cuánto? —preguntó Kazhimyr.

—Mil liros.

—Eso es mucho dinero para no tener garantías de que nos harás llegar a Calyxar.

El extraño levantó una ceja.

—Se paga una vez en el destino.

Ravezio se recostó en el asiento y se cruzó de brazos.

—¿Cómo podemos estar seguros de que dices la verdad? ¿De que eres residente en la isla?

Él sonrió y sacó un pergamino con un sello en lacre rojo.

—Porque, a diferencia de vosotros, yo sí tengo una marca de sangre para demostrarlo. Si alguien está corriendo un riesgo, soy yo. ¿Cómo sé que pagaréis una vez allí?

Kazhimyr no podía negar que, dadas las circunstancias, con los hombres del rey buscándolos, daba la impresión de que ellos corrían un riesgo mucho menor. A menos que el barco y la tripulación resultaran ser esclavistas.

—¿Cómo propones que se haga el transporte?

—Conozco un mercader en Wyntertide. Mis papeles dicen que soy contramaestre. Vosotros seríais mis subordinados.

Ravezio esbozó una sonrisa socarrona.

—Yo no friego cubiertas.

—No vas a fregar cubiertas, amigo —dijo el extraño sonriendo—. Estará todo firmado, por supuesto.

—Déjanos ver tus papeles.

Se quedó mirando a los dos letalisz un momento y les entregó la marca de sangre. Kazhimyr la abrió, confirmando lo que les había dicho.

—Dravien Nokvayne, elvynirio de la provincia de Monteszel. Tu nexumis incluye un oído extremadamente fino, habilidades para la navegación y la capacidad de detectar tormentas.

El hombre asintió.

—Ahora sabéis más de mí que yo de vosotros.

Kazhimyr le devolvió el documento.

—¿Y si decimos que no? Sospecho que podrías entregarnos por unas monedas.

El extraño se encogió de hombros.

—Yo no hago tratos con los guardias. Tengo mis motivos para evitarlos. Si decidís que no os interesa, nadie gana, nadie pierde. —Levantó su jarra y le dio un buen trago—. Os daré las buenas noches y, por lo que a mí respecta, no he hablado con nadie.

Kazhimyr se planteó la posibilidad por un momento. El instinto le decía que se alejara, pero eso los dejaría con aún menos posibilidades.

—Estamos cansados después de tanto viaje. No es una decisión que vayamos a tomar esta noche. Vendremos a verte por la mañana.

Y, sin darle ocasión de responder, Kazhimyr y Ravezio se pusieron en pie.

—Una advertencia, amigo mío —dijo el extraño—. Aquí hay quien piensa que tenéis algo que ver con el rey Sagaerin. He oído que hablaban de ello —dijo señalando con la cabeza a un grupo de aldeanos que estaban sentados en la esquina mirando a los dos asesinos.

—¿Y por qué iban a pensar eso?

—El alzamiento de Costelwick ha generado cierta inquietud y sospechas en los pueblos de los alrededores. A la gente no le gusta un rey que mata de hambre a su pueblo. Dado que no parecéis hombres del rey, aquí sois forasteros. Quizá prefiráis alojaros en

algún sitio de los alrededores de Susurria. Si buscáis donde dormir, os sugiero la vieja posada justo a las afueras del pueblo.

—La conozco.

—Por supuesto. Espero vuestras noticias por la mañana.

Kazhimyr pasó junto a aquel grupito de tipos robustos sin quitarles el ojo de encima. Aunque enfrentarse a varios oponentes a la vez no habría sido una novedad para dos asesinos entrenados como ellos, no tenían interés en llamar la atención, así que salieron de la taberna, y se encontraron con sus caballos tirados en medio de un charco de sangre, aún atados a sus postes.

Los habían degollado.

Kazhimyr sintió una rabia cegadora en las tripas que le hacía temblar todo el cuerpo intentando salir al exterior. No había duda de que el gesto que había observado tenía que ver con la muerte de sus monturas.

—Vamos a hacerlo, ¿no? —preguntó Ravezio, y soltó un suspiro desenfundando uno de sus puñales—. Nadie que mate a mi caballo queda sin castigo.

Kazhimyr desenvainó la espada y abrió la puerta de la taberna de un empujón. De pronto, sus sentidos se pusieron alerta y una hoja afilada cortó el aire con un silbido. Se agachó, tirando de Ravezio, y el puñal le pasó rozando la cabeza. El atacante, momentáneamente desarmado, fue a echar mano de otro puñal, pero no antes de que Kazhimyr se le echara encima. De un tajo en el muslo, le cortó la vena femoral, que comenzó a chorrear sangre por el suelo de la taberna. El hombre soltó un aullido y se fue cojeando a toda prisa hacia las mesas más cercanas.

Un repiqueteo metálico advirtió a Kazhimyr de que Ravezio estaba enfrentándose a un minero de aspecto desaliñado con el rostro manchado de hollín. El basilisco del brazo de su compañero

letalisz brilló, rogándole que lo dejaran convertir a alguien en piedra.

Otro atacante arremetió contra Kazhimyr con la espada en ristre. Este frustró el ataque y lo contuvo con un gruñido. Luego lo lanzó hacia la mesa que tenía detrás y, con una rápida estocada en su corazón, puso fin a la lucha antes de que comenzase siquiera.

Kazhimyr sintió un intenso calor en el brazo y, al darse la vuelta, vio a un aldeano clavándole su hoja en el bíceps. Levantó la bota y le dio una patada al hombre. A continuación le clavó la espada en el pecho y acabó con un mandoble horizontal que le segó el vientre, haciendo que las entrañas se le desparramaran por el suelo.

A su derecha, Ravezio combatía con el que parecía ser su tercer atacante, dado que ya había otros dos cuerpos sangrando en el suelo.

Una vez más, sus sentidos se aguzaron y, a los pocos segundos, sintió el contacto de una punta de espada en la espalda. Un segundo más y le habría atravesado el corazón. Sin embargo, Kazhimyr notó que la hoja mortal retrocedía y, al darse la vuelta, vio a Dravien retirar su puñal del cráneo del atacante.

El cuerpo cayó al suelo con un golpetazo sordo, y Dravien, con los labios apretados, soltó un suspiro al tiempo que limpiaba la hoja de su puñal con la túnica del muerto.

—Gracias —dijo Kazhimyr envainando de nuevo la espada. Se volvió hacia la barra, donde había media docena de hombres desangrándose.

—Parece que vais a necesitar caballos —dijo Dravien señalando con un gesto de la cabeza a los hombres que había matado—. Y da la casualidad de que sé de una granja donde encontrarlos.

—Y solo nos dirás dónde es si accedemos a contratarte, ¿verdad?

—Eso me convertiría en un cabrón aprovechado —dijo dando unos golpecitos a la empuñadura de su espada—. Pero, sí. Si

accedéis, os llevo.

Kazhimyr emitió un gruñido de desaprobación, pero se volvió hacia Ravezio, que se encogió de hombros.

—Está bien. Nos llevas a Calyxar por mil liros.

—Bueno, con los caballos el precio aumenta hasta los mil doscientos cincuenta, me temo.

—Muy bien. —Kazhimyr le dio un puñetazo en la cara al elvynirio, que acabó sentado en el suelo—. Eso por degollar a nuestros caballos. Capullo.

18

Zevander



Pasado

Sentado en el mugriento suelo de su celda, con la mirada perdida en la oscuridad, Zevander sintió la presión de la pared, fría y húmeda, en la espalda magullada.

Estaba solo.

Completamente solo en aquel lugar.

Aunque se había pasado años sin ver a su padre, hasta pocos días antes le reconfortaba saber que estaba ahí. Verlo de nuevo le había dado cierta paz y esperanza, pero esa esperanza había desaparecido al oír el nombre de su madre saliendo de la garganta del anciano Rydainn en el momento de su muerte.

Con las muñecas atadas apoyadas en el regazo, apretó los puños, lleno de rabia una vez más al recordar la escena. Sabiendo por fin lo que había hecho su padre, Zevander ya no podía correr un velo de odio e indiferencia ante la agonía de su muerte. El dolor le atravesaba el cuerpo como una herida abierta, así que apretó los

dientes, haciendo un esfuerzo supremo para no venirse abajo.

El desagradable crujido de la puerta de la celda lo alertó de que había acudido alguien a verlo, pero no se molestó en levantar la mirada. Desde luego no iba a ser nadie a quien considerara amigo. La confirmación le llegó con la voz del custodio:

—Te he traído la cena.

El repiqueteo de un cuenco de hojalata lo despertó de sus ensoñaciones y, al volverse, vio unas cenizas negras tiradas por el suelo.

El guardia soltó una risita maliciosa.

—Iba a tirarlo al foso, pero he pensado que quizá quisieras presentarle tus últimos respetos. ¿Quién es ahora el nacido del fuego?

Otra risotada. Zevander sintió que se le tensaban todos los músculos al contemplar lo que presumiblemente eran los restos incinerados de su padre.

Las risas cesaron de pronto cuando se oyeron unos pasos decididos de botas y metal acercándose por el pasillo. Al levantar la vista, Zevander vio a la general Loyce entrando en su celda, llenando el espacio con su intimidatoria presencia.

—Bueno, bueno, si es la imponente bestia que ha acabado con el órgodo más temido de todo Quebrantahuesos. Encadenado al suelo resultas mucho menos amenazante, ¿no te parece? —Avanzó lentamente hasta situarse frente a Zevander, como una nube de tormenta que absorbiera hasta el último resquicio de luz que llegaba a su celda—. De rodillas, chico.

Zevander apretó los dientes, pero no se movió. No se achicó ante su presencia; no temía las consecuencias que le acarrearía, inevitablemente, su insolencia.

—Venga, «resurge de tus cenizas» y ponte de rodillas —dijo el

custodio, burlón, pero las ganas de reír se le pasaron en cuanto vio el gesto serio de la general.

Con una mueca de desdén, como si el custodio le diera asco, se volvió de nuevo hacia Zevander.

—No te lo voy a decir otra vez. De rodillas.

Una vez más, este se negó.

Una patada fulminante en el tobillo lesionado hizo que una llamarada de agonía le recorriera la pierna, pero Zevander apretó los dientes, tragándose el dolor. Por mucho daño que le hicieran, no iba a arrodillarse ante nadie voluntariamente.

—Muy bien —dijo ella como si le leyera el pensamiento. Un momento más tarde, un órgodo se dirigió hacia él. El órgodo que aún tenía las manos manchadas con la sangre de su padre.

Zevander se quedó inmóvil mientras la bestia se agachaba para levantarlo y, en cuanto lo tuvo cerca, le clavó los dientes en su oreja puntiaguda.

Un rugido reverberó en las paredes de la celda y, con un potente puñetazo en el pecho, la bestia lanzó de nuevo al suelo a Zevander, que se golpeó contra el suelo de piedra.

Puso una mueca de dolor y se echó hacia un lado mientras el órgodo retrocedía con expresión de terror cubriéndose la oreja con las manos.

Zevander forzó una sonrisa a pesar de la rabia que lo consumía, mostró el pequeño fragmento de carne que tenía entre los dientes y luego lo escupió a los pies del órgodo.

La bestia rugió y volvió a lanzársele encima, pero la general Loyce levantó una mano, frenándolo de golpe.

—Ponlo de rodillas *sin* aplastarlo.

Soltando otro rugido y sin apartar una mano de la oreja ensangrentada, agarró a Zevander de la nuca con la otra. El dolor

que le provocó hacerlo y ponerlo de rodillas prácticamente lo dejó paralizado.

—Abre la boca.

Zevander mantuvo la boca cerrada, desafiante. Ya se imaginaba lo que pretendía la general.

—¡He dicho que abras la boca!

Con el sabor a cobre en la boca de haber mordido al órgodo, escupió a la general Loyce.

De repente, sin que la general tuviera que ordenárselo, el órgodo lo sujetó por la barbilla con una de sus gruesas palmas cubiertas de callos mientras con la otra mano lo agarraba de la parte superior del cráneo. Zevander tenía los ojos cerrados, pero vio fogonazos de luz mientras contenía los embates del órgodo, que forcejeaba para abrirle la boca.

Sintió el contacto de la ceniza seca en la lengua y el sonido de sus gruñidos rabiosos quedaron eclipsados por las risas del custodio y el órgodo.

—Ahora traga —le ordenó la general Loyce apretando los dientes con gesto de rabia.

Una vez liberado de la tenaza del órgodo, Zevander tosió y la ceniza salió volando de su boca en una nube gris. Entre arcadas, escupió el hollín húmedo al suelo.

Oyó entrechocar el metal de la armadura de la general, que se agachó para ponerse a su lado.

—Cuánto carácter. Me encantará domarte. —Le pasó un dedo por la mejilla y Zevander apartó la cara con una mueca de asco—. Esta noche me voy a Luximos. Encárgate de que me lo traigan dentro de tres días. Peferiblemente limpio.

—Por supuesto, general.

Se puso en pie.

—Y no más palizas, o me encargaré de que te encadenen a su lado.

—Entendido —respondió el custodio claramente decepcionado.

Sin decir nada más, se fue de la celda y Zevander se quedó mirando las huellas de sus botas en el suelo, sobre las cenizas de su padre. Sintió una nueva oleada de rabia.

—¿Quieres saber por qué desprecio a los tuyos? —dijo el custodio sin darle oportunidad de responder—. Sois débiles. Cuando le dije a tu padre que te había enviado a luchar contra un órgodo, lloró como una mujer. Y tú, con esa cara paliducha y esos ojos de aspecto infernal… —Apretó los labios y se cruzó de brazos—. Una lástima lo de Jagron; era un buen guardia, confiaba en la lealtad de los suyos: los llamaba hermanos. ¿Tú crees que a alguien aquí le importa un comino la lealtad? Aquí el poder te proporciona respeto. Cuanto más poder tienes, más te respetan, y tú, amigo mío, no tienes el más mínimo poder.

—Estoy listo para volver al trabajo —dijo Zevander con los dientes apretados, indiferente a todo aquello.

—Oh, no vas a volver a las minas. No te confundas, me encantaría verte enfrentándote a otro de mis amigos órgodos, pero… da la impresión de que la general Loyce se ha prendado de ti después de esa lucha. Ha solicitado que te unas a la Dorona, su cohorte de pájaros enjaulados. Algo peor que este lugar, por lo que yo sé. —En su rostro apareció una sonrisa malvada que puso al descubierto sus dientes marrones—. Peor que la muerte.

19

Maevyth



Presente

Un sonoro golpetazo me despertó, sobresaltándome y, de la impresión, me di en el pie con algo. El libro que había estado leyendo se me había caído del regazo y yacía en el suelo, abierto en dos, como un pájaro muerto.

El viento aullaba contra los finos cristales de la ventana. Me balanceé en la mecedora y observé que la cabaña estaba demasiado en silencio.

—¿Zevander? —dije, aún tensa por el accidentado despertar.

Recorrí la habitación con la mirada, pero no había ni rastro de él. Fruncí el ceño y me puse en pie. En el dormitorio de atrás tampoco estaba. Cuando llegué a la puerta de Aleysia, eché un vistazo dentro, aunque no oía más que su suave ronquido al otro lado.

«¿Dónde estará?».

Al pasar junto a la ventana vi una figura en el porche y me dio

un vuelco el corazón. Entorné los ojos y estudié aquella figura sombría que tapaba la luz de la luna.

«¿Zevander?».

Fui corriendo hasta la puerta y la abrí de golpe.

Zevander estaba de espaldas y no reaccionó ante mi presencia. Observé que llevaba algo colgando del puño. Un conejo blanco, cubierto de lo que imaginé que sería sangre, aunque estaba demasiado oscuro como para confirmarlo. El pataleo del animal me confirmó que seguía vivo.

Lentamente rodeé a Zevander hasta situarme a su lado. El brillo oscuro que advertí sobre su boca y barbilla me hizo plantearme si también sería sangre. Tenía la vista fija en algún punto del patio, pero cuando me volví a mirar no vi nada.

—¿Zevander?

Se dio la vuelta y pareció mirar a mis espaldas, con la vista desenfocada y los ojos negros como el ónix, y al hacerlo la luz del fuego le dio un leve brillo rojizo a la mancha brillante que tenía en la barbilla. Sin duda era sangre.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté frunciendo el ceño.

—Esperar.

—¿El qué?

—La muerte.

Me estremecí y me volví hacia el patio, donde vi decenas de ojos brillantes mirándome. Contuve un grito y eché mano del brazo de Zevander, agarrándome a su bíceps.

—Venga, tenemos que entrar. Ahora.

—*Te'igniret abysira*.

—Entra, Zevander. ¡Vamos!

Los ojos repartidos por el campo parpadearon al unísono, como si pertenecieran a una única criatura, y yo tiré más fuerte de su

brazo.

—¡Zevander!

Él cerró los ojos, dejando caer la cabeza hacia delante, pero se mantuvo en pie.

—¡Maldita sea, Zevander! ¡Despierta!

Sus músculos se contrajeron con fuerza y sus párpados se abrieron de golpe. Cuando me miró, en lugar del negro, había aparecido el verdadero color de sus ojos.

—¿Maevyth?

Solté un suspiro de alivio, pero duró poco, porque, en cuanto me di la vuelta, decenas de bestias de un blanco pálido comenzaron a cruzar el patio a la carrera sobre sus largas patas de araña.

—¡Entra! ¡Corre!

Echó un último vistazo a aquellas aterradoras criaturas, me rodeó con el brazo y me metió en la cabaña, cerrando de un portazo.

—¿Qué demonios…?

Levantó el conejo y, a la luz de la chimenea, distinguí un pedazo de carne brillante en el lugar donde había recibido un mordisco.

La vista se me fue de inmediato al rostro ensangrentado de Zevander.

—¿Qué has hecho?

—No lo sé. Estaba cazando. Había un… —Frunció el ceño, como si le costara recordar—. Un ciervo. Un ciervo en el bosque. Le seguí el rastro durante un rato. Luego, por algún motivo, lo perdí de vista entre la niebla y me encontré con un enorme árbol podrido. Transmitía una sensación muy extraña.

—¿Qué sensación?

Arrugó aún más la frente.

—Miedo.

Se quedó mirando al infinito un momento hasta que un temblor en el brazo lo sacó de su ensoñación. Levantando de nuevo el conejo, lo miró por todos lados y a continuación lo tiró al suelo, donde se quedó jadeando y pataleando.

—Esto está ocurriendo con demasiada frecuencia. Estos momentos en que sueñas despierto…, y me temo que va a ir a peor.

Cogí un trapo de la mesa y lo mojé en la palangana. Escurrí el exceso de agua y, cuando me volví, me lo encontré delante. De pronto no podía moverme, aprisionada entre su enorme cuerpo y la mesa.

Con la mirada fija en mis ojos, echó mano del trapo que tenía en la mano y se limpió la sangre del rostro. Cuando intenté zafarme, me agarró el brazo con fuerza.

—Es mantenerme alejado de ti lo que me vuelve loco. —Sin quitarme la vista de encima, meneó la cabeza y se llevó mi mano al pecho—. No quiero decir que sea culpa tuya. —Arrastró la palma de mi mano de su pecho al abdomen y sentí cómo se tensaban sus músculos al contacto con mi piel—. No suele gustarme que me toque nadie, pero he deseado que tú lo hicieras con tantas ganas que me he llegado a cuestionar mi cordura.

—Zevander, si mantengo las distancias es por tu propio bien. Cuanta más intimidad haya entre nosotros, más difícil será…

No acabé la frase.

—¿El qué? Dilo.

De pronto lo vi todo borroso y negué con la cabeza, parpadeando para enjugarme las lágrimas. No quería dejarme llevar por el egoísmo. Si no conseguíamos encontrar el vivicanto, se vería obligado a volver a Etiria, aunque eso supusiera incumplir su promesa.

—Cada día que pasas sin vivicanto, temo que te pase algo malo.

Me niego a ser el motivo por el que sigues aquí. No quiero ver cómo te vas deteriorando cada vez más.

—Y yo me niego a volver sin ti. —Se acercó aún más, presionando su cuerpo contra el mío—. Deja el tema.

Mis emociones se dispararon.

—¡No, deja tú de hacer promesas que no puedes cumplir! —Le di un empujón en el pecho, pero no pude moverlo: su cuerpo se había convertido en un muro—. Estos episodios que estás sufriendo no van a hacer más que empeorar. ¿Y si no hay vivicanto en casa de Moros? No te quedarán más opciones. Tendrás que regresar.

—¿De dónde sacó las piedras?

—Moros dijo que las había extraído de las montañas de Lyveria.

—Entonces iremos a las montañas de Lyveria. En cualquier caso, no voy a dejarte. —Con la mandíbula tensa, apartó la mirada—. Mantén las distancias si es lo que quieres. Pero no lo hagas por mí.

Tenía la cabeza llena de pensamientos contradictorios, un clamor que me golpeaba el cráneo por dentro, como una jauría de perros rabiosos pateando, gruñendo, mordiendo. Sentí el aire más denso a mi alrededor, tenso, vibrando, el delicado lapso entre el relámpago y el trueno. Me dejé llevar por el instinto: me puse de puntillas y le rodeé el cuello con los brazos. Movida por una necesidad irrefrenable, lo besé.

No tardó ni un instante en aferrarme y subirme a la mesa, empujándome con su cuerpo para que me inclinara sobre ella. Hundió los dedos en mi cabello, con la respiración entrecortada y las manos temblorosas, agarrándome como si fuera a escurrirme entre sus dedos en cualquier momento. Con nuestras bocas fundidas en una sola, me besó con fuerza, sin apartarse ni para coger aliento.

Jadeé en el interior de su boca y aun así se negó a soltarme.

Sus labios me consumían, desesperados, hambrientos.

—He intentado apartarme de ti —dijo con voz ronca antes de pasar a mi cuello, mi barbilla, mi garganta, como si no pudiera decidir por dónde empezar o cómo detenerse—. He intentado respetar tus deseos.

Deslizó la boca hasta mi clavícula y me mordió suavemente en la base del cuello.

Arqueé el cuerpo con un gemido y me presionó la zona baja de la espalda con manos firmes, tirando de mí.

—Pero soy incapaz. Necesito esto, tus manos sobre mí. —Tiró del cuello de mi camisa lo justo para dejarme el hombro al descubierto y me lo besó—. Noto el deseo que siento por ti clavado como un cuchillo en el pecho.

Me presionó los muslos con las caderas y el grueso bulto que le tensaba la entrepierna demostraba que lo que decía era cierto. Se incorporó y se arrancó la camisa, dejando su torso a la vista. Me agarró de las muñecas y tiró de mí hasta ponerme contra su vientre, que se le tensó en cuanto entramos en contacto.

Yo le recorrí la espalda con las manos y le besé el pecho.

—Yo también te deseo —susurré pegada a su piel. Le pasé la lengua por el pezón y él echó la cabeza atrás, emitiendo un sonido gutural, profundo que me recordó al de un animal.

Agarrándole el brazo, conduje su mano por debajo de mi camisa, llevándola hasta mi pecho, donde necesitaba su contacto tanto como él necesitaba el mío. Me acarició el pezón con su mano callosa y pegó sus labios a mi garganta. En ese momento, todas las noches que nos habíamos estado esquivando el uno al otro me parecieron un castigo. Clavándole los dedos en los costados, tiré de él al tiempo que me tendía sobre la mesa, y él me siguió, apoyando los codos a ambos lados de mi cabeza.

Tras una brevísima pausa, mientras me besaba detrás de la

oreja, me bajó los pantalones por los muslos, mirándome con la misma reverencia con que se arrodillaría un devoto ante el altar. Los ojos se le oscurecieron con lo que fuera que estuviera pensando, se humedeció los labios y se tendió encima de mí de nuevo, recorriéndome la piel con la lengua hasta la hondonada entre mis pechos.

Abrí la boca en busca de aire y, cuando me besó el vientre, le agarré del cabello, jadeando, temblando.

Me acarició la piel con la nariz, respirando hondo, y clavó los dedos en mis costados.

—Estaba hambriento de ti —dijo con la voz entrecortada. Echó mano de una silla que estaba cerca y se dejó caer encima—. Pero voy a tomarme mi tiempo para saborear hasta la última gota.

Me agarró con sus fuertes manos por detrás de las rodillas y tiró de mí para acercarme al borde de la mesa, con anhelo y reverencia en los ojos. En cuanto hundió el rostro entre mis muslos y empezó a deslizar la lengua por mis puntos más sensibles, arqueé la espalda y abrí la boca en un gemido desesperado.

—Maldita sea, no hay nada más sagrado que ese sonido —dijo, e introdujo la lengua aún más en mi cuerpo. Los muslos me temblaban de placer, buscándolo, resbalando pegados a él como seda húmeda.

Con los dedos hundidos en su cabello, apoyé los pies en sus fornidos muslos, dando rienda suelta a aquellas oleadas de placer que me atravesaban todo el cuerpo.

Él gruñó, lamiéndome con la misma gratitud que un hambriento le da un bocado a la suave pulpa de un melocotón maduro, como si hubiera esperado demasiado aquello. Sin prisas ni precipitación, pero saboreando el momento, tal como había prometido. Lengua, labios, respiración…, no hubo nada en mí que no reaccionara al contacto

con su boca.

Unos gemidos contenidos interrumpían mis jadeos. Una ráfaga ardiente se extendía por debajo de mi piel, recorriendo todo mi cuerpo, desesperado, ansioso, enloquecido con cada movimiento de su lengua.

«Dioses, por favor, que no pare».

Quería que se empachara de mí hasta que yo no pudiera más.

Me clavó los dedos con fuerza en los muslos y, en ese momento, giré la cabeza y vi al conejo tirado en el suelo, moviéndose espasmódicamente.

De pronto, el animal me miró con aquellos ojos negros sin fondo y me sentí inquieta.

Luego se quedó inmóvil.

Se oyó un chillido escalofriante y me volví de golpe hacia la habitación de Aleysia. Eché una mirada fugaz a Zevander y bajé de la mesa, me subí los pantalones y corrí hacia la puerta. Antes de que pudiera echar mano de la llave oculta sobre el marco, Zevander me agarró del brazo.

—Debería ir yo delante. Quizá no sea la misma que recuerdas.

Sacudí el brazo para soltarme.

—Entiendo tu preocupación, pero ella no te ha visto nunca, y no tienes precisamente un aspecto amistoso. Si está despierta, quiero que me vea a mí primero.

Apretó los labios y resopló por la nariz.

—Muy bien. Pero me quedo aquí por si acaso.

Otro chillido atravesó la puerta y me puse de puntillas, tanteando el marco con los dedos desesperadamente en busca de la llave.

Zevander la encontró primero y me la dio. La preocupación era visible en su rostro.

Los chillidos se sucedieron, poniéndome los pelos de punta. Con manos temblorosas, introduje la llave en la cerradura y abrí la puerta.

Me encontré a mi hermana sentada en la cama. Paseaba la mirada por la habitación. No parecía angustiada, pese a tener las manos atadas a los lados de la cama.

Cuando por fin me vio, esbozó una sonrisa tímida.

—¿Maevyth?

Los ojos se me llenaron de lágrimas, difuminando su silueta.

—Aleysia.

Se le borró la sonrisa al verme mejor.

—Tus ojos son… plateados.

Levantó la vista, dirigiendo la mirada a algún punto detrás de mí —Zevander, supuse—, y agitó las manos, sobresaltada, tensando las ataduras.

—Es un amigo —le aseguré volviéndome hacia él. Afortunadamente, antes se había limpiado la sangre del rostro, o a Aleysia le habría dado un infarto.

Ella abrió los ojos como platos y se apoyó en el cabecero al tiempo que se inclinaba como si tratara de ver algo a mi espalda.

—¿*Ella* también está aquí? ¿La Arpía?

Su reacción me hizo pensar que quizá Elowen hubiese tenido malas intenciones al meterla en aquel sótano.

—No, no está aquí.

Con el corazón desbocado, crucé la habitación lentamente, a pesar de que todos los músculos me pedían que fuera corriendo a su encuentro, para abrazarla y estrujarle los huesos, para soltar ese grito de alegría que tenía en la garganta, porque nunca me había dado tanta alegría ver aquellos ojos de un azul intenso. Pero la felicidad que bullía en mi interior quedaba contenida por la

prudencia.

De todos modos, a primera vista no advertí nada raro en ella. De hecho, se la veía bastante tranquila, dadas las circunstancias.

Tiró de sus ligaduras y frunció el ceño mirándolas.

—¿Esto qué es?

—Una precaución —dije, y comencé a soltarle los nudos de una muñeca mientras Zevander soltaba los de la otra.

Ella no le quitaba ojo de encima, preocupada. Una vez estuvo liberada, me senté en el borde de la cama.

—¿Estás bien? ¿Te encuentras bien?

Ella arrugó la frente.

—¿Me estás preguntando si soy una de esas cosas? —dijo con un ligero temblor en la voz.

Si lo era, dudé que fuese a tener la fortaleza mental para decírmelo.

—No, te estoy preguntando si te encuentras bien, si necesitas algo.

—Comida. Me muero de hambre.

Asentí, con los ojos llenos de lágrimas otra vez, una vez superada la sorpresa inicial y consciente de la situación.

—Entonces estás bien.

No pude esperar más y la rodeé con los brazos, temblando, dominada por las emociones. Al principio ella no me devolvió el abrazo, pero luego sentí cómo me rodeaba con los brazos.

—¿Dónde has estado? —me susurró.

La pregunta me hizo sonreír.

—No te lo creerías si te lo dijera. —Me separé de ella y le cogí la mano—. Ya nos pondremos al día, pero primero deja que te traiga algo de comer.

—¿Tenemos algo de carne?

Aunque sin duda el mundo había cambiado desde la última vez que había visto a mi hermana, aquella pregunta me sorprendió, dado que Aleysia nunca había tenido especial devoción por la carne.

Miré más allá de donde se encontraba Zevander, que ya se dirigía a la puerta para ir donde estaba el conejo, en la otra habitación.

—Resulta que sí. —Tenía que ordenar mis pensamientos, así que me levanté de la cama, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho—. Vuelvo enseguida.

Sonreí y seguí a Zevander fuera de la habitación, pero nada más cerrar la puerta se me borró la sonrisa.

Él ladeó la cabeza.

—¿Estás bien? —me preguntó en voz baja.

Asentí, solté un gran suspiro y me fui a la pequeña cocina, donde cogí uno de los frascos de zanahorias del que había estado picoteando antes.

Sentía frío en el pecho, como si un puño me estrujase los pulmones, y noté un cosquilleo extendiéndose por mi rostro y brazos. Me falló el equilibrio y el ruido del vidrio al romperse me alertó de la caída del frasco.

—¿Maevyth?

La voz de Zevander fue un sonido distante en comparación con el ruido que me taponaba los oídos. Antes de que pudiera darme cuenta de lo que pasaba, sentí sus brazos rodeándome, apretándome, como si supiera exactamente lo que necesitaba.

Me envolvió la nuca con la palma de la mano y posó la otra sobre mi espalda, agarrándome.

—Respira —dijo en un susurro.

Con los ojos cerrados, asentí y aspiré con fuerza por la nariz, sintiendo el latido de las venas en las sienes. Pasaron unos segundos antes de que comenzase a desaparecer aquella sensación.

Él dio un paso atrás y ladeó la cabeza, buscando mi mirada.

—¿Estás bien?

Asentí de nuevo, con la respiración algo entrecortada.

—¿Cómo te has dado cuenta…?

—De pronto te has puesto pálida como un fantasma. Parecías estar a punto de desmayarte.

—Pero tú… sabías que tenías que agarrarme la nuca.

Zevander se encogió de hombros.

—Me ha parecido una reacción natural.

—Llevo años sin tener un ataque como este. Probablemente me haya pasado por todo esto de Aleysia y lo que pueda significar.

—Afrontemos las preocupaciones una a una. —Me acarició el cabello y me besó en la frente—. Ya me ocupo yo del conejo.

Se dirigió hacia el animal y yo no pude evitar poner voz a mis pensamientos:

—Zevander, ¿tú crees que ha sido coincidencia que se haya despertado justo en el momento en que ha muerto el conejo?

—Si me lo hubieras preguntado hace una semana, te habría dicho que eso no tenía sentido. Ahora no lo sé. —Recogió el animal y tomó un trozo cuadrado de arpillera que había traído del establo unos días antes, al encontrar una ardilla en la linde del bosque. Se sentó en la silla junto a la mesa, dándome la espalda, probablemente como favor personal, dado que le había dicho que no quería ver aquello.

Recogí los pedazos de vidrio y llené una cazuela con agua, zanahorias y especias, intentando pasar por alto los ruidos que hacía al desollar el animal. Para cuando puse la cazuela en el fogón, él ya había acabado de despellejar al pobre conejo y lo metió dentro con las zanahorias y los otros aderezos.

Mientras el guiso cocía, me colé de nuevo en la habitación de

Aleysia y me la encontré sentada al borde de la cama, de espaldas a la puerta.

—Las oigo ahí fuera… A esas cosas. —La vi estremecerse, así que rodeé la cama de puntillas para sentarme a su lado—. Son aterradoras—. Comenzó a balancearse, con una mirada de pánico, y soltó un leve quejido—. ¿Has visto lo que son capaces de hacer?

—Sí. El tío Felix intentó atacarme. Era uno de ellos.

Aleysia se volvió de golpe.

—¿El tío Felix? —Un movimiento me llamó la atención y, al bajar la mirada, vi que se tocaba los pulgares con todos los dedos de las manos, una y otra vez, como si fuera un nuevo tic—. ¿Cómo conseguiste huir?

—Tengo mucho que contarte. Y no tengo claro que sea este el mejor momento. Pero lo haré, te lo prometo. Te lo contaré todo.

—Cuando cruzaste ese arco y no volviste, pensé… —Sus ojos tenían un brillo intenso y echó la cabeza un poco hacia atrás—. En ese momento supe que estaba completamente sola en el mundo. Lo sentía dentro de mí. Ese oscuro vacío que se iba abriendo en mi pecho. —Miró al infinito, como si estuviera sumida en un trance—. De no ser por Moros, dudo que hubiera salido viva de ese bosque.

—¿Moros te ayudó a salir del bosque?

Mi tono llano dejaba claro que me negaba a creer sus palabras. La última vez que había visto a Moros, este había acabado transformado en una versión grotesca de sí mismo después de que lo devorase la misma criatura que le arrancara la piel al tío Riftyn. Sin duda, Aleysia se había engañado con respecto a lo sucedido esa noche. Había sufrido un trauma, había perdido el bebé que esperaba y la habían enviado a aquel aterrador bosque, todo de golpe. Pero la curiosidad me hizo seguir preguntándole.

—¿Y te sentiste segura con él?

—Sí. Me dijo que no me preocupara, que me ayudaría a encontrarte. —Se volvió hacia mí con una extraña expresión de sobrecogimiento—. Y aquí estás.

—Cuéntame qué pasó.

Se encogió de hombros.

—En realidad, no hay mucho que contar. Cuando me ayudó a salir del bosque, la multitud ya se había dispersado. Reinaba un silencio extraño, tranquilizador. Por un momento se me ocurrió pensar que quizá hubiera muerto. Que quizá Moros y yo estuviéramos muertos y nuestros espíritus estuviesen caminando uno al lado del otro. —Se quedó mirando al infinito otra vez, como si estuviera reviviendo aquella noche, y la escena también me vino a la mente a mí, como deslizándose entre el fango de mis recuerdos—. En cuanto llegamos a la puerta de casa de Agatha, supe que no era así cuando ella se negó a dejarme entrar. El más allá no podía ser tan cruel. Al fin y al cabo, la crueldad y el rechazo son propios del mundo de los vivos. —Suspiró—. El caso es que fue Moros quien me acogió, quien me dio cobijo cuando aquellas bestias salieron reptando del bosque.

Yo quería creer en sus palabras, pensar que todo lo que había visto aquella noche no había sido más que una ilusión, pero no pude. Me negué porque, aunque Moros no se hubiera transformado en un monstruo macabro delante de mis propios ojos, era una mala persona. Una mala persona capaz de coserles las piernas a unas mujeres y que me había amenazado con convertirme en una de sus grotescas sirenas.

—Eso no puede ser. Aleysia, yo vi al ferovor devorar a Moros y adoptar su aspecto.

—Yo también vi muchas cosas esa noche. Vi al tío Riftyn en los confines del bosque llamándome. Moros me dijo que no era real,

que estaba todo en mi cabeza, que esas bestias, con sus mordiscos, me habían introducido algún tipo de veneno, ¿sabes? Porque estaba sufriendo alucinaciones. Eso lo sé ahora.

No me molesté en explicarle el modo atroz en que había muerto el tío Riftyn ante mis propios ojos.

—Cuando te encontramos, estabas tendida en el suelo del sótano, como si Elowen te hubiera dejado allí.

—¿Elowen?

—La Arpía.

—Sí. Fue ella quien me dejó allí —dijo, y puso una mueca malévola—. Esa pérfida bruja intentó matarme.

—¿Por qué?

—No estoy segura. Al principio se mostró muy amable. Cuando dejé a Moros…

—¿Dejaste a Moros?

—Sí. Bueno, técnicamente fue él quien me dejó a mí. Me encerró en uno de los dormitorios de su mansión.

—Intentó hacerte daño.

—No. Se fue con bastante prisa y me encerró en el dormitorio, más o menos cuando esos monstruos se dirigían al pueblo. Sospecho que intentaba protegerme. —No dejaba de tocarse los pulgares con los dedos de las manos en un movimiento constante—. Supongo que se convirtió en uno de ellos.

—Así que conseguiste escapar.

—Sí. —Frunció el ceño y se frotó la sien—. Estoy segura de que es eso lo que ocurrió. Y no sé cómo acabé aquí.

—Has dicho que la Arpía al principio se mostró amable. ¿Te llevó a su casa?

Aleysia levantó la nariz y cerró los ojos, aspirando el olor.

—¿Es conejo lo que huelo?

—Sí. Aún tiene que cocinarse un poco más.

—Tengo muchísima hambre. Me voy a comer un trozo ahora si te parece bien.

—Aún no está, Aleysia. ¿No recuerdas la última vez que tomaste carne cruda por error?

Ladeó la cabeza.

—No.

—Te pusiste enferma. Vomitaste toda la noche. Después de eso prácticamente dejaste de comer carne.

—Bueno, tal como están las cosas no podemos ponernos demasiado exquisitos con la comida, ¿no? Supongo que me he vuelto menos exigente después de que el mundo se fuera al infierno.

—Enseguida estará hecho. Mientras tanto, hay otras cosas: manzanas en conserva, unos tomates guisados…

Dejó caer los hombros, decepcionada.

—Me muero de ganas de comer carne. Tengo muchísima hambre. Ni siquiera recuerdo la última vez que comí.

—Aleysia, te prometo que solo serán unos…

—¡Maevyth! —El fogonazo de rabia que le encendió los ojos fue desapareciendo poco a poco al desviar la mirada hacia la puerta, donde estaba segura de que se encontraba Zevander observándonos —. Perdóname, no quería levantarte la voz. Estoy un poco alterada.

Asentí y me fui hacia la puerta.

—Ahora te traigo algo de comer.

Al pasar junto a Zevander, que no apartó la vista de Aleysia, le apoyé la mano en el brazo.

—No pasa nada.

Aunque el conejo no estaba completamente rosado, sabía que no se había cocinado lo suficiente como para estar hecho. Aun así, eché un poco de sopa en un cuenco y corté unos trozos de carne

que no parecían crudos del todo.

—¿Estás segura de que todo va bien? —preguntó Zevander cuando pasé de nuevo por delante de él de camino al dormitorio.

—Sí. Es solo que está muy hambrienta —cuando me hube alejado un poco, añadí, entre dientes— y de mal humor.

Después de entregarle la comida con cuidado, me senté en la silla frente a ella, observando cómo se llevaba la sopa a la boca sin ninguna delicadeza. El caldo le goteaba por la barbilla y prácticamente hundió el rostro en el cuenco para llegar a la carne.

—Ten cuidado, Aleysia. Está muy caliente.

Cuando apartó el cuenco, estaba mirándome con el ceño fruncido y enseñando los dientes, como una bestia salvaje. Al verla así, se me puso de punta el vello de la nuca.

Pero al momento soltó una carcajada.

—Era broma. ¿Te acuerdas del perro de la señora Castor, que gruñía a cualquiera que pasara cerca de su comedero?

Aquel recuerdo me hizo esbozar una sonrisa.

—Sí, sí que me acuerdo.

Me sentí aliviada de que recordara cosas así.

—Odiaba a aquel chucho sarnoso.

—Yo quiero pensar que en realidad era un incomprendido.

—Sí, bueno. Y, hablando de chuchos, aún no me has presentado a tu amigo.

Al oír que lo insultaba, fruncí el ceño.

—Se llama Zevander.

—¿Zevander? ¿Qué tipo de nombre es ese?

—Vespyrio —dijo Zevander desde atrás, apoyado en el marco de la puerta—. Significa veloz.

Aleysia levantó la vista y el rubor en sus mejillas me dejó claro que hasta entonces no se había dado cuenta de que estaba allí.

—No he oído hablar nunca de los vespyrios.

—Tal como te decía…, tengo que contarte muchas cosas. —Esperé a que volviera a fijar la mirada en mí—. Me estabas diciendo que la Arpía te llevó con ella después de que huyeras de Moros.

—No hui de Moros, boba: me escapé de su casa.

—Vale. Y Elow…, la Arpía te dio cobijo.

—Lo hizo. Y luego me metió en un sótano frío por motivos que no consigo entender. —Dio cuatro golpecitos en el cuenco con la cuchara. Hizo una pausa y dio cuatro golpecitos más. Pero, antes de que pudiera preguntarle por su extraño comportamiento, añadió—: ¿Podría descansar un poco? Aún estoy un poco mareada.

—Por supuesto. Sí. Tenemos mucho tiempo para ponernos al día.

—Sí. Mucho, ahora que has vuelto.

—Estaré en la otra habitación, por si me necesitas.

Ella me entregó el cuenco y me sonrió.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Salí de la habitación, cerrando la puerta a mi espalda, y, después de dejar el cuenco sobre la mesa, me dirigí a la mecedora, donde Zevander estaba afilando sus cuchillos frente al hogar. Fijé la vista en las llamas, con una sensación de frío y entumecimiento en el cuerpo.

Zevander me miró.

—¿Qué pasa?

—Bueno, no parece que esté contagiada, pero tampoco parece ella misma.

—¿Y eso?

—Da la impresión de que todo lo que ha pasado no le importa demasiado.

—Supongo que habrá sido muy duro para ella.

—Sí, por supuesto, suena todo muy traumático. Pensaba que yo había desaparecido para siempre, tuvo que huir de Moros y luego a saber qué pasó para que acabara encerrada en un sótano. Pero está convencida de que Moros la ayudó a salir del bosque. De verdad cree que él *la ayudó*. —Meneé la cabeza, cada vez más confundida —. Eso es imposible. Yo vi cómo se lo tragaba aquella bestia. No fue ninguna alucinación. —Me mordisqueé el labio inferior, repasando la historia que me había contado—. Al mismo tiempo, no puedo evitar preguntarme por qué no la mató. Por lo demás, parece ella misma.

—¿Qué es lo que quieres preguntarme en realidad, Maevyth?

—¿Y si lo mío sí que fue todo una alucinación? Me mordieron esas malditas malvahadas. Y es verdad que en ese momento me sentí un poco mareada y confusa.

—Y si fue así, ¿qué cambia eso?

—Pues tiene más sentido. —Agité nerviosamente los dedos y me mordí los labios con más fuerza—. Debería dormir un poco antes de que vayamos a casa de Moros —añadí, sin poder evitar una mueca de repulsa al mencionar aquella aterradora mansión.

—¿Hay algo que deba saber? —dijo él pasando su daga por lo que parecía un asta de ciervo, con un ruidito rasposo que apenas conseguía colarse entre mis pensamientos.

—En el sótano… tenía una pecera enorme. —El roce rítmico del acero se confundió con mis recuerdos de aquella máquina junto al acuario, que bombeaba aire a las máscaras que llevaban aquellas mujeres en el rostro—. Dentro tenía a dos pobres lyverianas que había secuestrado. Les había cosido las piernas para convertirlas en sirenas. —Hice una mueca de angustia al pensar en su piel, en carne viva, y en su cuerpo modificado—. Las mantenía vivas dándoles aire con un aparato.

—¿Y ese era tu prometido?

—Sí. —Me estremecí al pensar en que habría tenido que casarme con él—. Afortunadamente, el destino tenía otros planes para mí.

—Si lo encontramos allí, no puedo prometerte que no sufra una muerte igual de macabra.

Cerró un ojo y observó el filo de la hoja. Luego le pasó el pulgar por encima.

—No estará. Aleysia ha dicho que huyó. Pero quizá sí encontremos a esas mujeres.

—¿Y si las encontramos?

—Espero que no estén vivas. ¿Es muy cruel decirlo?

—No. En ocasiones, la mayor demostración de compasión que puede tenerse con alguien es desearle la muerte.

Me quedé mirando el fuego, intentando imaginarme una existencia así de horrible, atrapada en el interior de una pecera mientras el resto del mundo se hunde.

—Entonces, si las encontramos, te pido que seas compasivo con ellas.

20

Zevander



Pasado

Aún engrilletado, Zevander se encontraba en el centro de una sala opulenta que le recordó un observatorio, con su techo en cúpula y sus paredes curvadas. El suelo de mármol blanco con vetas doradas reflejaba la luz del sol procedente de los ventanales, que no ofrecían defensa alguna contra el calor abrasador del exterior.

A su alrededor había una docena de hombres y mujeres jóvenes, más o menos de su edad, casi sin ropa. Viendo aquellos cuerpos pálidos y delgados, quedaba claro que ninguno de ellos había trabajado en las minas ni un día o, al menos, no recientemente. Observó sus rostros: lo miraban con curiosidad, pero parecían alicaídos. Las mujeres no llevaban nada que les tapara los pechos y, por mucho que Zevander intentara apartar la mirada, no lo conseguía del todo. Aparte de la visita de alguna Bellatryx a las minas, no había visto ni siquiera una mujer vestida en casi seis años, y mucho menos una desnuda. El motivo por el que lo habían llevado

a aquel lugar seguía siendo todo un misterio, pero no podía dejar de mirar a su alrededor.

Sintió una punzada en el tobillo y cojeó un poco al dar un paso por delante del custodio Vicarek, que estaba a su lado. Con un gruñido, contuvo el dolor agónico que se le extendía por los huesos. Cuando se le pasó, Zevander se enderezó y se fijó en los elementos decorativos en forma de hiedra y hojas doradas que cubrían las columnas blancas, entre las cuales colgaban cortinas del mismo color. En el centro de la sala había una gran fuente redonda; el agua brotaba de una escultura dorada de los dioses del mar. En torno a la fuente había unos almohadones sedosos de color blanco y unas telas largas apiladas, con las que se cubrían delicadamente el cuerpo los que estaban allí echados. Zevander vio un gancho que sobresalía de una de las columnas y no pudo evitar preguntarse para qué serviría.

De las paredes colgaban unos cuadros de unos tres metros de altura, representaciones gráficas de órgodos en pleno acto sexual con soláceos, fácilmente identificables por su cabello rubio y su piel dorada.

Zevander no era más que un niño pubescente al llegar a las minas y no había estado nunca con ninguna mujer, así que no entendía los detalles de aquellas pinturas, aunque había espiado a las mujeres de los burdeles en las ocasiones en que había acompañado a su padre a la ciudad, así que sabía lo suficiente como para captar la intención de aquellas imágenes.

—Se dice que cada generación de zefromitas se vuelve más mántica.

El sonido de aquella voz le penetró en la mente como una hoja de sierra. La necesidad que sentía de silenciarla hizo que apretara los puños, pero al volverse se encontró con la general Loyce.

«Abre la boca… Ahora traga».

El recuerdo de aquellas palabras le revolvió las tripas y la rabia le tensó los músculos. Aún sentía el contacto de las cenizas en la lengua, el olor de la carne quemada de su padre al escupirla al suelo de cemento. Le temblaban brazos y piernas por la rabia contenida, desesperados por liberarse.

Zevander apretó los dientes, esforzándose por mantener la calma.

Tranquilidad.

«No dejes que se te cuele bajo la piel».

Era la primera vez que la veía sin armadura, pero seguía mostrando aquella actitud altiva, rígida, con la barbilla levantada. Llevaba una camisa holgada y pantalones. Tenía los hombros anchos y musculosos, aunque no le faltaban atributos femeninos. La acompañaban dos hombres zefromitas —mitad mánticos, mitad órgodos—, fáciles de distinguir por su constitución exageradamente robusta y su largo cabello dorado.

—Los órgodos pueden parecer bestias, pero son de los seres más inteligentes y con más recursos de este mundo.

Zevander no tenía fuerzas ni ganas de entablar una conversación con ella. Lo único que le hacía preguntarse por qué lo habían enviado a un lugar tan lujoso era la curiosidad.

La general olisqueó el aire y arrugó la nariz, fijando la vista en el custodio.

—Estoy segura de que os he dado orden de que lo bañarais.

—Mis disculpas, general. Me temo que no tenemos lo necesario para hacer que huela mejor.

Volvió a fijar la vista en Zevander y ladeó la cabeza, mirándolo con curiosidad.

—Vi cómo derrotabas a ese órgodo. Muy inteligente por tu parte usar sus propias armas de defensa en su contra. —Ladeó la cabeza

hacia el otro lado, pasándose el dedo por el punto donde tendría la vena vital, no tan prominente como en los órgodos de pura raza, pero visible bajo la piel—. A diferencia de los órgodos, que para eso tienen sus colmillos, los zefromitas deben aprender a proteger sus puntos vulnerables de otros modos.

Si había algo que había aprendido Zevander en el tiempo que llevaba preso era que resultaba fundamental conocer las debilidades de sus captores. Era evidente que la general no iba a explicarle cómo podía acabar con ella, así que no se molestó en preguntarle de qué modo protegía sus puntos vulnerables.

Ella se le acercó con aire desenfadado hasta que lo tuvo delante y bajó la vista, posándola en la cicatriz de su mejilla.

—¿Esto qué es? —preguntó echándole una mirada al custodio.

El custodio se encogió de hombros y cruzó las manos por delante del cuerpo.

—Aún no hemos determinado su origen.

—¿Se le ha corrompido la sangre? —preguntó dirigiéndose de nuevo al custodio, como si Zevander no pudiera responder por sí mismo.

—No. De hecho, el muy bruto parece resistente a las enfermedades de las minas. Por lo que yo sé, no ha caído enfermo ni una vez.

Ella volvió a fijar la vista en Zevander con una media sonrisa.

—Fuerte. Eso me gusta. Quiero que le hagan algo para tapar eso. Me resulta repugnante, pero él me gusta lo suficiente como para quedármelo. —Le apretó el bíceps, igual que había hecho el día de su llegada, cuando aún era niño, y se dirigió a paso ligero hacia la fuente—. Puedes retirarte, custodio.

—Por supuesto, general —dijo él, y miró a Zevander con una sonrisa socarrona al pasar a su lado—. Buena suerte —le susurró—.

No te doy ni un año.

Zevander apretó los dientes, mirando con rabia al custodio, que no les quitó ojo a las mujeres medio desnudas mientras salía de la sala.

—Preparadlo para el baño —ordenó la general Loyce volviendo a su lado y dando una vuelta a su alrededor, como si fuera la captura del día—. Lo quiero limpio y perfectamente aseado. Frotadle hasta el último resto de suciedad. —Lo agarró del hombro con su robusta mano—. *Sordesz vet signe da'servio* —le susurró—. La suciedad es la marca del esclavo, ¿no es así?

—Dime por qué estoy…

En el momento en que Zevander articuló esas palabras, una hoja afilada le hizo un pequeño corte en la piel justo debajo de la barbilla.

—No vas a pedirme ni preguntarme nada a menos que no le tengas ningún apego a tu lengua.

Zevander no podía por menos que tomarse la amenaza en serio, después de haberla visto cortar a un niño en dos con la espada. Ella se volvió hacia los soldados y lo señaló con un gesto de la cabeza:

—Desvestidlo.

Los soldados fueron hacia él, pero Zevander dio un paso atrás, levantando los puños engrilletados, dispuesto a golpear a cualquiera que se le acercara. Un soldado con una cicatriz en el rostro fue el primero en alcanzarlo y se le echó encima con los brazos extendidos, pero Zevander se apartó dando un paso a un lado. El corpulento zefromita tropezó, cayendo de rodillas, y al darse la vuelta Zevander le dio una patada en la cara, rompiéndole el pómulo.

La general Loyce soltó una sonora carcajada.

—¿Vas a enfrentarte a todos los soldados de esta sala con grilletes en las muñecas? Desde luego, eres muy osado.

Al siguiente soldado que cargó contra él Zevander le clavó los

dos puños en el torso. Un tercero se le echó encima por la espalda y lo agarró con fuerza del pecho mientras los otros lo alzaban del suelo. La presión sobre los pulmones lo dejó sin aire y tosió. Levantó los pies y le clavó los talones en el tronco al soldado que tenía delante, lo que le provocó un fogonazo de dolor que le recorrió toda la pierna.

Cayó a peso contra el suelo de mármol y, al golpearse la columna, sintió una punzada atroz que le llegó hasta el cerebro. Veía la sala encogiéndose y dilatándose, y sacudió la cabeza mientras dos soldados se acercaban y lo levantaron cogiéndolo de los brazos. Él pataleó y se revolvió, pero en vano, pues, a pesar de su resistencia, consiguieron ponerle una argolla en el cuello, conectada a dos largos palos que tenían agarrados los soldados zefromitas. En cuanto Zevander intentó ponerse en pie, los zefromitas bajaron los palos y la argolla le oprimió la tráquea con fuerza. Notaba una presión que le inflamaba el rostro y boqueó, intentando aspirar un aire que no llegaba.

De pronto, los soldados soltaron los palos, por lo que la presión de la argolla disminuyó y Zevander aspiró con fuerza, volviéndose hacia un lado mientras tosía y jadeaba.

Los guardias le arrancaron las raídas ropas, zarandeándolo, hasta que quedó desnudo frente a la general.

—Ponedlo en pie.

Los soldados no tuvieron que hacer demasiado esfuerzo: presionaron los palos lo suficiente para poner derecho a Zevander. Él echó mano de la argolla que le comprimía la garganta, pero lo obligaron a levantarse. Una vez erguido, aflojaron de nuevo la presión y Zevander quedó de pie expuesto, con el sexo a la vista de todos, que no se molestaban en disimular para proteger su dignidad.

Aunque ya estaba acostumbrado a estar desnudo entre los otros

prisioneros, la única mujer que lo había visto así era su madre, años antes de su llegada a las minas.

El rostro de la general se iluminó y el brillo depredador de sus ojos hizo que Zevander sintiera náuseas.

—Bueno, esto… Esto es un cuerpo hecho para follar.

Las mejillas le ardían de la humillación y bajó los brazos para taparse todo lo que pudo.

—¿Qué te pasa? ¿Es que nunca has sido el centro de atención? —La general siguió dando vueltas a su alrededor, pasándole la mano por la curva de la espalda. No era habitual llegar a la edad adulta sin experiencia con las mujeres, pero más extraño era que no lo hubiera visto o tocado ninguna—. Acostúmbrate. Quizá tengas que entrenar para mantener este físico. —La satisfacción era patente en los ojos de la general, que recorrían su cuerpo, prestando especial atención al punto en que se tapaba con las manos—. Metedlo en el agua.

Los soldados lo agarraron de los brazos y sus pies rozaron el suelo de piedra mientras lo arrastraban al baño. El agua le refrescó la piel caliente: lo sentaron en un escalón de piedra sumergido, con lo que el agua le llegó al pecho, y luego le levantaron los brazos en dirección al gancho que había visto antes. El objetivo del gancho quedó claro cuando colgaron de él las cadenas de los grilletes que tenía en las muñecas.

La general chasqueó los dedos y dos de las jóvenes de melena rubia con los pechos al descubierto dieron un paso adelante.

—Bañadlo.

Al oír aquella orden, a Zevander se le disparó el corazón. Con la respiración acelerada, las vio coger esponjas marinas de una cesta a un lado de la bañera y meterse en el agua con él. Después de mojar las esponjas en jabón que vertieron de unos elegantes frascos, se las pusieron sobre la piel y empezaron a frotarle el cuerpo con

suavidad. A él le temblaban todos los músculos, pero se esforzó por no mirar la figura desnuda de estas, por mucho que los ojos le ardiesen tanto de curiosidad como de humillación.

—Bueno, bueno, parece que te gusta el contacto de las mujeres. Eso es bueno. —La general se arrodilló junto a la bañera, sin duda observando la dura carne entre sus muslos. Una reacción que Zevander intentó combatir desesperadamente pensando en su padre.

«Sí. Padre».

Con los ojos cerrados, dejó que la imagen de la atroz muerte de su padre se apoderase de su mente, distrayéndolo del suave contacto de las manos sobre su piel.

—Acariciadlo —dijo la voz de la general, eclipsando aquellos siniestros pensamientos, y al momento una mano delicada le envolvió la polla. Zevander apretó los dientes y hundió el rostro en el hombro.

—Por favor…, no…

En su mente se libraba una batalla. La curiosidad que sentía por el contacto de una mujer no era más que una pequeña distracción de la vergüenza que le producía que una completa desconocida lo manoseara de aquella manera.

—Alto —ordenó la general Loyce, y aquellas caricias que lo estaban volviendo loco cesaron, aunque él seguía sumido en una turbulenta combinación de placer y mortificación. Temblando de la cabeza a los pies, Zevander respiró hondo varias veces e intentó ahuyentar aquella sensación.

Sintió un pinchazo en el muslo y, al abrir los ojos de golpe, vio que la general Loyce le deslizaba una daga por la piel. Resopló entre dientes por el intenso dolor y vio que la sangre formaba unas cintas rojas en el agua.

—Seguid acariciándolo.

Volvió aquella sensación insoportable, por lo que dirigió sus pensamientos a la plataforma donde había librado aquel combate, a sus huesos y músculos doloridos y magullados, con la vista fija en su padre.

—Abre los ojos o te los arranco con el cuchillo.

Al ver que se negaba, la general le apoyó la hoja de nuevo en el muslo y la deslizó por su piel, abriendo una nueva herida.

—Abre los ojos o te juro por los dioses que te los arranco.

Zevander abrió los ojos y la miró con el mismo odio que había sentido por el órgodo que le había aplastado el cráneo a su padre.

—O me das tu semilla o haré que te envíen al crematorio donde queman a los enfermos.

—Prefiero la muerte —respondió él desafiante.

La general lo miró intrigada.

—¿Es eso cierto?

Dirigió la vista a los soldados, hizo un movimiento con la cabeza y, de nuevo, la argolla le oprimió el cuello, obligándolo a sumergirse bajo el agua. Zevander pataleó y se revolvió para intentar soltarse. El poco aire que había conseguido aspirar antes de que lo sumergieran le presionaba el pecho, buscando una salida. Agitó los brazos, tensando las cadenas, con los músculos rígidos y los pulmones en llamas.

«*No te resistas más* —dijo una voz que no reconoció—. *Deja que te envuelva la oscuridad*».

Hizo caso a aquellas palabras y una oscuridad negra como la tinta fue invadiendo lentamente su campo de visión.

21

Zevander



Caligorya

Zevander abrió los ojos y vio una única vela titilante sobre una superficie brumosa debajo de él. Más allá de su halo de luz, se extendía la más completa oscuridad, en la que no veía nada. En el silencio más absoluto miró a su alrededor, intentando entender dónde se encontraba.

—Has vuelto —dijo una voz incorpórea en la oscuridad, una voz que recordaba vagamente de un sueño olvidado hace mucho.

—Muéstrate.

La llama de la vela tembló y una figura apareció de entre las sombras con el rostro oculto bajo una capucha negra.

—Te invité entonces, igual que te he invitado ahora.

—Tú. —Zevander frunció los párpados y fijó la vista en el extraño —. Te vi en una ocasión. Hace algunos años. Me visitaste en un sueño.

—En caligorya.

—¿Estoy muriendo?

—Que estés aquí me dice que aún no has muerto.

—Pero no estoy aquí, estoy ahí —replicó Zevander desviando la mirada hacia la oscuridad, seguro de que la general Loyce lo observaba desde algún lugar.

—Tu cuerpo está aquí. Tu mente está aquí. He ocupado tu lugar. Es un intercambio de conciencias, si quieres llamarlo así. Seré testigo de los abusos a los que te someten y tú quedarás protegido de ellos.

No se atrevió a levantar la mirada de nuevo hacia aquella oscuridad por temor a lo que pudiera encontrarse.

—¿Cómo es posible? ¿Es que tu mente no está aquí también?

—El cómo no tiene importancia.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre tampoco tiene importancia.

—Entonces tampoco la tiene lo que dices —dijo Zevander apartando la mirada en señal de que ya no estaba interesado.

—Muy bien. Puedes llamarme Alastor. Tal como te he dicho antes, soy un amigo.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué estoy aquí?

Alastor se puso a caminar arriba y abajo frente a Zevander con las manos en la espalda.

—El poder que posees está dormido en tu interior. Tienes que despertarlo y aprender a dominarlo.

—Aunque poseyera ese poder del que hablas, no puedo controlarlo —dijo levantando el brazo para mostrarle la banda negra que tenía grabada en la piel.

El extraño también levantó los brazos, enseñándole una banda idéntica que tenía grabada en la muñeca.

Confuso, Zevander examinó aquella marca oscura.

—¿Tú también eres un prisionero?

—Más o menos.

Zevander sintió calor en las muñecas y, cuando volvió a bajar la mirada, la banda había desaparecido, como si no hubiera estado allí nunca.

—¿Qué has hecho?

—Las barreras no existen dentro de la mente. Son una construcción de la realidad. Aquí eres libre.

Alastor agarró la llama de la vela, sosteniéndola en la palma de la mano, y la aplastó. En torno a ellos apareció un círculo de llamas.

—No es más que un sueño —dijo Zevander, nada impresionado.

—Quizá, pero es uno necesario en cualquier caso.

—¿Y eso por qué? —Zevander apretó la mandíbula y apartó la cabeza ligeramente—. No habrá cambiado nada cuando me despierte.

Alastor levantó las manos al aire.

—Así que tu solución a la situación en la que estás es soportar el sufrimiento, dejar que te cale los huesos y te pudra por dentro.

—No hay nada que hacer.

—Entonces esto es inútil. —El anciano apoyó las manos en las caderas—. Te he traído a este lugar para nada.

—Supongo que sí.

La oscuridad que los rodeaba se convirtió en una calle adoquinada y Zevander frunció el ceño, paseando la mirada por aquel extraño entorno. Había una fuente en el centro de la plaza, rodeada de tiendecitas y casas de pueblo.

—¿Dónde estoy?

—En la tierra de los mortales.

¿La tierra de los mortales? Entonces recordó que todo era un sueño. Pero ¿cuándo había sentido un nivel de conciencia similar en

sueños?

—¡A los ojos a la expósita mirarás y todos a los que amas morirán!

Le llegaron a los oídos unas burlas infantiles y, al darse la vuelta, vio un corro de críos en torno a una niña que no tendría más de doce años.

—¡Dejadme en paz! —gritaba ella, entre la rabia y la desolación.

Una pelirroja con largas trenzas se metió con ella:

—Mi padre dice que deberías arder en la hoguera, como todas las brujas.

—No soy una bruja —replicó la niña de pelo oscuro.

—Te encontraron en el bosque. Y el bosque está poseído por el mal.

—¡No tengo que ver nada con el mal!

—¿Esto qué es? —preguntó Zevander en voz alta, pero no parecía que los niños pudieran oírlo, ya que seguían con sus pullas.

Alastor se acercó a ellos tranquilamente, situándose tan cerca que habrían tenido que oírlo al hablar.

—Una hipótesis. Para pasar el rato.

—¿No saben que estamos aquí?

El anciano señaló a los niños con la mano.

—*Ellos* no existen. Ahora mismo estamos observando una imagen de tu mente, nada más.

—¿Cómo puedo soñar algo que no existe?

—Es una visión de los dioses; puede llegar a hacerse realidad o no. Soy un mensajero de lo que ven sus ojos, y tú, una especie de recipiente. —Con las manos a la espalda, Alastor se paseó por entre los niños. Zevander no reconoció a ninguno de ellos.

Uno le escupió a la niña y ella le escupió a su vez. Cuando su saliva aterrizó en el brazo del chico, este soltó un gruñido.

—¡Se va a morir de peste! —exclamó otro de los niños señalando el escupitajo—. ¡Lo ha maldecido!

—¿Quién es la niña? —preguntó Zevander intrigado.

—No es nadie, pero imagina que sí lo fuera. Imagina que es alguien por quien sintieras algo profundo.

Zevander se la quedó mirando con los labios apretados y el ceño fruncido.

—Pero no lo es. Y no estoy de humor para juegos.

Uno de los chicos del corro dio un paso adelante y le dio un empujón a la niña en el pecho, derribándola. Un cuervo se lanzó sobre él y el niño soltó un chillido, dando manotazos al aire hasta que el pájaro se fue volando a un árbol cercano, donde había otros dos observando a los niños. Sus ojos brillaban entre la vegetación de las copas de los árboles.

—¡Malditos pajarracos! —exclamó el crío, y fijó la vista en la niña, que aún no se había levantado del suelo—. ¡Y maldita tú también! A los cuervos les atrae la maldad.

—¡Dejadla en paz! —gritó una jovencita rubia corriendo hacia ellos. Tendría pocos años más, pero todos se dispersaron entre risas.

La niña que estaba en el suelo se la quedó mirando, temblando y tirándose del cuello del vestido, como si no pudiera respirar.

Al observarla, Zevander sintió que el corazón también le latía más rápido. Conocía aquella sensación, ese agresor invisible que te dejaba sin respiración aferrándote los pulmones con una fría tenaza.

La rubia se arrodilló ante ella y le acarició el rostro.

—Mírame, hermana —dijo. Aunque apenas estaba a unos centímetros de la niña, a juzgar por la mirada perdida de esta, habría podido estar a kilómetros de distancia.

Zevander apretó los puños hasta clavarse las uñas.

La rubia cogió a su hermana por la nuca.

—Respira.

Aquel gesto pareció hacerla reaccionar, porque la pequeña fijó de pronto la vista en ella y asintió, con una mueca de pánico.

—Estás a salvo. Tú respira —dijo la rubia abrazándola con fuerza y manteniendo la mano en su nuca hasta que dejó de temblar.

Al verla con aquella «tormenta de pecho», como su madre lo llamaba, Zevander sintió que se le cerraban los pulmones a él también y se quedó mirando a las dos niñas —que no eran más que una ilusión—, furioso al ver que tenían el poder de alterarlo de aquel modo.

Apartó la mirada de aquella imagen tan estúpida. ¿Qué le importaba una ridícula escena protagonizada por una cría con la que no tenía la mínima relación?

—¿No sientes nada por ella, ni tristeza ni rabia? ¿Ninguna empatía con su dolor?

—¿Por qué iba a sentirlo? No es nadie, como has dicho antes.

—Eso he dicho, pero también te he pedido que te imaginaras que sí era alguien.

Con una mueca de rabia, Zevander se dio media vuelta.

—¿Acaso no saben lo que me han hecho? ¿Por qué estoy aquí? ¡Déjate de juegos! ¡Déjame en paz!

—Estás aquí únicamente porque yo te he invitado. No posees el dominio de la magia necesario para la caligorya. Pero si deseas sobrevivir al próximo siglo, al próximo día, a la próxima hora…, te sugiero que tengas algo de compasión. A menos que prefieras regresar.

El sonido de sus propios gritos, más potentes aún que la carcajada de la general Loyce, hizo que una oleada de pánico le recorriera el cuerpo y se tapó los oídos con las manos al tiempo que cerraba los ojos con fuerza.

—¡No! ¡Para! —Los alaridos volvieron a desaparecer y Zevander bajó las manos, respirando hondo sin dejar de temblar. Al principio no dijo nada, tenía la mente atrapada en las fugaces imágenes que había visto en aquellos pocos segundos, unas imágenes horribles de manos sobre su cuerpo y sangre cubriéndole la piel. Se había aferrado a la rabia y al dolor para intentar no pensar en ello—. Mataron a mi padre.

—Lo sé. Estás furioso. Eso lo noto.

—Debería encontrar alivio de algún modo. Ese es el motivo de que esté aquí, el motivo de mi maldición.

—«Maldición» —susurró Alastor—. Durante siglos, los hombres han intentado comprender el potencial de la llama negra. A ti se te ha concedido un poder increíble.

—No tengo nada. Soy un esclavo. Nada más.

Notó una mano asiéndolo del hombro con firmeza.

—Deja que te enseñe lo que sé y te ofreceré refugio en este lugar. No tendrás que afrontar el sufrimiento de tus circunstancias.

El fantasma de unas manos agarrándole la polla lo hizo estremecerse, pero enseguida asintió.

—¿Con qué objetivo?

—La general Loyce quiere que te quiebres. Yo lo que quiero es que fortalezcas la mente. Conservarás lo que aprendas conmigo cuando te despiertes, como si yo estuviera ahí.

—¿Y tú qué ganas con esto?

—Ven. Vamos a dar un paseo.

Alastor cruzó las manos por detrás de la espalda y ambos echaron a andar. El entorno había cambiado, difuminándose hasta convertirse en otro camino adoquinado, como la calle del pueblo que acababan de dejar atrás.

Los dos siguieron a la niña de antes, que se dirigía despacio

hacia unas puertas rojas en lo que parecía una antigua catedral. Entró y Zevander y su acompañante se colaron tras ella. El interior le recordó a Zevander el templo de los dioses donde había crecido, aprendiéndolo todo sobre los soladéi y los lunadéi, solo que el templo de su infancia era mucho más impresionante, con tallas de piedra y mapas celestiales.

El exterior del edificio en el que había entrado la niña tenía gárgolas y hiedra sobre los muros, pero por dentro era sencillo, de madera y con velas. En la parte frontal había una gran estatua, una figura envuelta en ropas rojas y una túnica que dejaba al descubierto un pecho pálido y musculado del que colgaba una cadena con un vial de un rojo brillante. Bajo la capucha roja, se veían dos ojos brillantes con una mirada hostil que hizo pensar a Zevander en un dios menor del que había oído hablar de niño: Atroxis, el dios de la guerra y las batallas sangrientas.

La niña pasó junto a filas de bancos vacíos en dirección a una multitud de velas rojas de luz temblorosa, en la parte frontal de la iglesia. Cogió un palito de madera para prender el fuego y encendió una de las velas. Luego se arrodilló ante la estatua.

—Por favor, si me oyes, tengo que pedirte un favor. —Su suave voz angelical resonó en la nave—. Deseo ser como todos los demás desde pequeña. He seguido tus enseñanzas, he derramado sangre por los castigos de Sacton Crain, he intentado ser buena y honrar a Dios…, pero aun así la gente me ve como un monstruo. Sé que no merezco tu compasión ni tu generosidad, pero, si puedo pedirte un pequeño favor, querría ser como el resto. No quiero ser nadie especial, sino pasar desapercibida. Aunque solo sea por un día.

—¿Le rezan a un único dios? —preguntó Zevander.

—Caedes. El dios rojo. Creen que, si siguen sus principios, él los librará de un destino cruel.

Zevander resopló y meneó la cabeza.

—Los dioses no salvan a nadie —dijo, y cogió uno de los cuencos de ungir que había detrás de la niña. Al comprobar que era algo tangible, estuvo a punto de derramar su contenido por la sorpresa. Era algo raro, teniendo en cuenta que se suponía que aquello era un sueño. Al darle la vuelta al cuenco de cobre, advirtió que tenía un gran corte en la palma de la mano y, al ver la sangre, se le cayó el cuenco, que repiqueteó en el suelo.

La niña soltó un grito ahogado y se dio la vuelta de golpe.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, distrayendo la atención de Zevander de la herida.

—La barrera liminal nos separa de ella: una frontera en el tiempo y el espacio. Si la atravesaras, las consecuencias serían catastróficas. Podría alterar los eventos de su futuro.

—¿No la he atravesado al coger el cuenco? ¿Y qué importa si no es real? Si poseo el poder de un dios, al menos en pensamiento, ¿por qué no puedo comportarme como tal?

—Porque hasta los dioses deben aprender cuáles son sus limitaciones.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —preguntó de nuevo la niña.

—¿Con quién estás hablando, niña?

Un anciano con túnica roja se le acercó. Zevander no tuvo necesidad de leerle el pensamiento para darse cuenta del desprecio que sentía por ella. Lo llevaba grabado en el gesto.

—He… He oído a alguien. O algo. Un repiqueteo.

El hombre frunció el ceño al pasar a su lado y se paró junto a la primera fila de bancos, donde recogió el cuenco que se le había caído a Zevander.

—Qué torpe eres, niña. Me extrañaría que algo permaneciera intacto en tu presencia —dijo con tono agrio.

—Discúlpeme por la intrusión, padre. He venido a rezar.

—Para ti no soy un padre, niña —dijo el anciano con displicencia —. Soy el sacton de este templo y has de dirigirte a mí con el debido respeto. —Levantó la barbilla en un gesto altivo y la miró con condescendencia—. ¿Qué te hace pensar que el dios rojo va a acogerte en su seno?

—Soy imperfecta, pero intento ser tan devota como los demás fieles. Solo le pido que me guíe.

—¿Para qué?

—Quiero… —Tragó saliva, como si las palabras se le hubieran quedado atascadas en la garganta—. Quiero que la parroquia me acepte. Ser una más.

—Pobre necia. Vaya lástima que hayas nacido tan ignorante y cándida. Mírate. —El hombre hizo un gesto, como si de pronto el aire oliera mal—. Tú no eres una de nosotros. Nunca lo has sido. —Su tono dejaba claro que estaba disfrutando, y a Zevander aquello le revolvió las tripas. Aquella arrogancia, aquella condescendencia le recordaban al custodio—. Va a hacerse de noche. Vete a casa.

—¿Empezamos la primera lección? —preguntó Alastor interrumpiendo las cavilaciones de Zevander.

Él frunció el ceño y se volvió hacia el anciano, que miraba a la niña desde lo alto.

—Sí. Ya me he aburrido de esto.

Aun así esperó a ver cómo la niña se levantaba del lugar donde estaba arrodillada.

—Excelencia… —se despidió agachando la cabeza, y se fue de la iglesia.

El viejo se la quedó mirando con un gesto de desdén hasta que la vio salir. Luego se dirigió hacia las cortinas de donde había salido.

Zevander cogió otro de los cuencos de ungir.

—No lo…

Alastor no pudo acabar la frase. Zevander tiró el cuenco al suelo y el viejo se dio la vuelta de golpe, trastabillando y llevándose una mano al pecho de la impresión.

—¿Quién anda ahí?

—Ya te has divertido un poco —dijo Alastor—. Ahora toca que empecemos con tu primera lección.

Con una mueca de satisfacción, Zevander observó al viejo recoger el cuenco con el susto reflejado en el rostro.

—¿Y qué me vas a enseñar? —preguntó Zevander sin molestarse en mirar a Alastor.

—A controlar el arma más potente que posees: la capacidad de destruir.

Aquellas palabras lo intrigaron, por lo que abandonó su divertimento para escuchar a Alastor y descubrir a qué se refería.

La iglesia se desvaneció y, en su lugar, apareció un campo de rosas negras. Las flores no habrían sido nada notable de no ser por el borde plateado de sus pétalos, que resplandecían ligeramente a la luz de la luna. Eran como las rosas que se decía que crecían tan solo en Nethyria.

—Cada rosa que ves representa a los que te harán daño o a los que te fallarán. Cada una de estas flores es un alma que ha tramado algo en tu contra.

Extendió la mano y, en su palma, apareció una llama. Una luz anaranjada le iluminó los dedos al dibujar un extraño símbolo que quedó flotando en el aire ante los ojos de Zevander.

—Exitiusz. Recuerda cada línea y cada punto. Dónde empiezan y, sobre todo, dónde acaban. Grábatelo en la mente de modo que quede en tu memoria.

Zevander estudió el símbolo, fascinado por la luz que seguía

emitiendo. Cuando cerró los ojos, siguió viéndolo, grabado a fuego en su mente. Cada línea, cada detalle. Una imagen perfecta en la oscuridad de sus pensamientos.

—Levanta la mano —dijo Alastor, su voz resonando en el vacío de la oscuridad.

Al hacerlo, una llamarada le cruzó la palma de la mano.

—¿Ves el Exitiusz tan claramente como cuando lo tenías ante tus ojos hace un momento?

—Sí. No veo nada más.

—Ahora mátalas todas.

El calor que sentía en la mano se intensificó y, al abrir los ojos, vio que las rosas se habían marchitado. Los pétalos se habían vuelto de color marrón y los capullos habían caído al suelo.

Bajó la mirada y la posó en el azul brillante de la palma de su mano, el mismo símbolo que había visto en llamas solo unos segundos antes.

—¿Qué es esto? No es mi magia de sangre.

—No. Tu magia de sangre es incapaz de hacer algo tan impresionante. Fuera de la caligorya, este glifo no te será fácil de dominar. Pero aquí estás concentrado. No hay distracciones.

—Entonces es real. No es solo una visión divina.

—Por supuesto que es real. ¿No sientes la quemazón en la piel? ¿El poder haciéndote vibrar los huesos?

—Sí, pero esto es un sueño.

—Es un sueño. Y ahora tienes que despertar.

—¿Y si quiero quedarme?

—Si pasas demasiado tiempo en la caligorya, morirás. Vete. Ya volverás.

Zevander abrió los ojos y se encontró la penumbra de la habitación a la que lo habían llevado antes. Miró a los demás,

acostados entre los numerosos cojines repartidos por la estancia. Sintió un dolor en el muslo que le hizo ponerse en pie y, al bajar la vista, vio un paño que le habían puesto allí empapado de sangre. La entrepierna le dolía de un modo diferente a todo lo que había sentido antes y no se atrevió a levantar el paño que lo tapaba por miedo a todo lo que recordaba.

Así pues, se tumbó de nuevo sobre los cojines, con los músculos temblándole de rabia.

«Sé un hombre —lo regañó su mente—. ¿Qué hombre no disfrutaría sintiendo las manos de una mujer sobre su cuerpo?».

Solo que él no había pedido que aquellas manos le tocaran. Lo habían tocado sin su permiso, en contra de su voluntad. Y luego lo habían envuelto en sedas y telas finas, como si eso pudiera borrar lo que le habían hecho. Eso era lo que más le molestaba. Por mucho que intentara justificar lo sucedido, la verdad siempre estaba ahí, como un nudo que le presionaba la garganta, impidiéndole tragar.

Agradeció que ya estuviera oscuro cuando por fin se despertó, que todo el mundo siguiera durmiendo. La oscuridad le resultaba más fácil. Era más segura.

Hizo un esfuerzo por respirar, aunque cada vez que cogía aire sentía aquel dolor que se negaba a afrontar.

«No soy una víctima —se dijo, y casi se lo creía—. Yo quería esto —afirmaba, aunque las lágrimas de sus ojos desmentían sus palabras—. Me lo merezco».

«Me lo merezco».

Se tapó los ojos con la palma de la mano y contuvo un sollozo que le presionaba el pecho, pidiendo salir al exterior.

«Sé un hombre».

«No te vengas abajo».

Apretó la mandíbula, haciendo un esfuerzo precisamente para no

venirse abajo.

Y fue en aquel momento cuando sintió aquel calor en la palma de la mano y, al apartarla de su rostro, vio una cicatriz, una marca casi imperceptible que le atravesaba la piel encallecida. Algo que habría pasado desapercibido, hasta que se pasó el pulgar por encima y sintió las finas líneas del glifo que había memorizado en la caligorya.

Era real.

22

Zevander



Presente

Tendido sobre un costado, Zevander contemplaba la ventana al otro lado de la habitación, a través de la cual iba perfilándose la silueta de los árboles lejanos con los primeros rayos del sol.

No había dormido ni un segundo.

En algún momento de la noche había oído un suspiro, en un tono cáustico que le había retrotraído a los días en que cerrar los ojos suponía únicamente correr un tupido velo sobre los horrores que lo rodeaban. Las palabras reverberaban en su cabeza, así que solo podía cerrar los ojos y apretar los dientes, como si negándose a mirar pudiera acallar la voz.

«*Naciste para sufrir*», volvió a escuchar a la general Loyce, y Zevander respiró agitadamente por la nariz mientras unos tentáculos helados le envolvían las costillas, apretando más con cada respiración.

«Piensa en Maevyth. Piensa en tu bruja lunar».

Maevyth, a sus espaldas, soltó un largo suspiro y cambió de posición, rozándole la espalda. Era la primera vez que compartía lecho con ella después de tanto tiempo. Aún estaba algo agitada por que Aleysia hubiera despertado y por eso le había pedido que se tumbase a su lado hasta que conciliara el sueño.

En cuanto Zevander se había dormido, aquella malvada voz le había penetrado en la cabeza, como una espada afilada olvidada en un campo de viejos recuerdos, y le había devuelto una época de su juventud que habría deseado arrancarse de la memoria.

Y, desde aquel momento, no había pegado ojo.

Hizo un esfuerzo por pensar en los momentos previos de aquella noche, en aquel beso y el contacto de las manos de Maevyth. Como una bocanada de aire fresco en sus pulmones. Un soplo de alegría, si es que algo tan maltrecho como su corazón podía sentir eso. La recordó tendida sobre la mesa, con los pantalones por las rodillas, con las manos enterradas en su pelo y los dedos de sus pies clavándose en sus muslos.

Cómo deseaba retroceder en el tiempo.

Sentía su suave aliento en la nuca y oía su suave respiración, diciéndole que seguía sumida en sus sueños.

Envidiaba su capacidad para confiar en los demás. Que pudiera dormir al lado de él, tan vulnerable como era mientras soñaba, poniéndose a su merced.

Fantaseó con la imagen de su rostro hundido entre los muslos de ella, llevándola al clímax, y tuvo que acercarse al borde de la cama, como si poner esa mínima distancia entre los dos pudiera enfriar sus deseos. Clavó los dedos en el colchón y apretó los dientes.

«Lluvia fría. Soldados destripados. El estofado de Elowen».

Se esforzó por pensar en otras cosas, algo que parara el flujo de sangre que le inflamaba la polla. Porque, por mucho que deseara oír

los gemidos de Maevyth y su nombre saliendo de aquellos labios, no tomaría nada de ella sin su permiso. Aunque el simple contacto de sus manos bastara para apaciguarlo, para darle un momento de paz antes de llegar a algo más intenso, se negaba a buscarlo si ella no se lo daba.

No podía despertarla, con la perspectiva de un peligroso viaje al pueblo la mañana siguiente, y menos teniendo en cuenta el estado de Aleysia.

Sintió aquel suave olor a cítrico que le recordaba lo imposible que era ignorarla y, con un gruñido, se sentó en la cama, dejando colgar las piernas por un lado. Con la cabeza gacha, apoyó los codos en los muslos. Muy pronto amanecería; solo le quedaban un par de horas para dormir. Se frotó la cabeza con las manos, sin atreverse a mirarla.

«No lo hagas», se dijo.

No podía resistirse. Negarse a observarla era como intentar no mirar a una estrella que tuviera en la palma de la mano. Sin embargo, al volverse, el rostro que se encontró hizo que se le encogiera el estómago, entre la náusea y el terror.

La general Loyce.

Se puso en pie de un salto y retrocedió hasta donde estaban sus armas, tiradas sobre la mesa.

—Hola, querido —dijo ella con una voz que era como un puñado de serpientes reptándole sobre el cuerpo—. ¿Pensabas que podrías huir de mí escondiéndote en la tierra de los mortales?

Él recorrió la oscuridad del dormitorio con la mirada buscando a Maevyth.

—¿Dónde está? —dijo con un gruñido.

—De camino a Etiria. Para alimentar a mis queridas mascotas.

Zevander soltó un rugido gutural y echó mano de su daga. Un

instante más tarde ya estaba junto a la cama, abalanzándose sobre ella como un vendaval.

La general sonrió, alimentando aún más su rabia.

Zevander atacó con rapidez, sin pensárselo, apuñalándola en el pecho. Pero en lugar de penetrar con facilidad, la hoja chocó contra algo rígido. Tiró del cuchillo y volvió a atacar, forzando la entrada del metal en su pecho. Se lo clavó una y otra vez, perdido en un mar de pensamientos violentos que era incapaz de analizar.

Volvió a acuchillarla, pero no salió sangre.

Una vez más, pero no oyó ningún grito de dolor.

Daba siempre contra una superficie dura, como si el pecho de Loyce estuviera hecho de piedra.

Retiró la mano, dispuesto a atacar de nuevo, pero se frenó de pronto al oír un murmullo. Zevander se volvió hacia el origen del sonido, indiscernible a través de la puerta cerrada. Cuando volvió a mirar hacia delante, se encontró con el rostro de Maevyth, que dormía con los labios separados, respirando suavemente.

Conteniendo un grito de sorpresa, retrocedió unos pasos y recordó los últimos segundos, la furia con que había apuñalado a lo que él creía que era la general Loyce. Bajó la vista y vio la daga, aún en su mano, con una astilla de madera prendida entre los dientes de sierra. A sus pies, en la madera del suelo, había profundas hendiduras como las que había visto junto a la cama de Aleysia.

Zevander se encogió, tiró la daga y se echó atrás. Ni siquiera el golpeteo del metal en el suelo despertó a Maevyth. Y otra idea preocupante le angustió aún más: ella no lo había visto venir siquiera.

De cuclillas en el suelo, se agarró la cabeza, conteniendo el aliento. «¿Qué demonios estoy haciendo?».

Por los dioses, había estado a punto de apuñalarla.

Se tapó los ojos con la palma de la mano, intentando borrar aquella imagen de su mente.

«¿Le he hecho daño?».

Dio un paso, pero se frenó: ya no confiaba en él mismo, no quería acercarse. La examinó, a la tenue luz de la habitación, recorriendo su cuerpo con la mirada en busca de cualquier herida.

Ella suspiró otra vez, se dio la vuelta, poniéndose bocarriba, y siguió con sus ronquidos. No había rastro de ninguna herida ni sangre en las sábanas; nada que hiciera pensar que la había apuñalado.

«Mierda. *¡Mierda!*».

Se frotó la cara con la mano, contemplando aquella escena mortificado.

Recogió su daga, la puso sobre la mesa y volvió a mirar aquellas hendiduras. La profundidad y el trazo eran similares a las de la habitación de Aleysia, solo que no tenían aquella sustancia negra, aunque esta podría ser producto de las heridas de la chica.

Se puso a caminar arriba y abajo mientras se frotaba la cabeza, considerando la posibilidad de que hubiera sido él el autor de las otras marcas.

Al oír de nuevo murmullos, aguzó el oído. Se acercó a la puerta, que daba al salón principal de la cabaña, donde temblaban las llamas de la chimenea y se oían más fuertes los murmullos.

Zevander salió del salón y avanzó sigilosamente hacia la habitación de Aleysia.

Al mirar en su interior descubrió a la hermana de Maevyth hecha un ovillo en una esquina de la habitación, entre sombras, con las rodillas agarradas contra el pecho.

—Cuatro, tres, dos, uno. Uno, dos, tres, cuatro.

Con la mirada fija en la ventana, soltó un gemidito y se puso a

contar otra vez, pero más rápido.

Zevander siguió la línea de su mirada y se encontró un rostro humano grotesco, grabado en el vientre de una araña, que la observaba desde el otro lado de la ventana, colgando de la fachada exterior de la casa. Se acercó, cogió una de las mantas de la cama y cubrió la ventana, tapando aquella imagen.

Aleysia dejó de contar, pero no apartó la vista de aquel punto.

Aún confuso, pensando en lo sucedido con Maevyth, salió de la habitación y cerró la puerta tras él. Apretó los dientes, cerró los ojos y se pellizcó el puente de la nariz, intentando calmar la rabia y la confusión que lo embargaban.

Se metió la mano en el bolsillo del pantalón en busca del colgante del escorpión. Lo agarró con fuerza y respiró hondo varias veces, sin poder quitarse de la mente la escena en que apuñalaba a la general con el cuchillo.

Necesitaba hacerse con vivicanto.

Y, por mucho que le doliera apartarse de ella, tendría que ir solo.

23

Maevyth



Cuando amaneció, Zevander ya se había vestido y estaba recogiendo sus armas. En algún momento de la noche había cambiado de opinión y había decidido aventurarse en el pueblo solo. Yo me quedaría en la cabaña.

—Aleysia ya está despierta. Podemos ir al pueblo los dos. *Juntos* —insistí.

Él envainó la espada y se ajustó los brazales.

—No creo que tu hermana esté lista para salir. Anoche me la encontré agazapada en una esquina contando.

Puse una mueca de sorpresa, aunque me vino a la mente aquella ocasión en que yo también la había descubierto contando. Y tenía razón: probablemente no estuviera aún en condiciones de emprender viaje. Aun así, no me gustaba la idea de que fuera solo después de los extraños episodios que había vivido últimamente. Las oscuras ojeras que lucía bajo los ojos eran prueba de que esa noche no había dormido demasiado.

—¿Hay alguna otra cosa que te preocupe? —pregunté.

Estaba atándose las botas, pero se detuvo un momento. Juntó las cejas y luego siguió con ello.

—No quiero que nadie salga herido.

Se ajustó el tahalí y me miró mientras yo le tendía su capa.

—Yo tampoco.

Para mantener mis emociones bajo control, me dediqué a alisarle las arrugas de la capa. Observé que algo le asomaba de un bolsillo. El colgante del escorpión que yo había llevado durante la Ceremonia del Devenir. Fue entonces cuando me di cuenta de que hacía días que no lo veía.

Volví a metérselo en el bolsillo y me acerqué a él, poniéndome de puntillas para darle un beso. No me importaba que Aleysia estuviera durmiendo a solo unos metros. Me entregué al beso, disfrutando de la sensación de seguridad que me proporcionaba estar en sus brazos.

Cuando por fin nos separamos, di un paso atrás y le apoyé una mano en el pecho.

—Esto no me gusta. No me parece bien que vayas solo. —Me volví en dirección a la habitación de Aleysia y, aunque no era culpa suya, no pude evitar sentir un pinchazo de rabia. Era una imprudencia que nos separáramos y odiaba verme obligada a escoger entre los dos.

Como si percibiera mi frustración, me agarró las manos.

—Si te pasara algo, sería un infierno del que no podría escapar. Estaré bien. Tú quédate aquí. Protégete. Y, por el amor de los dioses, no abandones esta cabaña pase lo que pase.

Bajé la mirada y asentí, no muy convencida.

—¿Has cogido mi colgante del escorpión?

Se lo sacó del bolsillo, sosteniéndolo en la mano cerrada, pero

no se molestó en responder a mi pregunta. En lugar de eso, me lo entregó.

Yo negué con la cabeza y le empujé la mano, rechazándolo.

—No, guárdalo. Así te acuerdas de mí. Piensa en lo que es importante y vuelve a mi lado.

—No necesito un colgante para que ocupes todos mis pensamientos, Maevyth. —Se metió el colgante en el bolsillo de la chaqueta—. Pero lo guardaré de todos modos.

—Bien. Ten cuidado. Y no hagas ninguna tontería, como pelearte con alguno de esos bichos.

—Volveré antes de que caiga la noche.

Me plantó otro beso en los labios, acariciándome la mejilla con el pulgar, y salió por la puerta.

A través de la ventana, lo vi cruzar el patio hasta el camino de tierra que llevaba al pueblo y lo seguí con la vista hasta que no fue más que una mancha negra a lo lejos. Con las puntas de los dedos apoyadas en el gélido cristal, suspiré.

—Por favor, ten cuidado.

—Así que… es algo más que un amigo.

Al darme la vuelta me encontré a Aleysia de pie en la entrada de la habitación, con un aspecto algo ridículo. Llevaba un vestido blanco sobre los pantalones y unas botas viejas que había sacado del arcón que Zevander había encontrado en el sótano unos días antes.

—Me niego a ponerme las viejas blusas de la Arpía —dijo, como si se hubiese dado cuenta de la forma en que la miraba—. Huelen a moho y a cebolla —añadió agarrándose al marco de la puerta.

—Ten cuidado —le advertí, viendo que se ladeaba un poco. Me acerqué a toda prisa y la ayudé a sentarse cerca de la chimenea.

—Parece que aún tengo un poco de vértigo.

—¿Tienes hambre?

—¿Aún queda algo de carne?

—Me temo que no. Entre los tres nos la acabamos. ¿Quieres unas manzanas?

Arrugó la nariz y agitó una mano, rechazando la oferta.

—Preferiría morirme de hambre que comerme esas manzanas olvidadas de la mano de Dios. Es lo único que me daba esa vieja bruja. Manzanas para desayunar, manzanas para cenar. Manzanas, manzanas, manzanas.

—¿No te daba estofado?

—¿Tú te habrías comido ese mejunje asqueroso?

—Bueno, no puedes morirte de hambre. Necesitas energía. ¿Qué te puedo dar?

—Té. Me encantaría una buena taza de té caliente.

—Está bien.

Vertí agua en el hervidor, lo puse a calentar y eché unas hojas de té en un filtro que metí en una taza que había encontrado en un armario.

—Bueno, ¿y cómo conociste a esa bestia de hombre?

—Aleysia… —Desde luego, no sabía ni por dónde empezar, cómo empezar—. Hay unas cuantas cosas que tengo que contarte, pero no estaba segura de que estuvieras lista para oírlas.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Es mucho lo que hay que asimilar.

La válvula del hervidor de agua silbó y, con una manopla, lo aparté del fuego y serví el agua sobre las hojas.

Ella soltó una risita socarrona y alargó las manos hacia el fuego, se las frotó y volvió a extenderlas.

—Mira a tu alrededor, hermana. ¿Ves algo que sea fácil de asimilar?

Asentí con un suspiro y le di su té.

—Muy bien, lo intentaré. Cuando atravesé ese arco… —vacilé, viendo cómo me miraba por encima de su taza mientras le daba un sorbo a su infusión—, entré en otro mundo.

Ella bajó la taza.

—Otro mundo —dijo sin inflexión en la voz, y soltó una risa—. Vale, te sigo.

—Es cierto. Se llama Etiria, es donde vive Zevander. Y resulta que yo tengo antepasados de allí.

Aleysia levantó las cejas de golpe.

—Bueno, ¿entonces cómo es posible que nacieras a este lado del arco?

—No lo sé. Aún no sé la historia completa de cómo llegué aquí, pero Dolion cree que pertenezco a una raza que se ha extinguido.

—¿Y quién es Dolion?

—Un brujo que Zevander tenía preso.

—¿También a él? —Juntó las cejas—. ¿Cómo *a ti*?

Al oír aquello fruncí el ceño. Me sonó ridículo incluso a mí. Si Zevander no me hubiera seguido por aquel bosque, habría acabado pensando que eran todo imaginaciones mías: Etiria, la magia, él.

—Sí, pero no por los motivos que crees. Fue para protegerme.

—Por supuesto. Un hombre te rapta, otro te dice que eres la descendiente de una raza extinta y tú vas y te lo crees todo. ¿No te mordieron esas pérfidas malvahadas?

Ni siquiera había llegado a la parte del látigo de huesos, o del silbato que tenía integrado en la garganta y con el que podía llamar a un enorme dragón, o a cuando los dedos se me teñían de negro y podía matar con un simple roce.

—Ya te he dicho que era mucho. Quizá no sea el momento ideal.

—No. Quizá sí lo sea. No pensarías que iba a recobrar el sentido y creerme todas esas tonterías. ¿Tú cuestionas *mi* estado mental y

las intenciones de Moros, pero no tienes problemas en aceptar todas esas paparruchas? Tú eres de Foxglove. Naciste en Foxglove, Maevyth. Yo digo que cerremos las puertas a cal y canto y que no permitamos que tu secuestrador vuelva a entrar cuando regrese. En caso necesario, me defiendo bastante bien con el cuchillo. El tío Riftyn me enseñó…

—Basta. —Aún me pesaba la decepción de haber tenido que quedarme en la cabaña, pero contuve mi frustración para no hacérselo pagar a Aleysia—. No lo entiendes, y no espero que lo hagas. Solo quería contarte lo que me ocurrió. No quería que pensaras que te abandoné.

—Pues suena como si lo hubieras hecho. ¡De hecho, da la impresión de que te enamoraste de tu captor mientras yo vivía aterrorizada por una bruja!

¿Cómo se atrevía? Habría querido gritarle que *ella* era precisamente el motivo por el que seguía atrapada en ese lugar aterrador, en esa cabaña sofocante, pero me mordí la lengua.

—No tengo que demostrarte mi lealtad. Luché día tras día por encontrarte. Me entrené, literalmente, para ser cada vez más fuerte, de modo que pudiera protegerte. Así que no voy a seguir…

No pude acabar la frase, porque algo se movió detrás de Aleysia. Lentamente me puse en pie.

Por la pared que tenía a su espalda, lentamente, bajaba una araña del tamaño de un pájaro.

—¿Qué es eso? —preguntó ella volviéndose.

—Aleysia, muévete despacio.

Por el dormitorio apareció otra araña, esa casi tan alta como la puerta y pálida como la nieve.

—Dios mío. ¿Cómo han entrado aquí?

En la esquina de la habitación estaba el saco de arpillera que

había usado Zevander para envolver los restos del conejo. Me había dado instrucciones para que lo quemara en cuanto se fuera.

El saco se movió y, del interior, salió una araña mucho más pequeña que correteó hacia las dos más grandes.

—Aleysia, tenemos que irnos. Ahora mismo.

24

Zevander



Pasado

Zevander se despertó salivando por el olor a venado y pan caliente que flotaba en el aire. No recordaba la última vez que había comido carne que no oliera a podrido. Haría años, quizá, pero aquellos deliciosos aromas eran inconfundibles y le traían recuerdos de casa.

Del otro lado tenía a los otros miembros de la Dorona, sentados en torno a lo que debía de ser un banquete, por los olores que le llegaban. Uno de los jóvenes, probablemente soláceo por su cabello rubio y su piel bronceada, se apartó del grupo y le llevó una bandeja. A Zevander se le tensaron los músculos cuando el hombre se sentó a su lado, ofreciéndole un gran plato de comida: venado y pan, como suponía, junto con uvas, aceitunas e higos; delicias que no había probado desde su llegada a la prisión.

Aceptó el plato con prudencia, observando las cicatrices que tenía el otro hombre por el pecho y los brazos, donde estaba claro que le habían azotado. Tenía una cicatriz especialmente

desagradable que le iba de la comisura de los labios al centro de la mejilla y llevaba una banda dorada en la garganta. Fue entonces cuando Zevander se dio cuenta de que él también la llevaba. Se llevó la mano al cuello, negándose a buscar entre los recuerdos del día anterior, cuando alguien debía de habérsela puesto.

—Soy Theron —dijo el rubio metiéndose una aceituna en la boca.

En lugar de responder, Zevander dio un bocado a uno de los pequeños pedazos de venado que tenía en el plato y su delicioso sabor fue como una explosión en su lengua. Por una décima de segundo pensó en sus amigos, iniciando su fatigosa jornada de trabajo con un cuenco de gachas, pero esas ideas se desvanecieron enseguida al sentir una punzada de dolor en el muslo y recordar lo que le habían hecho. Habría renunciado a aquel plato de comida con tal de regresar a las minas.

—Eres lunáceo. —No era una pregunta y a Zevander no le gustó el modo en que aquel hombre le miraba los muslos, por lo que, cuando este alargó la mano para tocarle una de las heridas vendadas, se la apartó de un manotazo, como un animal dispuesto a morder—. Solo quería ver cómo tenías las heridas. Fui yo quien te las suturó.

Ni siquiera se había dado cuenta de que habían tenido que darle puntos.

Theron no insistió. Se acomodó entre los cojines, apoyando los codos sobre las rodillas.

—Ella ve tu resistencia como un juego. Mientras sigas rechazándola, seguirá atormentándote. Haz lo que dice y te ganarás su favor.

—¿Qué te hace pensar que aspiro a ser su puto favorito?

Se le crispó el rostro, como si se hubiera tomado aquello

personalmente.

—No tardarás en darte cuenta de que la docilidad es mejor que los castigos.

—Soportaría que me dieran mil latigazos antes que someterme a sus caprichos.

—¿Preferirías volver a las minas?

—Sí.

Theron meneó la cabeza y suspiró.

—Estar aquí tiene ventajas, hay comodidades. ¿Cuándo fue la última vez que comiste venado fresco en las minas? ¿O pan recién horneado, en lugar de esos mendrugos mohosos? Aquí hay cojines en vez del duro cemento, agua caliente para bañarse. Sigues siendo un esclavo, estés aquí o en las minas.

—No te he pedido tu opinión sobre lo que soy.

—Y no quería insultarte. Yo soy el que cura a quienes la desafían. Simplemente querría evitarme tener que volver a coserte la piel.

—Siento decepcionarte, pero habrá muchas más heridas. Gracias por la comida, ahora déjame solo.

Theron apretó los labios.

—No se me permite dejarte solo. Por si se te ocurre quitarte la vida.

—Entonces también estoy esposado a ti. Espléndido.

—Podría ser peor. Podría ser un órgodo. —Theron soltó una carcajada y, aunque Zevander también habría podido reírse de eso, no consiguió mover los labios ni un milímetro: la rabia que lo consumía era demasiado intensa—. Si insistes en desafiarla a cada palabra, al menos déjame que te dé algo.

Del bolsillo se sacó una ampolla minúscula de un líquido púrpura y se la tendió a Zevander.

No muy convencido, este dejó que se la pusiera en la mano.

—Es un potente elixir. Elimina el dolor y cura los tejidos. Póntelo en las heridas y sentirás que flotas en un sueño.

Zevander soltó una risita socarrona.

—¿Así es como consigue que hagáis todo lo que quiere?

—La polla se te aflojará y estará inservible. Para ella será humillante. Y, con el tiempo, puede que hasta se canse de ti.

—¿Hablas por experiencia?

Él carraspeó y apartó la mirada.

—Tardé un tiempo en entenderlo, pero sí. Y ahora me encarga otras labores.

—Curar heridas.

—No pienses que ninguno de los que estamos aquí disfrutamos con sus castigos, ni que conseguimos dormir tan profundamente por la noche que no recordamos los horrores de lo que nos ha hecho. Muchos mueren en menos de un mes, o bien porque se quitan la vida, o bien porque se resisten a doblegarse. Los que quedamos debemos aprender a adaptarnos, a escoger nuestras penas. El peso de una cadena se vuelve mayor con el tiempo.

Zevander apretó los dientes.

—Yo no cederé. No me doblegaré ante nadie.

Theron apretó los dientes y se puso en pie, pero se quedó allí un momento más.

—*Mor samanet* —dijo.

—¿Qué significa eso?

—Es una frase en soláceo que se suele decir antes de partir a la guerra. Significa «la muerte aguarda». Espero que sobrevivas, amigo.

25

Zevander



Presente

Zevander sintió un escalofrío en la nuca, una sensación que lo hizo detenerse de camino al pueblo.

Se dio la vuelta en dirección a la cabaña, que había ido volviéndose tan pequeña que no se veía.

«¿Maevyth?».

El instinto le pedía volver a su lado y no dejaban de aparecérsele las imágenes de los últimos momentos antes de irse, la preocupación que veía flotando en los ojos de ella, como un reflejo de la que él sentía. Quizá habría visto un presagio en aquello si hubiera sido más sagaz.

Se volvió de nuevo hacia el sinuoso e irregular camino, apenas distinguible bajo la nieve recién caída, que se extendía hasta la oscura silueta de Foxglove, a lo lejos.

—Mierda.

Aquella intranquilidad fue instalándose en su pecho hasta

convertirse en indiscutible certeza de que algo iba mal.

Muy mal.

Abandonó su expedición y regresó a la cabaña, pisando de nuevo sus huellas en la nieve.

—*Mor samanet*.

Era la misma voz que había oído el día anterior en el bosque. Zevander miró a su alrededor, escrutando las laderas que había al otro lado de una vieja cerca de madera que flanqueaba el camino. Unos árboles secos como esqueletos se alzaban sobre la omnipresente niebla, pero allí no se veía a nadie.

No había movimiento.

Siguió caminando en dirección a la casita, pasando por delante de un molino abandonado tiempo atrás y de un puente en ruinas, y de nuevo tuvo aquella sensación. Echó mano a la espada y olisqueó el viento: cuero engrasado y un leve rastro de humo y ceniza.

Un brillo dorado en un extremo de su campo visual lo alertó de un movimiento y dio media vuelta a la vez que desenvainaba, esquivando por muy poco la espada de su oponente, que pasó silbando junto a su cabeza.

Su atacante, oculto bajo una capucha y provisto de una máscara, volvió a arremeter y Zevander tuvo que lanzarse hacia un lado para evitar que le perforara las tripas. Contuvo el siguiente golpe con un sonoro *clang* y observó la postura y la técnica de su oponente, la precisión de cada movimiento. Era un asesino profesional, de eso no cabía duda.

Fueron moviéndose en círculo, como si uno fuera el reflejo del otro, ambos con la espada en ristre. La figura espectral giró y entrechocaron las hojas, acero contra acero, haciendo saltar chispas en una serie de ataques sucesivos.

Zevander habría podido pensar que su oponente había estudiado

sus movimientos por como se anticipaba a ellos.

El escorpión de su espalda se movió, correteándole por la piel, rogándole que lo dejara salir, pero lo contuvo. Estaba decidido a ahorrar toda la magia de sangre que le quedaba por si encontraba más arañas mutantes. Aunque en esos momentos empezaba a replanteárselo, viendo a su enemigo en busca de un punto débil.

Zevander desvió otro mandoble y contratacó con una estocada dirigida al pecho, pero el desconocido consiguió apartarse a tiempo.

Era como luchar contra su maldita sombra.

—¿Quién eres? —gruñó Zevander, y embistió de nuevo. Su hoja se encontró con el acero de la otra espada.

El extraño respondió con un tajo hacia su vientre y Zevander bajó la espada justo a tiempo para detener el ataque mortal.

Le dio un potente empujón en el pecho a su enemigo, tirándolo hacia atrás. Lo suficiente para inmovilizarlo contra un árbol cercano, poniéndole la espada en la garganta.

—¿Quién eres?

Cuando le arrancó la máscara a su oponente, Zevander se quedó sin respiración y estuvo a punto de caérsele la espada de la impresión.

Rizos rubios. Ojos azules. La cicatriz en la comisura de la boca.

«¿Theron?».

Un torrente de imágenes le inundó la cabeza, con una cacofonía de voces que hablaban todas a la vez.

No. No podía ser. Estaba perdido en un mar de recuerdos que había cerrado bajo llave mucho tiempo atrás, recuerdos que no se atrevía a sacar a flote en aquel momento de amenaza.

—Me alegro de verte, amigo mío. —La sonrisa de Theron, cruel e impersonal, no encajaba con la imagen del joven que recordaba Zevander—. No has cambiado mucho con los siglos, ¿no? Serán

todas esas uvas y ese vino que te daban de comer las nobles de sangre azul.

Zevander sintió que se le endurecían los músculos otra vez y apretó la mandíbula.

—Estás muy lejos de Solácea —dijo entre dientes—. ¿Qué es lo que quieres?

—No es lo que yo quiero. Es lo que *ella* quiere. Siempre se ha tratado de lo que ella quiere.

—¿Loyce?

Theron torció los labios, como si oír aquel nombre le resultara igual de insufrible a él.

—¿Quién si no iba a enviarme a la tierra de los mortales?

—Es una pena que te haya enviado a tu perdición.

—Es una pena que me subestimes.

Como un susurro, se desvaneció en el aire y Zevander clavó la espada en la corteza del viejo árbol.

Un frío desquiciante le acarició la nuca.

—*Mor samanet* —susurró la voz otra vez.

Zevander se dio la vuelta espada en ristre, pero no cortó más que el aire.

26

Zevander



Caligorya

Pasado

—¿Qué sentido tiene todo esto? —dijo Zevander recorriendo con la mirada la cocina de la pequeña casa, observando lo extrañamente tosca que le parecía, con una bomba para el agua y un horno de leña, de las que solo se encontraban en las zonas más pobres del Arrabal.

Las pocas veces que se había sumergido en la caligorya, mientras sufría aquellos abusos, se había encontrado con la misma niña: Alastor parecía decidido a que empatizara con ella. En esos momentos estaba sentada en un pequeño taburete, buscando un yesquero en los armarios. Con cada visita a Caligorya, iba haciéndose mayor; Zevander calculó que ya tendría unos dieciséis años, solo unos pocos menos que él.

—Presta atención —le dijo Alastor, a su lado, volviéndose hacia ella.

—¿Se supone que va a hacer algo brillante?

En los ojos de Alastor, Zevander vio un destello que lo hizo fruncir el ceño.

—Es encantadora, ¿no te parece?

—Eres demasiado mayor para fijarte en ella de esa manera.

—Ella también crecerá, como todos los mortales, y madurará, como un fruto a la espera de que le den un mordisco.

Zevander arrugó la nariz.

—Si es eso lo que te interesa, ya no me interesan estas lecciones.

Alastor le dirigió una mirada de desaprobación.

—Ella no existe. Es la naturaleza finita de la mortalidad lo que me intriga.

La chica soltó un gruñido de frustración y sus movimientos bruscos hicieron que perdiera el equilibrio. El taburete se balanceó y dio la impresión de que iba a caerse de espaldas.

Zevander se echó adelante para agarrarla al vuelo, pero Alastor lo detuvo asiéndolo del hombro con firmeza.

—No debes tocarla nunca. Pase lo que pase.

Afortunadamente, la chica recobró el equilibrio y bajó del taburete ilesa.

—¿Por qué?

—Está prohibido, tal como te dije. Romper los límites de la barrera liminal de la caligorya y tocar a un ser que aún no ha nacido tendría consecuencias catastróficas. Abriría las barreras del destino y permitiría que los dioses interfirieran.

—Interfieren igualmente, así que ¿qué importa?

La chica continuó buscando y Alastor siguió con la vista cada uno de sus movimientos, como si sus banales tareas fueran algo digno de contemplación.

—Hasta los más poderosos tienen que someterse a normas que

no pueden infringir. A menos que las encuentren rotas —dijo.

—Pero yo ya he tocado una taza que todavía no había sido creada y un barril de hidromiel que aún debía fermentar.

—Lo inanimado no tiene consecuencias por lo que respecta a los dioses.

—¿Cómo es que un simple contacto abre la puerta a los dioses?

Alastor apartó por fin la vista, resoplando.

—Harás lo que yo te diga, sin cuestionártelo.

Del bolsillo de su túnica sacó un yesquero y lo dejó sobre la mesa.

Cuando la chica se dio la vuelta, lo agarró y se arrodilló ante el horno de leña. Golpeó el yesquero repetidamente, pero no consiguió la chispa que necesitaba para encender el fuego, por lo que gruñó, frustrada, sin dejar de intentarlo.

—¿Recuerdas el último glifo que te enseñé?

Era un símbolo complicado que no había recordado al despertarse. Y aún no conseguía rememorar todos los detalles.

—No mucho —respondió, dejando de pensar en el glifo y fijándose en la chica y en cómo le caía la oscura melena sobre los estrechos hombros. Su piel, como de alabastro, contrastaba con el negro del vestido y de la gargantilla. Golpeaba el yesquero con sus finas y cuidadas manos. Contemplarlas hizo que Zevander se preguntara si serían tan suaves como parecían.

De pronto, la imagen de las manos de la general Loyce agarrándolo lo distrajo de sus pensamientos y puso una mueca, ruborizándose y sintiéndose humillado.

—Fíjate —dijo Alastor, y dibujó en el aire con la misma llama naranja el símbolo antiguo que le había enseñado en la última ocasión.

La suave luz resultaba tan hipnótica como la vez anterior. Un

círculo de intrincados símbolos y líneas, algunos de los cuales apuntaban a otros símbolos más pequeños en el exterior del círculo, al menos media docena, con formas igual de complicadas.

—Es demasiado. Este tiene demasiado detalle.

—¡Concéntrate! —le espetó Alastor—. Es el poder más importante que posees.

—¿La llama?

—Sí. Grábate este glifo en la memoria.

Aunque agradecía la distracción que le proporcionaba aquello de los horrores de la general Loyce, odiaba las lecciones de Alastor. Odiaba que le recordara que el único poder que poseía lo tenía en sueños, que le hiciera sentir que cada día con la general no era más que uno menos de vida.

—¡No tiene sentido! No sirve de nada fuera de la caligorya. No tengo ningún poder. Estas lecciones son inútiles.

—¿Lo son?

La escena cambió y, de pronto, Zevander se vio en el castillo de piedra que había conocido toda su vida.

Su casa.

Le salía vapor de la boca al respirar y sintió un escalofrío al recorrer con la mirada el oscuro vestíbulo. Con curiosidad, dio un paso adelante, recordando cada detalle del castillo, cada piedra desgastada, cada grieta, donde las sombras se extendían por las paredes y el reconfortante olor de los aceites perfumados de su madre flotaba en el aire.

Se apartó de Alastor y subió por la escalera hacia los dormitorios, buscando desesperadamente a su madre, y se la encontró hecha un ovillo con Rykaia sobre la cama.

Su hermanita Rykaia, que apenas tenía ocho años cuando lo habían enviado a prisión, se había convertido en una jovencita, casi

tan alta como su madre. Al ver la madurez que había adquirido su rostro, Zevander sintió una punzada en el corazón.

Habría pensado que estaban muertas de no ser por cómo temblaban de frío.

—¿Es esto cierto? —preguntó Zevander alargando la mano para tocar a su madre. Alastor le agarró la mano.

—Las normas siguen siendo las mismas. No debes tocar. En cuanto a si es real o no, eso depende de la voluntad de los dioses, no de la mía.

Zevander se volvió hacia la chimenea, apagada desde hacía mucho tiempo, y se acercó. Se arrodilló y cerró los ojos, intentando desesperadamente recordar el glifo capaz de encender el fuego.

—Déjame verlo una vez más.

—No. Concéntrate.

Zevander apretó los dientes, cerró los ojos con fuerza y recordó el primer símbolo exterior, uno muy pequeño en lo alto del círculo, con extrañas volutas. La imagen brilló en su mente, y entonces pasó a la segunda, a la derecha de la anterior. Cada línea, cada círculo, cada curva.

Rykaia se estremeció a su espalda y soltó un gemido, lo que lo distrajo.

Gruñó y volvió a pensar en el primer símbolo, empezando de cero. Luego el segundo. Una vez fijados en su mente, pasó al tercero, al cuarto, al quinto y al sexto. Con las manos temblándole de la impaciencia, hizo un esfuerzo por rememorar el símbolo del centro.

Había líneas que no recordaba, que trazaban complicados giros y cruces.

—Morirán si no les das calor.

—¡Entonces enséñamelo! —replicó Zevander furioso.

—Tienes que recordarlo solo. Es el único modo de que aprendas.

—Si esto es real…, si mueren, encontraré el modo de matarte.

Alastor se rio.

—¿Tan poca confianza tienes en ti mismo, chico?

—Este glifo tiene demasiados detalles. No puedo acordarme de todos.

—Puedes y lo harás. Cierra los ojos.

Obedeció, por pura desesperación.

—Apóyate la mano en el pecho y sigue el trazo de tu cicatriz con el dedo.

Toda la vida le habían dicho que no debía tocarse la cicatriz maldita. Su padre creía que, si lo hacía, despertaría el mal encerrado en ella. Pero su padre no estaba allí, estaba muerto, y su madre y su hermana corrían el riesgo de seguir su camino al más allá.

Zevander apoyó el dedo sobre la cicatriz y resiguió las líneas que le habían desfigurado la piel. Podía ver la imagen como si la estuviera pintando en su mente. Extraño, ya que llevaba el glifo en el pecho desde bebé.

Mientras trazaba cada uno de los símbolos, no dejó de visualizar la imagen. Un calor abrasador le atravesó la mano, como un hierro candente, y al abrir los ojos vio una llama negra en la palma de su mano. Soltó un grito de euforia.

—¡Sí, sí!

Alastor se arrodilló a su lado, con los ojos bien abiertos, fascinado. Recogió parte del fuego y lo colocó cuidadosamente sobre la madera que quedaba en la chimenea, que prendió, emitiendo un calor que iluminó el dormitorio con una luz violeta.

Zevander se dio la vuelta y vio que su madre y su hermana ya temblaban menos y que no creaban vaho al respirar, como si el fuego las hubiera calentado de golpe.

—¿Tú también puedes crear fuego? —preguntó maravillado por la velocidad con que había prendido en los troncos.

—Puedo someterlo a mi voluntad, pero no crearlo. Solo tú tienes ese poder. Eres la única persona en el mundo capaz de ello —dijo con una mirada de orgullo que a Zevander le hizo pensar en su padre—. Durante siglos, los brujos se han planteado la posibilidad de algo así. Cuando salgas de la prisión, y un día saldrás, prométeme que practicarás la invocación de este glifo. Tienes que dominarla hasta que crear fuego te resulte tan natural como decir tu nombre.

Zevander contuvo una sonrisa y asintió.

—Lo haré.

—Bien. Tu próxima lección consistirá en asociar el fuego con tu prodozja.

—¿Asociarlos? ¿Eso es posible?

—Ese es precisamente el motivo por el que te concedieron el arácnido. Ahora mismo no es más que una sombra inútil, una criatura pensada para intimidar. Pero imagina qué pasaría si pudiera ser *destructiva*…

Zevander no quería admitir lo aterradora que resultaba aquella idea. La posibilidad de tener un poder tan mortífero como el de un escorpión con una llama negra.

Por fortuna, ese poder quedaría confinado en la caligorya.

27

Maevyth



Media hora antes

Tiré de Aleysia para que me siguiera y ambas nos dirigimos lentamente hacia la puerta.

—Uno, dos, tres, cuatro, cuatro, tres, dos, uno… —la oí susurrar a mis espaldas, gimoteando.

—No va a pasar nada. Tú no hagas movimientos bruscos.

—¿Qué esperas que haga, si deciden atacar? ¿Que me aparte *tranquilamente*? —respondió temblando, y reemprendió la cuenta.

Otras dos bestias pálidas aparecieron procedentes de mi dormitorio, con largas patas de araña, encogiéndose para pasar a través del marco de la puerta.

En total ya eran ocho y todas avanzaban muy despacio hacia nosotras.

La más grande, que estaba justo enfrente de mí, se levantó sobre sus patas traseras, mostrando un rostro humano deformado

grabado en su abdomen negro. La expresión de terror de aquella cara me provocó un escalofrío que me recorrió la espalda desde la nuca.

—No, no, no, no —gimoteó Aleysia de nuevo, así que la agarré del brazo con fuerza para calmarla y advertí que le temblaban los músculos—. Cuatro, tres, dos, uno, uno, dos, tres, cuatro…

—Saldremos de esta. Tú haz exactamente lo que yo te diga. ¿Me entiendes?

Apenas acababa de decir aquellas palabras cuando la araña soltó un chorro de líquido por la boca. No acertó a darme y cayó en el suelo junto a mi bota, donde chisporroteó. El suelo de madera se deformó por efecto del ácido.

—Oh, dios. ¡Oh, despiadado cabrón al que he rezado cada noche sin falta, si me abandonas ahora, cometeré todos los pecados que aparecen en el Libro Rojo! —dijo Aleysia a mi espalda. Aunque me alegré de que se sintiera con fuerzas de bromear, no me pareció que fuera el mejor momento, porque tenía el corazón golpeándome las costillas como un tambor.

—¿Ya hemos llegado a la puerta? —le pregunté sin apartar la vista de aquellas bestias.

—Sí…, ya casi alcanzo el pomo. Sí, sí, estamos en la puerta.

—Gira el pomo muy despacio.

—¿Y si también están fuera? —dijo con un gemido de pánico.

—Entonces vamos a tener que ponernos muy creativas con nuestras oraciones. Pero de momento es el único modo que tenemos de salir de esta.

El crujido de la puerta me indicó que había conseguido abrirla. Mientras la araña humanoide se nos acercaba, extendí una mano temblorosamente. El glifo Aeryz hizo que la bestia saliera despedida hacia atrás y chocase con la pared, levantando una nube de polvo y

suciedad.

Otra araña se nos acercó correteando, a la cual también repelí con mi glifo.

—¡Cuidado, Maevyth! —El grito de Aleysia me hizo fijarme en otras cuatro arañas que se nos venían encima desde el techo, dejándose caer por sus hilos de seda.

Las dos nos agachamos y retrocedimos, atravesando la puerta.

Las arañas más grandes se lanzaron hacia adelante, caminando sobre sus patas traseras y agarrándose a las paredes con las delanteras, buscándonos.

Alargué la mano y una ráfaga de aire las hizo retroceder lo justo como para que pudiera cerrar la puerta. Cogí a Aleysia de la mano y me la llevé lejos de la casa, corriendo por la nieve en dirección al camino. Cuando me atreví a mirar atrás, vi arañas de todos los tamaños saliendo de la cabaña detrás de nosotras, por lo que tuve que tragar saliva para contener el pánico que me atenazaba la garganta.

«¡Son muchísimas!».

—¡Maevyth! ¡Van… a… atraparnos!

Aleysia jadeaba, casi sin respiración, y noté que cada vez me agarraba con menos fuerza.

—¡Sigue… adelante! ¡No las… mires!

Cuando una de las arañas llegó a nuestra altura, extendí la mano, activando el Aeryz y derribándola. Entonces una sombra enorme nos pasó por encima y tuvimos que parar de pronto al encontrarnos a la más grande cerrándonos el paso.

—¡Dios mío, Maevyth! —La mano de Aleysia temblaba agarrada a la mía y, al mirar alrededor, vi que las arañas nos habían cercado. Nos tenían atrapadas.

Un miedo desatado me presionó el vientre y se volvió aún más

intenso cuando todas se levantaron sobre las patas traseras y emitieron un extraño gorjeo entrechocando los dientes. Temblando, alargué la mano, aunque sabía perfectamente que eran demasiadas como para hacerles frente.

De pronto sentí un calor en el antebrazo y vi la marca plateada grabada en mi cicatriz.

«Raivox».

Esperaba que pudiera oírme en ese lado del Valle Umbrío. Cerré los ojos, imaginando el magnífico glifo, y abrí la boca, emitiendo aquel silbido agudo.

Al principio me salió grave, rasposo, como la primera vez que había querido hablar al llegar a la cabaña, pero enseguida se convirtió en un tono tan agudo que Aleysia tuvo que taparse los oídos con las manos.

El murmullo de las arañas se intensificó. Una de ellas rompió la formación y vino a por nosotras. Yo repelí su ataque con una poderosa embestida del glifo Aeryz.

Otras dos siguieron su ejemplo. El glifo de los huesos ardía en el interior de mi mente. Alargué la otra mano y el látigo óseo salió disparado como un garrotazo, derribando a la araña que teníamos más cerca. En lugar de retirar la mano, la hice girar sobre la cabeza, derribando a la segunda araña.

—¡Maevyth!

Tenía delante a la más grande, así que retiré el brazo, recogiendo el látigo, y volví a lanzarlo. El impacto levantó trozos de su caparazón, que saltaron por los aires, al igual que dos de sus patas.

La bestia soltó un chillido agudo y en el lomo le aparecieron dos alas como de murciélago.

Aleysia gritó y la araña dio un salto, situándose sobre nosotras.

—¡Corre! —Cogí a Aleysia de la mano y corrimos hacia el camino, aprovechando el gran hueco que se había abierto entre las arañas. Con la garganta seca y el cuerpo entumecido por el frío y el miedo, contuve las lágrimas al oír los pasos de aquellos malditos bichos acercándose por la nieve.

Cada vez más.

«No voy a morir aquí. Así no. ¡No pienso morir así!».

No habría servido de nada intentar correr más que ellas, así que bajé el ritmo y me volví a plantarles cara otra vez. La horda de arañas formó una línea a solo un par de metros de nuestra posición.

—¿Qué estás haciendo?

La voz de Aleysia, dominada por el pánico, me llegó distante. Apreté los puños.

¿Dónde estaba esa voz de mi mente?

«¡Morsana! ¡Ayúdame!».

El silencio fue la única respuesta a mi ruego.

«¡Por favor!».

Las bestias avanzaban. Me concentré de nuevo.

Una vez más, invoqué el látigo óseo y lo agité sobre la cabeza, golpeando a todas las arañas que se acercaban. Estas cerraron el cerco, como la vez anterior. Lancé latigazos y más latigazos, haciendo volar trozos de caparazón y patas y tripas mientras la nieve se cubría de manchas negras. Seguí moviendo el brazo, sin hacer caso a la rigidez de mis músculos, manteniendo un área de seguridad cada vez más pequeña entre ellas y nosotras.

«No voy a morir así».

«¡No voy a morir!».

Empezaba a dolerme el hombro, los huesos me pesaban cada vez más. Las arañas avanzaban y yo seguía soltando latigazos desesperadamente, intentando evitar que se nos echaran encima,

pero ellas cada vez estrechaban más el cerco y yo cada vez estaba más cansada. Algunas de las arañas cayeron, aunque seguía habiendo demasiadas como para que pudiera defenderme.

—¡Maevyth, se están acercando! —gritó Aleysia a mi espalda clavándome los dedos en la camisa en su afán por pegarse a mí.

«¡Morsana! ¡Te lo ruego!».

Apenas advertí el sonido distante de un graznido, al menos hasta que las arañas se retiraron correteando, y al levantar la vista vi cientos de pájaros negros volando sobre nuestra cabeza.

El corazón me dio un vuelco y los ojos se me llenaron de lágrimas al ver a un enorme corvugón surcando el cielo tras la bandada de pájaros.

Aleysia soltó un chillido entrecortado y se tiró al suelo, pero yo me quedé observando a Raivox, impresionada. El corvugón aterrizó junto a nosotras con un golpetazo seco, salpicando nieve. Nos protegió con sus enormes alas y soltó un rugido que no solo hizo vibrar mi pecho, sino también el suelo.

Las arañas más pequeñas se alejaron a toda prisa.

Las más grandes retrocedieron, como si quisieran desafiarlo.

Raivox giró sobre sí mismo, como para comprobar a cuántas tendría que enfrentarse, y agitó sus enormes alas sobre nuestra cabeza como una inmensa nube de borrasca. Volvió a rugir, y el sonido resonó en su pecho antes de salirle por la boca acompañado de una llamarada plateada que envolvió a las arañas en espirales de metal líquido.

Boquiabierta, contemplé las llamas, que rodearon a las arañas antes de que pudieran huir.

Se quedaron paralizadas, con un gesto de agonía grabado para siempre en las pocas que tenían un rostro humano fusionado en el caparazón, con la boca desencajada, como si quisieran gritar.

Me quedé mirando a una que estaba a pocos metros de nuestra posición y vi una sombra recorriéndole el rostro. De la boca le salió una voluta de humo negra, que se convirtió en una especie de espectro que quedó flotando sobre la carcasa plateada de la araña, convertida ya en un pedazo de metal sin vida. En aquella forma espectral aparecieron unos ojos brillantes que seguían todos nuestros movimientos.

Raivox emitió otra llamarada plateada, pero la extraña criatura la esquivó con un movimiento fluido, como el de la tinta en el agua, y se lanzó directa hacia mí. Yo me agarré a la enorme pata de mi corvugón, buscando desesperadamente una salida. Me clavé sus afiladas escamas, resbalando con pies y manos por la superficie de la piel del corvugón.

Antes de que el espectro pudiera acercarse, Raivox dio un salto y lo atrapó con el pico. Oí cómo crujía al masticarlo.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que Aleysia no había pronunciado una palabra.

Al volverme, la vi tendida en la nieve con los ojos cerrados. Afortunadamente, aún se le movía el pecho.

—¡Aleysia!

Ella soltó un quejido y parpadeó, abriendo los ojos lentamente. Cogió aire y se sentó en el suelo. Al levantar la vista se quedó pálida.

—¡Ma-Ma-Maevyth! ¡Lo tienes detrás!

Raivox se volvió hacia ella y soltó un rugido que sonó como un trueno. Sentí un nudo en la garganta y me situé delante de Aleysia de un salto para protegerla.

—¡No! ¡Es mi hermana!

Raivox soltó un profundo gorgeo mientras agitaba las alas en señal de advertencia. Cuando vi que se calmaba, suspiré, aún

temblando.

Aleysia se estremeció y se abrazó el cuerpo.

—¿Maevyth? —preguntó.

—No pasa nada. Está conmigo.

—¿Contigo? ¿Cómo?

—¿Recuerdas aquel huevo raro que recogí hace un tiempo, y que me dijiste que no llevara al dormitorio?

—¿Me… me estás diciendo que es… es… ese bicho estaba en el huevo?

—Bueno, una versión más pequeña, pero sí.

Suspiró y se abrazó aún con más fuerza.

—Ma-Ma-Maevyth… Tengo mucho frío.

Bajé la mirada hacia mis viejas botas. Yo también tenía tanto frío que apenas sentía los dedos de los pies.

—Venga, tenemos que encontrar algún sitio caliente. Rápido.

Me puse en pie y, al abrir la mano, observé una especie de escamas color negro brillante, como las de Raivox, extendiéndose desde la punta de mis dedos hasta las muñecas. Y me habían aparecido unas afiladas uñas metálicas encima de las mías, decoradas con extrañas inscripciones y símbolos que parecían idénticos a los de mi corvugón.

—¿Qué es eso? ¿Qué está pasando? —preguntó Aleysia mirándome la mano.

—No lo sé.

Sacudí el brazo para intentar quitarme aquello de encima, pero parecía que se me había fundido con la piel, como un delicado guante. Las escamas llevaban grabados minúsculos símbolos plateados que semejaban glifos y, entre ellas, se abrían camino unas finas fibras plateadas similares a venas. Además sentía una especie de pulso, como si el guante estuviera vivo. El pánico se apoderó de

mí y volví a agitar el brazo.

—¡No se despega! ¡No me lo puedo quitar!

—Deja que pruebe yo. —Aleysia intentó clavar los dedos en una de las venas, pero enseguida retiró la mano con un chillido—. ¡Ay!

En la punta del dedo tenía un corte que goteaba sangre.

—¡Maevyth!

La voz de Zevander cruzó el campo y, al levantar la vista, lo vi corriendo hacia nosotras.

Raivox soltó otro rugido furioso y el suelo tembló con el salto que dio para enfrentarse a él. Su gruesa cola cubierta de escamas trazó unos gruesos surcos en la nieve al agitarla y aquel extraño gruñido gutural que emitía me presionó los pulmones, sofocándome.

—¡Raivox, no! —exclamé, poniéndome delante a toda prisa entre Zevander y el corvugón, igual que había hecho con Aleysia, con la mano extendida—. ¡Él también está conmigo!

Raivox agitó las alas y resopló, con las plumas del cuello erizadas. Estaba claro que la presencia de Zevander lo había alterado y soltó un gruñido agresivo. Luego igual que había hecho con Aleysia, retrocedió, pero no apartó su amenazante mirada de Zevander.

—Por los siete infiernos… —exclamó Zevander a mi espalda, y cuando me di la vuelta lo vi contemplar a Raivox con admiración.

—Se llama Raivox.

—¿Es tu pájaro?

—Es mi pájaro.

Aleysia vino a mi lado.

—*Eso* no es un pájaro.

28

Zevander



Pasado

Zevander bufó mientras Theron le echaba con cuidado un tónico curativo en la herida.

—Si no te conociera, pensaría que disfrutas atormentando a la gente, igual que la general —refunfuñó mientras observaba las burbujas formándose en el tajo recién cosido que le cruzaba el abdomen, causado por un latigazo muy fuerte.

—Y tú debes de ser masoquista, porque sigues sometiéndote a sus castigos. —Lo dijo con un tono revestido de enfado y las cejas levantadas—. No te has tomado el elixir que te di.

Zevander no se molestó en contestar. El mero hecho de que planteara la cuestión avivaba sus sospechas sobre las intenciones de Theron.

—No te fías de mí —dijo este, como si le hubiera leído la mente.

—¿Y por qué demonios iba a fiarme de un hombre que casi me suplicó que me arrodillara ante ella?

—Ya te expliqué qué efecto tiene.

—¿Y se supone que tengo que creerte? Apenas te conozco. ¿Qué ganas tú con esto? A ella no le sirves si no hay heridas que coser.

Él bajó la mirada con los labios apretados.

—Estoy intentando que no sufras. Si quieres evitarte un castigo innecesario, sométete. Así de fácil. En este sitio, la obediencia tiene recompensa. Y la resistencia es una muerte segura.

Zevander se rio con amargura y sintió que le ardía la herida.

—No me importa sufrir si así conservo un ápice de dignidad y orgullo. Me niego a convertirme en su esclavo perfecto.

—¿Dignidad y orgullo? —dijo Theron señalándole las heridas—. No has visto cómo tienes la espalda. Hasta un buen costillar de cordero tiene menos cortes que tú.

—¿Te crees que me importa? Prefiero acabar hecho papilla a base de latigazos antes que prestarme a…

—¿No es mejor estar sometido que destrozado?

Zevander apretó tanto los dientes que no se los partió de milagro.

—Prefiero acabar hecho trizas o reducido a cenizas que convencerme de que le pertenezco. De que soy parte de este puto sitio.

—¿No te ha enseñado nadie que a veces sobrevivir conlleva dejar de luchar? —Theron extendió los brazos, cuya carne estaba desfigurada por unas largas cicatrices blancas—. ¿Acaso crees que yo no he intentado defenderme? Estas cicatrices son las últimas marcas que me dejó. Ya están casi curadas.

—Eso no es sobrevivir. Eso es rendirse. ¿Y a qué precio? Prefiero morir defendiéndome que vivir con grilletes.

El otro puso una mueca de dolor, como si ese comentario le hubiera dolido, como si Zevander hubiese metido el dedo en la llaga.

—Si das con la forma de serle útil, las cadenas son pasajeras.

—Entonces enséñame a sanar heridas, como haces tú. —Theron desvió la mirada enseguida y Zevander reprimió una risa—. ¿Ves? No soportas la idea de que alguien te reemplace y te encadenen otra vez.

—Tómate el elixir a solas esta tarde…, cuando no esté la general. Así verás por ti mismo su efecto. Como poco, te vas a quedar profundamente dormido. —Se impulsó para ponerse de pie y lo miró desde arriba—. Estoy casando de intentar convencerte. Cuanto más la desafíes, más graves serán las heridas. Algún día acabarán en tragedia, amigo mío.

Zevander se asomó por uno de los arcos y vio la luna en lo alto del cielo; tras el calor sofocante de antes, recibió con los brazos abiertos la brisa fresca vespertina. Abajo se extendían kilómetros de territorio soláceo, totalmente inaccesible, pues el balcón estaba en un escarpado precipicio a miles de metros de tierra firme. No difería mucho de la cueva donde dormía en las minas, aunque no era tan traicionero. Ya había estudiado todas y cada una de las posibles formas de escapar, pero la general Loyce, siempre muy concienzuda, había concebido una jaula muy eficaz.

Tenía un libro sobre dioses soláceos en el regazo, una de las pocas lecturas a las que le daban acceso, y había llegado a la conclusión de que debía mantener la mente ocupada para evitar caer en la espiral de horrores desquiciantes a los que lo había sometido, pero, mientras miraba la ampolla que tenía en la mano, no pudo evitar preguntarse qué escapatoria le ofrecía.

Le dio la vuelta con el pulgar y los pequeños pliegues de los glifos que había aprendido le recordaron que había algo más aparte

de aquel lugar. Por suerte, las cicatrices de los glifos solo se percibían al tacto; de no haber sido así, probablemente lo habrían colgado por usar magia.

Miró a Theron, que estaba tumbado en la cama dándole la espalda, al parecer dormido. Zevander se había pasado casi toda la noche en vela por culpa de las recientes heridas que le había infligido Loyce; eran un recordatorio constante de que, a pesar de evadir la mente durante esos abusos, el cuerpo sufría y la caligorya era temporal. Peligrosa.

A lo mejor la ampolla le ofrecía una forma más segura de escapar.

Rompió la parte de arriba y le vino un aroma a raíces, hojas y otro ingrediente que no fue capaz de identificar, un olor a quemado que le llegó hasta el fondo de la garganta. Vertió el fluido sobre la herida más reciente. El tajo suturado crepitó y Zevander bufó por lo bajo mientras el líquido helado penetraba en la carne; se movió y sus maltratadas y doloridas costillas se quejaron.

La herida se adormeció en cuestión de segundos.

Al poco sintió un hormigueo extendiéndose por el abdomen y el pecho, como si fueran cristales de hielo.

Apoyó la cabeza en la pared y sonrió mientras todo su malestar y dolor se desvanecían en favor de una dicha fría y serena. Se le ralentizó el corazón y un silencio pesado le invadió la mente, acallando el aluvión de pensamientos.

29

Zevander



Caligorya

Zevander estaba sumido en la neblina difusa del sueño; el suelo se movía bajo sus pies y el aire fresco olía a hojas mojadas. Cuando abrió los ojos, se vio a sí mismo recorriendo un camino muy trillado flanqueado por cercas torcidas y algún que otro árbol cada pocos pasos.

Delante de él iba una chica andando. *La* chica. Esa misma que había visto tantas veces.

Sin embargo, Alastor no lo había invitado a la caligorya y, al mirar alrededor, no vio ningún indicio de que su mentor estuviera allí.

Solo estaba la chica.

Agachó la cabeza y la siguió; ella llevaba una cesta en una mano y algo que parecía una pequeña ánfora de aceite en la otra. Pasaron tres cuervos volando que se posaron en sendas ramas delante de ella, con la cabeza ladeada mientras le seguían la pista con un ojo, y

cuando los alcanzó volaron hacia las tres siguientes ramas.

Zevander ya los había visto antes rondando a la chica, como si por alguna razón se sintieran atraídos por ella.

Esta iba tarareando una canción desconocida con su angelical voz, que se oía entre los árboles, y una brisa ligera le acariciaba el cabello, cuyos largos mechones negros le bailaban sobre los hombros. Paseaba despreocupadamente, mirando alrededor, seguida por la sombra fantasmal de su capa negra. Era preciosa a pesar de no ser real, si bien Zevander fantaseaba con la posibilidad de que lo fuera. Imaginarse una criatura tan imponente en un mundo tenebroso le hizo sentir una extraña sensación de consuelo.

La chica se enganchó las viejas botas que llevaba con algo imperceptible y dio un traspié, ahogando un grito. Varios higos y albaricoques se salieron de la cesta, cayeron al suelo y fueron rodando hasta el margen empinado del camino.

—¡Joder! —dijo arrodillándose y afanándose en recoger la fruta para devolverla a la cesta.

Un ligero movimiento captó la atención de Zevander: una ardilla había salido disparada hacia uno de los higos que se habían caído.

La chica se abalanzó de rodillas hacia la fruta, pero la ardilla se escabulló y desapareció entre los árboles contiguos con su recompensa.

—¡Maldita seas, bola malévola de pacotilla! —Le lanzó un higo al animal, pero erró el tiro por mucho, lo que hizo que Zevander se riera entre dientes.

Ella se volvió con el ceño fruncido.

—¿Quién anda ahí?

Él se acercó un poco con curiosidad. Se puso de rodillas a su lado, le sopló en el cuello y se quedó mirando cómo se le ponía la carne de gallina. Ella se dio la vuelta y se quedó a unos centímetros

de los labios de él, a quien se le hizo la boca agua con el aroma a higo que desprendía su aliento; quería saborearlo.

—Sé que estás aquí aunque no te vea. —Lo atravesó con sus tiernos e invernales ojos, pero él quiso pensar que sí lo veía y que le dedicaba esa mirada cálida—. ¿Eres un ángel?

Zevander retrocedió un poco antes de contestar.

—Puede.

Ella inspiró con fuerza y se cayó para atrás; se alejó de él pataleando. Miraba a todas partes con los ojos como platos, pero era evidente que no lo veía.

Zevander dejó la mano suspendida sobre su hombro, cuidándose de no tocarla, y sonrió al ver que otra vez se le ponía la carne de gallina.

El pecho le subía y le bajaba mientras jadeaba y Zevander se fijó en la gargantilla que llevaba en el cuello. Parecía una cruz.

—¿Eres un ángel que me está hablando a mí en concreto?

—¿Por qué no iba a hablar contigo? —Qué rareza tan exquisita que pudiera oírlo, que pudiera comunicarse con ella y que ella lo entendiera a la perfección.

Era incapaz de concebir que algo así fuera posible, teniendo en cuenta que ella todavía no existía, pero aun así lo estaba disfrutando.

—Bueno…, es que… tú eres un ángel. Y yo soy… *la expósita*.

—¿La expósita?

—Todo el pueblo me llama así. De toda la vida. Desde bebé.

—¿Te abandonaron?

—Sí.

—¿No tienes familia?

—Sí que tengo, y los quiero mucho. Pero no sé quién es mi verdadera madre. Ni mi padre. —Se le escapó un suspiro—. Por

favor, dime que eres real y que estoy hablando contigo, porque, si no, se van a pensar que he perdido el juicio, y no quiero ser una loca además de expósita.

Zevander sonrió elevando una comisura de la boca.

—No estás loca. Soy un ángel y traigo un mensaje solo para ti.

—¿Para mí? Cuéntamelo, por favor. —Se puso de rodillas y juntó las palmas—. ¿Tengo que comunicárselo a alguien?

Él se moría de ganas de alargar el brazo y tocar esa rebelde cabellera morena.

—No. No puede enterarse nadie más, solo tú.

—Por favor, cuéntamelo. Te prometo que no voy a decir nada.

—Te he elegido, y eso te convierte en alguien sumamente importante para los dioses.

—¿Qué dioses? —Juntó las cejas—. ¿Hay más aparte del dios rojo?

—Sí. Y te han encomendado una tarea.

—Por supuesto. No soy sino tu humilde servidora. —Miró al suelo, con las manos entrelazadas tan fuerte que se le pusieron los nudillos blancos—. Por favor, te lo suplico. Estoy preparada para lo que sea.

Malditos los dioses por esa tensión que sintió al oírla suplicar. Zevander no había aspirado nunca a ser un dios, pero no podía negar que estaba intrigado por la ferviente devoción de ella.

—Reniega del dios rojo. Reniega de todo lo que has oído sobre ti.

La joven reculó, como si las palabras le hubieran escocido.

—¿Que reniegue del dios rojo? —El miedo se apoderó de su expresión mientras meneaba la cabeza—. Los demás me van a tachar de hereje. De bruja. Si hago eso, voy a acabar desterrada o en la hoguera.

Zevander pensó en el glifo que había aprendido e invocó la llama en su palma.

—¿Te da miedo el fuego?

Ella, obnubilada, miraba la llama temblorosa como si de verdad la viera.

—Sí.

—¿Por qué?

—De niña, mi hermana se agachó sobre una vela y se le prendió el pelo. Me asusté mucho y tuve pesadillas donde ella acababa consumida por el fuego.

—Pero no pasó. ¿Por qué?

—Se lo apagué enseguida con la mano.

—La salvaste de quemarse viva.

Ella se estremeció y asintió.

—Eso parece.

Zevander cerró la mano para extinguir la llama. Se arrimó más a ella, hasta tal punto que se preguntó si estaría notando su aliento en el cuello.

—Entonces supongo que si yo fuera la llama, tú me harías temblar con solo tocarme.

Ella elevó una comisura de la boca; era una sonrisa sutil, pero le iluminó toda la cara.

—A partir de hoy, dejas de ser *la expósita.* Eres una persona digna. Superior a los demás. Eres… —Estaba tan embelesado por su belleza que se le cortó la respiración.

Ella, con lágrimas vacilantes en los ojos, se pasó la mano por la mejilla corriendo.

—¿Qué?

—Perfecta.

Le cayó una lágrima por la mejilla y Zevander sintió la imperiosa

necesidad de limpiársela con el pulgar.

—Disto mucho de ser perfecta, ángel.

—Aunque me llames ángel, estoy en las entrañas del infierno. Así que yo creo que soy otra cosa.

A ella se le crispó la cara.

—¿Un demonio?

—Puede.

La chica volvió a alejarse de él a rastras, con los ojos como platos.

—¿De verdad eres un demonio? —preguntó de nuevo. Zevander, en vez de contestar, sopesó él mismo la cuestión—. Si eres un demonio, me pueden castigar por hablar contigo, pero… echaría de menos escuchar tu voz.

—Entonces no se lo cuentes a nadie.

—¿Es un secreto?

—Sí. Un secreto muy siniestro. ¿Puedes guardar un secreto?

—Claro. Se me da muy bien.

—Excelente. —Sus manos volvieron a sentirse atraídas por ella, las palmas pugnaban por tantear la suavidad de su piel—. Dime cómo te llamas.

—La gente me llama la ex…

—Ya sé cómo te llama la gente —la interrumpió Zevander—. Y te he dicho antes que ese ya no es tu nombre.

Ella suavizó la mirada.

—Mae…

—Niña, ¿con quién hablas?

Zevander estaba tan absorto y fascinado que no se había percatado de que se había aproximado a ella un soldado con armadura.

—Con nadie, señor. Es que he perdido el equilibrio y se me ha

caído la fruta. —Recogió los higos y los albaricoques que seguían desperdigados por el suelo—. Me ha robado una ardilla traviesa.

—No me mientas, niña —gruñó él.

—No estoy mintiendo, se lo juro. —Levantó la cesta—. No se me ocurriría.

El soldado miró la cesta un momento, y luego, a ella otra vez.

—Desabróchate el vestido.

Zevander sintió una densa y venenosa ira deslizándose por sus venas.

—Se lo ruego, señor. No pretendo engañarlo. Una ardilla se ha llevado un higo y me he enfadado. Nada más.

—Que te desabroches el vestido. —El soldado levantó las cejas; tenía cara de expectación y la cabeza ladeada—. Espabila.

—Si me ha oído hablar es porque suelo rezarle al dios rojo cuando tengo que hacer caminatas largas —balbució ella, pero Zevander le veía las intenciones al hombre; conocía muy bien ese destello de crueldad.

—Como vuelvas a resistirte, te grabo la orden en la piel con un filo al rojo vivo.

Zevander notó por dentro una furia latente desplegándose y se obligó a aplacarla, porque si no iba a traspasar la barrera liminal para castigarlo.

La chica bajó la cabeza y cerró los ojos con fuerza; se notaba que estaba intentando contener las lágrimas.

—¡Venga!

Esta se encogió al oír la orden y la rabia emergente que había notado antes Zevander se desató como un rayo por sus venas. La chica se quitó la capa, dejándola caer tras ella, y, como si ya le hubieran dado esa orden antes, se levantó, se dio la vuelta y se desabrochó el vestido por el cuello, de forma que dejó la espalda al

descubierto. Se pegó la prenda al pecho, seguramente para evitar que se le cayera, y cerró los ojos.

El soldado la miró con desprecio mientras reculaba un paso y cogió el látigo que llevaba enganchado a la cadera.

—Cinco latigazos por negarte a obedecer. Otros dos por mentirme a la cara.

Ella no dijo palabra, como si hubiera aceptado el castigo con resignación.

El soldado se relamió mientras desenredaba el látigo con un golpe de muñeca.

Zevander se puso tenso al verlo y tuvo una visión fugaz. «Unos brazos atados a un árbol. El regusto a sangre en la lengua. Piel fría».

Se le aceleró el pulso. Una imagen le asaltó el pensamiento de repente, como una pesadilla; debía de ser un castigo que le habían infligido mientras estaba en la caligorya con la mente ida. Se dio la vuelta.

—No, no, no —susurró para sí—. No lo hagas. No quiero verlo.

Oyó el eco de un chasquido, seguido de un clamor que resonó por todo él como un diapasón, poniéndole los nervios de punta. Apretó los dientes y los puños mientras los músculos le temblaban de la tensión. Al abrir los ojos vio a la chica de rodillas con un reguero de sangre roja brillante cruzándole la espalda.

Sintió como si tuviera un animal encolerizado en el pecho, la rabia le nublaba la vista. Respiraba entrecortadamente mientras se afanaba en refrenar la urgencia que sentía de atravesarle la armadura al puto soldado y hacerlo trizas.

El hombre reculó de nuevo y, tras otro chasquido, el látigo le recorrió la espalda a la joven, donde apareció otra marca roja.

Ella volvió a gritar.

—Por favor… ¡Perdón!

—¿Con quién hablabas?

—Con nadie. Se lo juro.

Otro chasquido; la chica flaqueó y acabó desplomándose mientras se levantaba una columna de polvo.

—No estoy… mintiendo.

El soldado la miró con desprecio y le dio otro latigazo despiadado que desgarró su suave piel y le dejó un rastro rojo más profundo.

Zevander oyó el eco de su grito y fue como si le clavaran un cuchillo dentado en el pecho.

—¡Que con quién hablabas!

—Cuéntaselo —dijo él con los dientes apretados—. Dile la verdad.

—Con un ángel. Estaba hablando con un ángel.

El soldado se rio.

—Con un ángel. Al final sí que estabas mintiendo. —Le soltó otro latigazo sin previo aviso. Y otro—. ¿Y dónde está tu ángel ahora?

Cuando este se disponía a darle otro azote, Zevander se interpuso entre él y la chica y cogió la tira de cuero mientras hendía el aire como si fueran las llamas de su palma. Lo enrolló con esa misma mano entre gruñidos, atrayendo así al soldado hacia él. Cada vez lo tenía más cerca.

El hombre miró el látigo con las cejas levantadas y luego dirigió la vista hacia el ente invisible que tiraba de él. Zevander lo tenía bien agarrado, pero el soldado soltó el mango y se apartó.

Zevander cerró los ojos y el primer glifo que le vino a la mente fue el último que había aprendido.

La llama.

Extendió, tembloroso, la palma y aguardó el fuego negro.

—¿Qué es eso? ¿Qué brujería es esta? —dijo el guardia con un destello de pánico en los ojos.

Zevander extendió el brazo y lanzó un rayo de fuego con la palma que alcanzó la camisa y la armadura del hombre. Nunca había visto una coraza en llamas y, con los ojos como platos, se quedó mirando el resplandor violeta que bailaba sobre el metal consumiendo la superficie, como si quisiera morderla y devorar al soldado.

El clamor del soldado reverberó por entre los árboles mientras se daba palmotazos en su indumentaria en llamas. Al apartar la mano, vio que se le habían quemado dos dedos, cuyas cenizas se llevó el viento. El hombre gritó cuando el fuego le alcanzó la piel y se tiró al suelo, donde empezó a revolcarse por la tierra.

Zevander se reía con amargura observando cómo intentaba apagar el fuego desesperadamente con cara de pánico. Él nunca se regocijaba en el tormento ajeno, pero aquel dolor y sufrimiento le parecían justificados. Mientras observaba a aquel hombre agonizando, sintió una extraña euforia en el pecho: satisfacción. No había podido infligir tal castigo a la persona que lo había torturado a él.

Se volvió hacia la chica, que tenía la cara desencajada del horror.

Un horror que había causado él.

Ella se levantó, fue corriendo hacia el guardia y se arrodilló a su lado.

—¡Deje que lo ayude!

«¿Ayudarlo?».

Él sacudía los brazos y no hizo por tranquilizarse mientras ella le buscaba la mano, esquivando el fuego por poco.

—¡No se mueva! ¡Voy a apagarlo!

Si lo hacía, se quemaría, como le había pasado al guardia con los dedos.

Zevander abrió la mano y la llama saltó de la armadura del

soldado de regreso a su palma.

El hombre, que seguía temblando, se sujetó el brazo sobre el pecho.

—¡Quita, bruja! ¡No me toques! ¡Se lo voy a contar a Sacton Crain!

—No, por favor. ¡Se lo suplico!

—¡Te van a desterrar al Bosque Voraz! —Se puso de pie trastabillando y, tambaleándose, echó a andar por el camino en dirección opuesta.

—¡Por favor! No pretendía… Ay… No, no, no. —La chica se tapó la cara y empezó a gemir y sollozar en silencio, lo cual fue para Zevander como si lo apuñalaran en el pecho.

Dejó allí a la chica y, mascullando, se dirigió a paso largo hacia el soldado.

«No lo toques», se recordó a sí mismo. Pero ¿cómo iba a pararlo entonces?

Miró alrededor y divisó una piedra angulosa a la vera del camino. Se la agenció y se la tiró al soldado a la cabeza. Aquel chasquido del cráneo que oyó era garantía de una herida grave.

El hombre se desplomó y sufrió unos espasmos; luego cerró los ojos y se quedó inmóvil. Zevander se puso de rodillas a su lado y escuchó si respiraba para asegurarse de que no estaba muerto. El otro jadeó levemente y él se acercó.

—No vas a recordar nada de este día —le susurró al soldado en la oreja—. Lo único que tendrás en la cabeza cuando te despiertes será vacío.

Se volvió hacia la chica, que seguía llorando mientras cogía la cesta de fruta, y se dirigió a ella a zancadas.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza, con las mejillas cubiertas de lágrimas

brillantes.

—Me van a desterrar al bosque al final del día. No debo hablar contigo.

—No. No se va a acordar de nada… Si es que se despierta.

—Ángel, ¿lo has matado?

—No. Pero quería. Podría haberlo hecho. Dime cómo te llamas.

—Siendo un ángel, pensaba que sabrías cómo me llamo. Pero a lo mejor no lo eres. Perdóname. —Recogió su capa y se la echó por encima temblando. Puso rumbo a la cabaña, pero entonces vaciló—. Aunque no sé qué eres…, te prometo que tus secretos están a salvo. Pero no puedo hablar contigo nunca más. Me está esperando Agatha. Ya debería estar de camino.

Zevander se quedó mirándola y sintió tales ganas de acariciarle la cara con sus dedos callosos que tuvo que acercarse más.

Y más.

Alargó el brazo, ansioso por tocarla al menos una vez.

Alguien le agarró la mano y, al darse la vuelta con los músculos en tensión, vio a Alastor fulminándolo con la mirada.

—¡No puedes tocar a nadie!

La chica seguía en el camino, pero el paisaje empezó a fundirse a negro.

—Se supone que no es real, ¿no?

—¿Cómo has llegado aquí?

—No sé —mintió Zevander—. Quería venir y aquí estoy.

—¡No puedes adentrarte solo en la caligorya! Es peligroso. Menos mal que te he encontrado, porque si no jamás habrías vuelto.

—¿Y para qué iba a volver? ¿Qué me aguarda cuando me despierte? ¿Más sufrimiento? ¿Más crueldad? ¿Más heridas que suturar? ¿Por qué no iba a quedarme?

—Porque tienes un destino, y no está en la caligorya.

Zevander se rio entre dientes, pero no con júbilo.

—¿Qué destino? ¿Morir esclavizado? ¿Vivir humillado y avergonzado?

—Los dioses te han favorecido. Presenciarán tu puesta en libertad.

—¡Los dioses se pueden ir a la mierda! —bramó Zevander—. ¡Me han abandonado!

—Muchacho, no te han abandonado. Lo que pasa es que no están preparados para recibirte. Ten paciencia. Y no vuelvas a venir a la caligorya sin mí.

30

Kazhimyr



Presente

Después de procurarse otros dos caballos, Kazhimyr y Ravezio siguieron a Dravien, que los guiaba por la senda nevada hacia la ciudad que había al pie de la montaña. Llevaban cuatro días viajando con él, durmiendo por el camino en cocheras y campamentos, pero Kazhimyr no terminaba de fiarse del extraño elvynirio.

No es que esperase confiar demasiado en él después de que el muy cabrón hubiera degollado a sus caballos. Si bien el hombre lo había achacado a un acto vil por dinero, las sospechas de Kazhimyr no hicieron más que aumentar al ver al desconocido avanzar como si conociera bien el terreno, demasiado teniendo en cuenta que había afirmado que lo más al norte adonde había llegado era Susurria y que solo estaba de paso. Sin embargo, por alguna razón, parecía que sabía cómo evitar los azarosos socavones y dónde levantar el

campamento por las noches.

De todos modos, lo más frustrante para Kazhimyr era que no podía hablar de sus reservas con Ravezio, pues el compañero de viaje de ambos tenía un oído excepcional.

No: estaba seguro de que ese hombre de lengua viperina estaba más que familiarizado con el estrecho que estaban recorriendo, y eso lo llevaba a cuestionarse sus motivos.

Frente a ellos, se extendía la ciudad de Wyntertide, desde donde esperaban llegar de forma segura a Calyxar, pero Kazhimyr no se quitaba de la cabeza la idea de que se dirigían hacia algo más funesto. Había oído hablar de raptores (así los llamaban en las aldeas y pueblos vecinos) que se hacían amigos de viajeros atrayéndolos con promesas de pasajes o trabajo. Luego estos los dirigían a un lugar donde aguardaba una manada de los suyos para drenarles la sangre y usarla en rituales tenebrosos.

Aunque Kazhimyr sabía que si Dravien quería matarlos tendría muchas oportunidades durante el recorrido, se había propuesto no hacer caso omiso de su instinto en ningún momento.

—Ravezio y yo tenemos que resolver unos asuntos cuando lleguemos —mintió.

—Muy bien —dijo Dravien por encima del hombro—. Nos reuniremos por la mañana.

—Parece que pasas por este camino con frecuencia.

—¿Por qué lo dices?

—Es como si conocieras bien el paisaje.

—Como ya he dicho, se me da bien orientarme. Percibo los cambios y el peligro.

Ya se lo había dicho, sí; no obstante, eso no apaciguaba el instinto de Kazhimyr.

—Pues qué suerte que te hemos conocido.

—Estoy de acuerdo.

—¿Tienes alguna sugerencia sobre dónde quedarnos cuando lleguemos? —Por el rabillo del ojo, advirtió que Ravezio lo miraba, pero no mencionó que conocían muy bien Fosafría, el extenso castillo de Morwenna, la tía de Zevander. Tenían en mente pasar allí la noche.

—En el pueblo hay una posada, justo al lado del taller de alquimia. Yo me quedé ahí cuando vine la primera vez. —Se encogió de hombros y volvió a mirar por encima del hombro—. No obstante, si conocéis un alojamiento mejor, no dudéis en compartirlo.

—La posada está bien.

—Excelente.

Wyntertide era la ciudad más antigua de Vespyria y posiblemente la más bonita de toda Etiria. Se ubicaba más cerca de la luna del este, la más grande de las dos, y brillaba bajo un resplandor etéreo que bañaba los antiguos edificios. Por mucho que Kazhimyr quisiera contemplar los campos cubiertos de lirios de nieve color azul glacial, las hileras de edificios de piedra con enredaderas trepadoras y el río congelado que serpenteaba entre las tiendecitas, estaba demasiado preocupado para admirar todo eso.

Dravien detuvo el caballo justo al principio del tramo principal y se volvió sobre la montura.

—Aquí nos dividimos. Supongo que nos veremos luego en la posada.

—Supongo —dijo Kazhimyr, y el elvynirio asintió y avanzó por el camino adoquinado.

Después de asegurarse de que Dravien estaba fuera del alcance del oído, se volvió hacia Ravezio.

—Mi intuición me dice que deberíamos buscar otro camino.

—No te fías de él.

—¿Y tú?

—Ni un pelo.

—Bien. Pues decidido. Averiguaremos cómo llegar a Calyxar por nuestra cuenta. —Kazhimyr le dio una ligera patada al caballo en el flanco y se puso en marcha por el pueblo rumbo a Fosafría.

Según bordeaban una hilera de tiendecitas en torno a la plaza de la fuente, Kazhimyr se quedó mirando una figura alta y corpulenta cuya cara le sonaba sorteando la multitud. Iba a paso ligero y se le bajó un poco la capucha negra que llevaba, lo justo para vislumbrar su cabello pelirrojo cortado a ras y sus inconfundibles ojos violeta.

—¿Torryn? —dijo Ravezio a su espalda.

Kazhimyr observó que andaba a paso largo y, entonces, se dio cuenta de que al letalisz lo seguían tres hombres con capa por un callejón entre edificios.

—Vamos a rodear la plaza por detrás y lo interceptamos allí.

Kazhimyr hizo dar la vuelta al caballo, volvió sobre sus pasos hasta el último callejón por el que habían pasado y galopó por el estrecho pasaje hacia el otro lado, con Ravezio pisándole los talones. Cuando llegaron al final de la callejuela a la que se dirigía Torryn, se toparon con su compañero asesino atrapado en el otro extremo, rodeado por las tres figuras encapuchadas, que blandían sendas espadas.

—Entrégalo —exigió uno de ellos antes de abalanzarse hacia Torryn.

Aunque el muy bestia seguro que habría podido con los tres, Kazhimyr optó por aligerar el asunto y apuntó al suelo con la palma.

Lanzó una ráfaga de niebla hacia ellos, que perdieron el equilibrio enseguida, entre las sacudidas y el hielo resbaladizo que él

acababa de extender.

Torryn resbaló con sus botas y cayó de culo, soltando un quejido que resonó por todo el callejón. La ráfaga lo rodeó por el abdomen como una cuerda y Kazhimyr tiró con fuerza del voluminoso bulto, que llegó hasta ellos patinando por el hielo.

Cuando lo tuvieron cerca, retrajo la ráfaga y Torryn se dio la vuelta sobre el hielo para mirarlos de frente.

—Qué cabrones. Teníais que ser vosotros.

A Kazhimyr le hizo gracia.

—Perdón por la interrupción. ¿Prefieres que te mande de vuelta para que sigas? —Señaló a los encapuchados con la cabeza, que se dirigían a cuatro patas hacia ellos.

—No especialmente —dijo Torryn mientras se levantaba. Al perder el equilibrio, empezó a agitar las manos, pero Ravezio lo agarró del brazo justo antes de que cayera de espaldas otra vez. Se subió a su caballo, detrás de él, y los tres se apresuraron a cruzar la plaza del pueblo rumbo a una ladera arbolada—. Bueno, ¿y qué cojones hacéis aquí vosotros dos?

—Yo podría preguntarte lo mismo. —Una vez lejos de oídos ajenos, Kazhimyr habló sin reservas—: ¿Estás con Dolion?

—Sí. Están todos aquí: Rykaia, Allura…

Kazhimyr sintió la urgencia de ver a Allura con la mera mención de su nombre. No era capaz de recordar la última vez que una mujer le había despertado tal curiosidad.

—¿Quiénes te estaban siguiendo?

—Eruditos de la universidad. Una especie de sociedad secreta.

—Por los siete infiernos, ¿cómo has conseguido instigar a la violencia a unos *eruditos*?

—No te dejes engañar por su ocupación: son unos cabrones implacables. Se encargan de salvaguardar los libros antiguos.

—Bueno…, ¿y por qué te perseguían?

Torryn se sacó del interior de la capa un ejemplar encuadernado en piel con pinta de haber vivido toda una guerra de lo ajado y curtido que estaba.

Kazhimyr inclinó la cabeza lo justo para leer el título: *Códice de linajes de sangre.*

—¿Estás indagando el origen de una estirpe?

—Dolion me pidió que se lo buscara.

—¿Y por qué seguís por aquí los cuatro?

Kazhimyr peinó los árboles con la mirada, una costumbre que tenía, en busca de cualquier alteración, ya fuera un pájaro (o un animal) asustado, sombras indebidas o un olor ajeno.

—Se supone que tendríamos que habernos ido de Wyntertide hace dos días. La tarde antes de que partiéramos, Dolion empezó a comportarse de forma extraña. Estuvo muy tranquilo en la cena. Con lo que le gusta una buena jarra de cerveza, esa noche ni la tocó. De hecho, se retiró pronto. Y, hacia la hora de las brujas, se despertó temblando sin parar. Tenía los ojos en blanco.

Vieron delante de ellos una bifurcación y Torryn señaló el camino de grava de la derecha. Según se adentraban en el tramo más denso del bosque, los árboles se iban tornando más oscuros. Torryn prosiguió con su relato.

—Estábamos todos durmiendo, así que no me enteré hasta que el puto golvyn se puso a correr por el castillo pegando gritos y armando alboroto. Fue imposible hacer que Dolion volviera en sí, estuvo así toda la noche. Ahí tirado, temblando, con los ojos en blanco. No se levantó hasta la noche siguiente, y entonces se puso a hablar frenéticamente, como si estuviera poseído. —Torryn soltó un suspiro desazonado—. Empezó a dibujar un montón de símbolos en la pared y a divagar. Se pasó varias horas así, divagando y

dibujando. Después se encerró en una habitación y no ha salido hasta esta mañana, que ha sido cuando me ha pedido que fuera a buscarle el puto libro.

«El puto libro» estaba en Wyntertide desde hacía milenios. Contenía todas las estirpes de las que había registro.

—O sea, que has robado un libro antiguo de la cámara acorazada de la universidad, ¿no?

—He tenido que tumbar a unos cuantos en el proceso, pero sí.

Kazhimyr resopló meneando la cabeza.

—Qué orgulloso estoy de ti.

—Me alegro, porque te va a tocar a ti devolverlo.

Los árboles se entreabrieron y apareció el castillo antiguo sobre el que Kazhimyr había leído en las clases de historia. Los Rydainn eran nobles que siglos atrás habían jurado lealtad al rey de Vespyria, con varios vasallos a su entera disposición, pero su linaje había ido menguando con el paso de los años. Morwenna y Severin eran los únicos hermanos de lady Rydainn que quedaban. Kazhimyr la había conocido al pasar por Eidolon de camino a Costelwick. Era una mujer rara, pero siempre había sido cordial y amable.

Al cruzar las puertas, los caballos galoparon hasta la entrada del castillo. Desmontaron los tres y Kazhimyr y Ravezio siguieron a Torryn al interior.

El enorme vestíbulo, donde hacía frío, estaba prácticamente vacío, pues en la actualidad Morwenna iba escasa de dinero. Las paredes, antaño cubiertas de tapices, estaban casi desnudas, excepto por algunos retratos de familia, entre ellos uno de los Rydainn donde Zevander no tendría más de diez años.

Branimir no aparecía, claro.

Los tres letalisz subieron la escalera que llevaba a las alcobas, recorrieron un largo pasillo curvo y se detuvieron en una de tantas

puertas. Había unos símbolos tallados en la madera, los cuales Kazhimyr examinó con el entrecejo fruncido: los habían grabado a toda prisa, como si fueran resultado de un ataque de locura.

Torryn giró la manija de la puerta, pero no cedió.

—¿Has probado a tirarla abajo? —preguntó Ravezio.

—Este hombre ha sido lord Brujo y tiene seis de las siete piedras que hacen falta para el septomir. Créeme, lo he intentado. —Sin siquiera darse la vuelta, llamó a la puerta con el puño—. ¡Dolion! Soy Torryn. Tengo el libro que me pediste.

Se oyeron unas pisadas veloces recorriendo la madera maciza y, a los pocos segundos, la puerta se abrió del todo, revelando una habitación amplia donde las corrientes de aire eran tales que los recibieron unas ráfagas frías.

Dolion estaba en el umbral, con su largo cabello plateado desaliñado y los ojos desorbitados y rojos, como si se los hubiera frotado muchas veces por haber dormido muy poco. Le arrebató el libro a Torryn de las manos y se fue corriendo; estaba tan perturbado, o al menos lo parecía, que se le olvidó cerrar la puerta.

Torryn, advirtiendo esa ausencia de vigilancia, le lanzó una mirada a Kazhimyr y entró, seguido de este y de Ravezio.

Las oscuras paredes de piedra estaban llenas de garabatos a tiza, símbolos y palabras antiguas que Kazhimyr no entendía, todo ello alrededor de una imagen enorme que albergaba muchos símbolos. Había fórmulas matemáticas y dibujos; parecía que Dolion había invertido varios días enteros en escribirlo todo deprisa y corriendo.

—Por los siete infiernos, ¿qué es esto? —preguntó Kazhimyr.

Dolion hojeaba el libro mientras iba y venía para anotar cosas y dibujar símbolos, con su túnica ondeando.

—Me queda muy poco para… definir el poder ancestral. La

historia de todas las piedras que poseo. ¡Están alineadas con una precisión increíble!

—¿Con qué exactamente? —Kazhimyr analizó los símbolos unidos por rayas y reconoció varios sellos, pero los demás le eran ajenos.

—Con esto… —Dolion retrocedió y se quedó mirando el símbolo grande de la pared, que contenía muchos más detalles—. He visto este mismo glifo en una visión.

—¿Qué es?

—El glifo de los dioses. Se cree desde hace mucho que no es más que un mito de los eruditos. —Se acercó trastabillando y fue señalando todos los símbolos que contenía el más grande—. El ojo de Nethyria. El diente de serpiente. El fuegoscuro. El hueso astillado. El árbol podrido. La escama de sierpe. La cruz de sangre. —Movía las manos frenéticamente por encima de ellos—. Todas las fuerzas destructivas antiguas.

Torryn frunció aún más el entrecejo.

—¿Y esto es un glifo?

Dolion asintió.

—Y muy potente. Hasta tal punto que rivaliza con el septomir.

—¿Cómo? —Kazhimyr tenía entendido que el septomir era el arma más potente del mundo.

Dolion levantó un dedo.

—Me alegra que lo preguntes. Como sabéis, el septomir se compone de siete linajes, engendrados por el dios de la creación, Magekae. Son la contramagia de las piedras sanguíneas que lo potencian. —Señaló a Ravezio—. Por ejemplo, la magia eremicia hace que por tus venas corra un veneno muy potente. El diente de serpiente es el antídoto. Sin embargo, en el caso del septomir, es un punto débil. Mi propia herencia elvyniria se vale de la nexumis para

manipular la magia. El ojo de Nethyria rompe el hilo que conecta a mi gente con los glifos.

Kazhimyr intercambió una mirada de confusión con Torryn.

—Creo que este es el glifo que quiere Cadavros desde hace siglos. Ahora entiendo por qué alguien tan sediento de poder como él no ha mostrado nunca ningún interés en las piedras ni en el septomir. Él buscaba algo más potente, más destructivo.

—¿Te refieres al lord Brujo que murió? —preguntó Torryn rascándose la nuca.

—No está muerto. —Kazhimyr se cruzó de brazos, intentando asimilar lo que Dolion había explicado—. Lo desterraron a la tierra de los mortales.

—Lo tiene crudo para localizar un glifo allí. —Ravezio se acarició la mandíbula; a juzgar por su entrecejo arrugado mientras miraba la pared, él también estaba desconcertado.

—Sabe de la existencia de este glifo desde hace ya tiempo. Sospecho que por eso sometió a Zevander y a Branimir a la llama negra.

—¿Todo eso en un solo glifo? —Torryn suspiró—. Me parece mucho poder para una sola persona.

Dolion recorrió la página del libro con el dedo y anotó otra cosa en la pared.

—Para manejar este glifo, hay que tener la capacidad de invocar el fuegoscuro. Y, si no me equivoco con mis estimaciones, tiene potencia suficiente para arrasar el Valle Umbrío.

—Si eso pasa, cualquiera que habite en la tierra de los mortales podrá cruzar con total libertad —dijo Ravezio con una voz temblorosa imbuida del mismo pavor que le oprimía el pecho a Kazhimyr.

—Sí.

—¿Y qué pasa con la sima? —preguntó Torryn—. ¿Cómo se puede cruzar desde la tierra de los mortales? Pensaba que el Valle Umbrío hacía de puente entre ambos mundos.

Un velo de seriedad le cubrió el rostro a Dolion, cuya expresión se tornó sombría.

—La sima dejaría de existir. Esa zanja que separa ambos mundos es creación del Valle Umbrío. Si no hay valle, no habrá nada que les impida cruzar. Precisamente por eso los brujos buscábamos las piedras sanguíneas, para mantener intacta la barrera. Por desgracia, el rey Sagaerin destruyó el antiguo septomir, que es la única forma de reforzarla.

—Siempre he pensado que eso no tenía sentido. —Torryn se rascó la mandíbula aún con cara de confusión.

—Yo también. Pero los brujos llevan siglos creyendo que el mismo utensilio que se usó para levantar el Valle Umbrío servía para acabar con él. No obstante, nos equivocamos. Es cierto que puede tejer una barrera protectora muy resistente, pero este glifo… —Dolion señaló el símbolo de la pared—. Este glifo es capaz de causar un daño irreparable. Imaginaos un poder capaz de destruir todas las razas etirias. —Dolion empezó a pasearse mientras se rascaba la parte posterior de la cabeza—. Si bien hay brujos diestros que llevan siglos usando el fuegoscuro, ninguno sería capaz de dominar este glifo. A no ser que se someta al ritual de la Forjaoscura.

—¿Lo ha intentado alguien? —Torryn recorrió con el dedo varias rayas grabadas en la pared y frunció el entrecejo.

—Sí, el propio Cadavros. Pero la única persona que ha salido indemne de algo así es Zevander.

—¿Él tiene el glifo que engloba esas contramagias raras que has garabateado de la pared? —Kazhimyr los recorrió otra vez con la mirada, con los ojos saltando entre los distintos detalles escritos con

una letra diminuta.

—Aún no. Y gracias a los dioses.

—¿Dónde está ahora mismo Zevander? —preguntó Kazhimyr.

—Justo donde Cadavros siempre ha querido que estuviera: en la tierra de los mortales.

—Maravilloso —repuso frotándose la nuca.

—Si la esencia de dichas fuerzas destructivas acabara inoculando el fuegoscuro, causaría estragos en los delicados hilos que sostienen la barrera.

—Me parece a mí que en este caso Zevander tendría ventaja. —Torryn resopló mientras cruzaba los brazos de nuevo—. ¿Tú has *visto* sus escorpiones? ¿Has sentido la llama? No me gusta estar cerca de ese cabrón cuando se pone a lanzarla.

—Cadavros no es tonto. Se ha asegurado de que haya consecuencias si muere: ha vinculado su sangre y la de nuestro príncipe, Dorjan, a una plaga mortal que lleva dos milenios sin hacer acto de presencia. —Señaló el símbolo de un árbol podrido—. La Peste Negra. Fue obra del dios Pestilios.

Kazhimyr se quedó de piedra.

—¿Dorjan? ¿No estás al tanto de que el rey Jeret lo tiene prisionero?

Dolion cerró los ojos con fuerza y perdió todo el vigor que había regido sus movimientos mientras se dejaba caer en la silla que tenía más cerca.

—Si Jeret mata al príncipe, estamos «bien jodidos», como se suele decir.

Kazhimyr volvió a recorrer con la mirada el batiburrillo de garabatos e imágenes de la pared. Si bien Dolion tenía fama de estar loco y de exaltarse un poquito con sus visiones, contaba con el respeto de Allura, que, en su opinión, le otorgaba cierta credibilidad.

—¿El dios este, el tal Pestilios, puede atravesar el Valle Umbrío?

—No lo sé. Es un dios menor, así que el valle seguramente aguantaría. Siempre y cuando no logre que Zevander se una a su causa.

Torryn meneó la cabeza.

—Mira, es que no entiendo a los dioses. Si te lo cargas todo, no te queda nada que gobernar.

Dolion se mofó.

—No tiene intención de cargárselo todo. Al fin y al cabo, la muerte es misericordiosa. Lo que pretende es crear un ejército y esclavizar a todo aquel que esté en su contra. En las crónicas, siempre se ha dicho que Pestilios tiene una sed de poder desmesurada. Y creo que ha elegido a Cadavros para que sea su receptáculo.

Torryn refunfuñó y se cruzó de brazos.

—En lenguaje llano, viejo.

—Los dioses no pueden adoptar forma física, así que escogen un receptáculo. O al revés, como parece ser el caso de Cadavros.

Kazhimyr bufó con los brazos en jarra.

—Si Zevander se hace con este glifo, podría destruir la magia de sangre de Cadavros, ¿no? No tiene que matarlo y desencadenar una plaga, basta con que elimine su estirpe, ¿verdad?

Dolion hojeó varias páginas del libro recorriéndolas con el dedo hasta detenerse en una.

—No. —Le dio la vuelta para que lo viera Kazhimyr y le señaló un nombre.

«Alastor Calzareth: enteco».

—¿Quién es ese?

—El nombre de nacimiento de Cadavros. He tenido que indagar bastante. Ciertamente, el brujo no puso fácil seguirle la pista.

—¿Es enteco? —dijo Kazhimyr con tono de mofa—. Por los huevos de Castero, ¿cómo logró hacerse lord Burjo?

—Me temo que no tengo respuesta a esa pregunta.

Kazhimyr siguió leyendo hasta la línea sobre los vínculos fraternales, donde ponía «Melisara Calzareth: desconocido». Sabía quién era. Por raro que fuera, se preguntó si sería la mujer desfigurada que le había encargado hace años que buscara la mortucrux.

—¿Esta es su hermana?

—Eso parece. Que esté viva o muerta es otro asunto.

Kazhimyr se centró en el enorme dibujo de la pared y se preguntó cómo era posible alcanzar tal grado de detallismo. Parecía inconcebible para cualquier mente captar su complejidad.

—Me parece que un glifo con ese poder va a requerir un poquito de vivicanto.

—Podría ser. —Dolion se acercó atropelladamente a los cálculos, meros garabatos erráticos e indescifrables para Kazhimyr—. Son estimaciones aproximadas, pero hace falta mucha energía para eliminar un hechizo del tamaño del Valle Umbrío, y nosotros no tenemos la capacidad de producirla. Zevander cuenta con la ventaja de la llama, pero, aun incluyendo los factores de temperatura y fuerza, todos los coeficientes en general, el resultado es el mismo. Tendría que consumir una cantidad ingente de vivicanto. Exigiría un sutil equilibrio con la energía que gasta. En exceso, se intoxicaría.

—¿Podría convertirse en un carnificado?

—Incluso peor. Basta un poco para que acabe consumido por el poder de la llama.

—¿Muerte?

—Aniquilación. Supongo que, cuanto más tiempo se quede en Mortasia, más mermará su reserva de vivicanto. —Dolion suspiró,

cerró el libro de golpe y lo dejó en la mesa que tenía al lado—. A lo mejor vuelve por sí mismo, aunque no va a irse sin Maevyth. Aún no se lo he contado a Rykaia ni a Allura, pero mañana por la mañana partiré hacia la tierra de los mortales. Siento la necesidad de enmendar este error tan grave.

—Yo voy contigo. —Rykaia entró en la habitación; tenía ojeras, pero no tan pronunciadas como las de Dolion.

—Con todo el respeto, no. Le prometí a tu hermano que te mantendría a salvo. Sospecho que si acaba adquiriendo ese glifo y se entera de que te he puesto en peligro, la primera víctima seré yo.

—Me da igual. Es mi hermano.

—Tú no vas a ir ninguna parte —replicó Kazhimyr—. Y Dolion tampoco. Vais a ir los dos a Calyxar, como estaba previsto. Ravezio y yo iremos a por Zevander. Si estamos aquí en vez de pudriéndonos en las minas soláceas, es gracias a él.

El conflicto se reflejó en el semblante de Dolion.

—Desconocemos en qué situación está Mortasia. El viaje podría ser muy peligroso.

Kazhimyr suspiró.

—Así es mi día a día, básicamente.

—No soy una floja —gruñó Rykaia con tono crispado y desafiante —. Quiero ayudar.

Torryn se encogió de hombros.

—Yo tampoco soy un flojo, pero tendrían que pagarme mucho dinero para poner un pie en la tierra de los mortales.

Dolion asintió con ímpetu.

—Muy bien, pues está decidido. Vosotros dos os vais a Mortasia y Torryn y yo acompañaremos a Rykaia y a Allura a Calyxar. Espero que Zevander haya encontrado a Maevyth. Es una pieza clave en este asunto.

—¿Y eso?
El otro vaciló un momento antes de contestar.
—Creo que es la única que puede evitar que caiga en la locura.

31

Maevyth



Zevander se quitó la capa y nos la puso encima de los hombros a Aleysia y a mí.

—Tenemos que volver a la cabaña.

—No. Está infestada de monstruos. Ahora mismo nuestra única opción es el pueblo.

—Maevyth, no voy a llegar —dijo Aleysia temblando a mi lado—. Tengo muchísimo frío, me cuesta respirar.

Zevander se frotó las manos y alargó los brazos hacia nosotras, irradiando un calor que me retrotrajo a los veranos en el prado, pero Aleysia soltó un quejido y se inclinó hacia un lado.

—Eso debería bastar para llegar al pueblo, pero hay que irse ya.

A pesar de la calidez, notaba la cabeza embotada y me dolían los músculos, como si estuviera resfriada.

—Has vuelto muy rápido. ¿Has encontrado el vivicanto?

—No. Tuve un mal presentimiento y volví.

Fue muy raro sentir esa oleada de calor recorriéndome entera y

calándome los huesos. Incluso recuperé la sensibilidad de los dedos de los pies.

—Pensaba que tenías problemas para invocar la llama.

Él cerró la mano y volvió a abrirla.

—Sigue débil. El conejo que hemos comido me ha dado un poco de energía, pero no basta.

—Parece que sea verano de repente. —Aleysia se retiró la capa, que ciertamente daba calor, y puso rumbo al pueblo—. ¡Es increíble!

Raivox graznó a Zevander y se acercó a él dando saltos, como amenazándolo, y luego echó a volar, pero, en vez de salir disparado, como de costumbre, nos sobrevoló en círculos, al parecer esperándonos.

Me sentí mareada y trastabillé, pero recuperé el equilibrio antes de caerme.

—Me encuentro mal de repente, y no sé por qué.

—Si has usado tu poder, habrás gastado mucha energía. Utilizar la magia de sangre es agotador, incluso aunque no necesites demasiado vivicanto —dijo Zevander. Antes de que llegara a responderle, me cogió en brazos y comenzó a atravesar el campo nevado.

—Zevander, no hace falta que me lleves. Sé andar perfectamente.

—Preferiría no tardar dos semanas en llegar al pueblo. ¿Qué os ha pasado?

—Aleysia y yo estábamos hablando y hemos visto una araña en la pared.

—¿Sabéis de dónde ha salido? —Miró por encima del hombro y escudriñó la arboleda a lo lejos, como si estuviera buscando algo.

—Parece que salían de los restos del conejo. ¿Crees que nos hemos infectado por comerlo?

—Hervimos la carne, debería haber bastado para matar cualquier cosa. —Parecía alterado; no paraba de mirar alrededor, como expectante, por si algo se abalanzaba sobre nosotros.

—Estando allí, salió una especie de ser de una de ellas. No he visto nunca nada similar. Parecía un espectro.

—¿Adónde fue?

—Se lo comió Raivox.

Finalmente, desvió la atención y se fijó en el corvugón, que nos seguía al pueblo.

—Parece que no le caigo muy bien, ¿no?

—Bueno, en honor a la verdad, no tienes pinta de caballero de reluciente armadura. Creo que percibe tu moralidad gris.

—¿Eso parece, que tengo moralidad gris? —Volvió a mirar por encima del hombro.

—Mucho. ¿Te inquieta algo?

—Me han atacado volviendo aquí.

—¿Las arañas?

—No. Un soldado soláceo que ha mandado la general Loyce.

—¿Solo ha enviado a uno?

—No lo sé. A lo mejor había más, pero yo solo he visto a Theron.

—¿Lo conoces entonces?

Tensó la mandíbula, lo cual hizo que me fijara en su cicatriz. Me percaté de que las venas se le habían extendido hasta el ojo y un hilillo se curvaba hacia el rabillo.

—Sí, aunque llevo años sin verlo. Era amigo mío.

—¿Y tu amigo te quiere matar?

—Creo que su objetivo no soy yo.

Entonces caí en la cuenta.

—¿Ha venido a por mí? ¿Por qué?

Se crispó y se le tensó aún más la mandíbula.

—Loyce tiene razones de sobra para buscarte. Ninguna buena.

—¡Es asombroso! —gritó Aleysia cogiendo nieve con ambas manos, la cual se le derritió al instante en las palmas—. ¿Cómo es posible que haga este calor en pleno invierno y sin llevar casi ropa?

Zevander la señaló con la barbilla.

—Parece que se lo está tomando bien.

—Demasiado. La verdad es que me está poniendo nerviosa. He notado que ni siquiera ha hecho amago de preguntar por los glifos. Hace un rato ha visto de todo… —Meneé la cabeza al pensar en lo raro que debía de haberle parecido verme blandiendo un látigo óseo o llamando a Raivox—. Es como si no quisiera ni procesarlo. Sigo sin saber cómo interpretarlo. No sé si está en fase de negación o si es que no da crédito a lo que ve. —Alcé la mano en la que tenía aquella especie de guante. Era como si tuviera unas raíces de árbol creciéndome en el dorso y aquellas afiladas uñas plateadas auguraban dolor.

—¿Eso qué es?

—Me corté con una escama de Raivox y me ha salido esto del tajo. Aun con esas, Aleysia no reaccionó como yo me imaginaba.

—¿Qué esperabas?

Levanté un hombro.

—No sé, que se pusiera histérica, supongo. Me preguntó por mis ojos plateados una vez y no volvió a sacar el tema. Me preocupa que no esté asimilando bien todo esto. —Tiré de una de las venitas del guante con cuidado de no apretar el borde, como había hecho Aleysia—. En su defensa he de decir que yo también estoy empezando a cansarme de que me pasen cosas raras.

Me examinó la mano.

—¿No se va?

—No. —La giré y vi que la palma de mi mano seguía siendo

visible. Parecía algo deliberado—. Lo he intentado. No sé qué es.

—¿Te duele?

—Para nada. De hecho, noto una calidez extraña. Es relajante, como cuando te das un baño caliente y se te destensan los músculos; resulta curioso.

—A mí me suena bien.

Aleysia se detuvo para esperarnos y luego caminó a mi lado peinándome con los dedos.

—Así que es verdad, hermana: eres una bruja. Los aldeanos estaban en lo cierto. —Se rio por la nariz y volvió a adelantarse; dio un salto por el camino para tocar una rama cubierta de nieve, la cual le cayó encima y se evaporó al aterrizar en su piel.

—¿Es raro que se comporte así? —preguntó Zevander.

—Lo de la emoción sí. Lo de negarse a aceptar cosas que deberían resultarle extrañas no.

—A lo mejor está traumatizada e intenta no analizar demasiado el asunto.

—Parece que sabes de lo que hablas.

Él miró atrás de nuevo, hacia la arboleda.

—Supongo que todos tenemos nuestras preocupaciones.

—Sí, supongo —repuse mientras jugueteaba con un cordón suelto del cuello de su camisa. Volví la vista atrás, agradecida por desviar la atención de su cicatriz creciente—. Entonces ¿crees que el tal Theron quiere darnos caza?

Zevander miró al cielo: Raivox seguía planeando en el aire.

—Dudo que se atreviera con esa monstruosidad sobrevolándonos. Yo desde luego no lo haría.

—Me extraña que no haya salido disparado. No suele quedarse mucho rato.

—A lo mejor intuye una amenaza.

—Pues, si es así, contigo se ha equivocado. De verdad, puedes soltarme. Vas a estar agotado cuando lleguemos al pueblo.

—He cargado con jarras de hidromiel mucho más pesadas que tú. Si te quitas el orgullo de encima, claro está.

—¿Qué orgullo? —Me reí entre dientes—. Eres más terco que una mula.

Una sonrisa lobuna le dibujó un hoyuelo en la mejilla.

—Acepto el insulto siempre y cuando me permita volver a tener el placer de sentir tus muslos en torno a mí.

Yo apreté los labios y me volví para que no viera la sonrisa que pugnaba por salir.

—Qué ingenioso. ¿Acaso para los hombres es obligatorio relacionarlo todo con *eso*? Cuéntame.

Él se encogió de hombros.

—No puedo hablar por todos. Lo que pasa es que me gusta cuando te sonrojas siempre que hablo de tener la cara entre tus…

Le tapé la boca con la mano.

—Vamos a parar. A no ser que quieras que insista en que me dejes seguir andando lo que queda de camino.

Noté en la palma que sonreía; me plantó un beso y yo aparté la mano.

—Voy a intentar contenerme. Pero estoy deseando retomarlo donde lo dejamos.

Por fin llegamos a la entrada del pueblo, con su arco de piedra coronado con la inscripción Aldea de Foxglove escrita en negro y letra gruesa. El camino de tierra por el que íbamos convergía con el adoquinado otrora atestado que cruzaba el pueblo, flanqueado por largas hileras de tiendas y hogares cuyos tejados estaban cubiertos por un manto de nieve reciente. Las farolas de gas estaban resquebrajadas y en desuso y la fuente del centro el pueblo, de

cuyas estatuas solía brotar agua, estaba congelada e inmóvil.

Era inquietante.

Dejamos a la izquierda la botica, donde a veces iba a llevar frasquitos de aceite de cerezuela; el escaparate estaba destrozado y el interior vacío, lo que me recordó a una cuenca ocular hueca. La panadería de la derecha, que solía estar muy concurrida, la habían desvalijado: cristales rotos, tarros de especias desperdigados y piedras para hornear resquebrajadas por el suelo. Y, a lo lejos, en lo alto del pueblo, acechaba el Templo Rojo, un ojo siempre atento, una silueta negra cuyos chapiteles perforaban el manto de nubes bajas.

El pueblo hibernaba sumido en una oscuridad perpetua, como un cadáver congelado.

Zevander por fin me dejó en el suelo y me acerqué a Aleysia con cautela, que estaba contemplando aquel abandono.

—Nunca lo he visto tan tranquilo —susurró.

—Es sobrecogedor.

—¿Dónde buscamos a Moros? —preguntó Zevander a nuestra espalda.

Tomando la iniciativa, giré por un callejón que daba a un tramo de carretera justo detrás del pueblo. Seguimos por ese camino bordeado de vallas de hierro forjado y enredaderas de glicinia hasta que llegamos a la siniestra mansión, que se encontraba oscura y ruinosa, como en letargo.

Zevander me adelantó y abrió camino por el descuidado jardín nevado hacia la entrada, donde la puerta colgaba parcialmente de los goznes.

Cuando por fin accedimos al interior, empezó a extinguirse el calor que nos había proporcionado Zevander. O a lo mejor fue que me dio un escalofrío al recordar la última vez que había puesto un

pie allí.

El majestuoso vestíbulo estaba a oscuras y en silencio y hacía un frío que calaba los huesos. Percibí un brillo tenue sobre mí; al volverme, vi a Zevander lanzando una llamarada hacia la lámpara de araña. El fuego amainó enseguida y murió en su palma, pero las velas de la lámpara despedían luz suficiente como para que se distinguiesen varios candeleros en una consola cercana.

—Esperad aquí. —Zevander nos encendió uno a cada una y, tras agenciarse otro para él, subió las escaleras trotando y desapareció por uno de los tenebrosos pasillos. Pasados unos minutos, apareció de nuevo rumbo al otro extremo. Una vez satisfecho, bajó—. Arriba no hay nada —dijo, y fue a lo que parecía un despacho repleto de estanterías llenas de libros. No se lo pensó dos veces y empezó a hurgar en cajones y armarios.

Aleysia se dirigió a las escaleras y yo, frustrada, en vez de sumarme a la batida de Zevander, la seguí a ella, con los ojos bien abiertos y atenta a cualquier indicio de arañas gigantescas. Fue corriendo a la habitación en la que me había encerrado Moros la noche de su destierro y, de tan deprisa que iba, la llama de su vela titiló, amenazando con apagarse.

Nada más entrar, se abalanzó al armario y lo abrió de golpe; dentro, había una selección de vestidos.

—Creo que estos vestidos los encargó para ti. —Cogió uno de una percha y, acto seguido, empezó a quitarse la ropa. Yo ansiaba entrar en calor, así que hurgué en los cajones en busca de pantalones o camisas, pero solo encontré medias y ropa interior.

Saqué un cammyck de encaje y, al ver que no tenía entrepierna, fruncí el entrecejo.

—Esto me desconcierta.

—A lo mejor solo quería que estuvieras cómoda. En cualquier

caso, no sé por qué iba nadie a querer ponerse eso. Es mucho más cómodo no llevar nada.

—Porque algunas preferimos no ir por ahí sin ropa interior. Demasiado frescor para mi gusto. —Cogí otro cammyck y, al igual que el primero, tampoco tenía entrepierna.

Me lo quedé a regañadientes y seleccioné un vestido que parecía de los más calentitos, y me deshice enseguida de los pantalones y la camisa mojados. Las medias limpias, las botas y la cálida capa mitigaron el frío, pero el cammyck sin entrepierna se me hizo raro, y me inquieté aún más cuando se me vinieron a la mente los posibles motivos por los que Moros había pedido que los hicieran así.

—Las botas me quedan un poco grandes, pero mejor eso que nada —dijo Aleysia retorciéndose para admirar el vestido y la capa negros con los que se había ataviado. Se rio por lo bajo—. Madre mía, me parezco a ti. Somos como la personificación del bien y del mal.

—¿Quién es el bien y quién el mal?

Se dio la vuelta con una sonrisa cómplice.

—Supongo que está por ver.

Recorrí la habitación con la mirada y lo que vi avivó esa sensación de pavor de antes.

—Voy a comprobar una cosa. —Salí corriendo y bajé al primer piso por las escaleras, con Aleysia pisándome los talones.

—¿Adónde vamos? —me preguntó mientras me seguía.

—Al sótano.

Por el rabillo del ojo, la vi detenerse derrapando justo cuando pasábamos por delante del despacho donde estaba Zevander rebuscando.

—¿Qué hay en el sótano?

—¿No has visto lo que tiene allí?

Aleysia negó con la cabeza.

—Espera un momento. —Fui corriendo a la cocina y me vino a la mente un recuerdo lejano; era del día que había conocido a la criada lyveriana al ir a almorzar, la que me había derramado una bebida en el vestido. Casi oía su voz mientras rebuscaba en los cajones, rogándome que no la presionara para sacarle información de Moros. Qué forma tan espantosa de maltratarla… Abrí un cajón de golpe, haciendo repiquetear los cuchillos que contenía. Cogí los dos más afilados y volví enseguida con Aleysia, a la que le ofrecí uno—. Primero mata y luego preguntas.

—Nunca he apuñalado a nadie. Estoy un poquito nerviosa.

—No le des muchas vueltas. —Sin más discusión, abrí la puerta del sótano y bajé la escalera empedrada corriendo, pasé por delante de la pared de curiosidades grotescas antes y giré la esquina, topándome con el enorme tanque.

A mi espalda, Aleysia ahogó un grito.

El agua, antaño clara, se había tornado verde y había dos cuerpos flotando bocabajo en la superficie con sendas mascarillas de oxígeno. Miré alrededor en busca de algo contundente para romper la barrera. Reparé en una silla de jardín de hierro forjado y me llevé aquel mueble pesadísimo a rastras hasta el habitáculo. La agarré por el respaldo, exhalé profundamente y la lancé contra el vidrio. El tanque se hizo añicos, desparramando pequeñas astillas de cristal y un agua asquerosa. Las sirenas salieron disparadas, empujadas por una ola que apestaba a putrefacción y moho, y aterrizaron en el suelo, donde quedaron inmóviles; en ciertas partes se les había levantado la piel y la tenían colgando.

Me puse de rodillas al lado de la que tenía más cerca y tiré de la mascarilla con cuidado. Al principio se resistió, pero al tirar un poco más fuerte salió, con un ruido de ventosa y arrancándole un trozo de

piel. La chica no se inmutó, ni siquiera parpadeó, y eso que tenía la mejilla en carne viva justo donde se le había fusionado con la mascarilla. Le pasé un dedo por la frente para apartarle el pelo y se lo metí detrás de la oreja.

Oí gruñidos y quejidos donde estaba Aleysia, sentada junto a la segunda chica.

La joven se desplomó y, mientras convulsionaba, comenzó a boquear pugnando por respirar. ¡Estaba viva!

—¡Quítale la mascarilla! —Me disponía a ir a gatas hacia ella cuando vi que mi hermana le ponía el cuchillo en la garganta. Me quedé paralizada, con los miembros agarrotados—. Aleysia, ¿qué haces?

Deslizó la hoja por su cuello y la de sangre le salpicó en la cara.

Sentí un miedo tenebroso e inquietante abriéndose paso a través de mis costillas y se me encogió el pecho. Con el filo en alto y la mano temblando, apunté a mi propia hermana, la misma a la que había decidido salvar a toda costa. Una conmoción glacial se apoderó de mis músculos al ver la herida abierta de la mujer, cuya sangre se dirigía hacia mí mezclada con el agua turbia. Traté de entender lo que acababa de ocurrir, intentando procesar que mi hermana hubiera sido capaz de hacer tal cosa.

Al mirar a Aleysia de nuevo, percibí un destello de locura en sus ojos cuando se dio la vuelta a la palma y se vio la sangre entre los dedos.

Tras convulsionar entre balbuceos unos instantes, la joven se apagó.

—Pero ¿qué has hecho? —dije con voz rasposa por el nudo de la garganta—. ¡¿Por qué has hecho eso?! —Me temblaba la mano con la que empuñaba el cuchillo.

—¿Qué vida habría tenido en esas condiciones? Ha sido por

compasión. —Lo que dijo Aleysia me trajo a la mente la conversación que había tenido con Zevander. ¿Nos habría oído en la cabaña? Posó la mirada un momento en la hoja que yo sujetaba en alto—. ¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a matar por ahorrarle una existencia llena de miserias?

Al vislumbrar la hoja en mi mano, sentí un pavor nauseabundo revolviéndome el estómago.

«*Mátala* —dijo Morsana, cuya voz repicaba en mi cabeza—. *Venga*».

Bajé el cuchillo mientras negaba con la cabeza. Sin quitarle ojo a mi hermana, me acerqué con cautela a la mujer a la que había matado.

—No me mires así, por favor —dijo Aleysia entre lágrimas—. Como si me aborrecieras.

Desvié la mirada.

—No tenías que matarla, y menos así.

—¿Entonces cómo, Maeve? Al menos ha sido rápido.

Hice caso omiso y, al borde del llanto, le retiré el pelo de la cara a la chica. Entonces vi dos arañas correteando hacia mí. No llegaron a alcanzarme porque Aleysia las ensartó con su cuchillo.

Me puso los pelos de punta verla manejar el arma con tanta soltura e inmediatez, esa vez sin vacilar siquiera.

Yo miraba a todas partes histérica, buscando más arañas. En las húmedas y oscuras paredes solo se veían sombras y telarañas cubiertas de polvo. A lo mejor, no eran más que arañas comunes.

Vimos una figura borrosa acercándose a nosotras a paso largo y miré por encima de mi hermana: era Zevander, con las cejas levantas.

—Las abandonaron aquí para que murieran. —Se me quebró la voz con la última palabra. No sabía muy bien por qué estaba tan

preocupada por ellas. Me tenían obsesionada desde que Moros me las había enseñado. Aunque Aleysia estuviera en lo cierto y la chica se las hubiera visto y deseado para sobrevivir, no soportaba que no le hubiera dado la opción de elegir si vivir o morir, que le hubiera arrebatado su libre albedrío.

Y no soportaba que hubiera sido mi hermana quien le había quitado la vida de esa manera.

No pude evitar fulminar a Aleysia con la mirada.

—No puedo dejarlas aquí así.

—Maevyth, no es que vayamos sobradas de tiempo para preparar un funeral y enterrarlas. Siento mucho lo que he hecho, pero imagínatela en el mundo exterior intentando huir de esas criaturas. Piensa en lo que le habrían hecho. Ha sido por piedad. Es mucho más de lo que ha recibido jamás.

Con lágrimas en los ojos, me volví hacia Zevander.

—¿Las convertimos en piedras sanguíneas? Sería más fácil enterrarlas.

—¿Piedras sanguíneas? —preguntó Aleysia, pero no me molesté en contestarle.

Zevander asintió mientras abría y cerraba las manos.

—Apartaos.

Aproveché la ocasión para empujar a Aleysia y sentí cierto placer cuando se cayó al suelo de culo con cara de indignación.

Zevander abrió las manos e invocó una pequeña llama negra titilante que sostuvo sobre el cadáver de la chica. La llama salió disparada de su palma y le prendió la carne; el fuego la envolvió en cuestión de segundos, transformándola en una piedra.

Hizo lo propio con la otra lyveriana y solo quedó un montoncito de cenizas con dos pequeñas piedras sanguíneas. Cogió la que tenía más cerca y la analizó, con el entrecejo fruncido.

Yo cogí la otra con ambas manos y la miré al trasluz. Me fijé en un destello plateado: había unas extrañas vetas en la superficie.

—Plateada. Como la tuya —observó Zevander.

—¿Como mi qué?

—Cuando vine a Mortasia hace meses, me topé con sangre tuya en el arco. Tenía las mismas vetas plateadas.

—¿Es un rasgo distintivo?

—Sí. Hasta donde sé, es característico de los córvicos.

—Si eran lyverianas.

—No estoy seguro del todo de por qué. Solo sé lo que me contó Dolion. —Me puso la otra piedra con cuidado en la mano—. Deberíamos empezar a pensar en asentarnos. Se va a hacer de noche.

—¿Has localizado el vivicanto?

—No. Nada. —Se sacó un pergamino enrollado del cinturón—. He encontrado este mapa de los montes, pero es muy básico, no dice nada concreto de la ubicación de la veta. —Suspiró, rascándose la nunca—. Teniendo en cuenta la extensión de la cordillera, nos llevaría semanas encontrarla a ciegas.

—Mandaron a los Hombres Rojos a los montes en nombre de la Iglesia. —Aleysia estaba sentada girando la hoja sobre la punta de un dedo y yo hice amago de apartársela.

—Tiene razón —convine arrebatándole el cuchillo—. Iban por allí con frecuencia. Y, sinceramente, yo prefiero no pasar aquí la noche. Me agobia este sitio. Podríamos buscar el templo y dormir allí. Supongo que será más seguro. Lo concibieron para proteger a los aldeanos en caso de asedio o ataque.

—Muy bien, pasaremos la noche en el templo. Pero hay que irse ya. Está oscureciendo.

Asentí mientras guardaba las piedras sanguíneas en el bolsillo de

mi capa y me puse en pie. Zevander y Aleysia se dirigieron a las escaleras y yo fui en dirección contraria, movida por la necesidad de comprobar si el capitán, con sus grotescas deformaciones, seguía encadenado a la pared.

Lo único que quedaba de él eran dos miembros corroídos que yacían en el suelo aún engrilletados.

Sentí un escalofrío en la nuca mientras contemplaba los trozos de carne sanguinolenta.

«¿Recuerdas al buen capitán que estaba sentado a tu lado en el almuerzo?».

Se me heló la sangre al rememorar a aquel hombre deformado abalanzándose sobre mí desde las sombras.

«… puede que sea un monstruo, pero también puedo ser muy protector contigo, mi delicada florecilla».

Oí que alguien susurraba mi nombre muy cerca y, con el corazón desbocado, recorrí la oscuridad con la mirada en busca del origen.

Vi dos ojos brillantes observándome desde un rincón tenebroso y, aún con el cuchillo en la mano, fui reculando poco a poco mientras la figura fornida de Moros iba emergiendo de la oscuridad.

—Señorita Bronwick —susurró con voz fantasmal.

Alguien me agarró por detrás y, al darme la vuelta gritando, la hoja de mi cuchillo se topó con el pecho de Zevander.

Se quedó inmóvil, con expresión cautelosa.

—Cuidado, fiera.

Estiré el cuello para mirar hacia donde acababa de ver a Moros, pero solo vi sombras. «No era real». Bajé la hoja, exhalando con ímpetu, y me dio flojera.

—Perdón. Este sitio me pone los nervios de punta.

—¿Te hizo daño el tal Moros? ¿Llegó a ponerte la mano encima?

Negué con la cabeza.

—Me escapé antes de que me hiciera nada. No quiero ni pensar en qué habría sido de mí si no hubiera huido al bosque esa noche.

—Pues no lo pienses. —Me acarició la sien con el pulgar y, madre mía, tenerlo tan cerca me produjo tal alivio que fue como un bálsamo para el alma—. Venga, vámonos.

32

Zevander



Pasado

Zevander se tragó el asco que sintió subiéndole por la garganta mientras dos sirvientas le frotaban el cuerpo con arcilla dorada para cubrirle las heridas recientes con un lustre metálico de cara a la Bacanal Dorada. Lo único que había conseguido averiguar del acontecimiento era que giraba en torno a una especie de torneo que atraía a nobles y dignatarios. Había más esclavos en la sala aparte de él y los sirvientes les estaban untando el cuerpo con el mismo lustre dorado.

Tenía los brazos estirados y engrilletados, y cerró los ojos al notar las desconcertantes caricias de la sirvienta, que le daban ganas de salirse de su propio pellejo. Para él, cualquier contacto, por ligero que fuera, se había tornado profanación, un sentimiento no deseado equiparable a los abusos de la general, un malestar que lo consumía más que las punzadas de hambre que sentía en el estómago en ese preciso momento.

«Mira cómo reacciona tu cuerpo a mi contacto». Las palabras de la general hicieron eco en su cabeza, así que Zevander torció el gesto y se dio la vuelta.

No obstante, no se fueron, sino que perduraron, junto con el recuerdo de los mordiscos y los tirones, los arañazos y los puñetazos que le infligía cuando se negaba a satisfacer sus exigencias.

Mientras otro sirviente le extendía la arcilla por la parte baja de la espalda, se acordó con demasiada claridad de la última sesión de latigazos. Las suaves caricias de la general iban siempre seguidas de un insoportable dolor, un engaño de sus manos, normalmente delicadas. Había mejorado mucho su capacidad de anticipar el primer golpe gracias a que había aprendido a interpretar sus señales: una pausa breve, la flexión de sus dedos y el modo de sujetarlo, la respiración alterada y el tono burlón.

En su cerebro había arraigado la idea de que cualquier tipo de contacto conllevaba eso.

Mientras los sirvientes le pasaban las manos por todos los rincones del cuerpo, unos pensamientos violentos le nublaron la mente. Según avanzaban, cerró los ojos y visualizó a la general Loyce con ocho brazos tocándolo y manoseándolo, bajando poco a poco por las caderas, hacia los muslos. Se le aceleró el pulso, se puso tenso y se le agitó la respiración. Con el estómago encogido, soltó un gruñido y apretó tanto los puños que se dejó marcadas unas medialunas pequeñitas en las palmas. A pesar de que no había malicia en aquellos contactos, era incapaz de arrancar del pensamiento todas las cosas espeluznantes que había sufrido las veces que no había logrado huir a la caligorya. Las ocasiones en que se había visto forzado a soportar los gemidos de la mujer y la presión de su cuerpo desnudo.

Abrió los ojos para desterrar de su cabeza la cara de la general.

Una sirvienta solácea con el cabello largo y rubio y un tono de piel sepia oscuro, una tal Vaelora, le estaba embadurnando el pecho de arcilla y había notado que a veces lo miraba con insistencia.

Se aferró a esa distracción y se concentró en la joven, pues le provocaba una curiosidad que lo apartó del pánico que le sacudía los músculos. Cuando cruzaban la mirada, ella la desviaba al instante.

—Si tienes algo que decir, adelante —soltó él por fin.

Ella miró a los otros tres sirvientes y asintió para darles a entender que estaban excusados. Para alivio de Zevander, el trío le apartó las manos de los muslos y la espalda enseguida y se retiró tranquilamente.

Una vez fuera del alcance de su oído, la sirvienta se dirigió a él:

—Es tu primera Bacanal Dorada.

—Sí.

—¿Sabes en qué consiste? —presionó esta.

—Vagamente. Ilumíname.

—Te llevan a la rotonda de la general. Al parecer, era donde antaño se reunía el panteón de dioses, tanto los mayores como los menores. Ahora la general lo usa para recibir a altasangres. —Juntó las cejas al untarle de arcilla una cicatriz del abdomen, una de las más espantosas—. Allí habrá sirvientes que te darán vino y comida mezclados con unos elixires muy potentes, pero tú no tomes nada. Es importante que estés alerta.

—¿Por qué?

—Porque necesito que transmitas un mensaje.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —Sintió una punzada de dolor en el estómago del hambre que tenía; no comía nada desde primera hora de la mañana, pero la ración había sido especialmente pequeña en comparación con la abundancia habitual.

La joven se detuvo y alzó la vista.

—Mi hermano es Kael Vexmoor.

—No me suena. —Zevander, impasible, desvió la mirada y advirtió que los estaba observando Theron, que no estaba cubierto de arcilla dorada.

—Está al mando de un ejército kasteliano de diez mil mercenarios. Si se entera de que estoy aquí, vendrá a por mí.

—Bueno, ¿y eso qué tiene que ver conmigo? —Seguía con los ojos clavados en Theron, que estaba en el umbral sin propósito aparente aparte de mirarlos fijamente—. Cuidado con lo que dices.

Ella bajó la vista y asintió.

—Aradia, una de las Bellatryx, es amiga de mi hermano desde hace tiempo. —Hablaba bajo mientras meneaba el cuenco de arcilla con la mano—. Han combatido juntos. Ella le guarda lealtad a la general Loyce, pero a Kael mucho más.

—¿Cómo es posible? ¿No hizo un juramento?

—Kael le salvó la vida hace muchos años. Pídele que transmita el mensaje, lo hará sin dudar. —Siguió frotándole el pecho y los brazos a Zevander, frustrándolo más con cada pasada. Joder, la mujer era bastante amable, pero él no soportaba que lo tocaran sin haberlo pedido.

—¿Por qué iba yo a jugarme el pescuezo por ti? —dijo Zevander apretando los dientes.

Ella alzó la vista para mirarlo y retiró las manos, como si hubiera notado de repente que él oponía resistencia.

—Lo siento. No pretendo torturarte.

Zevander le echó otro vistazo a Theron y apretó más los dientes.

—Sigue.

La sirvienta prosiguió pintándolo de dorado, ejerciendo un poco más de presión, como si supiera que las caricias más suaves eran las que más lo atormentaban.

—Aradia no sabe que yo estoy aquí. Si lo supiera, supongo que ya se lo habría contado a Kael. Estoy convencida de que está buscándome.

—Eso no contesta a *por qué* debería yo tomarme la molestia.

—Porque así yo ayudaría a la persona que me dio la libertad. Y porque, cuando Kael se entere de que estoy aquí, mandará a sus hombres a recorrer Solácea para dar caza a la general Loyce y matarla.

Zevander examinó el precioso resplandor que la arcilla producía en la piel morena de la joven. Antes de que reinara Jeret, las tonalidades oscuras eran indicio de ascendencia real. En la actualidad, el rey anhelaba reprimir ese linaje.

—¿Por qué te capturaron?

—Soy la hija ilegítima del rey Jeret.

Zevander frunció el entrecejo al fijarse en las numerosas cicatrices que presentaba su cuerpo.

—¿Kael también?

—Sí, pero él no lo sabe. Yo me enteré cuando me apresaron. Mataron a nuestra madre de pequeños. Nos llevaron a Eremicia.

Zevander sintió una rigidez atenazándole los músculos mientras rememoraba aquella historia que le había contado su padre. ¿Era posible que la verdadera razón de que lo hubiesen encerrado estuviera mirándolo fijamente a los ojos en ese preciso momento?

—¿Por qué yo?

—Porque eres la única persona que conozco que no pretende ganarse el favor de la general. Lo haría yo, pero no me han dado permiso para asistir.

—Si es así, ¿por qué sabes tan bien en qué consiste la bacanal?

Ella miró furtivamente alrededor.

—Lo sé por terceros. Corren rumores por estos muros, y entre

los esclavos. He tenido que limpiar heridas y cuidar de gente a la que han atiborrado a elixires.

—¿Qué propones para transmitir el mensaje?

—Por desgracia, desconozco qué oportunidades surgirán. A la Bellatryx le gusta coquetear con los esclavos de vez en cuando. Podrías intentar llamar su atención.

Zevander se mofó y meneó la cabeza.

—Me encomiendas cometer traición, pero no me ofreces ningún medio para llevarla a cabo. ¿Estarán presentes todas las Bellatryx? —Zevander estaba intranquilo, pues Theron seguía apostado en el umbral—. Hazte la ocupada —le advirtió a la sirvienta otra vez.

—Sí. —Acto seguido, esta cogió una cornamenta dorada y se dispuso a ponérsela.

Zevander se inclinó de mala gana para que se la colocara en la coronilla.

La joven le aseguró la cadena al collar que llevaba y los eslabones tintinearon a los costados de su cara.

—Las Bellatryx están obligadas a ir por mandato de la general Loyce.

—Bueno, ¿y cómo la localizo a ella en concreto?

—Muy fácil —dijo concentrada en ajustarle la cornamenta—. A Aradia la atacó un draco de pequeña y tiene una cicatriz bastante extravagante que va de los labios a la garganta.

—¿Y los elixires? Cuéntame cómo se desarrollan las bacanales.

—Los elixires se usan para adormecer los sentidos, pero ya te he dicho que no los tomes. No te obligan a comer ni a beber, aunque la mayoría de la gente sucumbe porque tiene sed y hambre.

Zevander ya se había preguntado por qué le habían negado la cena.

—La general te suelta en la caverna que hay debajo del suelo de

la rotonda. —Al ver el gesto de preocupación de la joven, Zevander supo que en dicha caverna le esperaban cosas horribles—. Ahí tiene a sus mascotas. Te obligan a pelearte con otros esclavos, pero no podéis mataros. Hay que herir al adversario. Al vencedor lo redimen de la caverna. El otro se convierte en alimento para sus criaturas. Tienes que encontrar a Aradia primero. Es vital que entregues el mensaje antes de la pelea.

Zevander resopló y miró para otro lado, percatándose de que Theron ya se había ido.

—Que los dioses me libren de acabar devorado antes de transmitir el mensaje.

—No vas a morir. Has derrotado a un órgodo. Tengo fe en ti. Pero, por si acaso… —Rompió una ampolla y le extendió la sustancia roja por la muñeca—. Un lametazo y a los pocos minutos estás muerto.

—¿Y por qué iba a hacer eso? ¿Qué mascotas tiene?

—Carnófagos. —Tragó saliva—. Carnófagos adultos.

Zevander solo tenía una vaga idea de qué eran, pues donde él se había criado no existían. Lo único que sabía de esas criaturas es que eran una especie de sierpes que moraban bajo tierra conocidas por comerse los cadáveres de los cementerios.

—¿Solo acaban devorados los heridos?

—Sí. La general Loyce no tolera la debilidad. —Vaelora alzó media máscara blanca con una filigrana de oro y, una vez colocada, solo le cubría la boca y la nariz a Zevander—. Sobrevive.

Zevander no conocía la rotonda del palacio de la general Loyce, que era adonde los habían llevado a él y a otros esclavos pintados de oro, pero era tan opulenta como la sala en la que pasaba casi todos

sus días. La estancia estaba rodeada de pozos de fuego de piedra blanca que proyectaban un resplandor titilante en las paredes, blancas con detalles dorados. El techo, abovedado, se alzaba justo encima de un foso oscuro y cavernoso que estaba cubierto por una rejilla; le recordó al de Quebrantahuesos.

Algunos invitados, copa de vino en mano, se asomaban al interior, seguramente con la esperanza de vislumbrar a las bestias enjauladas.

Zevander, que llevaba unos grilletes dorados pulidos en las muñecas, estaba de pie junto a los demás esclavos pintados, todos expuestos ante los numerosos invitados. Había dos órgodos flanqueando la fila y vigilándolos mientras los más atrevidos pasaban por delante riéndose por lo bajo y bebiendo de su copa. Había al menos unos cincuenta altasangres desperdigados por la sala como buitres, con sus sedas y sus joyas resplandecientes a la tenue luz, murmurando y observando con ojos voraces. Los sirvientes se entremezclaban con ellos, incluidas las Bellatryx, desprovistas de su armadura habitual y ataviadas con traje de cuero blanco, por lo que era fácil reconocerlas, dada su complexión musculosa.

Zevander estaba espiando a una de ellas a través de la multitud, la cual hablaba despreocupadamente con Theron. Tenía tal cicatriz en la parte inferior de la cara que hacía que la que él ocultaba bajo la máscara pareciese una mera imperfección.

No le cupo duda de que era Aradia.

—Tengo entendido que al final de la noche quedaremos pocos en pie. Creo que es la única competición donde morir no equivale del todo a perder.

Zevander rio por la nariz y se volvió hacia el esclavo que estaba a su lado. Su pelo verde oscuro contrastaba de forma curiosa con su piel dorada. No lo conocía, ni siquiera de las minas.

—¿Eres de la Dorona de Loyce? —preguntó él.

—De la de Aradia. Soy Dravien Nockvayne.

Zevander desvió la atención a la Bellatryx, que seguía charlando con Theron, el cual se relacionaba libremente, sin los grilletes.

—¿Y qué tal es Aradia? —quiso saber.

—¿Me estás preguntando por la conducta de mi maltratadora? Bueno, es verdad que no me ha obligado a llevar bozal.

—Ojo. Yo quizá esté dispuesto a estrangularte con las cadenas.

—Qué poético sería. —Señaló a Theron con la cabeza—. ¿Ese pertenece a la general?

—Sí.

—Un predilecto. Qué maravilla. A ver si lo adivino… Tiene la polla pequeña, pero una destreza importante.

Zevander sonrió de lado.

—No puedo confirmarte de qué tamaño la tiene, pero, sí, sabe curar heridas.

—Vigílalo —advirtió Dravien—. No ha llegado hasta donde está sin traicionar a nadie. Es la única vía de ascenso.

—No le quito ojo. No me fío de nadie. —Zevander miró a su compañero esclavo—. Por cierto, mis más sinceras disculpas.

—¿Por?

—Porque vas a morir esta noche.

Dravien se rio entre dientes.

—Menos mal que suples tu falta de atractivo con sentido del humor.

—No como tú.

Dravien sonrió meneando la cabeza, pero su humor cambió cuando vio a Aradia cruzando la sala a toda velocidad hacia ellos. Se cuadró y agachó la cabeza.

Sin embargo, no se dirigió a Dravien.

Se acercó a la oreja de Zevander y le susurró:

—Tengo entendido que tienes algo para mí. Sé rápido.

Zevander frunció el entrecejo y alzó la vista despacio, que fue a parar a Theron, en la otra punta de la sala. Se aclaró la garganta y se volvió hacia ella.

—Traigo un mensaje de Vaelora Vexmoor.

Aradia retrocedió y él vio por el rabillo del ojo que lo fulminaba con la mirada.

—¿Qué sabes tú de ella?

—Que está viva. Es prisionera de la general Loyce.

—Loyce. —Lo dijo como si estuviera escupiendo algo que sabe mal, lo cual le dio a entender a Zevander que no la tenía en muy alta estima—. No se hable más. Transmitiré el mensaje.

Él asintió y la Bellatryx se enderezó a la vez que se alisaba el traje de cuero.

Theron asintió con ímpetu a lo lejos. ¿Se la había mandado él para allá?

Zevander miró de nuevo al esclavo que estaba en la otra punta de la sala y sopesó si fiarse de él o no. Como había dicho Dravien, la única forma de llegar a ese nivel de favoritismo era la traición.

Le ardía la garganta de sed y el calor de las llamas del pozo de fuego que tenía detrás le estaba exprimiendo hasta la última gota de sudor. Era un milagro que la arcilla no se hubiera movido de su sitio.

Se le acercó una mujer, cuyo único atavío era una capa de pintura dorada reluciente, con un frasquito alargado que destapó con los dientes. Sin preguntar siquiera, lo cogió de la mandíbula y le vertió el líquido en la boca. En cuanto el refrescante sabor frutal entró en contacto con su lengua, Zevander sintió una irrefrenable necesidad de tragar, pero la reprimió. La mujer le dio un beso en la mejilla mientras le rozaba el pezón al aire con el pulgar y él apretó

los dientes, respirando fuerte por la nariz. Cuando por fin se marchó, escupió el líquido por encima del hombro.

Pasó por allí otra mujer, esa en cueros, que llevaba unos pasteles de carne cuyo delicioso aroma salado le despertó los sentidos. Le metió uno a la fuerza en la boca a Zevander, siguió avanzando y le ofreció a Dravien. Él le dijo algo susurrando y ella sonrió antes de darle un beso en los labios y seguir bordeando la hilera de esclavos. A pesar de los rugidos y del doloroso vacío en el estómago, Zevander escupió la comida al pozo de fuego que tenía detrás.

Según avanzaba la noche, fueron pasando más sirvientes, que le ofrecieron más comida y más bebida, que él expelió sin excepción. Los demás esclavos habían empezado a tambalearse, Dravien incluido, todos ellos presa de los efectos.

—¿Qué es un soláceo con la cara blanca? —le preguntó este, quien, sin darle siquiera un segundo para asimilar la pregunta, dijo —: Un cadáver.

Zevander se rio por lo bajo y fingió tambalearse, como hacían los demás. Observó detenidamente al sirviente que había a su izquierda con una jarra de agua con hielo. Se le hizo la boca agua solo de verlo, pero no acababa de fiarse.

Una mujer curvilínea pintada de blanco con una cornamenta dorada en la cabeza se acercó a él con parsimonia. Le cogió la cara con ambas manos y le susurró:

—*Mor samanet.* —Y exhaló una bocanada de denso humo negro.

Zevander se apartó de golpe para romper el contacto y, al hacerlo, su visión fue más lenta que el propio movimiento. Al ver el entorno aumentar y menguar, parpadeó dos veces, meneando la cabeza. Cayó al suelo de mármol golpeándose con rodillas y palmas. El techo se estiraba y se encogía, como si respirase, y las voces de fondo fueron dando paso poco a poco a un eco profundo.

—Zevander —dijo alguien, y al volverse vio a Theron mirándolo con la cara distorsionada.

Se incorporó torpemente y dio un traspié; a punto estuvo de caerse de nuevo, pero el otro se las arregló para sujetarlo.

Theron le cubrió con la mano la cara a Zevander, a quien le llegó un aroma a hierbas, mientras le susurraba incoherencias. Lo soltó de repente y Zevander volvió a caerse al suelo con las rodillas y las palmas por delante. Veía borrosos los motivos grabados en las baldosas blancas, como si palpitaran, pero entonces se volvieron nítidos, hasta el punto de que apreciaba los más mínimos detalles y grietas. La algarabía se tornó más clara y centró la atención en una voz horrenda procedente del gentío.

—Mis queridísimos invitados… —La general Loyce, con vestido blanco con toques dorados, se dirigió con calma al centro de la sala y se colocó en el borde del foso cavernoso.

La multitud se reunió alrededor de ella, bebida en mano, y el vocerío dio paso a los susurros.

—Sé que habéis venido por los bienamados combates y os prometo que no faltarán. Pero he pensado que, antes del juego, podemos darnos el gusto de divertirnos un poco. —Hizo un ademán y la muchedumbre abrió paso a dos guardias que guiaban a Vaelora hacia el foso. Loyce recorrió la multitud con la mirada hasta llegar a Zevander. Hizo otro ademán y dos guardias fueron hacia él a toda prisa.

Lo agarraron de los brazos, lo llevaron a rastras al centro del gentío y lo dejaron junto a Vaelora.

Sin necesidad de mirarla, supo que la chica estaba temblando. Joder, casi percibía su miedo viciando el ambiente.

Loyce, con una sonrisa, se dirigió con parsimonia hacia Zevander y le recorrió el pecho con las palmas mientras él contraía los labios

del asco.

—Quiero que la poseas delante de todos los presentes. Sin delicadeza ni ternura. Con violencia —añadió alejándose despacio.

—No. —Con la mandíbula apretada, contempló el mar de rostros congregados a su alrededor.

Loyce paró a medio camino y se dio la vuelta.

—¿Qué me has dicho?

Él alzó la barbilla con gesto desafiante.

—He dicho que *no.* No voy a hacerlo.

Alguien lo agarró del brazo y Zevander retrocedió entre el traqueteo de las cadenas. Al volverse, se topó con Vaelora, que lo miraba fijamente.

—No pasa nada. —Lágrimas brillantes le velaban los ojos—. Quiero que lo hagas.

—No voy a violarte por mandato de la general.

—Si te doy permiso, no es violación.

—No me hace falta tu permiso para algo que no tengo intención de hacer —repuso él con tono cortante.

—Por favor, hazlo. — Vaelora agachó la cabeza y las lágrimas le rodaron por las mejillas—. Te lo suplico.

Entonces Zevander se dio cuenta de que también la castigarían a ella, no solo a él.

Con los labios apretados, exhaló con furia y se dirigió a la general Loyce:

—De acuerdo. Accedo.

Ella recorrió el borde de su copa de vino con el dedo, con una mirada cruel a la par que alegre.

—Me aburro. Deshaceos de ella.

—No —susurró Vaelora, a su lado, con una voz que traslucía un pánico casi palpable—. ¡Por favor! ¡Se lo suplico!

Zevander se revolvió, con los puños apretados.

—¡He dicho que accedo!

Los dos guardias se disponían a coger a Vaelora cuando la general Loyce levantó la mano para que parasen. Una vez más se dirigió pausadamente hacia él.

—Si accedes es por el bien de ella, no porque yo te lo haya ordenado. No es lo mismo, muchacho, y ya aprenderás que yo siempre espero lo segundo, sin excepción. —Luego se dirigió a la multitud—. Ha llegado a mis oídos que se está gestando una traición y sería una negligencia por mi parte no hacer nada al respecto.

A Zevander se le heló la sangre.

Se armó alboroto entre el gentío y, al volverse, Zevander vio a unos órgodos llevando a Aradia a rastras al centro de la sala, donde la soltaron a los pies de la general.

—Estos tres se han confabulado contra mí. Y, como ya sabéis, yo no tolero la deslealtad.

—General, juro que…

—¡A mí no me jures nada! Tus palabras son cenizas a merced del viento. —Sin quitar los ojos de su subordinado, Loyce extendió el brazo y un soldado le puso en la mano la empuñadura de una espada fina y alargada—. Las infecciones hay que cortarlas de raíz para impedir que supuren y se extiendan.

—Por favor… No pretendía… —Aradia ni siquiera pudo acabar: la general Loyce le asestó un espadazo veloz.

En cuestión de segundos, la cabeza de la chica cayó al suelo y salió rodando, dejando a su paso un reguero de la misma sangre viscosa que le manchaba el traje blanco.

—¡Aradia! —Vaelora, junto a Zevander, se tiró de rodillas, gritando y sollozando.

Loyce limpió la sangre de la espada pasándola por el torso

decapitado de Aradia y se dirigió a ellos dos.

—Sirva esto de advertencia de que a mí no se me escapa nada.

Zevander le dedicó una mirada fulminante a Theron, que se la devolvió con expresión serena, apartado de la multitud.

—Y no hay piedad que valga. —Señaló el foso y cuatro guardias se apresuraron a quitar la rejilla.

Vaelora se levantó de golpe y retrocedió, negando con la cabeza.

—No. Haré lo que sea… Lo juro. ¡Por favor! ¡No lo haga, general!

Los guardias la agarraron por los brazos, igual que antes, pero esa vez ella se resistió, clavando los talones en el suelo y gritando.

—¡No! ¡No! ¡Soy hija del rey!

—Su hija bastarda. —La general se rio entre dientes mientras le tendía la espada a un guardia cercano—. Tendrían que haberte sacrificado nada más nacer.

Zevander amagó con abalanzarse sobre el guardia más próximo, pero un órgodo lo agarró con fuerza del pescuezo y tiró de él. Se quedó sin aire en los pulmones y le clavó las uñas al captor, que se negó a liberarlo.

Furioso y desvalido a la par, presenció cómo arrastraban a Vaelora hasta el borde del foso.

Un grito espantoso resonó en la sala; la sirvienta tenía los ojos abiertos de par en par y reflejaban un terror insólito para Zevander.

—¡Que me corten el cuello! —gritó—. ¡Que me maten con una espada!

Fuera lo que fuese lo que habitaba en ese foso, parecía peor que la muerte.

—No te corresponde a ti elegir. —Loyce la empujó con ímpetu por detrás y Vaelora soltó un chillido desgarrador mientras se precipitaba al foso.

La locura se apoderó de los músculos de Zevander, que se volvió

de golpe y clavó los dedos en la flácida carne que le cubría la vena vital al órgodo. Tiró con fuerza y se la arrancó; la vena palpitaba y la sangre le chorreaba por la mano.

Ya libre, Zevander corrió como una flecha al foso y saltó con los pies por delante.

Ni siquiera había calculado la profundidad, así que al alcanzar el suelo de grava se le doblaron las rodillas por el fuerte golpe. La gente se asomó desde arriba, a unos doce metros de él, Theron incluido.

Sintió un dolor palpitante en las piernas mientras se levantaba.

Le llegaron unos quejidos a los oídos y, al volverse, vio a Vaelora en actitud defensiva con una piedra en una mano. Detrás de ella había tres enormes cuevas, con la entrada flanqueada por unas gruesas raíces, en cuyo interior solo se veía oscuridad.

Apareció un palo bajando desde arriba con un haz de fajina en llamas atado al extremo. Quien lo manejaba prendió uno de los candeleros de piedra de la pared para iluminar la oscura caverna.

Zevander salió disparado a por el palo, pero no llegó a alcanzarlo, pues el hombre ya lo había sacado a la superficie. Masculló para sí y, al darse la vuelta, vio a Vaelora con cara de pánico.

—Aquí tiene a sus mascotas —susurró.

En la arena de la cueva había unas enormes líneas sinuosas difuminadas que medían de ancho la mitad que él de altura, lo cual daba una idea del tamaño de los animales.

Eran pequeños en relación con la caverna que los acogía, pero lo bastante grandes como para preocupar a Zevander.

—Yo las he visto una vez. Se llevaron a una esclava a rastras. Desconozco qué le hicieron…

—La utilizaron —intervino Loyce desde arriba—. Los carnófagos

son criaturas muy pragmáticas. No matan por matar ni para conseguir comida. No, son mucho más ingeniosos. —Apoyó la bota en el borde del foso y le dio un sorbo al vino—. Después de hincar los dientes en la carne, expulsan un veneno que te deja totalmente paralizado antes de llevarte a rastras a su nido. Una vez allí, la hembra deposita los huevos dentro de ti. Luego el macho los fecunda, claro, como suele pasar. Y, como buenos padres que son, te alimentan con todo lo que consiguen gorronear: carne humana putrefacta, ratas, insectos. Cuando las crías por fin están listas para romper el cascarón, se abren paso con las garras a través del huevo, desgarrándote la carne, que viene a ser su primera comida.

Un profundo gruñido gutural resonó en las paredes de la cueva y Vaelora se tragó un sollozo. Aferraba la piedra con manos temblorosas.

—Zevander, a ti van a derribarte y a decapitarte. La colonia se alimentará de tu cuerpo, pero guardarán la cabeza como trofeo.

Se oyó otro gruñido que devino en rugido, lo cual los alertó de que se acercaba la bestia.

Zevander miró alrededor en busca de un arma, pero lo único que vio fue una piedra ligeramente más pequeña que la de Vaelora. Se quitó la media máscara y la cornamenta con las manos aún engrilletadas y se concentró en las tres cavernas. Mientras esperaba a que aparecieran las bestias, no le quedó más remedio que agradecerle a Theron que le hubiera devuelto los sentidos, al margen de cómo lo hubiera hecho y de las ganas que tenía de arrancarle la garganta a ese cabronazo traicionero.

—Prométeme una cosa… —dijo Vaelora en voz baja y trémula, como una vela en un pasillo con mucha corriente—. Si logras salir de aquí y te cruzas con mi hermano, dile que lo quiero.

—Para. Voy a sacarte de aquí.

Primero, oyeron unos jadeos, pero estos dieron paso a un rechinar agudo provocado por la alternancia de arañazos y golpes sordos. Zevander trató de discernir el origen del ruido. Podía venir de cualquiera de las cuevas.

O de todas a la vez.

Agarró a Vaelora del hombro, haciéndola estremecer.

—Ponte detrás de mí.

Ella corrió a su espalda y lo agarró con tal fuerza que le clavó las uñas en el costado.

Cuando salió el primer carnófago deslizándose hacia ellos, el gentío prorrumpió en gritos de sorpresa y vítores. La criatura tenía cuerpo de serpiente, con pinchos y escamas gruesas, y cabeza de dragón, ancha y angulosa, con unos ojos reptilianos de mirada amenazante coronados por surcos profundos. Su veloz lengua le recordó a Zevander a la de las agresivas cobras que moraban en los desiertos de Eremicia, según había oído.

Este, movido por la adrenalina, analizó la figura escamosa de la bestia en busca de un punto flaco en su piel, que presuponía que era gruesa y rugosa.

Impenetrable.

En vez de colmillos, del labio superior le salían dos largos incisivos de punta afilada para perforar. Si conseguía arrancarle uno, podría apuñalarlo con él, igual que al órgodo. Sí, estaba convencido de que esa era la manera de derrotarlo.

La criatura volvió a rugir y se dirigió a él reptando. Al ver que esta se disponía a atacar, Zevander empujó a Vaelora al suelo y se hizo a un lado de un salto, esquivando los alargados dientes serrados por poco, los cuales acabaron clavados en la tierra. De repente estalló una columna de polvo y Vaelora soltó un chillido, al haberse salvado por los pelos, y se alejó pataleando.

El carnófago se había erguido y bramaba tan fuerte que vibró el foso entero, con una mirada que irradiaba malicia, más amenazante que antes.

Clavó los ojos en Vaelora.

A Zevander le bullía la mente mientras buscaba la manera de herirlo. La bestia atizó la pared de la caverna con la cola y desprendió varias esquirlas. Zevander se fijó en una con forma de lanza que había detrás de aquel bicho. Para alcanzarla, tenía que dejar sola a Vaelora un momento, pero, si se las apañaba para pinchar a la criatura, a lo mejor conseguía distraerla.

Incluso matarla.

Se abalanzó sobre el arma, pero frenó en seco cuando el carnófago siseó y lo alcanzó en el brazo con su larga lengua roja, como un latigazo, atravesándole la carne con una ardiente punzada de dolor.

—¡Joder! —Zevander se agarró el hombro y retrocedió. Se volvió hacia Vaelora, que estaba temblando y sollozando en silencio—. ¡Cuando yo te diga, ponte corriendo detrás de él!

—¿Qué? ¡No!

—¡Vaelora, confía en mí! —bramó Zevander—. ¡No voy a permitir que te coja!

—Prométeme que no vas a dejarme morir en su nido. Júramelo.

—Te lo juro. —Se concentró en la lanza, respirando hondo por la nariz—. Cuando yo te diga… —Echó los hombros hacia atrás.

Sin previo aviso, la bestia se retrajo y atacó velozmente con sus relucientes dientes.

—¡Ya!

Zevander se echó a un lado y salió disparado a por la lanza, que asió a toda velocidad. Cuando la bestia se volvió a por Vaelora, él le clavó la punta, atravesándole el escamado como si estuviera

cortando con una hoja al rojo vivo.

El bicho se puso a rugir y a sisear sin parar de revolverse con rabia, pero Zevander aferró bien el arma y la arrastró a lo largo de la suave parte inferior de su cuerpo. Oyó el eco de los gritos de Vaelora, pero no iba a parar hasta matarlo, así que le abrió el tajo con las manos para esparcir sus entrañas mortíferas y acelerar así su muerte.

La sangre y las pestilentes vísceras formaron un charco alrededor de sus pies. La bestia se tambaleó, rugió otra vez y se desplomó. Entre convulsiones y con los ojos desorbitados, lanzó un último bramido violento y, finalmente, se apagó.

Entre el subidón de adrenalina y la euforia de la victoria, Zevander sintió un escalofrío en los músculos.

Al mirar a Vaelora fue como si los tentáculos del miedo se apoderasen de su columna.

La joven tenía medio cuerpo dentro de la boca de otro carnófago enorme, con los brazos extendidos hacia él y una mirada que irradiaba terror.

—¡Tu muñeca! —gritó—. ¡El veneno! ¡Por favor!

Zevander se abalanzó hacia ella, pero sintió una opresión fuerte en la garganta y perdió el equilibrio: le habían puesto una soga al cuello sin que se diese cuenta.

Vaelora profirió un grito desgarrador y, acto seguido, la bestia la arrojó a la cueva oscura de detrás.

Zevander notó un tirón y acabó estampado contra la pared de piedra, quedándose sin aire en los pulmones. Vio unos ojos brillantes observándolo desde una de las cuevas. Agarró la soga entre resuellos. La roca dura le arañó la espalda mientras lo izaban por el pescuezo. Notó que la presión en su cuello se intensificaba y que la soga le obstruía la tráquea. Abrió la boca, pero no pudo inhalar ni

exhalar.

La bestia arremetió contra Zevander, entrechocando los dientes de una dentellada, pero no logró alcanzarle las piernas, porque él no paraba de agitarlas. Mientras seguían alzándolo, tiraba de la soga, que le presionaba el cuello.

El carnófago volvió a atacar y, esa vez, le perforó el muslo.

Zevander no fue capaz de gritar. No le salía ningún sonido. La criatura meneó la cabeza para soltarlo, sacudiéndose como si fuera un pez en un anzuelo.

A Zevander le vibraban los huesos; notó una sensación de frío y entumecimiento subiéndole por las piernas y el pecho, y luego extendiéndose a sus pulmones. Empezó a perder la visión, cuya periferia fue fundiéndose a negro.

Entonces se dejó llevar.

33

Zevander



Caligorya

Zevander, con expresión ceñuda, se llevó las manos a la garganta, donde persistía un dolor fantasma. Los recuerdos se enmarañaban en su mente como si fueran enredaderas espinosas.

«Piel dorada. Un foso tenebroso. Gritos. Unos gritos espantosos. Una culebra enorme. La mirada de terror de Vaelora».

Cerró fuerte los párpados; le ardía la cara de la tensión mientras se afanaba en borrar esa última imagen, que aún perduraba en su mente. Agitó la cabeza, desesperado por deshacerse de ella, pero ahí seguía, grabada en el pensamiento.

Ella extendiendo el brazo.

«Ayúdame».

Abrió los ojos de golpe e inhaló con fuerza. Una distracción. Eso era lo que necesitaba. Alzó la vista y miró alrededor. Calles adoquinadas de una oscuridad casi negra donde apenas se veían aldeanos. Nubes que amenazaban lluvia. Sendas hileras de

tiendecitas a ambos lados de la calle, que iba a dar a la plaza del pueblo, con su fuente de piedra.

La caligorya, supuso, pero no veía a Alastor por ninguna parte. Quizá le hubiesen dado un elixir que lo eximía de la invitación.

Reconoció a una chica que había delante de un taller de costura con una cesta al brazo, con su pelo largo y negro como la noche danzando sobre los hombros. Se movía con una gracia mística que le recordó a las diosas de la luna, las cuales había estudiado en su tierra; parecía salida de las páginas de esos textos sagrados. *Lunamiskza.* La preciosa bruja lunar con la que soñaba muy frecuentemente.

Sintió una calidez abrumadora y se acercó a ella, desesperado por recibir el abrazo reconfortante de la familiaridad que rezumaba. Zevander solo quería observarla, quedarse ahí un rato.

No soportaba la idea de pensar en su realidad.

No, la caligorya era más segura.

Junto a ella.

La cesta que le colgaba del brazo estaba medio tapada con un paño blanco; la otra mitad no estaba cubierta y la chica miraba lo que fuera que había dentro sin prestar atención a la gente que pasaba por allí.

Zevander se acercó por detrás con curiosidad, tanto que percibió un dulce aroma a naranjas. No recordaba muchos olores de la caligorya, pero el de ella era inconfundible. Inolvidable. Como las frutas estrella maduras que compraba su madre en el mercado. Devoró aquel cítrico potente atenuado por el dulzor de la vainilla.

Se asomó por encima de su hombro y vio un libro dentro de la cesta; lo tenía abierto y se disponía a pasar página. Luego observó a una mujer mayor con arrugas que se dirigía hacia la chica con una mueca en la cara. La anciana bajó a la calzada y puso tierra de por

medio; al parecer intentaba esquivarla.

Una brisa ligera le alborotó a la chica los brillantes tirabuzones rebeldes que acariciaban el delicado cuello. Él anhelaba con todo su ser peinarla con los dedos y sentir la suavidad de su cabello. Sin embargo, cerró los ojos y aspiró su olor; ojalá pudiera embotellar esa fragancia tan deliciosa. Tenía los labios a escasos centímetros de su piel y se retó a sí mismo a susurrarle al oído, a decirle que era la criatura más magnífica que había visto en su vida.

—Pero mira quién ha salido a rastras de la tumba.

Zevander se dio la vuelta y vio a una chica que debía de tener casi la misma edad que ella, con el pelo castaño claro, casi como la arena, y los ojos azules. A su lado iba un chico de rasgos similares; un hermano menor, a juzgar por su aspecto.

—La expósita —dijo con desdén.

La chica morena tapó corriendo el libro que llevaba escondido y los miró a la cara con expresión avinagrada.

—Hoy no estoy de humor, Lilleven.

—Aaay, hoy no está de humor —dijo la otra dirigiéndose a su hermano, que puso un mohín de desprecio—. La expósita tiene un mal día. —Le echó un vistazo a la tienda y luego volvió a centrarse en ella, mirándola de arriba abajo, analizándola—. Me pregunto qué se te habrá perdido en el taller de costura si la única ropa que te dejan llevar es ese horroroso vestido negro que te pones desde que naciste.

Ella apretó los labios.

—No es que te importe, pero estoy esperando a mi hermana.

—Ah, ya, la puta del pueblo.

La chica se arrimó a ella con los puños apretados.

—No hables así de Aleysia.

—¿Y si no qué? ¿Vas a lanzarme un hechizo para convertirme en

sapo?

—¿Por qué eres tan mala? ¿Se puede saber qué te he hecho para ganarme ese odio?

—Existir —dijo Lilleven entre dientes.

—Mamá dice que deberían haberla dejado en el bosque —se mofó el chico, y procedió a darle un lametón a la piruleta azul que tenía en la mano—. Nos habría ido mejor.

—Habría que quemarla viva —repuso la hermana con desdén.

—Mejor no te digo lo que pienso yo de ti, Lilleven.

—Dímelo, bruja miserable. Dime qué oscuros pensamientos tienes en la mente, así mi hermano pequeño verá lo mala que eres. Tan mala que ni tu madre te quiso.

La chica de cabello negro movió la mandíbula como si estuviera masticando unas palabras malévolas.

—¡Ojalá te arrollaran unos caballos, mal bicho! —Le dio la espalda a la otra, seguramente para ocultarle las lágrimas que le asomaban a los ojos.

Al ver la escena Zevander sonrió. Sí, ojalá. Cuanto más se lo imaginaba, más nítida veía la imagen en su mente.

Lilleven soltó un bramido feroz y arremetió contra la chica enseñando los dientes.

—¡Serás bruja asquerosa!

Zevander invocó el glifo Aeryz y esta, del impacto, cayó de culo sobre la calzada. Entonces se oyeron gritos y chillidos y, al fijarse, vio un carro acercándose a ella a toda mecha.

—¡Lilleven, cuidado! —vociferó su hermano.

Entre los gritos de los vecinos, se oyó el eco del chapoteo de la carne espachurrada y los huesos aplastados.

Los enormes caballos del avieso carro habían arrollado a la chica.

Él miró a la otra chica, que se había quedado pálida como un

fantasma, con la misma expresión de pavor que Vaelora.

—Pero ¿qué has hecho, chico? —Al oír esa voz familiar, Zevander se volvió y vio a Alastor observándolo—. ¡¿Qué has hecho?!

—Nada. Ni siquiera la he tocado.

—No. —Torció la boca del asco—. Has impuesto tu voluntad. Has arrebatado una vida. Hay que compensarlo.

—¿Cómo que hay que compensarlo? ¿A qué te refieres? No es real. Estoy soñando.

—Te dije que no vinieras sin mí.

—No ha sido aposta. He aparecido aquí.

Alastor miró al cielo mordiéndose el labio.

—Tienes que irte. Venga.

—No. ¿Qué pasa con ella?

—¡Que te vayas! —Alastor extendió los brazos con las manos abiertas y él sintió un golpe en el pecho que lo sumió en un vacío negro.

34

Zevander



Presente

Mientras recorrían la aldea, Zevander iba a la zaga de Maevyth y Aleysia por la calzada adoquinada que se extendía hasta el templo. No paraba de peinar el entorno con la mirada, vigilando las tiendas abandonadas que flanqueaban la calle, no fuera a ser que los atacara cualquier cosa, aunque estaba todo en calma.

Demasiado.

Cayó un pegote blanco del cielo. Instintivamente, Zevander frenó en seco y se dispuso a coger la daga que llevaba al costado segundos antes de que este se espachurrara contra el suelo; se había librado por poco. Al caer en la cuenta de lo que era, observó gruñendo al enorme pájaro-dragón que los sobrevolaba. Lo insultó entre dientes mientras soltaba la daga y reemprendía la marcha, pensando en el tamaño de la flecha que tendría que usar para derribar a ese arisco cabronazo.

Aleysia entrelazó el brazo con el de Maevyth y le dedicó a él una

mirada por encima del hombro. Si hubiese sido malpensado, habría calificado su expresión de posesiva. Frunció el entrecejo y retomó la tarea de detectar posibles peligros, haciendo caso omiso de la persistente sensación de que a la hermana de Maevyth y al pájaro-dragón les traía sin cuidado su existencia.

Al percibir un movimiento por el rabillo del ojo, volvió a parar en seco; aguzó el oído y se fijó en una velería que había cerca.

Sintió un hormigueo en la columna y, una vez más, se llevó la mano a la empuñadura del arma y se concentró en detectar cualquier movimiento en la oscuridad de las ventanas rotas.

—¿Qué pasa? —preguntó Maevyth deteniéndose.

Él echó un vistazo al cielo y vio que Raivox seguía volando en círculos sobre ellos.

—Id para el templo. Nos vemos allí.

—Zevander… — Maevyth avanzó hacia él, pero debió de darse cuenta enseguida de que algo pasaba, pues asintió y retrocedió—. Vale.

Ambas chicas se dirigieron con premura a la catedral, con sus chapiteles puntiagudos y sus contrafuertes, seguidas por el corvugón, lo que le produjo cierto alivio a Zevander, a pesar de su aversión hacia la bestia.

Oyó un chisporroteo en la velería y, desenvainando la espada, fue hacia allí a paso ligero. Se pegó a la esquina del edificio y escuchó.

Nada.

El único aviso de que se avecinaba una punta de espada fue un destello metálico, pero se agachó a tiempo de evitar que lo descabezara.

La hoja chocó con la fachada de piedra y resonó, y Zevander alzó su espada para contratacar. La figura con capa anticipó su

movimiento y saltó hacia atrás para esquivar el ataque.

Él se recuperó y le lanzó otra estocada a quien presuponía que era Theron, que consiguió sortearla. Había errado otra vez y tuvo que apartarse corriendo cuando el adversario volvió a atacar.

—Por los siete infiernos, ¿quién te ha enseñado a luchar con la espada? ¿Una mula vieja?

La figura se mofó y lanzó otra estocada, pero no llegó a tocarle el hombro a Zevander.

—Que yo recuerde, fue tu madre. Justo antes de que me la follara hasta dejarla inconsciente —repuso Theron.

Zevander gruñó y dibujó en el aire un arco con su acero, que acabó chocando con la hoja opuesta. Su enemigo le soltó otra estocada, pero él la bloqueó, la desvió y le dio una patada en el pecho que lo tiró de espaldas al suelo del recibidor de la velería.

—Tus pullas son tan débiles como tus contragolpes. —Zevander arremetió con varios tajos seguidos y acorraló a Theron encima del mostrador, de donde acabó cayéndose hacia el otro lado. Él lo rodeó para atacar, pero aquel se subió de un salto, espada en ristre.

—No puedes protegerla. Me la voy a llevar.

—Por encima de mi puto cadáver. Y mientras yo respire, no vas a acercarte a ella. —Zevander dibujó otro arco veloz, pero Theron saltó para evitar que le cercenara las piernas y solo le rozó la pantorrilla.

—Ya lo creo que me voy a acercar a ella. Para ser más precisos, con la polla. —Se rio por lo bajo con malicia y la mera imagen provocó que una untuosa furia negra le recorriese las venas a Zevander—. Voy a coger a esa virgen y la voy a rellenar como si fuera un pavo.

Zevander apretó tanto los dientes que sintió como si un rayo le impactara en el cráneo.

—Como te atrevas a ponerle un dedo encima, te cuelgo por los tobillos y te destripo como a un ciervo. —Espada en ristre, arremetió contra el muslo de Theron, pero su adversario pegó un salto y aterrizó al otro lado del mostrador.

—Siempre has tenido facilidad de palabra, ¿eh? ¿Y qué se supone que quieres tú de ella? Jamás vas a poder quererla en condiciones. Ni siquiera toleras que te toque.

—Cállate si no quieres que te arranque la lengua.

—Es así. ¿O vas a decirme que cuando te acaricia no aprietas los dientes deseando coger la espada? ¿Que no revives el contacto de esas manos extraordinariamente suaves? ¿Que no te entran ganas de salirte de tu pellejo y estrangularla?

Zevander quería evitar a toda costa entrar al trapo, así que, en vez de contestar, atacó con la espada, pero fue en vano, porque chocó con la de Theron.

—Te has convencido de que la deseas porque es tu compañera. Pero, si ella supiera la verdad, le darías asco. Sabría que te repugna su curiosidad inocente. Que te avergüenzas de lo que hiciste.

—Basta.

Theron alzó la espada de nuevo y Zevander, rodeando a toda prisa el carro volcado que había en medio de la tienda, arremetió con la suya.

Zevander consiguió esquivar la estocada mortal, pero la punta le había rozado el abdomen y sintió una insoportable quemazón que le hizo apretar los dientes.

—¿Te acuerdas de Vaelora? Era un encanto. Con lo fácil que habría sido salvarla… Solo tenías que obedecer. Podría haber sido tu amada mortal perfectamente, y acabó en las garras de unas bestias, devorada viva. Por culpa tuya, por tu *orgullo*.

Zevander sintió un rugido de furia palpitando en el pecho y atacó

con brutalidad y presteza. Los aceros chocaban y ellos resollaban, pero ninguno mostraba indicios de debilidad.

Zevander fue arrinconando a Theron hasta la entrada de la tienda y lo empujó contra el escaparate roto. Le propinó tal patada que este salió volando por la ventana, seguido de varios fragmentos medio sueltos que pendían de la parte superior del marco. Cargó contra él, ignorando el intenso ardor del tajo que le recorría el brazo, provocado por un trozo de cristal que le había desgarrado la camisa.

Fuera llovía a cántaros. El agua que caía estaba tan helada que al aterrizar en el adoquinado este emanaba vaho. Pero Zevander apenas notaba la humedad heladora de su camisa y su capa.

—Ya te lo dije: si te resistes, mueres. —Theron se arrastró hacia atrás por el suelo empujándose con los pies mientras rechazaba los golpes de Zevander con la espada en alto y reía entre dientes—. ¿Acaso crees que sobrevivirá a las mascotas de la general Loyce cuando la pille?

Zevander no pudo impedir que sus escorpiones despertaran y empezó a notar el calor de la llama recorriéndole la piel. El más grande saltó de su espalda y aterrizó en el adoquinado, haciendo que Theron abriera los ojos como platos. Siguió retrocediendo a rastras. Finalmente consiguió ponerse en pie.

El escorpión atacó rápido y le incrustó la cola en el pecho a su amigo de antaño.

Este se cayó de espaldas, resollando por la nariz, y la espada que empuñaba chocó con el suelo. El animal retrajo el aguijón metálico y Zevander, exhausto, cayó de rodillas al lado de Theron.

—Loyce… va a ir a por ti. —Este sofocó una risa y empezó a salirle sangre de la boca borboteando—. No te mereces… a la mortal… ni vuestro… vínculo *forzoso*.

Esas palabras hicieron mella en la conciencia de Zevander y le

entraron ganas de rajarle el pescuezo a ese cabrón moribundo, por si acaso. Entonces lo asaltó un pensamiento y el arrepentimiento se apoderó de su conciencia al darse cuenta de que podría haber forzado un vínculo entre Aleysia y Theron para que ella cruzara el Valle Umbrío.

Eso no habría garantizado nada, pero al menos habrían tenido una alternativa.

—Joder —masculló mientras se ponía de pie.

El escorpión subió correteando por su espalda y se aposentó en su carne.

—Vaya desperdicio —dijo dedicándole a Theron una mirada insistente. Después se dirigió tambaleándose al templo en busca de Maevyth y Aleysia.

35

Kazhimyr



—¿Me quieres decir adónde coño os fuisteis después de la Ceremonia del Devenir? —Torryn le echó vino en la copa a Kazhimyr, y Morwenna, que justo pasaba por detrás de él, le dio un manotazo en la cabeza, haciendo que se le derramara el líquido.

—Ojo con cómo hablas en mi casa, ¿eh?

Torryn se enderezó y frunció el entrecejo.

—Mis disculpas, tía Morwenna.

Kazhimyr se rio por la nariz mientras la curvilínea anciana, que ya había despejado la mesa tras la cena, tomaba asiento en un extremo de la mesa y plantaba las botas encima. Si bien no era conocida por ser recatada ni refinada, él siempre había apreciado, incluso admirado, esas maneras tan toscas, un atributo que le había dado fama de ser una vieja cascarrabias que hervía huesos de hombre.

O eso decían las malas lenguas.

Se rumoreaba que su marido, Grendel, había muerto en extrañas circunstancias, lo cual podría haber colado si Kazhimyr no hubiera estado al tanto del carácter violento de este. Una vez había visto a Zevander plantarse delante de aquel hombre mucho más grande que él cuando este intentaba pegar a la mujer. El anciano había acabado con cuatro dedos rotos y el ego herido.

Torryn carraspeó y, cuando Kazhimyr fijó la atención en él, levantó las cejas con expectación.

—Te disponías a decirme dónde estuvisteis.

—En una celda con el capitán Zivant dándonos de palos y desangrándonos mientras tú disfrutabas de un sueño reparador.

Torryn volvió a poner las cejas en su sitio y le miró el pómulo a Kazhimyr: tenía un moretón color ciruela que ya empezaba a curarse.

—¿Eso te lo ha hecho Zivant?

—Sí. Estaba buscando a Dolion y a Zevander. Supongo que está muy ocupado, teniendo en cuenta que el hijo del rey ha desaparecido.

—¿Que ha desaparecido, dices? —Morwenna se incorporó y se encendió una pipa—. Uf, mal presagio. Lo mejor va a ser que tomemos un poquito de garra de gátalo para mantener a raya a los espíritus. —La anciana, extremadamente supersticiosa, era conocida por sus incursiones ocasionales en la magia negra y por servirse de hechizos y maleficios, más o menos como los nilivires, que se habían visto obligados a ello tras quedarse sin su magia de sangre. Al igual que los mánticos, ella tampoco repudiaba las prácticas arcaicas. Ni a los nilivires—. Ahora vuelvo. —Salió del comedor arrastrando los pies y estuvo a punto de chocar con Rykaia y Allura; cuando Kazhimyr vio a la segunda, casi se quedó sin aliento.

—Os habéis perdido la cena —dijo Torryn, sin quitarle ojo a

Rykaia.

—No tenía hambre —dijo ella acomodándose dos sillas más allá de Kazhimyr y, para regocijo de este, Allura se sentó a su lado.

—Yo tampoco —añadió la belleza elvyniria—. ¿Habéis ido a ver a Dolion?

—Hace un rato. Al parecer ha tenido otra visión. —Kazhimyr suspiró y le dio un sorbo a su vino—. Tiene pinta de que vamos a ir todos a Mortasia.

Allura le clavó la mirada, con la frente arrugada por la preocupación.

—¿A la tierra de los mortales?

—Sí. Mi hermano se las ha apañado para meterse en líos otra vez. Y a Maevyth. —Rykaia se sirvió vino hasta el borde—. Como volváis los dos sin ella, yo misma me encargaré de destriparos. —Se acercó la copa y sorbió.

A pesar de que estaba sonriendo, Ravezio negó con la cabeza.

—¿Tienes que ser así de violenta?

—Es que los hombres sois propensos a olvidar los detalles importantes. Por ejemplo, dónde dejáis la espada tirada. Cómo limpiar el cuenco en condiciones después de comer. —Hizo un gesto con la copa de vino, que sujetaba con laxitud, por lo que a Kazhimyr le sorprendió que no derramara ni una gota—. Dónde están los puntos sensibles de una mujer cuando intimáis con ella.

—Vaya golpe bajo. Sé dónde están todos. Incluso los que tú no alcanzas sola, *shaszha.*—Ravezio le guiñó un ojo y se relamió los labios.

Torryn, que estaba a su lado, le pegó un buen puñetazo en el hombro, y el otro hizo un mohín y se frotó donde le había dado.

—Estaba de broma.

—Bueno, ¿quién quiere un poco de garra de gátalo? —La tía

Morwenna entró con una bandeja y con una de dichas garras asomando por la boca y dejó una taza enfrente de cada uno.

—No me apetece té, gracias. —Torryn apartó la suya frunciendo los labios.

—No, cariño, no es té. Si te pasas bebiendo de esto, acabas jodido en la nieve con el culo al aire.

—Bueno, venga. —Torryn levantó la taza y la inclinó—. A por la garra de gátalo.

—Oye, espera… ¿Por qué tú puedes decir groserías y nosotros no?

Morwenna le dio un manotazo en la cabeza a Ravezio.

—Porque yo soy mayor y me lo he ganado. Bebe ya.

Kazhimyr se disponía a hacer lo propio cuando percibió por el rabillo del ojo una silueta oscura pasando a toda velocidad. Al darse la vuelta, la sombra se fundió con la pared compartida con la habitación contigua. Un deimosi: un miedo convertido en sombra tras la muerte de alguien.

La tía Morwenna se volvió despacio; tenía una sonrisa socarrona dibujada en la cara.

—Se ve que el tío Grendel está activo esta noche.

—¿Cómo murió? —preguntó Ravezio.

—Fue un accidente. Una lástima… —dijo la mujer, y bebió de la taza.

—¿Seguro, querida tita? —preguntó Rykaia con un deje travieso mientras miraba fijamente a su tía—. Porque tengo entendido que fue cosa de un umbravor.

La tía Morwenna entrecerró los ojos.

—Se me ha olvidado añadir una cosa. Una pizca de corteza floral. Combina muy bien con la garra de gátalo. Disculpadme un momentito. —Se levantó de la mesa y se dirigió a la cocina en

silencio a paso lento.

Rykaia esbozó una sonrisa cómplice.

—¿Un umbravor? ¿Eso qué es? —Ravezio olisqueó el té y bebió, tras lo cual se le agrió la cara de lo mal que le supo.

—Antaño, si alguien quería hacerte daño, podías recurrir a un adivino para invocar al espíritu de la muerte de tu futuro agresor —explicó Rykaia—. Su umbravor. Así que mi tía Morwenna a lo mejor ha recurrido al espíritu de la muerte de mi tío Grendel. O no.

El deimosi, como queriendo recalcar lo dicho, se deslizó por el aire, entrando y saliendo de las paredes.

—Eso no tiene ningún sentido. ¿Por qué iba a querer matarlo el espíritu de su muerte?

Rykaia se encogió de hombros y se terminó el vino.

—Para vengarse por su estupidez. No puede cambiar su destino y, según tengo entendido, todos sentimos cierto pesar cuando morimos. Sobre todo, los espíritus intranquilos que se quedan atrás.

—Bueno, entonces recurres al espíritu futuro este y luego…, ¿qué? —Ravezio dio otro sorbo, a pesar de la aversión manifiesta que le había provocado el anterior.

—Te devora. Tengo entendido que es la forma más traumática y dolorosa de morir. —Rykaia alzó la vista al techo—. Pero mi tío Grendel la trataba fatal, así que, en lo que a mí respecta, se lo tenía merecido. —El deimosi se metió en la pared contigua y no se molestó en aparecer de nuevo.

—Si os digo la verdad… —Todos se volvieron hacia Morwenna, que estaba en el umbral con una jarra de corteza floral en la mano —. A veces me siento sola en esta casa. Grendel era un vejestorio malparido y no lo traería de vuelta ni por todo el dinero de Etiria, pero sí que echo de menos oír voces por aquí. Es agradable tener compañía.

Kazhimyr estaba sentado en el alféizar de la ventana de su habitación observando a Allura, que se hallaba en la otra punta del patio contemplando las estrellas desde su balcón. A él, personalmente, le importaba un bledo el cielo estrellado; no tenía ni punto de comparación con la belleza de ella. Por desgracia, los académicos pertenecían a una clase social mucho más alta, venerada por los altasangres. Demasiado lejos de su esfera, pero al menos disfrutaba de las vistas.

Cuando ella lo vio y le sonrió, Kazhimyr desvió la mirada al instante.

Y así se percató de que había una silueta merodeando en la ventana de Dolion, debajo de la de ella. Se inclinó hacia delante y enfocó la vista. Vio por el rabillo del ojo que Allura se había movido, pero no se atrevía a perder de vista la silueta.

Se oyeron cristales rotos. Kazhimyr agarró su acero y salió disparado de su habitación por el pasillo curvo en dirección al otro extremo.

Al llegar a la puerta y oír pisadas y estruendo, giró el picaporte. Estaba cerrado con llave.

—¡Dolion!

—¿Qué despropósito es este? —Se acercaba Morwenna, con su camisón descolorido estampado con lunas y un gorro de dormir incapaz de retener los mechones enredados, que llevaba embutidos de cualquier manera—. ¡Así no se puede dormir!

Entre los gritos y el ruido de cristales rotos, Kazhimyr se estaba poniendo de los nervios. Sacudió el picaporte otra vez y llamó a la puerta.

—A lo mejor te toca tirarla abajo, cariño. —Morwenna negó con la cabeza—. Estos cierres antiguos son como una mujer curtida. No se conforman con un simple meneo.

Se oyó un grito espeluznante. Kazhimyr se puso frenético y arremetió con el hombro contra la superficie de madera.

—¡Dolion, abre la puta puerta! —Repitió el gesto, esa vez más fuerte, pero la puerta no cedía.

—Por los siete infiernos, ¿qué pasa? —preguntó Torryn acercándose por detrás de ambos.

—Tú. —Morwenna lo señaló y asintió impetuosamente con la cabeza—. A ejercitar los músculos. Si hace falta, la rompes.

El letalisz más grande alzó la pierna y estampó su bota contra la puerta. Una vez. Dos. A la tercera patada, la abrió de par en par y, en cuanto entraron los dos, Kazhimyr examinó la habitación con premura.

Dolion estaba pegado a la pared, mirando fijamente a la izquierda, donde había una figura con capa arrastrándose hacia él. Detrás del desconocido merodeaba otra figura compuesta de ramas y raíces nudosas entrelazadas. Ambos seres estaban rodeados por sendos esqueletos podridos cubiertos de musgo. Cada vez que se movía crujía la madera, y luego se oía el roce de los miembros al arrastrarlos, seguido por un golpe sordo.

Crujido, roce, golpe sordo. Crujido, roce, golpe sordo.

Con las brillantes cuencas de los ojos clavadas en el desconocido, soltó un rugido profundo, como si lo hubiera partido un rayo. La bestia barrió el aire con sus pezuñas y le hizo trizas la capa de un solo golpe, lanzándolo hacia atrás. El desconocido capturado estaba envuelto en volutas de humo, como si intentara ocultarse, pero enseguida se disiparon.

—¡No puedes matarlo, tu magia no le afecta! —advirtió Dolion—. La víctima no puede matar a su propia maldición.

—¡No es mi maldición, joder!

A Kazhimyr le sonó esa voz y avanzó con la vista fija en el

hombre que había hablado. La figura con capa se dio la vuelta y él se puso en tensión.

—¿Dravien?

Su antiguo compañero de viaje no hizo por mirarlo; estaba apuntando a la bestia con la espada.

—¡Fuera, vete al infierno!

Dolion se rio por lo bajo.

—Nunca mejor dicho. Seguramente ha… ha salido de las profundidades de Nethyria.

—¿Qué pasa? —preguntó Torryn, que estaba junto a Kazhimyr.

—Eso viene a ser un umbravor. Precioso, ¿verdad? —Morwenna esbozó una sonrisa mientras observaba a la criatura—. No os preocupéis, a nosotros no va a hacernos nada. Solo a él.

Con la daga, Dravien le cercenó al umbravor una de las ramas que le salían de sus huesudos hombros y de la nuca y se echó hacia atrás como pudo mientras el ser profería otro rugido y correteaba a cuatro patas hacia él.

—Como ya he dicho, cuando una criatura de estas entra en acción, es imposible matarla. Hagas lo que hagas, los umbravor son imparables.

Dravien se encaramó a la cama con el ser pisándole los talones, tirando por el camino la mesita de noche y el candil.

—¿Deberíamos hacer algo? —preguntó Kazhimyr observando a la bestia mientras esta destrozaba la habitación persiguiendo a Dravien.

—¿Yo? ¿Por qué? —Morwenna se cruzó de brazos—. El muy cabrón se ha colado en mi casa. Tiene suerte de que no me lo haya encontrado yo antes. —Un objeto pasó volando y, cuando se hizo a un lado, aterrizó un candelabro entre ambos.

—¡Que alguien lo pare! —gritó Dravien cuando el umbravor lo

agarró de una pierna y lo atrajo hacia él—. *J'mil redrisz!*

—¿Estás seguro? —preguntó Dolion.

—¡Estoy seguro, sí! —Dravien clavó las uñas en el suelo para intentar escapar, pero fue en vano.

—¡Soy el ocupante de la habitación que has invadido y te destierro de ella! —gritó Dolion acercándose a la bestia; luego dibujó algo en el aire con el dedo y, delante de él, apareció un extraño glifo que despedía destellos de color azul claro.

El umbravor se dio la vuelta y miró a Dolion con sus ojos plateados encendidos. Rugió una vez en dirección a Dravien, subió por la pared correteando y se fundió con el techo.

Este se sentó temblando y resollando, sin soltar el cuchillo.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —Kazhimyr se acercó a toda prisa volteando su cuchillo, por si tenía que soltar un pinchazo rápido.

El elvynirio bajó el arma y se levantó.

—Me di cuenta de que no habíamos concretado el punto de encuentro. —Se transformó en humo negro y desapareció, y Kazhimyr dio varias vueltas buscándolo. Dravien reapareció: tenía la hoja de la espada debajo de la barbilla de Dolion—. He venido a por él. No tiene por qué haber heridos.

A su espalda, el umbravor los observaba desde fuera de la ventana, como si fuera una sombra.

—Solo tengo que darle permiso para que entre en mi casa y entonces te despedazará y te devorará enterito hasta que no quede de ti más que un charco de sangre —advirtió Morwenna—. El truquito ese de desaparecer no te servirá de nada. Créeme, tengo cierta experiencia en el tema.

—Si necesita invitación, ¿cómo ha conseguido entrar? —preguntó Torryn.

Morwenna cruzó los brazos y resopló.

—No necesitan permiso para entrar. Solo les hace falta si los han desterrado, como ha hecho Dolion muy amablemente con ese mamonazo traicionero.

—Suéltalo si no quieres acabar con mi espada en la frente. —Ravezio se sacó dos espadas de la funda del pecho.

Dolion miró el filo que tenía en la barbilla y levantó la mano.

—No puede matarme. En su cultura está prohibido matar o hacer daño a quien te salva la vida. *J'mil redrisz* es «Te entrego mi vida» en elvynirio.

—Viejo, yo que tú no me fiaría tanto del folclore —dijo Dravien entre dientes sin quitar ojo a los letalisz salvo para echar un vistazo rápido a la ventana, donde seguía apostado el umbravor.

—Pues adelante. Si tanto insistes en matarme, rájame la garganta con la espada.

Dravien lo miró con desdén.

—Mira cómo suplica que lo sacrifiquen. —Entonces el desdén dio paso a un entrecejo fruncido y, gruñendo de frustración, soltó al brujo—. ¡Joder! —Empezó a pasarse la mano por la cabeza y a revolverse el pelo.

—A no ser que tenga el elvynirio oxidado, me debes un favor.

—¿Que te debo un favor? —Dravien se rio amargamente mientras se paseaba meneando la cabeza y mirando hacia la ventana—. Esa es buena.

—Vas a acompañar a mis amigos a la tierra de los mortales.

—Dolion… —Kazhimyr miró un momento a Dravien con la frente arrugada y se acercó al brujo—. ¿Te has vuelto loco? ¿Te vas a fiar de él después de que haya intentado matarte?

—Es inofensivo, y está obligado a satisfacer mis deseos. Si no lo hace, la desgracia caerá sobre él. ¿No era así la cosa? —dijo Dolion.

Dravien se dio la vuelta con los labios apretados—. Vas a escoltar a mis amigos y los vas a ayudar a buscar a una persona que se nos ha perdido allí.

—¿Quién es el burro que se ha ido de visita a la tierra de los mortales? —masculló Dravien.

—Se hace llamar Zevander Rydainn.

Aquel se quedó pálido.

—¿Cómo has dicho?

—¿Lo conoces? —Dolion frunció el ceño.

—Sí que lo conozco. —Se quedó mirando al vacío con la cara velada por la preocupación—. Intenté que lo mataran una vez.

—Pues esta vez nada de matarlo. Lo vas a traer de vuelta a casa sano y salvo con su compañera. Cuando lo hayas hecho, quedará saldada tu deuda.

Dravien le dedicó una mirada feroz al anciano brujo.

—Mucho me estás pidiendo, ¿no, viejo?

—Querías matarme. Yo diría que es un toma y daca.

—Esto es lo que querías desde el principio, ¿verdad? —gruño Kazhimyr con la mano en la empuñadura de su daga, conteniendo las ganas que tenía de apuñalar al muy cabrón—. Hiciste migas con Ravezio y conmigo para dar con Dolion. Sabía que había gato encerrado.

—Fíate siempre de tu instinto. —Esa pulla no hizo más que acrecentar los impulsos homicidas de Kazhimyr.

—Lo que me dice mi instinto es que esta idea es una mierda. Ravezio y yo podemos encontrar a Zevander sin ayuda.

—Te prometo que es totalmente seguro viajar con él. —Dolion, con las manos a la espalda, se volvió hacia Dravien—. A ver, recuérdame qué es lo que ocurre cuando rompes un juramento.

De primeras, el elvynirio no contestó.

—Perdona, no te he oído —dijo el brujo.

El otro desvió la mirada.

—Me sobrevendrá una tragedia.

—Sí. Así que sería una pena si me traicionaras.

—¿Quién te ha contratado? —preguntó Torryn por detrás.

Dravien se encogió de hombros, y esa parsimonia enervó a Kazhimyr.

—No me acuerdo.

—¿Y si abro la ventana para refrescarte la memoria? —Como no contestó, fue a zancadas hacia allí.

—¡Loyce! La general Loyce.

Dolion profirió un quejido mientras se rascaba su desaliñada barba.

—Por desgracia, tiene su lógica. Y con más razón tenemos que encontrar a Zevander y Maevyth. Si lo que quiere es el septomir, estoy seguro de que la general irá luego a por ella.

—Así que es verdad. —Dravien fijó la atención de nuevo en Dolion—. Tienes en tu poder seis de las siete piedras.

—Ahora mismo eso carece de importancia para ti. Tienes una nueva misión. Qué bien, ¿no?

El odio que reflejaba su cara le dibujó una sonrisa de satisfacción a Kazhimyr en el semblante.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con la maldición? —Dravien señaló la ventana, donde seguía el umbravor asomado, observándolo.

—¿Alguien sabe quién podría haberlo invocado? —preguntó Morwenna.

Dravien suspiró.

—Sí.

—¿Tu madre? —lo vaciló Ravezio.

—No, andrajoso. La mujer con la que compartí lecho anoche.

—Aaah. Así que fue mal la cosa, ¿no? —Morwenna ladeó la cabeza con expresión compasiva—. No pasa nada, cariño, no a todos se nos dan bien esas cosas.

Dravien puso cara de desesperación.

—Le robé un relicario de vivicanto.

Dolion estiró el brazo y chasqueó los dedos.

El otro se metió la mano en el bolsillo y se dispuso a entregárselo a regañadientes. El monstruo rugió ferozmente, haciéndolo estremecer, por lo que se apresuró a dejar el colgante en la palma de Dolion.

El brujo anciano cruzó la habitación rumbo a la ventana, la abrió y lo dejó en la palma huesuda de la criatura.

—*Un'det complisz.*

La bestia gruñó, cerró las pezuñas y se fue correteando.

Dolion se dio la vuelta.

—Asunto arreglado.

—¿Eso era lo que quería? Qué cabrones. Se lo podría haber dado yo mismo para solucionarlo sin tener que entregaros mi alma.

—No exactamente. Te habría comido, seguro. Sin embargo, yo soy adivino, lo cual quiere decir que tengo la facultad de anular invocaciones.

Dravien se pasó la mano por la cara.

—Entonces ¿cuándo partís a la tierra de los mortales?

A Kazhimyr le seguía corroyendo los huesos tener que viajar con él.

—Al alba. No te demores.

36

Zevander



Pasado

El sonido quedo de las cadenas resonaba en la húmeda celda donde Zevander, maltrecho, colgaba sin fuerzas cual marioneta rota. Tenía los brazos dormidos y respirar era un suplicio, pues cuando inspiraba, por poco que fuera, el dolor se propagaba por sus magulladas costillas. Tenía las muñecas en carne viva de los grilletes, pero ignoraba el punzante dolor de la piel reseca que se le desprendía cuando perdía el equilibrio, ya que tenía los músculos débiles por la falta de comida y agua.

Era su castigo por haber matado a una de las queridas mascotas de la general Loyce.

No sabía exactamente cuántos días llevaba sufriendo su cólera, pues la luz del sol no tocaba nunca la gélida pared de piedra de la celda. No había más que sombras y un frío de los que calan los huesos. Ella le había grabado su odio en la carne usando acero de Venetox al rojo vivo, para asegurarse de que le quedaran cicatrices,

y luego lo había dejado ahí colgado desangrándose.

En silencio y sufriendo. Entre la oscuridad y el dolor.

Y esos gritos.

Después de sacarlo a rastras del foso y reanimarlo, Loyce lo había obligado a escuchar los gritos lejanos de Vaelora. Un sonido desgarrador que se había prolongado horas.

Aún los oía en su cabeza. Gritaba por su hermano.

Zevander suspiró trémulamente al sentir el pánico invadiéndolo de nuevo.

Con los ojos hinchados por haber recibido tantos golpes en la cara, miró al agobiante vacío negro y, desde ese rincón de su fría y húmeda celda, distinguió una figura con el pelo rubio y largo acercándose a él a cuatro patas, moviéndose de forma anormalmente abrupta e inquietante. Sus ojos, otrora verde pálido, se habían tornado negros y Zevander no se atrevía a mirarlos.

—Me… dejaste… a su merced. —El tono grave y ronco de la voz de Vaelora tenía un deje malévolo que no encajaba con su timbre melódico habitual—. ¡Me dejaste a su merced!

Él agitaba la cabeza, ansioso por desterrar de sus oídos esas palabras acusatorias, con una sensación fría ramificándose por su pecho.

«No es real».

—¡Mírame! —gritó ella más fuerte, un ruido ensordecedor que le perforó el alma.

Zevander empezó a darse cabezazos contra las piedras y el dolor le sacudía las sienes como relámpagos.

«Sal de mi cabeza. ¡Sal de mi cabeza!».

Los gritos se apagaron, pero él no se atrevió a abrir los ojos y ver de nuevo el vacío. Esa soledad vacua era peor que todas las torturas que había sufrido.

Los primeros días recibió los potentes golpes y los tajos de espada con una actitud desafiante inquebrantable, pero, con el paso del tiempo, atormentado por las fases del sufrimiento de Vaelora, se fue quedando vacío. No era más que una sombra de sí mismo. Ya no le quedaban fuerzas para mantener a raya las tinieblas.

Lo envolvían como una tempestad negra y estaba listo para dejarse llevar por ella.

Se encontraba tan cerca del frágil umbral de la muerte que lo único que tenía que hacer era susurrarle.

«*Ángel*». Del silencio surgió una voz mucho más suave.

Abrió los ojos y, al verla, una calidez inusual en aquel sitio brotó en su pecho y se tragó su dolor.

«Es ella».

Se empapó de su cabello largo y moreno, que le caía en cascada por los hombros cual sombra líquida. De su piel blanca y luminosa, acariciada por la luna. De sus ojos de un gris invernal, que le recordaban a su tierra. Ella, envuelta en una luz etérea, le sonrió, una especie de disculpa de los dioses. Un regalo que él aferró con fuerza mentalmente.

—¿Por qué sufres? —Oír esa voz tan tierna y dulce fue demasiado… Casi lo destrozó.

Abrió la boca para contestar, pero tenía la garganta seca e irritada por la sed. ¿Cómo era posible que estuviera allí, en ese infierno?

—¿Eres… de verdad? —preguntó Zevander con voz ronca, forzándola. Con los ojos hinchados como los tenía, miró alrededor, pero lo único que vio fueron las mismas paredes de piedra húmedas…, ninguna señal de que hubiera caído en la caligorya.

Ella sonrió y alargó el brazo para acariciarle la mejilla con su delicada mano.

—Estoy aquí.

Casi se vino abajo por el calor que le hizo sentir y, de no haber tenido grilletes, se habría aferrado a ella para que este le calara hasta los huesos.

—Esperaba… volver… a verte. —Él resollaba y el aire traqueteaba en sus pulmones como monedas en una taza de hojalata—. Una última vez…

Los ojos de ella rezumaban pena mientras le sostenía la cara, destrozada y llena de cicatrices.

—No te rindas, ángel. Resiste un poco más.

—No me quedan… fuerzas. —La vergüenza de esa confesión lo carcomía.

—No es verdad. Más allá de tu sufrimiento habita una llama que no se puede extinguir. Una fortaleza inquebrantable. El dolor es pasajero, pero lo que arde dentro de ti es eterno.

Zevander agachó la cabeza y, con la mandíbula apretada, contuvo las lágrimas.

—El dolor… lo invade todo.

—Pues acéptalo. No dejes que te consuma. Doblégate si debes hacerlo. Y luego lucha. Hasta el último aliento.

Él notó un beso espectral en la frente y volvió a centrarse en ella, que desapareció como una estrella fugaz.

La calidez se tornó frío y la oscuridad se tragó la luz.

Ni siquiera sabía cómo se llamaba la chica. Solo la conocía como «expósita».

Había sido un mero sueño.

Zevander percibió una presencia por el rabillo del ojo y desvió la mirada: un golvyn correteaba por la celda ocultándose en las sombras.

—¿Me harías… el favor… de traerme agua? —Su voz sonó más

ronca y áspera. La falta del agua que le habían negado era peor que el hambre voraz que tenía—. Por favor, golvyn.

La criatura, con sus diminutas manos entrelazadas, se situó bajo un rayo de luz titilante proyectado por una antorcha lejana que había fuera de la celda.

—Cuando la gente nos ve, normalmente quiere matarnos.

—Yo me crie… con un golvyn. No os guardo… ningún rencor.

Había un cubo de agua al otro lado de las barras de la celda y el ser se dirigió hacia allí a cuatro patas y cogió el cucharón que colgaba del borde. Los golvyns suplían su tamaño con su fuerza, así que se las apañó para meterlo en el recipiente. El agua se salía por el borde mientras lo levantaba por encima de la cabeza y entraba por las barras de la celda. Se subió a Zevander, que notó sus diminutas garras correteando sobre él, y se acomodó entre la sangradura del codo y el hombro mientras inclinaba el cucharón sobre su boca.

Él sorbió el fluido caliente con ansia, sin importarle siquiera que apestara a huevos podridos. El líquido se le colaba por las grietas de los labios, pero no dejó ni una gota.

Cuando terminó, el golvyn se apeó de su cuerpo.

—Gracias.

La medio rata asintió.

—Si tuviera comida, la compartiría, pero cuesta encontrarla.

—Lo entiendo —dijo Zevander sin fuerzas. Ya había empezado a sufrir alucinaciones por la escasez de vivicanto. Había tenido visiones de Vaelora. Su padre lo había reprendido hacía dos noches por haberlo dejado morir. No lo aguantaba más.

Se le cayó la cabeza hacia delante y notó los mechones húmedos y apelmazados haciéndole cosquillas en la cara mutilada. ¿Cuánto más tiempo iba a resistir? ¿Cuánto más aguantaría su cuerpo?

¿Días? ¿Horas? ¿Minutos? ¿Cuándo acabaría quebrándose?

El chirrido de la puerta de la celda apenas provocó reacción alguna en él. Todas las visitas eran inevitablemente dolorosas. Esperar cualquier otra cosa era una locura atroz que ni siquiera osaba plantearse.

Zevander no levantó la cabeza, no se molestó en brindarle el respeto que le exigía. La visita se dirigió a él arrastrando las botas negras por el suelo de cemento, seguida por otra persona, y ambas se detuvieron justo donde él se encontraba tambaleándose.

—Pide clemencia y te la concederé. —Su voz, engañosamente amable, penetró en su piel reptando cual serpiente venenosa.

En su pechó resonó una risa floja y el dolor de mandíbula resurgió.

—Prefiero malgastar mi energía… exigiéndote lo mismo… antes que darte el gusto.

—Anhelas morir. ¿Es eso?

—Anhelo un lugar donde no tenga que oír tu puta voz.

—Nadie se libra de mí. Ni siquiera muerto. Bueno, cuéntame, ¿quién ha urdido este plan? Sé que no has sido tú, por eso sigues vivo.

—¿Tanto me subestimas? —dijo Zevander con desdén.

—Podría haberte atado los brazos, haberte arrojado al foso de nuevo y observar cómo te desfiguran mis preciadas criaturas. Pero eso habría sido demasiado rápido. Y fácil. —Alargó el brazo y, al abrir la mano, él vio una barrita de oro curva con ambos extremos rematados con sendas bolitas doradas—. Hace años viajé a los confines de Eremicia y allí descubrí una aldea donde sometían a pruebas a los chicos adolescentes hasta matarlos. Cuando sobrevivían a una, lo celebraban poniéndoles un pendiente en la polla. El procedimiento era doloroso, pero el resultado era un

recordatorio de su triunfo, de su madurez. Cuantos más pendientes y victorias, más respeto se granjeaban. Me pareció fascinante.

—No me cabe duda.

—El día de hoy marcará tu primer éxito en la supervivencia. Y tendrás un pendiente nuevo cada diez años. —Le entregó la barrita a la persona que estaba detrás de ella, que se acercó a Zevander, lo rodeó y lo sujetó por las costillas lesionadas.

Él gruñó mientras el hombre lo obligaba a ponerse recto y apoyar sus pies mutilados.

—¿Por qué no me extraña que te hayas sacado de la manga semejante gilipollez?

—Yo lo llamo «inspiración». Cada pendiente viene con un hechizo: una promesa que se irá contigo al más allá. A partir de esta noche, jamás obtendrás placer sin dolor, ni amor sin sufrimiento. No has dejado de desafiarme, pero este es el momento en el que yo te lo arrebataré todo.

El hombre que tenía detrás le bajó el andrajoso taparrabos que llevaba desde la bacanal y lo dejó completamente expuesto.

Y él se preparó una vez más para el suplicio.

37

Zevander



Caligorya

—Te he invitado de nuevo —dijo Alastor nada más abrir los ojos Zevander, que estaba de pie en mitad de la aldea donde había presenciado cómo arrollaban a una chica la última vez—. Tengo que mostrarte las consecuencias de tus actos.

Zevander notó una sensación de frío en el estómago mientras seguía a su mentor, con la capa a la zaga, hasta una catedral enorme con puertas rojas. Una vez dentro, este lo condujo por un laberinto de pasillos hasta unas tenebrosas escaleras de bajada.

Cuando llegaron al final, oyó los gritos de la chica.

Zevander se puso tenso y el corazón comenzó a palpitarle desbocado en el pecho mientras se aproximaban a una puerta con un ventanillo de hierro.

Alastor lo abrió y lo instó con la mano a que se asomara. Cuando Zevander se acercó a la puerta, vio una celda pequeña muy parecida a donde él había estado encerrado. En una esquina había un brasero

encendido que iluminaba todas las caras, incluido el bello perfil de la chica. Estaba sentada en un taburete, sujetándose el vestido a la altura del pecho, con su cabello moreno recién cortado a trasquilones y heridas recientes en la piel.

—Sacton Crain. —Una mujer vestida de rojo señaló a un hombre alto y delgado con la cara chupada—. Este es lord Eldric Holloway. En Mortasia es conocido por su destreza como cazador de brujas. Si la chica tiene la marca del diablo, él dará con ella.

—Excelente. —Aquel hombre corpulento que recordaba de su primera visita a la caligorya, cuando se había percatado en el templo de su animosidad hacia la chica, la miró sin un ápice de empatía—. Estoy deseando zanjar este asunto. El hermano de Lilleven afirma que oyó a la chica diciéndole a su hermana que ojalá muriese arrollada. Por si fuera poco, alguien avistó tres cuervos sobrevolando la zona mientras ocurría. Para mí, no hay prueba más evidente que esa, pero algunos aldeanos han insistido. Así pues, confío plenamente en usted, lord Holloway.

—Gracias, Su Excelencia. —Esa voz que sonaba a metal contra piedra de amolar le dio dentera a Zevander—. Me gustaría empezar ya.

—Por supuesto.

A su lado había una mesa con una variedad de utensilios puntiagudos a la vista de la que cogió una especie de aguja larga y fina con mango de hierro negro con unos insólitos símbolos grabados. El hombre se movía de forma extraña, con una parsimonia intencionada que puso a Zevander de los nervios.

El tal Sacton Crain se situó delante de la chica y alargó el brazo hacia ella; del puño, le colgaba una cadena con la misma cruz extraña que ella llevaba en la garganta, cuyo travesaño parecían unas alas de huesos de una criatura feroz. Él susurró una oración

con apremio, poniéndole la cruz en la cara cuando ella la apartaba.

El hombre de rostro chupado se acercó a la chica por detrás, que se revolvió y gimió quedamente. Iba dándole vueltas al utensilio con la mano y se lo clavó en la espalda.

El grito de la joven rebotó en las paredes, tensando a Zevander, que sintió una descarga de adrenalina mientras la observaba prorrumpir en sollozos. Había oído gritos de todo tipo a lo largo de su vida: desde los lamentos de su madre cuando se lo llevaron a él a rastras a la cárcel, pasando por los alaridos de sufrimiento de hombres adultos que trabajaban en las minas, hasta los últimos estertores de hombres que perdían la vida de súbito.

Pero ese grito no tenía nada que ver. Le horadó el pecho como si fuera un cuchillo dentado, una puñalada profunda y cruel. El hombre retiró el utensilio y se lo hincó en otro sitio, haciéndola gritar más mientras las gotas de sangre que le resbalaban por la espalda iban a parar al suelo.

Él le dio tres pinchazos más, rápidos y seguidos, y ella se retorció, sollozando con el vestido en la cara.

—Por favor —dijo entre lágrimas.

Zevander, inmóvil, sintió cristales de hielo recorriéndole las venas mientras los gritos de ella se fundían con el recuerdo de los suyos.

—Basta —dijo apoyando las manos en la puerta, con los músculos tensos y agarrotados, e irradiando rabia pura por los ojos.

—Cuando se arrebata una vida en la caligorya, hay que restablecer el equilibrio. Esto es obra tuya. Y lo está pagando ella.

Tras otro brusco pinchazo con el utensilio, la joven profirió un gritó aún más agudo.

Zevander cerró fuerte los ojos e inhaló por la nariz para controlar su respiración.

La chica volvió a gritar.

Y una vez más.

Cada alarido indicaba una nueva herida en la carne de la joven y reabría las cicatrices que marcaban la del propio Zevander, con el consecuente resurgimiento de un dolor insoportable. Sentía cada súplica de la chica como un eco de las suyas.

—Ya he tenido suficiente. Si lo que querías era darme una lección, lo has conseguido.

—No van a parar hasta que se desangre. Van a demostrar que es una bruja.

Otro alarido desgarrador le invadió y, al abrir los ojos, vio que dos hombres habían extendido los brazos de la joven, por lo que se le había caído el vestido y tenía los pechos al aire. Mientras, el cazador de brujas se afanaba en recorrerle a estocadas el brazo.

Un pinchazo.

Otro.

Uno más.

Zevander, sin poder dejar de temblar, se vio inmerso en una espiral de recuerdos de cuando lo maltrataban a él, de lo desvalido que se sentía, lo débil. Apretó los dientes, bullendo de furia por dentro. Podía salvarla. En ese mundo, él poseía un poder incomparable.

«Páralo».

—¡Basta! —Zevander dio un puñetazo en la puerta y todos dirigieron los ojos hacia él.

—¿Ángel? —dijo la chica entre lágrimas—. Ángel, ¿eres tú?

—No contestes. Si lo haces, será peor —le advirtió Alastor.

Y eso era lo que quería Zevander. Que fuera peor, pero no para ella. Sentía su dolor como propio. Ansiaba desatar la furia y el caos, arrancarles la piel a todos los hombres de esa sala que le habían puesto la mano encima.

El pulso le retumbaba en los oídos, la ira y la violencia le abrasaban las manos.

—Si arrebatas otra vida, te castigarán los dioses.

—Pues que me castiguen —gruñó—. Yo los quemaré a todos. ¡Les prenderé fuego a todos!

—¿Y qué pasa con tu madre? ¿Y con tu hermana? ¿Vas a dejar que las castiguen por tu insensatez?

Zevander lanzó un suspiró trémulo y apoyó la frente en la puerta.

—¿Cómo es posible albergar tanta rabia? Voy a explotar.

—Úsala. Canalízala hacia tu poder. Intensifícala. Vuélvela feroz. Y te prometo que en el futuro podrás vengarte. Podrás dar rienda suelta a tu ira. Y todo el que te haya hecho daño sufrirá por ello.

—Siga. —Sacton Crain le indicó al cazador de brujas con la mano que reanudara la tortura—. La marca de bruja tiene que estar por ahí. Quiero que la encuentre. ¡Esta chica habla con demonios y afirma que son ángeles!

Zevander se concentró especialmente en el rostro del hombre. Se grabó en la memoria todos los detalles, todas las líneas y arrugas. Si los dioses así lo querían y sus visiones se hacían realidad, encontraría a Sacton Crain.

Y ese hombre pagaría por haberla hecho sufrir.

—¿Retomamos el entrenamiento?

La voz de Alastor no fue más que un murmullo de fondo en el baile de fantasías violentas de su cabeza. Zevander apretó los dientes y apoyó la mano en la puerta. Su palma empezó a calentarse, amenazando con su despiadada llama, pero al sentir un apretón en el hombro se desconcentró.

—Si ven una puerta ardiendo por sí sola, estarás condenándola. Acuérdate de que esto aún no ha ocurrido aún. Serán los dioses

quienes determinen cuál será el sufrimiento de la joven.

38

Maevyth



Presente

Aleysia y yo íbamos por el galileo techado de enredaderas, temblando por culpa de la lluvia glacial que nos empapaba el vestido, cuando vimos a tiro de piedra las amenazantes puertas rojas del templo. Sentí tal inquietud que se me formó un nudo en el estómago. Nunca me había gustado ir allí; siempre había asociado esas puertas rojas con la hostilidad.

Con la exclusión. Con el rechazo. Con el dolor.

Sin embargo, no podía pensar en eso, pues buscábamos desesperadamente un sitio donde alojarnos.

Empujé fuerte para abrirlas, pero fue en vano, así que, con el ceño fruncido, lo intenté con más fuerza.

Aleysia, refunfuñando, rebuscó en su pelo, se quitó una horquilla y se arrodilló a la altura de la cerradura. Yo me quedé pasmada y la observé mientras la metía y la giraba, toda concentrada.

Cambió de postura y, frunciendo el entrecejo, la meneó bruscamente.

—¡Esto no cede!

—¿Qué se supone que estás haciendo? —pregunté.

—Ya casi… —Se oyó un clic y sonrió—. Listo.

Yo me quedé mirando con la boca abierta y expresión ceñuda.

—¿Dónde has aprendido a hacer eso?

—Me enseñó el tío Riftyn.

—Mejor no pregunto por qué.

—Mejor que no —respondió ella empujando las puertas para acceder al enorme vientre del templo y su nave, que se extendía hasta el altar, dominado por la fantasmal silueta del dios rojo cual aterrador espectro en la oscuridad—. Qué perturbador, ¿no?

—Definitivamente, no encaja con mi concepto de calma, eso seguro.

—Bueno, venga, pasa. Yo no pienso ser la primera en entrar.

—Cómo no. —Me armé de paciencia y pasé por delante de ella. Al observar aquel espacio oscuro y vacío donde cabía el pueblo entero, me estremecí, lo que intensificó el frío que me calaba los huesos—. Primero vamos a peinar el sitio y luego encendemos un fuego.

—No se ve apenas. Así no vamos a encontrar nada.

Yo sabía que en un armario del altar había unas lámparas de aceite que Sacton Crain solía usar en sus servicios.

—Quédate aquí —susurré, y recorrí de puntillas el pasillo flanqueado por bancos de madera oscura: escondrijos perfectos si querías atacar a alguien.

Tenía todos y cada uno de los músculos agarrotados y respiraba agitadamente mientras atravesaba la oscuridad, rezando en silencio por que esas puertas cerradas con llave hubieran impedido la

entrada de cualquier cosa, ratones incluidos. Hasta ese momento, no me había dado cuenta de la aterradora apariencia del dios rojo, que observaba desde lo alto con un resplandor carmesí en la mirada, y aparté la vista en cuanto se me pasó por la cabeza que me estaba vigilando.

Dejé los bancos atrás y rodeé el altar de piedra corriendo, arrastrando los pies, en busca de los armarios. La única iluminación procedía de la luna, así que busqué a tientas las lámparas rojas y cogí dos por las finas y alargadas cadenas, y también el aceite; Sacton Crain siempre afirmaba que estaba hecho de las mismas bayas sagradas gracias a las cuales el dios rojo había logrado sobrevivir durante la antigua plaga.

En ese momento, todas esas anécdotas, ya casi olvidadas, no tenían ningún sentido. No eran más que palabras etéreas del pasado.

Rellené los recipientes, encendí la mecha con un chisquero abandonado en el altar y volví con Aleysia con ambas lámparas, parando un segundo de camino para contemplar una pintada que habían hecho en la pared: «La Aniquilación se abate sobre nosotros».

Aleysia y yo revisamos todos los bancos, el altar, la sacristía. No había indicios de las criaturas por ninguna parte. Subimos la escalera de caracol que llevaba a la planta de los dormitorios. Las primeras estancias, lejos de ser sencillas, estaban todas engalanadas con mobiliario y tapices de primera, pero una destacaba especialmente por su decoración recargada y grotesca, digna de cualquier rey.

Había una chimenea en un lateral de la habitación, con una olla de hierro fundido que me recordó a un caldero. Seguramente fuera para calentar agua para la bañera negra de hierro que había enfrente, la más grande que recordaba haber visto en mi vida. No

cabía duda de que había encontrado los aposentos de Sacton Crain.

Y a mí no me habría molestado ni la mitad si no recordara que él había protestado mucho por el escaso diezmo que pagaban los aldeanos.

—Menos mal que se preocupaba por los necesitados… —refunfuñé poniéndome de rodillas para mirar debajo de la cama con dosel. Nada.

Busqué en el armario, en la cómoda, en el pequeño baño cerrado, que era una especie de letrina de interior lujosa. Ni rastro de persona alguna ni de arañas.

Me fijé en una puerta que había al otro lado del armario. Al girar despacio su pomo dorado, vi un armarito estrecho donde había unos grilletes colgados en el techo y dos látigos trenzados en la pared. El horror me invadió al imaginarme su propósito y cerré la puerta rápidamente, apretando los ojos para desterrar esas imágenes de mis pensamientos.

Percibí una presencia en la estancia y se me erizaron los vellos de la nuca. Al volverme con la lámpara en alto, vi a Zevander en el umbral empapado de pies a cabeza. Estaba apoyado en el marco, con el pelo mojado tapándole los ojos y la cara.

—Zevander.

En cuanto dije su nombre, entró a tropezones y se agarró a una silla cercana.

Atravesé la habitación corriendo y lo ayudé a sentarse. Dejé la lámpara en el suelo y le quité la capa empapada, y entonces me percaté de que estaba sangrando por unas heridas que tenía en el brazo y el abdomen.

—¿Qué ha pasado?

Él no contestó; su silencio me llevó a alzar la vista y, al apartarle los mechones mojados del rostro, ahogué un grito. La ramificación

de venas negras de su cicatriz se le había extendido hacia el ojo y la sien y se le fundía con el nacimiento del pelo.

Él ladeo la cara para que las sombras me impidieran verla.

—Ya he mirado en todos los cuartos de arriba abajo y no hay indicios de arañas desmesuradas —intervino Aleysia, cuya voz azuzó la inquietud que me revolvía las tripas.

—Genial. Escoge una habitación —me limité a contestar.

—¿Va todo bien?

—Sí. Todo bien.

—Vale. Voy a la cocina a buscar comida. Estoy muerta de hambre.

—Bien. —Se quitó de en medio y volví a concentrarme en Zevander, que seguía tapándose la cara—. Estás sangrando. ¿Qué ha pasado?

Él, como si saliera del trance, suspiró y se recostó en la silla.

—Theron.

—¿Nos está siguiendo?

—*Estaba.* Ya no podemos hablar de él en presente. Lo cual es un poco frustrante.

Fue un alivio oírlo hablar con su tono habitual.

—¿Por?

—Porque nos ofrecía una alternativa para lo de Aleysia.

—¿Te refieres a un vínculo sanguíneo para cruzar?

—Sí.

No me molesté en contestar. Seguía muy confusa en lo que a Aleysia se refería, pero me inquietaban más las lesiones de Zevander y la preocupante propagación de esas venas negras.

—¿Me dejas ver la herida?

Él suspiró, asintió y se cogió el dobladillo de la camisa, que le ayudé a quitarse por la cabeza. El corte del abdomen parecía más

bien superficial, pero el del brazo me inquietó algo más.

—Esto hay que limpiarlo y coserlo.

—¿Sabes suturar heridas?

—Heridas no, pero tengo experiencia haciendo dobladillos de vestidos para que duren más de un año. Sé manejar la aguja y el hilo. Solo tengo que imaginarme que es una tela más gruesa. —Con cuidado de no acercarme demasiado a los bordes, junté la herida, que supuró más. Cuando aparté los dedos y se disipó, me percaté de lo profunda que era—. Una tela que sangra mucho. —Dije la última palabra titubeando y me tragué el regusto ácido que me subía por la garganta.

—Espera, que te ayudo. —Zevander alargó el brazo hacia la chimenea con la palma abierta; al principio se le crispó la cara, como si le doliera, y la extremidad le temblaba. La bajó, exhaló despacio y volvió a extenderla. Le salió de la palma un hilillo de fuego negro que fue a parar a los troncos del hogar, que al prender originaron unas llamas crepitantes—. Coge el atizador y caliéntalo.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Me estás pidiendo que te queme la herida?

—Sí.

Miré el tajo de nuevo y me aclaré la garganta para mantener a raya las náuseas que coqueteaban con mis amígdalas.

—No sé si voy a ser capaz. Solo de pensarlo…

—Pues lo hago yo. Solo necesito que me calientes el atizador.

Solté un suspiro trémulo, me levanté y cogí el utensilio del soporte que había junto a la chimenea. Lo situé sobre las llamas y, cuanto más violeta se tornaba la punta, más mala me ponía yo. Mientras se calentaba, busqué un paño en un cajón del armario para retirar el atizador sin abrasarme la mano.

Al oír un sonoro chisporroteo, miré la chimenea: Zevander estaba

ahí con el hierro pegado al abdomen. Mientras el metal le quemaba la carne, soltó un gruñido con la mandíbula tensa, al que siguió un jadeo que, por raro que pareciera, sonó a placer más que a dolor.

—Madre mía, ¿cómo se te ocurre intentarlo tú solo? —Me acerqué a él con cautela, con intención de pararle los pies, pero al mismo tiempo sin querer aproximarme demasiado.

Se retiró el metal del vientre y se lo puso en el hombro, y su piel siseó de nuevo. Mirándome a los ojos, sonrió con suficiencia mientras cauterizaba el tajo y luego dejó el atizador en la chimenea.

—Limpias y selladas —dijo.

Examiné las heridas cauterizadas, dos rayas refulgentes de carne inflamada.

—¿Los mánticos se curan así de rápido?

—Normalmente me habría curado incluso antes, pero la falta de vivicanto lo ralentiza todo. Me debilita.

Lo cogí del brazo para ver la herida del hombro y alcé las cejas al notar que tenía la piel inquietantemente fría.

—Estás helado.

—He estado caminando bajo la lluvia en pleno invierno.

—Es verdad. —Aunque yo lo había visto en más de una ocasión en el bosque sin camisa y no tenía la piel tan fría—. Te voy a preparar la bañera. Estás hasta arriba de sangre.

—Tengo que montar guardia.

Yo refunfuñé y recorrí la habitación rumbo a la ventana. Al asomarme, vi a Raivox posado en un balcón cercano, debajo de un saliente de piedra, resguardado de la lluvia.

—Creo que por ahora estamos cubiertos.

Zevander avanzó a paso largo hacia donde estaba yo, como si necesitara verlo con sus propios ojos, y suspiró.

—Supongo que no me vendrá mal un baño. Ha pasado bastante

desde el último.

Yo me demoré un momento en la ventana, preguntándome por qué había decidido quedarse Raivox. Por un lado, me encantaba la sensación de seguridad que me daba tenerlo cerca, pero, por otro, yo sabía que era una criatura instintiva. Protectora.

¿Era Aleysia lo que provocaba su actitud vigilante? ¿O era Zevander?

¿O algo que nada tenía que ver?

El frío que se colaba por la ventana me urgió a volver junto a la chimenea; subí la palanca que había junto a ella en la pared de piedra y, entre borboteos y chirridos, empezó a salir agua de un caño que fue a parar al caldero siseando. Mientras bombeaba agua fresca para llenarlo, de su interior surgían volutas de vapor.

Cogí la enorme manta de la cama, la llevé a rastras hasta la chimenea y la coloqué en el suelo.

—Siéntate delante del fuego para entrar en calor mientras se caldea el agua.

—Estoy bien. No soy tan frágil como parece. —El comentario me sacó una sonrisa.

—No, para nada. Pero, aunque sea por variar, ¿me dejas sentirme útil?

Él levantó una ceja y esbozó una sonrisa tremendamente atractiva. Sin más discusión, se bajó a la manta, se sentó con las rodillas flexionadas y apoyó los codos encima.

—¿Contenta?

—Mucho. Voy a encender la chimenea en la habitación de Aleysia. Y… la mía.

Él asintió despacio, con los labios apretados y cara de decepción.

Cogí un candelero de piedra de la pared, me puse de rodillas delante del fuego y prendí el poquito de fajina que tenía en el

extremo, y salí de la habitación portándolo como si fuera una antorcha. El corazón se me desbocó en el pecho mientras el anhelo por volver junto a él, tumbarme a su lado y consolarlo tiraba de mí para que deshiciera mis pasos, pero seguí avanzando.

Aleysia no había vuelto todavía de la cocina, pero a lo lejos se la oía maldiciendo mientras rebuscaba en los cajones y entre las sartenes y la cubertería.

Encendí la chimenea de la habitación de enfrente y luego fui a la que estaba al lado de la de Zevander. Antes siquiera de abrir la puerta noté una brisa fresca en los pies y, cuando entré, hacía tanto frío que casi me quedé sin aliento. Las ventanas estaban reventadas, haciendo que las cortinas revolotearan al viento y la lluvia repiqueteara en el suelo de piedra.

—Ni en broma —me dije a mí misma.

Cerré la puerta y seguí avanzando por el pasillo hasta la siguiente habitación; al abrirla vi quera una estancia más pequeña y sobria. A lo mejor era parte de los dormitorios de los subordinados del clero, pues no tenía más que un catre y una chimenea mucho más pequeña.

—Para una noche me vale.

Me dirigí a ella, pero paré a medio camino al oír un ululato detrás de mí. Me volví despacio y vi dos ojos brillantes observándome desde el techo. Ahogué un grito y alcé la antorcha: había un búho posado en las vigas de madera. Desconocía cómo había accedido, porque tanto las ventanas como la puerta estaban cerradas. No lo sopesé mucho: solté un suspiro trémulo, salí al pasillo de puntillas y cerré la puerta.

Iba a tener que compartir habitación con Aleysia. Por lo menos cabríamos bien las dos en su cama.

Intenté convencerme de que mi decisión no tenía nada que ver

con que cuanto más me alejaba, más frío y oscuro me parecía el pasillo.

Me apresuré a regresar al cuarto de Aleysia y me la encontré delante de la chimenea calentándose las manos.

Se dio la vuelta y me miró con el ceño fruncido.

—No queda ni una migaja. Parece que lo han saqueado *todo.* Visto lo visto, yo voy a meterme en la cama. Es el único modo de no pensar en los rugidos de mis tripas.

—¿Te importa compartir la habitación conmigo?

Ella frunció aún más el ceño.

—Pero ¿vosotros no estáis…?

—No. Bueno, sí, pero… no.

—Madre mía, Maeve. No seas ridícula. Duerme en su cama y ya está.

—¿Te estás negando a compartir la habitación conmigo?

—¿Y si es así qué pasa?

Eché los hombros hacia atrás.

—Pues me parecería de una mala educación tremenda.

Ella se rio por la nariz.

—Mira, si tanto insistes, duerme conmigo. Tengo demasiada hambre como para ponerme a discutir.

—Gracias. —Al entrar me di cuenta de que la cama era ligeramente más pequeña de lo que yo había pensado en un principio, pero bastaba. Ya habíamos dormido antes en una mucho más estrecha, aunque Aleysia era propensa a moverse mucho.

Al igual que la habitación de Sacton Crain, esa, que debía de ser de la Toca Roja superiora, tenía una chimenea de piedra con unos grabados preciosos y una bañera. Pero en el armarito solo había hábitos y camisolas.

No tenía muy claro si quitarme el vestido, por si sucedía algo en

plena noche, pero seguía empapado. Al lado del armario había un perchero de hierro; lo acerqué a la chimenea y me deshice de las prendas que llevaba pegadas al cuerpo. Agradecí la caricia cálida de la lumbre mientras colgaba la ropa mojada.

Sentí un hormigueo en la mano y me acordé del extraño guante de escamas, cuyas afiladas uñas metálicas reflejaron las llamas.

—Es asquerosísimo —dijo Aleysia mientras yo examinaba los detalles a la luz del fuego.

—Ojalá supiera qué utilidad tiene. O al menos si es malo.

—No tengo ni idea.

Suspiré, bajando la mano, y terminé de desvestirme. La lluvia me había calado hasta el puñetero cammyck y, mientras me lo despegaba, noté la misma inquietud que había sentido al recordar que no tenía entrepierna. Me puse enseguida una camisola, aunque la prenda me bailaba, al ser más amplia.

Al pasar por delante de Aleysia para meterme en la cama, la vi mordiéndose las uñas.

—Sabes que eso no llena mucho, ¿no? —Retiré la gruesa colcha de terciopelo y apareció una arañita correteando por el colchón. Me tapé la boca para contener un chillido. Cogí con cuidado un cojín decorativo que tenía al alcance, con el que le arreé un golpe fugaz, pero se escabulló por el borde.

—¿Era de esas?

—No se ha hecho más grande ni ha ido a por nosotras. —Para asegurarme, rodeé la cama, pero no vi rastro de ella, así que tiré de la colcha, por si había más—. Parece que no hay más. Igual era una araña normal y corriente.

—Jamás pensé que me aliviaría que dijeras algo así. —Ella también se quitó el vestido y se puso una de las camisolas del armario, dejando así al descubierto las marcas del torso.

Ambas nos metimos en la cama, bien juntas.

Mientras miraba el techo fijamente, en la habitación solo se oía el crepitar del fuego.

—Aleysia…, ¿no has visto que tú tienes las mismas venas negras?

—¿No las has visto tú en la cara de tu amante?

—No es mi amante.

—¿Lo quieres?

—No lo sé —dije más a la defensiva de lo que pretendía.

—¿No sabes si lo quieres? ¿O no lo sabes porque nunca has estado enamorada?

—Apenas lo conozco.

—Joder, no tienes que saberte su vida entera para saber si te importa. Dime una cosa… Si acabara en las fauces de una araña de esas y lo perdieras, ¿cómo te sentirías?

Recordé aquel día en que Zevander había acabado debajo de un arácnido de esos durante el entrenamiento. Había sentido verdadero pánico solo de pensar que podía hacerle daño.

—Devastada.

—Entonces asunto resuelto: sí lo quieres.

—¿No te parece que hablar de amor es poco práctico, dadas las circunstancias?

—A mí me parece que ahora mismo el amor es más importante que nunca. Es lo que nos mantiene unidos, lo que nos da esperanza, lo que nos recuerda que hay algo eterno, incluso aunque el mundo se desmorone poco a poco. Pero ¿qué sabré yo? Siempre he estado enamorada, aunque fuera poco práctico.

Llevaba unos días preguntándome si, en el fondo, mi hermana seguía siendo la persona que yo conocía. En ese momento tuve claro que sí.

Le cogí la mano debajo de las sábanas y, cuando me miró, le sonreí.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti. Deberías ir a ver cómo está, ¿no? Está demasiado callado.

—¿Y qué esperabas? ¿Que armara jaleo? —Lo dije de broma, pero lo cierto era que el silencio de Zevander me tenía inquieta desde hacía un rato. Era precisamente cuando más callado estaba cuando más se perdía en sus pensamientos.

—Ve a verlo, Maeve.

Yo quería ir. Lo estaba deseando. Pero cuando estaba con él no podía fiarme de mí misma, y mucho menos en esos momentos, con Aleysia despierta y sin haber encontrado vivicanto en casa de Moros. Me atormentaba la idea de que tuviera que volver a Etiria solo.

—Lo que pasa es que quieres la cama para ti sola.

—Sí.

—Cuéntame por qué tienes venas negras en el torso —le dije, haciendo caso omiso de su respuesta—. ¿Cómo te han salido?

—No sé. Supongo que me picó algo en casa de la vieja bruja. —Se dio la vuelta y se tapó bien con las sábanas—. Estoy agotada, no tengo fuerzas para hablar. Y tengo tanta hambre que no me veo capaz de aguantar tus preguntas sin perder la paciencia.

—Vale, lo dejo. Por ahora. —Me di la vuelta hacia la puerta cerrada, rememorando nuestra conversación, aún preocupada por el silencio que reinaba en la habitación de Zevander.

«Ve a verlo».

39

Maevyth



Al rato, mordiéndome el labio, retiré las sábanas y fui de puntillas a la puerta. El pasillo estaba tranquilo y desierto, solo iluminado por la chimenea de la habitación de Aleysia, pero se quedó a oscuras en cuanto cerré. Me dirigí despacio al cuarto de Zevander, sin apenas hacer ruido, y pegué la oreja a la gruesa puerta de madera.

No se oía ni una mosca. A lo mejor estaba durmiendo.

Llamé a la puerta con suavidad. Nada.

Eso ya me preocupó de por sí. Menos cuando estaba en trance, él siempre percibía cualquier sonido, por tenue que fuera.

Abrí la puerta con cautela y, al asomarme, lo vi sentado dentro de la bañera, aferrado a los bordes y temblando. Por lo visto, había conseguido hacerse con unas velas y las había colocado por el suelo, cuyas sombras tenues bailaban sobre su piel.

—Zevander. —Me acerqué otro poco con paso cauteloso, pues no quería asustarlo, y me puse de rodillas a su lado. Le retiré unos mechones de pelo y vi que tenía los ojos negros, como si estuviera

inmerso en una pesadilla invisible.

El miedo me atenazó las costillas; lo cogí del brazo y lo zarandeé con delicadeza.

Él inspiró con fuerza, como si volviera en sí, pero en vez de saludarme miró alrededor con los ojos desorbitados, acelerado. Inquieto.

—¿Qué te pasa? ¿Qué ocurre?

—Me cuesta respirar. Siento opresión en el pecho. —Presa del pánico, se puso a buscar algo, salpicando agua por el borde de la bañera. Se asomó por el lado opuesto a donde estaba yo y comenzó a hurgar en lo que supuse que era el montón de ropa que se había quitado—. ¿Dónde está? ¿Dónde está? —Cada vez sonaba más aterrado y se movía de forma abrupta mientras rebuscaba entre la ropa.

—¿Qué buscas? Yo te ayudo.

—Está aquí. Lo sé. —Por fin se relajó en la bañera, con mi colgante del escorpión y la daga en la mano.

Me levanté de golpe al verlo con el arma.

—¿Qué haces con eso? —Lo miré horrorizada cuando sumergió la daga en el agua y, a los pocos segundos, empezaron a subir a la superficie hilillos de sangre.

Reclinó la cabeza hacia atrás, aferrando el colgante con fuerza.

—Piensa en Maevyth —susurró, al parecer ajeno a mi presencia.

Evoqué aquella noche en la cabaña cuando lo había visto de espaldas a mí susurrando lo mismo. Entonces no me cupo ninguna duda de que estaba dándose placer, pero igual me había equivocado.

—Estoy aquí. —Sumergí la mano y la bajé por su brazo rígido hasta alcanzar el muslo, justo donde se había clavado la hoja—. Zevander, estoy aquí, mírame. —Le envolví la mano, procurando

sortear la daga.

Él abrió los ojos de golpe y se puso tenso. Me apartó el brazo con tanto ímpetu que perdí el equilibrio y me caí de culo a la bañera con las piernas al aire, sumergiéndome en el agua tibia.

Me di la vuelta como pude, con la camisola empapada y pegada al cuerpo. Palpé la empuñadura de la daga en el fondo de la bañera y, al verlo buscándola a tientas como loco, la levanté y la sostuve entre nosotros.

Él clavó los ojos en el arma y se abalanzó sobre mí, pero la tiré lejos. El cuchillo cayó al suelo de piedra repiqueteando y él, al parecer aún en ese trance que le había impedido reconocerme, lo siguió con la mirada y se apoyó en el borde de la bañera.

Yo lo retuve por el brazo.

Como si fuera una serpiente atacando, se volvió de golpe y me agarró de la garganta con un destello de locura en los ojos.

—Venga, hazlo —dije con la voz ronca por la presión creciente que él estaba ejerciendo—. Si eso es lo que quieres, estrangúlame.

Vi en su mirada feroz un atisbo de duda y, tras un breve lapso, fue como si estuviese saliendo de su mente poco a poco. Con el ceño fruncido, me soltó y se apartó de mí impulsándose con los pies. Luego dobló las rodillas y se tapó la cara con las dos manos. Empezó a darse golpes en la sien y de lo más profundo de su garganta salió un sonido airado y gutural, lo cual me dio a entender que estaba volviendo en sí.

—Pero ¿qué estoy haciendo? Por los siete infiernos…

—No sé dónde estabas, pero… no era real. Estabas teniendo visiones.

—No. —Negó con la cabeza para enfatizar su respuesta—. Te *equivocas.* Siempre son reales. Se esconden en los recovecos de mi pensamiento. Las voces…, las manos…, ese… olor. —Lo dijo con cara

de asco y los dientes apretados, soltando las palabras como si fueran ácido—. Se me queda atascado en la garganta. Me asfixia y soy incapaz de respirar.

Quería preguntarle por las voces y las manos, saber de quién eran, pero me daba miedo sacar el tema y que recayera en las tinieblas. Todo él temblaba y yo me moría de ganas de tocarlo y consolarlo.

—Siento haberte puesto la mano encima.

—No hay nada que perdonar. Estabas fuera de ti.

—¿Cómo he podido atacarte? Yo en la vida… —Se estremeció y desvió la mirada meneando la cabeza—. Te he hecho daño. No paro de tener visiones; las tengo tan arraigadas en la mente que no sé ni lo que hago ni quién soy.

Ladeé la cabeza en busca de su mirada.

—Dime que estás aquí. Dímelo. Dime que estás *conmigo*.

Él alzó la vista y vi tal arrepentimiento en sus ojos que se me partió el corazón. Pero ya no los tenía negros, sino que habían recuperado su color, granate y naranja, y al reconocerlos asentí, con las lágrimas a flor de piel.

—Bien.

Volvió a girar la cabeza, como si fuera incapaz de mirarme.

—Zevander, no puedes soportar esta carga tú solo.

—No la quiero sobre ti. Antes prefiero morir aplastado por su peso. Pero ahora me cuesta más que antes quitármela de encima. No puedo evitar tener estos pensamientos. Estoy perdiendo la cordura.

—Quédate conmigo. No te vayas.

—Quiero estar contigo, más que nada en el mundo, pero lo mejor es que te marches. Aunque bien saben los dioses que yo mismo me arrancaré el corazón si alguna vez llego a hacerte daño.

—No puedes hacerme daño. Eso no va a pasar. Y no voy a moverme de aquí. —Me levanté en el agua y lo abracé.

Noté que al principio dudaba si corresponderme o no, pero entonces me apretó fuerte, hasta el punto de que le temblaban los músculos y a mí me costaba respirar.

Me retorcí para que aflojara un poco el agarre y le di un beso en la frente. Otro en la mejilla. Y, al final, en la boca.

A lo mejor me había precipitado, pero no podía quitarme de la cabeza la puta daga. Me había afectado muchísimo.

«No sigas», me decía mi mente mientras yo me derretía con ese beso. No estaba bien que yo priorizara mis necesidades y deseos cuando él trataba de dominar su mente.

Hundió los dedos en mi pelo y me devolvió el beso con la intensidad de un fuego arrasador, apremiante y avasallador. Voraz. Como si el mundo no existiera. Mi sentimiento de culpa previo se desvaneció ante la posesividad de su abrazo. El crudo y amargo regusto de su remordimiento me quemó la lengua: una disculpa apasionada. Estaba arrepentido por un dolor que no había infligido.

Agaché la cabeza para cortar el beso cuando vi el agua teñida de sangre. Él me agarró el brazo, como si hubiera notado el impulso que sentí de examinarle las heridas.

—Estoy bien —dijo sin expresión alguna—. El cuchillo y yo somos viejos amigos.

—¿Las cicatrices que tienes en los muslos son cosa tuya? ¿Te las has hecho tú? ¿Para sentir alivio?

Él me rehuyó la mirada.

—Si no lo hago, no siento nada. Ni *soy* nada.

En parte quería rebatírselo, pero sabía que hablaba de sentimientos muy íntimos. Conocía bien ese dolor sordo que producía sentir que eres despreciable y que no te quieren.

Las cicatrices de su cuerpo eran una marca indeleble de su dolor que le curtían la piel, magullada y desgarrada, como el fuego templa el hierro. Estaba forjado a fuego con su propio sufrimiento.

Percibí el destello de los pendientes y me fijé en su miembro erecto, que casi sobresalía de la superficie del agua. Entonces me acordé de cuando se había quemado las heridas y se le había escapado lo que a mi parecer había sido un gemido de satisfacción.

—El dolor te da placer.

Volvió a estremecerse y se dio la vuelta.

—Vete. Por favor.

—No. No me voy. ¿Qué necesitas que haga?

Me miró de nuevo, con las cejas en alto.

—¿Que qué *necesito* que hagas? —Meneó la cabeza con la boca torcida de asco—. No vas a meterte en esto.

—*Ya* estoy dentro. Desde el momento en que empecé a sentir algo por ti.

—Y no seré yo quien te robe eso.

—¿El qué? ¿Mi honra? ¿Mi inocencia?

—Maevyth, te mereces algo mejor. Te mereces manos amables y palabras sinceras.

—¿Y no crees que *tú* te mereces lo mismo? ¿No crees que eres capaz de tratarme con amabilidad? —No contestó, así que proseguí —: Ya me has demostrado que sí, Zevander.

—Sí, cuando estaba en mis cabales. Entonces tenía la fuerza física y mental para reprimirlo. Con cada hora que pasa estoy más *consumido.* La cabeza… —Se tocó la sien—. Aquello que me refrena… se está esfumando poco a poco. Solo queda dolor. Es lo único que me ancla a la realidad.

—Pues déjame ser tu ancla. Muéstrame qué necesitas.

Él miró para otro lado, cerrando con fuerza los ojos.

—Por favor, vete. Ya me las arreglaré yo solo.

—¿Y cuánto hace que te las *arreglas* tú solo? Puede que no tenga tanta experiencia con hombres para saber cómo darte placer, pero sé lo que es sentir dolor y sufrimiento y querer que te acepten como eres. No me das miedo. —Lo cogí ligeramente de la barbilla para atraer su atención—. Y esto tampoco.

Aunque lo tenía de frente, me rehuyó la mirada. Resuelta a demostrarle que hablaba se serio, metí la mano buena en el agua teñida de sangre y lo agarré.

Él se puso tenso y me aferró la mano con la que yo sujetaba su erección, pero no la apartó.

—Enséñamelo todo. Quiero saberlo todo de ti, incluso lo peor.

—Maevyth —dijo él apretando los dientes—, no puedo hacerte esto.

—No me estás haciendo nada. Venga, dime qué necesitas.

Él, con semblante triste, negó con la cabeza.

—¡Dímelo! —Estaba tan frustrada que apreté más fuerte sin querer, pero al ver cómo abría la boca y relajaba la cabeza supe que le había gustado—. ¿Te gusta que te traten así, con brusquedad?

—Más fuerte. —Escupió las palabras como si fueran veneno.

Yo tragué saliva y apreté más. Él relajó los músculos y cerró los ojos.

—Usa las uñas. —Le clavé los dedos a regañadientes, pero él negó con la cabeza—. No. Las otras.

Cuando caí en la cuenta de a qué se refería, se me heló la sangre.

—Pero te voy a hacer *daño*.

Zevander se pasó la mano por la cara y volvió a negar con la cabeza sin siquiera bajar el brazo.

—No puedo hacerte esto, Lunamiszka. No quiero. Vete, por favor.

Frustrada, le agarré el miembro con la otra mano y él soltó un jadeo de placer grave y ronco.

—¿Esto es lo que quieres?

Le rodeé el pene, erecto hasta el infinito, con mis amenazantes uñas metálicas y, con los ojos empañados en lágrimas, vi que él cerraba los suyos y reclinaba la cabeza. Hundí las despiadadas puntas en su carne, y se me marchitó el corazón al oír de sus labios un gemido angustioso. Me debatía por dentro: por un lado, quería demostrarle que podía confiar en mí; por otro, era un suplicio hacerle daño, infligirle dolor físico.

—Más fuerte —dijo con voz ronca.

Yo le clavé más las uñas, con las mejillas bañadas en lágrimas.

Él jadeó y se estremeció. Tenía los nudillos blancos de la fuerza con la que se aferraba al borde de la bañera. Introdujo la mano en el agua y la puso sobre la mía para intensificar la presión, con la mandíbula tan apretada que se le marcaban las venas del cuello.

Sentí pánico. Aquello me superaba.

«¡Para, le estás haciendo daño!».

—Zevander, por favor… —susurré.

Él apretó los dientes y movió las caderas, profiriendo un sonido gutural abrumador. Salpicaba agua con cada fervorosa sacudida y tenía la cara desencajada de angustia.

—Zevander, mírame.

Seguía con los ojos cerrados y a mí me reconcomía pensar en quién o qué se le estaría pasando por la cabeza en ese momento.

—Abre los ojos —le ordené—. Ábrelos y mírame.

Proseguí con la tortura y él los cerró más fuerte, abandonándose a su agonía silenciosa, y profirió un gruñido ronco. Todo él temblaba y yo sentía las vibraciones en mi cuerpo, un eco de su dolor que me recorría como si fueran susurros de una tumba.

—Mírame.

—No puedo.

—Mírame, por favor. —Él siguió negándose a abrir los ojos, y yo, sin soltarlo, me acerqué a él, lo cogí por la nuca y apoyé la frente en la suya—. Estoy aquí contigo. *Yo*, no quien sea que te hizo daño.

Un espasmo se apoderó de él y se contrajo. Entre ambos, salió disparado un chorro caliente de fluido blanco, con tal ímpetu que atravesó la superficie del agua.

Un sonido primitivo, cargado de placer y sufrimiento, retumbó en su pecho, poniéndome los nervios de punta. Se retorció, estremeciéndose, y con cada uno de sus violentos espasmos emergía otro chorro de líquido mientras yo notaba cómo le vibraban los músculos con la mano que tenía clavada en su hombro.

Cuando al fin lo solté, vi que el agua se había tornado aún más oscura, teñida de sangre fresca. Un sollozo pugnaba por salir de mi pecho, suplicándome que lo dejara ir mientras temblaba ante la visión de mi camisola de algodón blanco absorbiendo la sangre, como si la prueba de lo que le había hecho se aferrara a mí. Se me escapó un suspiro trémulo y sentí el llanto subiéndome por la garganta.

Un alivio total se apoderó de su expresión y, con las cejas fruncidas, enderezó la cabeza y abrió los ojos.

Al ver mi expresión, supuse que una mezcla de horror y desconcierto, bajó la vista y me retiró la mano.

—Lo siento —dijo con frialdad. Mientras se impulsaba para salir de la bañera, me entró un arrebato de rabia.

—No. —Lo cogí del brazo y tiré fuerte, pero él apenas se inmutó —. No vas a darme la espalda después de que yo haya accedido a hacerte daño.

Sus ojos irradiaban vergüenza y se pasó la mano por la cara.

—No tendría que haberte pedido nada. ¿Qué he hecho…? Que los dioses me maldigan.

En mi cabeza se desató el caos mientras intentaba asimilar lo que acaba de pasar entre nosotros. No había sido bonito, ni tierno, ni amable, ni atento. Una maldad inhumana se había colado entre nosotros y había corroído la imagen de nuestra intimidad que yo había osado imaginar. No es que fuera muy nítida, teniendo en cuenta que venía de un sitio donde a las mujeres las trataban como si fueran meras posesiones o animales de compañía.

Sin embargo, a pesar de mi malestar, él había hecho exactamente lo que le había pedido: me había enseñado lo que habitaba dentro de él, lo que fluía por su sangre como si fuera veneno. Lo que tanto lo afligía, hasta el punto de que solo obtenía alivio con el filo de un cuchillo.

Daba igual que yo me sintiera un monstruo, o poco menos que como la persona que lo había torturado tiempo atrás. Me había mostrado la realidad arraigada en lo más profundo de su ser.

¿Quién era yo para juzgarlo?

—No me lo has pedido tú. Me he ofrecido yo.

—Te he manipulado. Me he aprovechado de tu inocencia.

—¡Para, Zevander! —Me sacaba de quicio que insistiera en cargar con toda la culpa, incluso en preservar mi honra—. Soy una mujer hecha y derecha. Decido por mí misma. Tú no me has cogido la mano: la he metido yo. Y no voy a consentir que te martirices como si tuvieras un yunque colgado al cuello. Lo que sí necesito es que me des algo a cambio. —Maldije las lágrimas que me escocían los ojos por culpa de las emociones que bullían dentro de mí.

—Por supuesto. —Se pegó a mí de repente, me empujó contra el borde de la bañera y me plantó los labios en la curva del cuello mientras deslizaba la mano por debajo del dobladillo de la camisola

empapada para colarse en mi entrepierna.

Yo reculé y le agarré el brazo antes de que alcanzara el punto al que se dirigía.

—No me refiero a eso. No necesito eso de ti.

Vi el desconcierto en su mirada cuando se sentó sobre los talones, con su enorme cuerpo magullado cual muro de sufrimiento impenetrable.

—Entonces ¿a qué te refieres? ¿Qué quieres? Dímelo y lo haré.

Me quedó claro que él no asociaba lo que habíamos hecho con el afecto o la intimidad. Para él, no era más que un mero intercambio de servicios, de favores. Dolor a cambio de placer.

Mirándolo a los ojos, me arrodillé y lo obligué a meterse en el agua y recostarse. Cuando estuvo colocado, me puse a horcajadas sobre él, evitando los tajos recientes, lo envolví con los brazos y apoyé la cara en su cuello.

—Esto. Esto es lo que quiero, lo único que te pido a cambio. Quiero que sepas que lo que he hecho no ha sido por malicia ni por odio.

Se quedó paralizado un momento, con los músculos agarrotados y rígidos, casi sin respirar. Entonces me envolvió con sus fuertes brazos y noté que se estremecía. ¿Estaba llorando? No oí nada que me lo confirmara.

Me brotaron lágrimas de los ojos al darme cuenta de que seguramente estaba habituado desde pequeño a llorar en silencio, solo. Incluso peor: de que apenas había tenido la oportunidad de aceptar el trauma que había sufrido, viéndose obligado a corresponder a su agresor. Solo de pensarlo me entraron ganas de seguir llorando y lo abracé más fuerte.

—Si ansías dolor, yo te lo daré —susurré.

—Maevyth, tus primeras experiencias no deberían ser así, sino

tiernas y agradables.

—¿Y tú qué? —Me separé de él y lo miré a los ojos—. ¿En tu caso fue tierno y agradable?

Levantó las cejas de una manera que me provocó una rabia intensa en las costillas. Quería volver corriendo al pasado y estrangular al miserable que le había robado aquello.

Mientras la furia me abrasaba el pecho, le apreté la mandíbula entre lágrimas.

—No me has forzado, ni has hecho nada sin preguntarme, pero no es propio de mí hacer daño a la gente que me importa. Así que yo también necesito consuelo. Necesito saber que no me ves como tu maltratadora.

—Joder, lo siento. Te juro que no te lo volveré a pedir.

—Si no te duele, ¿sientes el mismo alivio?

Una expresión seria se apoderó de su rostro.

—No.

—Pero aquella noche en casa de Elowen…, cuando estuvimos…, parecías bastante satisfecho.

Se volvió ligeramente y en su semblante resurgió la misma vergüenza de antes.

—Invoqué la llama con las manos. Llegué hasta el final porque invoqué la llama y el metal…

—Te quemaste… con los pendientes. Entonces ¿va a ser siempre así?

—Aunque estuviera dispuesto a intentarlo…, mientras tenga los pendientes, nunca sabré de verdad lo que es sentir placer sin dolor. Siempre lo buscaré.

—¿No te los puedes quitar?

—No. Tienen una maldición.

—Pero sientes alivio. Y, a pesar del dolor, te resulta placentero.

—Sí, pero no te voy a pedir que…

—No me has pedido nada en ningún momento. Nunca. De hecho, me lo has ocultado muy bien, pero ya puedes dejar de esconderte. Me ofrezco a repetirlo con una condición. —Le levanté la barbilla con un dedo para que me mirase a los ojos—. Me tienes que prometer que lo que he hecho no te ha hundido. Que sientes algo más aparte del éxtasis del dolor, sabiendo que soy yo, y no quien te hizo daño. Que vas a dejar que te enseñe qué son el amor y el cariño para compensar tus pensamientos oscuros.

Al principio se concentró en el agua, con la mirada vacía y sin parpadear, respirando lenta y pausadamente. Se le tensó la mandíbula, lo que delataba que más allá de sus ojos se libraba una batalla silenciosa. El escudo empañado que los cubría amenazaba con romperse, pero apretó los dientes, conteniéndose, y me miró a la cara.

—¿Qué te pasa? ¿Qué ocurre? —pregunté con la mano en su mejilla. Él negó con la cabeza y yo hundí los dedos en su pelo y le di un beso en la frente—. Cuéntamelo.

—Llevo mucho tiempo recorriendo este mundo, buscándote… —Frunció el entrecejo—, carcomido por los siglos hasta el tuétano. Cuando te conocí, por fin me di cuenta de que me habían privado de lo que ansiaba. —Colocó ambas manos en mis nalgas y me acercó a él para besarme en la boca—. Nunca seré digno de tu luz, ni de tu corazón puro, pero soy demasiado egoísta para librarte del mal que habita en mí. Por la sangre de los dioses, te seguiría hasta el fin de la existencia, hasta el vacío.

Posé la mano en su mejilla y me amoldé a su pecho desnudo.

—*Sí* que eres digno.

Frunció el ceño y desvió la mirada, tenso.

—Por eso tengo marcas de esclavo, ¿no?

—Son las marcas de un guerrero que no ha dejado que lo quiebre un dolor que habría destruido hombres más endebles. —Deslicé el dedo por la protuberancia irregular que le recorría la garganta, un sendero violeta fruto de un filo—. En mi opinión, estas cicatrices son más valiosas que las monedas y las coronas.

Mientras me sujetaba el cuello, me acarició el labio superior con el pulgar, con la vista fija en mi boca.

—Nunca en la vida me habría imaginado que tú serías mi destino, bruja lunar. Eres una estrella inalcanzable…, pero, ya que este mundo codicioso devora cualquier cosa abandonada, te reclamo para mí. —Me arrimó a él y me dio un beso que me abrasó la boca y lo más hondo del pecho.

Me entró frío cuando me sacó de la bañera para llevarme a la habitación, dejando un reguero de agua en el suelo de piedra. Lo mitigó el fuego de la chimenea cuando me puso de pie sobre el suelo caldeado gracias a la cercanía del hogar. Me levantó la camisola con ambas manos y me la sacó por la cabeza.

Como me quedé totalmente desnuda, me tapé los pechos, pero Zevander, con su enorme cuerpo, me indujo a tenderme sobre la manta que había tirada en el suelo. Al tumbarme sentí la caricia del terciopelo; luego me rodeó con su musculatura, apoyando los brazos a los laterales. Noté algo rozándome el muslo y miré entre nosotros. Era su miembro duro, marcado por las medialunas que le había hecho yo al clavarle las uñas. La angustia que me había provocado lo que le había hecho quedó enseguida aplacada por la preocupación que me subió por la columna al fijarme en su tamaño y se me revolvió el estómago al imaginarme aquello adentrándose en mí.

Me levantó la barbilla con un dedo para que lo mirase a los ojos.

—No te preocupes, Lunamiszka. Creo que ninguno de los dos está preparado para eso.

Tragué saliva, aliviada, y asentí.

Se puso a mi lado y me arrimó a él, con la espalda pegada a su pecho, y me quedé mirando las llamas titilantes junto a él, cuerpo a cuerpo. Me sentía vulnerable y, sin embargo, nunca en la vida había experimentado tanta seguridad y satisfacción. A pesar de notar su pene erecto en la espalda y de mi inquietud, él no tenía intención de hacer nada.

—¿Te da miedo? —me preguntó, como si me hubiera leído la mente.

—Lo que me preocupa es que no me quepa. —Teniendo en cuenta lo grande que era, no quería ni imaginarme cuánto dolería.

Noté la vibración de su risilla maliciosa en la espalda.

—No lo pienses. Además, que sepas que, cuando llegue el momento y estés lista, no voy a hacerte daño.

—¿Sentirás placer con eso?

—Soy incapaz de imaginarme siquiera lo que sentiré contigo. Es una sensación escurridiza que sospecho que me cogerá por sorpresa.

—Pues ya somos dos.

—Sí. —Me dio un beso en el hombro—. Estoy deseándolo. —Unas palabras que sonaron a promesa.

Respirábamos al unísono, como si nuestros pulmones fueran uno, y el calor del fuego absorbía las gotas descarriadas que seguían aferradas a mi piel. La luz titilante danzaba en las caras de ángel talladas en piedra debajo de la repisa de la chimenea y me perdí en mis pensamientos.

—¿Crees en los ángeles?

—Estoy convencido de que eres lo más parecido a un ángel que he conocido.

—Pues siempre me han tachado de ser malvada y estar maldita.

Te habrían llamado blasfemo por compararme con un ángel. Se me hace raro que ya no quede nadie. Ni una persona, según parece.

—No me dan ninguna pena esos cabrones desalmados. Por mí que se pasen la vida deambulando por ahí, ignorados y muertos de hambre. No son más que portadores de la peste.

—Es bastante posible que eso ya les haya pasado, pero sigo obsesionada con las cosas que me decían.

—Si los dioses me hubieran permitido vengarme de ellos, yo mismo los habría silenciado.

—Ojalá te hubiera conocido por entonces. Seguro que no habría sufrido tanto si hubieras sido mi ángel de la guarda. Los guardias se lo habrían pensado dos veces antes de azotarme.

Me abrazó con fuerza, con los músculos en tensión.

—Si los tuviera delante ahora mismo, disfrutaría viéndolos arder hasta que solo quedaran los huesos. —Estiró el brazo, atrajo un poco de fuego con la palma y me lo puso delante—. Nadie se libraría de mi ira.

Deslicé la mano por su brazo de arriba abajo y dejé los dedos suspendidos sobre la llama. Sonreí al sentir el hormigueo de la energía que bullía dentro de mi piel.

Él giró la mano y me acarició el brazo con el fuego, haciéndome sentir una vibración cálida que me penetró los huesos.

Me dejé llevar por esa sensación; cerré los ojos y me aparté un poco de él para que me recorriera la espalda con su palma caliente.

Dibujó una línea con su calor estimulante a lo largo de las curvas y las concavidades de mi cuerpo y, cuando llegó a la carne de mis nalgas, se me escapó un gemido.

—Aparte de mí y de unos pocos brujos, no conozco a nadie que no se desintegre al tocar la llama.

Yo sonreí.

—¿Y ese hormigueo raro que siento?

—Es la energía del fuegoscuro. Provoca una vibración muy intensa. ¿Te gusta?

—Sí.

Cuando me pasó la mano por la cadera, por el vértice de los muslos, le agarré la muñeca para impedir el avance de sus dedos.

—Zevander, no deberíamos.

—Entonces ¿por qué no me apartas la mano?

Me mordí el labio al notar su palma en la entrepierna, irradiando un calor vibrante y penetrante.

—Si me lo pides, no te tocaré esta noche, pero, Maevyth…, me muero de las putas ganas. Estoy agonizando.

Le habría mentido si le hubiera dicho que no ansiaba que me tocara.

—Nos va a oír.

—¿Eso es lo que te preocupa?

—Sí.

—¿Seguro?

Yo asentí, y él sacó la otra mano de debajo de mí y me tapó la boca, arrimándose hasta dejarme casi tumbada sobre el vientre, con la cara medio escondida entre los pliegues de terciopelo. Noté su rodilla detrás, entre mis muslos, abriéndome bien las piernas, y cuando metió la mano entre ellas se me cortó la respiración. Sentí un zumbido cálido muy intenso vibrando en esa zona tan sensible y me retorcí en busca de más contacto.

Él, con calma y control, recorrió la línea húmeda de mi sexo con el dedo y avivó la excitación que sentía.

Aferré la manta con fuerza y solté un gemido prolongado y monocorde que él contuvo con la palma mientras yo me retorcía. Unas olas placenteras y cálidas inaguantables me recorrieron de

arriba abajo, haciendo que se me contrajeran todos los músculos. Me metió el dedo y apoyó la frente en mi espalda.

—Por los siete infiernos, Lunamiszka. Esos ruidos que haces me despiertan una necesidad atroz. —Deslizó la lengua por mi columna y me besó en el hombro. Noté el acero caliente de sus pendientes detrás de los muslos, como si su llama interior también hubiera cobrado vida.

Un estremecimiento embriagador me atravesó entera con tal intensidad que me vibraron hasta los huesos. Estaba desesperada, fuera de mí, y moví las caderas mientras él metía y sacaba el dedo, cada vez más mojado. Notaba los muslos resbaladizos; Zevander había suscitado un anhelo exasperante dentro de mí, un anhelo inaguantable. Más que eso. Solté el aire por la nariz, escondiendo más la cabeza en la manta, retorciéndome y gimiendo, más rígida según pasaban los segundos. Tenía los pechos más sensibles que antes y el roce del suave tejido que tenía debajo no hacía sino acrecentar el suplicio. Sentí el calor invadiéndome, creciendo, tensándome, ascendiendo. Ya había experimentado eso mismo con él y sabía lo que me aguardaba.

Se me pusieron los ojos en blanco y noté llenas de saliva la boca y la mejilla, tapadas por su mano.

—¿Sientes esa quemazón difícil de ubicar? ¿Esa presión y ese calor en aumento en los músculos? —dijo con los dientes apretados, como si fuera una sensación irritante—. Eso es lo que siento yo cuando te miro: una necesidad desesperante que me consume. —Me introdujo un segundo dedo, haciendo que se me escapara un gemido, fruto de una vibración y un calor cada vez más intensos—. El fuego anhela estar dentro de ti tanto como yo. —Su voz se adentró en mi oído como si fuera un humo negro perverso y, tras asentarse, sentí una palpitación cálida en lo más hondo del pecho.

Estremeciéndome, dejé escapar un leve jadeo de puro éxtasis y él, con sus avariciosos dedos, fue en busca de más y aumentó el ritmo. Los muslos me temblaban y esas deliciosas sacudidas avivaban mi excitación mientras él metía y sacaba los dedos resbaladizos con soltura. Cada movimiento me acercaba aún más a una cumbre invisible a cuyo borde yo me aferraba. Clavé los dientes en esa mano que capturaba mis gruñidos y gemidos. Tenía el estómago y los dedos de los pies encogidos.

Zevander se ocupaba de arrancarme placer con la misma destreza con la que manejaba la espada.

Con la espalda en tensión, arqueada hacia él, me entregué a dicho placer. A él.

Vi estrellas y, con todos los músculos rígidos, solté un grito de júbilo que él amortiguó con la palma. Me retorcía y me temblaban los muslos mientras él exprimía hasta la última gota de mí.

Me invadió una deliciosa euforia y me relajé, medio embriagada, como si tuviese los huesos de mantequilla, inservibles.

Zevander retiró la mano de mi boca húmeda y me estremecí mientras la deslizaba espalda abajo. Me plantó las palmas en los muslos y me abrió más las piernas, y yo estiré el cuello y vi cómo encajaba los hombros entre ellas, inclinándose hacia delante.

—¿Qué ha…?

Me dio un lametazo húmedo y prolongado y yo dejé escapar un grito con la cara pegada a la manta. Abarcó la carne sensible e hinchada con la boca, empezó a succionar y entonces gimió, como si aquella tarea lo condujera al éxtasis. Empecé a tensarme de nuevo, acuciada por la necesidad, pero él paró y se tumbó a mi lado otra vez.

—No quería desaprovechar ni una gota —dijo rodeándome con los brazos.

Había reavivado el deseo al hacerlo y tuve que apaciguarlo apretando los muslos. Mientras contemplaba el fuego, pensé que, si me hubiesen dado a elegir, me habría quedado así, con él, toda la vida.

Me tenía abrazada por el vientre y me estrechó con fuerza, hundiendo la cara en mi nuca.

—Ha sido una tortura no tenerte a mi lado por las noches.

—Yo también te he echado de menos. Ojalá averigüemos cómo cruzar el Valle Umbrío y pueda volver a dormir tranquila contigo. —Al imaginármelo surgieron otros pensamientos—. Antes has dicho que el conejo te ayudó a tener un poco más de energía. ¿Por qué?

—Por el hierro de su sangre. Funciona como el vivicanto, pero no es tan potente. —Me apartó el pelo de la nuca y me plantó un beso.

—¿Y la sangre humana?

—Sí. También funciona. —Lo dijo con tono travieso y luego deslizó los dientes por la curva de mi garganta.

—¿Y qué pasaría si bebieras de mí?

Siguió una pausa tan prolongada que me arrepentí de haberlo preguntado.

—Eso es un ritual sagrado, reservado para el intercambio de sangre de la vinculación.

—¿En qué consiste?

—En tomar la sangre de tu pareja durante la consumación.

—Pero, si evita los delirios, ¿por qué no probar?

—El vínculo es para toda la vida, Maevyth. Dadas las circunstancias, lo único que haría sería complicarlo todo. Créeme, nada me gustaría más que hacerte mía para siempre, pero no para librarme de la locura.

—Entiendo.

—No le demos más vueltas. Mañana buscaré el mapa para

encontrar la veta.

Yo no me atrevía a pensar siquiera en qué pasaría si no localizábamos ni el mapa ni la veta. Mi mundo se volvería más sombrío, más aterrador. Asentí.

—Oye, Zevander… Gracias por haber confiado en mí.

—Lo que más me sorprende es que sigas aquí después de haber visto lo que has visto.

—¿Me estás llamando sádica?

—Para nada. —Lo dijo con tono más serio, lo cual me indujo a darme la vuelta y mirarlo. Su sombría expresión confirmó mis sospechas.

Le puse una mano en la mejilla.

—¿Qué pasa?

—Antes dependía de una toxina muy potente para evadir mis pensamientos. Era lo único que me ayudaba a salir de mi cabeza. Me da miedo que la alternativa seas tú, que te conviertas en mi propio veneno… —Con el entrecejo fruncido, me recorrió el hombro con el dedo y me dio un beso en él—. Lo único que me mantiene con los pies en la tierra en este momento.

—Fui yo la que te pedí que recurrieras a mí para evitar que te hicieras daño tú solo.

—Lo que me preocupa es que ahora no voy a poder separarme de ti, bruja lunar. Lo ansío todo de ti: tu cuerpo, tu mente, tu respiración. Me consumes por completo. Que los dioses te ayuden, porque ya no hay escapatoria. Te llevo en la sangre. —Me acarició la mejilla con el ceño fruncido—. Arrasaría el mundo sin piedad si con ello pudiera alimentar el implacable anhelo que dejan tus manos a su paso.

40

Zevander



Pasado

Con los músculos debilitados por los temblores y el agotamiento, Zevander, colgado de los grilletes, apenas podía levantar la cabeza y sentía las punzadas de un calambre en el pie por el esfuerzo de intentar mantenerse erguido para reducir la presión sobre las muñecas. El dolor en la entrepierna había quedado eclipsado por dolores más fuertes y la oscuridad acechaba en la periferia de su visión. Su descenso hacia las tinieblas había comenzado. Solo era cuestión de tiempo que sucumbiera a ellas.

Apenas tomó conciencia de que algo le cosquilleaba la piel hasta que un aroma a higos frescos impactó sus sentidos. Al abrir los ojos se encontró frente a la mirada vidriosa del golvyn, que le había puesto uno de los frutos contra la boca.

—Come —le ordenó este.

Zevander entreabrió los labios, secos y agrietados, permitiendo que el pequeño ser le introdujera el higo entre ellos. Notó una

explosión de dulzor en la lengua, pues era lo primero que comía desde hacía días. Mientras se esforzaba por hacer pasar el trozo de higo masticado por su garganta reseca, se preguntó cuándo habría sido la última vez que había tomado un sorbo de agua.

—Me temo… que desperdicias… tu comida… al dármela a mí, amigo mío.

—No estás bien. Pero respiras. —El golvyn descendió por su torso y sus piernas y cruzó la celda a todo correr hasta el agua que estaba fuera. Después de sumergir el cucharón en el cubo, regresó junto a Zevander con él, trepó con cuidado por su maltrecho cuerpo sin apenas derramar una gota y le vertió el contenido en la boca.

Zevander tosió y se atragantó, pero consiguió retener el agua y dejar que penetrara en las profundas grietas de sus labios y su lengua.

—Gracias —dijo con voz ronca.

—He visto pasar por aquí a muchos como tú. Has aguantado más que todos.

—No sé… si eso es una suerte… o una maldición —repuso Zevander con una risita débil.

—A veces te oigo hablar con alguien.

Zevander dirigió la vista hacia las sombras del rincón, donde se le habían aparecido las visiones de su padre y de Vaelora para castigarlo.

—Me atormenta el remordimiento.

—No me refiero a aquellos a los que te niegas a mirar, sino a la otra. A la joven de la que no puedes apartar la mirada.

La expósita. La bella diosa de tierras lejanas. Las únicas ocasiones en que había rezado a los dioses les había rogado desesperadamente volver a su lado en la caligorya. Ella era su secreto, un preciado tesoro que endulzaba su miserable existencia y

que ansiaba proteger y guardar para sí.

Como no quería mentirle al golvyn que lo había ayudado, Zevander giró la cara con expresión cautelosa.

—No me debes explicaciones. No diré una palabra al respecto. Pero si es la muerte la que te llama, quizá debas declinar la invitación, por muy tentadora que sea.

El sonido lejano de unos pasos que se aproximaban alertó a Zevander de un nuevo infierno, pero no podía forzar a su cuerpo a reaccionar. No quedaba una sola parte de él, ni un solo centímetro de piel, que no hubiera sido golpeado, quemado o mutilado. Lo máximo a lo que aspiraba era a seguir respirando una vez que hubieran acabado con él esa vez.

—Saldrás vivo de aquí, amigo. —Con estas palabras de despedida, el golvyn regresó corriendo a las sombras, dejando a Zevander solo frente a sus torturadores.

La puerta de la celda se abrió con un largo chirrido y, cuando Zevander alzó la mirada, relajó los músculos, aliviado al comprobar que era solo Theron quien estaba de pie en el vano. Para gran decepción del prisionero, no llevaba nada de comer en las manos.

—Por los dioses, ¿qué ha hecho esta mujer? —Theron se acercó, mirándolo de arriba abajo.

La rabia le sacudió el cuerpo, el primer signo de vida que sentía en días.

—Puede que ella me haya castigado, pero esto es obra tuya.

—¿Obra *mía*? —Juntando las cejas, Theron reculó—. ¿Por qué?

Zevander, que ya se había imaginado que Theron negaría la acusación, no tuvo ganas de continuar la conversación por ahí.

—Dame el elixir —gruñó ignorando su pregunta—. El que cura.

—No creo que sea buena idea, dado tu estado. Salta a la vista que no has probado bocado y…

—¡Que me des el puto elixir! Es lo mínimo que puedes hacer.

—¿Y si ya no te despiertas después de tomarlo?

—Pues mala suerte. Prefiero cenar con los dioses que seguir pudriéndome en esta celda.

Exhalando con brusquedad, Theron se pasó los dedos por el cabello mientras caminaba de un lado a otro.

—No te retendrá aquí. La he oído presumir de lo fuerte que eres por haber sobrevivido. Te admira.

Zevander dejó escapar una risa amarga.

—Qué gran honor. Solo he tenido que llegar al borde de la muerte para ganarme su admiración. Seguro que presumirás de este triunfo hasta en la otra vida.

Theron se paró en seco, con las facciones contraídas en una expresión ceñuda.

—Crees que te he traicionado. Que la he puesto al tanto de tu conversación con Aradia.

—Si yo hubiera estado al tanto de la tuya, me habría asegurado de que acabaras encadenado junto a mí.

—Te he mantenido consciente y alerta —dijo el cobarde perro faldero cruzándose de brazos, como si mereciera el perdón por ese único favor—. Fui yo quien envió a Aradia a ti.

—Solo podías saber que la buscaba en caso de que nos hubieses espiado a Vaelora y a mí.

—¿Quién crees que concibió este plan? ¿Vaelora, la misma chica que te rogó que la tomaras por la fuerza para salvarle la vida? Le tenía pavor a la general. Me llevó meses convencerla de que le plantara cara.

Zevander no se creyó una palabra, y menos al recordar los ojos de la joven, llenos de desesperación, mientras esta le imploraba que la ayudara, y menos aún cuando el propio Theron se mostraba

encantado de obedecer a su ama.

—En ese caso, ¿por qué no hablaste con Aradia tú mismo? Esa noche contabas con su confianza. ¿Por qué tenías que involucrarme a mí?

—Porque sabía que si Aradia decidía engañarnos, tú eras el único de los tres al que la general no mataría. Te sacó de ese foso porque no soportaba la idea de perder a su esclavo más rebelde. Mis dotes de sanación me han salvado del castigo, pero ella no siente cariño alguno por mí. Ni admiración. —Desvió la vista con los labios fruncidos, pero su patético autodesprecio solo consiguió arrancarle otra carcajada vacía a Zevander.

—Me admira tanto que quiere matarme lentamente.

—Está poniendo a prueba tus límites, viendo hasta dónde puede forzarte antes de que te derrumbes. Tengo entendido que has rechazado su clemencia cada vez que te la ha ofrecido.

—Clemencia… —Zevander escupió la palabra como si fuera un trozo de mierda que tenía en la lengua—. Dame el elixir.

—Tus heridas son demasiado graves. No te serviría de mucho. Y no pienso ayudarte a morir. —Tras dedicarle a Zevander una última mirada compasiva que a este le revolvió las tripas, se encaminó hacia la puerta de la celda.

Zevander dio una sacudida con tal brusquedad que las cadenas se agitaron con gran estrépito.

—¡Theron! —gruñó—. Tengo que regresar…—Se interrumpió, con la mente embotada por el delirio, pero era demasiado tarde. Las palabras habían hablado por sí mismas.

Theron se dio la vuelta con un repugnante brillo de interés en la mirada.

—¿Regresar?

Zevander sacudió la cabeza.

—Olvídalo. No he dicho nada.

—Si me lo cuentas, te daré el elixir.

A Zevander le habría gustado darse el lujo de decirle a aquel cabrón entrometido que se metiera sus condiciones por el culo, pero no podía. No podía dejar que la oportunidad se le escurriera entre los dedos tan fácilmente. Llevaba demasiados días envuelto en la oscuridad y el silencio, desesperado por saber qué había sido de la chica, así que, en vez de ello, agachó la cabeza.

—Me permite sumirme en la caligorya.

—El espacio oscuro. ¿Este elixir te da acceso a él?

—Sí. A veces me refugio allí cuando ella me tortura.

Theron se acercó un paso a él.

—¿Cómo es posible? La caligorya es para quienes buscan el conocimiento ante la muerte. Un don de los dioses. —Por desgracia, Zevander no estaba informado sobre eso.

—No sé cómo, simplemente ocurre.

Theron sacudió la cabeza.

—No. Con o sin elixir, la capacidad para entrar y salir de la caligorya requiere magia. —Alzó la mano para mostrar la banda grabada a fuego en su piel—. Un poder del que carecemos ahora mismo. A menos que…

—¿A menos que qué?

—Que seas un elegido de los dioses. —Soltó un suspiro forzado y sonrió—. Qué afortunado serías. Un receptáculo de las deidades. Todos te venerarían. Hasta el propio rey te…

—Me mataría por ello. No digas una palabra de esto a nadie, o te juro por los dioses que, si sobrevivo, te arrancaré la lengua.

—Te daré el elixir si prometes dejar que me quede a tu lado, para traerte de vuelta si no te despiertas.

—No.

—Es la condición que te pongo. No pienso quedarme de brazos cruzados contemplando cómo mueres.

Zevander estaba demasiado desesperado por volver junto a la chica. Necesita saber qué suerte había corrido. Asintió.

—Está bien.

Tras solo una breve pausa, Theron se llevó la mano al bolsillo para sacar la ampolla que llevaba ahí. Rompió la punta para abrirla y se quedó mirándola.

—Si es cierto que los dioses están de tu parte, acuérdate de este acto de bondad.

Vació la ampolla en el hombro de Zevander.

41

Zevander



Caligorya

Zevander miró a su alrededor y, a través de la niebla que lo rodeaba, entrevió la entrada a un pasillo oscuro, iluminado solo por las llamas titilantes de los candelabros. Unos susurros apagados llegaron hasta sus oídos y se encaminó hacia ellos con paso decidido, pasando por delante de una de las numerosas celdas que flanqueaban el corredor, en la que una mujer de cabello cano mantenía la mirada fija en el techo. Costaba distinguir si estaba viva o muerta, pero las marcas que le cubrían los brazos evidenciaban que había sufrido. En otras celdas había mujeres más jóvenes, algunos niños. Todos mostraban señales de abandono o malos tratos.

Cuanto más avanzaba, mayor era la penumbra, pues los candelabros estaban cada vez más separados. Cuando llegó a la última celda, solo un rayo que se colaba por la trampilla de hierro de la puerta alumbraba a la joven que había dentro acurrucada en un rincón. Sus suaves sollozos le desgarraron las entrañas a Zevander,

que atravesó la puerta como si no estuviera ahí y se arrodilló junto a ella. El andrajoso vestido que llevaba el día que la habían torturado y vejado apenas le tapaba la amoratada y magullada piel. Los largos mechones que le habían cortado de cualquier manera le estaban creciendo de nuevo, lo que indicaba que llevaba un tiempo encerrada.

En la oscuridad, como él.

Unos hilillos de agua recorrían las húmedas paredes de piedra, quizá porque llovía a cántaros fuera del templo. La joven estaba sentada, con la cabeza oculta entre los brazos, apoyados sobre las rodillas dobladas, y temblando, rezando en susurros que se disipaban con el vapor blanco que salía de sus labios. A su lado no había más que un trozo de tela raída, su único abrigo. No tenía una cama ni cojines sobre los que dormir. Solo el frío suelo de piedra.

Zevander maldijo a los dioses en silencio por abandonarla e invocó el fuego en la palma de su mano. Con cuidado de no tocarla, acercó la llama a su brazo y la desplazó lentamente hacia arriba, hasta el hombro.

Al notar un hormigueo en la piel debido al calor, la chica irguió la cabeza y contempló la carne de gallina que le cubría los brazos.

—¿Ángel? —preguntó mirando alrededor con ansia—. ¿Estás ahí? —Él ardía en deseos de responderle—. Por favor. No quiero estar sola en la oscuridad.

—¿Por qué? —La pregunta escapó de sus labios antes de que pudiera morderse la lengua—. ¿Por qué temes a la oscuridad?

—Porque no veo. Hace frío. Es aterrador.

Él le envió otra oleada de calor. La luz violeta danzó sobre los cortes y moretones que le pintaban la piel como un lienzo. Cuando Zevander los vio, le vinieron a la mente los suyos propios y se le crispó el rostro al pensar en el sufrimiento que sin duda le habían

infligido.

—Es mejor no ver —dijo, más para sí que para ella. Conocía la maldad, la ignorancia y la crueldad que había detrás de esas marcas, y eso lo llenó de rabia—. La luz ilumina los horrores de los que nos protege la oscuridad.

—Pero si eres un ángel. ¿No prefieres la luz a la oscuridad? —Desvió la mirada—. Sacton Crain dice que solo los seres más malignos encuentran alivio en las tinieblas.

Pues quizá él fuera maligno entonces. No se molestó en responder, sino que se quedó admirando cómo el rayo de luz que se filtraba desde el corredor brillaba en sus ojos de color gris niebla.

—Quiero verte la cara —musitó ella.

—¿Por qué?

Las lágrimas le temblaban en los ojos.

—Voy a arder en la hoguera por lo que he hecho. Me gustaría mucho ver el rostro de un ángel antes de eso.

La mera idea de que pretendieran quemarla lo enfureció.

—No lo permitiré. —Si *él* era el motivo por el que iban a castigarla, también podría ser *él* quien cambiara ese destino. Les daría una razón para tenerle terror a la idea de ponerle la mano encima. La convicción echó raíces en su mente.

—Tengo miedo, ángel. He oído los gritos de las mujeres a las que han quemado antes que a mí. Casi sentía su dolor.

—Saldrás de esta. Su fuego no podrá nada contra ti. Y cualquiera que intente hacerte daño acabará envuelto en llamas.

—Estoy maldita. No me perdonarán.

—Sí, estás maldita. Pero no por su dios.

La joven alzó la vista hacia él y, a pesar del frío, en sus ojos brilló un destello cálido, ensombrecido por el cardenal que tenía en el pómulo.

—Yo soy tu perdición. Soy las sombras que consumen tu luz, la maldición que ha condenado tu alma. —Un mechón de sus cabellos, que le caía en cascada sobre la delicada curva del hombro, lo incitaba a tocarlo al imaginarse qué tacto tan sedoso y suave tendría entre sus ásperos dedos—. Me han dicho que aún estás por nacer. Que los dioses decidirán tu destino. Pero no permitiré que ardas. Te protegeré del fuego de esa gente.

Ella lanzó una mirada por encima del hombro como si percibiera su presencia a su espalda.

—Pero si eres un ángel, confías en la voluntad de los dioses, ¿no?

Zevander se inclinó hacia la joven casi hasta rozarle la mejilla con los labios.

—Si su voluntad es que mueras, entonces los *desafío*.

Ella giró la cara hacia él y sus labios quedaron peligrosamente cerca.

Como si la misma luna se hubiera inclinado hacia la tierra, Zevander se precipitó sobre ella, traspasando el límite prohibido que le habían advertido que no cruzara. La asió por el hombro y, empujado por una fuerza invisible, presionó sus labios contra los de la joven.

El frío de la piel de la chica se disipó bajo el calor que irradiaba Zevander. Este se sintió ingrávido, como si se elevara flotando hacia la oscuridad de la noche, donde imperaban las estrellas. Oía ecos de susurros a su alrededor, dulces voces femeninas que hablaban al unísono, aunque él no alcanzaba a entender las palabras.

Sintió un deseo voraz, atenuado solo por su devoción, abrasándole las entrañas. Se apartó y notó que un anhelo, como el de las aguas durante las mareas, se removía en su interior.

Los antiguos y frágiles hilos que lo unían al otro mundo se

rompieron.

Unos ojos grises muy abiertos lo contemplaron. La joven se llevó un dedo a los labios. De sus pupilas nació un insólito velo de plata que se le extendió por todo el iris.

Zevander se tambaleó hacia atrás.

«Por todos los dioses, ¿qué he hecho?».

En los siguientes segundos, tan pesados que parecieron contener mil años, tomó conciencia de su error y, aun así, no fue capaz de sentir el remordimiento que sabía que debería haber sentido.

Un tenue resplandor plateado emanaba de la zona del hombro de la chica que él había tocado. Zevander inclinó la cabeza lo justo para ver la marca que le había dejado, un símbolo extraño que le recordaba unos ojos de pájaro hacia abajo. O guadañas.

—¿Una marca de muerte? —musitó para sí.

—La marca de bruja —dijo una voz a su espalda. Se volvió de inmediato y se encontró ante una mujer vestida de rojo que los miraba con fijeza.

Zevander había estado tan absorto en el beso que no la había oído acercarse ni había reparado siquiera en su presencia.

—Por favor —suplicó la chica mientras el fulgor de su hombro se extinguía rápidamente—. Llévame contigo, ángel. Llévame lejos de este lugar.

—¡Debo informar a Sacton Crain de inmediato! —La mujer salió de la celda a paso veloz, con su capa ondeando tras ella.

Llevado por un impulso apremiante, Zevander se levantó de un salto y echó a andar tras ella.

Un baldazo de agua helada le golpeó el pecho como un puñetazo en el corazón y le arrancó un jadeo.

Cuando abrió los ojos, tenía ante sí a Theron, que lo miraba con

el cubo de agua entre las manos.

—¡No! ¡No, déjame volver! ¡Tengo que volver!

Un brillo de vacilación cruzó la mirada de Theron.

—Creía que habías muerto. Habías dejado de respirar.

Zevander se abalanzó hacia delante, y las cadenas se sacudieron con violencia.

—¡Tengo que regresar! ¡Envíame otra vez allí!

Lentamente, Theron negó con la cabeza.

—No volveré a enviarte a ese lugar. Jamás.

42

Zevander



Presente

La luz del fuego bailaba sobre la pálida tez de Maevyth, teñida de un suave tono rosado por el calor. Zevander yacía a su espalda mientras ella dormía profundamente. Un dolor sordo le palpitaba en el pecho, las familiares punzadas de culpa porque jamás podría entregarse a ella, no del todo. Maevyth apenas había atisbado los grotescos horrores que habitaban en su mente. Si se lo hubiera mostrado todo, si ella hubiera visto la magnitud de lo que su pasado le exigía, sin duda habría huido espantada.

Se maldijo a sí mismo por enseñarle lo que se pudría bajo su piel.

Durante siglos había lidiado con ese anhelo retorcido en los momentos tranquilos en que se encontraba a solas. No había confiado ni esperado que ninguna mujer le proporcionara esa clase de dolor.

Solo él podría alcanzar ese grado de tormento.

Había cedido con demasiada facilidad a la terca insistencia de Maevyth, lo cual le había reconcomido la conciencia durante horas. Se odiaba a sí mismo por necesitarla tanto.

La deseaba hasta tal punto que habría sido capaz de abrir las puertas del infierno si ella se lo pidiera.

Estaba perdiendo el contacto con la realidad. Notaba que su cordura se debilitaba cada día que pasaba sin vivicanto. ¿Cuánto faltaba para que se desatara la locura en su interior, dejando su alma desnuda y maltrecha, enseñando los dientes como un perro rabioso?

Zevander había terminado por no temer a casi nada, ni siquiera a las criaturas más brutales del mundo, pero sí temía que llegara el día en que Maevyth lo mirara con sus ojos penetrantes llenos de compasión; ojos resignados a la inutilidad de todo esfuerzo; ojos incapaces de albergar esperanza.

Posó los labios en la curva de su hombro y su pulgar topó con una pequeña protuberancia en la espalda de la joven. Centró su atención en ella, palpando con delicadeza una cicatriz en la que no se había fijado antes. Sus dedos dejaron a su paso un brillo plateado que reveló el mismo sello que había visto en la nuca de Maevyth, aquel al que Dolion se había referido como el glifo de la muerte. No era infrecuente que un sello de sangre apareciera en distintas partes del cuerpo, pero en este había algo distinto.

Una extraña vibración penetró en la punta de sus dedos y le llegó hasta los huesos. No era una sensación reconocible, como un calor abrasador o un frío gélido, sino una energía que se le antojaba antigua y vigilante, como los vestigios dormidos de una magia arcana. Perdurable. Poderosa.

A Zevander se le contrajeron los músculos, pero su mano se negaba a moverse de donde estaba, como si una fuerza muy

superior la retuviera ahí, y notó que sus poderes se retraían y sus escorpiones retrocedían, no por miedo, sino en señal de reverencia. La llama que se avivó en su interior le calentó la sangre y, de pronto, no veía otra cosa que las imágenes que se agolpaban en su mente.

«Una celda húmeda. Carne pálida y mutilada. Ojos suplicantes. Labios azules de frío. Estrellas. Voces».

Zevander retiró la mano con un jadeo brusco. El peso de aquellas visiones le oprimía el pecho. Resultaban demasiado íntimas. Familiares. Le producían la misma sensación de reconocimiento que la primera vez que la había besado en su despacho.

Le temblaba la mano, pero su cabeza lo desafió a tocarla de nuevo.

Cuando posó la palma sobre el sello, más imágenes desfilaron por su mente, con tanta rapidez que no pudo detenerlas.

«Una llama negra. Calor. Una sonrisa. El aroma dulce y cítrico de la fruta estrella».

«Un golpeteo de cascos en el suelo. Gritos. Alaridos de agonía».

Como quien consigue respirar después de haber estado ahogándose, Zevander tomó una gran bocanada de aire y se apartó rápidamente de ella con los músculos temblorosos, sin despegar los ojos del luminoso sello.

«Un utensilio punzante para torturar brujas. Gotas de sangre».

Sacudió la cabeza y se masajeó las sienes, desesperado por desterrar de su cabeza aquellas visiones, las cuales lo afectaban a un nivel tan profundo que estaba convencido de que eran reales.

Un tempestuoso torrente de imágenes acudió a su memoria, recuerdos dolorosos que emergían de las profundidades como cadáveres enterrados durante una crecida.

«Grilletes clavados en sus muñecas. Cortes y magulladuras en su piel. Una cara hermosa. Ojos grises. Tez pálida. Cabello negro. La

mano de él en su hombro. Un brillo plateado».

«*Llévame contigo, ángel. Llévame lejos de este lugar*».

—Maevyth —susurró cuando el rostro de ella apareció en su mente.

Verla lo llenó de una serenidad cálida, un enorme alivio que se propagó por su cuerpo con una frágil sensación de paz. La tensión en sus músculos se redujo y el dolor en sus huesos remitió.

Volvía a estar ahí, encadenado, con el corazón llamándola a gritos.

Ella. La chica. La que había hablado con él en sus momentos más oscuros y dolorosos y a cuya voz se había aferrado como a una plegaria mientras colgaba de aquellas cadenas.

La confusión se apoderó de sus pensamientos mientras observaba la marca en su espalda, la que él le había dejado hacía casi dos siglos. No era el destino el que los había unido; él se había rebelado contra los dioses, había traspasado una barrera sagrada y la había tomado como compañera con un beso.

Se pegó hacia ella respirando trémulamente y tocó con el pulgar los bordes de la cicatriz, recordando de golpe todo lo que por algún motivo había olvidado. ¿Era el estado precario de su mente lo que le había abierto los ojos a la verdad que no había sido capaz de ver durante tanto tiempo?

¿Cuántas veces a lo largo de los meses la había contemplado sin que lo perturbara uno solo de esos recuerdos que, de pronto, clavaban en él los implacables colmillos de la culpa, inundándole la memoria con una claridad tal que era como si los viviera de nuevo? ¿Cómo podía haberla olvidado tan fácilmente?

¿Cómo era posible que el rostro que había llegado a significarlo todo para él, que lo había salvado de las garras de la muerte tantos años atrás, se hubiera disipado como cenizas en el viento?

43

Zevander



Pasado

Las cadenas chirriaban y gemían al soportar el cuerpo débil y quebrantado del hombre que colgaba de ellas. El hedor que rodeaba a Zevander era producto de su propio deterioro, pese al testarudo órgano que se empeñaba en seguir marcando un incesante ritmo de vida en su pecho. Moviendo los labios, murmuraba por lo bajo en la oscuridad y sus susurros llegaban a todos los rincones de la celda.

—Desafío a los dioses. Los desafío. Y ellos toman… La bestia. Duerme en mi interior. Lo noto. El escorpión trepa por mis huesos.

—¿Cuánto lleva así? —El sonido lejano de la voz de la general Loyce interrumpió sus pensamientos.

—Días. —Zevander reconoció la otra voz como la de uno de sus torturadores.

Tenía a los dos delante, pero no eran más que meras siluetas en su mente y su presencia le resultaba casi imperceptible, como si se encontrara en la frontera entre sueño y realidad.

—Sacadlo de aquí. Lavadlo. Dadle de comer. —La repugnancia de su voz suavizó un poco el tono cortante de su orden.

—No quiere probar bocado, general. Se niega.

—Obligadlo. —La palabra resonó en la celda y, cuando la sombra de la mujer se desvaneció, Zevander agachó de nuevo la cabeza.

—Desafío a los dioses. Los desafío. Y ellos toman… La bestia. Duerme en mi interior. Lo noto. El escorpión trepa por mis huesos. Venganza. Es de lo único de lo que se alimenta.

El ardor en sus muñecas se intensificó y Zevander se desplomó en el suelo como un saco de harina. Una punzada de dolor en el pómulo le trepó hasta la sien como un puñal afilado. El frío de las baldosas de piedra se extendió por todo su cuerpo, proporcionándole cierto alivio al dolor de los cortes, las magulladuras y la tierra que se le había incrustado de forma implacable en la piel. Demasiado débil para erguir la cabeza, vio el suelo deslizándose bajo sus pies mientras volaba por el pasillo como un pájaro.

¿Era eso lo que se sentía al morir? ¿Como un último y fantasioso vuelo?

—La bestia. Duerme en mi interior. Lo noto. El escorpión trepa por mis huesos. Venganza. Es de lo único de lo que se alimenta. Venid, llevadme. Dejadme dormir.

—No vas a dormir en un futuro próximo —dijo el guardia arrojándolo por encima de un muro bajo.

Zevander se zambulló en un agua helada, con los pulmones a punto de reventar, reclamándole el aire que no había aspirado a tiempo.

«¡Impúlsate hacia la superficie!», le gritó su mente, pero había pasado tanto tiempo colgado de aquellas cadenas que las extremidades ya no le respondían. Continuó hundiéndose y abrió los ojos a una turbiedad gris y a una luz titilante en lo alto que

iluminaba un rostro.

¿Se trataba de una alucinación?

Quizá. Pero bienvenida fuera.

Era ella, la joven con cabello color azabache y ojos tormentosos que lo miraban con tal calidez que se olvidó del frío que le entumecía brazos y piernas.

Notó un violento tirón hacia arriba en el brazo y, cuando salió a la superficie, tomó una gran bocanada de aire. El guardia lo sentó en un saliente y Zevander consiguió volver la cabeza lo suficiente para ver que lo habían metido en una profunda bañera de piedra.

Lo manipulaban con brusquedad y el aroma a hierbas le inundó la nariz mientras lo lavaban. Zevander mantenía las facciones crispadas al tiempo que aquellas callosas palmas le frotaban los cortes abiertos. Después de arañarlo y refregarle la piel con las uñas, lo sumergieron de nuevo y lo volvieron a sacar para continuar restregándolo. Luego lo sumergieron y restregaron una vez más.

El agua se tiñó del rojo de la sangre que brotaba de sus heridas en carne viva mientras el cuerpo le temblaba a causa de la conmoción. Era un alivio que el agua helada le insensibilizara la piel contra el dolor de las laceraciones.

Tras una última zambullida, lo sacaron de la bañera, lo arrastraron por el suelo, de modo que se raspó la amoratada espalda contra las baldosas, y lo obligaron a sostenerse sobre sus endebles piernas. Se tambaleó y se le doblaron las rodillas mientras el guardia le ponía una camisa por encima de la cabeza.

Al bajar la mirada vio cómo se manchaba de rojo la prenda blanca de algodón. Le dieron calambres en las espinillas y las rodillas y un soldado zefromita lo sacó por la fuerza del baño. Con paso vacilante, avanzó por el pasillo dando traspiés porque le fallaban las piernas. De un fuerte empujón, lo metieron en una celda distinta,

donde cayó al suelo con un golpe que lo dejó sin aire. Lo levantaron agarrándolo de la nuca y su cuerpo voló por el aire e impactó violentamente contra una superficie rígida. Cuando abrió los ojos, advirtió que se encontraba en una silla de madera y que los guardias le estaban inmovilizando los brazos con correas de cuero. El zefromita estaba cerca y su presencia crispó aún más los nervios ya bastante alterados de Zevander.

—¿Qué hacéis…? —preguntó, pero el guardia no se molestó en contestar.

En vez de ello, le fijó a la boca un extraño artilugio unido a un embudo de barro que descansaba sobre su mandíbula inferior, obligándola a permanecer abierta.

Zevander quiso protestar, pero solo consiguió emitir unos gemidos inarticulados. Un segundo guardia se acercó con un cuenco lleno de una bazofia que se derramó por el borde cuando se lo pasó al primero, que empezó a verterla en el embudo.

Al cabo de unos segundos, la viscosa sustancia alcanzó la garganta de Zevander. Tosió, atragantado y luchando por respirar porque la bazofia no dejaba de fluir. Se le estremeció el cuerpo y, con todas las fuerzas que le quedaban, se retorció y forcejeó contra sus ataduras.

Su garganta cedió y las gachas descendieron por el esófago. Una vez que el embudo quedó vacío, Zevander respiró hondo por la nariz y volvió a toser, en un intento fallido de desalojar los tropezones que se le habían quedado en el gaznate seco.

El guardia acercó de nuevo el cuenco al borde del embudo.

El pánico se apoderó de Zevander, que tensó los músculos, temblando contra las correas.

—Sujétalo para que no se mueva tanto —gruñó el guardia, y el zefromita abandonó el rincón y le apretó los hombros contra el

respaldo.

Zevander profirió un último rugido de súplica antes de que las gachas le alcanzaran la garganta de nuevo y la oscuridad lo envolviese.

44

Zevander



Caligorya

Unas voces susurrantes llegaron a los oídos de Zevander, que, al volverse, vio que la neblina blanca que lo rodeaba se abría, revelando a dos figuras acurrucadas en el rincón de la nave que había visitado en una ocasión.

—La quemarán a mediodía. Me temo que no puedo hacer nada más.

—Por favor —dijo un hombre mayor, dejando al descubierto su cabello cano cuando se quitó la gorra que llevaba, la cual aferró contra su pecho—. Es mi nieta. Te aseguro que es una buena chica.

—No compartís sangre. —Un hombre con una larga vestidura roja se inclinó hacia él y bajó la voz—. Si hubiera sido Aleysia, tal vez, pero la otra tiene una marca de bruja. Apareció sin más. Sacton Crain ha decidido seguir adelante con la ejecución. —Le posó una mano en el hombro al anciano—. Es mejor morir en la hoguera que sufrir el destierro.

—Deja que hable con Sacton Crain. Estoy seguro de que podré hacerle cambiar de idea.

—Se ha retirado a descansar. Quizá puedas volver mañana por la mañana. Pero te lo advierto: no se ha tomado bien la resistencia a su decisión.

—Es muy joven. ¡Demasiado para recibir un castigo como ese!

—Estoy de acuerdo, pero es la voluntad del dios rojo. Confía en él.

El anciano torció los labios, indignado.

—Me niego a confiar en un dios que quema en la hoguera a mujeres jóvenes e inocentes.

El hombre de rojo entornó los ojos.

—En honor a nuestra amistad pasaré por alto tus comentarios, pues comprendo tu dolor y tu frustración. Pero no vuelvas a decir algo así, a menos que quieras arder a su lado. —Hizo un gesto vago en dirección a la puerta—. Y, ahora, vete. Si te pillan aquí, quizá pongan en duda tu *lealtad*.

—Que lo hagan. —Dicho esto, el hombre se encaminó con paso decidido hacia la puerta y salió del templo.

Zevander siguió al hombre de rojo, que echó a andar en la dirección contraria, recorrió un pasillo, pasando por delante de la sacristía, y subió a toda prisa unas escaleras, con la vestidura agitándose tras él como la cola de una serpiente. Cuando llegaron arriba, donde se abría un corredor largo y oscuro, el hombre de rojo se detuvo ante una puerta y se quedó escuchando hasta que, sacudiendo la cabeza, reanudó la marcha y se perdió entre las sombras.

Zevander permaneció frente a la puerta que había captado el interés del otro. Al abrirla se encontró ante una habitación con una decoración exquisita, digna de un rey, que incluía lujosos tapices y

telas finas. Eso le trajo a la mente la fría y húmeda celda de la chica, así como la manta raída que le habían dado para aislarse del suelo.

Zevander cruzó la estancia en dirección a la cama, donde Sacton Crain yacía junto a una joven con la espalda desnuda surcada de rayas rojas, fruto de una flagelación reciente. Al verlo, una rabia cegadora le crispó los músculos. La ira era como una bestia que se retorcía y lanzaba zarpazos en el interior de su pecho.

Extendió el brazo para lanzar Exitiusz, uno de los primeros glifos que había aprendido. Fue como si una mano le agarrara el rollizo cuello al hombre y lo apretara hasta exprimirle el aire de los pulmones, cada vez con más fuerza.

Jadeando con los ojos desorbitados, Sacton Crain intentó clavar los dedos en lo que para él era una fuerza invisible que lo estrangulaba.

A Zevander le temblaban los brazos y le ardían los ojos, empañados por un velo de furia. Qué ansioso estaba por destruir algo, por matar a alguien con sus propias manos. Se inclinó hacia delante para acercar los labios al oído del viejo.

—Quemarla será el peor error de tu vida —susurró—. Mañana por la mañana, la dejarás en libertad por compasión. De lo contrario vendré a por ti cuando más satisfecho estés y me recrearé contemplando cómo tu alegría cede paso al terror mientras te arranco la carne de los huesos. ¿Entiendes lo que te digo?

Sacton Crain asintió enérgicamente, con el rostro cada vez más lívido.

—Tengo tu cara grabada en la mente. Si vuelvo a cruzarme contigo, sabrás que te espera la muerte. *Mor samanet* —musitó.

Soltar al viejo le supuso un esfuerzo mucho más grande del que imaginaba, pero lo consiguió. Retrocedió, observando cómo temblaba y resollaba mientras escrutaba la oscuridad en busca del

ser que había estado a punto de arrebatarle la vida.

Zevander recordaría ese rostro hasta el final de sus días. Se juró que, si volvían a encontrarse, lo quemaría vivo y se deleitaría con sus gritos.

Cerró los párpados con fuerza, apartando la mente de la violencia que le estremecía los huesos. Aunque ansiaba volver junto a la joven para consolarla y tranquilizarla, una parte de él lo apremiaba a buscar la verdad. Necesitaba averiguarla antes de que algo lo sacara de la caligorya.

—Enséñamela. Muéstrame una visión. Necesito comprobar que está viva.

La habitación, a oscuras, empezó a dar vueltas en torno a él hasta volverse borrosa y Zevander cerró los ojos de nuevo, tambaleándose. Aquel extraño vértigo remitió y, cuando volvió a abrirlos, se encontraba en una estancia mucho más sencilla en la que se respiraba un delicioso aroma a cítricos, hierbas secas y flores. Al notar un golpe suave en la sien, se dio la vuelta y vio una especie de bolsita que pendía del techo. Había muchas colgadas por toda la habitación.

El dormitorio contaba con dos camas estrechas, una en cada extremo. Sobre cada una de ellas se apreciaba una figura dormida, sepultada bajo una montaña de mantas. Cuando Zevander se detuvo a aspirar la fragancia de las hierbas aromáticas y las flores, una ráfaga de aire frío lo pasó de largo. Una silueta envuelta en una capa entró en la habitación y, cuando él se dio la vuelta, vio que esta se dirigía con paso decidido hacia una de las camas.

Con el entrecejo fruncido, se aproximó despacio y advirtió que la figura se agachaba para coger algo que estaba debajo de la cama. Cuando alzó la mano, sostenía en ella un huevo negro cubierto de escamas.

Con sigilo, Zevander dio un paso más hacia el desconocido.

Este posó la palma contra el huevo y un intenso resplandor violeta iluminó la criatura de su interior, que se removía y retorcía, llena de vida.

Zevander se acercó aún más y rodeó a la figura hasta quedar cara a cara frente al enmascarado.

Sin aliento, se tambaleó hacia atrás y tuvo que agarrarse del borde de la cama para recuperar el equilibrio. Reconoció el rostro que tenía delante, pese a que estaba cubierto en parte. Conocía esos ojos demasiado bien, la vena negra ramificada que asomaba debajo de la máscara.

El desconocido era él. Sus facciones, aunque más maduras, eran inconfundibles. Estudió todos los detalles de aquella cara, cada línea y cada cicatriz que no estaba oculta bajo la máscara. ¿Cómo era posible?

El enmascarado alzó la mano hacia el montón de mantas que estaban junto a Zevander, y el glifo que brilló en su palma le provocó un estremecimiento de pánico. Zevander se plantó frente a su objetivo y notó que lo golpeaba una descarga de calor cuando la llama negra rebotó en su piel.

De pronto las mantas se rebulleron, lo que confirmó que debajo había algo o alguien cuyo descanso se había visto perturbado.

El doble de Zevander retrajo las llamas y un quejido suave llegó hasta sus oídos. Se volvió justo en el momento en que el bulto bajo las mantas se movía y las retiró lo suficiente para revelar su rostro.

A Zevander se le cortó la respiración y se le aceleró tanto el corazón que, por un instante, temió que delatara su presencia. Soltó un trémulo suspiro de alivio, una exhalación que lo anclaba a la cordura en medio de las ruinas de su vapuleada conciencia.

El aspecto de la chica, más adulto, le indicó que había salido con

vida hacía tiempo de las celdas del templo, que la habían indultado. Dormía apaciblemente, a juzgar por la serenidad de su rostro angelical, y él esperaba que estuviera soñando con cualquier cosa menos con aquellos días oscuros. Se arrodilló junto al lecho, ardiendo en deseos de tocarla, de asegurarle que nunca la había abandonado.

Al volverse descubrió que su otro yo también la contemplaba maravillado. Tendió la mano hacia él para confirmar que lo que veía era real, pero vaciló y dirigió la mirada de nuevo hacia la joven. ¿Cuándo se habían encontrado sus caminos?

«No». No se atrevería a permitir que los dioses intervinieran, que cambiaran el destino.

Sin embargo, por razones que no acertaba a conciliar en su mente, verse a sí mismo le infundió unos celos que lo llenaron de rabia. Zevander le propinó un codazo en la entrepierna a su doble mayor, que, con un quejido, se ajustó el pantalón de cuero.

El de la capa alzó la mano de nuevo y le lanzó otra llamarada a la chica. Como antes, Zevander se interpuso y recibió la descarga de lleno en la espalda mientras admiraba el hermoso rostro de la joven.

Ella se movió de nuevo y levantó el brazo por encima de la cabeza, mostrando una marca en forma de pluma con toques metálicos. Cuando la llama cesó, Zevander, apretando los dientes, se volvió de cara a su doble.

—Ya basta. —Invocó al escorpión en la palma de su mano. Sin previo aviso, lo aplastó cerrando el puño y, acto seguido, notó una serie de picaduras dolorosas por todo el cuerpo, desde las manos hasta las piernas. Su otro yo gruñó y dio una sacudida, por lo que Zevander supo que a él también le dolían.

De modo que era cierto.

Tenía ante sí al hombre en el que se había convertido; una bestia

salvaje y rabiosa; un desalmado capaz de segar la vida de una joven dormida sin vacilar.

¿Qué lo había llevado a buscarla con ese fin? ¿Qué había cambiado?

El otro extendió de nuevo la mano, pero Zevander rechazó la llama, que salió despedida de vuelta hacia él.

Si se concentraba lo suficiente, podía percibir el asomo de frustración que corría por la sangre de su doble, su impaciencia, su humillación.

Zevander clavó la vista en él y se fijó en la atracción que parecía sentir por ella, pese a su determinación por matarla.

¿Por qué?

—¿Es que no te acuerdas de ella, de cuánto anhelabas tocarla?

Como si hubiera oído su pregunta, su otro yo cerró la mano y la tendió hacia la chica.

«Solo un leve contacto». Zevander sentía el deseo en su yo del futuro, la curiosidad que le hervía en las venas. Este dejó un momento más la mano inmóvil en el aire, cavilando. En vez de tocarla, tensó la mandíbula y desenfundó el cuchillo que llevaba al cinto.

Cuando Zevander se abalanzó hacia él para detener el ataque, una fuerza lo arrojó hacia atrás y se golpeó la espalda contra la pared de la habitación.

—¡Necio ignorante! —Alastor se acercó desde un rincón a toda velocidad con un centelleo de furia en los ojos que Zevander nunca había visto antes.

Intentó levantarse, pero la fuerza lo mantuvo pegado a la pared. Vio horrorizado cómo su doble enmascarado le ponía el cuchillo en el cuello a la joven.

—¡No! —gritó forcejeando en vano contra la energía invisible que

mantenía su cuerpo inmovilizado.

La chica abrió los párpados. Los dos se miraron durante lo que pareció una eternidad, sin el menor brillo de reconocimiento en los airados ojos del hombre.

La figura envuelta en la capa se desvaneció en una nube de humo negro y la chica se incorporó de golpe en la cama, mirando alrededor.

Zevander soltó el aire que tenía retenido en los pulmones y la opresión de su pecho disminuyó.

—¿Qué es esa marca que tiene grabada en el brazo?

Alastor cruzó la habitación y miró por la ventana.

—Has cambiado su destino. Antes era una mera mortal, inofensiva y efímera. Ahora le pertenece a la muerte.

—Y, no obstante, está viva —dijo Zevander con los dientes apretados.

El hombre giró en redondo con los ojos entornados.

—Por todos los dioses, muchacho. ¿Qué has hecho?

—Lo que a ti te daba miedo —espetó él—. Me he adentrado donde tú no te atrevías a poner el pie.

Una sonrisa amarga se dibujó en los labios de Alastor.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que temo a los dioses?

—¿Por qué si no te quedas cruzado de brazos ante el sufrimiento de los demás?

—El sufrimiento es un hilo frágil que trasciende mundos. Tiene mil caras y forma una parte esencial de nuestra existencia, como los hilos lo son de un tapiz intrincado. Todos tenemos un sufrimiento al que enfrentarnos, y el tuyo será consecuencia de tus actos. Si robas al destino, debes estar dispuesto a que este te quite algo a cambio.

—No he robado nada. Ella es mi compañera.

—Ella era solo una posibilidad. Un capricho de los dioses, nada

más.

Zevander se puso de pie y apretó los puños a los costados.

—Lo he visto. Lo he *sentido*. Es ella. Es mía.

—No eres más que mercancía humana. Un esclavo, como tú mismo has dicho. ¡No tienes nada! ¡No *eres* nadie!

Cada una de esas duras palabras le hirió el orgullo como una cuchilla serrada.

—No. Dices que una deidad vive en mí. Un poder ancestral. —Zevander señaló con el dedo hacia donde había estado su yo del futuro hacía unos instantes—. ¿Lo has visto? No estoy destinado a pasarme toda la vida sometido a la crueldad de la general. Seré libre y recuperaré mi poder.

—Eres indigno de ese poder. ¡Qué desgracia soportar un confinamiento eterno dentro del cuerpo de un muchacho ignorante y de baja ralea!

—Tienes razón. No poseo tierras ni apellido ni propiedades. A ojos del rey, no soy nadie. Pero te aseguro que ella es mía. Nuestras almas están unidas.

Alastor dejó escapar una risita amarga.

—Ni siquiera sabes cómo se llama.

—Dímelo. Pronuncia su nombre una vez y lo recordaré hasta el fin de mis días.

—¿Estás seguro de eso, chico?

La habitación se sumió en unas tinieblas impenetrables para sus ojos.

—Sí, estoy seguro…

—¿Aún eres capaz de evocar su rostro? —preguntó su mentor con un deje irónico.

Zevander se volvió hacia donde ella había estado acostada hacía solo unos momentos, pero no encontró más que una oscuridad

vacua. Se concentró en la cara que recordaba, pero, por algún motivo, se había desdibujado en su memoria.

—Sí… Está… Está ahí…

—Ya te has olvidado del color de sus ojos. De su cabello. De su olor. Esa voz angelical no es más que un sonido lejano que no identificas del todo.

Su mente pugnó por aferrarse a los rasgos reconocibles que era capaz de traer a su memoria, pero Alastor tenía razón. Ya no se acordaba de sus ojos. Su fragancia se había esfumado. Y su cabello…, malditos fueran los dioses…, ¿de qué color era?

—No me hagas esto, te lo suplico. —Con los ojos arrasados en lágrimas, luchaba con la oscuridad que lo invadía todo, esforzándose por retener la imagen de la joven, que se desvanecía poco a poco.

—Desaparecerá lentamente. Al final no conservarás ningún recuerdo de ella. Por otra parte, el sonido de tu voz, esa que ella comparó con la de un ángel, se fundirá con todas los demás.

Zevander sacudió la cabeza.

—No. No quiero olvidar. No me dejes olvidarla. —Se pasó las manos por la cabeza una y otra vez—. Cuando estaba colgado de las cadenas como carroña para los buitres, ella me habló. Me devolvió el deseo de vivir. ¡No me arrebates eso!

—No has estado aquí esta noche. En tu mente, ella se consumió en la hoguera. Y ahora, duerme, Zevander. Duerme.

45

Zevander



Presente

Zevander acababa de cerrar los ojos cuando le llegó el sonido de unas suaves pisadas al otro lado de la puerta situada al fondo de la habitación. Se volvió con brusquedad en esa dirección y permaneció atento a cualquier cambio en la luz debajo de la puerta, apenas perceptible bajo los tenues rayos de sol que se colaban entre las cortinas. Llevaba horas despierto, viendo dormir a su compañera, recordando cada una de sus visitas a la caligorya, una vez restituido cada detalle en su memoria.

Le ardían los ojos mientras los mantenía fijos en esa puerta, esperando el menor indicio de movimiento o algún sonido. Todo parecía en calma y en silencio, pero su instinto le decía lo contrario.

Ahí había alguien. Aunque no pudiera verlo, percibía su presencia.

Aleysia, tal vez. El día estaba lo bastante avanzado para que hubiera subido a gorronear más comida. Sin embargo, pensar eso no

lo tranquilizó más que la idea de que un intruso estuviera merodeando por ahí.

Con movimientos lentos y pausados, se levantó del suelo, procurando no hacer ruido ni despertar a Maevyth, y se vistió a toda prisa sin despegar la vista del pomo de la puerta.

Al echarle un último vistazo a la joven, comprobó que su pecho subía y bajaba con una respiración serena, así que se dirigió hacia la puerta con sigilo.

«*Pídeme clemencia*». Se paró en seco al reconocer la voz de la general Loyce. Giró sobre los talones y miró alrededor, buscándola.

No vio ninguna señal de movimiento ni el menor rastro de que alguien hubiera estado en aquella parte de la habitación.

Apretándose el caballete de la nariz con los dedos, recordó la última vez que había creído oír la voz de Loyce y las marcas de cuchillo que había dejado en el suelo, demasiado cerca de Maevyth.

«No es real. No es real».

«*A lo mejor le presento a mis mascotas*».

Esa vez le pareció que la voz procedía del otro lado de la puerta; un eco en el pasillo.

«No está ahí».

Aun así, Zevander entreabrió la puerta y vislumbró una sombra de movimiento en el lóbrego corredor, adonde no llegaba la luz del exterior. Salió de la habitación, cerrando la puerta tras él, y echó a andar detrás de la sombría silueta que doblaba la esquina a paso veloz más adelante. No había llegado a verla con suficiente claridad para saber si se trataba de un hombre o de una mujer.

No prestó atención a las habitaciones que quedaban en la periferia de su visión, pues permanecía atento a los momentos fugaces en que vislumbraba a su presa, cuya identidad permanecía oculta bajo una capa oscura.

«*Procura acabar conmigo.* —La voz de la general Loyce chirrió como una navaja mellada en su mente—. *Pues la perseguiré sin tregua. Quedará reducida a un amasijo de sangre y huesos cuando mis mascotas le den caza*».

Zevander esbozó una mueca desdeñosa al oír la amenaza. Estaba loca si creía que él iba a permitírselo.

En caso necesario, se internaría en las hediondas entrañas del infierno para impedirlo. Y ay de ella cuando cayera en sus manos. Él se había rebelado contra los putos dioses para conseguir que Maevyth fuera suya y prefería condenar su alma a perderla de nuevo.

Su interminable recorrido por el templo lo llevó hasta un pasillo que le resultaba familiar. Sus paredes de piedra gris, sus candelabros espaciados de forma irregular y una corriente de aire tan frío que habría provocado tiritera a un cadáver lo hacían reconocible al instante, pese a que estaba un poco más brumoso que la última vez que lo había visto.

En un sueño lejano.

O una pesadilla.

«Plegarias susurradas. Frío. Gritos. Sangre».

Con el ceño fruncido, se volvió hacia un largo tramo iluminado por candelabros que se perdían a lo lejos en una negrura absoluta. A los lados, tras unos arcos con barrotes de hierro, se apreciaban recintos de gran profundidad delimitados al fondo por muros de piedra curvos. Eran celdas para presos. Se volvió hacia la que tenía al lado. Imágenes ilusorias de mujeres y niños acurrucados en su interior acudieron a su mente.

«Plegarias susurradas. Gritos».

«*Ven*». La voz de la general Loyce resonó procedente de esa dirección.

—Sal de donde estés —exigió él.

«*Tú fuiste elegido por los dioses, pero ella no*».

Cuando un frío espectral le pasó rozando la oreja, desenvainó la daga de forma instintiva, escrutando las tinieblas.

—La cobardía sobra. —Zevander permaneció en guardia, listo para atacar, y la emoción ante la perspectiva de acallar esa voz le recorrió el cuerpo en una oleada glacial —. Da la cara.

En el otro extremo del pasillo, una figura envuelta en una capa emergió de la oscuridad a la luz parpadeante de los candelabros.

Theron irguió la cabeza y le sonrió.

—¿Eso es lo que opinas de mí? ¿Que no soy más que un cobarde?

Zevander arrugó el entrecejo.

—Te he matado.

—Pero me he curado. Al final pertenecer a mi linaje ha resultado bastante útil. —Sacó la espada de la vaina que llevaba a la espalda —. ¿Lo retomamos donde lo habíamos dejado?

Zevander extendió el brazo e invocó la llama en la palma de su mano. Aunque el fuego temblaba, más débil de lo habitual, continuaba representando una amenaza, como evidenciaron los ojos de Theron, que fijó en ella una mirada penetrante.

—Veamos con qué rapidez puedes curarte del fuegoscuro.

Le dedicó otra sonrisa a Zevander.

—Vamos, creía que éramos amigos.

—Ah, ¿sí?

Su sonrisa se marchitó.

—No me has perdonado lo que hice.

—Me traicionaste. —Las palabras brotaron de sus labios, aunque, en honor a la verdad, había pasado tanto tiempo que Zevander solo guardaba un recuerdo muy vago de lo que había hecho Theron. Solo

sabía que el rencor aún lo reconcomía por dentro—. Fui su prisionero durante un siglo por culpa tuya.

El arrepentimiento rezumaba por las fisuras del pétreo rostro de Theron.

—Mi mayor arrepentimiento es haber revelado tu secreto.

—Y el mío es haber guardado el tuyo. —Un dolor agudo, como de una puñalada, le traspasó el cráneo a Zevander, que cayó de rodillas con un gemido sujetándose la cabeza.

46

Zevander



Pasado

—Tienes suerte de que no se te haya infectado. —Theron sacudió la cabeza mientras enrollaba una gasa limpia en torno a la muñeca de Zevander, donde el grillete se le había clavado en la carne—. De hecho, podrías haberte ahorrado estas heridas.

—Este es el mismo debate de siempre, y empiezo a hartarme de él. —Zevander había recobrado las fuerzas después de unos días en los que no le había faltado comida ni agua y estaba agradecido por dormir en el suelo de mármol del observatorio, y no colgado de unas cadenas en su celda.

—No dijiste una palabra sobre lo que te confesé —señaló Theron refiriéndose a su implicación declarada en la conspiración contra la general Loyce—. Ni siquiera cuando te estaban castigando de la forma más inhumana.

—No me lo creí en ningún momento.

Sonriendo, Theron ató las puntas de la gasa.

—Aun así, habrías podido culpar a alguien para poner fin a tu sufrimiento. Pero no lo hiciste. —Arrugó el entrecejo—. ¿Por qué?

—Por esa misma naturaleza rebelde que tanto criticas.

Vieron en el vano de la puerta la robusta silueta de la general Loyce, que entró en la habitación con la vista fija en Zevander. La sonrisa de suficiencia que estiraba la comisura de sus labios reavivó la repulsión que él sentía hacia ella.

—Prefería morir que arrodillarme ante ella —añadió fulminando con la mirada a la mujer, que se aproximaba a Theron por detrás.

Su compañero esclavo echó un vistazo por encima del hombro y devolvió rápidamente su atención a la rodilla de Zevander.

—Habrías podido avisar.

—¿Y eso qué habría tenido de divertido?

En cuanto él pronunció esas palabras, la general se acercó a Theron por la espalda con aire despreocupado y examinó los vendajes de Zevander.

—Al parecer te estás recuperando deprisa. —Se relamió como un depredador, lo que obligó a Zevander a volver la cara para ocultar su mueca de repugnancia—. Es increíble lo resistente que puede llegar a ser el cuerpo.

Por toda respuesta, él apretó los dientes.

—Nunca he conocido a un hombre tan lastrado por su terquedad o por una voluntad tan… férrea. Me recuerdas a esas historias sobre Deimos, el feroz y despiadado dios de la destrucción. Dime, ¿qué te impulsa a seguir con vida?

Zevander jamás reconocería ante ella que la promesa de venganza era lo único que lo motivaba a seguir adelante. Se había resignado a no volver a ver a su madre ni a sus hermanos, aunque los sueños le indicaran lo contrario. La general nunca lo dejaría en libertad.

Con las manos a la espalda, ella caminaba de un lado a otro detrás de Theron, que mantenía la cabeza gacha y la atención puesta en la tarea de limpiar y curar las heridas de Zevander.

—He de reconocer que estoy impresionada. No me imaginaba que la dulce Vaelora tuviera esa vena de ferocidad. Con la criatura menuda y delicada que era, que se asustaba de su propia sombra…, y, contra todo pronóstico, osó urdir una traición. —Se detuvo y, suspirando, sacudió la cabeza—. Aunque, al final, se vio superada por sus miedos.

Una oleada de rabia recorrió a Zevander.

—A lo mejor deberías enfrentarte tú a una de esas criaturas, a ver cómo te va.

—Cuidado. —Le lanzó una mirada venenosa y rápida, como la lengua de una serpiente—. No me importaría añadirte una herida o dos más para que Theron las cosa. —Reanudó sus idas y venidas. El taconeo de sus botas le ponía los nervios de punta a Zevander—. Dime quién lo planeó todo y te mandaré de vuelta a las minas.

Theron, que estaba dándole puntos en un tajo que tenía en el muslo, se detuvo. Su mano, por lo general de pulso firme, estaba temblando.

Zevander clavó los ojos en él, imaginándose qué castigo elegiría la general. Quizá lo arrojaría al foso de serpientes, como a Vaelora. O tal vez lo encadenaría en una celda y lo privaría de alimento mientras lo sometía a tormentos y vejaciones, como a él. Fuera cual fuese el escarmiento que decidiera aplicarle, lo único seguro era que Theron no sobreviviría.

Zevander suspiró para sus adentros. En otro tiempo habría matado por tener la oportunidad de regresar a las minas; habría delatado al otro esclavo sin pensarlo dos veces y sin el menor cargo de conciencia. Sin embargo, después de lo que había sufrido, del

trato vergonzoso y humillante que había recibido, la mera idea de reencontrarse con sus amigos lo ponía enfermo. Oírlos lamentarse por las ganas que tenían de follar, como solían hacer en las horas previas al sueño, le habría provocado vómitos.

No podía regresar a las minas. Ya no era el mismo de antes.

Zevander prefería morir siendo esclavo de Loyce a vivir tras una fachada de normalidad fingiendo que las vejaciones y torturas nunca se habían producido.

—Dravien Nockvayne —dijo.

Theron relajó los hombros, aliviado, y continuó con la sutura.

—Dravien Nockvayne —repitió ella—. El esclavo de Aradia. Interesante. Te hemos sometido a días de tortura y no has mencionado su nombre ni una vez.

—No me habías ofrecido a cambio la posibilidad de regresar a las minas.

Ella dejó escapar una carcajada entrecortada.

—Veo que, a pesar de todo, conservas el sentido del humor. —Echó a andar de un lado a otro de nuevo—. Tú y yo tenemos bastante en común.

—No nos parecemos en nada —aseveró Zevander.

—Ya lo creo que sí. —Desenfundó la daga que llevaba al cinto. Al verla, el recuerdo de las muchas ocasiones en que le había deslizado aquella afilada hoja por la piel le provocó a Zevander una sensación de intranquilidad en el estómago—. Mi padre fue general también. Un hombre justo y celoso de su deber. Yo no era su hija de sangre. Nunca conocí al órgodo que dejó embarazada a mi madre, pero le estoy agradecida al hombre que la quería tanto que me crio como si fuera suya. —Se apretó el dedo con el cuchillo hasta que brotó una gota roja—. Lo ejecutaron por no haber localizado y entregado a los hijos bastardos del rey, los mismos que tu padre mantuvo ocultos

hace muchos años.

De nuevo, Theron dejó de coser el tiempo justo para dedicarle una mirada ceñuda de perplejidad. Luego prosiguió con su tarea.

—El destino de tu padre era morir aquí —agregó ella.

—¿No deberías dirigir tu rencor hacia el rey? —inquirió Zevander con los dientes apretados.

—Mi padre no cumplió con su deber. Él mismo me lo dijo antes de morir. Si hubiera estado en el lugar del rey Jeret, habría hecho lo mismo que él.

Zevander esbozó una mueca de desprecio.

—Entonces era un necio, tan obsesionado por su deber que no se daba cuenta de lo cruel que era su misión. Asesinar a niños inocentes no es honorable.

Theron sacudió la cabeza con un gesto de dolor. Al verlo a Zevander le entraron ganas de reír.

—Inocentes, sí. Pero ¿qué ocurre cuando esos niños crecen y se convierten en mercenarios con diez mil asesinos kastelianos a su disposición? —El modo en que apretó el puño mientras caminaba con una tensión mal contenida en sus pasos evidenciaba que Zevander la había puesto nerviosa—. Debería detestar tu existencia, Rydainn, pero he de reconocer que cada vez me tienes más intrigada.

—Tu mayor error es creer que me importa.

Theron se pasó la mano por la cara con todo el aspecto de querer estrangular a Zevander con sus propias manos.

Aunque él esperaba represalias por parte de la general, esta se limitó a soltar una risita.

—Incluso ahora, recuperándote tras haber estado al borde de la muerte, tienes el valor de salirme con impertinencias. Nunca tengo claro si quiero matarte o follarte. Es una absoluta locura.

—Me resultaría menos desagradable que me mataras.

Loyce clavó sus ojos fríos e imperturbables en Zevander.

—Ya es suficiente, Theron. Por favor, déjanos solos.

—Me queda una herida por suturar.

—Vete —dijo ella en tono firme, y él se puso de pie con una breve inclinación de la cabeza.

—Mis disculpas. —Tras ejecutar una reverencia, salió a toda prisa de la habitación.

Al principio, Loyce permaneció callada con la vista fija en Zevander. Luego exhaló con brusquedad y, llevándose las manos a la espalda, echó a andar de nuevo de un lado a otro.

—Quieres la libertad. Puedes ganártela, ¿sabes?

—Regresar a las minas no encaja con mi idea de libertad.

—No me refiero a regresar a las minas, sino al mundo. —Hincó una rodilla en el suelo frente a él y estudió el lado de su rostro que estaba surcado de cicatrices—. Gánate mi confianza y conocerás una vida fuera de estos muros.

Sus palabras le evocaron a Zevander una vaga imagen de sí mismo enmascarado y envuelto en una capa de pie junto a una cama. Ese pensamiento, tan familiar y a la vez tan lejano, le calentó la sangre, como un sueño o una idea fugaz que había tenido una vez.

—¿Cómo? —dijo con recelo.

—Necesito secretos. Estratagemas. Una mujer en mi posición necesita tener ventaja sobre sus enemigos.

—Eso no responde a *cómo*.

—Como miembro de mi Dorona es tu obligación agasajar a mis invitados y sonsacarles información. Ese era tu papel en la Bacanal Dorada. Pero no todos mis adversarios se encontrarían muy cómodos sentados a mi mesa. —Se inclinó hacia él, obligándolo a

desviar la mirada por el calor de su aliento—. En ocasiones tendrías que ir en su busca.

—¿Confiarías en mí lo suficiente para dejarme salir de aquí? —dijo él dándole la espalda.

—En un principio, no. —Ella se levantó de nuevo, para alivio de Zevander. Incluso en aquel momento en que le hablaba de la posibilidad de que él dejara la Dorona, de concederle la libertad, le costaba reprimir el impulso de robarle la daga que llevaba al cinto y contemplar cómo se desangraba ante él—. Ese grado de confianza tendrás que ganártelo, como ya te he dicho. Considéralo un tenue rayo de esperanza. Un punto de partida hacia esa meta que te impulsa a seguir viviendo, sea la que sea.

—¿Y cómo podrás estar segura de que regresaré contigo una vez que me concedas la libertad? —inquirió él sin apartar de ella su desafiante mirada.

—Ya estás familiarizado con mi naturaleza cruel, pero aún te falta conocer mi amabilidad.

Él soltó una carcajada amarga.

—¿Crees que tu amabilidad me hará volver corriendo a tus brazos?

—Sí, cuando esté vinculada a ti. Esa es la condición que pongo para tu libertad.

Solo de pensarlo, Zevander sintió que un puñado de lombrices se retorcían en su estómago.

—Los vínculos son sagrados. Algo que une para siempre.

—Para los mánticos, sí, pero yo soy mestiza. Los órgodos no tienen pareja. Además, la barra de metal que te he puesto es garantía de que jamás experimentarás placer, satisfacción o deleite con otra.

Esa mención al pendiente, como si fuera un secreto entre ellos,

bastó para encender la rabia de Zevander. Todavía oía los jadeos bajos y agitados de ella cuando alcanzaba el clímax mientras lo observaba sufrir a lo largo del proceso.

—Qué suerte, has pensado en todo. —La tensión de su mandíbula desmentía su tono despreocupado.

Una sonrisa asomó a los labios de ella.

—Eres el único con quien me he planteado hacerlo.

—Un vínculo, solo para obtener información.

—Se trata de algo más que de tirarte a aristócratas para sacarles información. No puedes dejar que sigan con vida después. —Exhalando un suspiro de resignación, desvió la mirada—. Yo te daría permiso para ver a tu madre y tu hermana, siempre y cuando regresaras a mi lado y compartieras conmigo los resultados de tus averiguaciones. Para empezar, podríamos traerlas aquí. Una vez que te hayas hecho merecedor de mi confianza, hablaremos del vínculo y de tu libertad.

—¿He de volver a las minas mientras tanto?

Ella le devolvió su atención, con un brillo de cruel diversión en los ojos.

—Yo no premio la mentira.

—¿Qué te hace pensar que miento?

—Dravien Nockvayne me alertó que no eras de fiar. Tiene un oído muy fino, ¿sabes? Por eso lo escogí para Aradia. Simplemente quería comprobar si era más fácil socavar tu lealtad con recompensas que con castigos.

—Entonces ¿no tienes curiosidad por saber quién te traicionó? —Zevander vio por el rabillo del ojo que Theron los observaba desde el otro extremo de la habitación, sin duda estudiando su lenguaje corporal.

—Claro que la tengo, pero no me lo vas a decir. Tu sentido de la

lealtad es justo la razón por la que te he elegido a ti para que lleves a cabo estas tareas, pues requieren discreción.

—Quizá no sea tan leal como te imaginas.

—Pues entonces dime quién me traicionó.

Zevander dirigió una mirada rápida a Theron y, después, la posó de nuevo en ella, pero, por razones que no habría sabido explicar, permaneció callado.

Una sonrisa se dibujó lentamente en el rostro de la general antes de que se alejara a paso tranquilo.

47

Zevander



Presente

—Tienes un aspecto horrible. —Sin dejar de apuntarle con la espada, Theron lo miró de arriba abajo—. Te estás muriendo. No voy a luchar contra un hombre moribundo. —Enfundó el arma en la vaina que llevaba a la espalda.

—No me estoy muriendo, necio arrogante. Tengo bajo el nivel de vivicanto. —Sintiendo que la cabeza le iba a estallar, Zevander se levantó con dificultad y dio un traspié hacia atrás.

—Acabarás delirando si no consumes carne o sangre. La de mántico es la más potente, como bien sabes, pero la humana bastará para impedir que desfallezcas.

En épocas de hambruna, cuando las reservas de vivicanto escaseaban, los antiguos en ocasiones atacaban otras aldeas o ciudades y capturaban a sus hombres más fuertes con el fin de ingerir hasta la última gota de su sangre para sobrevivir. Eran historias de terror, fábulas aleccionadoras que se narraban junto con

las de los carnificados, que engullían en exceso por gula.

Zevander sacudió la cabeza, haciendo que los dos Theron que veía se fundieran en una sola figura, y se centró en su adversario.

—No me interesa comer carne humana.

—Al final harás daño a tu querida compañera. Morirá a tus manos.

La verdad de sus palabras le desgarró el corazón a Zevander, pero apretó los dientes al oírlo nombrarla.

—¿Y a ti qué más te da? Quieres entregársela a una mujer que disfrutaría con su sufrimiento.

Theron se quedó mirándolo un momento.

—Nunca hemos sido buenos rivales tú y yo. ¿Y si en vez de enfrentarme a ti te ayudara? ¿Me liberarías de las garras de la general Loyce? —Bajó las cejas—. ¿Me perdonarías?

—Esa clase de perdón nace de la confianza.

—Pues consolidemos esa confianza. —Ladeó la cabeza—. Ven conmigo. —Al ver que Zevander permanecía donde estaba, suspiró —. Hazlo por ella.

De mala gana, Zevander siguió a Theron, su enemigo, que lo guio a través del laberinto de corredores oscuros mientras él se reprochaba a sí mismo haberse dejado convencer tan fácilmente.

Al cabo de un rato llegaron ante una celda.

Dentro yacía un hombre mayor con una andrajosa túnica roja bajo la que se le marcaba el esquelético arco de la columna vertebral. Como se encontraba de espaldas a Zevander, este no advirtió de inmediato la larga barba cana que tenía, enredada como las ramas de una zarza, hasta que el hombre miró hacia atrás. Con los ojos desorbitados de espanto, este soltó un grito ahogado y se volvió de nuevo hacia la pared, susurrando para sí.

Unas palabras escritas con tiza blanca decoraban los muros que

rodeaban al prisionero. Casi cada palmo, salvo una zona con manchas de humedad, estaba repleto de garabatos, como si el hombre llevara una eternidad viviendo en aquella celda.

—Está condenado a morir aquí encerrado —dijo Theron, a su lado.

—¿Cuál fue su crimen?

—¿Acaso importa?

A su lado, en el suelo, había dos nombres grabados en la piedra: Maevyth y Aleysia. Zevander se puso en cuclillas e introdujo la mano entre los barrotes para pasar el dedo sobre los nombres.

—¿Quién es?

—Como ya te he dicho, no tiene importancia. Para ti, es sustento. Supervivencia.

Zevander arrugó la frente unos instantes, increpado por su conciencia.

—Adelante. Mátalo. Consume su carne para conservar las fuerzas —lo incitó Theron.

—Me estás animando a devorar carne humana cruda. ¿Has perdido el juicio?

—No, pero tú lo perderás si no dejas a un lado tus escrúpulos y comes.

Bajo la rodilla de Zevander había un clavo oxidado que sin duda se había caído de la silla de madera que estaba contra la pared dentro de la celda.

—No le des demasiadas vueltas —continuó apremiándolo Theron, cuyo repentino interés por el bienestar de Zevander despertó sus sospechas.

Tras recoger el clavo, Zevander se enderezó de golpe y desenvainó la espada antes de que Theron pudiera echar mano de la suya. Sujetando el acero contra su cuello, le hundió el clavo en el

vientre.

—El óxido embota los sentidos —dijo. Eso le impediría utilizar sus poderes mágicos, ya fuera el de desaparecer o el de sanar. Los efectos eran temporales, pero Zevander no necesitaba mucho tiempo para llevar a cabo su plan.

Theron gemía y gruñía.

—¡Estoy intentando ayudarte!

—Estás intentando infectarme.

—Eso no ayudaría mucho a consolidar la confianza entre nosotros, ¿no?

—Camina —le ordenó Zevander obligándolo a alejarse de la celda del hombre y adentrarse en el corredor. Agarró a Theron por el hombro y lo empujó hacia delante, con la espada a dos dedos de su delicada garganta.

—Dilo —le instó Theron—. Alivia tu conciencia.

Una farragosa y sofocante imagen asaltó a Zevander: una caja de piedra con intrincados grabados en la parte delantera. Sacudió la cabeza para desterrarla de su mente.

—Cállate o te hará callar yo mismo.

—Hice lo que consideraba mejor. Lo hice por ti.

Unos hechizos susurrados llegaron a los oídos de Zevander, cuyo rostro se crispó.

—Basta.

—No era mi intención traicionar tu confianza. Solo quería ser tu amigo.

La ira le nubló la vista a Zevander, pero consiguió contenerla.

Los candelabros de la pared, más espaciados, arrojaban una luz cada vez más débil a medida que avanzaban por el pasillo en dirección al oscuro final, hasta que llegaron ante una celda mucho más pequeña, separada de las demás.

Zevander se quedó mirándola y sintió como si alguien le asestara una puñalada en el pecho. A diferencia de las celdas con barrotes, el calabozo donde había estado encerrada Maevyth contaba con una gruesa puerta de madera y solo una pequeña trampilla de hierro permitía echar un vistazo al interior. Habría sido un acto de justicia poética arrojar ahí a Theron, pero Zevander volvió la cabeza y, para su satisfacción, descubrió algo mejor. Condujo a Theron a empellones por un pasillo lateral y se detuvo frente a una gigantesca cámara revestida de hierro con la puerta entornada.

Cuando Zevander lo empujó hacia el lóbrego interior, Theron trastabilló, pero consiguió recuperar el equilibrio antes de darse de bruces.

Miró hacia atrás y, cuando volvió a dirigir la vista al frente, los ojos se le desorbitaron de terror.

«Unos ojos blancos, lechosos. Una boca abierta de par en par. Sangre».

—Lo siento. ¡Siento lo que hice! —Cuando Theron se acercó hacia él, Zevander extendió el brazo de la espada hasta tocar con la punta su pecho—. Sabes que no soporto la oscuridad.

Sin bajar el arma, Zevander se apretó la sien con la base de la otra mano para intentar aplacar el dolor punzante que sentía. Soltando un gruñido, cerró de golpe la puerta de la cámara y la aseguró con la pesada tranca de hierro.

—¡No, no! ¡Por favor! —Los golpes al otro lado apenas atravesaban el grueso metal mientras los gritos de Theron evocaban recuerdos, como fantasmas atrapados en una cripta abandonada tiempo atrás.

«Una caja pesada. Hechizos grabados en la antigua piedra negra. Él deslizando los dedos por los símbolos».

—¿Qué es? —preguntó Zevander sin atreverse a manipular el rompecabezas de la cerradura.

—Un guardaduelos. Un regalo envenenado de congoja y culpa. No me cabe duda de que lo que contiene implicará un descubrimiento doloroso —dijo Dolion.

El rey Sagaerin se acercó con el ceño fruncido.

—No debéis abrir esto.

Un grito lo sacó de sus reflexiones y, al abrir los ojos, vio la puerta de la cámara que tenía delante. El peso que notaba en la mano atrajo su atención hacia la espada que empuñaba. ¿Cuánto tiempo debía de llevar ahí de pie para que le doliera de aquel modo?

Otro grito, esa vez proferido por una voz que le resultaba demasiado familiar, lo hizo girar sobre los talones en la oscuridad.

—¿Maevyth? —Se dirigió a trompicones hacia el origen del sonido, donde parpadeaba una luz lejana, frotándose el brazo dolorido. Por la sangre de los dioses, sin duda se había pasado una hora o dos aferrando esa espada.

Más adelante había una puerta abierta. Con el entrecejo arrugado, se acercó. Era la celda que albergaba al hombre mayor, cuyos garabatos en la pared demostraban que no lo había soñado.

El viejo no estaba por ninguna parte.

Al ver los nombres de Maevyth y Aleysia escritos con las uñas en el suelo, sintió un calor intenso en sus venas, como si lo hubieran despertado de golpe con un hierro candente. Apretó el paso hacia el lugar de donde creía que procedían los gritos, recorriendo a ciegas los túneles de piedra.

Pasaron varios minutos sin que volviera a oírlos, por lo que empezó a preguntarse si no habrían sido alucinaciones suyas. Quizá todo lo fuese. Malditos fueran los dioses, tenía que encontrar

vivicanto lo antes posible. La frontera entre la realidad y sus pensamientos se había desdibujado hasta tal punto que ya no era capaz de distinguir una cosa de otra.

Finalmente llegó ante otra puerta abierta, en cuyo umbral había un montón decreciente de cenizas. Se arrodilló y, con expresión ceñuda, pasó el dedo por encima. Al echar una ojeada al interior, vio una despensa llena de comida. Había recipientes de vidrio rotos desperdigados por el recinto, con su contenido tirado en el suelo en medio de charcos de sangre. ¿Carne? Al alzar la mirada, vio un estante con una hilera de tarros de carne. El líquido rojo en el que flotaban le abrió el apetito. Empezó a salivar y, tras enderezarse con brusquedad, cogió uno de los recipientes. Cuando quitó el grueso corcho, el hedor que brotó del interior le confirmó lo que había dentro. Aunque en parte le repelía la idea de consumirlo, su estómago no atendía a razones. Sacó los trozos de carne cruda y los masticó con rapidez, sin fijarse en el regusto vomitivo que le dejaban en la lengua. Cuando hubo dado buena cuenta de todo, se bebió la sangre del tarro, con un gesto de dolor porque le quemaba la garganta.

Se limpió la sangre que le goteaba por la barbilla poniendo una mueca y, al vislumbrar una botella de licor, tiró el tarro vacío y fue a cogerla. Después de descorcharla, se bebió la mitad del contenido, dejando que su dulzor se llevase el asqueroso sabor animal que se le había quedado en la garganta.

De nuevo le llegaron unos gritos a los oídos. Zevander se dio la vuelta y frunció el ceño.

Tiró la botella de licor y echó a andar con paso decidido en dirección al sonido.

48

Maevyth



Una hora antes

Un chasquido estruendoso me despertó de golpe y me incorporé en el suelo, tapándome los pechos con la manta. Unos tenues rayos de luz se colaban por las rendijas entre las cortinas. ¿Ya era de día? ¿Cuántas horas había dormido?

El espacio que había ocupado Zevander durante la noche estaba vacío. Frío. Su ropa ya no estaba amontonada junto a la bañera. Al recorrer la habitación con la mirada no encontré el menor rastro de él.

Me levanté y, al echar una ojeada por la ventana, vi a Raivox volando en lo alto. Detrás de él, la posición del sol, eclipsado por unas nubes densas, me indicó que era mediodía.

Junto a la chimenea, la camisola con manchas de sangre que llevaba el día anterior se había secado en parte, pero no lo suficiente para servir de abrigo contra las corrientes de aire que soplaban en el

templo. Maldiciendo entre dientes, crucé la habitación a paso veloz envuelta en la manta y abrí la puerta.

Aleysia estaba en mitad del oscuro corredor. Su camisola blanca le confería un aire espectral, lo que me provocó un estremecimiento.

—Aleysia… —la llamé con voz suave.

No movió ni un músculo al oír su nombre.

—¡Aleysia! —repetí, esa vez con un tono severo, y ella se volvió despacio hacia mí. El vacío de su mirada me arrebató el calor del cuerpo y me crispó los nervios.

—Tengo que encontrarlo.

—¿A Zevander? —Luchando por evitar que se me cayera la manta, miré hacia la habitación del otro lado del pasillo, donde nuestros vestidos colgaban del perchero frente a la chimenea—. Espérame. Te acompaño.

Sin hacerme el menor caso, volvió la vista al frente y reanudó su camino.

—¡Aleysia! —Con un gruñido de frustración, entré a toda prisa en la otra habitación y, tras agarrar con torpeza el vestido, ya casi seco, me lo puse por encima de la cabeza y me calcé las botas sin calcetines. Cuando pasé junto a su vestido camino de la puerta, vacilé unos instantes, pero lo cogí y salí tras ella.

Como no tenía nada con que alumbrarme, iba dando traspiés por los pasillos, avanzando a tientas mientras buscaba su fantasmal camisola blanca. Hasta que no llegué al piso inferior no la avisté, dirigiéndose hacia la puerta siniestra, aquella que Sacton Crain nunca había permitido que los feligreses cruzaran.

La que conducía a las celdas donde me habían tenido encerrada hacía muchos años.

—¡Aleysia! —grité, pero ella siguió adelante, sin molestarse en dar señales de haberme oído, y cruzó la gruesa puerta de madera,

cuyo chirrido resonó por todo el templo.

Quizá hubiese visto a Zevander alejarse por ahí.

Miré atrás, hacia las enormes fauces vacías de la nave del templo, desde donde el dios rojo parecía observarme, y un escalofrío me bajó por la espalda. Sin duda, era preferible seguirla a quedarme ahí sola.

Crucé con cautela la gastada puerta, cuyas pesadas bisagras de hierro tenían manchas de óxido que semejaban heridas. Se me antojó más pequeña que antes.

Cerré los ojos porque me asaltaron recuerdos de ser arrastrada por el brazo, con unas uñas clavadas en la carne. Cuando los abrí de nuevo, la habitación me daba vueltas, así que respiré hondo para calmar mi pulso acelerado.

La madera envejecida rechinó cuando amplié la abertura por la que había pasado Aleysia. Me encontraba en lo alto de una escalera oscura y fruncí el ceño al divisar abajo una luz titilante a lo lejos iluminando el pasillo.

En aquel estrecho espacio alargué las manos hacia las paredes de piedra que me flanqueaban, con el vestido de Aleysia colgado del brazo, y comencé a bajar los escalones a ciegas. El aire frío me rozaba la piel como susurros de los olvidados y me envolvió mientras descendía. Noté un hormigueo fantasma en la punta de los dedos que me trajo a la memoria la desesperación con que había arañado las piedras mientras me bajaban hacia mi celda. El eco de mis gritos no se había apagado con el tiempo.

Al pie de la escalera, el suave parpadeo de una llama bailaba en las paredes, donde los candelabros dispuestos a lo largo del corredor alumbraban el camino que se extendía ante mí. Justo cuando empezaba a preguntarme quién los habría encendido, avisté a Aleysia, que estaba de pie frente a una de las celdas, mirando con

fijeza al interior.

—Aleysia —la llamé, y con unos pasos rápidos me acerqué lo bastante como para reparar en la expresión fría que le cruzó el rostro cuando se volvió hacia mí—. ¿Qué ocurre?

Salvé la distancia que nos separaba con pasos lentos y cautelosos hasta situarme a su lado y lo que vi al otro lado de la puerta de la celda me dejó sin aliento.

Tendidos en el suelo había por lo menos tres decenas de niños pálidos y famélicos. Se les marcaban los huesos bajo los andrajos que llevaban. La peste a orina y excrementos me quemaba la nariz y sentía un ardor en el borde de los ojos por las lágrimas que amenazaban con brotar mientras desplazaba la vista por sus figuras sin vida. Alguien había trazado cruces con lo que parecía sangre en las baldosas y las piedras de las paredes próximas a la celda, junto con una frase que confirmó mis sospechas sobre por qué los habían encerrado.

«Que las almas de los inocentes nos salven de la muerte».

Eran víctimas de un sacrificio.

Los habían dejado morir de hambre.

El vestido de Aleysia se me cayó de la mano al tiempo que una sensación gélida me erizaba la piel.

La ligera contracción de un brazo atrajo mi atención hacia una niña de no más de cinco años que se rebullía contra un cuerpo más grande que yacía a su lado.

Me abalancé hacia la puerta de hierro y tiré de ella, pero no conseguí que se moviera.

—¿Puedes abrirla?

—Si fuera una puerta normal, sí. Pero con ese candado no.

—Es un candado como cualquier otro, Aleysia.

—Está claro que no sabes de candados. Lo hay de grillete y de

tambor, por ejemplo. Este es de guardas. Hace falta una llave para abrirlo.

—Pues no tengo tiempo para buscar una. —Retrocedí dos pasos hasta colocarme de nuevo al lado de Aleysia.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Apártate.

Abrí la mano con la palma hacia arriba e invoqué el látigo. Los glifos grabados en mi piel cobraron vida, emitiendo un tenue brillo azul, y la columna vertebral se desenrolló hasta el suelo. Empuñando con fuerza el hueso, descargué un golpe contra el candado, que emitió un sonido metálico seco, pero no cedió. Eché el brazo hacia atrás y lancé otro latigazo, aunque solo conseguí hacerle una pequeña abolladura. Otra vez. Se abrió una fisura considerable en el cuerpo del candado, que por lo demás quedó intacto. Al cuarto golpe, se descerrajó y acabó colgando torcido de uno de los barrotes. Aparté la mano, retraje el látigo dentro de mi palma y me dirigí con decisión a la puerta, tirando el candado a un lado.

Una vez dentro de la celda, pasé por encima de aquellos pequeños y frágiles cuerpos con cuidado de no pisarlos y me arrodillé junto a la niña, pálida como la nieve, con solo un ligero rubor febril en las mejillas. Aferraba con un brazo un raído osito de peluche cubierto de tierra y mugre. Su cabello, húmedo y sucio, era más oscuro que el de los demás, lo que me llevó a preguntarme si sería natural de Foxglove o de algún otro sitio.

Unos movimientos bruscos y diminutos a su lado desviaron mi mirada hacia una rata que le mordisqueaba un dedo. Presa de la ira, la ahuyenté de un manotazo.

—¡Fuera! ¡Largo de aquí!

La rata se alejó corriendo, dejando tras de sí una herida sangrienta.

Al desplazar la mirada por los otros niños, advertí que también presentaban pequeños mordiscos en el cuerpo.

La muchacha soltó un débil gemido y, tras colocarle la mano bajo la cabeza, se la levanté lo justo para apoyarla sobre mi muslo. Sangraba por los ojos y la nariz.

—¿Mamá?

Con lágrimas temblándome en los ojos, la sostuve en el regazo, acariciándole el pelo.

—Viruenala —dijo Aleysia, arrodillada junto a ella—. Seguramente todos la contrajeron. Morirá también.

—No, se pondrá bien.

Aleysia tendió la mano hacia la niña, pero le así el brazo.

—La muerte sería una bendición para ella —dijo en tono apremiante.

—Ni se te ocurra tocarla.

Contrajo ligeramente la frente, como si la hubiera abofeteado con un insulto, y miró alrededor.

—Fíjate en esas caritas, Maevyth. Murieron sufriendo.

A regañadientes, recorrí la celda con la mirada y descubrí, desconsolada, que el rostro de cada uno de los niños estaba desencajado de dolor. Con la vista empañada por las lágrimas, me volví hacia la pequeña que sostenía en brazos.

—Puedo librarte del dolor —susurré—. ¿Te gustaría soñar?

La niñita asintió, con los labios azulados y trémulos.

—Frío…

Se me hizo un nudo en la garganta y tragué saliva para reprimir el llanto.

—Pronto estarás calentita. —Las lágrimas me rodaron por las mejillas mientras le deslizaba la mano por el cabello, procurando no tocarle la piel con los dedos ennegrecidos—. Cierra los ojos e

imagínate que tu madre te está abrazando. ¿Notas su calor?

La muchacha asintió con languidez.

—¿Tu madre te canta?

La niña asintió de nuevo, con un movimiento casi imperceptible.

Se me entrecortó la voz al entonar la primera nota de *Vayr mu dahlje*.

—Maeve… —Aunque Aleysia volvió la cara, alcancé a ver el brillo de las lágrimas en sus ojos mientras le cantaba a la criatura, acariciándole el pelo con ternura.

—Quédate ahí, con tu madre. En sus brazos. —Le posé la mano en el pecho, cerré los ojos e invoqué en mi mente el glifo de la muerte.

—Mami —susurró la pequeña, y su cuerpo se desintegró poco a poco, dejando un montoncito de polvo al lado del osito de peluche. Había desaparecido antes de que yo pudiera musitar un adiós.

Un estremecimiento me recorrió el pecho, como si una grieta creciera en él y estuviera a punto de reventar, y un llanto silencioso me humedeció las mejillas mientras ocultaba el rostro entre las manos, desgarrada por una pena devastadora. El mundo me pesaba más que antes. Aquella niñita, que había agonizado sola, había roto algo en mi interior.

Lloré.

Por ella, por todos los niños a los que habían dejado morir de hambre, abandonados por sus padres, como me habían abandonado a mí.

—Vámonos, Maevyth. No deberíamos quedarnos aquí. —Aleysia me tiraba del brazo. Me levanté del suelo, enjugándome las lágrimas —. Tus manos… quitan la vida. —Era la primera vez que aludía a un

poder invocado por mí.

—Sí. —Aún notaba un dolor sordo en el pecho—. Fue así como maté a la Arpía.

Con un suspiro, me tomó con delicadeza del brazo para guiarme por entre los cuerpecitos.

—Me temo que la muy canalla se lo merecía.

—¿Has visto a Zevander? —pregunté, haciendo caso omiso de su comentario—. ¿Has bajado aquí por eso?

Ella frunció el ceño.

—No. Ahora que lo pienso, no sé cómo he llegado aquí abajo. Me parece que estaba soñando con… nuestro padre. Te juro que he oído su voz.

—¿Te acuerdas de cómo sonaba? —le pregunté mientras nos deteníamos delante de la celda.

Se quedó pensativa un momento.

—No mucho. Es curioso: recuerdo la voz del abuelo Bronwick con toda claridad, a pesar de que nos dejó mucho antes que papá.

Nuestro padre había desaparecido poco más de dos meses antes de que yo cruzara el Valle Umbrío y llegara a Etiria. Lo habíamos dado por muerto solo unas semanas antes de que desterraran a Aleysia al Bosque Voraz. Pero había pasado más tiempo desde la última vez que lo habíamos visto.

—Vamos —dijo ella enlazando de nuevo el brazo con el mío y conduciéndome hacia el fondo del pasillo—. A ver si hay algo de comer.

—Tengo que encontrar a Zevander.

—Me parece que le sobra capacidad para cuidarse solo.

—¿No eras tú la que estaba preocupada por él anoche?

Aleysia se rio entre dientes.

—Como te dije, quería la cama para mí sola. —Arqueó una ceja

—. ¿Te lo has follado?

Me quedé boquiabierta ante su ordinariez.

—No es que sea asunto tuyo, pero…

Nos llegó el eco de una tos procedente del final del pasillo y me quedé paralizada, observando un extraño brillo en los ojos de mi hermana.

—No, no puedo quitar otra vida. Ni hablar.

—Podría ser tu amante. —Se soltó de mi brazo y, para mi gran frustración, se alejó a toda prisa por el pasillo en dirección a la tos.

—No es mi… —Con un quejido, recogí su vestido del suelo y eché a andar tras ella—. ¡Aleysia! ¡Espérame!

En vez de aminorar la marcha o de continuar avanzando en línea recta, dobló por otro pasadizo.

Apreté el paso tras ella, jurándome buscar algún tipo de cuerda o correa con la que sujetarla, o bien encerrarla en la habitación.

La tos resonó de nuevo por el corredor de piedra y advertí que mi hermana echaba un vistazo al interior de cada una de las celdas frente a las que pasaba.

Se me heló la sangre al contemplar el vacío oscuro que albergaban e imaginar que en otro tiempo las habían ocupado personas condenadas por herejes y brujas, como yo misma. Me abracé el torso, manteniendo la vista al frente.

Cuando Aleysia por fin se detuvo derrapando, se quedó mirando fijamente una de las celdas con la boca abierta de par en par y las manos temblándole a los costados.

—¡Papá!

Temerosa de su hallazgo, me esforcé por mantener una expresión impasible mientras me aproximaba, con la mirada puesta en sus ojos, arrasados en lágrimas. Cuando conseguí despegar la vista de ella, me di la vuelta y vi a un hombre mayor al que no

reconocí, con una larga cabellera cana y desgreñada y barba descuidada. Habría pensado que Aleysia había perdido la razón de no ser porque el hombre se parecía demasiado al abuelo Bronwick.

Me acerqué un paso más, sin dar crédito a mis ojos. «La carta… —Mi cabeza se resistía a aceptarlo—. Estaba firmada por el rey, nada menos». En ella nos habían certificado su muerte.

Era mentira. Todo lo era.

Nos estudiaba con curiosidad a las dos con sus cálidos ojos azules, que en ningún momento me miraron de manera distinta a como me había mirado mi padre años atrás. Juntó las cejas y, en ese momento, al recordar el plateado de mis ojos, aparté la cara.

—No es más que una anomalía, papá. Estoy bien.

—Perdón por… quedarme mirando.

A través de un velo de lágrimas reparé en los garabatos tallados en las paredes de su celda. Eran versos del Libro Rojo, si la memoria no me fallaba.

—¿Papá? —Dirigí de nuevo la vista hacia él y en sus ojos brilló una esperanza que, sin duda, lo había abandonado hacía mucho tiempo.

Le cambió el semblante y curvó la boca hacia abajo con expresión de tristeza y culpa. Abrió y cerró los labios temblorosamente, como si le costara encontrar las palabras.

—Mis niñas —dijo con voz ronca.

«¡Papá!».

Algo floreció en mi pecho al contemplarlo. Era como si una pieza rota de mi vida hubiera vuelto a encajar en su sitio. El universo nos lo había devuelto.

—Revienta el candado, Maeve. —La urgencia en el tono de Aleysia reflejaba la que yo misma sentía mientras apretaba el puño y dirigía la mirada a mi padre.

—Seguramente lo alterará ver esto.

—Pues tendrá que ser comprensivo si quiere salir de esta condenada celda.

Asentí y, tras cerrar los ojos, visualicé el látigo de huesos y noté un peso sobre la palma de la mano un momento antes de que el extremo de la columna vertebral tocara el suelo.

Con los ojos desorbitados, nuestro padre se echó hacia atrás en la cama hasta arrimar la espalda a la pared.

—¿E-e-eso qué es?

—Procura no interrumpirla, papá. Todavía no domina esta parte.

Al lanzarle una mirada de pocos amigos a mi hermana, me percaté de que le salía vaho de la boca, así que le pasé su vestido.

—¿Quieres intentarlo tú?

Aleysia dejó escapar una risita.

—Claro que no, tonta. Solo intentaba suavizar la impresión de lo que va a ver. —Agitó la mano hacia mí—. Adelante.

—¡Oye! —gritó una voz a nuestra espalda—. Cuando abráis la suya, podrías probar con esta también.

Aleysia echó un vistazo hacia atrás y se volvió hacia mí con la expresión agriada.

—Ni caso —susurró.

—¿Quién es? —pregunté, y cuando estaba a punto de darme la vuelta para mirar me lo impidió poniéndome la mano en la mejilla.

—Papá. Concéntrate en papá.

—¿Hola? —dijo el desconocido a nuestra espalda.

A pesar de la curiosidad que sentía, no me molesté en volverme, sino que eché el látigo hacia atrás.

El primer impacto dobló el candado. Proyecté la palma hacia delante para asestar un segundo golpe que dejó una muesca en uno de los barrotes.

El tercero reventó al fin el candado y Aleysia se abalanzó hacia delante para quitarlo mientras yo guardaba el látigo. Cuando las dos irrumpimos en la celda, la espantosa mezcla de olores corporales y hedor a excrementos casi me provocó arcadas.

Nuestro padre se puso de pie con dificultad, pues tenía las piernas claramente débiles y frágiles.

—¡Bendito sea el dios rojo, creía que nunca os volvería a ver! —Hizo ademán de abrazarnos, pero Aleysia se llevó la mano al pecho.

—Mejor después de un baño.

Él bajó los brazos y se agarró la andrajosa túnica.

—Debo de tener un aspecto algo desarrapado.

—Por decirlo con suavidad —masculló ella, y le lancé una mirada de desaprobación. Aunque Aleysia nunca le había profesado un gran afecto a nuestro padre, no había motivo para que le hablara así.

Tendí la mano hacia la suya, fría y arrugada, y, sonriendo, se la apreté con suavidad. Se la acercó a los labios para besarme los nudillos y, después de bajarla, le dio unas palmaditas con ternura.

Eché un vistazo alrededor, fijándome en el bacín que había junto a la cama y las pieles de rata y de un animal más grande cuyos restos no acerté a identificar. Tragué saliva, intentando imaginar cómo se las había arreglado para sobrevivir todo este tiempo.

—¿Te han dado comida y agua? —pregunté.

Él también dirigió la vista hacia el bacín.

—Al principio, sí. Me daban gachas y agua. Con el tiempo, empezaron a traérmelas con menos frecuencia. Me vi obligado a recoger las gotas que se filtraban por el techo cuando llovía.

Aleysia se llevó la mano a la boca con brusquedad.

—¿En tu orinal?

—Aleysia… —musité—, sé amable.

—Pues me parece asqueroso que tuviera que recurrir a eso.

Sacudiendo la cabeza, devolví mi atención a nuestro padre.

—¿Cuándo te encerraron? ¿Y por orden de quién?

—Cuando regresé de Lyveria. Intenté convencer a Sacton Crain de que dejaran en paz al pueblo lyveriano. —Sacudió la cabeza, con la mirada gacha—. Cometí el craso error de hablar de una visión que me desveló una sacerdotisa que conocí ahí. Sobre el fin del mundo.

—La Aniquilación. —Recordé las palabras pintadas en la nave.

—Sí. Estaba convencido de que me desterrarían por blasfemo tras declararme un hereje. En vez de eso, me encerraron en esta celda. Y, desde entonces, he estado pudriéndome aquí.

—Me imagino que cuando huyeron te abandonaron para que te murieras de hambre.

—Mmm…, si se me permite interrumpir… —La voz procedente del otro lado del pasillo atrajo mi atención hacia un hombre bajo y fornido de barriga redonda y barbilla achatada.

Pese a la larga túnica negra que llevaba, algo raída, que parecía un vestido por su bajo acampanado, lo reconocí como un vecino de la aldea.

—¿Corwin? —Noté una mano fría agarrándome del brazo y, al volverme, vi que era la de Aleysia.

—Dime que no vas a dejar salir de la celda a Corwin Grinsgaith. Está donde le corresponde estar.

—Por decir eso, ahora sí voy a dejarlo salir. —Me solté el brazo de un tirón.

—Maevyth…, su familia es de Cruxmere. El Puerto de los Piratas, ¿recuerdas? —En la costa de Cruxmere se había establecido una comunidad de pescadores formada por un hatajo de rufianes y ladrones bebedores de cerveza, según los rumores. Sacton Crain se había referido una vez a ella como una ciudad dominada por la maldad y el pecado.

—Si crees que vas a convencerme precisamente a mí con ese argumento, está claro que te has olvidado de con quién estás hablando. —Salí de la celda de mi padre al corredor.

—De acuerdo, tienes razón, pero será otra boca que alimentar.

—En… En realidad sé dónde hay comida en abundancia. —Corwin cerró los dedos en torno a los barrotes de su celda—. Una despensa entera. Me topé con ella cuando acababa de llegar al templo.

—Pero no nos dirás dónde está hasta que te saquemos de ahí —dije en un tono inexpresivo.

—Pues, la verdad… Sí. No.

—¿Lo ves? No vale la pena molestarse —terció Aleysia a mi espalda—. Además, podría ser peligroso.

—Os prometo que vale la pena. De verdad, allí hay comida suficiente para una semana. —Su sonrisa cedió el paso a una mueca de sufrimiento y se apoyó la mano en la panza—. Y la verdad es que tengo un hambre espantosa. Hace días que no pruebo bocado. No he llegado al extremo de comer roedores, pero poco me falta. Lo reconozco. —Juntó las cejas—. Son un poco… inquietantes, tus ojos, tan plateados. Son preciosos, no me malinterpretes, pero inquietantes.

—Gracias por darte cuenta. —Tiré del cerrojo de la puerta de su celda, pero, como las demás, no cedió—. Dinos dónde está la despensa y te traeremos algo de comer.

—No.

—Podríamos encontrarla por nuestra cuenta —alegó Aleysia.

—Os descubrirían los otros antes.

—¿Los otros? —Arrugué el entrecejo—. ¿Hay otros?

—Casi todos los vecinos del pueblo. O, mejor dicho, aquellos que Sacton Crain consideró que merecían salvarse.

—¿Has visto pasar por aquí a un hombre? Alto, seguramente con una capa negra…

—Y con una cicatriz horrible en la cara. —Aleysia se acercó sigilosamente y le propiné un codazo en el brazo—. Lo digo porque es un rasgo identificable —dijo frotándose la zona en la que la había golpeado.

—Debía de estar dormido. —Corwin suspiró—. Últimamente no hago más que dormir. Y soñar con comida.

—Yo he visto un hombre como el que habéis descrito —aseveró mi padre con su áspera y rasposa voz a nuestra espalda—. He pensado que era la muerte, que por fin venía a buscarme.

Una pista. Ya era hora.

—¿Has visto por dónde ha ido?

Torciendo el gesto, bajó la vista.

—He intentado no mirarlo. Le he oído decir que quería comerme.

Retrocedí ante esas palabras.

—¿Comerte? ¿Estás seguro?

—Cielo santo —bufó Aleysia—. Eso es motivo de sobra para alejarse todo lo posible de ese hombre.

Miré a mi hermana con una expresión ceñuda de exasperación.

Cruzó los brazos sobre el pecho.

—¡Es canibalismo, Maeve! ¿Te imaginas besar a un hombre con trocitos de carne humana metidos entre los dientes?

—Ya está bien. No es un caníbal. —Devolví mi atención a nuestro padre—. ¿Estás seguro de que no has visto en qué dirección se ha ido?

Negó con un gesto.

—He pensado que sería mejor fingir que no me había percatado de su presencia. Cuando por fin me he atrevido a darme la vuelta, ya no estaba.

—Podría ayudaros a buscarlo. —Corwin se apretó contra los barrotes—. Si me sacáis de aquí.

—¿Por qué te encerraron, a todo esto? —Era una pregunta extraña viniendo de Aleysia, considerando que la razón era bastante obvia. Si bien los Grinsgaith gozaban de aceptación como cerveceros en la aldea, la gente aún los miraba con recelo.

Corwin soltó una carcajada amarga.

—Lo preguntas como si Sacton Crain necesitara una explicación razonable para encerrar a la gente.

Aleysia lo miró de arriba abajo.

—Visto lo visto, supongo que no le pareciste muy útil.

Corwin juntó las cejas.

—Pues resulta que poseo una habilidad muy importante.

—La cervecera era tu madre —repuso ella con la voz cargada de hastío—. Tú atendías la taberna.

—¿Qué es el fin del mundo sin una buena bebida? Puro sufrimiento.

—No tenemos tiempo para esto. —Aleysia agitó la mano con displicencia—. Si hay comida, debemos encontrarla y aprovisionarnos para nuestro viaje.

—¿Viaje? —Pronunció la palabra con una risotada, como si fuera algo inconcebible—. ¿Pretendéis viajar, con… esos bichos merodeando por ahí?

—Sí —respondimos al unísono Aleysia y yo.

Él se encogió de hombros.

—¿Puedo apuntarme?

—No —contestó Aleysia antes que yo.

—Por favor. Si me quedo aquí, me matarán. Sacton Crain cree que soy un envenenador, nada menos. —Con una risita nerviosa, me repasó con la vista—. Sin ánimo de ofender. Ha convencido a todo el

pueblo de que la cerveza que llevan consumiendo décadas altera la mente. —Suspirando, se levantó la túnica—. Tampoco le gustó verme ataviado con una lúctica.

—¿Qué narices es una lúctica?

—En Cruxmere nos ponemos lúctica para llorar a nuestros muertos. Yo estaba guardando duelo por mi madre sin molestar a nadie cuando aparecieron esas criaturas. Como comprenderás, no tuve mucho tiempo de cambiarme de ropa mientras una araña de patas larguiruchas me perseguía por toda la aldea. El caso es que, además de condenarme por envenenador, me metieron aquí por no llevar pantalón, como los dioses mandan.

—¿Llevas un cammyck debajo también?

—Aleysia… —Exhalando un suspiro, sacudí la cabeza y desplacé la vista por la celda de Corwin en busca de algún arma, pero no encontré más que un bacín como el de mi padre—. Te dejaré salir, pero date prisa. Tengo que localizar a mi…, bueno, a mi amigo.

—Es su amante. Y tiene una cicatriz horrible —musitó mi hermana, y volví a pegarle con el codo en el brazo.

—En fin, solo espero que no hagas que me arrepienta.

Él negó enérgicamente con la cabeza.

—Te prometo que no. Sé que Cruxmere es conocido como el «Puerto de los Piratas», y en algunos casos es verdad, pero yo no soy así para nada. De hecho, soy la razón por la que mamá y yo nos mudamos a Foxglove. Mi padre me consideraba un poco débil. «Afeminado», creo que me llamaba. —Levantó la mirada con el entrecejo arrugado—. Me obligó a abandonar el único hogar que he conocido. —Un velo de lágrimas le brillaba en los ojos—. Mi madre me eligió a mí —agregó esbozando una sonrisa sombría—, así que huimos los dos juntos.

—Apártate —le advertí, y cerré los ojos para invocar el glifo,

como había hecho antes. Rompí el candado de un solo golpe y a Corwin se le iluminó la mirada.

—O sea que es verdad —dijo maravillado—. Realmente eres una bruja.

—Menuda cara tienes. —Aleysia señaló el candado con un gesto —. Enciérralo otra vez, Maeve, y vámonos, que tenemos cosas que hacer.

—¡No! —Corwin se abalanzó hacia la puerta de la celda—. No lo he dicho como un insulto. —Aferrado a los barrotes, miró alrededor como para asegurarse de que nadie más lo oía—. La verdad es que siempre he admirado bastante a las brujas. Ah, pero no le comentéis a Sacton Crain que lo he dicho. Me desterraría seguro.

Con cara de exasperación, me acerqué a la puerta, le quité las cadenas y dejé que se abriera sola.

—No soy una bruja. No sé qué es esto, ni por qué me pasa a mí.

—La sacerdotisa sabría por qué —dijo mi padre a mi espalda—. Ella lo sabe todo.

—Ya, bueno, pues a no ser que estés teniendo visiones de ella, no anda por aquí. ¿Qué decías de la comida, Corwin? —Aleysia lo obligó a salir de la celda y lo aguijó para que nos guiara—. Llévanos hasta ella.

—Yo he de localizar a Zevander. No tengo tiempo para ir a buscar provisiones.

Aleysia dejó caer los hombros.

—Madre mía, Maeve. ¿Crees que Zevander no agradecerá que le des algo de comida cuando lo encuentres? Por favor, no puedo dejar pasar la oportunidad de llevarme algo a la boca. Papá también necesita comer algo —dijo señalándolo.

—Sobreviviré…

—Por favor, papá, que te estás consumiendo ante nuestros ojos.

Solté un gruñido.

—Está bien, pero démonos prisa. Tengo que dar con él. No está… —Me interrumpí, pero la curiosidad en los ojos de Aleysia me indicó que había hablado de más.

—¿No está *qué*?

—Olvídalo. No he dicho nada. —Pasé por su lado, negándome a responder a sus preguntas—. Vamos, Corwin.

—Sí, por supuesto. —Se acercó a paso veloz hasta llegar junto a mí y, al mirarlo de reojo, vi que iba sujetándose la parte baja de la túnica—. Esta ropa es un engorro cuando uno tiene que correr para salvar la vida.

—No me digas.

—Falta poco… ¡Ya está! —La cerradura de la puerta frente a la que nos encontrábamos emitió un chasquido y, cuando Aleysia la abrió, contemplamos ante nosotros una despensa con varias decenas de estantes repletos de tarros de comida. Era más comida de la que había visto en las últimas semanas.

—Dios de mi corazón, creía que yo no te importaba una mierda, pero veo que me equivocaba. —Aleysia se puso de pie y se sacudió la falda—. ¿Quién iba a imaginarlo?

—Esa boca, Aleysia… —la reconvino mi padre al entrar—. El dios rojo provee.

Con el ceño fruncido, pasé por su lado para coger un tarro de melocotones.

—El dios rojo nos habría dejado morir de hambre. —Noté la mirada de desaprobación de mi padre clavada en mí.

—Has perdido la fe.

—Nunca la tuvo, papá. Y he de decir que yo tampoco, ahora que

estamos confesando nuestros pecados. —Aleysia bajó un tarro de carne de un estante y la arruga en mi entrecejo se hizo más profunda cuando vi que se disponía a destaparlo.

Me acerqué y la así del brazo.

—¿Qué haces? Está cruda. Te vas a poner enferma.

Ella se rio.

—Ya estás otra vez. El mundo entero está enfermo, Maeve. Mientras no me salga un torrente de arañas del cuerpo, ¿qué más da? Déjalo ya. —Se soltó el brazo y procedió a sacar el corcho. Contemplé horrorizada cómo devoraba la carne que había dentro mientras los jugos rojos le chorreaban por la barbilla. Con un gemido, echó la cabeza hacia atrás, como si fuera lo más delicioso que había probado nunca.

Corwin estaba a mi lado.

—¿Exactamente cuánto tiempo llevaba sin…, ejem, comer?

—Desde luego, no tanto como para hacer eso. —Destapé el frasco que tenía entre las manos y saqué uno de los melocotones. En cuanto noté el sabor dulce en la lengua, cerré los ojos y me dejé transportar a la época en que el abuelo compartía conmigo un cuenco de melocotones frescos con pan de miel calentito.

Sin embargo, no era ahí donde estaba.

Estaba en una despensa, en las escalofriantes mazmorras del templo, sin saber dónde estaba Zevander. Tras echar una buena ojeada a los estantes, elegí unos botes de carne, zanahorias y manzanas.

—Coged un par de tarros, pero no os paséis.

Sentí un frío inquietante en la parte posterior del cuello mientras ellos procedían a arramblar con los víveres.

—Esperad. —Se me erizó el vello de la nuca—. Tenemos que irnos. Ya.

Nos volvimos hacia la puerta, pero dos soldados vonkovyanos nos cerraban el paso, apuntándonos con sus armas. Uno de ellos se abalanzó hacia Aleysia, la agarró del brazo y la sacó de la despensa de un tirón.

Ella profirió un chillido y se le cayeron al suelo los tarros que había cogido.

—¡Suéltame! —exclamó lanzándole golpes y arañazos.

El otro tenía su arma dirigida hacia mí. Yo volví la mirada hacia Aleysia antes de posarla de nuevo en él.

—Suéltala —le advertí.

Vi por el rabillo del ojo que Corwin se desplomaba y, al bajar fugazmente la vista, descubrí que se había desmayado.

El soldado desvió su atención hacia él.

Respiré hondo y, sin poder contenerme, alargué el brazo y lo agarré del cuello con mis dedos mortíferos. El soldado quedó reducido a polvo.

Con los ojos desorbitados, el segundo guardia metió a Aleysia de un empujón en la despensa, con nosotros, y cerró con un portazo que apagó la llama.

—¡No! —Me arrojé hacia la puerta, pero el pestillo encajó en su sitio con un clic. Ni siquiera tenía pomo por dentro—. ¡No, no! —Aporreé inútilmente la madera con la base de la mano—. ¡Déjanos! ¡Sácanos de aquí!

—Maevyth —dijo mi padre detrás de mí, pero estaba tan desesperada por abrir la puerta que no le contesté—. ¡Maevyth! —repitió con el tono severo que yo recordaba de mi infancia. Me quedé inmóvil—. ¿Qué acaba de pasar?

—¿No ves que estamos encerrados en una despensa, padre? —terció Aleysia antes de que yo pudiera responder—. Madre mía, que te hayas pasado meses en una celda no es excusa.

—No me hables en ese tono, jovencita. Sigo siendo tu padre.

—Pero nos abandonaste —replicó ella.

—¡Me encarcelaron!

—¡Nos abandonaste mucho antes de eso!

—Tranquilizaos. —Apoyé la frente en la puerta y solté un prolongado suspiro—. Respecto a lo que ha pasado, padre, es una larga historia, y estoy demasiado cansada para contarla. Solo quiero que sepas que soy la misma de siempre.

—Sí, aunque un poco más letal —añadió Aleysia—. Y un poco más pálida, en mi opinión.

—¿Alguien se ha preocupado de comprobar cómo se encuentra Corwin? —La oscuridad nos impedía ver dónde había caído.

—Estoy bien. Me duele un poco la cabeza y creo que me he cortado con unos cristales… Puede que haya comido un poco de carne cruda durante mi delirio, pero sobreviviré. O eso creo. Pero… Por favor, que nadie me toque.

Sonó un chasquido en la puerta. Con el ceño fruncido, retrocedí un paso.

Cuando se abrió de golpe, Sacton Crain estaba en el umbral con media docena de hombres. Torció los labios con repugnancia.

—Así que la bruja ha vuelto.

49

Kazhimyr



Una oleada de náuseas nació en la boca del estómago de Kazhimyr cuando echó un vistazo por el empañado ojo de buey de la cocina, sobre la cabeza de Dravien, y contempló la superficie de color azul pizarra agitándose con el balanceo del barco. No conseguía desprenderse del olor a salmuera y carne carbonizada que se le había metido en la nariz y la garganta, sin conseguir disipar el acre hedor a pescado destripado. La ajada madera crujía mientras el buque mercante que había zarpado de Wyntertide, en la costa sur, navegaba hacia Veneficarys, donde esperaban desembarcar antes del anochecer del día siguiente. Era una ruta más rápida, pero desde luego no la más llevadera, en opinión de Kazhimyr. Dravien les había conseguido pasaje en el barco, según él gracias a que el capitán era un viejo amigo suyo, pero Kazhimyr seguía fiándose tan poco de él —y de sus amigos— como la noche en que lo habían conocido en la taberna.

El buque dio un bandazo cuando una ola golpeó el costado, lo que hizo entrechocar con un repiqueteo los cazos y las ollas que tenía detrás. Un candil colgado de un gancho comenzó a mecerse, proyectando unas sombras erráticas que le revolvieron el estómago y elevaron su última comida hacia su garganta. Ya había viajado por mar, pero nunca por un trecho tan agitado y rugiente que parecía amenazar con arrancar la quilla de cuajo.

—No eres precisamente un lobo de mar, ¿no? —Dravien, sentado delante de él, sonrió y tomó un sorbo de cerveza.

—Nunca me ha gustado mucho el agua.

Ravezio estaba a su lado, arrellanado en una silla, inmune a los incesantes movimientos del casco, bebiendo cerveza también.

—Recuerdo la primera vez que viajé a Vespyria desde Calyxar. Pasé por Maleviarys camino de Wyntertide. Una tormenta terrible azotó el barco como si fuera una bestia jugueteando con su presa. Media docena de hombres cayeron en aquellas aguas heladas. —Dio unos golpecitos en el ojo de buey que tenía detrás—. Desde la cocina vi cómo los rodeaban las syrenias y los devoraban con sus dientes afilados como cuchillas. Les gusta atormentar a sus víctimas cortándolas poco a poco. El olor a sangre en el agua los vuelve locos. —Sin perder la sonrisa de suficiencia, miró al vacío, como abstraído en la imagen—. Pero no como a los tiburones. Los tiburones matan de forma sincera, con un propósito, para alimentarse y nada más. Las syrenias, en cambio, matan por deporte. Engullen porque saben que la mera idea de acabar destrozados en su estómago nos aterra.

Esta historia no ayudó precisamente a aliviar el malestar estomacal de Kazhimyr.

—Pues bien, eso hizo añicos mis fantasías, en las que las veía como criaturas hermosas y tentadoras. —Con una risita, Ravezio

apuró su bebida de un trago y alargó la mano hacia la botella.

—Las bestias más sanguinarias del mundo son hermosas. —Dravien le arrebató la botella para servirse primero.

—A propósito de bestias sanguinarias, ¿tu señora, la buena de la general, tenía la intención de matar a Dolion? —preguntó Kazhimyr intentando ignorar el gorgoteo que le removía las tripas cuando el barco cabeceaba con cada cresta y valle.

Dravien soltó un resoplido.

—Supongo que ya no importa. Soy hombre muerto, tanto si os lo digo como si no. Mi cometido era hacerme con las piedras de sangre por todos los medios necesarios.

—¿Era un encargo personal de la general, o por orden del rey?

Curvó los labios de nuevo, mirando a Kazhimyr con los ojos entornados.

—Un favor. —Hundió la cara en su vaso y tragó con un gesto de dolor—. Para el capitán Zivant.

Kazhimyr juntó las cejas.

—Ella te contrató para hacerle un favor al capitán Zivant.

—Al parecer, aquellos en quienes vuestro rey deposita su confianza no tienen ni un gramo de lealtad en los huesos.

Kazhimyr se pasó la mano por el rostro. No le sorprendió enterarse de que Zivant era un traidor. Solo le preocupaba la posibilidad de que su misión de encontrar a Dorjan encerrara un objetivo más estratégico.

—O sea, que los soláceos quieren las piedras. Ese es el quid de todo esto. A la general solo le interesa el septomir.

—A la general Loyce le importa un bledo el septomir. Solo accedió a localizarlos a cambio de una cosa.

—Zevander.

A Dravien le tembló la mejilla, como si la mera mención de ese

nombre lo inquietara.

—Su obsesión no conoce límites —dijo con la mandíbula tensa.

—¿Estás celoso del cariño que le tiene?

—Estoy celoso de la protección que ese cariño le brinda. Si él estuviera en mi situación y hubiera desobedecido sus órdenes como yo, no recibiría más que una reprimenda y un castigo leve.

—He oído que los castigos de Loyce no son precisamente leves —repuso Kazhimyr.

—Y has oído bien. Aunque Rydainn sufrió a sus manos, nunca fue testigo de sus torturas más crueles, esas que tiene reservadas para mí.

—Todas las torturas son crueles —dijo Ravezio bajando la voz a un tono más serio.

—Hay diferentes grados de crueldad. El peor castigo que he visto es el que le infligió a Theron, uno de sus esclavos, hace muchos años. —Su habitual sonrisita dio paso a un gesto que destilaba demasiada vulnerabilidad para un hombre como Dravien, sin duda entrenado para ser encantador, taimado y completamente inescrutable. La expresión que le crispaba el rostro era demasiado clara para confundirla con cualquier otra emoción que no fuera el miedo—. He visto a hombres sufrir y morir de maneras horribles. Si les hubieran dado la oportunidad, sin duda habrían luchado por su derecho a seguir respirando. Pero nunca he oído a un hombre gritar tan desesperadamente como la noche que ella lo colgó de unas cadenas. Está la tortura y luego está lo que va más allá. —Dravien se apresuró a levantar su vaso para echar otro trago y Kazhimyr reparó en que le temblaba la mano.

—Fuimos prisioneros en las minas —dijo Kazhimyr—. Me llegaron rumores de su crueldad.

Con la mirada baja, Dravien sonrió.

—Las anécdotas que hayáis oído no son más que una sombra. Quizá vuestro amigo fuera su favorito, pero creedme: tras su máscara de normalidad, se ocultan las pesadillas, las voces, el temor a que cuando menos se lo espere ella lo encuentre. Sin duda, lo ha buscado en la tierra de los mortales. Ni siquiera la amenaza de hambruna y enfermedad impide que vaya tras lo que considera suyo.

—¿Te ha ofrecido dinero?

Con una mueca de desprecio, Dravien agitó la bebida en su vaso.

—A un esclavo no se le ofrece dinero. Está obligado a hacer lo que se le ordena.

A Kazhimyr le preocupó la facilidad con que aquel desgraciado había despertado su compasión.

—Voy a mear. —Ravezio dejó su vaso a un lado y se levantó.

—Procura apuntar a sotavento. Esta noche las olas están bravas, así que te conviene agarrar algo aparte de tu polla para no caerte.

Kazhimyr se rio por lo bajo al oír eso. Las náuseas habían remitido un poco, lo que le permitió tomar un trago de cerveza.

—Creo que yo también tengo que ir a echar una meada.

Dravien asintió, con una mirada que delataba que aún estaba sumido en sus pensamientos.

Cuando Kazhimyr se puso de pie, constató dos cosas: que el tiempo que llevaba a bordo no había bastado para que aprendiera a mantener el equilibrio en un barco y que el alcohol que había consumido no había aplacado el borboteo en su estómago, como esperaba. Tambaleándose con el balanceo del buque, subió por la chirriante escalera hasta la cubierta superior. Las rachas de viento le hicieron aún más difícil avanzar hacia la proa y la claridad moribunda del ocaso lo obligó a entrecerrar los ojos para buscar a Ravezio en la penumbra.

Se volvió en todas direcciones, intentando localizar a su amigo,

cuando de pronto oyó un grito que le erizó el vello de la nuca. Con paso vacilante, se acercó a la borda y se asomó, escrutando la negrura del mar.

Unas manos emergieron de golpe, agitándose.

—¡Socorro! —gritó Ravezio y, sin vacilar un instante, Kazhimyr se despojó de la funda de la espada que llevaba a la espalda y se zambulló de cabeza.

Aunque las oscuras aguas estaban heladas, a Kazhimyr le parecieron tibias, pues la temperatura de su sangre se autorregulaba con rapidez gracias a sus dones mágicos. Abriéndose paso en el embravecido oleaje, se dirigió hacia su amigo, que no conseguía mantener la cabeza fuera del agua.

Kazhimyr notó que algo le golpeaba la pierna, pero siguió nadando hacia el otro letalisz sin darle mayor importancia. Cuando por fin lo alcanzó, este se había hundido de nuevo bajo la superficie. Kazhimyr se sumergió tras él. Un tenue resplandor iluminaba el agua bajo sus pies y, al ver algo pasar rápidamente junto a él, se dio la vuelta. Acto seguido, algo le pasó por el otro lado.

¿Tiburones?

No podía distinguirlos, por la velocidad y fluidez con que se desplazaban en el agua. Asió a Ravezio del brazo y tiró de él hacia arriba. Ambos emergieron a la vez y aspiraron una gran bocanada de aire.

Ravezio tosía y escupía agua mientras Kazhimyr permanecía pendiente de las cosas que se movían debajo de ellos.

—Me han… arrastrado… al agua.

—¿Qué son?

—Creo que son las syrenias… de las que hablaba Dravien… Han intentado morderme, pero… creo que mi sangre no les ha gustado mucho. —Soltó una risita entrecortada, agarrándose del hombro de

Kazhimyr para no hundirse—. Putas arpías marinas.

El barco se alzaba como un faro fuera de su alcance, así que Kazhimyr apretó los dientes. Una punzada intensa en la parte posterior de la pierna lo hizo sacudirse hacia delante.

—¡Me cago en la leche!

—Están jugando con nosotros.

—Vamos a ver qué tal se les da nadar en hielo —gruñó alargando la mano y extendiendo una bruma blanca sobre la superficie del agua. Las olas se solidificaron, erguidas ante ellos como gigantes de cristal. Sus cuerpos flotaban en un círculo de agua que iba reduciéndose conforme el hielo ganaba terreno en torno a ellos. Kazhimyr tiró de Ravezio hasta el borde de una extensión plana y, de un solo impulso, lo aupó.

El letalisz luchó por aferrarse al hielo, pero resbaló y volvió a caer al agua con un chapuzón.

—¡Resbala mucho, joder!

—Deja que vaya yo delante. —Kazhimyr cerró los puños y unas púas pequeñas brotaron en su piel. Trepó por la pared de hielo hacia la superficie plana y se detuvo un momento para tomarse un respiro.

—¿Te importaría darte prisa? Esas criaturas no paran de rozarme las piernas.

—Deben de haberse acercado nadando por debajo del hielo. —Con las púas de una mano clavadas en la superficie, descolgó el otro brazo por el borde para que su amigo se agarrara a él y lo izó hasta la superficie.

Una vez fuera del agua, Ravezio apoyó la cabeza en el suelo, tiritando.

—Me parece que tengo que mear otra vez.

—Yo en tu lugar no me sacaría la polla todavía. —Kazhimyr oteó la oscuridad en busca de algún rastro de tierra, pero no había nada

más que mar abierto bajo la tenue luz de la luna. Aún vislumbraba el barco, que estaba a una distancia considerable y seguía alejándose, pero era imposible que consiguieran nadar más deprisa que las criaturas que acechaban en las profundidades—. ¡Mierda!

—¿Y ahora qué? —preguntó Ravezio.

—Solo nos queda esperar que el besugo de las orejas puntiagudas se percate de nuestra ausencia.

Ravezio sacudió la cabeza.

—No cuentes con ello.

Un golpe sordo bajo sus pies hizo caer de rodillas a Kazhimyr.

—Por los siete infiernos, ¿qué ha sido eso?

Se oyó otro porrazo y el ruido de algo al resquebrajarse atrajo su mirada hacia atrás, donde unas grietas profundas se extendían por el hielo. Un tercer impacto acabó de partir el hielo y los dos quedaron a la deriva sobre una pequeña placa que medía de ancho lo que ellos de alto flotando hacia el centro del círculo de agua.

—Esto cada vez se pone mejor. —Ravezio se levantó hasta quedar de rodillas, con las manos apoyadas—. Si esas zorras acuáticas no nadaran tan deprisa, las convertiría en anclas decorativas.

—Por desgracia, me temo que son demasiado listas para eso.

El hielo empezó a bambolearse, al principio con lentitud. No era más que un suave balanceo. Una advertencia.

—Agárrate —advirtió Kazhimyr al tiempo que el movimiento arreciaba a Ravezio, que palpaba el hielo que los rodeaba en busca de algún hueco en el que afianzar los dedos—. ¡Cógeme del brazo! —Como si las arpías del mar estuvieran debajo, zarandeando el iceberg desde los lados, el bamboleo se volvió violento y cada elevación brusca amenazaba con arrojarlos al agua—. ¡Aguanta! —Kazhimyr clavó más profundamente los pinchos de sus palmas,

contrayendo los músculos en su esfuerzo por sujetarse a la superficie glacial. Cuando esta se inclinó hacia arriba una vez más, Ravezio se soltó sin querer del otro letalisz y resbaló un buen trecho por su cuerpo, pero pudo agarrarse a su pierna.

Kazhimyr desclavó las manos justo cuando el hielo se escoraba hacia el otro lado y ambos se deslizaron en la dirección contraria. Asestó una fuerte palmada en el hielo para anclar la mano y se preparó para otra sacudida.

Sin embargo, la placa de hielo flotante recuperó con suavidad su posición horizontal sobre el agua. Los dos se miraron.

Todo estaba tranquilo. No se oía ni un chapoteo procedente de abajo.

Cuando Kazhimyr se atrevió a asomarse por el borde, descubrió que una sustancia nacarada se extendía sobre el agua desde el hielo.

—¿Qué demonios es eso?

Ravezio se acercó deslizándose y echó un vistazo por encima del borde.

—Si en medio de todo el follón has tenido tiempo de cascártela, te felicito.

Un agudo chillido le hizo vibrar el cráneo a Kazhimyr y ambos se llevaron las manos a los oídos.

—¡Por los huevos de Castero! —Ravezio apretó los dientes—. ¡Me va a estallar la cabeza!

Un chasquido estruendoso traspasó las manos de ambos, que tenían sobre las orejas, y un objeto frío y húmedo golpeó a Kazhimyr en la cara. Al abrir los ojos vio que un reluciente pegote rosa caía sobre el hielo mientras se incorporaba. Del cielo llovían más pegotes y trozos.

Los dos miraron alrededor, desesperados, pues había brazos,

orejas y aletas dispersos en torno a ellos. Más abajo, en el agua, flotaba lo que Kazhimyr estaba seguro de que eran órganos y extremidades de syrenias. El iceberg dio un bandazo hacia la extensión de hielo del que se había desgajado y ambos pasaron a toda prisa a su superficie, firme y despejada. Al fijarse en el agua, vieron una figura elevándose hacia ellos.

Kazhimyr aguardó con la mano extendida, listo para disparar una descarga de hielo…, hasta que, al fin, una cabellera de color verde oscuro atravesó la superficie.

Bajó el brazo.

—¿Dravien?

—¿Os importaría ayudarme a salir? En cualquier momento vendrán los tiburones a comerse los restos. —Alzó la mano y Kazhimyr lo izó de un tirón hasta la plataforma de hielo. Las largas púas negras que le sobresalían de la espalda se hundieron bajo su ropa hasta desaparecer.

—No es la carne lo que los atraerá, sino el tremendo poderío de tus huevazos. —dijo Ravezio con una risa agarrándolo del otro brazo para ayudarlo a subir las piernas al iceberg.

—¿Esto es obra tuya? —preguntó Kazhimyr al ver la parte inferior del cuerpo de una syrenia, una aleta escamosa plateada, retorciéndose en el agua, sin duda porque un tiburón le había hincado el diente.

—A veces puedo ser útil. Heroico, incluso.

—Por la sangre de los dioses, ¿qué has hecho? —exclamó Ravezio al contemplar el agua.

—Las púas de mi espalda liberan una toxina que se extiende con rapidez por el agua y se les mete en las branquias. El líquido se va acumulando dentro de su cuerpo sin poder salir hasta que revientan.

Con un resoplido, Ravezio se apartó del borde.

—Y yo que estaba convencido de que te habías largado sin nosotros.

—Créeme que ganas no me han faltado.

—La maldición ya tiene que ser tremenda si puede obligarte a saltar al agua helada. Eso, o tienes el corazón más grande y generoso del mundo. —Ravezio se llevó la mano al pecho y soltó una risotada.

Dravien puso los ojos en blanco y dirigió la mirada hacia el barco.

—El capitán ha echado el ancla, pero no puede acercarse al hielo. Si construyeras un camino, eso nos permitiría cubrir gran parte del trecho a pie.

—Creo que puedo apañármelas. —Kazhimyr se levantó y su entorno cambió. Sacudiendo la cabeza, alargó la mano y lanzó una descarga de niebla, expandiendo la superficie sobre la que se encontraban. A lo lejos, el buque empezó a oscilar y a difuminarse en su campo de visión, que se ampliaba y estrechaba hasta que empezó a hacerse cada vez más pequeño.

—Mierda. Lo han mordido. —Fue lo último que oyó decir a Dravien antes de que la oscuridad lo envolviera.

50

Maevyth



Fuera lo que fuera aquella sala bajo la iglesia, tenía paredes de piedra altas y arqueadas, tan altas que incluso habría cabido Raivox, si es que se le hubiese ocurrido entrar al templo por allí. Era como una especie de refugio subterráneo del que yo no había sabido nada durante todo el tiempo que había vivido en Foxglove, pero, por la mampostería antigua y los impresionantes pilares tallados, estaba claro que llevaba allí siglos.

En un extremo del enorme espacio había un altar con cruces y velas. En las otras tres paredes se habían excavado nichos, refugios en la piedra, con paja, mantas y velas de llama temblorosa en su interior. Para dormir, por lo que parecía.

Un plácido entorno que contrastaba con la horda de lugareños que nos rodeaba, todos ellos armados.

—¿Qué es este sitio? —susurré, rodeada por la multitud. Serían al menos un centenar, pero ninguno me miró directamente más de un segundo seguido.

—Una cripta —respondió mi padre—. Aquí es donde están enterrados los antiguos líderes religiosos. Deben de haber extraído los cadáveres.

—¿Duermen donde dejaban cuerpos para que se pudrieran? —protestó Aleysia arrugando la nariz—. Repugnante.

—No más repugnante que verte devorar un frasco de hígados crudos —dije yo buscando con la vista algún hueco, alguna brecha.

La multitud se separó y Sacton Crain entró en el halo en el que nos encontrábamos. El repiqueteo de su báculo contra el suelo me puso de los nervios.

—¡En este círculo se hayan retenidas las manzanas podridas de nuestra santa parroquia! —dijo con una mueca de desprecio, aunque el temblor de su voz lo delataba—. ¡Aquí tenemos a la bruja, al hereje, a la ramera incestuosa y a una infecta culebra de mar!

—¿Culebra de mar? —susurró Corwin a mis espaldas—. Ni siquera me gusta el mar. Me mareo.

—Ramera… —dijo Aleysia con una risa amarga—. ¿Y qué lo llamamos a usted, Sacton Crain? ¿A un hombre que disfruta de los placeres que ofrecen las rameras?

—¡Demonio blasfemo! Cada palabra que sale de su boca es un veneno diabólico.

—Y usted es un hipócrita —replicó Aleysia— que vierte su veneno en la mente de toda una congregación. Dígame, ¿dónde están sus pantalones, ¿eh? —añadió señalando con un gesto su larga túnica roja—. Apuesto a que no lleva nada debajo.

Los aldeanos murmuraron, impresionados.

Sacton Crain arrugó el semblante en una mueca de rabia.

—Tendría que haberte enviado a la pira en lugar de al bosque. ¡A las dos! —Se acercó a mí a toda prisa, con la túnica ondeando tras él—. ¡Y recordad a esta! Los huesos que le salen de las manos. El

modo en que dirigió aquel carro para que aplastara a la pobre Lilleven. ¡Y ahora, esa monstruosidad que le brilla en la mano ha convertido a uno de nuestros soldados en polvo!

Corwin suspiró.

—Eso debe de haber pasado después de que me desmayara y me lo he perdido.

—¡Un simple contacto y puf! —dijo Crain con un movimiento dramático de las manos—. ¡Todos estamos malditos para el dios rojo por su culpa! Desde el día en que nació, ha buscado el modo de castigarnos. ¡Miradle los ojos, plateados, como los del diablo! ¡Ya es hora de librarnos del mal que se ha introducido en el rebaño de Dios de una vez por todas!

La multitud murmuró, asustada, y avanzó, obligándonos a retroceder hacia el altar.

—¡El dios rojo hablaba de la Aniquilación, el castigo para los pecados de quien no se arrepiente! Mi buena gente, tenemos que purgar la parroquia, ofrecerle a nuestros mayores pecadores en un único sacrificio.

La gente gritó, mostrando su aprobación, y su condena resonó entre las cuatro paredes.

—Supongo que es un mal momento para reconocer que siempre me has gustado —me susurró Corwin al oído—. La ropa negra resultaba algo repetitiva, pero eres muy guapa, a pesar de que parezca que estás siempre de duelo.

—Ahora no, Corwin —dije sin apartar la vista de la multitud, que parecía sedienta de sangre, lo que no iba a hacer posible apelar a su empatía.

—Por supuesto. Pensé que debía decírtelo, dado que vamos a morir todos. Qué momento más romántico, la verdad, arder juntos en la pira. No muchos hombres pueden decir que están dispuestos a

arder por ti.

—¡Ya vale, Corwin! —le gritó Aleysia.

—Lo siento. Me pongo nervioso cuando me da por hablar…, esto… Me da por hablar cuando estoy nervioso. También me dan gases. Oh, Dios…, ¿el metano es inflamable?

Aleysia gruñó, desesperada, pasándose las manos por el cabello.

—Por Dios, que alguien me prenda fuego ya.

La multitud seguía presionando. Sus armas formaban un muro de pinchos y hojas afiladas que nos iban haciendo retroceder gradualmente. Me di la vuelta, buscando una escapatoria, pero la única vía de escape se encontraba en el extremo opuesto de la cripta, del otro lado de la multitud.

El suelo crujió bajo mis botas. Al bajar la vista vi ramitas, paja y un trapo engrasado colocado allí con intención, para que el fuego prendiera. Todo aquello formaba un círculo sobre una superficie de hierro en la que había huellas grabadas.

Un hombre con una túnica de clérigo le dio a Sacton Crain un haz de leña en forma de antorcha. El sacton cruzó el círculo en dirección a un brasero, en la esquina del altar, y metió la punta de la antorcha, que prendió enseguida, poniéndome de los nervios. Cuando él se dio la vuelta, la leña crepitaba y chisporroteaba.

Yo ya me había acostumbrado a la llama negra de Zevander —que era más como una mascota que un elemento—, pero ese fuego era diferente. De todos modos, había visto esas llamas infernales tragándose a hombres y mujeres inocentes, igual que ocurría con el fuegoscuro. No, el fuego que yo conocía era lento, agónico, devoraba a su ritmo, saboreando la carne que quemaba.

—Morirán en la hoguera. ¡Sus gritos de sufrimiento marcarán el fin de los nuestros! —proclamó Crain con un grito agudo.

La multitud respondió con chillidos de asentimiento.

—¡El dios rojo nos levantará la maldición! ¡Nos perdonará la vida!

La intensidad con que respondía la gente me puso de los nervios. Que todo un pueblo se mostrara tan emocionado ante la perspectiva de ver a cuatro inocentes ardiendo en la hoguera —y que no hubiera ni uno siquiera que lo cuestionase— dejaba claro el poder que tenía Crain sobre ellos. Parroquianos que, en otras circunstancias, quizá me hubiesen sonreído en la plaza del mercado. Solo podía imaginármelos podridos por dentro bajo la fachada de su rostro extasiado.

Corwin gimoteó a mi espalda:

—Siempre he temido morir quemado. No se me ocurre nada más doloroso.

—¡Dejadlos marchar!

El grito lo profirió una voz familiar y, de pronto, vi al gobernador Grimsby cojeando, apoyado en una muleta que llevaba encajada bajo la axila. Con el rostro demacrado y cetrino, miró a sus convecinos. Odiaba tener que reconocerlo, pero verlo fue un alivio.

—Por el amor de Dios, ¿es que no hemos sufrido suficiente? ¿No hemos hecho suficientes sacrificios? Yo ya estoy cansado. Cansado de las constantes exigencias del dios rojo. —Nos señaló con la mano —. Esos cuatro no son más aterradores que las bestias de las que nos escondemos tras estos muros. ¡Dejadlos marchar! Podemos vivir en paz. Basta de muertes. Basta de hogueras. ¡Ya hemos perdido a demasiada gente! ¡Hemos dejado que *los niños* se mueran de hambre, por Dios! ¿Y para qué? ¡No ha cambiado nada! No estamos mejor que antes.

—Necio traidor —le espetó Sacton Crain—. Nunca me has gustado ni he confiado en ti.

—Nunca has aceptado ningún punto de vista que supusiera un

desafío al tuyo. Has gobernado esta parroquia con mano de hierro, pero ya no pienso quedarme callado nunca más.

Apenas había acabado de pronunciar esas palabras cuando una hoja afilada le abrió el cuello en dos.

Me quedé sin respiración, con la mirada fija en el hombre que le había clavado la espada. Tenía una mirada de pura maldad en el rostro. La serpiente negra que llevaba tatuada en el cuello lo identificaba como uno de los Sierrahuesos del gobernador Grimsby, matones usados para conseguir que los deudores pagaran dando un escarmiento a los que no lo hacían. En el momento en que el gobernador cayó de rodillas, tosiendo y escupiendo sangre, sentí un escalofrío en la nuca, que se hizo aún más intenso cuando los aldeanos se le echaron encima y le clavaron sus lanzas.

—¡Parad! —grité, pero ellos seguían adelante, clavándole sus armas mientras el charco de sangre se iba haciendo más grande.

Con la respiración entrecortada, me volví hacia el sacton y observé su expresión de satisfacción. El hombre levantó la barbilla, con los ojos brillantes, orgulloso de su autoridad. Intocable. Nadie se habría atrevido a ir en su contra.

Aquello me recordó los días en que se plantaba ante la congregación y sentenciaba a las mujeres a las que acusaba de brujería, silenciando cualquier voz que se atreviera a llevarle la contraria. Horrorizada, me quedé contemplando cómo atacaban sus discípulos a un hombre ya herido de muerte, disfrutando con ello.

—En nuestro rebaño no hay sitio para los herejes —declaró con una tranquilidad nauseabunda.

—Esto es una abominación de la voluntad de Dios —replicó mi padre a mi espalda con la voz temblorosa—. ¡Ojalá el dios rojo te fulmine aquí mismo!

—Hablas como un perfecto hereje —dijo Crain con una sonrisa

maliciosa—. Quizá debas ser *tú* el siguiente en probar el hierro de sus lanzas.

Aleysia soltó una carcajada que se abrió paso entre los gritos de excitación de la muchedumbre.

—No mataste a mi padre cuando regresó de Lyveria. ¿Por qué? ¿Por qué lo dejaste vivir? ¿Fue porque no te creíste las visiones que tuvo o porque temías que fuesen ciertas? ¿O acaso tuvisteis la misma visión?

Sacton Crain palideció.

—Sí, a ti también te las enseñaron —dijo ella, decidida a seguir con su ataque—. ¿Quién fue? ¿Quién te habló de la Aniquilación?

Atónita, me volví hacia Aleysia y luego hacia atrás, intrigada, por si había visto u oído algo que a mí se me hubiera pasado por alto.

El sacton se quedó mirando al infinito, perdido en sus pensamientos, y en sus ojos apareció una innegable sombra de miedo. Tiró la antorcha sobre la paja y el corazón se me encogió en el pecho al ver que el fuego prendía a toda velocidad, acorralándonos en un círculo de llamas.

Me di la vuelta desesperada, buscando una vía de huida. Sentía el calor en la piel y vi que del otro lado de las llamas los parroquianos se acercaban aún más, creando un muro de lanzas.

—¡Ayudadnos! —gritó Corwin a mi espalda corriendo hacia el tramo donde aún no había llegado el fuego. De todos modos, prendió enseguida, antes de que pudiera atravesarlo, y las furiosas embestidas de las lanzas de los aldeanos lo hicieron quedarse donde estaba.

Me agarré el cuerpo con las manos y me volví hacia mi padre, que se acercaba cada vez más.

—¡No dejéis que prenda la ropa!

De pronto resonaron en la cripta las siniestras notas de una

canción, *El lamento del pecador*. La conocía bien, de otras ejecuciones en la hoguera y ceremonias de destierro.

El calor de la pira me dejó sin aliento. Las llamas iban creciendo en tamaño, alimentadas por el aceite.

—El suelo está empezando a calentarse —dijo Corwin, presa del miedo, dando saltitos sobre sus pies desnudos.

Aleysia y mi padre tampoco iban calzados.

—¡Ay, cada vez quema más! ¡No soporto el contacto con el suelo! —exclamó Corwin iniciando una danza frenética sobre el metal.

Noté una mano fría cogiendo la mía y, al volverme, vi a Aleysia mirándome, pero, en lugar de la expresión de terror que recordaba de la noche de su destierro, mostraba una mueca socarrona.

—Te llaman bruja, Maevyth. Dales algo a lo que tener miedo.

De pronto sentí una inyección de adrenalina al mirar al rebaño de feligreses y recordé que ya no era una niña asustadiza y que no tenía motivo para temer mi poder. Levanté el brazo y extendí la mano hacia Sacton Crain.

—Te daré una oportunidad para que nos dejes salir de aquí en paz.

La pira iba creciendo por momentos, y la sombra de miedo que había visto en sus ojos se tornó en un gesto de cruel diversión.

—Aquí no nos sometemos a los poderes del mal, niña. Lo quemamos.

Le lancé una ráfaga de Aeryz que lo hizo caer hacia atrás, sobre sus parroquianos, y un repentino viento abrió un hueco en el círculo de llamas. Un grito de asombro colectivo reverberó en la cripta y los cuatro escapamos del anillo de fuego, apartándonos del ardiente metal, mientras la multitud se apresuraba a cerrarnos la vía de escape, conteniéndonos junto al fuego. Peligrosamente cerca de él.

—¡Tenemos que… acabar con la bruja! —gritó Sacton Crain tendido en el suelo llevándose una mano al pecho, pues le costaba respirar—. ¡O nos… nos matará a todos!

Los aldeanos cerraron el cerco, con las armas en ristre y la mirada vacía. Cualquier resto de humanidad que les quedara quedaba oculto tras aquella máscara de crueldad.

—¡Bruja, bruja, bruja! —coreaban al unísono.

Cerré los ojos y, a pesar de lo nerviosa que estaba, conseguí invocar el látigo de huesos, que se extendió desde la palma de mi mano y restalló en el suelo, atravesando la barrera de fuego.

El coro de voces se convirtió en un cúmulo de gritos de terror y unos cuantos se apartaron de un salto.

—Por favor, no me hagáis hacer esto. ¡No quiero herir a nadie!

Un latigazo haría que les explotara el cuerpo, igual que había hecho con los monstruos en que se habían convertido los Primsley.

—¡Dame a mí ese látigo, Maevyth, a mí no me importaría reventar a unos cuantos! —dijo Aleysia extendiendo la mano para levantarlo, pero pesaba demasiado para ella—. ¡Por los dientes del diablo, esto debe de pesar una tonelada! ¿Cómo puedes moverlo?

Fruncí el ceño y lo recogí sin gran esfuerzo. Al tirar de él restalló contra uno de los parroquianos, y el brazo del señor Morvenne salió volando, separándose de su cuerpo, cayendo con un golpetazo seco en el suelo, haciendo que los que tenía al lado se pusieran a chillar.

Aleysia soltó un grito ahogado que se transformó en una risita. Al volverme hacia ella, me fijé en que tenía las pupilas dilatadas de un negro profundo, como la tinta.

La multitud retrocedió unos pasos, manteniendo las distancias, pero siempre en guardia.

—¡No dejéis que se escapen otra vez! —les gritó Sacton Crain apoyando su báculo en el cemento para levantarse—. ¡Son

esenciales para acabar con esta plaga y salir de esta maldita tumba!

Un estruendo aterrador hizo vibrar las paredes y todos se quedaron paralizados.

Se hizo el silencio.

Otro estallido, como un trueno, y todos los ojos se clavaron en las enormes puertas de hierro en el extremo opuesto de la cripta.

—¡Los infectados! —exclamó Sacton Crain señalándome con su báculo—. ¡Nos los ha traído ella!

La puerta de hierro salió volando, reventando las bisagras, y cayó al suelo con un repiqueteo metálico que hizo que el suelo temblara.

Todos se pusieron a correr frenéticamente chillando como locos.

En el lugar que antes ocupaba la puerta estaba Zevander con su enorme escorpión, que se encogió lo justo para poder pasar y luego recuperó su colosal envergadura.

—Por el amor de Dios, ¿eso qué es? —preguntó Corwin con voz temblorosa.

—El motivo por el que no está interesada en ti —respondió Aleysia.

51

Zevander



Zevander pasó la mirada por la multitud, que intentaba ocultarse en los pequeños nichos de las paredes, abriéndole paso hacia los pocos que estaban frente al altar con un arco de llamas tras ellos. Cuando localizó a Maevyth, la observó desde lejos en busca de cualquier indicio de heridas. También observó la plataforma en la que se encontraban y notó un leve olor a carne quemada en el aire. Estaba claro lo que habían intentado hacer y la vista se le fue al hombre con túnica que se hallaba de pie en un lado con un elaborado báculo en la mano. Se lo quedó mirando un momento: sus rasgos le trajeron a la mente un recuerdo lejano, difuso.

Ese rostro.

Lo conocía.

«Sosteniendo la cruz frente a la niña. Gritos. Sangre goteando en el suelo».

De pronto algo se revolvió en su pecho, como si un puñado de serpientes despertaran de su letargo. Calificar lo que sentía de rabia

era demasiado simplista. No era una emoción tan básica lo que le recorría las venas, sino algo frío, un instinto depredador. La sangre le bullía y su campo de visión se estrechó, centrándose en aquel hombre, convertido en diana de su ira.

El hombre pareció perder la compostura al verlo. Dio un paso atrás, y luego otro.

El escorpión de Zevander volvió a colarse bajo su piel mientras él avanzaba con paso firme, como una tormenta furiosa, cruzando la cripta. Ya tenía la mano en la empuñadura de la espada, que fue desenvainando a medida que avanzaba sin darse cuenta siquiera.

La arrogancia y la obstinación de que había hecho gala el viejo solo unos momentos antes se habían desvanecido y miraba a su alrededor asustado, sin duda buscando dónde esconderse.

Pero era demasiado tarde.

Antes de que pudiera apartarse, Zevander alargó la mano, lanzando al viejo contra la pared que tenía detrás. No tuvo tiempo de caer, porque al momento Zevander lo tenía agarrado por la garganta, con una furia reflejada en sus ojos que prometía una muerte dolorosa.

—Por favor… —El viejo se estremeció, agarrado como estaba. por el cuello, mientras el sudor le caía por las sienes—. No sé… quién eres, pero…

—Sí sabes quién soy —gruñó Zevander—. Y yo sé quién eres tú, *Sacton Crain*. Has intentado llevarte lo que es *mío*.

El hombre frunció el ceño observándolo, quizá recordando su voz de algún sueño lejano.

—Te recuerdo bien —prosiguió Zevander—. Cómo la atormentabas. Le cortaste el cabello y la encerraste en una celda, como un animal. La llamabas «expósita», como si fuera un desecho de la sociedad. Oh, sí, recuerdo cada momento con una claridad que

tendría que hacerte temblar de miedo.

Crain boqueó como un pez, buscando una respuesta.

—¡Aquel… demonio… de cuando… dormía!

Zevander esbozó una sonrisa siniestra.

—No. Los demonios se llevan tu alma a cambio de un favor. Yo simplemente quiero oírte chillar de dolor por lo que hiciste. Le rasgaste la piel. La hiciste sangrar.

—¿Cómo… cómo sabes eso?

Esa vez fue Maevyth la que habló, y el temblor de su voz, como si fuera una frágil ala de mariposa, atrajo la atención de Zevander, que la vio de pie a su lado con los ojos llenos de lágrimas.

Cuánto le habría gustado envolverla en sus brazos en aquel momento, pero la rabia le atenazaba los músculos, por lo que aumentó aún más la presión sobre la garganta del hombre, disfrutando al verlo cada vez más congestionado.

—Yo estaba ahí —dijo Zevander inexpresivo, sin apartar la vista del sacton.

—Eso ocurrió hace años. Ni siquiera sabíamos de la existencia del otro.

—He sabido de tu existencia desde que era un crío.

Maevyth soltó una risita nerviosa.

—Yo no existía cuando tú eras un crío.

Zevander apartó la vista del viejo una vez más y habló en voz baja, a pesar de la tensión que le atenazaba la garganta.

—Me llamabas «ángel».

Maevyth dio un paso atrás, perpleja, sacudiendo la cabeza lentamente.

—Tú… Tú eres… No es posible.

—Yo veía visiones en la oscuridad. Me llamabas «ángel». Y me rogaste que te llevara lejos de aquí.

Maevyth se llevó los dedos a los labios, igual que había hecho aquella noche, cuando la había besado, negándose a aceptar lo que estaba oyendo.

—Estaba enferma. Oía voces.

—Oías *mi* voz. Mi voz diciéndote que no permitiría que te quemaran en la hoguera. Eran mis labios los que tocaron los tuyos.

Le rodó una lágrima por la mejilla y negó con la cabeza con más fuerza que antes.

—No. No, yo… —Se estremeció, presionándose la boca para contener el violento torrente de emociones que se estaba desatando en su interior—. Estaba delirando. Oía voces y…

—Fueron *ellos* los que te contaron esas mentiras, pero te aseguro que yo estaba contigo. Te di calor con mi llama cuando ellos te dejaron temblando de frío.

—Tendrías que haber muerto con tu madre —replicó Sacton Crain arrugando el semblante—. Demonio de ojos plateados.

Zevander se volvió de nuevo hacia él, haciendo que el viejo se encogiera del miedo con los labios apretados. El asesino había aprendido a controlar la rabia, a dejarla macerar, y a golpear en el momento menos esperado. Le haría sentir dolor hacia el final de la noche, pero aún no, en vista de que el viejo acababa de abrir la puerta a muchas preguntas pendientes.

—¿Qué sabes tú de mi madre? —le preguntó Maevyth, y Zevander lo retó a guardar silencio clavándole la punta de los dedos en el carnoso cuello.

Sacton Crain apartó la vista y luego miró a Zevander:

—Suéltame y os contaré todo lo que queráis saber.

Zevander esbozó una sonrisa oscura y le colocó la hoja de la espada bajo la barbilla al tiempo que lo soltaba. Habría podido silenciarlo definitivamente con un movimiento rápido de la mano,

pero al sentir el suave contacto de la mano de Maevyth en el brazo se abstuvo de hacerlo.

—No. Deja que hable —dijo ella. A regañadientes, Zevander bajó la espada.

Pasó la mirada por la cripta y se encontró con las miradas de miedo de los aldeanos, que lo observaban desde los pequeños nichos. Ninguno se atrevía a dar la cara.

«Patéticos mortales».

—¿Conociste a mi madre? —dijo Maevyth, haciendo que Zevander volviera a fijar la mirada en Sacton Crain.

El sacton miró con rabia a Zevander y se frotó el cuello con la mano.

—Pues sí, muy íntimamente. Era una joven muy callada pero obediente hasta que empezó a contar por ahí sus historias blasfemas. Una hereje en todos los sentidos.

—¿Y fue ella quien me dejó junto al Bosque Voraz?

—No. Te dejó una acólita, que nunca volvió.

Maevyth se quedó en silencio un momento, pensativa.

—Entonces no me abandonó —dijo frunciendo el ceño y volviendo a fijar la mirada en Sacton Crain—. Fuiste tú. Tú ordenaste a la acólita que me dejara en el bosque.

Sacton Crain clavó la vista en Zevander, que pasaba el pulgar por el afilado borde de la espada, pero no se molestó en responder. Su silencio respondió por él.

—¿Mi madre era vonkovyana?

—Lyveriana —dijo escupiendo la palabra como si le supiera a rancio—. Una mera esclava.

Zevander sentía que las manos le ardían de las ganas que tenía de verlo escupir sangre, de darle muerte y ver cómo se le apagaban los ojos.

—¿Una esclava?

La tristeza en la voz de Maevyth era el único sonido capaz de hacer reaccionar a Zevander, dominado por el odio.

—No valía nada —añadió Crain con total indiferencia, como si su vida no corriera peligro.

Con los dientes apretados, Zevander se le acercó aún más y observó cómo se le erizaba el vello de la mejilla.

—¿Recuerdas lo que te dije hace tantos años? ¿Lo que te susurré al oído mientras dormías?

Al sacton le temblaron los labios.

—*Mor samanet*. La muerte aguarda. El destino no te ha tratado bien, viejo.

Podría haberlo quemado vivo o haberle clavado la espada en la garganta, pero ambas opciones habrían sido demasiado rápidas, demasiado compasivas. Zevander dio un paso atrás, extendió la mano y de debajo de su piel apareció un escorpión.

Verlo sucumbir al veneno, a una muerte mucho más lenta, resultaría mucho más satisfactorio.

Sacton Crain abrió los ojos como platos y la respiración se le aceleró. El ego del viejo, hinchado durante tantos años, se encogió con un mísero gemido. Al fin sabía lo que significaba sentirse pequeño e indefenso, estar aterrado.

—No. Suéltalo —dijo Maevyth, para decepción de Zevander, que frunció el ceño—. Podría haberme matado y no lo hizo. Si fue por miedo o por compasión, eso ya no importa. Nada de eso importa ya. —Recorrió la cripta con la mirada—. Ya no quiero saber nada de esta parroquia. De ninguno de ellos.

Zevander volvió a fijar la vista en Sacton Crain y se pasó la lengua por los dientes.

—Si estás vivo, es solo gracias a su compasión. Si por mi fuera,

te derretiría por dentro y me regodearía viéndote chillar de dolor. Recuerda esto. Recuerda que la niña a la que atormentaste te ha salvado la vida.

Con la punta de la espada, Zevander le hizo un pequeño corte en la mejilla a Sacton Crain, que se estremeció y se llevó una mano temblorosamente a la herida abierta. Zevander lo miró con desprecio y siguió a Maevyth por la silenciosa cripta, sintiendo la mirada de todos aquellos ojos cobardes mientras se dirigían a la salida, con Aleysia y los otros dos tras ellos.

—¡Al menos tu madre tenía agallas! —La risa de Sacton Crain tenía un punto de crueldad y locura.

Zevander no pudo evitar sonreír. Estaba claro que aquel tipo había perdido la cabeza, desafiando al alma caritativa que lo había salvado de la muerte.

Unos pasos más adelante, Maevyth se detuvo y se dio media vuelta.

—Luchó hasta que le corté el cuello y me quedé viendo cómo se desangraba. Tú, en cambio, eres dócil y blanda como un pergamino viejo.

Aleysia meneó la cabeza.

—Mira, Maeve, si no lo haces tú…

—Calla, Aleysia. —Ladeando la cabeza, Maevyth se acercó a Sacton Crain—. ¿Tú *mataste* a mi madre?

—No tuve elección. Con solo verte supe que tenía el mal en el cuerpo.

Maevyth volvió junto al viejo y, viendo que Zevander iba a su lado, le puso una mano en el pecho.

—No.

Una vez más, lo dejó esperando, como un perro de ataque atado a una correa. En otras circunstancias, Zevander habría sentido el

impulso de ignorar su orden y matarlo, como se había jurado que haría, pero, por mucho que deseara ver sufrir a aquel hombre entre sus manos, era consciente de que le tocaba a Maevyth vengarse. Se trataba del hombre que la había atormentado, que le había causado tanto dolor. No tenía derecho a arrebatarle aquel momento.

Al principio, Maevyth se quedó callada, asimilando las palabras del viejo.

—Habrías podido guardar silencio y yo habría pensado que, por algún motivo, a ella también le habías perdonado la vida. Habría alabado tu acto de compasión, por mucho que hubiese ido acompañado de tanta crueldad. Pero querías que lo supiera. Querías que fuera consciente de tu brutalidad, de tu odio. ¿Verdad?

En los labios del viejo apareció una sonrisa socarrona y levantó levemente la barbilla, como si pensara que no merecía siquiera una respuesta.

—¿Dices que soy débil porque he mostrado compasión? ¿Para ti el perdón equivale a debilidad?

En los bonitos ojos plateados de Maevyth apareció un brillo que entraba en contradicción con la fuerza que transmitía su voz, una fuerza que conmovía a Zevander.

Llevaba esperando ver en ella aquella chispa de rebeldía desde su primera visita a la caligorya, cuando había oído a aquel hombre hablarle con tanta condescendencia.

—¿Por qué no me mandaste quemar en la hoguera años atrás cuando tuviste ocasión?

Una vez más, el viejo miró a Zevander un momento y luego a ella otra vez. Aunque le temblaban los labios, dijo decididamente:

—Debí haberlo hecho. Ojalá lo hubiera hecho. Ahora nuestra vida sería mucho mejor.

La mirada de Maevyth perdió toda la fuerza que había reflejado

apenas unos segundos antes.

—Intenté portarme bien. Todo lo que quise, mi vida entera, fue que me aceptarais. Tú, la parroquia. No quería ser nadie especial, nada excepcional. Me bastaba con ser invisible siempre que pudiera ser una más. Nunca pedí nada más que amabilidad, y lo único que me diste fue desprecio —dijo con los dientes apretados y lágrimas en las mejillas.

Zevander habría querido curarle aquel dolor, pero se quedó inmóvil, viendo cómo desplegaba su poder ante sus propios ojos. Ya no era una lluvia suave y tímida, sino una tormenta huracanada.

Una diosa encarnada.

Maevyth se iba acercando al sacton con la suavidad con que sale una espada de su vaina y a cada paso estaba más claro el desenlace.

—Habrías podido guardar silencio y te habría dejado en paz. Pero has escogido la muerte.

Lo agarró del brazo y su carne se desintegró en cenizas. Sacton Crain abrió los ojos como platos mientras una vorágine invisible engullía su cuerpo, tragándose cada pierna, cada brazo, su encorvado torso…, hasta que no quedó más que un montón de cenizas sobre la plataforma de metal donde tantos otros habían ardido.

52

Maevyth



Absorta en mis pensamientos como estaba, casi no presté atención a los frascos que iba cargándome en la falda del vestido, agarrándolo del bajo. Por el rabillo del ojo veía a Zevander, que usaba la capa como la tela de un fardo e iba metiendo frascos dentro. Ambos guardábamos silencio. Habíamos salido de la cripta sin problemas; los aldeanos probablemente estarían demasiado asustados como para acercársenos. Aleysia se había llevado a Corwin y a padre al piso superior del templo para dejarlos en sus respectivas habitaciones. Yo habría querido unirme a ellos para hablar con padre y ponernos al día, pero era algo que todavía no podía afrontar, y menos con la maraña de pensamientos que me llenaban la cabeza y me hormigueaban los dedos por la muerte de Sacton Crain.

Decidimos quedarnos una noche más en el templo y agradecí la oportunidad que eso me daba para dormir. Eso si conseguía conciliar el sueño.

—Es tu padre —dijo Zevander por fin sacándome de mis

cavilaciones.

—Pensaba que estaba muerto. Nos dijeron que había fallecido meses atrás. —Fui a coger un frasco de manzanas, pero no lo agarré bien y se me resbaló de la mano.

Zevander lo atrapó al vuelo y se lo echó en la capa.

—¿Y el otro?

—Solo un viejo conocido. —Fruncí el ceño, mirando cómo me temblaba la mano mientras las palabras que quería decir se me amontonaban en la cabeza—. Resulta que tú también eres un viejo conocido.

—Sí.

La mente se me fue a aquellos días y noches interminables atrapada en el frío y la oscuridad. Las imágenes en las que no había querido pensar durante tanto tiempo seguían ahí, perfectamente claras.

—¿Tú esto lo has sabido siempre? ¿Desde el principio?

—No. No sé cómo, pero perdí esos recuerdos —dijo él. Suspiró y se metió otro frasco dentro de la capa—. Sentía que te conocía, hacías que me sintiera cómodo contigo, pero no tenía claro por qué.

—Aquel día en el camino, cuando el soldado me azotó… —me sonrojé al recordar la humillación, al imaginármelo presenciando cada latigazo sin que yo pudiera verlo—, también estabas allí.

—Sí.

—¿Estabas siempre conmigo en esa época?

—No siempre, no. Tenía visiones fugaces de tu vida. En los momentos en que entraba en la caligorya.

—¿Qué era lo que te hacía entrar en la caligorya?

Frunció el ceño y se quedó mirando los frascos de comida que llevaba en el hatillo creado con la capa.

—Esto debería ser suficiente para nuestro viaje —dijo

cogiéndome algunos frascos—. Vamos. Yo creo que a todos nos irá bien descansar un poco.

Salimos de la despensa y nos dirigimos hacia el piso superior a ritmo tranquilo, pero no se me pasó por alto que no había respondido a mi pregunta.

—No hace falta que me lo digas —dije con el repiqueteo de los frascos de fondo. Cuando pasamos junto a la celda de los niños muertos, no tuve fuerzas para buscar con la mirada el osito de peluche que sabía que seguía ahí dentro.

—Verte era lo que me ayudaba a seguir adelante. —Su tono de voz era inexpresivo, no reflejaba la emoción que resultaba evidente al ver cómo tensaba la mandíbula—. Cuando te dejé de ver, cuando ya no podía recordarte, me sentí perdido.

Era extraño lo identificada que me sentía con aquello. Cuando dejé de oír su voz, la penitencia me había parecido mucho más oscura y fría. Acabé convenciéndome de que el dios rojo me había abandonado, de que había decidido que debía sufrir por mis pecados.

—Querían quemarme en la hoguera por lo que le pasó a Lilleven.

Se paró de pronto, cogió el montón de frascos que yo llevaba y se los metió en el hatillo.

—No pasa nada; puedo llevar unos cuantos.

—Preferiría que no llevaras un montón de frascos de cristal entre las manos si vas a pasarte todo el viaje de vuelta hablando.

—¿Por qué? ¿Hay algo que creas que me va a hacer enfadar?

Al principio no respondió y mantuvo su gesto serio de costumbre.

—Lo que sucedió no fue culpa tuya. Fui yo quien provocó su muerte. En el momento en que pronunciaste esas palabras deseé que le pasara el carruaje por encima.

—¿Qué?

En lugar de responderme, Zevander se echó al hombro el fardo en que se había convertido su capa mientras yo le daba vueltas a su confesión.

—¿*Tú* mataste a Lilleven?

—No quería que pasaras por nada de todo eso. No era más que un observador y se suponía que tú no eras más que una hipótesis. Pero, cuanto más te contemplaba, más me importabas. Ver que te trataban como una apestada me enfureció.

Me lo quedé mirando atónita, buscando una justificación en sus ojos. Pero, en lugar de eso, no hallé más que una férrea convicción y, cuando me instó a que acelerara el paso, me negué a moverme. Primero tendría que responder a mi pregunta.

—¿La muerte de Lilleven no tuvo nada que ver conmigo?

Necesitaba oír su respuesta. No iba a encontrar reposo para mi corazón y mi mente hasta que no me dijera que no era responsable de su muerte.

—No. Rompí una regla sagrada e intervine.

Me quedé muda, con la respiración agitada. Tal vez estuviese aliviada; no era capaz de describir con precisión lo que sentía.

Aún aturdida, subí unos escalones e hice una pausa. Subí tres más y volví a parar.

—¿Cómo?

—Traspasé la frontera. Cambié tu destino. —Se quedó callado un momento y, al mirarlo por encima del hombro, vi que apartaba los ojos, más azorado que antes, si es que era posible—. Eres mi compañera.

Aquellas palabras reverberaron en mi mente y la rodilla me falló, pero reaccioné a tiempo y no me caí. Solté aire, temblando, asombrada de que hubiera podido decirme aquello con tanta

facilidad.

—¿Y eso cómo es posible si yo soy mortal?

—La noche en que te besé en aquella celda. En el momento en que traspasé la frontera, los dioses te eligieron. Quedaste marcada por la Muerte.

Desplazó la mirada a mi hombro, donde había visto aquella marca reluciente unas semanas antes, mientras me bañaba. Dejé que sus palabras se me hundieran en la piel como una hoja roma.

—Entonces no fue el destino el que nos unió. Fue un ardid.

Frunció el ceño.

—No podía permitir que te quemaran en la hoguera. Quería… No, *necesitaba* que los dioses supieran que eras mía.

La rabia que sentía por dentro se adueñó de mis emociones, presionándome el corazón.

—Querían quemarme por un crimen que cometiste *tú* —le espeté.

—Y eso es lo único que lamento de todo esto.

Él dio un paso adelante y yo lo di hacia atrás, manteniendo la distancia que nos separaba.

—Las visiones que tuviste no se habían hecho realidad aún, lo que significa que…, si no las hubieras visto, mi madre tal vez aún seguiría viva.

Zevander meneó la cabeza.

—Es cierto, tuve visiones de cosas que aún no habían ocurrido, pero tu madre no aparecía en ellas. Vivías con tu familia de adopción. Los aldeanos ya te daban la espalda, como hacen ahora. Lo que yo hice no tuvo consecuencias sobre eventos anteriores.

—¿Y eso cómo lo sabes? Lo que hiciste pudo haberlo cambiado *todo*. —Me lo quedé mirando fijamente con los ojos llenos de lágrimas—. Dices que los dioses son crueles. Quizá todo esto sea un

castigo. Quizá en otra vida mi madre no estuviera destinada a acabar capturada, esclavizada. ¡Quizá yo no estuviera destinada a ser *la expósita*!

—Desearía poder decirte que me sabe mal haber interferido, que, de haber recordado tu rostro, habría mantenido las distancias y te habría dejado vivir en paz. Pero no puedo —dijo con los dientes apretados—. Sabiendo lo que eras para mí, lo que *eres*, habría sido un infierno. Ahora lo sé. Mi naturaleza egoísta no ha cambiado en todos los años que me he pasado lejos de ti. —Con los labios apretados, convertidos en una fina línea, sacudió la cabeza—. Los dioses han decidido. Aunque el destino cambie de senda mil veces, siempre conducirá a esto: a ti y a mí. Eres mi compañera.

—Deja de decir eso.

—Lo eres. Mi compañera. Siempre has sido mía.

Extendió la mano hacia mí, pero la aparté de un manotazo.

No quería que me tocara. No necesitaba su cariño. Necesitaba espacio, silencio y oscuridad para ordenar mis pensamientos, para comprender qué significaba todo aquello sin sentir el peso de su mirada.

—Yo no soy de nadie.

La contención que le tensaba los músculos, el modo en que temblaban, a pesar de su mirada imperturbable, me dejó claro que había tocado un punto sensible. En sus ojos flotaba una ira silenciosa, pero la contuvo.

—Tienes todo el derecho de estar enfadada.

—¡Claro que *estoy* enfadada!

Él me miró fijamente, dejando con cuidado el fardo de comida en el escalón, y se me acercó de nuevo. Antes de que pudiera dar un paso atrás, me agarró del brazo.

—Págalo conmigo.

Fruncí el ceño y meneé la cabeza.

—¿Es que has perdido la cabeza?

—Golpéame, hiéreme. Haz lo que necesites hacer.

Volví a sentir las lágrimas en los ojos y agité el brazo para zafarme, pero él me agarró con más fuerza.

—Lo único que necesito es estar sola.

—No voy a dejar que te pasees por este lugar con esa rabia dentro.

—Por si se te ha olvidado, acabo de encontrar a mi padre. No necesito que adoptes su papel.

Dio otro paso adelante y sentí su enorme cuerpo contra el mío. Retuvo mi brazo contra su pecho.

—Suéltame —le advertí. Y, al ver que no se movía, me retorcí y le clavé las uñas en el brazo—. ¡Suéltame inmediatamente!

—Vuelca tu rabia sobre mí. Me lo merezco.

Seguí retorciéndome, con las lágrimas surcándome el rostro, pero no cedió lo más mínimo, como si su cuerpo fuera de acero.

—Tendrías que haberme dejado escoger.

—¿Escoger el qué? Habrían encontrado un motivo para llevarte a la hoguera, el que fuera. Nunca se molestaron en ver tu corazón. —Se sacó una daga del cinto y apoyó la punta sobre el suyo—. Hazlo. Clávamela en el pecho —dijo obligándome a coger la empuñadura—. Preferiría sentir el dolor de esta daga que ver el odio en tus ojos.

Las lágrimas seguían cayéndome por las mejillas y negué con la cabeza haciendo esfuerzos por soltarme.

—No —dije. Porque, por mucho que me hubieran atormentado aquellas imágenes, por mucho que me doliera saber que había sido castigada por algo que había hecho él, en lo más profundo de mi ser seguía sintiendo algo por él.

Aunque su confesión hubiera puesto mi mundo del revés, no

podía hacerle daño para hacérselo pagar.

Envainó el puñal y yo me volví hacia la escalera, pero él me agarró de nuevo el brazo con fuerza.

—Déjame.

—No. No voy a dejarte nunca. No lamento haberte reclamado para mí. Jamás me voy a disculpar por eso. Pero sí siento lo que has sufrido por ello. —Al ver aparecer la primera mueca de dolor en su rostro, supe que decía la verdad—. Nunca quise que sufrieras. —Sus remordimientos eran evidentes, porque no podía mirarme directamente a los ojos—. No tienes que perdonarme, pero has de saber que me enfrentaría a los dioses y dejaría que su furia cayera sobre mí una vez más si con ello te salvara de la muerte.

—Estoy confusa, Zevander. No sé lo que siento. Tengo que ordenar mis pensamientos.

Se me quedó mirando un momento con la mandíbula tensa.

—Muy bien. Ordena tus pensamientos.

Si hubiera querido echarme atrás otra vez, habría tenido muy pocas posibilidades de conseguirlo, porque me rodeó la nuca con la palma de su mano y posó sus labios sobre los míos. Enterró los dedos en mi pelo al mismo tiempo que me pasaba el otro brazo por la espalda, tirando de mí, en una silenciosa declaración de posesión y necesidad. Su beso no tuvo nada de dulce ni de delicado. Fue crudo, hiriente, recordándome que, aunque quisiera, no podía apartarme de él. Que, por furiosa que estuviese a causa de su confesión, él había actuado *por mí*, no en mi contra.

Quería quitármelo de encima. Que sufriera el dolor que había sufrido yo, pero mis manos se movieron por instinto y lo agarré de la camisa, tirando de él. Lo besé yo también, con labios húmedos y hambrientos, hasta que el mundo desapareció a mi alrededor y me quedé sin aliento. Fue entonces cuando lo aparté de un empujón.

Me pasé el dorso de la mano por la boca y lo miré fijamente con ojos desafiantes.

Él volvió a inclinarse hacia mí, pero lo frené apoyándole una mano en el pecho.

Como un depredador al que se le negara su presa, se pasó la lengua por los labios, a unos centímetros de mi rostro.

—No se te ocurra pensar que hay algún sitio al que puedas ir o algo que puedas decir para apartarme de tu vida, mi bruja lunar. Lo recuerdo *todo* y no voy a volver a perderte.

Recogió el fardo con la comida y reemprendió la subida por las escaleras, pasando a mi lado.

La lluvia repiqueteaba contra los vitrales. Sentada en el primer banco del templo, contemplé el tenue haz de luna que se colaba por el cristal, abriéndose paso en la oscuridad. No podía quitarme de encima un recuerdo que me transportaba a la noche antes del día en que estaba previsto que ardiera en la pira por la muerte de Lilleven. Recordé que contemplaba la luz de una antorcha lejana que habían traído a mi celda, hipnotizada por su temblorosa llama. Buscaba un movimiento que revelara una presencia, un destello del ángel cuyos labios habían ardido al contacto con los míos como una yesca en un beso no celestial, sino de dulce perdición. Candente, como el agua bendita que me había quemado por dentro, había limpiado mis pecados y me había transportado lejos de allí, de las cuatro paredes de aquella celda fría y húmeda.

Había sido un momento de introspección antes de que mi cuerpo acabara devorado por las llamas ante la mirada de desprecio de mis vecinos.

Recordé que, al acercarse la hora, había ansiado oír la profunda

y reconfortante voz de él. La voz de un ángel enviado para protegerme. El único al que habría temido Sacton Crain.

La voz de Zevander.

Una hora más tarde, yo seguía repasando los motivos por los que debería odiarlo. Pero, en lugar de eso, estaba recordando los dos últimos meses. Todo lo que habíamos sufrido juntos y lo mucho que me había cambiado la vida. El mundo se había ido al infierno, pero había momentos que no cambiaría por nada.

El zumbido de un insecto me rozó la oreja y le di un manotazo, molesta al ver una mosca posada al borde del banco. A su lado aterrizaron otras más, todas ellas hechas un ovillo, temblando. De pronto se quedaron inmóviles junto a mí, como las moscas que a veces encontraba muertas en el alféizar de la ventana de casa cuando era niña. Entonces, al exhalar salió una bocanada de vapor blanco y, de repente, sentí un frío terrible en el cuerpo.

—Aquí nunca llega el calor. —Una suave voz femenina atravesó el espacio como si fuera humo, dejándome paralizada.

Al darme la vuelta, vi a una mujer sentada al final del banco envuelta en una luz etérea, irreal. La luz iluminaba las numerosas cruces que le habían grabado brutalmente en la piel y la herida abierta que tenía en la garganta. Una larga melena blanca le caía sobre los hombros y llevaba un vestido harapiento. Cuando me miró, sentí un nudo en la garganta. Sus rasgos eran tan inconfundibles que no podía creerme lo que estaba viendo.

—¿Quién eres tú? —dije con voz temblorosa, aunque conocía perfectamente la respuesta.

Ella esbozó una sonrisa triste.

—Lo preguntas, pero ya lo sabes.

—¿Madre? —dije tras tragar saliva, con los ojos secos e irritados, al borde de las lágrimas—. ¿Estoy soñando?

—No lo tengo claro, pero, si es así, supongo que solo tenemos unos momentos.

Parpadeé para contener las lágrimas, intentando no fijar la vista en la herida de su garganta, testimonio de su muerte violenta.

—¿Estás sufriendo?

—Ya no. ¿Y tú?

Sin poder contener la emoción, negué con la cabeza. ¿Acaso los muertos podían reconocer a los vivos? ¿Eran conscientes de la frontera que nos separaba a los unos de los otros?

—Intenté salvarte —dijo con los ojos llorosos. Pese a la mugre y las magulladuras, era una mujer hermosa, justo como me la había imaginado—. Quería que te quedaras conmigo, pero él no me lo permitió. En el momento en que supo que estaba embarazada, prometió destruirte.

Me acerqué cautelosamente. Quería tocarla antes de que desapareciera.

—Me alegra verte, hija. Saber que estás segura y que tienes quien te quiera.

¿Es que podía ver el amor? ¿La muerte permitía ver esas cosas, les daba una perspicacia especial?

—Quizá puedas venir a verme en alguna otra ocasión.

—Mmm… —Se dio la vuelta con una sonrisa triste que le arrugó la comisura de los ojos—. Estoy cansada. Llevo mucho tiempo vagando sin rumbo y no veo la hora de descansar en paz. Ahora que te he visto, podré hacerlo.

Asentí entre lágrimas.

—Maldigo a los dioses. Los maldigo por haberte apartado de mí.

Pese a estar muerta, cuando se volvió hacia mí, vi en sus ojos un brillo cálido.

—No culpes a los dioses por el destino que han escogido para ti.

Y no llores nunca por lo que no tenía que pasar.

—¿Pero y si tenía que pasar? ¿Y si algo o *alguien* lo cambió?

Ella sonrió meneando la cabeza.

—Si hay una cosa que me ha enseñado la muerte es lo poco que sabemos de la vida. El destino no es como una cuerda que oscila en el aire, sino como un nudo que se va volviendo cada vez más duro con el paso del tiempo, que se enreda con cada giro y cada bucle y que no es fácil de desatar. El cambio del que hablas fue parte del destino. Los dioses alteraron tu rumbo, sí, pero te devolvieron al lugar al que estabas destinada desde el principio. Llorar por los fantasmas que ocupan tu mente no sirve de nada. No dejes que eso te robe la belleza de lo que tienes y de lo que has llegado a ser.

—¿Esto? Debería haberte conocido, madre. Deberías haber formado parte de mi vida.

—Formo parte de tu vida, niña. Tu corazón es el mío, forjado por las frías manos de la Muerte y por el aliento del invierno.

—Un corazón que se vuelve cada vez más frío y duro. —Giré las manos y miré las puntas negras de mis dedos y el infame guante que me recordaba mi aberración. Con esas manos había segado vidas con tanta facilidad que ya no me parecían mías siquiera—. No soy ni buena ni piadosa, madre. Ojalá tus amables palabras templaran mi carácter.

—Mi preciosa hija. Tú no naciste para convertirte en una delicada flor, sino en la escarcha que marchita las viñas. Esa es tu fuerza en un mundo que en las mujeres busca calidez y fragilidad. Endurece la piel y no te inclines ni te quiebres ante su voluntad. Acepta lo que eres y lo que llegarás a ser.

—¿Y qué es lo que he de llegar a ser?

—Una mujer fuerte y orgullosa que no se esconde de nada ni de nadie.

Extendí la mano para tocarle el rostro y sentí un frío que se me extendió por el brazo hasta el pecho. Se me encogieron los pulmones, dejándome sin aire, y me sumergí en la oscuridad.

53

Maevyth



Un estruendo cruzó el vacío, haciéndome despertar de golpe, sobresaltada. La oscuridad me rodeaba y, al levantar la cabeza, noté un dolor en la mandíbula del contacto con la dura madera y la mejilla húmeda de la baba que se me había caído al dormir. Me la sequé con la manga y recordé que me había quedado dormida unas horas antes.

Otro golpetazo, esa vez por encima de mi cabeza, me hizo dar un respingo. Levanté la vista hacia el alto techo arqueado del templo y fui corriendo a la escalera que llevaba al pasillo, donde frené de golpe al ver a padre y a Aleysia frente a la puerta de Zevander.

—Ay, ahí estás —dijo Aleysia claramente aliviada—. Gracias a Dios. Pensé que te estaba arrastrando por los suelos ahí dentro.

Meneé la cabeza y cubrí la distancia que nos separaba.

—Estoy bien. No pasa nada. Volved a la cama.

—¿Qué está haciendo ahí dentro? —susurró padre.

—A veces…, se mueve cuando duerme.

—¿Es sonámbulo?

—Sí —mentí, consciente de que era algo mucho más complicado que eso.

Padre suspiró.

—Yo también he tenido episodios de sonambulismo un par de veces —dijo. Debía de haberse bañado antes de acostarse, porque tenía la piel mucho menos sucia que antes y llevaba una camisa y unos pantalones limpios.

Esbocé una sonrisa y le apoyé la mano en el brazo.

—Espero que tengamos ocasión de ponernos al día, padre. Pero, por favor, volved los dos a la cama. Ya le echo un vistazo yo.

Mientras se retiraban, me volví hacia la puerta y la preocupación se hizo más intensa.

Los gritos de Zevander atravesaban la madera. Cogí aire y la empujé suavemente.

Había muebles volcados y, al entrar, oí el crujido de los fragmentos de vidrio bajo mis botas.

—¡No le vas a decir nada a ella o por los dioses que te arranco la lengua con mis propias manos! —Zevander abrió la puerta del armario al otro lado de la estancia con una daga en la mano—. ¡Muéstrate!

—¿Zevander? —dije con voz suave para no alterarlo más, pero él no me respondió. No se volvió siquiera, como si no me hubiera oído.

Se dirigió al otro lado de la habitación, donde estaba la pesada cama de madera, y la levantó como si nada. Al ver que no había nada debajo, la dejó caer con un estruendo que resonó entre las cuatro paredes. Al otro de la ventana asomó un ojo enorme: era Raivox, que observaba a Zevander; o lo acechaba por lo que parecía, ya que seguía cada uno de sus movimientos por la habitación.

Zevander se puso a caminar de un lado a otro, murmurando para

sus adentros, y se dio la vuelta con la daga en ristre.

—¿Dónde estás? ¡Te oigo murmurando, maldita bruja!

Con el corazón en un puño, di un paso adelante.

—Zevander, ¿va todo bien?

Él seguía sin responder, registrando la habitación en busca de algo invisible que parecía desafiarlo.

En el exterior, Raivox emitió un gruñido gutural, haciendo que un vapor blanco empañara la ventana.

—Tranquilo, Raivox —susurré levantando la mano para calmarlo.

Sin embargo, sus gruñidos no cesaron y siguió observando a Zevander, quizá percibiendo algo de lo que yo no era consciente.

Tenía que romper el hechizo al que estaba sometido, o lo que fuera eso, o acabaría como una de esas estatuas plateadas en que Raivox había convertido a las arañas.

—¡Zevander! —grité, estremeciéndome yo misma al oír el duro tono de mi voz, y por fin conseguí que se volviese.

Sus pupilas se dilataron como manchas de tinta sobre el pergamino hasta que los iris le desaparecieron del todo.

Los gruñidos de Raivox se convirtieron en un rugido de advertencia. El roce de sus garras contra la piedra sonó como el repiqueteo de una armadura, crispándome aún más los nervios.

Miré al corvugón diciéndole que no con la cabeza. «Por favor», vocalicé moviendo los labios, sin voz, con la esperanza de que me entendiera. Raivox soltó un sonido sibilante y golpeó el cristal con el pico, llamando la atención de Zevander para que se apartara de mí.

Aun así, Zevander siguió acercándose a mí, con la mirada perdida, sin hacer caso a la amenaza que lo acechaba por detrás.

Ver aquel cuchillo en su mano no hizo más que aumentar mis temores, por lo que retrocedí poco a poco.

—Zevander, por favor. Raivox está observando cada uno de tus

movimientos. —Miré un momento hacia la ventana y vi una llamarada plateada atravesando el aire al otro lado del cristal.

—No te entregué mi semilla por voluntad propia —dijo Zevander mostrándome los dientes como un animal rabioso—. Me la quitaste tú. ¡Me lo quitaste todo! —Se abalanzó sobre mí y me agarró la garganta al mismo tiempo que me pegaba contra la pared.

Sentí un dolor recorriéndome la columna hasta los senos nasales.

La ventana se rompió en mil pedazos con un rugido ensordecedor, pero aun así Zevander no parpadeó siquiera. Ni tampoco cuando una ráfaga de aire apagó el fuego de la chimenea. Ni cuando Raivox apoyó su enorme pata en el suelo de la habitación, aún demasiado lejos de nosotros. La presión que sentía en la garganta iba en aumento y, mientras yo veía las estrellas, las piedras de la pared saltaron con la presión de Raivox, que luchaba por entrar.

Las venas negras del rostro de Zevander se habían oscurecido y las ramificaciones se le habían extendido hasta la comisura del ojo, devorando parte de la esclerótica. Me soltó la garganta, pero en el lugar que ocupaba su mano enseguida colocó la hoja de la daga.

Una llamarada plateada atravesó la ventana, pero no llegó hasta Zevander. Sin embargo, yo sabía que el corvugón podría alcanzarlo si se lo proponía.

—¡Raivox, no! —conseguí gritar casi sin aire en los pulmones—. ¡No!

Como si percibiera mi situación desesperada, el corvugón soltó un bufido y se apoyó en algo que debía de haber encontrado fuera de la ventana como soporte. Observando. Esperando.

Zevander levantó la daga, haciéndome alzar la vista, y oí de nuevo el gruñido grave de Raivox resonando por las paredes.

Los ojos se me llenaron de lágrimas al contemplar un rostro que no reconocía.

La rabia y el dolor libraban una dura batalla tras la máscara que ocultaba al hombre que yo había conocido. Fuera lo que fuera lo que estaba mirando Zevander no era yo. No, miraba más allá, en dirección a sus propios demonios, los cuales se habían adueñado de su mente.

—Zevander —le susurré con una lágrima surcándome la mejilla —. Mi protector.

Las pupilas se le encogieron y se le volvieron a dilatar y los músculos le temblaban con una rabia desbocada mientras me mantenía inmovilizada contra la pared.

—Soy Maevyth. No quienquiera que sea que te ha hecho daño.

Temblorosamente, me atreví a levantar una mano y apoyé la palma en su mejilla.

Por un segundo apareció un brillo de claridad en sus ojos y puso una mueca de dolor, aflojando la mano. El filo de la daga me rozó la piel al bajar y cogí aire, intentando recomponerme. Tragué saliva, conteniendo las emociones que me atenazaban la garganta.

—No estás allí. Estás a salvo. Conmigo. Vuelve conmigo.

Los ojos se le iluminaron de pronto y apretó los dientes.

—Estás mintiendo. Eres una *mentirosa*. Esto no es más que otro de tus trucos.

—No soy una mentirosa. Soy la persona que te quiere. —De no estar al borde de la muerte, quizá me hubiera sorprendido la facilidad con que salieron aquellas palabras de mi boca. Con la mano aún temblando, le pasé el pulgar por la mejilla—. Te quiero. Vuelve conmigo.

Las pupilas se le volvieron a encoger, revelando poco a poco aquellos ojos que yo conocía. Siguió con la mirada perdida un

momento más hasta que emergió por fin de las profundidades en las que se había sumido y tomó aire con fuerza.

Retrocedió un par de pasos. Pálido, atónito, como si le hubiera clavado un puñal. Dejó caer la daga, que repiqueteó sonoramente al tocar el suelo.

—Zevander, espera. —Alargué la mano, pero él se echó atrás, evitando el contacto.

Tenía el rostro tenso, la cara desencajada por la impresión. Pero en su expresión había algo más, algo que me heló la sangre. Una mirada más espantosa que la rabia que había visto un momento antes. Bajé la vista hacia la daga tirada en el suelo, entre los dos, y en el momento que se dejó caer de rodillas la recogí antes de que pudiera hacerlo él.

En lugar de intentar llegar antes que yo, se llevó las manos a la cabeza y soltó un lamento agónico, tan desgarrador y doloroso que me hizo llorar de nuevo. Se dobló por la mitad, con todos los músculos del cuerpo temblando y la respiración entrecortada.

El golpeteo de unos puños contra la puerta rompió el silencio instalado entre los dos y me hizo reaccionar.

—¡Maeve! ¿Estás bien? —gritó Aleysia—. He oído ruido de cristales rotos.

—¡Estoy bien! Si hubiera pasado algo, habría estado muerta en lo que has tardado en levantarte de la cama. —Aunque no tenía en absoluto ganas de hacer chistes, intenté que mi respuesta fuera desenfadada para que no se preocupara. Como ella no dijo nada más, me volví hacia Zevander, que no se había movido del sitio donde estaba, hecho un ovillo.

Me acerqué lentamente y me arrodillé ante él, sin saber muy bien si se habría vuelto a sumir en sus pensamientos. Al ver que no se me echaba encima de nuevo, alargué una mano con el mismo

cuidado que habría empleado con un animal herido. En el momento en que la punta de mis dedos entró en contacto con su hombro, se encogió, apartándose y retrocediendo.

—No hagas eso.

Cuando por fin me miró a los ojos, no tuve que colarme bajo su piel para percibir el dolor y la vergüenza que lo asolaban, clavándole sus garras sin piedad.

—He estado a punto de *matarte*. —Había un temblor peligroso en su voz, algo que iba liberándose lentamente—. He estado a punto de cortarte el cuello con una daga y acabar con tu *vida* —gruñó. La rabia de sus ojos fue tornándose en dolor, como si esas imágenes hubieran cobrado vida en su cabeza—. Lo que he visto…

—No era real. Tu mente estaba perdida en otro lugar.

—Sí. Mi mente estaba perdida y eso ha hecho que estuviera a punto de perderte a ti.

—Quienquiera que fueras hace un momento no es la persona que eres en este instante. Ahora mismo.

—¡Sí que es quien soy! —espetó pasándose las manos por la cabeza—. Tienes una visión muy *generosa* de lo que vive en mi interior. He dedicado toda mi vida a aprender a contenerlo. ¡He tardado años en controlarlo y ahora estoy perdiendo el control!

—Y, a pesar de lo que he visto, sigo queriéndote.

—Si supieras lo que acecha *dentro* de mí, en mi cabeza… —dijo golpeándose la sien con la base de la mano.

—*Aun así* te querría.

—No. No vuelvas a decir eso.

—Te quiero, Zevander. Lo que has hecho, lo que has sufrido no cambia mis sentimientos. Nada de esto cambia lo que siento por ti. Eso es lo bueno del amor incondicional. No pide nada a cambio. —Intenté cubrir el espacio que nos separaba, pero él retrocedió, como

si el simple contacto de mi mano pudiera convertirlo en piedra.

—Tú te mereces algo mejor.

—¿Y tú no?

El modo en que apartó la mirada, negándose a contestar, lo dijo todo: una confesión silenciosa de su indignidad.

—Esos ataques son temporales. En cuanto encontremos esas piedras, estarás bien.

—No es solo el vivicanto. Eso fue el detonante. Esto… esto son los años de oscuridad, impregnados de una crueldad indescriptible, que vuelven a salir a la superficie, como cadáveres tirados al mar. He contenido esos fantasmas adoptando diversos disfraces. De hermano. De asesino del rey. De demonio maldito. Pero siguen en mi interior pudriéndose, deseosos de salir al exterior y destrozar algo bello.

—Ya me he ido acostumbrando a ver demonios y los tuyos no me asustan. Sigo eligiéndote a ti.

—Yo no puedo ofrecerte absolutamente *nada* a cambio. Nada más que dolor y una amenaza de muerte. Soy un sufrimiento constante para ti.

—Tampoco me resulta extraño el dolor ni la amenaza de la muerte. Lo que me das es mucho más que eso. Te quiero. Y no necesito que tú sientas lo mismo.

—Si dices esas palabras después de que te haya puesto una daga al cuello, son mentira. Podría haberte degollado fácilmente, abrirte en canal y quedarme viendo cómo te desangrabas.

—Pero no lo has hecho.

—¡Pero podría! Y, entonces, ¿qué? ¿Cómo iba a vivir después de eso? No lo haría. —Se pasó las manos por el cabello y se golpeó de nuevo la sien—. He estado al borde de la muerte más veces de las que puedo contar, he sufrido dolor a todos los niveles posibles, pero

nada me haría sufrir más que perderte a ti. —Con una mueca triste, meneó la cabeza—. No soy tu protector. Soy tu enemigo. Un peligro.

—Eres mi primer y único amor.

—¡Ya basta! No voy a manchar esas palabras con actos que dicen lo contrario.

—Solo que ahora no tienes ningún arma en las manos.

Un brillo de pesar le iluminó los ojos, aunque aún tenía el rostro contraído.

—Te haré daño, Maevyth. Esa ira que vive en mi interior no deja lugar al amor. Se oculta bajo mi piel, esperando la ocasión de destruir. En cuanto pueda acabará contigo.

—Lo único que podría acabar conmigo es que me apartases de tu vida. Ni siquiera una hoja cortándome el cuello me dolería más que lo que estás haciendo ahora mismo. —Me atreví a acercarme algo más, deseando tocarlo, aliviar el dolor y la agonía que contenía en el interior de los puños.

—No te estoy apartando. Estoy intentando protegerte.

—¿De qué? ¿A quién ves cuando te dan esos ataques? —Como no respondía, me acerqué aún más—. ¿Quién es ella?

Seguía negándose a responder, así que le cogí la mano y me la llevé al corazón.

—Ella no está aquí. Yo sí. Este corazón late por ti. Soy tuya, Zevander.

—Tú no perteneces a nadie —replicó, repitiendo las palabras que le había dicho yo antes con un tono cortante. Intentó retirar la mano, pero yo se la agarré con fuerza.

—Te he mentido. Te pertenezco a ti.

Bajó la mirada, posándola en mis labios, y me los acarició con el pulgar.

—Mía —dijo sin expresión, como si echase un trago a un licor y,

acto seguido, lo escupiera.

—Sí —dije convencida—. Así es, me quieras o no.

Acercó la cabeza, hundiendo el rostro en el hueco de mi cuello mientras su pecho se hinchaba y deshinchaba por su respiración agitada, y deslizó la mano hacia mi cintura.

—Eres mía —repitió con una mezcla de admiración y angustia en la voz, y la presión de la punta de sus dedos sobre mi cadera confirmó su reivindicación.

—Siempre he sido tuya.

Lentamente pero con decisión, arrastró la nariz por la piel de mi garganta, aspirando mi olor.

—Un hombre más fuerte te diría que te fueras —susurró con los músculos temblando, tensando las cadenas invisibles que lo amarraban.

—Tú eres el hombre más fuerte que he conocido nunca y no podrías obligarme a marcharme, ni aunque quisieras.

Sus labios aplastaron los míos en un beso hambriento, ardiente y salvaje. Con la respiración entrecortada y acuciante, me pasó la mano por detrás de la rodilla echándome hacia atrás. Acabé de nuevo con la espalda contra la pared. Sus labios me buscaban con fervor mientras sus manos me arrancaban el vestido. El corpiño se me quedó arrugado, apoyado sobre la cintura, dejando mis pechos al descubierto, y la enorme palma de su mano engulló uno de ellos al tiempo que me presionaba con la cadera. Los pezones se me pusieron duros al contacto de su mano callosa y, con un suave pellizco, hizo que abriera los labios y que el vientre se me contrajera, dominada por un instinto voraz, una necesidad desesperada.

Arqueé la espalda contra la pared, emitiendo un leve gemido con los labios pegados a su boca y, por cómo se le tensaban los brazos sobre mi cuerpo, tuve la impresión de que aquello lo había excitado

aún más. Me rozó el labio inferior con sus afilados dientes y unió su lengua, húmeda y caliente, a la mía. Las manos le temblaban de impaciencia, sin ningún otro propósito que el de sentir.

Se separó lo mínimo necesario para lanzar un torrente de llamas hacia la chimenea, encendiendo el fuego que había sofocado antes, y luego hundió la cabeza en mis pechos. Lo agarré del cabello, mordiéndome un labio con fuerza al sentir sus lametones sobre la piel. Me levantó a pulso, haciendo que rodeara su cuerpo con las piernas, y alzó la vista, mirándome con reverencia, lo que hizo que el estómago me vibrara de nuevo.

Le pasé un dedo por la ceja.

—Te quiero —susurré.

Con las manos hundidas en mi cabello, me besó con fervor, con desesperación, como si el mundo pudiera abrirse en dos en cualquier momento, engulléndonos.

—Ante el avance de esta noche eterna, tú eres el único hilo al que puedo sujetarme —dijo jadeando con la boca pegada a mis labios—. Lo único a lo que puede agarrarse mi mente ante este abismo enloquecedor.

Sosteniéndome el rostro con delicadeza entre sus fuertes manos, me miró fijamente y frunció el ceño.

—Te quería antes incluso de saber tu nombre.

Sonreí y le rodeé el cuello con los brazos.

—Dímelo otra vez.

—Te quiero. Te quiero.

Una vez más estampó sus labios contra los míos, presionándome con el cuerpo contra la pared y deslizando la mano bajo el borde de mi vestido en dirección al cammyck.

Con la frente apoyada en mi hombro, se estremeció al contacto de mi piel desnuda.

—Por los dientes de los dioses, solo tocarte es un tormento.

Sus palabras se me quedaron enredadas en la mente mientras sentía cómo acariciaba suavemente la húmeda abertura de mi sexo, arriba y abajo.

El cuerpo se me tensó y le clavé las uñas en la espalda, y él emitió un sonido gutural de placer al tiempo que tensaba los músculos en torno a mí. Levanté la mano enguantada y observé las marcas de sangre en las puntas metálicas.

Dolor. Era el dolor lo que le daba placer.

Si conseguía que se concentrara en algo nuevo, algo diferente, quizá no le hiciera falta el dolor. Quería disfrutar del sexo con él, pero no soportaba la idea de hacerle daño y arriesgarme a que volviera a sumirse en aquella espiral después de lo que había pasado solo un momento antes.

—Zevander —dije, casi sin poder hablar a causa del maravilloso trabajo que estaba haciendo él con los dedos—. Quizá… podríamos intentarlo.

Se quedó paralizado y, cuando levantó la mirada, vi que fruncía el ceño, con un gesto en el rostro que quizá cabría esperar si le hubiera pedido que se tirara de cabeza del tejado del templo.

—¿Intentarlo?

—Probar… Bueno… —Me ruboricé y no pude acabar la frase.

Él negó con la cabeza y dejó que me deslizara por la pared hasta llegar al suelo.

—No. Imposible.

Apoyó las manos contra la pared, a ambos lados de mi cabeza, con la mirada fija en el suelo.

—Mírame. —Con los ojos cerrados, sacudió la cabeza—. No voy a hacerlo. Contigo no.

Sus palabras no deberían haberme caído como una bofetada,

aunque enseguida superé la reacción inicial de inseguridad que me hizo preguntarme con quién iba a hacerlo si no era conmigo.

—Si tú…, lo entiendo, si yo no soy…

Me agarró la barbilla con suavidad, guiando mi rostro hacia el suyo.

—No hay nada que desee más. Pero no a tus expensas.

—Me has dicho que nunca me harías daño intencionadamente y te creo.

—No te haría daño intencionadamente, pero el único escenario en el que no te lo haré será absteniéndome.

Bajé la vista hacia el bulto que se le marcaba en el pantalón y tragué saliva.

—Bueno, entonces quizá no todo…

Me besó la frente.

—Quizá nada en absoluto.

—Si es lo que *tú* deseas, desde luego lo respetaré. Pero no es lo que yo deseo.

—¿A qué se debe ese cambio de opinión de pronto?

No me atrevía a contarle mis motivos por miedo a que decidiera poner fin al sexo para siempre. Era cierto que no quería hacerle daño, pero también que deseaba más de él. En mi mundo, el sexo no era algo bello y apasionado. Su único objetivo era la reproducción, nada más. Los matrimonios se acordaban y no eran uniones felices. Yo quería lo prohibido. La pasión que suponía el romper las reglas. Quería jadeos, manos agarrándose con ardor, el sudor sobre la piel, su peso sobre mi cuerpo. Susurros de placeres oscuros y la promesa del éxtasis.

—Quiero saber lo que se siente. —A pesar del rubor de mis mejillas, endurecí el gesto y lo miré con determinación, sin parpadear—. Desafiaste a los dioses para tenerme. Eres mi

compañero. ¿O no?

Se frotó la mano y soltó un suspiro de resignación.

—Eres implacable.

—Y tozuda como una mula.

—Y peligrosamente irresistible. —Me pasó el pulgar por la sien—. Si así lo quieres, lo intentaremos. Pero, si es demasiado, tienes que decírmelo. —Yo asentí y me subió la barbilla con el nudillo, con la mirada más seria que antes—. Prométeme que me dirás que pare.

—Te lo prometo.

Asentiendo, miró hacia un lado y, al verlo arrugar la frente, miré hacia la ventana, desde donde Raivox seguía observándonos, sin apartar la vista de Zevander.

Me aclaré la garganta, me subí el corpiño para cubrirme los pechos y crucé la habitación, evitando los fragmentos de cristal dispersos por el suelo. Una vez en la ventana, saqué el brazo por un hueco y le di una palmadita a Raivox en el pico.

—No pasa nada. Puedes volver a tu nido.

Cerré las pesadas cortinas y el grueso terciopelo frenó la entrada de la brisa helada. Al asomarme por un resquicio, vi que mi corvugón no se había movido. Seguía con la mirada fija en la ventana.

Suspiré y me di la vuelta. Zevander estaba de pie junto a la chimenea. Después de echar otro vistazo por encima del hombro, me acerqué a él de puntillas, midiendo mis pasos.

Su expresión delataba su propia inseguridad, pero se desabrochó los pantalones y se los bajó por sus fornidos muslos hasta que cayeron al suelo.

Lo único que oía era el latido de mi sangre junto al oído. Me quedé observando su cuerpo desnudo y, si bien sus pendientes me suscitaron dudas, tragué saliva y dejé caer mi vestido al suelo, lo

aparté con el pie y me quité también el cammyck que llevaba debajo.

Él me contempló con un brillo de fascinación en los ojos, devorándome con la mirada, mientras el pecho le subía y bajaba al compás de su respiración acelerada. Se acercó, agarrándose el miembro al tiempo que se inclinaba sobre mí y presionaba mis labios con los suyos. Me pasó la lengua por los labios, esa vez dándome un beso suave, lento y delicado. Me envolvió las nalgas con las manos, levantándome de nuevo del suelo, sin separar la boca de la mía en ningún momento. Durante un instante me tuvo en vilo, besándome.

—Tengo que prepararte para esto, Lunamiszka —dijo entre besos —. Necesito que estés húmeda.

Eché una mirada en dirección a la cama.

—¿No debería tumbarme?

—No pienso hacerte mía en la cama del hombre que te atormentó.

Asintiendo, me mordí el labio inferior. Tenía el corazón disparado.

—¿Estás segura de esto?

—¿Qué es lo que te preocupa?

—¿Aparte del inevitable dolor? Que pierda el control. —Puso una mueca de dolor, como si fuera algo que ya se había planteado antes —. Que deje de oír tu voz y no consiga parar ni aunque me lo ordenes.

«Ordenar». Aquella palabra me pareció rara, fuera de lugar, como si una simple ola pudiera controlar las mareas. Como si una chispa pudiera controlar las llamas.

—Si así te sientes mejor, pondré la daga donde la pueda coger.

Me miró, intrigado, y el brillo que apareció en sus ojos me hizo vacilar un momento, pero en cuanto me posó en el suelo fui a recoger el puñal y lo dejé junto a la chimenea.

Se acercó y su cuerpo me pareció aún más grande al pasar la vista por su esculpido abdomen y alzarla hasta sus anchos hombros, que no me dejaban ver más allá. Me puso una mano en la espalda, presionándome contra su piel, y me bajó al suelo, envolviéndome con el brazo hasta posarme sobre la manta, que seguía allí tirada. Sentía una tensión que me hacía vibrar por dentro, observándolo de cerca, contemplando su atractivo rostro cubierto de cicatrices.

—Desatas mis instintos más básicos, Lunamiszka —dijo acariciándome la mejilla con la punta de los dedos—. Si otro hombre respirara el olor de tu piel, acabaría con él sin pensármelo.

Quizá todos los hombres dijeran cosas así antes del acto, pero yo sabía muy bien que aquello no eran promesas vacías.

—No quiero a otro. Te quiero a ti.

Me pasó una mano por la sien, con una mirada dulce pero preocupada. Acariciándome con los nudillos, me abrió los muslos sin dejar de mirarme. Una caricia prolongada de su dedo me hizo enloquecer y, un instante después, lo introdujo en mi interior, despacio, explorando.

Mis labios se abrieron en un gemido entrecortado y él me besó el borde de la mandíbula mientras metía y sacaba el dedo.

Otro dedo se unió al primero, haciendo que mi excitación fuese en aumento con cada acometida. Introdujo un tercero y cada vez aumentaba más mi deseo, a medida que mi interior iba cediendo.

Me agarré a su espalda con fuerza mientras él iba abriéndome por dentro como yo no lo había hecho nunca. Sus dedos penetraban en mí una y otra vez. Luego los sacó del todo y hundió el rostro en el hueco junto a mi cuello.

—Por los dioses, más vale que me avises si es demasiado.

—Lo haré —susurré.

Sus labios buscaron los míos y, en el momento en que empezó a

entrar en mí, me quedé sin aliento.

—Iré despacio, *A'miszhla* —me susurró con la boca sobre mis labios.

—*A'miszhla* —repetí yo, aunque con mi acento no sonaba para nada tan dulce—. ¿Qué significa?

—Es primyriano. Significa «mi amor».

Las palabras flotaron entre nosotros, una promesa que él selló con un beso, y el vientre empezó a temblarme de emoción.

Lo agarré por los hombros, aunque sus tensos músculos eran tan grandes que no lograba abarcarlos. Con el corazón acelerado, me preparé para el dolor, pero él empujó despacio. Tan desesperadamente despacio que no podía soportarlo. Sentí un pinchazo que me dejó claro que ya estaba dentro y clavé los dientes en la sólida curva de su hombro, respirando aceleradamente. Él presionó un poco más aún y, a pesar del dolor, mi cuerpo le dio la bienvenida con una humedad que facilitó su avance.

Él temblaba mientras me envolvía, tenso y encorvado, como si estuviera conteniendo a un ejército listo para devorarme.

—Malditos sean los dioses —gruñó—. No sé si puedo hacer esto. Te deseo demasiado.

—Ahora mismo tengo el corazón desbocado —susurré besándole la mejilla—. Pero confío en ti.

La tensión de sus músculos disminuyó lo suficiente como para que ya no notase sus temblores. Empujó la pelvis adelante con un control milimétrico, respirando entrecortadamente contra mi garganta con el rostro hundido en mi cuello y sus fuertes dedos entrelazados con los míos, presionando mi brazo contra el suelo mientras se adentraba cada vez más en mi cuerpo.

El techo se desdibujó en mi mente y en él vi la silueta de los dos: Zevander sostenía sus fuertes brazos a ambos lados de su

cuerpo, un cuerpo que bien podría haberme aplastado, mientras movía sus poderosos muslos entre los míos con arremetidas perfectamente calculadas, contenidas.

De pronto sentí una vibración cálida en las paredes de mi sexo cuando los bordes curvados de su pendiente rozaron la entrada.

Con la espalda arqueada y la boca entreabierta, solté un jadeo. Mis muslos temblaron cuando penetró el pendiente, provocándome una sensación que no podía describir, como si una bestia feroz me clavara las garras en el vientre. Levanté las caderas, buscando desesperadamente algo que no podía describir.

—¿Estás bien? —Su voz profunda resonó en mi oído, haciéndome temblar por dentro.

—¿Qué… qué está pasando?

—El hechizo. Está diseñado para darte placer.

Me apretó la mano y me penetró un poco más.

Yo le envolví la espalda con las piernas, intentando agarrarme a algo, mientras sentía espasmos en los muslos. De la garganta me salió un gemido como el de un animal salvaje exhausto.

Buscó mi cuello con los dientes y noté sus músculos tensarse.

—Esos sonidos que haces… —dijo con la voz grave y rasposa, presionando y encendiéndome aún más— desatan algo violento en mi interior, Lunamiszka.

—No vas a hacerme daño.

—No voy a hacerte daño. —Las palabras salieron de su boca despacio, como una promesa a la que se aferraba…, un juramento desesperado de que no perdería el control.

Con pequeños empujones, fue penetrándome cada vez más. Cuando la segunda barrita se abrió paso dentro de mí, le clavé los dedos en la espalda al sentir cómo se hinchaba su carne en mi interior, dilatándome cada vez más. Con cada deliciosa acometida,

aquellas puntas de metal rozaban las duras paredes de mi interior, y la vibración iba en aumento, amplificándose por segundos.

—No voy a ir más lejos —dijo con una voz tranquilizadora, pero manteniendo la posición—. ¿Estás bien así?

—Sí. —Respiraba afanosamente—. ¿Eso son dos pendientes?

—Apenas ha entrado el segundo. He sufrido los tormentos más crueles, pero nada tan intenso como imaginarme el día en que los tengas todos dentro.

—¿Cuántos… son?

—Diez. Y con cada uno se intensifica el hechizo.

—Ay, dios.

No podía imaginarme el día en que pudiera dar cabida a todos ellos, *si es que* eso llegaba a ocurrir. No me parecía físicamente posible. Todas las células de mi cuerpo se habían tensado en el momento en que había introducido el segundo y la presión había sido tan intensa que me había dado la impresión de que me iba a partir en dos.

—Así me va bien —le aseguré.

A pesar de la incertidumbre que reflejaba su rostro, asintió y volvió a empujar con las caderas. No quería mirarme a la cara, pero yo le veía las venas hinchadas en el cuello, las gotas de sudor surcándole la piel. Como el suave balanceo de un mar tempestuoso, entraba y salía de mí sin rebasar los límites establecidos, con la misma contención con que el vasto océano golpea una frágil quilla. El tiempo se volvió más lento, el mundo se concentró en un largo latido. Le apreté el pecho con la mano enguantada, y observé cómo se iluminaban mis extrañas venas como raíces, a la vez que sentía el calor trepándome por el brazo hasta concentrarse en mi pecho.

Zevander echó la cabeza atrás, con los tendones de la garganta en tensión.

Desesperada por sentir aquella ardiente sensación en mi interior, levanté la cabeza y le pasé la lengua por el cuello.

Soltó un gruñido atormentado que me hizo vibrar la lengua al contacto con su piel. El cuerpo entero le temblaba.

«Ahora lo entiendo».

La unión de los cuerpos. Nada entre nosotros, salvo la respiración entrecortada y el latido acelerado de nuestro corazón. Y el amor, tanto amor que los ojos se me llenaron de lágrimas. El mundo podía arder en llamas, los reinos podían desmoronarse, pero sentía que aquello era eterno, infinito, una fusión de almas que trascendía todo lo demás.

Un repiqueteo metálico me sacó de mis ensoñaciones.

Al volverme vi el puñal junto a mi cabeza. De la muñeca de Zevander goteaba sangre y, cuando giró el brazo, tembloroso, vi una profunda herida en la palma de su mano.

Me lo quedé mirando fijamente y mis ojos debían de reflejar la congoja que sentía, porque bajó la cabeza, como si no soportara mirarme a la cara.

—Lo siento —murmuró—. Lo siento mucho.

—No puede ser…

Fue en ese momento cuando me di cuenta de lo tonta que había sido al imaginar que podría evitar que las imágenes de décadas de abusos y tormentos le volvieran a la mente. Qué ridículo pensar que un hombre que había sufrido un dolor inimaginable pudiera curarse con un momento de intimidad.

Maldije mi ignorancia. Mi candidez.

Con el ceño fruncido, salió de mi interior y se apartó, como si quisiera alejarse, pero lo agarré del brazo.

—Ya te lo he dicho. Si es dolor lo que necesitas, te lo daré.

—No.

—Sí, Zevander. Y entonces me mirarás. Me mirarás a la cara y sabrás que soy yo. Que somos nosotros.

—No puedo volver a hacerte esto.

—Sí puedes. —Bajé la mano y le agarré el duro miembro con las garras de mi guante. Al hacerlo sentí cómo se hinchaba con impaciencia, llenándose de sangre—. Voy a darte lo que necesitas.

Me levanté del suelo e hice que se tendiese bocarriba. Me senté a horcajadas sobre sus muslos, abriendo las piernas al máximo para sentarme a horcajadas sobre él, sin soltarlo.

Me observó, con los labios entreabiertos y un brillo de ansiedad y tensión en los ojos.

Yo no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. De lo que podría darle alguien tan inexperto como yo. Pero no importaba. Ninguno de los dos tenía ventaja sobre el otro.

Me deslicé por su cuerpo y, cuando mi sexo desnudo llegó a sus pendientes y el suave contacto con cada bola de acero me rozó, él arqueó la espalda y soltó un gruñido de placer que activó un nuevo mecanismo en mi interior. Intrigada, me situé sobre la base de su polla e hice un movimiento rotatorio con la cadera. Al sentir la vibración en las terminaciones nerviosas de mi interior, no pude contener un gruñido. Ni siquiera me había penetrado y aquella deliciosa vibración ya reverberaba en mí.

Sentí un latido en los nudillos y la vista se me fue a las venas del guante. Apoyé la mano en el corazón de Zevander, clavándole las uñas en el pecho, y él levantó el torso, arqueando la espalda mientras gemía de placer y de dolor.

Me entró el pánico y retiré la mano, pero él me la agarró.

—No —dijo con voz rasposa colocándola otra vez donde estaba —. Por favor.

Cerré los ojos, le clavé las uñas de nuevo y empecé a mover las

caderas arriba y abajo por los pendientes de su miembro, dejando un rastro húmedo sobre su piel, la huella de mi propia excitación.

—¡Joder! —exclamó estremeciéndose, y me agarró la espalda, presionándome aún más contra aquellas barritas de metal que me rozaban con cada movimiento.

Le hundí las uñas en el pecho sin pensar, sintiendo aquel deseo voraz en el vientre que pedía que lo llenaran. La vibración me atravesó el cuerpo, provocándome espasmos en los muslos, mientras él movía las caderas sin dejar de presionar.

Sentí el vientre agarrotado, los músculos tensos.

Se me escapó un quejido agudo. Ya no podía contener la excitación que me provocaba cada roce de su miembro erecto.

—¡Dios! ¡Zevander!

El calor y la presión se acumularon en el interior de mi cuerpo como si fuera una caldera, como si tirara de una cuerda invisible que me atravesaba el cuerpo. Él me clavaba los dedos en los muslos con tal fuerza que creí que me estaba dejando marcas, que me iba a romper los huesos. Pero no había dolor, solo una sensación de entumecimiento mientras el placer se extendía por mi interior, presionándome desde dentro. La vibración fue a más y le arañé el pecho, con los músculos tan tensos que tuve la impresión de que me iban a reventar en cualquier momento.

Estalló un fogonazo en el interior de mis ojos y sentí un cosquilleo cálido que se extendía por mis brazos y piernas hasta llegar a mi estómago y torso. Grité, sacando pecho y arqueando la espalda, dejando que esa sensación me recorriera todo el cuerpo como una ola.

Él soltó una serie de improperios, con los dedos clavados en mis muslos, y emitió un grito crudo y rasposo que fue como una violenta tormenta abriéndose paso entre una nube tranquila.

Sentí el cálido estallido de su descarga pintándome la piel y, al bajar la vista, vi cómo se extendía por entre nosotros mientras me frotaba contra él. Era la prueba física y salvaje de su placer, del que le había dado yo. Entrecerré los ojos y recordé aquellos últimos momentos una vez más, sonriendo al rememorar sus gritos y maldiciones solo unos segundos antes de que se rindiera al placer.

Cuando abrí los ojos, me lo encontré mirándome, sobrecogido.

—Eres una puta maravilla —dijo con un hilo de voz tirando de mí para besarme en la boca.

Tuve que separar mis labios de los suyos un momento para respirar y lo que vi me dejó de nuevo sin aliento.

En el pecho tenía cinco incisiones irregulares que hicieron que se me encogiese el estómago. Las heridas que le había hecho sangraban, así que levanté la mano para examinar los restos de sangre en las puntas de mis garras metálicas.

—No… —Zevander me agarró de la muñeca, sacándome del gélido estupor que me oprimía las costillas—. Yo lo quería. He deseado cada segundo de lo que me has dado.

—Pero yo… —No podía pronunciar en voz alta lo que le había hecho, la brutalidad con que le había abierto la piel, sin darme cuenta siquiera, presa de la euforia. Los ojos se me llenaron de lágrimas y se me encogió el corazón de la vergüenza por lo que había hecho. Intenté soltarme, pero él me agarró más fuerte y tiró de mi hasta que mis pechos cubrieron sus horribles heridas.

—Esto es lo que necesitaba. Me lo has preguntado y te lo he dicho. Necesitaba esto. Necesitaba ver cómo te dejabas llevar por el placer que yo te daba.

—¿Mientras te hacía daño? ¿No es eso lo que te hacía ella? ¿No es así como te hacía sufrir?

—Te equivocas. Esta es la primera vez que he sentido algo más

allá del dolor. He visto cómo te sonrojabas —dijo acariciándome la mejilla con los nudillos—. Cómo se te abría la boca al jadear. —Me pasó el pulgar por el labio inferior—. No había visto nada tan bonito en toda mi vida. Como el sol asomando por el horizonte. Ha sido perfecto.

—Te he dejado el cuerpo lleno de heridas, Zevander. Heridas. Ahora al verlas recordaré el dolor que te he causado.

—Yo nunca las veré como algo doloroso. Me recordarán la primera vez que mi corazón ha latido por algo más. La primera vez en que me he entregado *voluntariamente*.

Las lágrimas me surcaron las mejillas y él me las enjugó con el dedo.

—No te castigues, Lunamiszka. Ha sido el momento más delicioso de toda mi vida.

No podía entender cómo era posible tal cosa, aunque no me correspondía a mí juzgarlo. Habría podido mentir para aliviar mi conciencia, pero la satisfacción que se le veía en el rostro era indiscutible. Las líneas de tensión que siempre tenía en la frente se habían suavizado un poco y, para confirmarlo, le pasé el pulgar de la mano sin guante por encima.

—No podría soportar vivir sabiendo que te he hecho daño.

—Ahora ya sabes qué es lo que me duele, qué es lo único que me da miedo en este mundo. —Me besó en la frente, agarrándome la nuca con la mano—. A veces me atormento pensando que debería dejarte marchar, para que no tengas que ser testigo de este deseo cruel, del dolor que busco. Y luego hay momentos en los que pienso que tengo la fuerza necesaria para seguir hasta el final. Pero no es verdad. Podría arrasar cada pueblo, acabar con todos sus habitantes, y me costaría tan poco como apagar una vela de un soplido. Pero no soy capaz de dejarte marchar.

—Prométeme que dejarás de pensar en esa tontería.

Me envolvió el cuello con suavidad.

—Tú prométeme que nunca intentarás huir de mí —dijo besándome en los labios.

—Aunque quisiera, que no quiero, ya es demasiado tarde. Ya estás muy dentro de mí. —Cerré los ojos y apreté los párpados—. Y por los dioses que grito si conviertes eso en algo sexual.

Zevander soltó una risita y me besó otra vez.

—Me contendré. Por esta vez. Pero que sepas que en cualquier momento puedo adentrarme más y quitarte esos pensamientos tan castos de la cabeza.

—Creo que deberíamos limpiar esas heridas —dije, y me rodeó la cara con las manos, como si hubiera notado mi intranquilidad de pronto.

—Mi obsesión no conoce límites, bruja lunar. Abriría el cielo en dos y sacrificaría mi propia alma por ti.

Sonreí a regañadientes, incapaz de apartar la mirada de aquellas salvajes heridas.

—Nunca te pediría que sacrificaras tu alma por mí.

—No tienes que pedírmelo. Te pertenece desde el momento en que el destino grabó tu nombre en ella. —Me hizo apoyar la palma de mi mano en sus heridas—. La carne es algo temporal, pero lo que has despertado en mí es eterno.

Estaba tendida con la cabeza apoyada en el pecho de Zevander. El agua templada me aliviaba el dolor de los músculos y él me acariciaba el brazo con la palma de la mano. Debía de estar anocheciendo, pero las cortinas seguían cerradas, por lo que estaba oscuro y parecía mucho más tarde. Del suelo, junto a la bañera,

cogió una de las botellas de licor que había traído de la despensa y echó un buen trago.

En el momento en que iba a dejarla de nuevo, le agarré el brazo y, con un ademán de los dedos, le indiqué que quería probar.

—No es vino de bayas.

—No todo lo que tomo tiene que ser dulce.

—Esto te haría caerte de culo de no ser porque ya estás tumbada. —Me pasó la botella y le di un sorbito.

El licor, penetrante y terroso, me quemó la garganta y puse una mueca meneando la cabeza.

—¿Qué es?

—Como un whisky, pero en una versión terrible.

Eché un trago más largo, haciendo caso omiso a la quemazón que sentía en los senos nasales.

—Despacito, lengua húmeda —dijo Zevander, y bajé la botella tosiendo, con la boca incendiada.

Mi tos se convirtió en risas cuando le devolví la botella.

—¿Qué quiere decir «lengua húmeda»?

—Así llamábamos a los borrachos callejeros en el Arrabal. Solían llevar una botella siempre en la mano. No daban tiempo a que se les secara la boca. —Bebió otro trago y se quedó con la botella en la mano y el codo apoyado al borde de la bañera. Con su otra mano recogió agua caliente y me mojó los pechos—. No quiero que se enfríen demasiado.

Sonriendo, le pasé mis uñas metálicas por el muslo, bajo el agua, y él encogió la pierna un poco.

—La última vez que nos acostamos juntos, desapareciste.

—No, salí siguiendo a un intruso —dijo entrecruzando los dedos de mi mano sin guante con los suyos.

—¿A quién?

—Theron.

Me volví de golpe hacia él.

—¿Lo viste aquí, en el templo? Pensé que lo habías matado.

—Se curó. Es cosa de su magia de sangre.

—¿Y qué has hecho con él esta vez? —Levanté la cabeza y noté que, al moverme, la habitación me daba vueltas. Él me envolvió con sus brazos, instándome a quedarme a su lado.

—Lo he encerrado en el sótano.

—¿Es seguro? No sé si me siento cómoda del todo durmiendo tan cerca de un asesino…, que no seas tú, por supuesto.

—Es seguro —dijo él con un suspiro estrechándome más—. Quería contar con un plan alternativo, por si no encontramos la veta o el vivicanto.

Aleysia. Él ya había mencionado aquel plan antes, y yo había decidido ignorarlo.

—Me dijiste que los vínculos son eternos.

—Lo son —dijo besándome en lo alto de la cabeza. Después levantó la botella y echó otro trago.

—Entonces ¿por qué iba a querer yo vincular a mi hermana con un hombre que intenta matarnos?

—Los vínculos de pareja son muy dolorosos, si se rompen. Si estuvieran vinculados, él tendría que mantenerse leal a Aleysia. No podría hacerle daño matándote porque el dolor de ella sería su dolor. —Pasó los nudillos sobre mi hombro y me besó en esa zona—. Sé que tienes tus reservas, pero yo me atrevería a decir que Theron puede llegar a planteárselo.

—¿Por qué? —pregunté frunciendo el ceño.

—Intentó hacer las paces conmigo.

—Pero tú no confías en él.

—Nunca lo he hecho.

Resoplé, intentando imaginarme en la posición de Aleysia. Al fin y al cabo no sería un compromiso al uso.

—Cuando llegue el momento, si llega, Aleysia decidirá por sí misma.

—Y, al hacerlo, también decidirá por ti.

—Ahora tiene a nuestro padre —repliqué—. No está sola.

—¿Y tú la dejarías con tu padre, con el que te acabas de reencontrar, y regresarías a Etiria sin ellos?

—Si supiera que ambos están a salvo, sí. Es lo que llevo buscando desde el principio.

—¿Y si aquí no existe la seguridad para ellos? ¿Y si todos en Mortasia se han vuelto monstruos?

Si hubiese dependido de mí, la elección habría sido evidente. Siempre me había inclinado por la supervivencia por encima de cualquier otra cosa. Sin embargo, Aleysia solía dejarse llevar más por las emociones.

—Entonces nos replantearemos tu retorcido plan. —Le quité la botella de licor de la mano y eché otro trago, arrugando la nariz al notar el impacto—. Pero no pensemos aún en eso. Tenemos que encontrar la veta… Vamos a *encontrarla*. Mi padre ha estado ahí, ha viajado a las montañas de Lyveria. Puede ayudarnos.

Le devolví la botella y, después de echar otro trago, la dejó en el suelo, junto a la bañera.

Tenía las mejillas calientes y me pesaban brazos y piernas, pero sentía la cabeza ligera. Ya me había emborrachado alguna vez, así que sabía que el licor se iba abriendo paso por mis venas, aunque desde luego más rápido que el vino del abuelo.

Zevander cogió agua caliente con la mano y me la echó por encima del brazo.

—No parece que tu padre esté para viajes.

Eso no podía discutírselo. Sus frágiles huesos apenas parecían capaces de cargar con su propio peso; que recorriera todo Vonkovya era impensable.

—Si consiguiéramos un caballo…

—No he visto ninguno en el tiempo que llevamos aquí. Me atrevería a decir que no han sobrevivido muchos.

—Si es incapaz de viajar, quizá Aleysia quiera quedarse con él.

Pero ¿podía dejarla ahí? ¿Estaría segura en el templo aunque ya no estuviera Sacton Crain?

Como si percibiera mis dudas, Zevander volvió a besarme en lo alto de la cabeza.

—Ya hablaremos de eso por la mañana. Necesitamos dormir si vamos a emprender el viaje a las montañas.

Era curioso lo rápido que había pasado otro día.

Me empujó un poco hacia delante y salió de la bañera, chorreando agua y ofreciéndome una generosa panorámica de su musculoso trasero. Cuando se dio la vuelta, vi su esculpido abdomen, que acababa en una V, pero solo un momento, porque deslizó sus brazos bajo mis piernas y mi espalda, sacándome de la bañera con facilidad.

—Tengo fuerzas para caminar hasta la cama —protesté rodeándole el cuello con los brazos mientras me llevaba.

—Seguro que sí. De momento.

Eso me hizo sonreír.

—¿Es una amenaza de lo que me espera cuando llegue allí?

—Pese a lo mucho que me gustaría, tengo que asegurarme de que mañana estás en forma para caminar, así que me resistiré a la tentación.

Cuando me dejó sobre la cama, noté los suaves almohadones en la espalda.

—Pero, por si acaso, quizá sea mejor que duerma en el suelo.

—He oído que el suelo es malísimo para el culo y el tuyo tiene una forma perfecta —dije riéndome de mi propia broma, y con la risa me dio hipo—. Insisto en que compartas la cama conmigo.

—Ah, bueno —respondió divertido—. No querría tener que viajar con el culo dolorido, mucho menos que perdiera su forma perfecta. —Se agachó y me besó en los labios—. Pero ¿y si se me ocurren cosas durante la noche?

—¿Suelen ocurrírsete cosas durante la noche?

Levantó las cejas de golpe.

—Depende de con qué sueñe, o con quién.

Fruncí el ceño.

—¿Has soñado con otras y se te han ocurrido cosas?

—Sí. He soñado con todas tus personalidades. Mi preferida es la rabiosa. En mis sueños es encantadora. —Volvió a agacharse para besarme, pero aparté la cara.

—He cambiado de opinión. Puedes ir a hacerles carantoñas a las ratas en el suelo.

Se rio, socarrón.

—¿Y ponerte celosa? No, mejor no.

—No soy celosa. A menos, claro, que a medianoche se conviertan en bellas princesas deseosas de complacerte durante horas.

Siguió mirándome fijamente con una gran sonrisa en los labios.

—Por tentador que suene eso, seguiría eligiéndote a ti.

—¿Por qué?

Me apartó un mechón suelto de la cara y lo echó a un lado.

—Porque tú eres mucho más que una cara bonita.

Me dio el hipo otra vez y se me escapó la risa, por lo que me llevé una mano a la boca.

—Yo creo que quizá estés un poco borracho si piensas que soy más guapa que unas ratas mágicas convertidas en princesas.

La sonrisa de su rostro desapareció, y se puso serio.

—«Guapa» es una palabra demasiado ordinaria para definirte a ti.

—¿*Ordinaria*? —respondí conteniendo la risa—. ¿Y cómo me definiría este poderoso asesino si no quiere llamarme «guapa»?

Me pasó la punta del dedo por la sien.

—Diría que eres el suave resplandor de la luz de la luna en un mundo negro como un abismo. Que eres una oración que nunca he pronunciado en voz alta, pero a la que los dioses han respondido igualmente. El destello de un rayo que me atrevo a mirar sin parpadear. —Arrugó la frente un momento y me pasó el pulgar por el labio inferior—. El motivo por el que respiro.

Lo miré fijamente, segura de que nadie en toda mi vida me había mirado con aquella reverencia.

—Quizá sea yo la que está algo borracha.

Él se agachó y volvió a besarme.

—Duerme un poco, o me veré obligado a llevarte en brazos hasta las montañas de Lyveria.

54

Zevander



Pasado

El hedor que flotaba en el aire se le metía en la garganta a Zevander, provocándole arcadas. No soportaba el contacto con las sábanas mojadas de sangre y fluidos que envolvían a la general Loyce, pegándosele a la piel. El traidor de su miembro, cuyos pendientes marcaban cada década de suplicio, seguía rígido e infatigable a causa de su ciclo lunar, lo cual le provocaba un anhelo que Loyce no podía calmar por mucho que lo intentara. Se había vuelto posesiva y celosa con él, por lo que no permitía que nadie más le proporcionara el alivio que necesitaba para combatir el dolor, así que tenía que ocuparse personalmente de ello. Pero eso sería más tarde, cuando estuviera solo, cuando pudiera pasarse un puñal por la piel sin que fuera la general quien lo blandiera y fantasear con otro rostro, quizá el de su compañera, en algún lugar muy lejos de aquel maldito agujero.

Se sentó a los pies de la cama, pasándose el pulgar por las finas

cicatrices blancas que le surcaban la palma de la mano. Unas cicatrices inútiles, asociadas a un poder del que nunca podría hacer uso.

Sobre la cama, a su espalda, estaba tendida la general Loyce, desnuda y tan satisfecha como para haberse quedado dormida. Zevander echó un vistazo a la daga que había quedado sobre la mesa, junto a unos trozos de queso y embutido que Loyce había intentado compartir con él antes. Más allá había un guardia zefromita en un rincón, entre las sombras, observándolo. Desafiándolo.

Siempre presente, incluso mientras follaban.

A Zevander eso ya no le importaba. El acto sexual no le importaba nada. Tras décadas haciéndolo, ya no sentía nada, ni siquiera vergüenza. ¿Con cuántas personas se habría acostado y a cuántas había matado para darle satisfacción a ella? Miles, probablemente. Y, con cada una, había perfeccionado su técnica. Su mente y su corazón se habían ido volviendo tan insensibles que se preguntaba si alguno de los dos volvería a ser capaz de notar algo, de sentir.

Casi podía saborear la sangre que le salpicaría el rostro si le segaba el cuello con el puñal. La única complicación sería el zefromita, que no moriría con una simple puñalada en el corazón, pero por los dientes de los dioses que se lo había planteado. Casi podía sentir el placer de verla degollada, con una expresión de estupor en sus ojos al ver que la había traicionado.

Un golpe en la puerta lo sacó de sus ensoñaciones. Zevander no se molestó en taparse cuando el guardia cruzó la habitación para abrir y, en el momento en que apareció en el umbral un soldado soláceo, echó otro vistazo a la daga, calculando la distancia hasta el soldado y luego hasta la general.

—Traigo un mensaje para la general Loyce.

Ella se dio la vuelta en la cama, retorciéndose como una serpiente. Abrazó con sus ásperas manos a Zevander por detrás, deslizándolas por su pecho desnudo, y este tuvo que contenerse para no reaccionar con violencia.

—¿Cuál es el mensaje?

Su aliento, cálido y húmedo, le recorrió la piel como la bruma de un pantano y luego le plantó un beso en el cuello.

El soldado dio un paso adelante con la mirada fija en el suelo, evidentemente incómodo ante el cuerpo desnudo de Zevander.

—Quizá sea mejor que hable con usted a solas, general.

—Quizá sea mejor que vayas al grano, antes de que ordene que te corten el cuello.

El soldado se aclaró la garganta, miró al zefromita y, de nuevo, a la general.

Zevander notó la lengua húmeda de ella acariciándole la oreja y se agarró con fuerza a la cama para evitar darse la vuelta y asfixiarla.

—Ha habido una incursión de mercenarios con armaduras soláceas en el castillo de Eidolon.

Zevander se quedó paralizado. Se le heló la sangre y dejó de percibir el contacto de su captora.

—¿Quién lo ha ordenado? —preguntó Loyce.

El soldado, cabizbajo, meneó la cabeza.

—No puedo decírselo.

—Bueno, pues te sugiero que lo intentes si quieres mantener la polla pegada al cuerpo —dijo manoseando a Zevander, que cada vez estaba más impaciente, como para ilustrar su amenaza.

—No se me ha comunicado esa información, general.

Loyce soltó un gruñido, un sonido que Zevander reconoció como

una expresión de hastío.

—Bueno, ¿y entonces esto quién te lo ha contado?

—El asesor del rey Jeret. Uno de ellos ha sobrevivido —dijo el soldado, que seguía respondiendo de forma escueta y directa.

—¿Uno de quienes? —lo interrumpió Zevander—. ¿Quién ha sobrevivido?

El soldado miró a Zevander brevemente con conmiseración, como podría haber mirado a un perro callejero. Cuando levantó la barbilla, haciendo caso omiso a su pregunta, Zevander hizo ademán de echársele encima, pero el abrazo de la general Loyce lo contuvo.

—¿Quién ha sobrevivido? —repitió ella.

—Uno de los mercenarios. Consiguió huir.

—¿Huir? —Le acarició el pezón a Zevander con la punta del dedo y este tuvo que hacer un esfuerzo supremo por no quitársela de encima de un empujón.

—Parece ser que hubo un contrataque.

—¿Por parte de quién? —insistió ella mientras Zevander escuchaba atentamente cada palabra que salía de la boca del soldado, desesperado por saber quién habría salido en defensa de su familia.

—El mercenario habló de arañas. Cientos de ellas.

Las arañas de Branimir. Aunque a su hermana y a él estas solo los habían amenazado, Zevander supuso que la prodozja de su hermano era capaz de desplegar toda su brutalidad en caso necesario.

—¿Y qué ha sido de los Rydainn? —preguntó la general, que casi parecía hablar por Zevander.

El soldado echó una mirada a Zevander y, una vez más, respondió lo mismo:

—Me temo que no puedo decírselo.

—Di lo que sepas —le ordenó Zevander echándose adelante, pero la general volvió a contenerlo con su abrazo.

—Cálmate, cariño —dijo ella agarrándolo de la garganta. Aquello era una advertencia—. Yo haré las preguntas —le susurró al oído, y volvió a dirigirse al soldado—. ¿Cuántos mercenarios se enviaron?

—Una docena quizá. No estoy seguro.

—¿Y ahora dónde está el prisionero?

—En las minas, general. Tengo entendido que el custodio le ha mostrado consideración.

—Ah, ¿sí? —Liberó a Zevander de su abrazo—. Bueno, hasta que sepamos quién ordenó el ataque, supongo que puede quedarse al cuidado del custodio. Puedes retirarte.

El soldado asintió y salió de la habitación.

Zevander ladeó la cabeza, estirando los músculos del cuello.

—Déjamelo a mí —gruñó—. Déjame que lo mate.

Ella soltó una risita socarrona mientras se levantaba de la cama y cogía una bata que había quedado tirada en una esquina.

—Eso no es una petición de libertad, sino un grito de guerra para obtener venganza.

—No tengo intención de suplicar por algo que no me darías nunca. Siempre he ejecutado tu venganza fielmente y sin esperar nada a cambio. Solo te pido que me lo dejes a mí. Concédeme este favor.

—Un favor que podría costarme la cabeza si ha sido el rey quien ha ordenado la ejecución de tu familia.

—¿Lo habrían enviado a las minas si estaba siguiendo las órdenes del rey? —replicó Zevander.

—No. —La general se acercó a la mesa donde estaban los embutidos y el queso y se sirvió una copa de vino—. Lo habrían enviado aquí por no haber cumplido la misión. Háblame de esas

arañas.

Le dio un sorbo al vino, mirándolo por encima de la copa.

—No sé nada de eso —dijo él sin cambiar de expresión, como había aprendido a hacer.

Ella bajó la copa y lo examinó atentamente, sin duda preguntándose si sería capaz de leerle los ojos.

—Entonces me temo que no puedo ayudarte. Vuelve a la Dorona. Te llamo más tarde, esta noche.

Aquello era un farol evidente, pero Zevander no tenía tiempo para juegos y sabía muy bien que ella podía seguir con aquello indefinidamente.

—Eran la prodozja de mi hermano.

Loyce levantó las cejas.

—No tenía constancia de que tuvieras un hermano. Qué curioso.

—Está muy enfermo, muy débil.

Otra mentira, para protegerlo.

—Y, sin embargo, su prodozja ha conseguido atacar a una docena de mercenarios, de los que solo uno ha conseguido escapar.

—Hasta los más débiles pueden reunir fuerzas cuando se trata de defender a su familia.

La general sonrió y dio otro trago al vino.

—Sí, supongo que tienes razón. He visto demostraciones de fuerza impresionantes cuando es la pasión la que las motiva. —Se le acercó lentamente y se agachó, situándose entre sus piernas—. Dame tu semilla, únete a mí. Y yo te entregaré en bandeja de plata la venganza que deseas.

Hacía años que se lo pedía y Zevander había aprendido que ese era el único control que tenía sobre ella, la única parte de él que no habían mancillado sus manos. Aunque su cuerpo reaccionaba a los abusos a los que lo sometía eyaculando, no era lo mismo que la

esencia vinculante entre compañeros: un fluido plateado opalescente que, por lo que se sabía, al entrar en el cuerpo de la compañera provocaba el placer más trascendente posible. Requería un ritual sagrado y el intercambio de sangre.

Se le encogió el estómago solo de pensarlo, pero, aunque fuera lo último que hiciera, se encargaría de vengar aquel ataque contra su familia.

—Lo haré.

—Pretendes humillarme. ¿Es eso?

La general Loyce se paseaba adelante y atrás frente a Zevander, que estaba atado de pies y manos con una losa de piedra a la espalda presionándole la columna. La rabia de la general flotaba en el ambiente y este llegó a preguntarse si alguna vez la había visto tan enfadada. Durante días lo había hecho eyacular repetidamente, habían intercambiado tanta sangre que le había provocado mareos y lo había obligado a follar durante horas. Incluso había llamado a otras siervas para iniciar el acto.

Sin embargo, su cuerpo se negaba.

Por mucho que rezara a los dioses, que se hubiera convencido de que ella podía ser su compañera, Zevander no conseguía consumar el acto con la esencia vinculante. Ni siquiera aunque Loyce recurriese a castigos violentos.

Él ya había oído hablar de vínculos por interés anteriormente y sabía que, a menos que alguno estuviera ya vinculado con una tercera persona, dos individuos podían formar un vínculo sin problemas. Que su cuerpo se negara de aquella manera tan obstinada le resultaba un misterio.

A Loyce se le encendieron lo ojos de rabia y echó mano de la

daga que llevaba al cinto.

—Ya te has vinculado con otra. ¡Tiene que ser eso! —dijo soltándole una bofetada que restalló al contacto con su mejilla.

Los bofetones ya no le causaban ninguna impresión. Zevander siguió mirándola fijamente.

—He estado prisionero en estas minas desde que era un niño. Era demasiado pequeño como para encontrar compañera.

Ella arrugó el rostro, que se le cubrió de líneas de preocupación, mientras se pasaba la mano por su larga melena rubia.

—He preguntado a los brujos. La única circunstancia que impediría un vínculo es la existencia de otro compañero. ¡Voy a descubrir quién es tu compañera aunque tenga que matar a todas y cada una de las esclavas y prisioneras!

—Conoces cada centímetro cuadrado de mi piel, así que sabes que no llevo la huellas de ninguna otra mántica.

—No, y aun así tu cuerpo me rechaza.

Se plantó frente a él con las manos a los costados del cuerpo, cegada por la ira.

—Eres *mío*. Si tengo que extraer la semilla de tu cadáver, así será. —Le tembló la barbilla, pues en su interior se estaba librando una batalla de emociones. Zevander se habría reído de lo ridículo que era todo aquello de no ser por lo desesperado que estaba por cobrarse su venganza. Una inquietante calma asomó por los resquicios de la rabia de Loyce y esta le acarició la mejilla que le había abofeteado—. Pero no voy a hacerte responsable de lo que no puedes controlar.

Hizo un gesto al otro guardia que había en el dormitorio, que enseguida salió por la puerta.

Unos segundos más tarde regresó con un hombre, un rubio que presentaba magulladuras y cortes, las huellas de una paliza.

Loyce le ordenó que se arrodillara y él obedeció sin resistirse demasiado.

—Este es el mercenario que escapó de la casa de tu familia.

Zevander tensó los músculos con la mirada fija en el hombre, sintiendo la ira de un animal rabioso.

—Desátame —gruñó.

—Antes tengo unas cuantas preguntas para él —dijo ella echando a caminar en torno al prisionero mientras le pasaba los dedos por el pecho. Cuando le rozó la mejilla, este se estremeció—. Cuéntanos otra vez lo que pasó con lady Rydainn.

Por cómo le temblaba el labio al mercenario, estaba claro que ya lo había interrogado antes.

—Ella… —tragó saliva— había sido violada.

—Por uno. Por dos de vosotros. ¿Por tres? —preguntó la general, y Zevander sintió una inyección de adrenalina y la sangre quemándolo por dentro, pidiéndole que destrozara algo con las manos.

Como el prisionero no respondía, Loyce le dio un puñetazo en la cara que le hizo saltar un diente.

Para Zevander, aquello no era suficiente castigo.

—Todos nosotros —dijo. Escupió sangre al suelo y soltó un gemido—. ¡Todos nosotros!

—¿Y la niña?

Le tembló el labio y se volvió hacia la mitad vacía de la celda.

—Luego fueron a por ella.

A Zevander se le tensaron todos los músculos y le dolían las muñecas en el punto donde se le clavaban los grilletes. Si los dioses se apiadaban de él y le soltaban las ataduras, ese hombre acabaría convertido en un charco de sangre y huesos.

—¿Tú no?

—Yo… había ido a mear… y de pronto oí los chillidos.

—¿Los de quién?

Loyce se volvió a acercar a Zevander y le pasó una mano por el hombro, que estaba tan tenso que casi ni notó el contacto. La general se lo apretó, y a continuación le pasó la palma por el abdomen, fuertemente contraído.

El prisionero vaciló un momento. Luego con una mueca de dolor, dijo:

—De la niña. Habían matado a la madre.

Lo había dicho con una indiferencia tal que Zevander al principio no lo asimiló. Parecía una simple observación, como si un pájaro hubiera pasado volando por ahí. Su madre. Violada y asesinada.

Muerta.

Por algún motivo, no conseguía asimilar las palabras, como si estuvieran atrapadas tras un velo de acero. A la mente solo le llegaba una niebla roja como la sangre, un ansia por desollar, por separar piel de carne, carne de huesos y extremidades del torso. Quería oír gritos desesperados, percibir el dolor, empacharse de violencia. Tanto, que estaba bloqueado.

—¿Y entonces decidiste darte un gusto también con la hermana?

Zevander oía las preguntas de la general como algo lejano, como si hablara bajo el agua.

—No la toqué.

La rabia le nubló la vista a Zevander y la habitación comenzó a dilatarse y encogerse a su alrededor.

Loyce soltó una risita y el sonido reverberó en el interior del cráneo de Zevander.

—¿Y qué es lo que te inspiró esa repentina toma de conciencia?

—Nos… *Los* estaban atacando. Había… arañas. Fueron a por ellos, aparecieron de la nada. Empezaron a tejer una red enorme,

atrapándolos a todos dentro.

Zevander imaginó la rabia que habría tenido que sentir Branimir para salir de su celda subterránea, el lugar del que no había salido en todos los años que hacía que lo conocía.

—¿Y tú dónde estabas?

—Mirando por la ventana. Vi cómo las arañas los envolvían en su seda, como si fueran moscas, y luego se los comieron con esos… largos colmillos, quemándoles la piel con su saliva. Salté desde el balcón. No me importaba morir. Aterricé sobre unos setos.

—¿Y no hubo nadie más, aparte de ti, que sobreviviera?

Loyce se agachó frente a Zevander y le plantó un beso en el vientre al mismo tiempo que le clavaba las uñas en el muslo.

—No. No pudo haber ningún otro superviviente por la forma en que los atacaron.

—¿Ni siquiera la niña?

—No lo sé. No sé si la mataron antes de la llegada de las arañas.

—Libérame —gruñó Zevander sin apartar la mirada del hombre, jurándose que sufriría la muerte más atroz que hubiera tenido nadie.

Loyce rodeó a Zevander, deslizando la mano por su piel.

—Este hombre que tienes delante es su hermano. Mi esclavo.

A Zevander ya no le importaba lo más mínimo que lo llamara «esclavo». Habría llevado aquel insulto por título con mucho gusto si le daba la oportunidad de echarle las manos al cuello al prisionero.

—Dime, ¿quién ordenó esa masacre?

Antes de que pudiera responder, Loyce desenvainó con tal rapidez que Zevander apenas oyó el roce contra la funda y decapitó al mercenario de un corte limpio.

—¡No! —El grito de Zevander resonó en el interior de la celda. El fuego le quemaba los músculos por dentro mientras tiraba de las cadenas con los dientes apretados, temblando de ira.

La general se le acercó como si nada y le pasó las uñas por el pecho.

—Qué decepcionante debe de ser tener lo que quieres al alcance de la mano…

Las cadenas repiquetearon con los violentos movimientos de Zevander, que bullía de rabia.

—No me vincularé contigo. Nunca.

Ella rio entre dientes y alargó el brazo, recorriéndole el cuerpo de arriba abajo hasta cogerle la polla, flácida.

—Aunque no tenga tu esencia, recuerda esto: sí que me has dado tu semilla —dijo provocándolo mientras le apretaba el miembro y lo besaba en la mejilla—. Lo intentaremos otra vez esta noche, mi amor. Resulta que he aprendido un hechizo que quizá funcione.

Zevander tenía la mirada fija en las sombras del techo. Si su corazón había latido o no durante la última hora era algo que desconocía. No sentía nada. Ni cuando hinchaba los pulmones ni cuando apretaba los puños. Ni siquiera sentía la rabia.

Era un cadáver que aún respiraba. Una abominación. Estaba vacío, hueco.

Muerto por dentro.

¿Qué monstruo tenía que ser para no estremecerse por una pérdida tan inmensa?

Temía la llegada del momento en que el dolor lo invadiera, en que la furia diera paso a la calma y la realidad le cayera encima con todo su peso, como una espada recién afilada. No era algo que ocurriera enseguida, eso lo sabía por la pérdida de su padre. Había soportado tantas cosas a lo largo de los años que quizá ya no fuera capaz de conmoverse por intenso que fuera el dolor. ¿Había algún

límite al sufrimiento? ¿Un punto en el que un hombre ya no pudiera sentir nada?

De pronto vio un rostro colándose en su campo de visión y se dio cuenta de que el golvyn le había trepado por el cuerpo con un cazo de agua. Zevander volvió la cara cuando intentó vaciárselo en la boca.

—Tienes que beber algo —dijo—. Necesitas energía.

—¿Para qué? —replicó Zevander con la voz rasposa—. ¿Para ver cómo disfruta conmigo?

—Es cruel, pero no será tu fin.

—¿Y qué importa si lo es?

Sin soltar el cazo, el golvyn bajó la cabeza y suspiró.

—Lo siento por tu familia. Un dios que se lleva a nuestros seres más queridos es pérfido.

—No sabía que los golvyns creyerais en dioses.

—Nosotros no. Pero vosotros sí.

Una vez más, Zevander se quedó mirando al infinito a través del oscuro techo.

—Ya no. Yo no creo ni siento nada.

—¿Te has rendido?

—Supongo que sí.

El golvyn soltó un gruñido y tiró el cazo al suelo. El metal repiqueteó contra la piedra, pero Zevander apenas le echó una mirada de hastío.

—¿Tú sabes por qué no creemos en dioses los golvyns? —No se molestó en esperar lo que habría sido una respuesta desganada—. Necesitamos *ver* para creer. Pero vosotros… Vosotros solo creéis en las palabras.

Zevander se quedó en silencio. No se iba a molestar siquiera en discutir. ¿Qué otra prueba necesitaba, si tenía el testimonio del

hombre que lo había visto en primera persona?

—Dicen que tu familia está muerta. ¿Y si se equivocan?

¿Habría oído algo por las paredes? ¿Alguna confesión de la que él no tuviera constancia?

—Di lo que piensas, golvyn. No estoy de humor para acertijos.

—No es ningún acertijo. Solo te estoy sugiriendo que vayas a verlo con tus propios ojos.

Si bien aquello le había suscitado una mínima esperanza, de pronto dio paso a la decepción.

—No voy a salir nunca de este infierno. Me pudriré aquí dentro.

—Entonces te estás echando a perder para nada. —Abrió su minúscula mano. Dentro había una pequeña ampolla roja como las que le había dado Theron anteriormente—. Tú ves cosas cuando duermes. ¿No puedes ver a tu familia?

Intrigado, Zevander levantó la cabeza.

—¿De dónde has sacado eso?

—De las provisiones de tu amigo. Las guarda en una cajita oculta en una pared. Y estas paredes son mi hogar.

Cuando menos, aquello le permitiría evadirse del incesante recuerdo del momento en que Loyce le había arrebatado su venganza y de las náuseas que le había producido verla de nuevo sobre su cuerpo, decidida, implacable, excitada. Por la sangre de los dioses que la mera imagen ya le revolvía el estómago. No soportaba pensar en ella gozando mientras él rabiaba por dentro.

—Dámela.

Con la voracidad de un pajarillo hambriento, echó la cabeza atrás mientras el golvyn abría la ampolla y dejó que le vertiera el contenido en la boca.

55

Zevander



Caligorya

Las retorcidas ramas de los árboles lo contemplaban desde lo alto mientras miraba a su alrededor. Aquel era un entorno desconocido para él. Un bosque, aunque no uno que reconociera. Dio un paso adelante con precaución, pero un crujido bajo la bota le hizo detenerse.

A través de la espesa niebla vio lo que parecían huesos, cientos de ellos, muchos rotos, cubriendo el suelo del bosque. Las cuencas oculares vacías de una calavera humana le devolvieron la mirada.

No hizo caso y siguió adelante en busca de su madre y su hermana.

A unos doscientos metros, Zevander vio una bestia agazapada con el lomo curvado y unos cuernos retorcidos que le hicieron preguntarse qué tipo de animal o monstruo sería. Se acercó con precaución, observando su piel rugosa como la corteza de un árbol, que le recordó la estropeada piel de su hermano.

Tenía la cabeza hundida en la caja torácica de un cadáver y arrancaba la carne con los dientes, aunque masticaba como un hombre.

Zevander pisó de nuevo con la bota algo que crujió, por lo que se detuvo de golpe, pero la bestia ya había levantado la cabeza y mostró unas tiras de carne ensangrentadas que le colgaban de la boca al darse la vuelta, revelando el rostro desfigurado de un hombre.

—¿Cómo me has encontrado aquí? —preguntó el hombre-bestia irguiendo el cuerpo. Al oír aquella voz familiar, Zevander frunció el ceño.

—¿Alastor?

Alastor gruñó y se inclinó hacia delante, dejando a la vista la mitad superior del cadáver tirado en el suelo, un cuerpo reducido a una carcasa de tejido brillante y grasa.

—¿Qué es esto? —preguntó Zevander, confundido al verlo así.

—¿Cómo has podido entrar en mi cabeza? —El temblor de su voz era un claro reflejo de su consternación—. ¿Cómo me has encontrado?

—No te estaba buscando.

—No has venido cuando te he invocado. Me he pasado años intentando llamarte a la caligorya y me has ignorado —le espetó, como si Zevander lo hubiera hecho por despecho.

—No era consciente de que me estuvieras invocando. No he vuelto a sentir la llamada.

Alastor arrugó su monstruoso rostro, intrigado.

—Entonces ¿qué es lo que te ha traído aquí?

—Mi familia. Necesito verlos.

—¿Por qué?

—Un grupo de mercenarios… —Las palabras se le quedaron

pegadas a la garganta como un veneno viscoso que no podía escupir ni tragar—. Necesito verlos.

Alastor se lo quedó mirando un momento con sus aterradores ojos plateados y de pronto el entorno cambió por completo. Los árboles se esfumaron y en su lugar apareció el vestíbulo de Eilodon. Frío y oscuro, carente de vida.

Zevander fue corriendo hacia la escalera.

—Espera —le advirtió Alastor a su espalda—. Veas lo que veas, no permitas que te destruya.

Zevander no pierdió un segundo más con él: subió los escalones de dos en dos hasta llegar a lo alto de la escalera, donde una cortina de telarañas le cortaba el paso. Metió las manos por entre las hebras pegajosas, enredándose en los gruesos jirones que quedaron colgando. La seda se le adhería al cuerpo y el olor a podredumbre le quemaba la nariz por dentro.

La maraña de densas fibras oponía resistencia a sus zarpazos y Zevander de pronto se sintió como una mosca atrapada en la tela, luchando desesperadamente por liberarse. Sentía la presencia de miles de ojos contemplándolo, hambrientos, atentos, esperando.

Cuando por fin llegó a la puerta de la habitación de su madre, la empujó y observó que la pared de seda no era tan gruesa del otro lado. Allí dentro solo había unas cuantas telarañas, las cuales reflejaban la tenue luz que se colaba por entre las cortinas.

Se quitó de encima los restos de hilo de seda y se quedó helado al ver los charcos de sangre en torno a fragmentos de armaduras doradas, así como pedazos de tejido amarillo que le recordaron el sebo animal. Vio huesos apilados con manchas de carne aún rosada, sin duda porque no haría mucho que la habrían devorado. Sobre la cama de su madre había una pila de mantas envolviendo un cuerpo, como un capullo. El cabello plateado que asomaba, con mechones

enredados de color gris, le confirmó que se trataba de su madre.

Zevander rodeó la cama y, al hacerlo, vio por el rabillo del ojo una figura, la de Rykaia, hecha un ovillo. Acurrucado a su lado estaba Branimir, con el rostro hundido en el cabello de su hermana.

Con la vista nublada por las lágrimas, Zevander se acercó más, buscando desesperadamente cualquier rastro de heridas. Encontró magulladuras y cortes, una señal inconfundible de la violencia que esta había sufrido, pero aún respiraba.

—Está viva —murmuró cayendo de rodillas.

Branimir levantó la cabeza, escrutando la habitación con la vista, y Zevander sintió que sus arañas se movían en algún lugar por entre las sombras.

—Percibe tu presencia —le advirtió Alastor desde la entrada—. Ya has visto lo que querías ver. Ahora vámonos. Rápido.

Con los ojos anegados en lágrimas, Zevander se quedó mirando a sus hermanos. ¡Cuánto habían cambiado desde la última vez! Se preguntó si volvería a verlos alguna vez, si volvería a sentir los brazos de Rykaia en torno a su cuerpo, si volvería a ver su dulce sonrisa.

—¿Esto es real?

—Es una posibilidad.

—¡Es real! —gritó poniéndose en pie de golpe.

—De algún modo, has encontrado la vía de entrada a mis pensamientos —dijo Alastor sin tono en la voz—. Sospecho que es real, dado que no puedo saber lo que ha sucedido.

—¿Cómo es posible que haya podido penetrar en tus pensamientos?

Alastor se lo quedó mirando y ladeó la cabeza.

—Estamos conectados, tú y yo.

—¿Conectados de qué forma?

Él paseó la mirada por la estancia.

—Ven. Te he enseñado lo que querías ver. Ahora tienes que volver cuando te llame.

—No, no pienso hacerlo. ¿Por qué estamos conectados? ¿Quién eres tú y por qué pareces sufrir de los mismos males que mi hermano?

Alastor reaccionó como un animal rabioso, y de pronto estalló, fuera de control.

—¡Soy yo el que veía la escena mientras abusaban de ti! ¡Mientras te atormentaban, te pegaban y te quemaban! ¡Soy yo el que dirigía tus manos para que tocaran a quien tenían que tocar cuando tú no podías soportar mirarlos! ¡Te traje aquí para ahorrarte aquellas horrendas visiones!

—¿Con qué objetivo? ¿Por qué ibas a sentirte obligado a…? —Un dolor profundo, atenazador, se le extendió por el vientre a Zevander, que se presionó el estómago con la mano, doblándose en dos, estremeciéndose—. ¿Por qué ibas a… —El dolor se volvió más punzante, como si una espada le estuviera atravesando el estómago, y soltó un gruñido y puso una mueca al sentir que algo le destrozaba las tripas—. Querer controlar…?

Alastor, situado frente a él, también se llevó la mano al vientre y gruñó en el momento en que ambos caían al suelo.

Zevander se llevó las manos a la garganta, donde sentía un calor abrasador que se abría paso por su cuello hasta el pecho.

—¿Qué has… hecho, chico? —murmuró Alastor apretando los dientes.

La presión que Zevander sentía en el pecho se le expandió hasta detrás de las costillas y empezó a jadear. Como si él también lo sintiera, Alastor se agarró el pecho, jadeando y respirando con dificultad.

—Yo no… he hecho… nada.

Cayó hacia delante y sintió el contacto del suelo de piedra contra la mejilla mientras resollaba desesperado, intentando hacer llegar algo de aire a sus pulmones.

Alastor, tendido frente a él, alargó la mano, que parecía un mosaico rugoso.

—Si tú mueres…, yo muero —balbució.

Fue justo en ese momento cuando Zevander lo vio claro, al recordar las historias que le habían contado sus padres. Historias del brujo que lo había maldecido tantos años atrás y del dolor que había sufrido al ser lanzado a aquellas llamas cuando era un bebé. Mientras contemplaba a aquel hombre de aspecto bestial que tenía delante apretó los dientes, furioso, consciente por fin del engaño. De las mentiras que le había contado Alastor para ocultarle el vil personaje que vivía bajo su piel.

—¡Cadavros! —gritó Zevander antes de verse arrastrado a la oscuridad.

Zevander abrió los ojos de golpe y aspiró una gran bocanada de aire.

Vio el pánico en el rostro de Theron, a sus pies. Su voz no era más que un eco distante, eclipsada por el estruendo del latido de sus venas al pasar la sangre junto al oído. Solo alguna palabra se filtraba, aunque le llegaba inconexa.

—¿Cómo has…? Veneno… para la general Loyce… ¿Quién te dio…? ¡Se suponía que no ibas…! Estabas muerto. ¡Muerto!

Se concentró en la última palabra, con la mirada fija en el oscuro techo, convertido en una imagen borrosa a causa de las lágrimas que le cubrían los ojos. En el silencio de su mente oyó el latido de su

corazón. Sintió los pinchazos en las manos, abiertas después de haber apretado tanto los puños. La sombra del dolor de la muerte que aún le flotaba en el estómago. El ardor en la garganta provocado por el veneno que no debería haber tomado.

Unas imágenes fragmentadas le atravesaban la mente: Cadavros, el impostor que se había presentado como amigo, muriendo mientras moría él también; su hermana hecha un ovillo junto a su hermano; el cuerpo inerte de su madre convertido en una especie de capullo, descansando por fin en paz, ajena a otros horrores…, y, por primera vez, lo sintió *todo*. Las lágrimas le cayeron por las sienes al verse atrapado por la frágil realidad de la vida.

Siempre había imaginado que la muerte sería la experiencia más dolorosa de todas, pero no lo era.

Vivir era algo mucho más doloroso que morir.

56

Zevander



Presente

Sentado en una silla frente a la cama, Zevander observaba cómo dormía su bruja lunar. Había entreabierto las cortinas un poco antes para dejar que los rayos plateados de la luna penetraran lo mínimo imprescindible para iluminar su rostro en la oscuridad.

Su compañera.

Se presionó con la base de la mano las heridas recién cicatrizadas de su pecho, dejándose llevar por el recuerdo y viéndola de nuevo sucumbiendo al placer, extasiada, con la cabeza echada atrás y el cabello húmedo, mientras le clavaba sus garras en la piel y susurraba su nombre como si fuera una oración. Zevander había recorrido el mundo entero, había oído su nombre en las súplicas de hombres agonizantes, en los atroces rugidos de bestias y en los gemidos sin aliento de las mujeres, pero nunca le había penetrado en la mente y en la carne, nunca había tenido el valor que tenía cuando ella lo pronunciaba.

Habría querido abrirse las heridas de nuevo, saborear otra vez aquel placer ardiente desde el principio. Recordar el momento exacto en que le había entregado su alma.

Que ella hubiera imaginado siquiera que fuese capaz de soñar con cualquier otra mujer era de risa. Nadie podría alimentar ya su devastado corazón hambriento como lo hacía ella. Lo habían entrenado brutalmente para follarse a una mujer y satisfacerla sin esperar nada a cambio. Estando con Maevyth había descubierto por fin el placer a través del dolor. Era la primera vez que alguien le daba algo sin quitarle nada.

Maevyth. El nombre se le había quedado grabado en el pecho, en un recoveco de su corazón al que solo ella podía acceder.

La quería.

Dios si la quería.

Quizá porque se había pasado media vida encadenado podía decir sin temor a equivocarse que ninguna otra mujer lo había hecho sentirse tan libre.

Tan vivo.

Y eso mismo la convertía en un peligro, en una amenaza para cualquiera que intentara apartarla de él.

El cuerpo se le tensó de nuevo y sintió la presión del cuero contra la polla, por lo que apretó los puños con fuerza, abriéndolos y cerrándolos. La necesidad que sentía de tocarla bordeaba la violencia, pero, pese a lo mucho que deseaba sumirse otra vez en aquel estado de euforia, de vivir aquel momento una y otra vez, hizo un esfuerzo y apartó aquellos pensamientos de su mente.

Se había pasado la mitad de la noche intentando decidir si debía afrontar el viaje a las montañas solo. Ella estaría segura en el templo, que era una fortaleza en comparación con las pequeñas barracas y las casas abandonadas que había visto en la tierra de los

mortales, y no sabía lo que se encontrarían por el camino. Y, por mucho que odiara a Raivox, esa molesta rata voladora se encargaría de protegerla.

Aunque lo cierto era que ella también podía protegerse sola. Era fuerte y poderosa cuando confiaba en sí misma.

Zevander ya se había vestido, resignado a marcharse antes de que ella se despertara, y aun así no conseguía hacerse a la idea. Ni siquiera teniendo en cuenta que se estaba convirtiendo en una amenaza cada vez mayor para ella por la falta de vivicanto.

Maevyth se movió en la cama y las sábanas se deslizaron por las suaves curvas de su cuerpo.

—Zevander. —El nombre salió de su boca acariciándole los labios, en un murmullo, y al oírlo él sintió el pecho rígido.

Estaba soñando con él.

Zevander se puso en pie, cruzó la habitación y se arrodilló junto a la cama. La melena de Maevyth estaba extendida por encima de la almohada como una sombra de seda, y él le retiró los pocos cabellos que le habían caído sobre el rostro. Ella entreabrió la boca para respirar, hinchando y deshinchando el pecho con un movimiento suave como el de las olas del mar, y Zevander tuvo que contenerse para no lanzarse a sus labios y devorarlos con un beso.

Por la sangre de los dioses, era deliciosa.

No recordaba una visión que hubiera tenido en toda su vida —no había alba ni puesta de sol ni lluvia de estrellas ni solsticio— que le hubiera despertado la admiración que sentía con solo observarla. Ella era el latido desbocado que sentía en las venas. El ancla a la que se aferraba su mente. La obsesión impía a la que no tenía ni las fuerzas necesarias para resistirse ni el mínimo deseo de hacerlo.

Al sentir un cosquilleo en la nuca, se volvió hacia la puerta, justo en el momento en que oía que crujía el pomo y veía cómo se movía.

Se puso en pie de un salto y creó una nube de humo que usó para desaparecer en la oscura habitación justo en el momento en que entraba alguien.

El desconocido avanzó de puntillas con un puñal por delante y la vista fija en Maevyth.

Zevander cerró los ojos con fuerza y se apretó la sien con la mano, recordando la última vez que había tenido la impresión de que alguien iba a por ella mientras dormía.

«No es real. No es de verdad».

Solo que esa vez un gruñido grave en el exterior le advirtió de que Raivox también lo había notado, aunque aún no se hubiera dejado ver.

Zevander dejó de divagar y siguió los pasos del mortal, que se acercaba cada vez más a la cama.

A medio camino, el hombre hizo una pausa y miró a su alrededor, sin poder imaginarse lo jodido que estaba.

Entonces apareció una figura colosal en la ventana, haciendo que el intruso se irguiera de golpe, levantando la vista en dirección a aquellos furiosos ojos plateados que lo acechaban.

Zevander ya había desenvainado y, acercándose por detrás, le puso la mano sobre la boca, silenciando su grito de sorpresa. Antes de que el hombre pudiera chillar o decir una sola palabra que la despertara, le puso la espada en la garganta.

—Ahora mismo, él es la menor de tus preocupaciones —le susurró al oído sacándolo a rastras de la habitación, y se lo llevó por el pasillo.

Cuando llegaron a la planta baja del templo y estuvieron lo suficientemente lejos como para que Maevyth no pudiera oírlos, lo soltó.

El hombre cayó de rodillas y juntó las manos, como si sus

oraciones pudieran salvarlo.

—Por favor. Los otros… me obligaron a hacerlo.

Zevander ladeó la cabeza y se lo quedó mirando en silencio. Desde luego, los humanos podían ser de lo más patéticos: impotentes, pero al mismo tiempo jodidamente osados. Invocó a uno de sus escorpiones, que se le posó sobre la palma de la mano, y advirtió que al hombre se le abrieron los ojos y comenzó a temblarle la mandíbula nada más verlo. Se habría reído de aquel hombrecillo que gimoteaba como un niño de no ser porque acababa de presentarse en la habitación de Maevyth con un puñal.

—Por favor. No iba a… hacerle daño. Lo juro.

El hombre levantó las manos, se puso en pie y retrocedió lentamente, pero a Zevander no le importaban las intenciones que hubiera podido tener.

Tal como él lo veía, había tratado de matar a Maevyth mientras dormía. Y, en el momento en que había puesto el pie en aquella habitación, había firmado su propia sentencia de muerte.

Aprovechando sus rápidos reflejos, Zevander lo atrapó antes de que huyera y le puso la palma de la mano de nuevo sobre la cara, dejando que el escorpión se le metiera en la boca. Mientras bajaba por su garganta, la serpiente que tenía tatuada el hombre en el cuello parecía retorcerse. Sus gritos ahogados vibraron contra la mano de Zevander mientras el escorpión se abría camino por entre sus órganos, inyectándole un veneno que los descomponía. El hombre se puso a escupir sangre, que caía a borbotones por el suelo.

Zevander se lo cargó al hombro mientras lo oía toser, ahogándose, y se lo llevó escaleras abajo hasta la bóveda subterránea. A medio camino, por el pasillo, oyó salpicaduras y, al volverse, vio un rastro de sangre y órganos desparramados por las

piedras a su espalda.

Siguió por el sinuoso camino hasta que vio la cripta y el resplandor de las antorchas que portaban los ansiosos aldeanos, que sin duda estarían impacientes por saber si el asesino elegido había cumplido su misión.

Atravesó la puerta que había reventado antes y se le escapó una sonrisa socarrona al ver que los aldeanos se retiraban. Tiró el cuerpo en el espacio que los separaba. El cadáver resbaló por el suelo hasta el interior de la cripta, provocando chillidos que resonaron por el pasillo.

Una de las mujeres echó a correr, pero él alargó la mano en un movimiento rápido y decidido al ver que intentaba rodearlo para huir. El Aeryz la empujó de nuevo hacia el interior de la cripta, donde impactó contra el suelo, quedando inconsciente. Zevander entró y escrutó los rostros, que lo miraban asustados. No había ni un niño entre ellos. Si hubiera visto alguno, le habría perdonado el castigo que tenía preparado.

—A partir de esta noche no volveréis a hacerle daño.

El escorpión de su espalda reaccionó, separándose de sus carnes y convirtiéndose en un ser vivo. Una enorme bestia que los hizo retroceder y dispersarse por los nichos de la pared. Zevander levantó ambas manos y, de una nube de humo negro, surgieron cientos de escorpiones que corretearon por el suelo hacia los aldeanos.

Unos gritos de dolor atroces resonaron en la cripta al tiempo que él recogía la pesada puerta de metal y volvía a encajarla en sus bisagras. Mientras el enorme escorpión cortaba el paso a cualquiera que intentara escapar, los más pequeños llevaban a cabo la matanza. Zevander lanzó una llama sobre las bisagras, soldándolas a la puerta. Los aullidos de dolor y sufrimiento se sucedían, pero él no se inmutó: recogió la otra puerta y salió de la cripta, que cerró

desde el exterior, silenciando así los gritos y las peticiones de compasión procedentes del otro lado. Tras sellarla, llamó a sus mascotas. Una ráfaga de humo negro pasó bajo la minúscula abertura que quedaba bajo la barrera que había creado, le trepó por el brazo y se le coló bajo la piel.

Comenzó a subir al piso superior, pero hizo una pausa al llegar al pasillo donde estaban las celdas. Con un cosquilleo de miedo en la columna, se dirigió hacia la cámara que había al final del pasaje lateral, apoyó la oreja contra la enorme puerta de hierro y escuchó atentamente.

Todo estaba en silencio.

Llamó con los nudillos y el suave eco de sus golpes enseguida se vio eclipsado por un golpeteo desesperado al otro lado de la puerta.

—¡Sácame de aquí! ¡Por favor, Zevander! ¡Si estás ahí, déjame salir!

Los gritos de Theron en el interior de la cámara desataron unas imágenes que se le colaban en la mente una y otra vez como los fantasmas de los muertos.

«Una pesada caja de piedra. Hechizos grabados en la antigua roca negra. Sus dedos recorriendo los símbolos».

«*Mor samanet*».

Retrocedió un par de pasos y resopló, sacudiendo la cabeza para quitarse de encima aquellas imágenes. Y se alejó pensando de nuevo en Maevyth.

«Maevyth».

El recuerdo de aquel intruso con un puñal en la mano le hizo imaginarse lo que podría haber hecho con el arma. La imagen de aquel hombre cortándole la garganta a Maevyth mientras dormía se le quedó grabada en la mente. Cerró los ojos y dejó que una niebla roja cubriera sus pensamientos como un manto de sangre,

recordando a aquel tipo escupiendo sus propios órganos. Habría querido matarlo de nuevo.

Apretó los puños, que le pedían más sangre, más rabia, más gritos.

Se metió una mano temblorosa en el bolsillo y sacó el colgante del escorpión. Se aferró a él como si fuera una cuerda en un negro abismo. La necesitaba. En sus carnes, en su sangre. Necesitaba su tranquilidad para poder domar el brutal apetito que encendía aquella maldita llama suya. Sus suaves palabras habían conseguido calmarlo cuando no deseaba más que empuñar un arma.

Volvió a subir las escaleras hasta el piso superior del templo y, al entrar en la habitación, se encontró a Maevyth durmiendo plácidamente. Raivox lo observaba a través de la ventana y, por primera vez, al cruzar la habitación hacia ella, sintió que el corvugón no lo miraba amenazadoramente. Como si hubiera comprendido lo que acababa de hacer.

El asesino asintió brevemente y, mientras se quitaba las botas, Raivox se apartó y se alejó, posiblemente en dirección a su nido. Sin apartar la vista de Maevyth, Zevander se quitó la camisa y dejó caer los pantalones de cuero al suelo, que alejó de una patada.

Ella apenas se había movido bajo la manta. Zevander tiró de su cuerpo, deseoso de sentir el contacto de su piel, de percibir su dulce olor a cítricos. Con las manos aún manchadas de sangre, la abrazó y le dio un beso en un hombro.

Un hombre altruista se habría alejado del castillo y habría emprendido el viaje a las montañas solo, evitándole a Maevyth los oscuros días que aún tenía por delante.

Desgraciadamente para ella, Zevander era el tipo más egoísta que había sobre la faz de la tierra.

57

Zevander



Pasado

Con las sienes empapadas en sudor, Zevander levantó el cuerpo otra vez, más allá del punto de fatiga. Los brazos le temblaban con cada impulso para elevarse del suelo y, al bajar, no podía contener un gruñido.

—¿Es que te preparas para un enfrentamiento cara a cara con un órgodo? —preguntó Theron, y el inesperado sonido de su voz hizo que a Zevander le flaquearan los brazos.

—Para enfrentarse a un órgodo no hace falta mucha fuerza —replicó sonriendo entre dientes, y completó su flexión número tres mil—. Lo más importante es la velocidad.

—Eso díselo al bastardo nyxterio que se ha enfrentado con uno de ellos esta tarde. —Theron se cruzó de brazos y se apoyó en la pared que tenía al lado—. Con las manos atadas.

Zevander soltó un bufido socarrón.

—¿En qué reino de fantasía ha pasado eso?

—En las minas. Le ha conseguido arrancar los colmillos y los ha usado para apuñalarlo en el corazón.

—Eso me suena —dijo Zevander, que siguió con sus flexiones, impertérrito.

—Le ha arrancado la cabeza de cuajo.

Zevander frunció el ceño y se detuvo a media flexión.

—¿Y quién es esa bestia de nyxterio?

—Se llama Torryn.

—¿Torryn? ¿Qué aspecto tiene? —preguntó arrodillándose en el suelo y limpiándose el sudor de la frente con el antebrazo.

—Bastante corpulento. Desde luego, más que tú. Pelirrojo, pero rapado al cero.

Zevander asintió y echó un trago al agua que había en la mesa que tenía al lado.

—Lo conozco. Crecimos juntos y nuestros padres salían a cazar. ¿Qué demonios está haciendo en las minas?

—He oído que mató a unos cuantos guardias soláceos. Por lo que parece, lleva aquí unos cuantos años.

Por el extremo opuesto del observatorio entró un órgodo y se dirigió hacia ellos con los ojos puestos en Zevander.

—La general Loyce requiere tu presencia en sus aposentos —dijo con voz ronca—. Enseguida.

Zevander gruñó y se pasó una mano por la cara. Joder. Desde que le habían puesto el octavo pendiente, no le había dado una noche de descanso.

—Si te encarga otro asesinato, hazme el favor de comprobar primero si tu víctima lleva algún arma encima —dijo Theron señalando con un gesto de la cabeza el vendaje del muslo de Zevander—. Esos cortes me dieron bastante trabajo.

—Dudo que sea ese el motivo de que me llame.

El órgodo señaló a Theron.

—Tú también. Necesita puntos en una herida.

Zevander y Theron se miraron con el ceño fruncido y se pusieron en pie para seguir al órgodo por el laberinto de pasillos hasta los aposentos de Loyce.

A través de la puerta se oyó el estallido de un cristal contra la madera, por lo que Zevander se frenó. Los chillidos del otro lado de la puerta dejaban claro que Loyce no estaba de mejor humor que la última vez que la había visto. De hecho, por sus alaridos, se habría atrevido a decir que su humor incluso había empeorado.

Cuando abrió la puerta, Zevander vio un objeto volando directo a su cabeza. Se agachó instintivamente y esquivó por poco una copa de vino, que estalló contra la pared que tenía detrás. La general Loyce soltó un berrido de rabia y cruzó la habitación a toda prisa, con el cabello enmarañado; ella que siempre lucía un aspecto cuidado. No la había visto nunca tan abandonada.

Cuando dio media vuelta y lo vio, se quedó paralizada.

Tenía unas oscuras ojeras bajo los ojos, como si no hubiera dormido nada, y jadeaba del esfuerzo.

—El rey Jeret… te ha… convocado.

Al principio, Zevander no asimiló aquellas palabras. Se quedó mirándola, atónito.

—El rey —dijo incrédulo—. ¿Estás de broma?

A ella se le agrió la expresión.

—¿Tengo pinta de estar de broma? Quiere verte esta tarde.

—¿Y de qué quiere hablarme?

—De tu *libertad*. —Las palabras le salieron de la boca como puñales envenenados—. El traidor de tu rey le ha pedido al rey Jeret que te dé la libertad, le ha hecho una oferta muy generosa, y a Jeret no se le ha ocurrido otra cosa que concedértela. —Cogió un

candelabro que había sobre la mesilla de noche y lo lanzó al otro lado de la habitación. A punto estuvo de darle al órgodo, que se encogió al verlo pasar junto a su cabeza. Con la mandíbula tensa, Loyce fue corriendo junto a Zevander como una ráfaga de aire gélido, haciendo revolotear su camisola tras ella—. Tienes que pedirle a Jeret que te mande de vuelta a la Dorona —dijo, y antes de que él pudiera apartarse le agarró el brazo con fuerza—. Prométeme que lo harás y me encargaré de que goces de todas las comodidades posibles. Prométeme que me harás este favor.

Aquellas palabras, aquel tono de súplica eran algo nuevo para Zevander. Con él la general siempre se había mostrado cruel y exigente. Era la primera vez que veía el miedo en sus ojos. Apretó los dientes y, con una mueca de asco, se zafó de su agarre.

—Yo no te debo nada.

—Habría podido destruirte —replicó ella con una rabia mal contenida que hacía que le temblaran los labios y los párpados.

—Ya lo has hecho —dijo Zevander impasible mientras veía cómo bullía por dentro, como una tetera.

—No. Lo que has sufrido es poca cosa. Me *preocupé* de no infligirte demasiado daño. No tienes ni idea de lo que soy capaz en realidad. —Lo agarró del cuello y apretó levemente, a modo de advertencia, pero eso no cambió el gesto de indiferencia de Zevander—. Si sales de aquí decidido a aceptar la propuesta del rey, yo…

—¿Tú qué? —la desafió Zevander viéndola asumir la derrota—. ¿Harás que me den una paliza? ¿Me obligarás a darte placer? Venga, adelante. Disfrútalo. Será la última vez que me pongas las manos encima.

La rabia iba desatándose en su interior, el silencio que había tenido que mantener durante sus abusos se estaba convirtiendo en

un grito que buscaba salir al exterior a zarpazos, que le pedía que la agarrara del cuello y la asfixiara, pero se contuvo, pues nada de lo que pudiera hacerle sería tan gratificante como verla perder la compostura por tener que darle la libertad, como verla obligada a quitarle las cadenas.

Apretando los dientes, Loyce se inclinó hacia un lado y cogió el puñal que había sobre la mesa, junto a una copa de vino. El acero se dirigía brillando directo al corazón de Zevander, pero él, como si del ataque de una serpiente se tratara, la agarró de la muñeca antes de que pudiera clavarle la hoja entre las costillas. La daga quedó flotando entre los dos en la mano temblorosa de la general.

—No tengo nada más que decirte —dijo él mirándola con desprecio. La soltó y se dirigió hacia la puerta.

Una copa de vino pasó volando a su lado y se estrelló en la pared. Zevander no hizo caso y siguió adelante, alejándose de aquel torrente de chillidos y desvaríos.

Zevander se había lavado y se había puesto la camisa y los pantalones que le había dejado una de las criadas de Loyce. Se miró de arriba abajo, intentando recordar la última vez que se había puesto algo tan limpio y elegante. La suave camisa de seda le acariciaba en torno al cuello, cubriéndole la áspera piel cubierta de cicatrices. Desde luego, le gustaba la idea de tapar todo aquello que lo identificaba como esclavo, pero a la vez sus nuevas ropas le resultaban oprimentes en otro sentido.

—Qué guapo te has puesto. —La voz de Theron lo sacó de sus cavilaciones y, al volverse, lo vio en el observatorio—. Felicidades por tu libertad.

Zevander asintió con los labios apretados.

—Aún no sé muy bien a qué se debe.

—Pareces preocupado —dijo Theron ladeando la cabeza y escrutando a Zevander, que se encogió de hombros y se ajustó la oprimente camisa una vez más.

—No hay motivo para estar preocupado. Pero que un rey solicite la compañía de un esclavo no es algo muy habitual.

—Desconfías.

—¿Tú no desconfiarías?

—Quizá sí. Pero ¿qué es lo que te preocupa?

Zevander meneó la cabeza, sin atreverse a decir lo que pensaba en voz alta por miedo a que se hiciera realidad.

—Nada importante.

—Cualquier cosa que consiga apagar la emoción que debería sentir un hombre ante su inminente liberación a mí me parece bastante significativa, la verdad. La expectativa de salir de este agujero infernal debería ponerte de buen humor.

—No estoy muy seguro… —Zevander sonrió y se miró las manos, que no podía dejar de mover. Quizá estuviera siendo demasiado desconfiado.

—¿Ahora que eres un hombre libre ya no somos amigos? —Theron entornó los ojos y, apartándose de la pared, se le acercó.

—Todavía no soy libre. El perdón del rey no ha llegado aún.

—Bueno, tal como dices, un rey no solicita la presencia de un esclavo por nada.

—Eso no es exactamente lo que he dicho, pero más o menos, supongo.

—Entonces cuéntamelo. —Fue Theron quien bajó la mirada esa vez—. Esto es lo más cerca que tendré nunca la libertad. Tengo curiosidad por saber lo que se le pasa por la mente a un hombre justo antes de que le quiten los grilletes —añadió con voz triste, una

resignación que Zevander aún no había conseguido comprender, pese a las décadas que llevaban juntos.

—¿Por qué? —confesó por fin—. ¿Por qué yo? ¿Por qué ahora?

—¿Ese era el gran secreto que me ocultabas? —Theron soltó una risita meneando la cabeza—. Me esperaba algo más… justificado.

—Ya has oído a la general. El rey Sagaerin ha hecho una gran oferta para liberarme.

—¿Y no te sientes halagado?

«Díselo», pensó. Al fin y al cabo, quizá fuera mejor quitarse de la cabeza las palabras que tanto temía.

—No lo tengo nada claro. Él quería a mi madre. Sospecho que nos culpa a mi padre y a mí por su muerte.

La sonrisa en el rostro de Theron dio paso a un gesto más serio.

—¿Tú crees que quiere matarte?

Zevander se dirigió a la zona abierta del observatorio, intentando imaginarse cómo sería el mundo fuera de aquellas cuatro paredes, la inmensidad de un paisaje que llevaba sin ver desde que era niño. No era capaz.

—¿Por qué iba a interesarse un rey en un esclavo si no es para castigarlo? No veo ningún motivo por el que pudiera desear liberarme. Soy el hijo de un hombre acusado de traición.

—¿Y piensas compartir esas dudas con el rey Jeret? —preguntó Theron acercándosele por detrás—. ¿O rechazar la oferta, como te ha pedido la general Loyce? Te ha prometido una vida de comodidades.

Zevander torció el gesto, a medio camino entre la risa y el asco.

—Sus promesas son mentiras. Aunque Sagaerin decidiera matarme, la muerte sería mejor que seguir siendo su esclavo.

Aquello hizo pensar a Theron, que frunció el ceño y apartó la mirada.

—Zevander Rydainn —dijo una voz desconocida desde la puerta. Al volverse, este se encontró a un soldado soláceo en el umbral—. Ven conmigo.

Zevander asintió y echó una última mirada a Theron.

—Que los dioses sean amables y compasivos contigo —se apresuró a decir Theron, y se volvió de nuevo hacia la ventana.

Zevander apretó los puños a los lados del cuerpo para evitar que le temblaran las manos, con la cabeza gacha como señal de respeto. Malditos fueran los dioses por aquellos nervios suyos.

El rey Jeret, vestido de la cabeza a los pies en sedas blancas con elegantes toques dorados, dio unos golpecitos en el brazo del trono con un dedo en el que llevaba un anillo.

—Parece que tu rey es muy insistente. Esta es la tercera vez que me pide que te libere. Por supuesto, decliné sus anteriores ofertas. Me parecieron insultantes.

Zevander no se imaginaba lo que le habría ofrecido el rey Sagaerin para hacer que esa vez se lo planteara.

—Majestad, si me permitís… —Loyce no acabó la frase, fulminada por la mirada indignada del rey Jeret.

—No te permito. La muerte de esa niña nos ha dejado en una posición más débil. ¡Ahora no tengo nada con lo que negociar! —Golpeó el brazo del trono con el puño—. Su hermano reclama la posesión de Kastelia con la ayuda de veinte mil secuaces y de lobos carniceros bien entrenados.

Sin duda, hablaban de Vaelora y de su hermano, Kael: los hijos bastardos del rey.

Lo único que sabía Zevander sobre los lobos carniceros —la mayor raza de lobos del bosque— era lo que se contaba de ellos.

Que cazaban con precisión y astucia, como los hombres, y que en ocasiones jugaban con sus presas. Había quien creía que se trataba de cazadores que se habían perdido en el bosque y se habían convertido en bestias por efecto de una maldición. Cualquier ejército capaz de domarlos y entrenarlos debía de ser formidable.

—Es humillante que un rey no sea capaz siquiera de mantener a raya a una banda de *piratas* venidos a más.

—Majestad, con todo respeto, estos mercenarios son antiguos soldados. Entrenados en la belicería.

Resultaba extraño verla tan sumisa, tan patética, sabiendo que era alguien que disfrutaba tratando a los demás con brutalidad.

El rey torció los labios en una mueca de desprecio.

—Sí. Y nuestros hombres son inútiles. No tengo nada con lo que plantarles batalla.

—Quizá *sí* que tengáis algo significativo —dijo ella de pronto volviéndose hacia Zevander con un brillo en los ojos que fue como si le clavara aquellas uñas afiladas como cuchillas que tenía.

—¿Qué podría tener? —preguntó el rey con hastío.

Sin apartar la vista de Zevander, Loyce esbozó una sonrisa socarrona que le puso los pelos de punta.

—Según me han dicho, el esclavo puede entrar en la caligorya.

A Zevander se le heló la sangre y tensó todos los músculos. Apretó los dientes en un esfuerzo por mantener la compostura y mostrarse impávido mientras buscaba una explicación.

Theron. Tenía que haber sido Theron. Era el único al que se lo había dicho.

El brujo que estaba detrás del rey dio un paso adelante, con el ceño fruncido.

—¿Es que no lleva la banda inhibidora?

—Sí que la lleva. Pero aun así se sumerge en esos estados de

trance.

—¡Imposible! —replicó el brujo, como si aquello fuera un insulto personal dirigido a él—. Traedlo aquí.

El soldado soláceo que lo había acompañado hasta la sala del trono lo agarró del brazo, haciéndole avanzar hasta los escalones de la tarima. Con movimientos delicados, el brujo se acercó y, de un bolsillo de su túnica, se sacó un pequeño vial de un fluido blanco perlado.

Vivicanto.

Le hizo un gesto con la cabeza al guardia, que le agarró la mano cerrada a Zevander, se la levantó y se la abrió. Las imperceptibles cicatrices de su palma se habían fundido con los callos y las otras cicatrices que habían ido cubriéndole la piel con el paso de los años. Ya casi no se notaban, ni siquiera al tacto.

El brujo le echó unas gotas de vivicanto sobre la palma y se las extendió por la piel. Un suave cosquilleo le hizo vibrar la mano a Zevander y apareció un brillo azulado que hizo que se le encogiera el estómago. La palma se le iluminó con todos los glifos que había aprendido en la caligorya.

—Imposible —murmuró el brujo de nuevo.

—Sí. Es realmente imposible. —Con las manos a la espalda, Loyce avanzó hasta donde estaba el brujo—. Esas bandas están diseñadas para imposibilitar cualquier tipo de magia de sangre, lo que demuestra que ha sido llamado por los dioses.

—Debe de haberse ganado ese privilegio antes de ser apresado.

Loyce señaló a Zevander con un movimiento de la mano.

—Llegó cuando era un niño. No tenía edad para controlar la magia de sangre, y mucho menos para *dominar* los glifos.

—¿Es eso cierto? —preguntó el rey dirigiéndose a Zevander—. ¿Tienes sueños en la caligorya?

—Hace décadas que no entro en la caligorya —respondió él, y era cierto.

—Pero lo ha hecho antes y puede volver a hacerlo —insistió Loyce, que con cada palabra que salía de su boca alejaba un poco más a Zevander de cualquier esperanza de libertad—. Yo creo que nos oculta algo. Algo que le han enseñado en la caligorya. Quizá algún poder especial que le hayan dado los dioses y que nos daría una ventaja sobre los mercenarios. Puede que sea ese el motivo por el que Sagaerin insiste tanto en que lo liberéis.

—Si posee un poder de los dioses, podría ser peligroso —advirtió el brujo entrecerrando sus severos ojos, ocultos bajo unas pobladas cejas blancas—. Sería motivo suficiente para destruirlo, en mi opinión.

—O para poseerlo.

El tono misterioso del rey Jeret le dijo a Zevander que ya había perdido cualquier posibilidad de libertad. Se armó de valor y habló:

—Tiene razón. Deberíais destruirme. Preferiría morir que luchar por el rey que me ha esclavizado.

—Nadie ha hablado de muerte, chico. —El brujo torció los labios en una mueca de desprecio—. Hay muchos modos de destruir a un hombre sin tener que llegar a ese extremo.

El rey se quedó pensativo un momento y el brujo que tenía a su lado se agachó para susurrarle algo al oído. Jeret se frotó los dedos, sin apartar la mirada de Zevander.

—¿Tú lo has visto sumergirse en la caligorya, general? —preguntó—. ¿Con tus propios ojos?

—Me lo ha contado otro prisionero, un sanador que le curaba las heridas.

—¡No es más que un bastardo traidor! —gruñó Zevander echándose hacia delante.

Tres guardias avanzaron hacia él, apuntándole con sus armas.

—Mostrarás respeto en mi presencia o haré que te cuelguen y te azoten hasta convertirte en una masa sangrienta. —El rey se puso en pie con las manos a la espalda—. En cuanto a ti, general Loyce, te encargaré que investigues ese asunto. Si está ocultando algo, quiero saberlo. Mientras tanto, declinaré la petición del rey Sagaerin.

No le importaba que lo ejecutaran nada más regresar a Nyxteros: Zevander sintió el peso de las palabras del rey sobre su espalda, la pérdida de la libertad prometida convertida en un nudo que le apretaba la garganta. Cayó de rodillas como si le hubieran clavado un puñal en la espalda. No podía mirar a Loyce. No habría soportado ver la euforia en sus ojos.

—Gracias, Su Majestad. —El tono de satisfacción de su voz, que sin duda iría acompañado de una sonrisa socarrona, prometía nuevos sufrimientos como pago a su desafío.

De todos modos, ¿qué importaba eso ya? No había gran cosa que pudiera hacerle Loyce que tuviera un efecto más destructivo que haberlo hecho ver cómo se le escapaba la libertad por entre los dedos como si fuera arena.

—Una vez me preguntaste quién había conspirado para hacer que Aradia te traicionara —dijo Zevander al ver al rey y su brujo salir de la sala del trono—. Me negué a decírtelo, no por rebeldía, sino porque sabía que el culpable no sobreviviría a tu castigo. Era débil. Y te tenía pánico. Y estaba seguro de que volvería a traicionarte en cuanto tuviera ocasión. De hecho, podría traicionarte ahora perfectamente y hacerte perder la confianza del rey. —Eso esperaba Zevander. Esperaba que llegara el día en que Loyce se arrepintiera de no haberlo matado con sus propias manos—. Fue Theron. Es él quien conspiró en tu contra.

—Soy consciente de ello —dijo ella, pero el temblor de su

párpado la delató—. Y, desde entonces, se ha redimido y ha pagado más de diez veces por su pecado. En circunstancias normales, lo lanzaría a las fieras, pero ¿cómo voy a castigar a la brillante mente responsable de que el rey te haya denegado la libertad? Sagaerin le había ofrecido *diez mil* soldados nyxterios para ayudarlo a derrotar a los mercenarios, y Jeret ha *declinado* la oferta. ¿Entiendes lo extraordinario de la situación? Pensaba que te había perdido para siempre. —Tensó los labios en una sonrisa taimada—. Theron me ayudará a demostrar que eres capaz de sumergirte en la caligorya, de adquirir glifos en ese reino oscuro. ¿Y si fracasa? Morirá.

Se le acercó y lo rodeó, acariciándole la camisa de seda con las uñas.

—Y ahora, cariño, vamos a quitarte estas ropas elegantes y a ponerte algo más acorde con tu categoría.

58

Kazhimyr



Presente

El hedor a podredumbre y vegetación marchita casi no lo dejaba respirar, pero Kazhimyr avanzó por entre las gruesas raíces de los árboles. Unas paredes cubiertas de corteza de árbol se elevaban casi quince metros a ambos lados, hasta la maraña de raíces que formaban el techo. Bajo sus pies, las que cubrían el suelo emitían ruidos sibilantes y se iban retirando, hundiéndose en el terreno, a cada paso que daba en dirección a la escalera de madera que tenía delante.

Se le erizó el vello de la nuca, pues tenía la sensación de que alguien lo seguía.

Echó un vistazo por encima del hombro.

Nada más que oscuridad.

Siguió adelante, hacia lo que esperaba que fuera la salida, sin darse cuenta de que las raíces se movían en busca de sus tobillos

hasta que sintió un cosquilleo en la pantorrilla, como una caricia sobre la piel. En el momento en que bajó la vista, las piernas le salieron volando hacia arriba y se golpeó la barbilla contra el suelo, con un golpetazo que hizo que le vibraran todos los dientes. Se dio la vuelta gruñendo y viendo las estrellas.

Tenía una especie de tendones hechos de corteza de árbol enroscados en las piernas, aprisionándoselas. Se lanzó adelante, agarrando las raíces que le atenazaban los huesos, inmovilizándolo.

Las raíces fueron subiendo cada vez más.

Kazhimyr levantó la mano y activó el glifo del hielo. Las nudosas ramas se le enroscaron en torno a la palma de la mano, rodeándole el brazo. Tiraron bruscamente de él, aprisionándolo contra el suelo. Sintió el impacto con el duro suelo en la columna. Tenía los brazos pegados al cuerpo, así que no podía hacer gran cosa para resistirse al ataque, salvo retorcerse inútilmente. Unas raíces más finas le rodearon la frente presionándole la cabeza contra el suelo, y Kazhimyr soltó un chillido cuando unas minúsculas espinas le atravesaron la piel hasta llegarle a los huesos.

Apretó los dientes, respirando frenéticamente por la nariz, presa del pánico, y abrió los ojos como platos al ver que se le acercaba una oscura figura, de la que solo distinguió un rostro pálido de calavera con las cuencas de los ojos hundidas y unas piernas esqueléticas que semejaban patas de araña.

El miedo le atenazó los músculos, y no podía dejar de temblar al ver que la extraña criatura se acercaba cada vez más. Tenía una sensación de náusea en el estómago. La extraña criatura tenía unos largos mechones de cabello negro que le colgaban de encima de las orejas, pero no tenía pelo en el resto del cráneo, y estos parecían movérsele por la cabeza, como si tantearan el aire en busca de algo. De las cuencas de los ojos le goteaba una sustancia negra y, cuando

avanzó algo más, Kazhimyr vio que tenía el cuerpo cubierto de un mosaico de teselas rugosas como la corteza de los árboles.

La figura le acercó un dedo fino que acababa en una uña de punta negra y Kazhimyr gruñó, tensando los músculos y temblando tan violentamente que apenas podía respirar. Aunque no pudo verlo, al tener la cabeza sujeta por las raíces, sintió que le clavaba la uña en la pierna y, al penetrarle en la piel, se oyó un siseo.

Un ardor atroz se le extendió por la pierna y soltó un alarido. Bajo el insoportable dolor, sintió un cosquilleo enervante avanzándole por los músculos, como si mil insectos hubieran echado a caminar por debajo de su piel y se le instalaran en la pantorrilla. Kazhimyr siguió gritando mientras la horrenda sensación le trepaba por el cuerpo hasta llegar a su pecho.

«¡Basta! ¡Por favor!».

Abrió la boca para chillar, pero de su boca no salió ningún sonido.

Kazhimyr respiró hondo por la nariz, agarrando con fuerza una tela, y al despertar de golpe vio delante unos ojos verdes mirándolo y notó que una mano le tapaba la boca con fuerza.

Dravien.

El elvynirio se llevó un dedo a los labios para indicarle que guardara silencio.

Respirando agitadamente por la nariz, Kazhimyr recorrió el extraño entorno con la mirada: las gruesas vigas en el techo, una minúscula estancia con una única silla de madera y una mesita en la esquina. Ni rastro de raíces gigantes ni de criaturas cubiertas de corteza de árbol. Unas cortinas raídas cubrían la única ventana, a la que estaba asomado Ravezio.

En el momento en que Dravien retiró la mano, el olor a humo de madera y a cerveza rancia le invadió las fosas nasales a Kazhimyr, que respiraba temblorosamente, con la pesadilla aún fresca en la mente. Fue entonces cuando sintió un dolor punzante en la pierna que le recordó aquellos últimos segundos. Retiró la manta y se encontró la pierna envuelta en una tela blanca.

«No ha sido más que una pesadilla».

—Dijo que era una pelirroja. —Ravezio hablaba en voz baja sin apartar la mirada de algo que veía a través de la ventana.

—Yo no conozco a ninguna pelirroja —dijo Dravien frotándose la mandíbula.

—¿Qué está pasando?

Una vez más, Kazhimyr miró a su alrededor en busca de algo que le resultara mínimamente familiar. Lo último que recordaba era la gran extensión de hielo que tenían delante cuando los syrenios los habían atacado.

—Por los siete infiernos… ¿Dónde estamos?

—En una taberna, en Veneficarys. Te mordieron. —Ravezio señaló a Dravien con un movimiento de la cabeza—. Este consiguió mantenerte con vida. No creíamos que fueras a aguantar.

Kazhimyr soltó un gruñido. Aquel capullo insufrible le había salvado ya dos veces la vida, lo que significaba que, por insoportable que le resultara, no tenía otra opción que estarle agradecido. Le habría dado las gracias al elvynirio, pero Dravien seguía con la mirada fija en la ventana.

—¿Siguen ahí fuera? —preguntó Dravien con las cejas levantadas y rascándose la barbilla.

—¿Quiénes?

Confuso, Kazhimyr se incorporó en la cama. Le dio una tos seca, por lo que recorrió la habitación con la mirada en busca de agua.

—Soldados soláceos —respondió Ravezio y, como si le hubiera leído la mente, cogió una jarra de agua y un vaso de una mesa a su otro lado, y se los acercó.

Kazhimyr se sirvió agua y, con la mano temblorosa, se la llevó a la boca, aliviado al sentir el fresco líquido en la garganta.

—¿Soldados soláceos aquí?

—Sí. La general Loyce y media docena de soldados, sin estandartes ni blasones. Intentan pasar desapercibidos. Y les ha funcionado, porque yo no me había dado cuenta hasta que no lo ha dicho él —dijo Ravezio señalando a Dravien, que se estaba rascando la cara, muy concentrado.

—¿Dónde se alojan? —preguntó Kazhimyr.

El murmullo procedente de sus tripas le hizo preguntarse cuándo habría sido la última vez que había comido. Por el hambre que sentía, debía de haber pasado al menos una semana.

Dravien siguió con la mirada perdida, probablemente imaginándose todas las cosas horribles a las que lo sometería la general si le echaba el guante.

—Tiene una habitación aquí, en la taberna, pero no la hemos visto entrar ni salir. Hay otra Bellatryx con ella.

Kazhimyr se presionó el estómago con la mano para calmar el murmullo que producía.

—¿No os parece algo raro que no viaje con el rey Jeret, teniendo en cuenta que él secuestró al príncipe?

—Sospecho que se habrá quedado atrás —respondió por fin Dravien con un tono grave e inexpresivo, concentrado en sus pensamientos—. Habrá lanzado un contrataque contra el rey Sagaerin. Quizá haya tomado alguna de las ciudades de los alrededores, pero he oído decir a los lugareños que estaban buscando a alguien que ha huido.

Ravezio se llevó la mano a la empuñadura de la daga que llevaba al cinto y soltó una risita.

—Dravien lleva un buen rato con el culo apretado. Pensaba que habría venido a por él.

—¿No viene a por ti?

Dravien se encogió de hombros.

—Quizá sí, pero ¿cómo iba a saber que estoy aquí? Me mandó ir al sur en busca de Dolion.

Dravien se rascó la barbilla aún con más fuerza, haciéndose un arañazo de un rojo rabioso.

—Los lugareños hablaban de una pelirroja llamada Melantha. Quizá presenciara el secuestro, o a lo mejor sabe algo.

«¿Melantha?». A Kazhimyr aquel nombre no le decía nada.

—Bueno, ¿y cuál es el plan?

—Harán falta un par de días más para que puedas viajar a pie con esa herida —dijo Dravien haciendo un gesto en dirección a sus piernas—. Mejor nos quedamos. Si están aquí para lanzar un ataque contra el rey Sagaerin, dudo de que encuentren demasiados apoyos, así que sospecho que no se quedarán mucho tiempo.

—¿Qué te hace decir eso?

Dravien levantó la mirada y la dirigió a Ravezio.

—Dime, ¿qué es lo primero que te ha llamado la atención de Veneficarys?

Ravezio se encogió de hombros y echó un trago a un fluido ámbar: cerveza, sin duda.

—Que las calles están limpias.

—No hay ni un niño flaco por las calles. ¿Por qué crees que es eso?

—¿Estás insinuando que el rey Sagaerin proporciona vivicanto a la ciudad? —dijo Kazhimyr sirviéndose otro vaso de agua con la

esperanza de que le calmara el hambre.

—¿Y por qué iba a hacer tal cosa? —replicó Ravezio con socarronería—. ¿Hace pasar hambre a los suyos para alimentar a sus aliados?

Dravien se puso en pie y se acercó lentamente a la ventana, sin separarse de la pared.

—Los lugareños se han mostrado desconfiados con los soláceos desde el momento de su llegada. También con nosotros, aunque ahora parecen distraídos. Vamos a darle un par de días a la general para que encuentre a esa mujer. Mientras tanto, se te curará la pierna y podremos ir a Brujafría. Para entonces, ya deberían haber emprendido el camino de vuelta a Solácea.

—Cuanto más esperemos, más cerca estará Zevander de descubrir el glifo que mencionó Dolion —objetó Kazhimyr.

—¿Qué glifo? —dijo Dravien apartando la mirada de la ventana y frunciendo el ceño.

Kazhimyr al principio no tuvo claro que debiera contárselo, pero quizá sirviese para espolear al elvynirio y hacer que se pusiera de nuevo en marcha.

—Supongo que para un hombre como tú, sin código ético, no significará gran cosa, pero es un glifo arcano, al parecer lo suficientemente potente como para hacer volar por los aires el Valle Umbrío.

—De modo que nos dirigimos a la tierra de los mortales para matar a Zevander.

Kazhimyr levantó el vaso para echar otro trago, pero se detuvo a medio camino y miró de nuevo a Dravien con el ceño fruncido.

—No, Zevander no es una amenaza. No es más que un peón en todo esto.

—¿Para quién?

—Estás haciendo muchas preguntas para ser alguien en quien no confío del todo.

—Entonces ¿por qué las respondes?

En lugar de beber, Kazhimyr dejó el vaso y la jarra sobre la mesita junto a la cama.

—Porque necesito que entiendas lo importante que es que crucemos el Valle Umbrío antes de que sea demasiado tarde. Y, si nos quedamos aquí sentados como un puñado de gallinas esperando a que los huevos eclosionen, me voy a volver loco.

—No estás en disposición de viajar. —Ravezio echó otro trago a su cerveza y puso una mueca—. Joder, esto sabe a meado.

—Estoy bien —dijo Kazhimyr apoyándose en el colchón para levantarse de la cama, pero justo en ese momento sintió como si un enjambre de abejas se le hubieran colado por debajo de la piel y el dolor se le extendió por toda la pierna. Apretó los dientes y se dejó caer de espaldas en la cama agarrándose la pierna, que le temblaba entre las manos.

—Unos días más, como te he dicho. —Dravien rebuscó en el interior de un zurrón de cuero y sacó un paquete envuelto en un pañuelo. Cogió dos trozos de cecina y se los dio a Kazhimyr—. Confía en mí, conozco bien ese dolor.

—¿Te han mordido alguna vez? —dijo Kazhimyr dando un mordisco a la cecina, y casi puso los ojos en blanco en el momento en que la carne salada entró en contacto con su lengua.

—Muchas veces. Dicen que a algunos pueden llegar a matarlos. Otros pueden quedar paralizados permanentemente y hay a quienes les provocan premoniciones.

Al oír eso Kazhimyr frunció el ceño.

—¿Premoniciones?

—Sueños. Y a veces se cumplen.

—¿Tú alguna vez has tenido esas premoniciones?

—Sí. —El elvynirio juntó las cejas—. Soñé que un día me capturaría una mujer con una armadura dorada y que me convertiría en su esclavo.

59

Maevyth



Filas y filas de libros cubrían las paredes de piedra de la biblioteca del templo, una estancia a la que nunca antes se me había permitido entrar. Muchísimos libros, acumulados por los mismos religiosos que insistían en que la lectura no era para las mujeres y las niñas. Aquello me hizo preguntarme si los que sobrevivieran cambiarían las leyes al no estar ya sometidos al yugo de Sacton Crain. ¿O se quedarían anclados para siempre en sus antiguas creencias?

Zevander estaba junto a una mesa, con padre al lado, mientras que Corwin, al otro lado de padre, se había cambiado su lúctica negra por una camisa blanca lisa y unos pantalones. Los tres estudiaban un mapa de Mortasia. Por lo que yo sabía, el viaje a las montañas llevaría de cinco a siete días y el camino era traicionero, aun con buen tiempo.

—¿Qué es lo que queréis encontrar exactamente en los Montes Serrados? —preguntó padre.

Zevander y yo cruzamos una mirada.

—Un elemento que se encuentra allí. Uno que el señor Moros descubrió tiempo atrás —respondí.

—¿Las piedras blancas? —El tono circunspecto de padre me hizo preguntarme qué sabía él de aquellas piedras y alimentó mis pocas esperanzas de encontrarlas.

—¿Tú las has visto?

—Los lyverianos las protegen con uñas y dientes. —Padre miró a Zevander de la cabeza a los pies—. ¿Y qué pretendes hacer con ellas?

Zevander no respondió, pero se lo quedó mirando con aquella mirada impasible que hacía temer que no le costaría nada rebanarle el pescuezo al pobre anciano.

—Solo necesitamos un pedazo —dije yo intentando suavizar las cosas—. El escorpión que viste…

—La abominación que vi. Un espejismo.

—Ay, ya estamos otra vez —gruñó Aleysia dejándose caer en una de las dos sillas de terciopelo dispuestas frente a una pequeña chimenea—. Por supuesto, no importa que todos viéramos el escorpión. Aparentemente, nos engañamos todos. Y el mapa que estás mirando también podría no ser real. ¿Te lo has planteado, padre? Quizá sea un *espejismo*.

Mi padre se volvió hacia Aleysia.

—No me gusta ese tono de burla, jovencita. No sería la primera ilusión óptica que ven varias personas a la vez.

Me sorprendió que siguiera defendiendo una doctrina que lo convertía en un hereje y que había hecho que lo encerraran en una celda y que hubiera estado a punto de morir en la pira.

—Es magia de sangre. Y es real, padre. No voy a perder el tiempo intentando convencerte. Si no quieres ayudarnos, dilo sin más.

Pareció masticar mis palabras como si fueran una ternilla que se hubiera encontrado entre los dientes.

—Las tierras del norte no son como Foxglove. Están llenas de bestias diferentes a cualquier animal que hayamos visto por aquí, bestias peligrosas. Si nos mantenemos cerca del río, siguiendo la orilla llegaremos a los pies de las montañas. Los lyverianos son un pueblo muy desconfiado, pero no necesariamente hostil, siempre y cuando no supongamos una amenaza. —Echó una mirada fugaz a Zevander y se aclaró la garganta—. Están repartidos por toda esta zona —dijo señalando el bosque que rodeaba el camino—. Eso les da una posición de ventaja para lanzar emboscadas a los soldados vonkovyanos.

—Quién sabe lo desconfiados que se habrán vuelto ahora que el mundo se ha ido al infierno —comentó Zevander frotándose la barbilla con el ceño fruncido mientras señalaba otro punto del mapa —. ¿Y qué hay de esta zona? Da la impresión de que por aquí podríamos esquivarlos.

Mi padre dejó caer los hombros y levantó la cabeza con gesto de preocupación. Era extraño ver al hombre que yo siempre había considerado fuerte y autoritario con ese aspecto tan frágil y menudo en comparación con Zevander.

—Eso no… no es buena idea.

—¿Es infranqueable? —preguntó Zevander.

—Está poseído por los espíritus de los muertos.

Solo de pensar en ello se me encogió el pecho. Aunque ya había superado la impresión de ver a los muertos, sus visitas ocasionales seguían turbándome y, tal como había descubierto, no siempre eran agradables. A juzgar por su semblante, daba la impresión de que los demás compartían mi intranquilidad. Todos salvo Zevander, por supuesto, que seguía estudiando el mapa con total indiferencia.

—A principios de siglo, en ese territorio vivía todo un pueblo —prosiguió padre—. Miembros de la parroquia de Foxglove que consideraban que nuestras doctrinas eran demasiado laxas. Siguieron a su sacton al norte y se asentaron allí. —Señaló un retrato que colgaba de la pared, el de un hombre de cabello blanco y cejas grises muy pobladas con un aspecto aún más severo que el de Sacton Crain—. Se rumoreaba que Sacton Gansley había consumido tanto vino de bayas que se había vuelto loco. Por lo que recogen las crónicas, parece que sufría delirios, oía voces, veía cosas inexistentes. Sostenía que había demonios bajo tierra. Un día, un comerciante de Foxglove viajó a su pequeño pueblo en el bosque y no encontró nada, ni rastro de la gente ni de sus animales ni de la iglesia. Hay quienes creen que el sacton lo quemó todo. Otros dicen que algún ser maligno se los tragó, sumiéndolos en las profundidades del infierno. En cualquier caso, el pueblo desapareció y nadie que haya recorrido ese camino ha regresado nunca.

—Salvo por el comerciante que descubrió que allí no había nada —replicó Zevander con hastío—. Si crees que tus fantasmas me asustan, estás muy equivocado.

—Yo hablo lyveriano. Podría intentar facilitaros el paso por la otra ruta, solo que…

Zevander resopló.

—Solo que…

Mi padre bajó la mirada.

—Solo que no acabé muy bien con su sacerdotisa.

Zevander soltó un bufido y dejó caer los hombros.

—Lo cual podría hacer que se mostraran más hostiles de lo habitual.

—Estoy seguro de que si me dan la oportunidad de explicarme, podría…

—¡¿Qué… demonios?! —Corwin cruzó la estancia a la carrera en dirección a la ventana señalando con un dedo tembloroso—. ¿Ha-ha-habéis visto algo volando junto a la ventana ahora mismo? Os juro que es… lo más enorme… que he visto nunca.

De pronto, una sombra gigantesca apareció tras él, que no se daba cuenta de que Raivox observaba al otro lado de la ventana que tenía detrás.

—¡En el nombre de Dios! ¿Eso qué es? —Padre retrocedió trastabillando y tropezó con una silla que acabó tirando.

Aún rígido, Corwin giró la cabeza lentamente y yo di un paso adelante.

—¡Corwin! Espera —dije alargando la mano y mirándolo, sin perder de vista al corvugón—. Los movimientos bruscos pueden sobresaltarlo. Pero…, antes de que mires, tienes que saber que no te va a hacer daño, al menos intencionadamente.

—Yo no lo tengo tan claro —dijo Aleysia cogiendo de la mesa el cepillo que había traído a la biblioteca—. Es un animal salvaje y parece que ha puesto el ojo en Corwin. Menos mal que no cabe por esa ventana, o yo diría que te convertirías en una sabrosa lombriz.

—Aleysia —la regañé con un gruñido—. Tú no sabes nada de él.

—¿De *él*? —Corwin giró un poco la cabeza, como si quisiera mirar, pero vaciló—. ¿Sabemos que es un macho? ¿Y sabemos de qué especie es?

Con la boca abierta, miré a padre y luego otra vez a Corwin.

—Es un dragón, más o menos. Un pájaro-dragón.

Corwin forzó una sonrisa y asintió, claramente aterrado.

—Ah, ya veo.

Cuando se volvió por fin, ahogó un grito y dio unos pasos atrás, trastabillando igual que padre, solo que él aterrizó en una silla cercana.

—Oh… Oh, Dios… Es… es bastante grande, ¿no? —dijo, y se le escapó una risita histérica mientras se levantaba lentamente de la silla. Sin quitarle ojo a Raivox, retrocedió hasta donde estábamos los demás—. ¿Y come como un pájaro? ¿Lombrices? ¿Semillas? ¿Ese tipo de cosas?

—Sobre todo, animales.

—Por supuesto. Supongo que para llenar ese cuerpo de semillas tendría que comerse todo un granero.

Corwin cerró los ojos, se llevó una mano al pecho y soltó aire poco a poco.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Seguid —dijo señalándonos con un movimiento del brazo —. Solo intento bajar las pulsaciones antes de que el corazón se me salga por la boca. Seguid con eso del mapa.

Raivox siguió mirándolo con una curiosidad que me hizo plantearme si, *efectivamente*, estaba considerando comérselo.

Mi padre volvió junto al mapa, probablemente convencido de que el dragón era producto de su imaginación, todo lo tranquilo que podía estar.

—Estábamos hablando de la ruta más segura hacia las montañas.

—Tomaremos el otro camino —dijo Zevander con un tono que no dejaba espacio a protestas—. A menos que haya algo más que fantasmas que hacen desaparecer iglesias y aldeanos.

—No me parece que seas la persona más adecuada para juzgar lo sobrenatural, con tus criaturas espectrales y tus efectos de brujería.

—Espectrales —repitió Zevander riéndose entre dientes—. Y a mí no me parece que seas la persona más adecuada para hacer este viaje, así que te recomiendo que te quedes aquí.

Mi padre sacó pecho, enfrentándose a Zevander, que era mucho más corpulento.

—Si crees que te voy a dejar marchar a esas montañas solo con mis dos hijas, estás muy equivocado.

—Aquí estarás seguro, y hay mucha comida. Solo nos frenarías. —Aunque hubiera algo de cierto en sus palabras, me supo mal que se lo dijera de un modo tan crudo—. Aleysia puede quedarse contigo.

Aleysia soltó un bufido de protesta desde su silla, donde se estaba cepillando el cabello.

—No voy a quedarme aquí, en el templo donde han estado a punto de quemarme en la hoguera.

Zevander apoyó las manos en la mesa y dejó caer la cabeza. Era evidente que se estaba impacientando.

—Cuanto mayor sea el grupo, más tardaremos en llegar.

Aleysia bajó el cepillo y se cruzó de brazos.

—¿Maevyth va a ir?

—Sí —dije yo antes de que Zevander tuviera ocasión de responder por mí.

—Entonces yo también voy.

Zevander soltó un gruñido y se pasó una mano por el rostro.

—Yo sé dónde hay caballos —añadió Corwin bajando el tono—. Al menos una docena. Bueno, al menos la última vez estaban allí. Yo me ocupaba de darles de comer.

—¿Dónde? —preguntó Zevander volviéndose hacia él.

—Abajo. Hay un establo que se construyó tras la plaga de Scallym, hace más de dos siglos. Caben hasta dos docenas de animales. Sacton Crain hizo sacrificar los cerdos y las cabras para disponer de comida, así que solo quedan los caballos. Dijo que era imprescindible mantenerlos con vida por si teníamos que huir a toda

prisa.

—¿Una docena de caballos para un pueblo entero? —dijo Zevander con una ceja levantada, poniendo en palabras la pregunta que me rondaba también a mí por la mente—. No parece que tuviera pensado que todos pudieran huir.

Corwin se encogió de hombros.

—Supongo que no.

—Enséñame ese establo.

El escepticismo era evidente en el tono de Zevander, pero, cuando vi que me lanzaba una mirada, fui yo la que tuve dudas del motivo de su repentina curiosidad.

—Voy contigo —dije dando un paso adelante, como si ambos fuesen a intentar huir. En el fondo, a Zevander no le habría costado nada hacerse con uno de los caballos y dirigirse a la montaña solo.

Zevander me miró fijamente mientras elaboraba su respuesta:

—Necesitaremos provisiones para el viaje: mantas y todas las armas que encuentres.

—Estoy segura de que padre y Aleysia pueden encargarse de eso —repliqué.

—¿Te preocupa que me marche sin ti?

—¿No ibas a hacerlo?

—¿Y arriesgarme a que vengas detrás de mí, poniéndote en peligro? No, preferiría evitarme ese dolor de cabeza. —Cruzó la sala con decisión, con cierta diversión en los ojos—. No tengo ninguna intención de alimentar tus conspiraciones.

Esbocé una sonrisa.

—Bueno, al menos empiezas a darte cuenta de lo testaruda que puedo llegar a ser.

—Desde luego. —Inclinó la cabeza y me dio un beso en los labios—. Estoy encantado con tu testarudez.

Corwin se aclaró la garganta.

—Bueno…, ¿vamos?

Zevander siguió mirándome, con un leve temblor en el párpado como única señal de fastidio por la insistencia de Corwin. Atravesó la sala y lo siguió al exterior.

Aleysia se cruzó de brazos y ladeó la cabeza.

—No sé yo, a mí me da la impresión de que la relación entre vosotros tres va viento en popa…

—Aleysia Bronwick, no voy a permitirte ese tipo de comentarios —la advirtió padre.

—¿Comentarios? —replicó Aleysia—. Papá, si tú supieras… El motivo de que me desterraran al bosque fue…

—Que besaste a Joseph Marowe. Sí, ya lo sabemos —dije yo apretando los labios y mirándola al tiempo que sacudía levemente la cabeza, pues sabía muy bien que mi padre se le echaría encima si le confesaba que se había quedado embarazada del tío Riftyn.

—¿Joseph Marowe? —Padre se rascó la cara—. ¿El hijo de Albert?

Aleysia pareció considerar la idea un momento. Luego se volvió hacia padre sonriendo.

—Sí, padre. Joseph Marowe, el hijo de Albert. El cual probablemente ya lleve tiempo muerto.

—¿Y qué quería decir Sacton Crain cuando habló de *incesto*?

—Ay, ya sabes cómo le gustaba lanzar acusaciones infundadas. A ti te llamó hereje y posiblemente seas el hombre más devoto que conozco.

Mi padre frunció el ceño y asintió.

—Es cierto. Era un sacton terrible.

Me sentí algo culpable, pero volví a pensar en las palabras de Zevander cuando entrenábamos, lo que había dicho de que no

siempre había que ser empático. Al fin y al cabo, Sacton Crain había asesinado a mi madre. Cuando menos, su muerte había sido un acto de justicia para compensar la de ella. Meneé la cabeza para quitarme todo aquello de la mente.

—Venga, vamos a empaquetar unas cuantas cosas.

Los tres salimos de la biblioteca y recorrimos el corto pasillo que llevaba hasta la capilla principal del templo.

—¿Lo tienes claro, Maevyth? —preguntó mi padre mientras atravesábamos el templo—. Ese… compañero tuyo. Tengo la sensación de que nos oculta algo.

—¿Y has necesitado toda la noche para darte cuenta de eso, papá? —replicó Aleysia con socarronería—. No es que lo defienda, desde luego. Aunque tengo que reconocer que ayer hizo una entrada espectacular, diría que no escogió el mejor momento. Y, si no hubiera desaparecido antes, Sacton Crain no nos habría atrapado.

Reduje el paso y me la quedé mirando con el ceño fruncido.

—Si acabamos en esa cripta fue por ti.

—Sí, y menos mal que fuimos —replicó ella por encima del hombro—. Papá se habría muerto de hambre ahí abajo y no nos habríamos enterado nunca.

—Esta discusión no lleva a ninguna parte.

—Eres tú la que discute. Yo solo estoy puntualizando.

Solté un gruñido de frustración.

—Respondiendo a tu pregunta, padre: sí, confío en él.

—Más vale que no te equivoques. El viaje ya es largo y peligroso de por sí.

60

Zevander



Con una antorcha en la mano y los ojos fijos en la corpulenta silueta de Corwin, que iba por delante, Zevander bajó las escaleras hacia la cripta del templo. De vez en cuando, el mortal echaba un vistazo por encima del hombro y esbozaba una sonrisa tímida, pero, cuando lo hacía, sus torpes pies solían perder apoyo y se arriesgaba a perder el equilibrio. Cuando llegaron al fondo de las escaleras, Corwin giró en la dirección en la que había ido la noche anterior Zevander, cuando había dejado atrapado a todo el pueblo en la cripta con sus escorpiones.

Corwin, que no podía imaginarse lo que había pasado allí, avanzó por el pasaje en penumbra hasta que su bota se topó con algo y se detuvo de pronto.

—¿Qué demonios…?

Por las comisuras de la boca de Zevander asomó una sonrisa mientras veía a Corwin examinar el rastro de órganos machacados.

Corwin pasó el dedo por la mancha de sangre y lo levantó para

verla a la luz de la antorcha.

—Parece que algo o alguien ha resultado… herido.

Giró sobre sí mismo y se dio cuenta de que el rastro se extendía desde las escaleras hasta el largo pasaje que se abría ante ellos.

—Algo ha…

—¿Sí? —dijo Zevander, que parecía divertirse al ver cómo Corwin iba tomando conciencia de lo sucedido.

—No lo tengo claro. ¿Seguimos adelante? —respondió Corwin. Se dio la vuelta de nuevo y siguió por el pasaje, sin volverse a mirar a Zevander más que de vez en cuando, aunque su sonrisa nerviosa se había convertido en un gesto de preocupación.

«Bien».

—Bueno…, ¿hace mucho que conoces a Maeve? —preguntó con un ligero temblor en la voz.

A Zevander no le gustó oír que usara ese diminutivo.

—Un tiempo.

—Nosotros somos amigos desde hace años. —No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que estaba mintiendo—. Siempre ha sido muy dulce. De pequeña era una niña encantadora.

Zevander percibía sus nervios en forma de vibración en el aire y, aunque el hombre no tenía mala intención, aquello le despertó un instinto depredador.

Corwin bajó la mirada de nuevo al acercarse a la cripta, donde aún se veía la sangre por el suelo.

—Vaya, fuera lo que fuera perdió bastante sangre.

Una vez más, echó una mirada por encima del hombro, pero enseguida se volvió hacia las puertas de hierro que tenían delante.

Redujo el paso y ladeó ligeramente la cabeza.

Se detuvo frente a la puerta y pasó un dedo por la soldadura.

—Esto… ¿lo has hecho tú?

Zevander avanzó hasta situarse a su lado, haciendo que Corwin se encogiera de miedo.

—Deja que sea muy claro contigo. Si dices una palabra de esto a alguien, me encargaré de que ardas de dentro afuera.

Corwin tragó saliva y bajó la mano que señalaba la puerta.

—Lo cierto es que nunca me han caído bien. Era un pueblo de santurrones que dejaban que los niños se murieran de hambre —dijo, y sin más siguió por el pasillo contiguo.

Zevander percibió un movimiento al otro lado de la puerta, así que acercó la antorcha al hueco que quedaba por debajo, tras el cual se veía una sombra. Un leve repiqueteo le indicó que uno de los aldeanos aún seguía vivo. Decidió no hacer caso y siguió a Corwin.

El pasillo se ensanchaba al final, dando paso a una puerta doble de madera. Corwin la empujó y pasaron a una amplia estancia. Doblaba en tamaño la cripta y estaba dividida en cubículos. Olía muy fuerte a heno y virutas de madera, y también a amoniaco. Zevander entró tras Corwin, sintiendo cómo aquel olor hiriente le quemaba la nariz.

A Corwin le salían volutas de vapor de la boca al hablar y estaba tiritando.

—En el lado norte del templo siempre hace muchísimo frío —dijo sonriéndole a Zevander—. A menos que esto sea cosa tuya —bromeó, pero la sonrisa se le borró enseguida del rostro al ver la apatía de Zevander y se dio la vuelta otra vez de inmediato.

Los caballos pateaban el suelo y relinchaban con las narices abiertas, como si estuvieran nerviosos.

—Solo quedan cuatro. Dios, deben de haber sacrificado a los otros para comérselos. —Corwin se apresuró a acercarse para intentar calmar a dos de ellos mientras Zevander se dirigía a los cubículos del otro lado. Enseguida, le echó el ojo a un macho

castrado que se mostraba menos agitado que los demás. Le recordó a su Obsidyen. Al acercarse, Zevander oyó un sonido, como de hueso rozando con hueso, y se dio cuenta de que el caballo estaba apretando los dientes, con las orejas echadas hacia atrás.

Zevander alargó la mano, pero el caballo relinchó, esquivando el contacto.

—Oh, ese es Vane, un castrado que se cree que es el semental del grupo. Tiene mal carácter, le gusta morder. Siempre ha sido un demonio.

—Hola, eso es… Eso es —dijo Zevander alargando la mano de nuevo para que se la oliera, pero una vez más la tozuda bestia echó la cabeza atrás. Cuando giró la cabeza, Zevander se la acarició con suavidad y luego se detuvo, emitiendo una suave ola de calor.

El caballo dejó de apretar los dientes y levantó las orejas, y Zevander sonrió complacido.

—Eso es.

—Está claro que le gustas. Bueno, pues decidido. Vane será para ti. Vamos a ensillarlos. —Señaló hacia una puerta en el extremo opuesto de los establos—. De ahí parte un túnel que sale del templo, pasa por debajo de la muralla que rodea Foxglove, así que no hay que preocuparse de la vigilancia. Se supone que era una vía de escape para los clérigos en caso de sitio.

—Eres un pozo de información inútil, ¿verdad?

Vale resopló mientras Zevander le acariciaba la frente desde la cabeza hasta el hocico.

—Lo cierto es que a mí me parece fascinante.

—Cómo no.

Corwin sacó algo de paja de un saco de arpillera colgado en el exterior del establo y se la dio al caballo que estaba acariciando.

—Ese, eh…, pájaro-dragón de ahí fuera… ¿Es inofensivo o

deberíamos quedarnos aquí hasta que la civilización se recupere sola, evitando así la posibilidad de morir?

—No es necesario que vengas con nosotros. De hecho, te recomiendo que te quedes.

—Preferiría seguir al grupo. Solo decía que quizá sea mejor no salir del templo, que me parece un lugar muy seguro.

—¿Muy seguro? —Zevander bufó—. Dos jóvenes consiguieron colarse sin demasiado esfuerzo.

—Ya veo —dijo Corwin bajando las cejas—. Yo suponía que eras tú el que había reventado las puertas. De acuerdo, pues. Vamos.

61

Maevyth



Con el brazo de Zevander en torno a mi cintura y su otra mano asiendo las riendas relajadamente, nuestro caballo avanzaba por el sendero cubierto de niebla. A pesar de lo frío que estaba el aire, la capa empezaba a agobiarme, ya que el calor corporal de Zevander se colaba a través de la tela. Sobre nuestra cabeza volaba Raivox, que había desaparecido entre las nubes, por lo que apenas distinguía su silueta.

Hacía años que no viajaba más allá de las murallas de Foxglove. El abuelo Bronwick nos había llevado alguna vez a los pueblos vecinos para vender su vino, pero, aparte de esas pequeñas excursiones, no había salido nunca del pueblo donde me había criado.

El río Hadrona, cubierto de bruma, discurría a paso de caracol a nuestro lado y, en los recovecos de sus famosas orillas negras, unas fumarolas despedían unas nubes blancas que se iban posando en el suelo, fundiendo la escarcha que cubría el otro lado del camino. Los

caballos trotaban por el fango, aparentemente ajenos al silbido que se oía cada vez que el río expulsaba sus horribles vapores sulfúricos.

—Se dice que, si bebes agua del Hadrona, te vuelves loco —dijo Corwin desde atrás a lomos de su caballo y guiando a uno de los más nerviosos, que llevaba cogido de las riendas—. Según parece, contiene un parásito que infecta el cerebro.

—¿Parásito? —preguntó Aleysia agarrada a la cintura de su padre, con el que compartía caballo. Padre había conseguido birlar una de las túnicas rojas que había en la parte trasera del templo y destacaba como un borrón de tinta roja entre la oscuridad de los árboles y el fango.

—Sí, una lombriz minúscula que infecta el cerebro. Es algo fascinante. He cogido el libro de la biblioteca —dijo dándole una palmadita al zurrón que llevaba atado a la silla de montar—. Si te interesa, será un placer leértelo.

—Puedo leerlo yo misma, gracias —respondió ella cortante como la hoja de una espada.

Mi padre frunció el ceño y echó un vistazo por encima del hombro.

—¿Y eso?

—El abuelo. Pensaba que era ridículo que a las mujeres no se nos permitiera leer.

Mi padre suspiró y volvió a mirar hacia delante.

—Probablemente tuviera razón. Aunque da la impresión de que hoy en día eso no importa demasiado.

El sendero trazaba una curva por un túnel de árboles. La bruma del río, encerrada bajo la vegetación, creaba un velo que hacía imposible ver nada a unos metros de distancia.

—¡Socorro! —gritó alguien a lo lejos—. ¡Esperad!

Una figura misteriosa se nos acercó por entre los árboles y sentí

que Zevander se tensaba a mi espalda, retirando la mano con que me sujetaba para coger la espada. Yo le agarré la muñeca.

—Espera.

Por entre la niebla apareció un hombre que llevaba la típica sobrevesta de un soldado vonkovyano. Se nos acercó cojeando, con ambas manos en alto, mostrándonos que no llevaba armas; o al menos no se le veían.

—¡Por favor! Os lo ruego. Nos han atacado. Mi… Mi amigo está herido. Creo que lo han mordido. —Se volvió hacia Corwin—. ¿Podrías dejarnos el caballo que os sobra?

—No —dijo Zevander sin inmutarse espoleando ligeramente nuestra montura, poniéndose de nuevo en marcha.

—¡Por favor, por favor! —El hombre se nos puso delante, obligándonos a parar otra vez—. ¿Al menos… tenéis provisiones? Hace días que no comemos.

—No —dijo de nuevo Zevander antes de que yo pudiera responder, y le dio otro tirón a las riendas de Vane.

Yo fruncí el ceño y me volví a mirar al hombre que nos miraba, con los hombros caídos y gesto de derrota.

—Para el caballo, Zevander.

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Porque probablemente se muera de hambre si no le damos algo.

—Morirá igualmente si se niega a dejar a su amigo.

La facilidad con que formuló aquellas palabras tan frías me indignó.

—¿Y si fuera yo la que estuviera herida? ¿Me dejarías ahí tirada?

—No. Te llevaría hasta un lugar seguro.

—Bueno, pues no todo el mundo mide casi dos metros y puede recurrir a la magia de sangre. Podrías ser algo más comprensivo.

El extraño volvió a ponérsenos delante, esa vez con una daga en la mano. Igual que antes, sentí cómo Zevander se tensaba a mis espaldas.

—Me temo que debo insistir en que me deis el caballo y algo de comida.

—¿Pretendes luchar daga contra espada? —respondió Zevander con un tono algo cruel, como si le pareciera divertido.

—Esta hoja está impregnada de veneno. —El extraño se acercó, alargando la mano que tenía libre hacia mi pierna, como si quisiera agarrarme, pero se lo pensó y no lo hizo—. Es un preparado muy potente que disuelve las venas, provocando hemo…

Algo se movió de pronto a mis espaldas y, por el rabillo del ojo, vi un destello negro.

Zevander descargó la espada sobre el cuello del soldado con un golpe seco, como el ataque de una serpiente.

Todos nos quedamos sin aliento de pronto.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó padre persignándose.

De pronto sentí un frío profundo entre las costillas que me invadió los pulmones.

Con los ojos como platos, el soldado tosió y emitió un sonido gutural, y cuando Zevander retiró la espada cayó de rodillas al suelo con las manos en la garganta, intentando en vano detener la hemorragia.

—¿Qué has hecho? —exclamé desmontando antes de que pudiera detenerme.

—Te ha amenazado con una daga envenenada —respondió con una perturbadora calma que me provocó escalofríos.

—¡Nos ha amenazado a todos!

—Cualquier amenaza es una amenaza en tu contra, y yo reaccionaré como corresponde.

El soldado se inclinó hacia un lado, entre toses y esputos, hasta que por fin abrió la boca, tomando su último aliento, y se quedó inmóvil.

Mi padre se nos acercó, tenso y con un ademán claramente hostil.

—¿Un hombre nos suplica ayuda y tú lo matas?

Guiada por un extraño instinto, me planté ante él y extendí la mano. No para invocar uno de mis glifos, sino para mantenerlo alejado del peligro en el que se estaba metiendo sin saberlo. No solo por Zevander, sino también porque en ese momento la sombra de Raivox pasó sobre nosotros.

—Retrocede, padre.

—¡Se estaba muriendo de hambre! ¿Es que no sabéis la desesperación en la que puede sumirte el hambre?

—Está muerto —dijo Zevander con frialdad sin apartar la vista de mí—. Ahora no puedo hacer nada al respecto. Hemos de ponernos en marcha si queremos llegar antes de que caiga la noche.

—No podemos dejarlos así —protesté dirigiendo la vista hacia la espesura—. Su amigo está herido en el bosque, y a este hay que enterrarlo.

—No puedes enterrar a todos los muertos.

—¡No estaba muerto hasta que lo has degollado con la espada! —repliqué.

—Ya te lo he dicho: era una amenaza. —Aún a lomos de Vane, Zevander alzó una ceja y echó el cuerpo adelante, apoyando el brazo doblado sobre el muslo—. En lo que a ti respecta, todo el mundo es una maldita amenaza, a menos que se demuestre lo contrario.

Puse los brazos en jarras y, aunque a su lado me veía muy pequeña, me negué a ceder.

—¿Y tu plan es matar primero y preguntar después?

—Sí. Si es lo que hace falta para mantenerte a salvo en estas tierras, mataré a todo el que se te ponga delante. Así soy yo. Eso es lo que hago.

—Tú matas a la gente mala, no a inocentes.

Los ojos se le iluminaron con un brillo oscuro, maligno, que me provocó un escalofrío en la nuca.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que mato basándome en la falta de moral de la gente, como un justiciero? Yo mato por dinero. Sin importarme lo que sea o quien sea el que tiene que morir.

—¿Yo te importo?

Desmontó y dio un paso adelante, situándose frente a mí, imponente como una tormenta.

—Tú eres *todo* lo que me importa.

—Si eso es cierto, te pido que no acabes con vidas inocentes en mi nombre. Si le das algún valor a mis palabras y a mis pensamientos, piénsatelo un momento antes de ponerle esa espalda al cuello a alguien. —Me acerqué y bajé la voz—. Y, si la mente te falla y no lo tienes claro, fíate de mi criterio. ¿Puedes confiar en mí?

El ojo le tembló un momento.

—Sí.

—Bien. Entonces tenemos que ver qué hacemos con este cuerpo. ¿Puedes convertirlo en una piedra sanguínea?

—No voy a desperdiciar la poca magia de sangre que me queda para convertirlo en una piedra sanguínea. —Lo miró y torció los labios con repulsa—. Los animales se lo comerán.

—Aquí no hay animales. ¡Esos monstruos los han matado a todos!

Apenas había acabado de decir aquello cuando Raivox descendió en picado y aterrizó con un golpetazo que hizo temblar el suelo.

Corwin soltó un chillido agudo y los caballos retrocedieron

relinchando. Al intentar controlar su caballo, Corwin soltó al otro, que salió galopando.

Mi padre cogió con fuerza las riendas de su montura, pero Aleysia se resbaló hacia atrás y tuvo que agarrarse con fuerza a él para no caerse de la silla.

Igual que un pájaro quitándole la cáscara a una semilla, Raivox sacó al soldado de su armadura y salió volando con el cuerpo colgándole del pico. Atónita, observé cómo lo lanzaba al aire y se lo tragaba de un bocado.

—¡Por el dios rojo! —exclamó mi padre llevándose la mano al pecho. Por un momento pareció que iba a caerse del caballo.

—Bueno, pues arreglado —dijo Aleysia conteniendo una risa—. ¿Nos ponemos en marcha?

—No —le espeté fulminándola con la mirada—. Vamos a buscar a su amigo para darle algo de comida. Es lo mínimo que podemos hacer.

Zevander soltó un gruñido y me tendió las riendas del caballo.

—Voy yo. Tú quédate con Vane.

—No, voy contigo.

Soltó otro gruñido de desaprobación y le entregó las riendas a padre.

Yo me volví hacia él mientras retrocedíamos hasta el punto donde había aparecido el soldado. Zevander miraba al suelo, siguiendo las huellas sobre el barro blando, hasta que desaparecieron entre la vegetación del sotobosque. Seguimos en línea recta por entre los árboles unos metros más hasta llegar a un campamento improvisado en el que aún ardían las últimas brasas de una hoguera junto a una cantimplora y otra sobrevesta roja, pero no había ni rastro del amigo herido.

Zevander volcó la cantimplora, dejando caer el fluido negro que

había dentro.

—Supongo que habrá bebido el agua y se habrá infectado. Habrá perdido la cabeza. —Tiró la cantimplora al suelo y señaló un pequeño montón de tierra cubierta de nieve que había algo más allá: una tumba.

—Tú también has perdido la cabeza un par de veces —dije yo—. No creo que eso sea motivo para matar a alguien.

En el momento en que dije eso, caí en lo que me molestaba más de todo. A pesar de su hostilidad, había visto cierta vulnerabilidad en Zevander, en esas ocasiones en que parecía otro, como si algo en su interior suplicara ayuda, y en esos momentos no soportaba pensar que alguien le hiciese daño.

—En eso estamos de acuerdo. Si no se hubiera mostrado agresivo, no le habría hecho nada. Pero nos ha amenazado. Te ha amenazado *a ti*. —Se me acercó y me rozó la mejilla con el pulgar—. Y, si alguna vez levanto un arma contra ti o te levanto la mano, cualquiera que sea mi estado mental, espero que tú hagas lo mismo.

Aquello me devolvió al momento en que le había clavado la espada en la garganta al soldado y solo de pensarlo sentí la presión de las lágrimas en los ojos.

—Vamos con los otros. Tenemos un largo viaje por delante —dijo. Me besó la frente y emprendió el regreso.

—No —dijo mi padre negándose a desmontar—. Yo digo que sigamos adelante toda la noche.

El incidente junto al río nos había retrasado un poco y, aunque la última hora habíamos acelerado algo el trote de los caballos, no habíamos avanzado lo suficiente.

—No pienso dormir aquí —dijo señalando con un gesto las ruinas

de una iglesia a unos metros de nosotros, en lo alto de una colina nevada rodeada de bosques.

—¿Por qué? ¿Es esa la iglesia que supuestamente engulleron los fantasmas? —le pregunté.

Mi padre soltó un gruñido y frunció el ceño.

—Según tu mapa, el siguiente pueblo está a media jornada de camino. Además, es mejor estar en terreno elevado —dijo Zevander señalando hacia el piso superior de la iglesia, que parecía intacto—. Ese sería un lugar perfecto para montar guardia.

—¿Y qué hay de esa bestia? —dijo mi padre señalando a Raivox, que se había posado a unos metros y se estaba limpiando las plumas—. Estoy seguro de que no tendrá ningún problema en mantener a raya a cualquiera que pueda amenazarnos. —Miró a Zevander de arriba abajo—. Salvo a ti, por supuesto.

—También podría comerse a los caballos mientras dormimos —señaló Corwin—. Yo preferiría que estuviesen a resguardo.

—Pues ese lugar sin duda está plagado de fantasmas y espíritus malignos. ¿Te sientes cómodo durmiendo entre ellos?

—Por el amor del cielo, papá —protestó Aleysia con un gruñido —. ¡No está maldito!

—¡Sí que lo está! Os digo que este no es un buen sitio para pasar la noche.

Aunque yo solía defender a mi padre por instinto, después de lo experimentado, estaba demasiado agotada como para plantearme seguir viajando durante la noche. Me dolía la espalda y no veía la hora de bajar del maldito caballo.

—Tal como están las cosas, no hay sitio bueno. A menos que me digas que hay una amenaza real ahí dentro, los fantasmas son la menor de mis preocupaciones.

Zevander le dio un golpecito en el flanco a Vane y avanzó en

dirección a la iglesia.

—Lo fantasmas *son* una amenaza real —gritó mi padre yendo tras nosotros—. ¡Un producto del mal!

Aunque una iglesia abandonada no prometía precisamente grandes comodidades, me sentí aliviada al ver que Zevander había zanjado el asunto.

Al acercarnos al edificio en ruinas observé las extrañas grietas en el terreno, cubierto en gran parte por vegetación. Entre los árboles que la rodeaban había otros tirados por el suelo, como si los hubieran abatido y dejado allí para que se pudrieran. Me llamó la atención un roble excepcionalmente grande que habían arrancado de cuajo.

—¿Qué crees que puede haber hecho algo así? —le pregunté a Zevander al pasar al lado.

—Podría haber sido una tormenta violenta. No estoy familiarizado del todo con vuestro mundo, así que no estoy seguro.

—En alguna ocasión ha habido algún tornado por aquí, pero esas raíces las han arrancado… por completo.

Zevander detuvo el caballo justo frente a la iglesia y yo desmonté.

—Quédate aquí. Voy a echar un vistazo para asegurarme de que la estructura sea estable.

—¿Y si se te cae encima mientras vas a mirar? —respondí echando un vistazo al edificio, que calculé que tendría unos treinta metros de altura hasta la punta del campanario.

—Supongo que te valdría como reparación por lo sucedido en el bosque.

—No quiero que te mueras, solo que tengas unos remordimientos insoportables.

—Preferiría que se me cayeran encima las ruinas de una iglesia y

me aplastasen a sentir remordimientos por lo que he hecho. —Se llevó la mano al pecho y a la pierna, ejecutando su habitual rutina de control de armas, y vi la cantidad que llevaba pegadas al cuerpo: tres puñales en el torso, uno al cinto y, por supuesto, una enorme espada colgada a la espalda.

—Y luego dices que yo soy tozuda.

—Prefiero pensar que si yo lo soy es respecto a proteger lo que es *mío*.

Pese a la frustración que aún me provocaba lo que había hecho antes, aquella palabra volvió a hacerme sentir un temblor en el vientre. Zevander entró por el arco de piedra, donde en otro tiempo habría habido una puerta, mientras mi padre, Corwin y Aleysia se acercaban a caballo.

—Esto es una locura. ¡Una absoluta locura! —dijo mi padre removiéndose nervioso sobre la silla.

—¿Por qué te dan tanto miedo los fantasmas, padre? —Mi pregunta no pretendía ser una burla; más bien era curiosidad.

—Durante el tiempo que pasé con la sacerdotisa lyveriana vi cosas. Los muertos… se levantaron de sus tumbas.

Sentí un cosquilleo en la nuca. ¿Habría visto lo mismo que yo? ¿Esas versiones terriblemente deformadas de los muertos?

—¿La sacerdotisa te enseñó imágenes de esto?

—Ellos veneran a los muertos. Más específicamente, a una diosa llamada Morsana.

Resultaba extraño oír aquel nombre en la tierra de los mortales, y más aún de boca de mi padre, dado que él no creía en ningún dios que no fuera el suyo.

—¿Y qué es lo que hace?

—Los guía. Y no es una diosa benevolente. A veces es cruel.

«Dímelo a mí».

—¿Así que tú crees que los muertos aún deambulan por este lugar? —insistí.

—Estoy seguro. Están enfadados y son hostiles. Muchos Hombres Rojos como yo han desaparecido de camino a Lyveria.

—Bueno, pues ahí lo tienes —replicó Aleysia, como era de esperar—. Fue un sacton el que los mató, así que es normal que les tengan rabia a los clérigos. No tenías que haberte puesto esa maldita túnica roja, papá. Probablemente nos hayas condenado a todos.

Zevander salió de la iglesia y volvió a envainar la espada a su espalda.

—Parece estable. Ni rastro de fantasmas.

Aunque a mí se me escapó una sonrisa, el gesto de mi padre no era en absoluto de diversión.

—Es pronto. Saldrán más tarde y lamentaréis no haberme hecho caso.

—Bueno, hasta entonces voy a sentarme en algo más cómodo que esta maldita silla —dije pasando la pierna de un lado al otro para desmontar.

Cogiéndome de la cintura, Zevander me posó en el suelo y agarró las riendas para llevarse a Vane a la planta baja, donde aún quedaban unos cuantos bancos de madera, aunque destrozados, entre las columnas de piedra. La vegetación había invadido el suelo de la iglesia y, en el lugar donde habría tenido que estar el altar, crecía un árbol escuálido con las ramas esqueléticas, medio muertas por el frío.

De algún modo, aquella solemne y siniestra imagen encajaba perfectamente con el abandono generalizado del lugar.

Corwin se llevó a los otros caballos a un rincón de la nave donde crecía la hierba y los animales bajaron la cabeza para pastar.

Yo seguí a Zevander por una estrecha escalinata de piedra que llevaba a un piso superior, lo que en su tiempo habría sido la tribuna de la iglesia. El techo se había hundido, permitiendo ver la tenue luz del crepúsculo en el cielo. Parte del muro que teníamos delante también se había venido abajo y me acerqué para contemplar la vista. El bosque se extendía a lo largo de kilómetros hasta las montañas, cuya silueta apenas se distinguía a lo lejos.

—Es raro, ¿no? —dijo Zevander, y al volverme vi que me estaba mirando fijamente—. Ver algo bello a través de los ojos de algo tan feo y en ruinas.

Sonreí y volví a mirar en dirección a la panorámica.

—Si te refieres a ti mismo, no creo que puedas considerarte tan feo.

—Me halagas.

—De momento. Pero aún estoy enfadada, así que ve con cuidado.

Sonriendo, apoyó la bota en el borde medio derruido del muro de piedra y el brazo en la rodilla flexionada.

—Está bien. Pero que sepas que tu enfado no afecta lo más mínimo a lo rápido que mataré a quien se me ponga delante si así te protejo. —Alargó la mano para acariciarme la mejilla y, por el rabillo del ojo, vi a alguien de pie en la esquina.

Fruncí el ceño y, agarrando de la muñeca a Zevander, me hice a un lado para ver mejor.

Una niña pequeña, de no más de seis años, nos miraba fijamente. Llevaba un andrajoso vestido blanco y tenía la piel tan pálida que prácticamente brillaba entre las sombras de aquel rincón de la tribuna.

—¿Hola? —dije acercándome.

—¿Con quién estás hablando? —preguntó Zevander a mi

espalda.

Vi que él miraba en la misma dirección y me volví de nuevo hacia la niña.

—¿No la ves, ahí de pie?

—No.

Suspiré y me di la vuelta hacia él.

—Entonces quizá mi padre tenga razón sobre los muertos.

—¿Los estás viendo ahora mismo?

—Sí. Bueno, uno. Una niña.

—Supongo que no es tan raro. —Se quedó mirando hacia ahí un poco más—. Los córvicos adoraban a la diosa de la muerte. Es normal que tengas visiones.

—Los lyverianos también la adoran. ¿Cuánto tiempo hace que el Valle Umbrío separa ambos mundos?

—Siglos.

—¿Es posible que los mánticos lo cruzaran?

Levantó las cejas y soltó un soplido.

—Hace unos meses te habría dicho que no, pero ahora que sé lo de esta veta supongo que cabe la posibilidad.

—Interesante.

—¡Oh! Oh, esto es impresionante. —Aleysia subió las escaleras a paso ligero cargada con un hatillo en el que repiqueteaban lo que supuse que serían frascos de comida—. Y pensar que querías dormir por ahí en el suelo, papá. ¡Absurdo!

—Vamos a instalarnos —propuso Zevander—. Mañana tenemos un largo viaje por delante. Yo me encargo de la primera guardia. —Se volvió hacia la abertura en el muro, por donde se veía a Raivox, que olfateaba en busca de comida. El corvugón correteaba adelante y atrás sin una dirección clara y, de vez en cuando, se paraba a rascar el suelo.

—Probablemente haya sido buena idea meter a los caballos —dije—. Parece hambriento por el modo en que va oliéndolo todo.

—A menos que esté buscando otra cosa. Parece muy interesado en ese lugar.

—Ojalá se hubiera ido volando por ahí en busca de comida. Aunque quizá el hombre que se ha comido lo haya saciado —comenté. Me resultaba difícil hacerme a la idea de que, solo unos meses antes, aquella enorme criatura era más pequeña que la rata que había cazado con tanta facilidad.

Detrás de nosotros, mi padre, Corwin y Aleysia encendieron una pequeña hoguera con las ramitas que habían recogido abajo. Yo seguía de pie junto a Zevander.

—Los ojos se te pusieron negros otra vez —le dije—. En el momento en que lo mataste.

—Ojalá pudiera decirte lo que quieres oír. Que lo hice porque perdí la cabeza.

—¿Y no es así? —Con una rápida mirada, vi que los demás estaban ocupados abriendo frascos de comida, al parecer ajenos a nuestra conversación.

—No. En esta ocasión he actuado instintivamente, no enajenado. Y lo haría otra vez si fuera necesario.

—¿Aunque te costara la vida? Ese mortal ha sido una presa fácil para ti, pero ¿qué pasará cuando no lo sea?

Tensó la comisura de los labios, esbozando una sonrisa.

—¿Es ese el motivo de la cara de preocupación que tienes?

—Tú matas por dinero, como has dicho. No tienes que matar por mí, no si te puede costar la vida.

Soltó una carcajada seca, y se quedó mirando la inmensidad del bosque.

—El mundo me lo ha quitado todo. La ética. El cuerpo. Hasta el

alma. Tú eres todo lo que tengo, mi bruja lunar, lo único que le da valor a mi vida, y si tengo que pagar con la mía para protegerte, lo haré *encantado*. Por ti.

Por los dioses… ¿Era posible que alguien amara hasta ese punto? ¿Tanto que la simple idea de perder a la persona querida desatara el pánico en su corazón? ¿Que lo dejara sin respiración, como un puñetazo en el pecho?

Lo cogí del brazo y sentí sus músculos tensos, un recordatorio de que no era alguien que tuviera tanta facilidad para amar, ni para confiar en los demás.

Cuando lo solté, enseguida me agarró de la muñeca, tirando de mí, y me dio un beso en los labios que me supo a disculpa. Frunció el ceño y bajó la mirada, haciendo que nuestras respectivas frentes se encontraran.

—No te mentiré, mi estado mental se ha vuelto impredecible y no siempre soy capaz de discernir entre lo que es real y lo que no. Si no hubiéramos recorrido ya tanto camino, te pediría que te quedaras atrás.

—Y yo insistiría en que lo que tienes que hacer es preocuparte de ti mismo. —Lo agarré de la nuca y le di un beso en la mejilla—. En cuanto a esas ocasiones en las que pierdes la perspectiva, ya te he dicho que te mostraré la realidad en cuanto empieces a ver borrosas las líneas. Es lo que estoy haciendo ahora mismo.

Noté que tensaba un músculo en la mandíbula y luego volvió la vista hacia los árboles.

—¿No estás ya cansada de este baile interminable? —dijo. Por frío y distante que soliera mostrarse, aquellas infrecuentes demostraciones de vulnerabilidad no dejaban de estremecerme.

—Ya casi hemos llegado. Encontraremos el vivicanto.

—Sí, y eso me devolverá la fuerza, una fuerza suficiente como

para engañar a los que me rodean. Pero ¿qué pasará cuando los pensamientos oscuros se vuelvan más fuertes que el vivicanto?

—¿Cómo superas a un adversario? Te enfrentas a él.

—¿Y si me convierto en un peligro para las personas que quiero?

—Entonces también lucharemos contra eso. —Deslicé mi mano en el hueco de la suya, se la levanté y le besé los nudillos.

Él entrelazó los dedos con los míos y se llevó mi brazo al pecho, agarrándome como si quisiera evitar que escapara.

—Cada vez que pienso que podría mostrarme compasivo y dejarte marchar, liberarte de todo esto, tú me recuerdas por qué eso nunca pasará.

Sonreí, me puse de puntillas y lo besé.

—Es lo que te he dicho antes. Tienes que dejar de pensar esas tonterías.

62

Kazhimyr



Kazhimyr se puso en pie por primera vez desde el momento en que se había despertado en aquella taberna apestosa, dos días antes. Aunque aún se sentía algo débil, al menos se mantenía en pie sin caerse de culo.

—¿No te duele? —preguntó Ravezio presionándole el punto de la pantorrilla donde le habían mordido mientras Dravien, situado detrás de él, observaba todos sus movimientos. Ravezio movió la pierna de Kazhimyr hacia la luz de la luna que se colaba por la ventana.

—Nada.

—Bien. Nos vamos esta noche. No quiero pasar ni un minuto más en este tugurio.

Dravien cruzó la habitación en dirección a la puerta. Llevaba dos días caminando arriba y abajo como un animal enjaulado, casi sin comer, convencido de que la general Loyce podría detectar su presencia. Daba la impresión de que estaba contando los segundos

a la espera del momento en que Kazhimyr estuviera lo suficientemente fuerte como para caminar.

—Vosotros dos distraéis a los guardias —añadió—. Yo robo dos de sus caballos y nos vemos en el lugar acordado.

El plan era encontrarse a las afueras del pueblo, en el tramo de bosque junto al camino que llevaba a Costelwick. En caso de que Loyce hubiera llegado hasta allí buscando a Zevander, eso les daría media jornada de ventaja. Y, por supuesto, irse aprovechando la oscuridad de la noche era más seguro, especialmente para Dravien.

—Echa otro vistazo a los guardias —dijo Dravien haciéndole un gesto con la cabeza a Ravezio—. Asegúrate de que solo hay dos vigilando los caballos.

Ravezio se acercó a la ventana y, con la espalda pegada a la pared, miró hacia abajo.

—Dos. He visto que tres de esos bastardos y la Bellatryx se dirigían al burdel. La camarera me ha dicho antes que esta noche han matado a alguien allí.

—¿No te ha dicho a quién? —preguntó Kazhimyr sujetándose los puñales al pecho.

—A una placedora. Con flamapul.

—Como en el Arrabal —respondió. No era raro oír hablar de flamelitas en las ciudades y pueblos más ricos.

—¿Tú crees que la mujer que buscan puede ser la que ha matado a esa gente? —dijo Ravezio, que parecía que le había leído la mente.

—A mí me parece mucha coincidencia. ¿Sabemos si los soláceos han encontrado su rastro?

—No he oído nada —respondió Ravezio enfundando la espada a su espalda.

Dravien agarró el pomo, soltó un largo suspiro y entreabrió la

puerta de la habitación con la cabeza ladeada, intentando ver lo que pasaba en la taberna.

—En la planta baja solo hay gente del pueblo. —Miró hacia el otro lado, hacia donde estaba el dormitorio de la general Loyce, al final del pasillo—. Su habitación está cerrada, como siempre. Vámonos.

Dravien se caló la capucha de la capa y salió el primero. Bajó las escaleras deprisa hasta llegar a la planta baja, con Ravezio siguiéndole los pasos y Kazhimyr detrás, tambaleándose un poco.

Una vez en el exterior, Dravien se fue a la derecha, en dirección al centro del pueblo, mientras que Ravezio y Kazhimyr giraron a la izquierda, hacia los vigilantes y los caballos.

Uno de los guardias, calvo y regordete, estornudó y el otro jugueteaba con la daga. Ninguno de ellos estaba especialmente atento.

Kazhimyr echó la vista atrás un momento y vio a Dravien embocando un callejón junto a la taberna, rodeándola para llegar a los caballos desde atrás. Mientras se acercaban a los guardias, Kazhimyr dejó que Ravezio se adelantara unos pasos y luego le gritó:

—¡Oye! ¿Dónde te crees que vas, rata asquerosa? ¡Devuélveme lo que me has robado!

Ravezio se volvió con la mano apoyada en el mango de su puñal.

—¡Yo no te he robado nada, saco de estiércol!

—¡Vosotros, fuera de aquí! —gritó uno de los guardias moviendo las manos, apremiándolos a que se alejaran de los establos.

—¡Yo no me voy a ningún sitio hasta que este besucón de pacotilla me pague lo que me debe por robarme a mi mujer! —exclamó Kazhimyr airado levantando un dedo con gesto amenazador.

Ravezio apretó los labios como si intentara contener la risa.

—Yo no te debo una mierda.

—¡Que te crees tú eso! Como mínimo, un caballo. ¡Y tus botas!

El guardia frunció el ceño.

—¿Un caballo por una mujer?

—Por lo menos, el caballo me dará el placer de montarlo —adujo Kazhimyr, que también tuvo que contener la risa.

El guardia resopló, socarrón, meneando la cabeza.

—Si no tienes una escritura de propiedad, me temo que no puedo ayudarte —dijo, y volvió a indicarles con un gesto que se fueran de allí.

Ravezio no le hizo caso y siguió con la falsa disputa.

—Créeme: esa mujer no valía siquiera el sarpullido que me pegó. ¡Un sarpullido que le habrás contagiado tú antes!

—Desde luego, los micios sois conocidos por ese tipo de enfermedades. Dudo de que un pobre diablo sin habilidad ninguna como tú pueda darle a una mántica lo que necesita —comentó el guardia entre risas.

Kazhimyr no tuvo que mirar a Ravezio para saber que aquel insulto lo había cabreado. Percibía la tensión en su amigo, como una vibración. Echó una mirada más allá de donde estaban los soldados y, al fondo, vio que dos de los caballos se separaban de los otros. Volvió a fijar la atención en el guardia.

—Es cierto. Ese bastardo sarnoso es tan mal amante como un soláceo.

Al guardia se le borró de pronto la sonrisa de la cara y le dio un codazo a su compañero, despertándolo.

—¿Has oído eso, Grimbald? Ese capullo acaba de insultarnos.

Ravezio le lanzó una mirada de preocupación a Kazhimyr, que ya empezaba a dejarse llevar por la rabia, y soltó una risita nerviosa.

—No os ha insultado. Yo soy un amante experto. Follo como un

dios. ¿No es así, amigo?

Kazhimyr seguía mirando fijamente al guardia con gesto desafiante.

—Entonces ¿en qué quedamos? —dijo el guardia dando un paso adelante—. ¿Era un insulto o no?

Con los dientes apretados, Kazhimyr contuvo el subidón de adrenalina y tragó saliva.

—Supongo que, si me ha dejado por él, será por algo —dijo, y notó que Ravezio se relajaba, aliviado.

El guardia mantuvo la vista fija en él un momento más, sonrió, haciendo que se le arrugaran los ojos, y soltó una carcajada, dándole otro codazo en el brazo a su amigo.

—¿Has oído eso? ¡Follamos como dioses! —Se volvió hacia Kazhimyr—. ¡Desde luego que sí, polla flaca! —Soltó otra sonora carcajada y, de no ser porque necesitaban alejarse de allí discretamente, Kazhimyr le habría hecho saltar unos cuantos dientes de aquella sonrisa petulante de un buen puñetazo—. ¡Ahora quitaos de en medio los dos, venga!

Aún tenso, Kazhimyr fue cojeando por la calle tras Ravezio hasta que estuvieron fuera de la vista del guardia.

Ravezio se detuvo para que su amigo recuperara el aliento.

—Has estado a punto de meternos en un buen lío ahí atrás.

—No tendría que haberte hablado así.

—Todo el mundo me habla así.

Kazhimyr se detuvo de golpe.

—Piensan que son superiores. Los elegidos. Los *dioses del sol*. Durante años he tenido que ver cómo te torturaban, sin poder hacer nada. ¡Entonces no era nadie, pero ahora tengo poder! Tengo la posibilidad de hacerlos sufrir *a ellos* tanto como te han hecho sufrir a ti…, a nosotros.

Ravezio soltó un suspiro y asintió.

—Nos ha llevado años borrar el dolor que nos causaron. Pero recuerda lo que estamos haciendo, Kaz. Mientras ese tipo está ahí rascándose el culo, montando guardia frente a un establo y oliendo a estiércol, nosotros vamos a salvar a toda Etiria de lo que sea que Dolion escribió por las paredes. A mí eso me parece mucho más importante que un insulto absurdo que ya he olvidado.

Kazhimyr apretó los dientes y siguió caminando hacia el bosque.

—Espero que se le congele la polla.

Ravezio se rio y fue a su lado.

—Te lo estabas imaginando, ¿verdad? ¿Cuando te has quedado callado?

—Me estaba imaginando algo peor.

Cuando por fin llegaron al bosque, encontraron los dos caballos atados a un árbol, pero no había ni rastro de Dravien. A Kazhimyr le llamó la atención una planta en la base del árbol, más específicamente una sustancia oscura que se parecía mucho a la sangre y goteaba de sus hojas. Al pasar un dedo por encima, vio un fluido rojo. Desde luego, era sangre.

Un aullido agónico resonó en el bosque y Kazhimyr miró preocupado a Ravezio. Este último se dispuso a ir hacia el origen del grito, pero Kazhimyr lo agarró del brazo.

—Espera.

Ravezio frunció el ceño.

—Voy a por él.

—Tenemos dos caballos. A los soláceos les importa una mierda quiénes somos. Si nos ponemos en marcha ahora, podríamos llegar al Valle Sombrío mañana por la tarde.

Ravezio se zafó con un tirón y negó con la cabeza.

—Te ha salvado la vida, y más de una vez. Te extrajo el veneno

de la herida sorbiéndolo con la boca. A mí no me gustaría nada acercar los labios a tu pierna peluda, pero él lo hizo y te salvó la vida. Se lo debes, amigo. Se lo *debemos*.

Kazhimyr soltó un gruñido frotándose la nuca.

—Joder. Si hacemos esto, no será solo el capitán Zivant quien nos persiga. Será todo el ejército soláceo.

—Son muchos los que nos buscan. ¿Qué más da? —dijo Ravezio, y echó a andar hacia el lugar del que procedían los gritos. Kazhimyr meneó la cabeza y lo siguió a regañadientes.

Agazapado tras los matorrales, Kazhimyr observó a los tres guardias, a solo unos metros de distancia, de espaldas a la general Loyce, escrutando los árboles de los alrededores. La general y otra Bellatryx, que por su musculatura debía de ser medio zefromita, tenían la vista puesta en Dravien, que estaba atado a un árbol con alambre de púas. Le habían arrancado la camisa, dejando a la vista unas heridas recientes.

La general Loyce caminaba arriba y abajo delante de él con un puñal agarrado a la espalda.

—Imagínate lo que me ha sorprendido encontrarte aquí. ¿Dónde están mis piedras?

—Dolion… está muerto. Me enviaste… tras los pasos de un… fantasma.

A Kazhimyr la mentira de Dravien lo pilló por sorpresa. Habría podido darle cualquier otra excusa: que le habían robado las piedras, que el brujo lo había vencido con ayuda de las piedras…, pero había optado por algo que ella muy probablemente no se creería.

Y llegó la confirmación:

—Mientes.

Le pasó la hoja del puñal por el hombro hasta el bíceps, pero Dravien se limitó a soltar un gruñido entre dientes.

—¿Qué estás haciendo aquí? Y, antes de que respondas, piensa que cuando te administre el nilmirto, si cambias de respuesta, recibirás un buen castigo. Nada parecido a todos estos preliminares.

Era evidente que las espinas de sus ataduras se le clavaban en el cuello a Dravien, por las muecas de dolor y el modo en que ladeaba la cabeza.

—Encontré… algo mejor. Algo que… te gustaría más… más que esas malditas piedras.

—¿Y qué es lo que supones que puedo desear más que esas piedras?

—Zevander Rydainn.

Kazhimyr tensó los músculos.

—Yo digo que lo dejemos —le susurró a Ravezio.

—No. Lo matará.

—Ya me da igual.

En el momento en que Kazhimyr se daba la vuelta para marcharse, Ravezio lo agarró del brazo y le echó la mirada más dura que le había visto nunca a su amigo.

—Espera.

—Y dónde está Zevander, ¿eh? —dijo la general Loyce prosiguiendo con su interrogatorio.

—Lo enviaron… a matar a Zivant… por traición. Por orden… del rey Sagaerin.

Otra mentira. Las soltaba con una facilidad pasmosa.

—Eso es muy raro —dijo ella dándose unos golpecitos con el dedo en la barbilla—. Me gustaría creerte, pero resulta que hemos atrapado a un aprendiz de magestrado que afirma que ha huido a la tierra de los mortales.

—¿Y dejar… a su familia? Solo un loco… se aventuraría a ir… a la tierra de los mortales.

—¿Y de dónde has sacado exactamente esa información? —preguntó Loyce colocándole la punta del puñal en el pezón.

—Durante mis viajes… me crucé con otros… dos letalisz.

—Por supuesto. Y resulta que te dieron esa información increíblemente útil así *sin más*.

A Kazhimyr se le estaba acabando la paciencia.

—Basta ya. Estamos perdiendo el tiempo. Tú sígueme.

Alargó la mano por entre los arbustos, dirigió la palma hacia el guardia y le lanzó un chorro de frío a las botas.

El guardia se sacudía, intentando levantar el pie, que con toda probabilidad se le habría quedado insensible, ya que básicamente Kazhimyr se lo había convertido en un bloque de hielo.

Como si entendiera lo que le pasaba al guardia, Dravien lo miró y luego miró a la general Loyce, que aún no se había percatado de lo que sucedía a su espalda.

—No, no me ofrecieron la información sin más —dijo Dravien—. A cambio querían tu vida.

El guardia congelado chilló por fin, pero, antes de que su compañero pudiera reaccionar, Kazhimyr también le disparó un chorro de frío a él. Ambos gritaron, intentando levantar los pies, congelados.

La general miró por encima del hombro y luego otra vez a Dravien, que esbozó una sonrisa socarrona.

Kazhimyr y Ravezio salieron de sus escondrijos y, en el momento en que Kazhimyr lanzaba otro chorro de frío al guardia restante, Ravezio le cortó la cabeza al segundo guardia, que se desplomó.

Loyce instó a la otra Bellatryx a ir a por ellos.

—¡Mátalos! —le ordenó, y acto seguido le plantó la espada a

Dravien en la garganta y se situó al otro lado del árbol.

Kazhimyr esquivó un mandoble de la espada de la Bellatryx y después retrocedió de un salto para evitar que lo alcanzase el guardia, que seguía teniendo los pies congelados. Le lanzó a este otro chorro de frío, convirtiendo su cuerpo en una reluciente escultura de hielo con la espada en ristre, condenado a no poder completar nunca su ataque.

La Bellatryx le dio un fuerte golpe en el pecho que lo hizo salir volando hacia atrás y lo dejó sin aire. Acabó chocando contra el tronco de un árbol cercano y cayó al suelo. Apretó los dientes y le lanzó una ráfaga con el Aeryz que la hizo salir disparada.

La Bellatryx se puso en pie gruñendo, pero Kazhimyr fue más rápido. Antes de que la guerrera pudiera contratacar, le lanzó una ráfaga de vapor frío, dejándola congelada, como los otros.

—¡Suéltame! ¡Ahora mismo! —chillaba ella agitando la cabeza desesperadamente, incapaz de mover sus músculos.

Kazhimyr invocó el glifo desintegrador y torció los labios en una sonrisa de satisfacción al oír cómo empezaban a reventarle las células de la sangre.

La Bellatryx abrió los ojos como platos y empezó a temblarle el labio inferior. Unos segundos más tarde se puso a sangrar por los ojos, la nariz y la boca a medida que las células de su cuerpo explotaban. Tosió y jadeó, pero habían empezado a fallarle los pulmones. Todos sus órganos internos se estaban descomponiendo en medio de una hemorragia generalizada.

Kazhimyr pasó de largo y se acercó a la general Loyce, que tenía el puñal apoyado en la garganta de Dravien. Enfrente de esta estaba Ravezio, que no le quitaba ojo, pero ella no se molestó en mirarlo, como si supiera que, de hacerlo, la convertiría en una estatua de piedra.

Aunque aquello tampoco habría sido una gran idea, dado que supondría que la hoja de la espada quedaría pegada a la garganta del elvynirio.

—Suéltalo y no te derretiré por dentro —dijo Kazhimyr levantando la palma de la mano, donde el glifo de su mano brillaba con impaciencia.

—Si me matáis, irá a por vosotros el mayor ejército de toda Etiria.

—Irán a por nosotros de todos modos.

Loyce levantó un poco el puñal, obligando a Dravien a subir aún más la barbilla. Los dientes de la afilada hoja empezaban a clavársele en la garganta.

—Este afirma que queréis matarme, pero no me suena vuestra cara de nada. ¿Nos conocemos? ¿Qué tenéis contra mí?

—No soy yo quien tiene algo contra ti. Pero mírame bien a la cara. Será la última que veas.

Ella se lo quedó mirando, pero al mismo tiempo esbozó una sonrisa pérfida. Comenzó a deslizar la hoja por la garganta de Dravien, pero no pudo seguir, porque una daga cortó el aire de pronto y se le clavó en un lado del cuello.

El puñal se le cayó de la mano y Kazhimyr se acercó, decidido a acabar con ella. Por lo que sangraba, era evidente que Ravezio le había cortado la vena vital, algo que quedó confirmado por el modo en que jadeaba intentando respirar desesperadamente.

Kazhimyr sonrió y soltó un bufido.

—Buen tiro —dijo dirigiéndose a Ravezio mientras los dos se dedicaban a soltar el alambre de púas del árbol y quitárselo del cuello a Dravien.

—Bueno, todo es cuestión de práctica.

El corte que tenía Dravien en la garganta estaba cubierto de

sangre, pero no era lo suficientemente profundo como para que le hubiera cercenado nada importante. Estaba claro que a la general no le apetecía darle una muerte rápida.

—Vaya, pensaba que os habríais ido… sin mí, cabrones.

Echaron una última mirada a Loyce, aún de rodillas, con la mano pegada al cuello, ensangrentada. Boqueaba como si quisiera gritar, pero no podía. Cayó de lado y se quedó pálida como un espectro.

Dejó de moverse.

—Habría querido hacerlo, pero me ha impresionado oír lo bien que chupas piernas.

Dravien soltó una risita casi sin fuerzas.

—No esperes… que vaya a hacértelo… otra vez.

—Mejor. Preferiría que no me pegaras los labios a ninguna otra parte del cuerpo.

Kazhimyr se pasó el brazo de Dravien por encima del hombro y lo ayudó a apartarse del árbol, y los tres echaron a caminar por el bosque en dirección a los caballos.

63

Maevyth



Sentía un cosquilleo en el dorso de la mano. Al abrir los ojos, vi que el guante emitía un brillo pulsante y noté una extraña vibración en las uñas. Unos sonidos graves y amenazantes, como un siseo, me hicieron volverme hacia la parte derruida de la pared. Zevander estaba allí agazapado, estudiando algo que habría visto abajo. Padre, Aleysia y Corwin se encontraban detrás de mí, hechos un ovillo junto al fuego, roncando con la boca abierta.

Me puse en pie lentamente y, de puntillas, me acerqué a Zevander. Entonces vi qué era lo que estaba mirando.

Raivox estaba allí abajo, dando saltos y agitando las alas mientras le bufaba al suelo.

—Lleva un rato haciéndolo —dijo Zevander en voz baja sin apartar la vista del corvugón—. Percibe algo.

Los latidos que sentía en la mano, leves pero acelerados, se intensificaron, siguiendo un patrón extraño, como si intentaran comunicarme algo.

—Deberíamos marcharnos —sugerí susurrando.

—Llevo pensando en ello una hora. Si no descansamos esta noche, cuando amanezca todos estaremos agotados y perderemos tiempo. Pero esa reacción me preocupa.

—Desde luego, es la primera vez que lo veo hacer algo así. Parece asustado.

—Y, aun así, no quiere marcharse. Quizá te esté protegiendo de algo.

Esa idea me hizo preocuparme.

—Vienen hacia aquí —dijo alguien en voz baja a mi espalda. Cuando me di la vuelta, la niña de antes estaba de pie en la esquina —. Y están hambrientos.

—¿Quiénes? —pregunté, y Zevander volvió la vista hacia mí.

Pese a la distancia, era evidente que la niña me oía, porque respondió:

—Los vérmidos.

—¿Qué son?

—Devoradores de carne. El sacton nos advirtió de que vendrían. Los demonios de debajo de la tierra. Y han llegado. La tierra ha temblado y las bestias han surgido de las profundidades.

Se dio la vuelta y, en el lugar que tendría que haber ocupado su espalda, había un gran hueco por el que se le veía carne putrefacta. La columna vertebral se le movía en el cuerpo, colgando únicamente del cráneo. Fuera lo que fuera lo que la había atacado no había dejado demasiada carne entre sus huesos.

Al ver sus terribles heridas sentí un escalofrío y el corazón se me encogió de miedo.

—Zevander —dije con un hilo de voz sintiendo la tensión en la garganta—. Tenemos que irnos. Enseguida. —Me volví—. ¡Levantad, todos! —grité—. ¡Tenemos que irnos! ¡Ya!

Los tres se despertaron, sobresaltados, y sus bruscos movimientos hicieron que saltaran pavesas de las brasas de la hoguera.

—Es demasiado tarde. Ya os han olido —dijo la niña a mi espalda.

Un estruendo atravesó el aire y el suelo se abrió a los pies de Raivox, con un temblor que hizo vibrar los frágiles cimientos de la iglesia.

Raivox rugió y, de un salto, emprendió el vuelo, pero se quedó planeando sobre nosotros.

A unos ochenta metros, el suelo se movió y la tierra y la vegetación se hundieron con un sonido chirriante. La capa de nieve se fundió en un círculo perfecto que tendría al menos cuarenta metros de anchura.

—¿Eso qué es? —gritó Aleysia a mi espalda—. ¿Qué está pasando?

Eché una mirada a la ladera de la colina, iluminada por la tenue luz de la luna.

—¡No lo sé!

Entre el estruendo distinguimos los relinchos y chillidos de los caballos, en la planta baja.

—¡Los caballos! —exclamó Corwin poniéndose en pie de golpe—. ¡Tengo que soltarlos!

—¡Corwin, espera! —grité, pero él ya estaba corriendo hacia la escalera.

Me di la vuelta de nuevo y vi cómo se fragmentaba el suelo, haciendo saltar pedazos de tierra y vegetación hacia arriba, como si algo colosal los empujara desde abajo. La tierra y los árboles empezaron a caer a un enorme abismo del que salieron unas fauces abiertas, tan grandes que habrían podido tragarse la iglesia entera,

con filas de dientes afilados, como si el propio suelo fuera el cuerpo del monstruo. Unas largas garras asomaron a la superficie y, por el borde del orificio, apareció una extraña criatura musculosa con un cuerpo que me recordó el de un primate sin pelo, pero con los brazos más largos.

—¿Eso qué es? —murmuró Aleysia con la voz rota.

—Un vérmido —dije yo temblando.

Raivox soltó otro rugido y lanzó un chorro plateado, pero no acertó a darle a la bestia, que salió correteando sobre la nieve, donde el color de su piel cambió del marrón parduzco que tenía para confundirse con la tierra a un blanco grisáceo apenas visible en la nieve.

—Oh, Dios —susurré viendo aparecer otras dos bestias por el borde del agujero, levantando la cara como si estuvieran olfateando.

Raivox siguió lanzando torrentes de fuego plateado, algunos peligrosamente cerca de la iglesia. Nos agachamos y Aleysia soltó un chillido de pánico. El chorro atravesó el aire sobre nuestra cabeza, obligándonos a esquivar los fragmentos de metal, que repiqueteaban contra las piedras de la tribuna.

Raivox se elevó un poco más.

El corazón me latía tan fuerte que notaba el pulso en la garganta.

Entonces de pronto se hizo el silencio, como si el mundo se preparara para algo peor.

Sin embargo, aquello duró solo un momento y el suelo empezó a temblar.

La tierra y la vegetación volaron por los aires al tiempo que decenas de bestias salían del agujero trepando frenéticamente unas sobre otras, un enjambre de bestias musculosas cuyos gruñidos me pusieron el vello de la nuca de punta.

Me quedé inmóvil, conmocionada. Al verlas corretear a cuatro patas hacia la iglesia, me embargó el pánico.

Raivox soltó otro chorro plateado que cayó sobre varias de las bestias, que se quedaron paralizadas, como estatuas de metal, pero eran demasiadas las que se nos echaban encima a la vez, gruñendo y dando mordiscos al aire.

—No puede verlas —dijo Zevander, a mi lado, y yo levanté la mirada en dirección al corvugón—. Desde arriba se confunden con el suelo y no es capaz de distinguirlas—. Me tendió el brazo, apremiándome a que lo siguiera—. ¡Retroceded! ¡Están escalando por la pared!

Oí el roce de las garras contra la piedra, el aterrador ruido de la desesperación y el hambre. Rascaban la pared, trepando hacia nosotros. Para comernos, como había advertido la niña, y lo único en lo que podía pensar era en la espalda destrozada de ella.

—¿Qué hacemos? —grité.

Zevander desenvainó la espada y tiró de mí para que retrocediera un paso justo en el momento en que unos cuernos asomaban por entre las piedras. Unas fauces enormes con dientes afilados como cuchillas lanzaban mordiscos al aire, pero el rostro no tenía ni nariz ni ojos.

De los lados de la cabeza le salían dos apéndices delgados, que movía como si tanteara el terreno con ellos.

Zevander atacó, clavándole la espada justo al lado de su enorme boca. La textura coriácea de su piel hizo que la hoja se quedara pegada por un momento, así que Zevander tuvo que quitarse a la bestia de encima con una patada. Cuando esta cayó sobre el suelo de la tribuna, me fijé en que mediría dos metros o más. Rascaba la piedra con las garras de los pies y las manos mientras agitaba los apéndices.

—¡Maevyth! —chilló Aleysia detrás de mí justo en el momento en que otros dos vérmidos trepaban al extremo opuesto de la tribuna.

La puse tras mi espalda y retrocedimos hacia la escalera por la que había bajado Corwin solo un momento antes.

Zevander disparó una llamarada negra hacia el primer monstruo y la bestia soltó un alarido, encogiéndose y marchitándose hasta convertirse en una masa negra deforme.

De pronto me sentí aliviada: era evidente que se los podía matar. Había algo capaz de acabar con ellos.

Los dos vérmidos que teníamos detrás cargaron contra nosotras, por lo que Zevander lanzó otra llamarada en su dirección. Otros tres saltaron por el borde de la pared, moviéndose con agilidad, y avanzaron dando mordiscos al aire. Otros cuatro aparecieron tras ellos mientras el suelo de la tribuna temblaba bajo nuestros pies.

—Tenemos que bajar. ¡Esto se va a hundir! —gritó Zevander.

Me agarró del brazo y tiró de mí, con la espada en ristre, en dirección a la escalera de piedra. Hizo una pausa para dejar que Aleysia y mi padre pasaran delante y lanzó otro chorro de fuego a las bestias que nos perseguían. De la pequeña pira de carne en llamas salió una de las bestias deslizándose sobre los brazos, pues había perdido la parte inferior del cuerpo.

Zevander dejó caer el brazo, clavándole la espada en la cabeza a la bestia, que empezó a temblar y luego se quedó inmóvil.

Otra media docena de ellas saltaron por el agujero de la pared, haciendo sacudirse toda la tribuna.

—¡Corre! ¡Venga! —gritó Zevander empujándome por la espalda, y los dos bajamos las escaleras a toda velocidad.

Cuando llegamos abajo, se oyó un estruendo ensordecedor. Bajamos la cabeza, y vi que mi padre y Aleysia también se habían puesto a cubierto al inicio de la escalera, justo debajo de nosotros.

A sus espaldas se elevó una nube de polvo y astillas cuando la tribuna impactó contra los bancos de la iglesia. Nos llovieron escombros, pero la escalera, que se había separado de la tribuna, seguía intacta, protegiéndonos de la destrucción.

Oía el latido de mi corazón desbocado en los oídos y un pitido agudo, así que cerré los párpados, sacudiendo la cabeza. Los cuatro tosimos, rodeados por la densa polvareda que flotaba en el aire.

Zevander pasó delante de mí en dirección a la entrada de la escalera, rodeando a padre y a Aleysia.

Al oír un chillido lejano que no parecía el de Raivox resonando en la iglesia, Zevander miró a su alrededor con urgencia. Pegó la espalda a la pared y se llevó un dedo a los labios. Se agazapó y yo avancé sigilosamente, pasando por delante de padre y Aleysia, que estaban sentados en el suelo con la espalda pegada a la pared de la escalera. Cuando llegué abajo, me detuve junto a Zevander. La madera y los escombros formaban montones, no tan altos como para que no se pudiera pasar por encima, pero lo suficiente como para ocultarse detrás.

La tribuna había caído sobre el pasillo central de la iglesia y la mitad derecha de la nave. El lado izquierdo también presentaba daños, pero no tan graves. Bajo la madera y la piedra se veían extremidades y restos de tejido, sangre y tripas de las bestias que habían muerto aplastadas.

El chillido, esa vez más agudo, me hizo mirar hacia la entrada de la iglesia, donde había decenas de aquellas bestias amontonadas, algunas de ellas de pie sobre sus patas traseras dando dentelladas al aire y olfateando. Una de ellas se subió de un brinco al último banco y fue saltando de uno a otro, pero se paró a medio camino. De pie sobre el banco, sujetándose con sus garras, como un pájaro, volvió a olfatear el aire.

De pronto vi un movimiento que me llamó la atención justo debajo, donde estaba Corwin agazapado, temblando de miedo.

Resoplé y volví a alzar la vista hacia aquella bestia. Los apéndices que tenía a los lados de la cabeza se movían buscando algo en el aire, como dedos tanteando una superficie.

«No pueden vernos».

Tenía sentido. No tenían ojos ni nariz, lo que me hizo preguntarme cómo percibían el movimiento.

Corwin se volvió hacia mí y, a pesar de lo lejos que estaba, vi el miedo en sus ojos.

Alargué una mano lentamente y, sin emitir sonido alguno, articulé con la boca un «No te muevas».

El brazo de otra de las bestias aplastadas se movió en un espasmo agónico bajo los escombros, chocando contra las piedras amontonadas. El vérmido situado encima de Corwin saltó de un banco a otro hasta llegar allí y le dio un mordisco, arrancando la carne de los huesos sin ningún esfuerzo.

Otros dos fueron corriendo hacia allí, soltando unos estridentes chillidos que resonaron en las paredes de la iglesia mientras se disputaban los cadáveres de sus propios congéneres.

Demasiado cerca del lugar donde nos escondíamos.

Zevander deslizó la mano hasta agarrar la mía y, con pasos lentos y mesurados, me llevó hasta el otro lado de los bancos, a solo unos cuantos de donde estaba agazapado Corwin.

Mi padre y Aleysia nos siguieron, pero los vérmidos reaccionaron de pronto, girándose hacia ellos.

Yo levanté ambas manos, indicándoles que se detuvieran.

Las bestias alzaron la cabeza, dando mordiscos al aire otra vez.

—Las vibraciones —susurró Zevander a mi lado—. Perciben el movimiento a través del suelo y del aire.

Como si nos hubieran oído, mi padre y Aleysia se quedaron inmóviles hasta que los vérmidos volvieron a darse la vuelta y luego reemprendieron la marcha hacia los bancos. Cuando llegaron a nuestra altura, se agacharon.

Zevander se puso en pie y, con movimientos lentos, echó un vistazo por la ventana que teníamos detrás.

Los vérmidos volvieron a fijarse en nosotros, por lo que él se agachó otra vez.

—Estamos rodeados —susurró—. Vamos a tener que luchar.

Se me encogió el pecho de miedo.

—¿Cuántos hay?

—En este lado hay al menos una docena. Quién sabe cuántos habrá en el otro lado.

Al mirar hacia allí vi pasar por la ventana a Raivox, que seguía lanzando sus llamaradas plateadas por todas partes.

Uno de los vérmidos se subió al banco de un salto, justo por encima de mi padre y Aleysia. Me eché a temblar al ver que mi hermana se tapaba la boca lentamente con las manos.

Cuando Zevander se puso en pie, el escorpión se separó de su espalda y, con un ataque fulminante, le clavó el aguijón en el cuerpo al vérmido. La bestia se retorcía mientras el escorpión se lo clavaba sin parar, salpicando con un fluido negro los bancos, así como a mi padre y Aleysia.

Un segundo monstruo se lanzó corriendo al banco, clavando las garras en la madera al apoyarse.

Antes de que pudiera abalanzarse sobre nosotros, Zevander le dio un mandoble con la espada y le rebanó el cuello, decapitándolo.

Las otras bestias levantaron la cabeza de golpe en su dirección y se me encogió el estómago al verlo dirigirse hacia el grupo de vérmidos situados en la parte delantera de la iglesia golpeando los

bancos con la espada.

Los monstruos salieron corriendo tras él.

—¡Id al fondo de la iglesia! —gritó Zevander mientras su escorpión trituraba con las pinzas a una de las bestias que se les echaban encima.

El pánico me atenazó el pecho.

—¿Y tú qué?

—¡Marchaos!

Atacó con la espada, decapitando a otra bestia que se le había echado encima, pero contemplé horrorizada que otras muchas lo rodeaban. Entraban por el pórtico, sin duda atraídas por el estruendo. En el momento en que el escorpión le clavó su aguijón metálico a uno de los monstruos, otro vérmido se lanzó sobre Zevander y lo derribó contra la pared, pero este consiguió lanzarle una llamarada que lo consumió en segundos.

Tenía el corazón agarrotado, viéndolo enfrentarse a todas aquellas bestias solo.

Corwin salió corriendo por el estrecho hueco que quedaba entre los bancos y la pared y vino a mi lado. Llevaba una afilada astilla de madera en la mano que debía de haber agarrado para defenderse. Las ramas del suelo crujieron bajo sus pies al caminar, lo que hizo que uno de los vérmidos se volviese hacia él, separándose de los otros, a los que seguía enfrentándose Zevander.

Me puse en pie de un salto, temblando como una hoja.

—Por favor, no me falles ahora —murmuré para mis adentros. Solté aire e invoqué el poder del látigo de huesos.

Era un arma difícil de controlar para un espacio tan reducido, lleno de bestias que sentían una atracción especial por el movimiento y el ruido. Pero era mi arma más mortífera y necesitaba saber que esas malditas bestias morirían al golpearlas.

El látigo surgió de mi mano, repiqueteando en el suelo, más allá de donde estaban padre y Aleysia.

—¡Dirigíos al fondo de la iglesia! —les grité.

—¿No nos quedaremos atrapados? —gritó Aleysia.

—¡Hay un agujero en la pared! —exclamó mi padre señalándolo —. En caso necesario, podemos escapar por ahí.

Mientras se dirigían hacia allí, miré a Corwin, que se había quedado inmóvil, mientras uno de los vérmidos, subido al banco que tenía detrás, olisqueaba el aire.

—¡Agáchate, Corwin! —dije, y justo en el momento en que lo hacía agité el látigo.

Los huesos emitieron un chasquido al impactar contra la dura piel de la bestia, abriéndole una enorme herida y haciendo volar aquella sustancia negra viscosa por todas partes.

Corwin echó una mirada por encima del hombro y se me acercó a la carrera.

—¡No está muerto! ¡No está muerto!

El vérmido arremetió contra mí, a pesar de su herida.

«Oh, no».

Sentí el terror como una vibración que me recorría los músculos y, en el momento en que Corwin pasaba corriendo a mi lado, alargué la mano para invocar el glifo Aeryz, que lanzó a la bestia hacia los escombros que tenía detrás. Un trozo de madera afilado que sobresalía de entre las piedras le perforó la espalda y le atravesó el pecho, dejándolo ensartado. Soltó un aullido, agitando piernas y brazos mientras intentaba liberarse.

Por el rabillo del ojo vi los rápidos y apresurados movimientos de Zevander y su escorpión mientras algunos de los monstruos se separaban del grupo para ir a por el vérmido ensartado, que aullaba desesperado mientras le arrancaban la carne a mordiscos.

—¡Maevyth, vete! —gritó Zevander. Advertí horrorizada que la llamarada que les lanzó a dos de los monstruos que venían a por mí era más pequeña que antes.

Se estaba quedando sin fuerzas.

Los monstruos seguían entrando por las ventanas y el pórtico, sin duda atraídos por el estruendo y los golpes de la espada de Zevander, por los movimientos del escorpión y por el restallido de mi látigo de huesos.

—¡Venga! —le grité a Corwin, y los dos nos dirigimos al fondo de la iglesia, donde estaban agazapados padre y Aleysia.

Una garra se coló por un hueco de la pared por donde intentaba entrar una de las bestias, así que le lancé un chorro de Aeryz, haciéndola retroceder. Al mirar por el agujero vi que había varios monstruos más olfateando el aire, pero desde luego muchos menos de los que entraban por el pórtico.

Presa del pánico, me volví hacia Zevander y vi las bestias que lo rodeaban, así como otras que trepaban al cuerpo del escorpión y se colgaban de su aguijón. Entre sus elegantes y precisos espadazos, me di cuenta de que empezaba a fallar de vez en cuando, que sus movimientos eran menos fuertes, que las llamas que lanzaba eran más tenues.

La fatiga empezaba a hacer mella en él.

Habría querido gritar de desesperación. Sentía una opresión en el pecho, la frustración de no poder luchar a su lado, pero sabía perfectamente que no haría más que ponerlo en riesgo metiéndome en medio con mi torpe látigo.

Mi padre soltó un grito desesperado, que quedó eclipsado por el chillido de Aleysia, y al volverme de golpe vi que una de las bestias le tiraba de las piernas por el agujero.

—¡No! —grité lanzándome hacia allí, pero no llegué a agarrarlo

porque se vio arrastrado al exterior.

Sin pensármelo un momento, me colé por el agujero tras él.

—¡Maevyth! ¡Espera! —gritó Zevander desde el interior de la iglesia, pero no le hice caso. Me abrí paso por entre la nieve con la mirada fija en aquel monstruo que se llevaba a mi padre hacia la sima abierta a lo lejos.

Al alzar la vista, no vi a Raivox por ninguna parte, pero no podía detenerme a llamarlo, solo pensaba en correr a todo lo que me diesen las piernas. Padre gritó, alargando las manos hacia mí, cada vez más lejos, y el llanto se me atragantó en el pecho. A mi espalda, dos de los monstruos corrían detrás de mí a cuatro patas, espoleándome aún más con sus gruñidos.

El vérmido que se llevaba a padre se detuvo de pronto y se dio la vuelta. Horrorizada, vi cómo le daba un bocado en la pierna, arrancándole la carne de media pantorrilla.

Mi padre se quedó inmóvil y la cabeza le cayó hacia un lado. Recé para que solo se hubiera desmayado.

—¡Padre! —Frené de golpe y extendí la mano, soltando una ráfaga de viento que tiró a la bestia de espaldas. Atenazada por el miedo, me acerqué a padre y, de pie a su lado, alargué de nuevo el brazo hacia las bestias que se acercaban, dispuestas a atacar.

Un rugido en lo alto me dijo que Raivox seguía cerca. Apenas un minuto más tarde, unas alas negras ocultaron la luz de la luna. El corvugón aterrizó, haciendo temblar el suelo bajo nuestros pies. La sima abierta en el suelo estaba a solo unos metros de nosotros.

Se hizo de nuevo un silencio sobrecogedor.

Del agujero seguían saliendo bestias, que se nos acercaban cada vez más.

Raivox soltó su llamarada plateada que arrasó con varios de los monstruos, como antes.

Yo saqué mi látigo y lo lancé contra los que se acercaban a nosotros del otro lado del arco de llamas plateadas, haciendo volar piernas y brazos.

Raivox se apartó de mí de un salto, dando zarpazos con sus enormes garras para ahuyentar a las bestias, que se le subían por el cuerpo e intentaban morderle las escamas.

«¡Por favor, Morsana! ¡Ayúdame!».

—Golpea el suelo con tu látigo.

Al oír aquella voz me volví y me encontré a la niña a mi espalda. Todo lo que me rodeaba empezó a moverse despacio, muy despacio. Como si el tiempo se estuviera deteniendo, de algún modo, y las bestias avanzaran a paso de caracol. Fue entonces cuando me fijé en sus ojos, unos ojos plateados, como los míos.

—¿Morsana?

La niña sonrió y su cuerpo se desvaneció en una nube de humo negro, de la que apareció un cuervo que emprendió el vuelo.

Cuando solté el aire, todo a mi alrededor volvió a cobrar velocidad. Raivox rugía y daba saltos, con el cuerpo cubierto de vérmidos que iban cambiando de color, del gris al negro, como sus escamas, en las que intentaban clavarle las garras mientras él agitaba su cola cubierta de púas, que caía como un látigo sobre las implacables bestias.

Los vérmidos nos tenían cercados a padre y a mí.

Agarré con fuerza el látigo, temblando de la cabeza a los pies.

Las bestias gruñían, cerrando el cerco mientras daban dentelladas al aire, amenazando con una muerte dolorosa.

Apreté la mandíbula y, dándole la espalda a mi padre, contuve la respiración e hice restallar el látigo con fuerza contra el suelo.

Una potente vibración me sacudió todos los nervios del cuerpo, haciéndome castañetear los dientes. El cuerpo de mi padre, tendido

a mis pies, rebotó contra el suelo, con los brazos y piernas inertes, como una marioneta sin cuerdas.

La única señal de advertencia fue un crujido antes de que los vérmidos que me rodeaban explotaran, lanzando tripas y piel por los aires. Me agaché, agarrándome la nuca con las manos. El suelo retumbó bajo nosotros y, con el corazón desbocado, vi una profunda fisura que comenzaba en el lugar donde acababa mi látigo, se abría paso por la nieve y llegaba hasta la iglesia.

Poco a poco me puse en pie y observé cómo se iba abriendo la grieta a lo largo, creando una sima.

No.

Eché a correr en dirección a la fisura, viendo explotar los vérmidos a mi alrededor.

—¡Zevander! ¡Aleysia!

Corwin se acercó renqueando mientras chillaba. Tras él iban dos vérmidos, aunque estallaron, lanzando chorros de sangre y un fluido negro. Se agachó mientras le caía encima una lluvia de huesos. Un tercer vérmido se le abalanzó, pero explotó en el aire y su torso cayó frente al pobre Corwin, que soltó otro chillido y se detuvo de golpe, agitando los brazos al ver que iba a chocarse con él.

Cuando me acerqué, se dobló sobre sí mismo, jadeando, y señaló en dirección a una figura a lo lejos.

—¡Aleysia! ¡Está… está… está fuera de sí!

—¡Ve con mi padre! —le ordené, y seguí corriendo hacia la iglesia—. ¡Aleysia!

Cuando llegué junto a ella, frené al ver que alargaba el cuello hacia mí con los ojos convertidos en dos esferas negras.

—Cuatro, tres, dos, uno. Uno, dos, tres, cuatro —murmuraba en voz baja, y se volvió hacia mí, tosiendo y con unos extraños temblores, lo que me hizo fruncir el ceño.

—¿Aleysia?

Antes de que pudiera preguntarle si estaba bien, resonó un rugido agónico en la iglesia, cortando el aire como una hoja afilada haría con un delicado pétalo. El corazón se me encogió de golpe.

—¡Zevander!

Fui corriendo hacia la iglesia, donde comprobé que la fisura abierta en el suelo se había extendido bajo los muros. El suelo se había abierto en dos y las grietas recorrían las antiguas paredes de piedra. Los cristales de las pocas ventanas que quedaban estallaron al hundirse los muros, levantando una nube de escombros y nieve.

—¡Zevander! ¡No!

El impacto hizo temblar el suelo bajo mis pies y me fallaron las rodillas. Me caí al suelo, mientras alargaba los brazos en un vano intento de llegar a él. Sentí un dolor lacerante en la sien que acabó de desorientarme y vi un fogonazo de luz.

Y el mundo se sumió en la oscuridad.

64

Maevtyh



Una violenta sacudida me despertó de golpe y, al abrir los ojos, vi una luz en lo alto tan cegadora que me hizo poner una mueca. Sentí un fuerte pinchazo en las sienes y solté un quejido agónico cuando un intenso dolor punzante me atravesó la cabeza, aunque luego fue remitiendo poco a poco.

Me dolían los brazos y las piernas y sentía una fuerte presión en los pulmones. Me eché a un lado y tosí. Entre el olor residual a humo y madera flotaba otro, almizclado, amargo. Agarré con los dedos la piel de animal que me cubría, la cual apenas me protegía del frío intenso que me calaba los huesos.

El sueño me vencía, llamándome a cerrar los ojos un poco más, mientras las náuseas hacían que se me retorciera el estómago y mi cuerpo daba botes al ritmo de unas ruedas que avanzaban por un terreno irregular.

«¿Dónde estoy?».

Al levantar la cabeza me golpeé contra unos barrotes oxidados.

¿Una jaula? Sobre mí, el cielo se movía de un lado a otro, al ritmo de los baches. Al otro lado de los barrotes, me observaban unos niños que corrían junto a la jaula. El pálido rostro de todos ellos lucía el dibujo de un cuervo negro sobre los ojos y la frente.

Intenté retroceder, pero me golpeé la columna con los barrotes de atrás. Había más niños a mi espalda, siguiendo al vehículo que me transportaba, y por delante de la otra jaula que iba detrás, tirada por unos caballos.

Por entre el repiqueteo de las pisadas de caballo se oían murmullos, pero de lo que decían solo distinguí:

—¿Quién es esa?

«La sima abierta en el suelo. Esas bestias sin rostro pero con dientes. Gritos. El restallido del látigo de huesos. Unos chillidos desgarradores. Piedras desmoronándose».

«Zevander».

—¡Zevander! —exclamé, recordando de pronto. Levanté la cabeza de golpe, pero al instante lamenté haberlo hecho, pues sentí un fogonazo de dolor al contacto con los barrotes. Me llevé los dedos a la zona dolorida y me encontré con una tela, un nudo, como si me hubieran vendado una herida. Oía mi propia respiración, jadeante, mientras buscaba desesperadamente a mi familia por entre la multitud—. ¡Zevander! ¡Aleysia!

Me di la vuelta e, intentando mantener el equilibrio pese a los movimientos de la jaula, me acerqué gateando al hombre que iba sentado delante de mí con las riendas de los dos caballos que tiraban del carro.

—¡Perdona…, necesito salir de aquí! ¡Por favor, para! Mi… mi familia… Necesito ver si están bien.

El cochero guardó silencio y no se volvió ni una vez, ni siquiera cuando golpeé con fuerza los barrotes.

—¡Por favor, para! —Di un golpetazo más a los barrotes, pero el cochero parecía decidido a no hacerme ni caso.

Derrotada, miré a mi alrededor buscando algo familiar fuera de la jaula, algo a lo que agarrarme entre tanta confusión. El camino atravesaba un pequeño pueblo enclavado en un oscuro bosque, donde había unas casitas negras con tejado de paja a la sombra de un enorme barranco. Me incliné hacia delante y, al levantar la vista, vi que la pared de roca desaparecía entre las nubes.

¿Las montañas?

Aún nos quedaba casi una semana de viaje por delante cuando habíamos llegado a la iglesia.

¿Me había pasado días durmiendo?

Aferré los barrotes con fuerza y tiré, pero no se movían.

—¡Tengo que salir! ¡Por favor, sacadme de aquí!

Cuando el carro por fin se detuvo, me vi rodeada por más niños con la imagen del cuervo en la cara, que me miraban boquiabiertos agarrados a los barrotes.

—¡Atrás, atrás, atrás! —El cochero, un anciano a juzgar por su barba blanca y su cabello gris apelmazado, saltó del pescante y rodeó la jaula, ahuyentando a los chavales mientras abría una cerradura y tiraba de la puerta—. Ven —dijo tendiéndome una mano. Del cuello le colgaba un cráneo de pájaro con el pico aguileño, como el de un cuervo.

—¿Dónde estoy?

—Fuera de los escombros. —Dijo indicándome con un gesto de los dedos que saliera de la jaula—. Deberías estar agradecida.

Me quedé quieta, mirándolo con desconfianza.

—¿Dónde está mi familia?

—Ellos también están aquí.

—¿Vivos?

—De momento.

—Quiero verlos.

El hombre levantó sus pobladas cejas.

—Para verlos, primero tendrás que salir del carro. Venga, ven.

Intentando no hacer caso al dolor lacerante que me atravesaba la rodilla y la espinilla, gateé para salir de la jaula y bajé del carro de un salto.

En cuanto mis botas tocaron el suelo, todos soltaron un grito ahogado de asombro al unísono y dieron un paso atrás.

Yo miré a mi alrededor, observando sus ropas oscuras y las plumas negras que llevaban.

Al sentir que el anciano me agarraba la muñeca, me volví hacia él y tiré del brazo para soltarme. Eché a correr hacia el carro de atrás, abriéndome paso entre la multitud de mirones, para intentar ver el contenido de la jaula que transportaba.

Llevaba unos lobos negros y, al ver cómo se movían, di un respingo y me quedé sin aliento.

Corrí al carro siguiente.

Troncos atados en fajos perfectamente amontonados.

El siguiente iba cargado de piedras, como las que se habían derrumbado en la iglesia. ¿Nos habían sacado de entre los escombros?

Jadeando, me volví hacia el cochero, que estaba detrás de mí con las cejas levantadas.

—¿Quieres ver a tu familia ya?

Resoplé, temblando de nervios, y asentí.

Él ladeó la cabeza y me llevó por unos escalones de pizarra hasta una casa más grande que las demás situada en lo alto de un despeñadero. Mientras iba tras él, escruté el cielo en busca de Raivox, con la esperanza de que nos hubiera seguido. La última vez

que lo había visto estaba cubierto de vérmidos lanzándole dentelladas salvajes. Sentí una punzada de tristeza en el pecho al pensar que quizá hubiera sucumbido ante aquellas bestias sin rostro.

—Estás buscando a tu pájaro-dragón —dijo el hombre mirándome por encima del hombro—. Se fue volando. Quizá haya vuelto a su nido.

—¿Su nido?

Señaló hacia arriba, en dirección a la montaña, cuya cumbre quedaba oculta por las nubes.

—¿Tiene su nido aquí?

—Al menos lo ha tenido durante un tiempo.

Eso carecía de sentido. Nada de todo aquello lo tenía.

Cuando llegamos a lo alto del despeñadero, prácticamente estaba sin aliento; las heridas me habían consumido la poca energía que me quedaba.

Los símbolos grabados en la puerta de madera de la casa me recordaron los que había visto en la puerta de Elowen. Cuatro líneas verticales con una docena de símbolos junto a cada línea.

Como si hubiera percibido mi curiosidad, el hombre me dijo:

—Es un hechizo de protección.

Cuando abrió la puerta, sentí el calor y el olor a hierbas procedente del interior. La única luz allí era un fuego que ardía en el centro, con un caldero colgado de un gancho sobre un trípode, ambos cubiertos de hollín. De las paredes pendían haces de plantas secas y unas bolsitas como las que yo solía hacer en casa. Los estantes de madera estaban combados por el peso de frascos y vasijas de boticario, llenos de cosas extrañas de vivos colores.

Vi unos cuantos hombres ataviados con plumas negras y armados con lanzas de piedra, cuyas puntas blancas brillaban a la luz del fuego.

Al mirar a la derecha encontré un rostro familiar, lo que me dio cierto alivio. Corwin estaba sentado junto a una mesa y una mujer vestida con un largo vestido negro con plumas le estaba curando una herida de la cabeza. Este me sonrió y me hizo un gesto con la mano, al que respondí asintiendo mientras buscaba con la mirada a Zevander y a Aleysia, alargando el cuello para ver por encima de la hoguera central.

Por fin los vi, al otro lado, tendidos en sendas camas de madera.

Inmóviles.

En cuanto di un paso hacia ellos, un brazo me cortó el paso golpeándome el pecho. Solté un gruñido, me froté el punto donde había recibido el golpe y, al darme la vuelta, vi a una mujer, también ataviada con plumas negras y un largo vestido negro hecho de varias capas de tela. Al igual que el hombre que tenía al lado, llevaba un cráneo de cuervo al cuello, entre otros muchos huesos que no supe identificar. Le colgaban una serie de garras de la cintura, que repiquetearon entre sí cuando se colocó ante mí, y llevaba sobre la cabeza lo que parecía un cráneo humano decorado con plumas, a modo de extraña corona.

—Están enfermos. —Su voz era suave como la seda al contacto con el hierro, pero su tono era decidido.

—¿Tú quién eres? —repliqué molesta.

—La sacerdotisa de la tribu lyveriana —dijo padre a mi espalda, y al volverme lo vi acercarse cojeando apoyado en una muleta, con la pierna envuelta en unas gruesas vendas manchadas de sangre.

Al darme cuenta de su aspecto, pálido y enfermizo, junté las cejas, recordando el vérmido que lo había arrastrado fuera de la iglesia.

—Padre…

—No pasa nada. Por gracia de nuestro buen dios, estoy vivo. —

Señaló a la extraña mujer ataviada con plumas—. La sacerdotisa no tiene ninguna mala intención. —Frunció el ceño y bajó la mirada—. Ha determinado que Aleysia está infectada.

—¿Infectada? —Ladeé la cabeza buscando su atención, pero no parecía atreverse a mirarme—. ¿De la peste?

—Sí. —Por fin se atrevió a levantar la mirada y dirigió la vista a la cama donde yacía—. Tiene un bulto en el costado. Crece dentro de su cuerpo.

—Ha viajado con nosotros durante días. Ha estado… normal la mayor parte del tiempo.

—Eso solo es señal de su fuerza. Y, aun así, la peste sigue alimentándose de ella por dentro —dijo la sacerdotisa acercándose a uno de los estantes cargados de libros. Dos de los lanceros se apresuraron a cruzar la estancia y se arrodillaron ante ella, pegando la frente al suelo. Ella se subió a su espalda y cogió una de las vasijas de boticario del estante.

—Y… ¿qué pensáis hacer? ¿Matarla? —Apreté los puños y me incliné hacia delante—. Porque acabaré contigo si se te ocurre…

—Tranquilízate —me espetó, y se acercó con pasos ágiles, casi deslizándose por el suelo, con la mano alargada hacia mi guante, que enseguida aparté. Con gesto ofendido, volvió a alargar la mano y me lo agarró antes de que pudiera apartarlo otra vez. Cuando lo tuvo cogido, le dio la vuelta, observándolo—. Un guante de jinete.

—¿Jinete?

—De dragones. —Pasó un dedo por la vena con la que se había cortado Aleysia y sonrió—. Hace siglos que no vemos uno.

Allura, la escriba de huesos que había conocido en Etiria, me había dicho que solo un inconsciente intentaría montar a lomos de un dragón.

Y, aunque aquella mujer no me había suscitado demasiada

simpatía a primera vista, sin duda sabía cómo despertar mi curiosidad.

—No sabía que eso fuera posible. ¿Cómo?

—Eso a su tiempo. Primero tenemos que exorcizar a tu hermana.

—¿Exorcizar? No vas a intentar siquiera…

—Maeve, está bien. —Mi padre me puso una mano en el hombro y me lo apretó ligeramente—. No lo dice en el mismo sentido que Sacton Crain.

—No volverás a mencionar ese nombre blasfemo en mi casa nunca más —le advirtió ella con una mueca de asco.

—Mis disculpas, sacerdotisa —dijo padre bajando la cabeza, y luego se dirigió a mí—. Va a intentar eliminar la infección.

—¿Cómo? ¿Eso es posible?

La sacerdotisa agitó una mano en el aire, apartándose de mí y haciendo ondear el vestido con su movimiento.

—Es voluntad de Morsana. No mía. Ni vuestra. Si a ella no le sirve de nada, os la devolverá.

—¿Devolvérnosla? —exclamé rodeando el caldero, en el que hervía un brebaje que contenía huesos—. ¿Eso qué significa?

—Maevyth, debes confiar en ella —insistió mi padre—. Si no, Aleysia morirá. Se convertirá en uno de esos monstruos repulsivos.

—¿Confiar en ella? ¡Ni siquiera la conozco!

Una intensa punzada en las sienes me hizo cerrar los ojos con fuerza y puse una mueca de dolor. Al acercarme a la cama de mi hermana, observé cómo se le movía el pecho al respirar.

—Morsana es la muerte muerta. ¿Aleysia también morirá?

—De la muerte resurgiremos.

Eché una mirada a Zevander.

—¿Y él?

—Hemos tenido que sedarlo debido a la gravedad de sus

heridas, pero está vivo. También presenta la marca de la infección, aunque no la detecto en su interior. Tiene la sangre caliente y la cicatriz es un síntoma, pero no se mueve nada debajo.

Aún dolorida, rodeé la cama de Aleysia hacia la de Zevander y, al arrodillarme en el suelo a su lado, observé las heridas y magulladuras que tenía en el rostro y el desgarrón de su camisa a la altura del hombro, donde parecía que lo habían mordido. Le habían cubierto la herida con una sustancia verde, un ungüento, supuse. Pero respiraba, hinchaba y deshinchaba el pecho, y eso era lo único que me importaba en ese momento.

—¿Qué quieres decir con eso de que no *se mueve* nada? —pregunté apartándole suavemente el cabello que tenía pegado a la frente.

—La infección se mueve por la sangre. Es una maldición que vive en el interior del cuerpo. Pero él no es como nosotros. Su sangre arde.

No sabía si decirle lo que era en realidad, pero, por si se despertaba y soltaba sus escorpiones, pensé que valdría la pena hacerles al menos una advertencia.

—No es de por aquí.

La sacerdotisa se sonrió.

—Por supuesto que no. Es etirio. Yo diría nyxterio, pero su tono de piel es algo más oscuro de lo habitual.

—¿Eso cómo lo sabes?

—Como ya te he dicho, eso a su tiempo. Primero tenemos que ocuparnos de tu hermana.

La sacerdotisa se acercó a mi hermana, pero yo me quedé al lado de Zevander, viendo cómo levantaba el vestido de Aleysia a la altura del tajo negro que tenía en las costillas. Horrorizada, advertí que había crecido desde la última vez.

Mi padre estaba de pie detrás de mí, con la mirada gacha.

—¿Tú recuerdas algo? ¿Cómo hemos llegado aquí? —le pregunté.

Él negó con la cabeza.

—No mucho. Solo que al despertarme oí que Corwin les gritaba a los lyverianos, que por supuesto no le entendían. Según parece, no se habían dado cuenta de que Zevander y tú habíais quedado atrapados bajo los escombros al caer la iglesia. Pero yo tenía un dolor insoportable en la pierna, así que creo que enseguida perdí la conciencia. No soy capaz de mirar debajo de las vendas, no creo que quede mucho de mi pierna.

—¿Y yo llegué más tarde?

—Tú y Zevander, sí. En algún momento, por el camino, parece ser que Corwin encontró un modo de expresarse y enviaron a dos de sus hombres a buscaros.

Me volví hacia Corwin y lo vi sonriéndole a la mujer que lo estaba curando. Ambos se reían de algo.

—Me alegro de que no nos abandonara.

—Yo también le estoy agradecido. Y a ti. Y a él —dijo señalando a Zevander con un gesto de la cabeza—. Nunca he visto a nadie tan valiente. Luchó con gran coraje contra esas bestias.

Había combatido hasta quedarse casi sin magia, y aun así había continuado hasta que la iglesia se le había caído encima.

Entrelacé mis dedos con los suyos y le pasé el pulgar por la frente, donde ya no se veían sus habituales arrugas de preocupación. De pronto sentí una congoja en el pecho y aquel terrible grito de dolor resonó en mi mente. Miré a mi alrededor, intentando quitármelo de la cabeza.

—Estas personas… son lyverianas.

—Sí. Viven en pequeños poblados repartidos por la montaña.

Deben de habernos sedado, porque el viaje habrá durado varios días.

Dos hombres lyverianos levantaron con cuidado a Aleysia de la cama de madera y yo me puse en pie para seguirlos. Se la llevaron a una sala con el techo abovedado que más bien parecía una cueva.

Al levantar la vista hacia el techo negro, vi unas vigas con cuervos posados. Por toda la habitación había huesos colgando de tiras de cuero e inscripciones con símbolos grabados en las paredes de piedra. Por el suelo había velas, cuyas llamas temblaron cuando los guardias depositaron a Aleysia sobre un extraño símbolo grabado en él.

La sacerdotisa se acercó, provista de un bonito vial y del frasco que había cogido antes. Llenó el vial con un fluido plateado procedente del frasco y el líquido brilló a la luz de las velas.

—Nihilaria —dijo entregándole el vial a padre, y luego me agarró el brazo, levantándomelo.

Yo intenté zafarme, pero ella me agarró con más fuerza, clavándome las uñas hasta el hueso.

Me levantó la manga y, al ver la cicatriz en forma de pluma que me recorría el brazo, ahogó un grito. Pasó el dedo por encima y en su rostro advertí que reconocía lo que veía. Apretó los labios y bajó la mirada.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Nada —respondió, pero aquella mirada perdida, como si estuviera pensando en algo inquietante, me decía lo contrario. Antes de que pudiera volver a preguntar, me clavó la uña en el antebrazo, haciéndome estremecer al notar que me había perforado la piel.

—¡Ay!

Sin soltarme, apretó alrededor de la herida hasta que brotó sangre y le hizo un gesto rápido a padre, que le entregó el vial.

Deslizó el delicado cristal por mi antebrazo hasta situarlo junto a la herida y recogió unas gotas de mi sangre. Satisfecha, me soltó y acercó el vial a Aleysia.

Yo me llevé el pulgar al lugar de donde brotaba una gotita de sangre, pero cuando fui a mirar vi que no había ningún corte debajo. Ni un pinchazo siquiera.

La sacerdotisa, ya al lado de Aleysia, le hizo un pequeño corte en la piel y mezcló su sangre con la mía en el vial.

Una sensación de frío se me coló bajo la piel al verla de pie sobre mi hermana sosteniendo el vial en alto, hacia los pájaros, que contemplaban la escena. Un cántico apenas susurrado llenó la estancia y me di cuenta de que estaba hablando en lyveriano antiguo. Oí un ruido que me hizo levantar la vista hacia los cuervos, que parecían inquietos, moviéndose por las vigas mientras sacudían las alas. Cuanto más cantaba la sacerdotisa, más intranquilos se mostraban.

Los huesos colgados por la estancia empezaron a balancearse, repiqueteando unos con otros.

Uno de los pájaros bajó planeando y fue a estamparse contra la pared. Caminó un poco por el suelo, trastabillando, hasta que consiguió agitar las alas de nuevo lo suficiente como para elevarse otra vez, pero volvió a lanzarse contra la pared, una y otra vez, salpicando de sangre el punto en el que golpeaba con el pico y la cabeza.

Me quedé horrorizada. Habría querido ayudar al pobre animal, pero alzó el vuelo una vez más, se lanzó contra la pared y ya no se levantó de donde había caído.

—¿Qué está pasando? —dije con un tono que era reflejo de mi inquietud.

La sacerdotisa levantó el cadáver del pájaro y salpicó a Aleysia

con su sangre mientras seguía con su cántico. Luego se arrodilló al lado de mi hermana y, con el corazón golpeándome el pecho con fuerza, contemplé cómo vertía el vial con aquella mezcla de fluidos en su boca.

Aleysia movió el cuerpo con violencia y abrió de golpe los ojos, completamente negros, entre convulsiones y arcadas.

—¡Aleysia! —Quise lanzarme hacia ella, pero los dos hombres lyverianos me cortaron el paso—. ¡Apartad u os convierto en polvo!

Mi amenaza no pareció afectarles: se quedaron inmóviles, mirándome fijamente.

—No vas a ponerles un dedo encima —dijo la sacerdotisa sin inmutarse al tiempo que se ponía en pie. Los hombres se hicieron a un lado y ella retrocedió hasta llegar junto a mí.

—¿Qué le has hecho?

Me temblaba todo el cuerpo. No podía apartar la mirada de mi hermana, que tenía los ojos en blanco mientras le caía sangre por la comisura de la boca y los orificios de la nariz.

—Tu sangre. Nuestra sangre. Lleva la esencia de la diosa.

Aleysia cerró los ojos de golpe y volvió a quedarse inmóvil.

—La muerte limpia.

Fue como si las paredes se me cayeran encima, oprimiéndome.

—¿La has matado?

—Si a Morsana no le vale para nada, nos la devolverá.

El hilo que nos unía se estiró, volviéndose cada vez más fino. Cada vez más tenso.

Un chasquido.

Me volví hacia la sacerdotisa, que estaba a mi lado, y la agarré de la garganta antes incluso de darme cuenta de lo que estaba haciendo.

—¡Te voy a matar!

La rabia que sentía se me pegaba a los músculos y los huesos con fuerza, tan profundamente que ni siquiera me di cuenta de que mi padre y los dos lyverianos me apartaron de la mujer, al menos hasta que uno me agarró del cabello. Incluso después de que me separasen de ella, seguí lanzando zarpazos al aire, decidida a arrancarle los ojos.

Entre la bruma roja que me emborronaba la vista se filtró el sonido de un extraño chasquido metálico.

Los hombres me soltaron y, al darme la vuelta, vi salir algo de la boca de Aleysia. Una pata. Luego otra. El cuerpo de una araña se abrió paso entre sus labios y se dejó caer al suelo.

—¡Oh, Dios!

El repiqueteo incesante del latido de mi corazón resonaba en mis oídos, eclipsando los chasquidos que emitieron dos arañas más al salir de su boca.

Los cuervos se lanzaron al suelo, planeando, y recogieron las arañas.

Se las comieron.

Siguieron saliendo arañas de su boca y otros cuervos se unieron a los que picoteaban el suelo, comiéndose las arañas antes de que escaparan.

Cuando por fin dejaron de salir, los pájaros volvieron a posarse en las vigas.

El pálido cuerpo de Aleysia seguía inmóvil. Así, con los ojos cerrados, daba la impresión de que estaba durmiendo plácidamente, solo que su pecho no se movía con la respiración.

—Está muerta.

—Sí. Ningún dios desea alojarse en un cadáver.

—¡Es mi hermana!

La sacerdotisa se me plantó delante.

—¡Y vas a tener que esperar a ver qué decide hacer con ella Morsana!

—¿Maevyth? —dijo una voz débil, y al dirigir la vista más allá de la mujer, que se interponía en mi camino, vi a Aleysia sentada en la cama mirando alrededor.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y el alivio fue tan sobrecogedor que al principio no pude ni moverme.

La sacerdotisa me sonrió con una ceja levantada.

—Da la impresión de que la diosa ya ha decidido.

—¿Dónde estamos?

Sus ojos fueron la primera indicación de que había cambiado algo: tenían más brillo, como cuando éramos pequeñas. Y la palidez enfermiza que ya me había acostumbrado a ver en sus mejillas había desaparecido, dando paso a un color rosado cálido.

Era ella.

Mi hermana.

La que yo recordaba.

—Aleysia. —Fui corriendo hasta ella y me dejé caer a su lado—. ¿Cómo te encuentras?

Ella bajó la mirada hacia su cuerpo y levantó el brazo, cubierto de mugre.

—Bueno, a pesar de que parece que me acaban de sacar de una tumba, me siento bien.

No pude evitar reírme.

—¿Recuerdas algo?

Frunció el ceño y se quedó pensativa, con la mirada perdida.

—Recuerdo… la iglesia. Y unos monstruos que salían del suelo.

—¿Nada después de eso?

Los ojos se le nublaron.

—Sí, algo más. Sueños…, una pesadilla…, pero me da la

sensación de que no es la primera vez que la tengo.

—¿De qué iba?

Un velo de lágrimas le cubrió los ojos, en los que se reflejaba el miedo.

—Un árbol, un árbol terriblemente retorcido en el bosque. —Tenía la mirada fija en algo, como si estuviera viendo el árbol ahí mismo—. Y había un monstruo dentro. —El temor que reflejaban sus ojos dio paso a una mirada perdida—. Cuatro, tres, dos, uno, uno, dos, tres, cuatro.

—¿Qué es eso? ¿Qué estás contando?

—Moros… me llevó a ese árbol para que la araña me envolviera con su tela. —Aleysia se estremeció, volviendo en sí, con las manos temblando en el regazo—. Estaba asustadísima. Oía cada uno de sus movimientos, sus patas haciendo vibrar la telaraña. Uno, dos, tres, cuatro, cuatro, tres, dos, uno. La delicadeza con que caminaba sobre los finos hilos. Era como si… la tuviese en mi interior.

—Me dijiste que Moros te llevó a su mansión.

Apretando los ojos con fuerza, negó con la cabeza.

—Lo siento, hay cosas que te he dicho que no recuerdo. Tenía momentos de absoluta lucidez y, de pronto, me sumía en la oscuridad más absoluta. Me hablaba en una voz que no reconocía. —De pronto, sus ojos perdieron el brillo, como si se hubiese dejado llevar por sus pensamientos—. Me dominaba. No podía saber si los momentos de lucidez eran sueños y en realidad seguía atrapada en ese árbol espantoso.

—Pero escapaste.

Se le iluminó la mirada y asintió.

—Había una fisura en la telaraña. Conseguí atravesarla y eché a correr al exterior del árbol. Por la oscuridad. La Arpía me encontró en los confines del bosque.

—Te metió en aquel sótano por algún motivo, ¿no?

Aleysia apretó los labios y, bajando la vista, asintió.

—Eso me temo. Tal como te decía, tenía… ataques. No recordaba nada, pero de pronto me despertaba y ella me enseñaba los arañazos que había dejado en la madera o las marcas que le había hecho en el cuerpo al agredirla. Una vez le causé un moretón terrible en el cuello tratando de estrangularla. —Se llevó una mano temblorosamente a la boca—. Oh, Dios, fue algo horrible. Hice cosas horrorosas —añadió con la voz quebrada por el pánico.

—No pasa nada. —Ladeé la cabeza para que me mirara y dejase de pensar en la imagen que tenía en la mente—. ¿Recuerdas cuando te encontré en casa de la Arpía?

—Sí, por supuesto. —Volvió a fruncir el ceño—. Me enfadé mucho contigo.

—¿Por qué estabas tan enfadada conmigo?

Se rascó la cabeza.

—Ahora ni siquiera me acuerdo. Estaba fuera de mí. —Me cogió las manos y las sostuvo contra mi pecho—. Tienes que saber que yo nunca podría sentir ese odio por ti, Maeve.

—Lo sé. —La rodeé con mis brazos y le besé al frente—. Ahora ya estás mejor. Hemos llegado a las montañas. —Eché una mirada a la sacerdotisa—. Estamos a salvo.

La sonrisa se borró de su rostro cuando se giró hacia padre y vio la forma antinatural de su pierna.

—Papá…, tu pierna…

—Estoy bien. No es más que un arañazo. —Soltó una risita, pero, al acercarse a nosotras cojeando, su gesto de dolor contradijo sus palabras.

—Nos encargaremos de que coman bien y se acuesten en la cama. —La sacerdotisa hizo un gesto a los hombres lyverianos, que

ayudaron a Aleysia a ponerse en pie.

—Yo me quedo aquí con Zevander —dije cogiéndole la mano a Aleysia una vez más y dándole un apretón. En cuanto salieron de la estancia, solté aire, aún temblando de los nervios—. Gracias —añadí, sin molestarme en mirar a la sacerdotisa—. Por ayudarlos.

—Ven. Tenemos mucho de lo que hablar.

Miré en dirección a la otra sala, donde Zevander seguía en la cama.

—No voy a dejarlo solo, al menos hasta que se despierte.

—Entonces hablaremos aquí. —Chasqueó los dedos y otros tres guardias lyverianos trajeron dos sillas de madera y una mesita, en la que uno de ellos dejó una jarra de agua y dos vasos. La sacerdotisa me señaló una de las sillas y yo me senté, vacilante, sin dejar de mirarla. Sirvió agua en los vasos y me acercó uno—. Bebe. Debes de tener muchísima sed.

—Tú primero.

—Muy bien —dijo, y echó un buen trago, la mitad del vaso, que luego dejó en la mesa otra vez.

Aun así dudaba por motivos que no entendía muy bien ni yo misma. Al fin y al cabo, no nos había hecho ningún daño. Quería confiar en ella. Me bebí el agua, entre la desesperación y el agradecimiento.

—Tu grupo tiene suerte de estar vivo. Los vérmidos son implacables. —Pasó su larga uña negra por el borde del vaso que tenía delante—. Incluso con los que tienen magia de sangre.

—¿Tienen alguna relación con los monstruos de Foxglove? ¿Con la peste?

Negó con la cabeza, muy seria.

—Los vérmidos están aquí desde antes que nosotros. Los ataques no son frecuentes, dado que la mayoría prefiere evitar esa

ruta. Son increíblemente sensibles a las vibraciones, así que sospecho que los atrajo el ruido. El de vuestros caballos, específicamente.

—¿Solo viven ahí?

—Sí. No se alejan de su guarida. Nosotros hemos aprendido a vivir en armonía con las bestias que habitan esta tierra. Es una pena lo que les pasó a los vonkovyanos que se asentaron aquí. —Entornó los ojos—. Dime, ¿conoces la historia de los lyverianos?

Dejé el vaso en la mesa y me limpié la boca con el dorso de la mano al tiempo que echaba una ojeada a la jarra.

—Solo algunos datos inconexos. A los vonkovyanos les gusta pasarla por alto y pintar a los lyverianos como unos seres terribles.

—Claro, ¿cómo no? —dijo, y echó más agua en los vasos—. Esta tierra no siempre ha estado habitada por lyverianos. Mis ancestros llegaron como refugiados hace siglos. La población autóctona de este lugar los acogió. Les dieron un hogar. Esperanza.

—¿De dónde procedían tus ancestros?

—De Etiria. Eran córvicos que se marcharon a la tierra de los mortales huyendo de la peste y las matanzas. Y su sacerdotisa les ordenó que protegieran la veta que había en este lugar. —El pulso se me aceleró de pronto. Ella se volvió hacia uno de los hombres que montaban guardia—. Tráeme el libro.

De pronto fue como si los minúsculos fragmentos de un espejo roto se unieran, formando una imagen distorsionada de mí misma que no había considerado hasta el momento.

—Me dijeron que yo tenía antepasados córvicos. ¿Es posible que fueran lyverianos?

—Son lo mismo. Tal como te he dicho, los córvicos vinieron hasta aquí procedentes de Etiria. —Levantó una ceja y se me quedó mirando—. Y tú, niña, te pareces mucho a mi hermana.

El corazón me latió aún más fuerte. Le escruté el rostro con atención, tratando de ver más allá del maquillaje y las arrugas, en busca de algo que me resultara familiar. Y algo había si miraba con atención. Unos rasgos sutiles que podría haber pasado por alto.

—Mi madre era esclava.

—Tu madre era hija de una gran sacerdotisa. Fue secuestrada hace muchos años por los Hombres Rojos.

De algún lugar entre las capas de tela de su vestido sacó una pipa que parecía hecha de hueso tallado y una bolsita, y las dejó sobre la mesa. La bolsita emitía un potente olor que me llegaba pese a estar algo apartada, similar a la lavanda. Cogió un pellizco y lo echó en la cazoleta de su pipa, presionándolo con la uña del meñique.

Un guardia se le acercó por la espalda con una de las velas, que ella inclinó sobre la cazoleta, derramando algo de cera sobre la mesa.

A la sacerdotisa se le hundieron las mejillas al dar unas caladas, y luego soltó unas volutas de humo negro.

El otro guardia le pasó un libro que parecía idéntico al que me había dado Dolion, con huesos en el lomo y un ojo de dragón en la cubierta, solo que para abrirlo no hacía falta resolver ningún rompecabezas. Pasó unas cuantas páginas hasta encontrar una pintura muy elaborada. Deslizó la palma de la mano por encima de la imagen e, igual que ocurría con las del otro libro, cobró vida.

Una fila de hombres, mujeres y niños, ataviados con plumas negras, se encaminaban hacia las montañas.

—No poseíamos magia de sangre, así que para obtener vivicanto no nos hacían falta las vetas, al contrario que a los mánticos.

—Pero yo sí tengo magia de sangre —dije levantando el brazo para mostrarle los glifos grabados en la palma de la mano.

Ella me paso el pulgar por la palma y me arremangó la blusa.

—¿Sabes qué significa la marca que tienes en el brazo?

—Solo que tengo una extraña conexión con los muertos.

—Extraña es, desde luego. —Tomó un trago de agua y se aclaró la garganta—. Eres una vasmora.

—¿Vasmora?

—Un receptáculo divino. Da la impresión de que la diosa te escogió para que le sirvieras como entidad corpórea. A través de ti puede ejercer su poder en nuestro mundo.

Fruncí el ceño y meneé la cabeza.

—¿De ahí viene mi magia de sangre? ¿De Morsana?

—Mi niña, lo que tú posees no es simple magia de sangre. Es arcana. Sí, el poder de una diosa. —Pasó el dedo por las líneas plateadas de mi cicatriz casi con envidia—. Algunos han intentado robar el poder de los dioses, pero son muy pocos los que nacen con él.

—Juro que yo no lo robé. Me corté en el arco del Bosque Voraz y, de pronto, apareció esto.

Le asomó una sonrisa por la comisura de la boca.

—Por supuesto que no lo robaste, niña. Fuiste elegida.

—¿Elegida para qué?

—Para hacer realidad su promesa. —Pasó la página y apareció otra imagen, la cual mostraba a unos hombres con túnicas rojas, evidentemente vonkovyanos, atacando a los lyverianos. La sangre salpicaba la página mientras los vonkovyanos disparaban a los lyverianos con sus rifles y se llevaban a sus mujeres a rastras. Fruncí el ceño, observando la brutalidad de la escena al cobrar vida la imagen.

La violencia que siempre había sospechado.

La violencia de mi propio padre.

Los hombres que habían sido abatidos se levantaban de nuevo. Se ponían en pie entre los charcos de sangre que los rodeaban, pálidos pero de algún modo más fuertes, con los músculos más definidos.

—¿Eran inmortales? —Pasé el dedo por encima de uno de los hombres, que se volvió hacia mí. Me quedé sin respiración al ver que tenía los ojos plateados.

—Eran holuinos. En los primeros tiempos de la humanidad, Magekae, dios de la creación, les otorgó la inmortalidad a los mánticos. Y Morsana, diosa de la muerte, les dio a los córvicos la capacidad de levantarse de entre los muertos. En tiempos de guerra y de peste, nuestros holuinos nos protegían.

—No podían infectarse.

Levantó las cejas, sorprendida.

—Muy sagaz. No obstante, cuanto más tiempo pasaban mis ancestros en Vonkovya, más iba diluyéndose el linaje. —Apretó los labios y juntó las cejas—. Sobre todo cuando los vonkovyanos empezaron a llevarse a nuestras mujeres. Con el tiempo, hemos perdido la capacidad de levantar a los muertos. Y hacía casi dos mil años que no se nos bendecía con una vasmora.

Meneé la cabeza, resistiéndome a la idea de que una diosa me hubiera escogido a mí, una torpe mortal incapaz de usar un cuchillo con destreza, y mucho menos la magia antigua.

—¿Cómo? ¿Cómo he sido *escogida*?

—Nuestro destino está escrito desde el momento en que nacemos. Los dioses eso no pueden cambiarlo. A menos que… —Hizo una pausa y levantó una ceja—. A menos que alguien altere ese destino y rompa el velo que separa lo que es y lo que debería ser.

Se me puso la piel de gallina al darme cuenta de la realidad, que

me cayó encima como un jarro de agua fría.

—¿Y una persona podría alterar el destino de otra?

—El destino es algo fuerte, vinculante. Para hacer eso, esa persona tendría que poseer el poder de un dios.

O la obstinada testarudez de un dios. ¿Habría hecho posible la interferencia de Zevander con mi pasado que Morsana me escogiera como receptáculo?

—¿Y cuál es esa promesa que tengo que hacer realidad?

—Tienes que restaurar nuestro linaje.

—¿Restaurar vuestro linaje?

Pasó la página y apareció otra imagen diferente. Una mujer que se me parecía sorprendentemente, con la piel clara, los ojos plateados y una larga melena negra.

—Durante años hemos pensado que mi hermana era la elegida. Se le parecía mucho.

Pasó la palma de la mano por encima de la página y la imagen cobró vida, como las demás. La mujer copuló con uno de los hombres ataviados con plumas negras y el vientre le creció, dejando claro que estaba embarazada. Un momento más tarde apareció en la página un niño de ojos plateados y cabello negro, luego otro, y otro, hasta que hubo al menos una docena de criaturas correteando por la hoja, todos ellos con el cabello negro y los ojos plateados.

—Estas son las visiones de una sacerdotisa de otro tiempo. Tú llevas dentro la semilla de nuestro futuro. Yacerás con nuestro guerrero más fuerte y los dos daréis origen a una nueva generación que llevará la sangre de Morsana en las venas.

Sentí la presión de una carcajada en la base de la garganta, pero me la tragué.

—¿Me estás diciendo que mi destino es dedicarme a parir niños?

—Tu destino es reforzar el linaje de la próxima generación.

—¿Y si me niego?

Encogió el rostro con indignación, como si la hubiera insultado con mi pregunta.

—¿Y por qué ibas a negarte?

No me atreví a decirle la verdad por miedo a que se negara a ayudar a Zevander, a que se diera cuenta de que ya estaba enamorada de él y que preferiría dejar que su linaje desapareciera antes que escoger a otro hombre.

—Yo he visto otro destino diferente.

Relajó la frente y abrió los ojos, intrigada. Alargó la mano sobre la mesa para coger la mía.

—¿Y cuál es? ¿Qué es lo que te ha enseñado?

—Fuego. Un fuego negro.

Me miró horrorizada.

—¿Fuegoscuro?

—Sí.

—Deimos. —Se sentó de nuevo en su silla, fumando con avidez, envuelta en el humo que salía de la pipa y se escapaba de sus labios —. Te reserva para Deimos. Un sacrificio, me atrevería a decir. Oh, ¿y si la diosa desea recuperar la veta? ¿Para castigarnos?

—¿Por qué iba a ser eso un castigo para vosotros?

Hojeó unas páginas más del libro y fue a parar a una imagen que me dejó sin aliento. Una bestia con cuernos y la piel como la corteza de los árboles. La misma que había visto desollando vivo al tío Riftyn en el Bosque Voraz. Pasó la mano por encima dándole vida, y la bestia levantó su huesuda mano, en cuya palma tenía un intrincado dibujo que ardía como el fuego. La extendió hacia una sima en las montañas y una luz violeta llenó toda la página.

La sacerdotisa pasó a la página siguiente y dio vida a la imagen de la misma bestia, que lanzaba llamas contra una pared brillante

rodeada de árboles. Era el Valle Umbrío, no había duda. Al pasar otra página apareció un enorme árbol podrido en el bosque del que salían cientos de arañas. El árbol se desgajó y de su interior salió un monstruo aterrador, una araña humanoide, pero nada parecido a los Primsley o al tío Felix. No, esa tenía un aura antigua y oscura. Algo poderoso y como de otro mundo que me provocó unos escalofríos que me recorrieron la columna de arriba abajo.

Tragué saliva para evitar que me temblara la voz.

—Las he visto. Esas arañas humanas.

—No, mi niña. Lo que has visto no es más que un puñado de monstruos inofensivos que no tienen ningún poder. Este es Pestilios. Un dios. Estaba segura de que Morsana nos protegería de él, pero tu visión me dice lo contrario. Y no voy a cuestionar la voluntad de la diosa.

No pude evitar poner mala cara y fijé la mirada en ella.

—¿Por qué? ¿Os resignaríais a la destrucción simplemente porque ella lo quiere?

—Sí. Ella es la diosa. Todopoderosa. Ella ve la muerte. Ella escribe nuestro destino.

—¿De verdad crees que deseaba que mi hermana volviera a la vida?

—Por supuesto. No hay otro modo de que un mortal regrese de la muerte.

Apreté los labios y asentí.

—Hace unos días, Morsana me pidió que matara a Aleysia. Yo me negué.

Se me quedó mirando incrédula.

—¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que quizá el destino escrito por una diosa también se pueda cambiar. Tal vez nada de todo esto sea

inamovible. Dices que soy el receptáculo de una diosa. Entonces confía en mis palabras.

—Llevas la marca, y tienes los ojos plateados, pero tus palabras no demuestran nada. No voy a quitar validez a las visiones de una sacerdotisa respetada por las afirmaciones sin fundamento de una jovencita.

Apreté los dientes y la miré a los ojos.

—Y yo no voy a dejarme usar como si fuera ganado porque lo digan los dibujos de una mujer que ni siquiera conozco.

Le tembló un párpado. Estaba claro que se sentía insultada.

—Entonces solo hay una solución. Demuestra que lo que dices es verdad. —Se llevó la pipa a la boca para dar otra calada y sopló el humo entre las dos—. Esta noche nos demostrarás que puedes desafiar la voluntad de la diosa.

—¿Cómo?

—Te introduciremos en la veta. Si sales ilesa, aceptaré tus palabras como ciertas.

—¿Introducirme en la veta? ¿No está muerta?

—Lo está —dijo, y levantó una ceja—. Pero ella, como nuestro pueblo, está destinada a resurgir de la muerte.

65

Zevander



Pasado

Zevander tenía los brazos y las muñecas inmovilizados con grilletes y estaba tumbado en la cama de piedra, con el cuerpo amoratado de la paliza que había sufrido.

—¡Que tú hayas traicionado mi lealtad…! —La general Loyce se paseaba junto a él, que no se molestó en mirarla.

Ya no le importaban los castigos que le impusiese ni el dolor que le infligiera. Todo atisbo de esperanza que había albergado, creyendo que el rey Sagaerin lo liberaría de su deprimente existencia, se había convertido en un lodo turbio de resentimiento.

Theron permanecía de pie apartado en alguna parte detrás de Zevander.

—Vas a volver a la caligorya. —Por el rabillo del ojo, él la vio alzar la vista—. ¿Cómo lo probamos?

—Con los glifos —contestó Theron en voz baja, y Zevander lo miró de súbito, con un odio venenoso bullendo por dentro—. Si

vuelve con uno nuevo, sabremos que se ha comunicado con un dios.

—¿Esto lo ha hecho antes?

—Eh… —De primeras, Theron dudó si contestar—. Yo no le he visto los glifos como tal, pero él mismo me contó que, cuando cae en la caligorya, tiene visiones.

—¡Cobarde! —espetó Zevander—. ¿Tan desesperado estás por conseguir su favor? —Esa pregunta era un insulto para los demás esclavos, pero él se preguntaba si sería eso lo que Theron había anhelado siempre.

—¿Y cómo vuelve de allí? —preguntó Loyce, haciendo caso omiso de su arrebato—. ¿Cómo nos aseguramos de que regrese?

—Vuelve por voluntad propia, al menos en parte. Pero he descubierto otros métodos, como hacerle inhalar vivicanto.

—Qué ingenioso por tu parte haber guardado las dosis que te di.

Zevander, preso y furioso, levantó la cabeza y profirió un gruñido entre dientes que auguraba violencia. No sabía de ningún otro esclavo al que le hubieran ofrecido vivicanto, y no pudo evitar preguntarse qué viles actos habría cometido Theron para ganárselo.

—Ah, ¿eso te molesta? —Loyce le recorrió el pecho con la palma —. Gracias a su lealtad, Theron se ha granjeado muchos privilegios. Mientras tú duermes en una cama de piedra, él descansa entre sedas y colchones de plumas en un aposento privado. Mientras tú comes gachas, él se alimenta de carne fresca y pan.

—General, por favor —pidió Theron con la mirada gacha—. ¿Le administro ya el elixir? Este en concreto tiene que tragárselo.

—Sí. Y, como intentes apaciguarme otra vez, te extirpo la lengua. —Llamó con la cabeza a un órgodo que esperaba en un rincón de la celda y la bestia avanzó hacia Zevander.

Lo agarró de la cabeza con ambas manos, tan fuerte que casi no podía ni pestañear. Cuando Theron se acercó, a Zevander se le

crisparon todos los músculos del cuerpo. Veía las estrellas por la fuerza con que apretaba la mandíbula y tuvo que dilatar las fosas nasales para intentar mitigar la rabia que lo recorría como si fuera metal líquido.

—Vas a morir por lo que has hecho —dijo Zevander entre dientes —. Acuérdate de lo que te digo. Me vengaré.

—Eso no va a pasar. —Loyce se rio entre dientes y le restregó la mano por el interior del muslo—. Theron va a ir escoltado por un órgodo y tú te vas a quedar aquí confinado. A mi entera disposición. —Le clavó una uña en el muslo y le arañó la carne con sus espantosas garras—. Estoy ansiosa por experimentar todo tipo de placeres contigo, cariño mío.

Zevander gruñía, tan tenso por la furia que habría podido partirse en cualquier momento.

—No sé si sabrás que tu *leal* curandero intentó envenenarte en el pasado —dijo Zevander con una sonrisa viendo que Theron se ponía lívido—. Me tomé un veneno que era para ti.

A ella le dio un tic en el ojo y centró la atención en el otro.

—¿Eso es verdad?

Theron bajó la mirada, más blanco que un fantasma.

—Es cierto que tengo veneno, pero…

—No ha matado a nadie —concluyó Loyce paseándose junto a Zevander con las manos a la espalda—. ¿Te gustaría matarme ahora mismo, Theron?

Este negó con la cabeza.

—Yo nunca he querido matar a nadie.

—¡Mentira! —bramó Zevander. La general, evidentemente, no era tan tonta como para fiarse de su palabra. Si no hubiera sido por su esperanza de complacer al rey demostrándole que lo que decía sobre Zevander era cierto, habría arrojado a Theron al foso hacía

mucho tiempo—. Te ha traicionado dos veces.

—Y tú me has desafiado cientos de veces y aquí sigues. Ten por seguro que si alguien me traiciona no va a irse de rositas. —Le hizo a Theron una seña con la mano—. Prosigue.

Theron partió la ampolla y Zevander cerró fuertemente la boca con ademán desafiante.

El órgodo que lo tenía sujeto por el cráneo le clavó los pulgares en la mandíbula para obligarlo a que la abriera e intentó meterle sus gruesos dedos a la fuerza. Él sintió una presión tan intensa que se le saltaron las lágrimas al intentar combatir el dolor, desesperado por mantener los labios cerrados, pero el órgodo consiguió separárselos haciendo palanca.

Con las manos temblorosas, Theron le vertió el líquido en la boca, derramando algunas gotas sobre su labio inferior.

Zevander lo retuvo un momento en el fondo de la garganta con intención de escupírselo en cuanto le soltaran la mandíbula, pero el órgodo lo aferraba firmemente. Loyce le pellizcó la nariz y él sintió un espasmo en la garganta al atragantarse.

—Joder, mira que eres terco. ¡Traga!

Zevander aflojó la garganta y el líquido bajó. Al notar la quemazón provocada por el elixir, se puso a toser y a jadear.

La habitación empezó a dilatarse y a verse borrosa mientras se sumía en una calidez que disipó el dolor que sentía en músculos y huesos. La presión del cráneo disminuyó y notó que se le caía la cabeza y se le cerraban los párpados.

Loyce se inclinó sobre él y este vio su cara deforme y desenfocada.

—Vuelve conmigo, amor. —A Zevander las palabras le llegaron distorsionadas, confusas, como si le estuviera hablando debajo del agua, y soltó un gemido mientras se sumía en un vacío negro

provocado por el elixir.

66

Zevander



Caligorya

El olor a azufre le quemaba la nariz. Al abrir los ojos, Zevander vio una pared de roca negra reluciente con unas fisuras púrpuras que le indicaron que estaba en una veta inactiva. Solo había visto una en su vida, de pequeño, cuando su tutor de la guardería lo había llevado a visitar una para estudiarla. Las vetas se consideraban propiedad de la realeza, así que, por lo general, estaba prohibido acercarse a ellas, pero los guardias habían autorizado la entrada del maestro Gannick.

Al oír un golpeteo a su derecha se volvió: vio una figura con capa en cuclillas picando la roca con un martillito y un cincel.

—Se van a enterar todos —masculló el desconocido para sí.

A Zevander esa voz le resultó vagamente familiar y se acercó en silencio al hacendoso hombre.

—Los entecos también pueden tener poder. —Golpeó fuerte el extremo plano del cincel con el martillo, gruñendo—. Los entecos

también pueden ser altos brujos.

Zevander miró alrededor y vio a dos guardias a lo lejos, los cuales le dieron mala espina. Uno empuñaba una espada en un ángulo demasiado incómodo para lo pesada que parecía; el brazo debería haberle estado temblando de la flojera, aunque estaba muy quieto. El otro amagaba con empuñar su arma, que no había llegado a desenvainar.

Era como si se hubieran quedado detenidos en el tiempo.

Zevander oyó un clamor y se volvió hacia la figura encapuchada, que debía de haberse dado con el martillo por cómo se balanceaba sobre los talones y se cogía el pulgar con ambas manos.

La roca que estaba picando se había desmoronado a sus pies, formando una pila. Zevander vio un objeto muy incrustado en la cavidad. El desconocido de la capa, que debía de haberse percatado también, metió el brazo y tiró de él. Como no cedía, cogió el cincel y el martillo, por lo visto recuperado de la lesión, y picó la piedra circundante. El objeto se aflojó y cayó en la roca de abajo. Era negro y redondeado, más o menos del tamaño de una ampolla pequeña, y estaba cubierto de polvo de piedra, lo cual ocultaba cualquier característica relevante, pero el desconocido la cogió del suelo y pasó el pulgar por la superficie como si albergara dentro algo místico.

Entonces apareció una araña negra del tamaño de un keltzig correteando por el brazo del hombre, que pegó un chillido y soltó el objeto. Así se le cayó la capucha y Zevander reconoció la cara de ese hombre que tantas veces había visto.

Era Alastor, o Cadavros, según había averiguado, pero perceptiblemente más joven.

Con esa cabellera morena y esos ojos de un azul vivo, seguro que llamaba la atención de muchas mujeres. El hombre se

estremeció y se pasó la mano por el brazo.

—Malditas arañas. No las soporto. —Volvió a coger su hallazgo, pero se quedó quieto, como si hubiera divisado otra cosa dentro de la cavidad. Tras rebuscar en su bolsa de cuero, sacó una tablilla de cera y un estilete de metal, y empezó a dibujar.

Zevander se puso en cuclillas a su lado y observó en silencio cómo manejaba el utensilio con fervor para grabar un boceto en la superficie de la tablilla. Él, por su parte, se asomó a la cavidad y vislumbró eso que tenía al otro cautivado.

Había un símbolo brillante incrustado en la pared, como si lo hubieran dibujado con tinta plateada; Zevander no lo había visto en su vida. A lo mejor era un glifo, pero los detalles eran tan intricados que se preguntó si sería posible. No podía dejar de mirarlo fijamente, hipnotizado como estaba por su complejidad, y la imagen se le fue grabando a fuego en la mente poco a poco.

—¡Zevander! —La voz femenina que lo llamaba, tan fuera de contexto, lo desconcentró—. ¡Por favor, Zevander!

Él, con la frente arrugada, se volvió hacia ese sonido angelical que le calentó el pecho.

¿No lo había oído ya antes?

A su izquierda percibió un resplandor etéreo; era tan brillante y cegador que tuvo que entornar los ojos y tapárselos con una mano para protegérselos. En medio de esa luz distinguió una silueta esbelta de mujer, con el cabello ondeándole sobre los hombros y las piernas y los brazos estirados, como si estuviera encadenada.

Él se dejó llevar hacia ella por mandato de sus pies.

—¡Zevander! ¡Despierta, por favor!

67

Maevyth



Presente

Zevander se despertó jadeando y se incorporó de golpe, y yo retrocedí asustada.

La sacerdotisa, de rodillas a su lado, retiró la mano. En un dedo tenía restos del polvo de vivicanto que le había puesto debajo de la nariz para que lo inhalara.

Él miró alrededor con las pupilas dilatadas, inspeccionando el entorno, y posó sus feroces ojos en mí. Salió de la cama de un impulso y, soltando un gruñido, me agarró y procedió a pegarme a la pared, protegiéndome con la mano abierta. Le temblaba el brazo, por lo que deduje que estaba dolorido y asustado.

Le puse la mano afablemente sobre él para que lo bajara.

—No pasa nada. Estamos a salvo.

Me hizo girar delante de él mientras me examinaba de arriba abajo con frenesí a la vez que me pasaba las manos con delicadeza

pero con brío por los brazos y el cuello.

—Estoy bien —dije cogiéndolo de la muñeca—. Solo tengo algunos moretones, por los escombros. Y me duele un poco la cabeza.

Él volvió a escrutar la habitación, seguramente para evaluar a cuántos guardias se tendría que enfrentar si yo no estaba en lo cierto.

—¿Cómo he llegado aquí? —Tenía la voz ronca de no haber bebido agua.

—En carruaje. En una jaula, en realidad, pero no quieren hacernos daño. Han atendido a todos los heridos. —Le puse las manos en las mejillas—. ¿Cómo te encuentras?

Apenas me dedicó una mirada fugaz, pues era reacio a quitarle el ojo a la gente que había en la habitación.

—Bien.

Yo asentí sonriendo.

—Te ha dado una dosis pequeña de vivicanto. Dice que si lo tomas en exceso puede ser tóxico.

Él, con la cabeza inclinada hacia mí y el entrecejo arrugado, la observó fijamente con mirada amenazante.

—¿Quién es? —preguntó.

—Erithanya —contestó la propia sacerdotisa—. Bienvenido a mi hogar, el templo de Corvuétreo. Estás en el pueblo de Espectrazal.

Zevander levantó la barbilla.

—Eso que hablas es nyxterio.

—Es lyveriano. Y tú estás hablando lyveriano, aunque con un acento nyxterio muy marcado. —Se rio por lo bajo, pero él siguió con cara de estar muy enfadado, para variar.

Una vez más, me desconcertaba mi incapacidad para distinguir los idiomas.

—¿Qué oyes cuando te hablan Aleysia o mi padre? —le pregunté a Zevander.

—Vonkovyano —contestó él sin quitarle ojo a Erithanya.

A mí me sonaba todo igual, así que me quedé perpleja.

—¿Y sabes hablarlo?

—Sí. Mi madre decía que era una lengua romance, una lengua *muerta.*

Recordé que una vez me dijo que estaba familiarizado con ella.

—Da la casualidad de que también hablo vonkovyano con soltura. Aquí lo hablamos unos cuantos —añadió la sacerdotisa.

Qué raro que yo no me hubiera dado cuenta.

—¿Por qué yo no distingo los idiomas? Me suenan todos igual.

—Para una diosa, el idioma es arbitrario. Un diseño torpe del ser humano. O de los mánticos, digamos. Tú eres una vasmora, así que no te hace falta interpretar las palabras. —Erithanya tenía una pipa en la boca y le dio una calada que le dejó las mejillas chupadas. Unas volutas de humo blanco se alzaron con parsimonia.

—Pero hay un idioma que no entiendo. —Con expresión ceñuda, intenté acordarme del nombre.

—Primyriano —intervino Zevander, que seguía alternando la mirada entre la sacerdotisa y los guardias.

Erithanya asintió sonriendo.

—Ah, sí. La lengua antigua. Era lo que hablaban los primeros etirios cuando *no querían* que los dioses oyeran lo que pensaban. Un idioma *secreto*. —Apuntó a Zevander con la mano—. Ahora que ya está despierto y en pie, me gustaría enseñaros dónde vais a dormir.

—¿Dormir? —preguntó Zevander.

—Sí, se está haciendo de noche. —Señaló con la cabeza una ventana que teníamos detrás, desde donde se veía el crepúsculo sobre la montaña—. Antes de llevaros a la veta, celebraremos el

Somnial de Invierno.

Zevander no dijo nada al respecto. A lo mejor pensaba que la mujer tenía intención de enseñarnos el vivicanto que había allí. Yo quería hablar con él en privado de la prueba que me había propuesto ella, así que tampoco abrí la boca.

—¿Dónde está mi espada? —preguntó.

Se había dado cuenta de que no tenía las armas, cómo no.

—Las armas que recogimos las dejamos en vuestros aposentos. —La sacerdotisa nos indicó la puerta—. ¿Vamos?

De camino a la salida, vi que Corwin cogía un tarrito de boticario de la mesa donde estaba la lyveriana, que le dedicó una sonrisa, y yo le toqué el brazo a Zevander para que se detuviera.

—Un momento —dije, y atravesé la habitación hacia Corwin.

Según me acercaba, se dio la vuelta y bajó la vista.

—Mis disculpas más sinceras, Maevyth.

Yo, con la frente arrugada, ladeé la cabeza, desconcertada.

—¿Por?

Él seguía rehuyéndome la mirada.

—Por abandonar a tu hermana en la iglesia. No estaba… del todo bien. Vaya, que me puse un poco nervioso cuando se le volvieron los ojos negros. Y cuando empezó a contar y arañar el suelo… Fue aterrador. Incluso intentó morderme en un momento dado. Pero, de todos modos, fui un cobarde y salí corriendo. No tendría que haberme ido.

Esbocé una sonrisa.

—Corwin, de cobarde nada. Nos salvaste la vida. Rescataste a los caballos y no dejaste solo a mi padre. —Le cogí la mano y, entonces, alzó la vista—. Eres mucho más valiente de lo que crees. Gracias.

Él asintió con la boca cerrada.

—Gracias a ti por esa cosa tan… curiosa. —Enseñó la palma para ilustrar lo que decía—. El látigo de huesos… Increíble. Fuiste muy valiente.

Le di un apretoncito en la mano y sonreí.

—La sacerdotisa va a enseñarnos nuestros aposentos.

—Ah, eh… —Corwin miró a la lyveriana, que sonrió y bajó la vista—. A mí me lo va a enseñar Zelaia, pero gracias.

Asentí y volví corriendo con Zevander y Erithanya, que estaban esperándome. La sacerdotisa nos guio fuera del templo y bajamos la escalera de piedra que daba al camino empedrado principal, el cual se adentraba en el pueblo. Mientras la seguíamos, noté que nos miraban y, al volverme, vi a unos críos escondidos detrás de unos árboles.

El camino se bifurcaba y en medio había una alta escultura de piedra de una mujer sujetando una guadaña que parecía hecha de hueso pulido. Los ojos plateados no dejaban lugar a dudas: era Morsana.

Si bien la aldea no estaba tan avanzada como Foxglove, que contaba con tiendas y carreteras, tampoco era tan básica. Desde luego, nada que ver con lo que había oído: que las mujeres iban por ahí corriendo en cueros y que solo había chozas. Las casas eran de madera y piedra con el tejado de paja, aunque parecían igual de sólidas que cualquiera más elaborada de Foxglove.

Zevander me agarró del brazo para aminorar la marcha y poner cierta distancia entre nosotros y la sacerdotisa.

—Hay algo que no estás contando —dijo en voz baja mientras recorríamos la aldea, recibidos por las miradas de los lyverianos con los que nos topábamos.

—No hay que ser siempre tan listo, ¿sabes? No pasa nada si se te pasa algo por alto de vez en cuando.

—Espero que me lo acabes contando.

—Sí.

—Dime al menos si voy a tener que matar a alguien antes de que acabe el día. A lo mejor necesito una dosis más alta de vivicanto.

—No, lo dudo. —Con una sonrisa en la cara, miré a los curiosos que nos observaban y no detecté ni un atisbo de hostilidad. Una señora mayor incluso nos saludó con una reverencia y me tocó la mano de forma cariñosa.

Él profirió un ruido gutural de desaprobación.

—Mejor espero y juzgo por mí mismo. Tú te pasas de amable a veces.

Yo me reí entre dientes.

—Y tú te pasas juzgando.

Erithanya sonrió por encima del hombro al acercarnos a una hilera de casitas.

—¿Queréis estar separados? Algunos han expresado su deseo de compartir cama con vosotros.

—No —gruñó Zevander.

La sacerdotisa rio por lo bajo y nos indicó una de las pequeñas moradas.

—Hemos puesto al resto de tu familia junta. —Señaló una vivienda a dos casas de la nuestra—. Allí. Os traeremos ropa limpia, y dentro hay una palangana con agua fresca de lavanda y comida. —Se inclinó hacia Zevander para captar su atención—. A ti te he dejado un poquito de vivicanto. He tenido que calcular tu peso a ojo. Espero no haberme desviado mucho.

Él ni se inmutó, lo cual confirmaba que seguía sin fiarse de la mujer.

—Muy amable por tu parte, sacerdotisa. Gracias —dije en su

nombre.

—Un placer. Vendrán a recogeros para las festividades de esta tarde. Ahora toca descansar y alimentarse.

La puerta de entrada a la casa, al igual que la del templo, tenía un hechizo de protección grabado en la madera. Al empujarla accedimos a una sala pequeña y cálida con paredes de piedra tosca, vigas curvas de madera que formaban un techo abovedado cubierto de paja y un suelo de adoquines desnivelado. Había una chimenea encendida enfrente de una mesita con dos sillas, donde aguardaban un cuenco de fruta, una tajada de carne ahumada y una jarra de agua. En el lado opuesto de la habitación había una cama de madera con pieles gruesas y una manta de punto y, al lado, una mesa con una palangana, una jofaina y paños de tela.

Del techo colgaban bolsitas y huesos pequeños. Zevander cogió uno y lo examinó.

—Qué bien… —dijo, y se adentró más en la habitación.

Tenía los pies doloridos, así que me quité las botas y abrí y cerré los dedos para aliviarlos. Al lado de la chimenea había un cubo de madera con agua; cuando introduje los dedos, noté que ya estaba caliente. Metí los pies y me calenté junto al hogar, extasiada.

Miré por encima del hombro y vi a Zevander evaluando sus armas, que habían dejado junto a la cama; sacó la espada de la vaina y la escudriñó.

Después de entrar en calor, me sequé los pies y me dirigí a la cama, y de camino cogí un higo glaseado del cuenco. Había dos pilas de ropa sobre el colchón; levanté una de las prendas: un vestido negro satinado largo con plumas en el cuello. En la cintura tenía una cadena de piedras preciosas rojas y huesos blanqueados.

Zevander se aproximó mientras limpiaba una de sus dagas con un trapo y, cuando me volví, lo vi admirando la prenda.

—Estoy deseando verte con eso puesto. Pero, primero, ¿qué tal si me cuentas qué cojones está pasando?

—La sacerdotisa cree que soy una vasmora.

—Un receptáculo divino —repuso él inexpresivamente.

—Sí. Por elección de una diosa, puesto que, en algún momento de mi vida, mi destino cambió. —Con los labios apretados, ladeé la cabeza mirándolo, pero Zevander seguía con la misma expresión impasible de siempre—. Creen que estoy aquí para recuperar su linaje.

Él juntó las cejas.

—¿Cómo?

—Emparejándome con su mejor guerrero. —Doblé el vestido y lo dejé en la pila, imaginándome qué cara estaría poniendo en ese preciso momento—. Cosa que no tengo intención de hacer.

—Bien. No me habría gustado aguarles el Somnial de Invierno con una matanza.

Suspiré y me volví para mirarlo de frente.

—Pero, para demostrarle que ese no es mi sino, he accedido a que me sometan a la veta esta tarde. Si salgo ilesa, darán por ciertas mis palabras. —Le clavé el dedo en el pecho—. Por eso necesito que esta noche te quedes al margen. Si descubren que tienes algo que ver con el fuegosocuro, van a dudar de mí y me obligarán a acostarme con uno de sus guerreros.

—¿Y qué pasa si los mato a todos?

—Que mi padre y mi hermana no estarán a salvo aquí.

—Nos vamos esta noche. Averiguaré dónde guardan el vivicanto y me llevaré lo suficiente para aguantar un tiempo.

Yo sacudí la cabeza, atónita.

—¿Propones que nos quedemos en Mortasia? ¿Y Cadavros? ¿Qué pasa si te da caza? En Etiria al menos no puede ponerte la mano

encima.

—No lo veo desde la noche que caí en la caligorya. Igual me ha dado por perdido.

—O a lo mejor está esperando a que encuentres la veta y recuperes tus fuerzas.

Él negó con la cabeza, sonriendo sutilmente.

—Eres más lista de lo que te conviene.

—Yo creo que te gusta restarle importancia a mis preocupaciones ignorando lo obvio. —Lo aferré de la camisa y lo miré a los ojos con una determinación inquebrantable—. Deja que haga esto. Les demostraré que es posible desafiar el destino ya escrito y me ganaré su respeto. Y a lo mejor hasta dejan a mi padre y a Aleysia quedarse. Y luego…

—¿Luego qué?

Le solté la camisa.

—Luego vuelvo a Etiria contigo.

Me estudió con esos ojos pensativos, sin lugar a duda buscando el menor indicio de indecisión en mis palabras.

—¿Eso es lo que quieres? Tu familia está aquí.

—Tú habrías dejado a la tuya para quedarte conmigo. La única diferencia es que, si me voy contigo, salvaremos al mundo de una plaga.

—No este mundo.

Ese mismo pensamiento me rondaba la cabeza desde el momento en que habíamos sacado a Aleysia de la bodega. Esos bichos seguirían existiendo en Mortasia, pero el peligro acechaba a ambos lados del Valle Umbrío.

—Sí, tienes razón. Pero al menos están listos para luchar. Tú mismo lo dijiste: imagina que esos bichos tuvieran magia de sangre. Si lograsen entrar en Etiria, o si los etirios vinieran aquí y se

contagiaran, ni siquiera tendrían una oportunidad.

Él, con la mandíbula tensa, empezó a digerir mi argumento a regañadientes.

—La veta está extinta, ¿no?

—Sí. ¿Ves? Mientras no te acerques a ella *ni a mí,* será tarea fácil garantizar la seguridad de mi padre y mi hermana.

Él exhaló con ímpetu y dejó la espada en la cama.

—Vale. Me mantendré al margen. Pero que sepas que, si intentan hacerte daño, los mato. A todos.

—Creo que la sacerdotisa es mi tía. Dudo que quiera hacerme daño.

—Da igual, la amenaza sigue en pie. —Se dispuso a darme un beso, pero le vi algo en la cara y lo frené poniéndole la mano en el pecho.

—¿Eso que tienes ahí son tripas de vérmido?

Él levantó la mano y se rascó la mandíbula para quitarse una salpicadura de lo que parecían trocitos de carne.

—Sí, de cuando han explotado seguramente.

—Bueno, pues deja que te lo limpie primero.

Me dedicó una sonrisa, la primera desde hacía un buen rato.

—Dicen que es un manjar —apuntó.

—¿Quién lo dice? ¿Los muertos? —Me acerqué despacio a la palangana, sin darme cuenta de que venía siguiéndome hasta que, al mirar hacia un lado, lo vi detrás de mí. Alargué el brazo para coger el paño que había junto al agua, pero se me adelantó.

Me rodeó con el brazo y dejó la mano suspendida sobre la palangana hasta que empezó a salir vapor. Luego sumergió el paño, lo escurrió y me lo pasó por la garganta.

Noté el calor penetrando en la piel y cerré los ojos, sofocando el impulso de gemir mientras él me frotaba la clavícula y, de paso, me

bajaba el vestido por el hombro.

—Estaría bien darse un baño, pero esto no está nada mal tampoco —dije con voz sonriente.

Me retiró el pelo y me besó el hombro, justo donde acababa de limpiarme, y siguió avanzando hasta la curva del cuello, donde hundió la cara a la vez que me rodeaba con los brazos y me estrechaba un segundo.

—Antes, en la iglesia…, pensé que te había perdido. No alcancé a verte desde los escombros, y recé para que las piedras me aplastaran.

—Me alegro de que los dioses no te hayan hecho caso. —Noté su sonrisa en la piel y, dándome la vuelta para mirarlo de frente, cogí el paño, lo sumergí en el agua caliente y se lo pasé por la boca y la mejilla, con cuidado de no tocar los cortes que atravesaban las venas negras. Me demoré un largo momento en ellas—. Aleysia estaba contagiada. La sacerdotisa se ha dado cuenta y la ha curado. —Volví a sumergir el paño y le limpié el cuello y la mandíbula, pues tenía varios trocitos minúsculos de vérmido.

—¿Cómo?

—Con mi sangre. Y con la suya. Ha preparado una especie de elixir con ambas. Según ha dicho, Aleysia ha estado muerta un minuto o así. Al despertar, ya no tenía la infección.

Él metió los dedos por el dobladillo de su andrajosa camisa y se la quitó, y yo pasé la mano por la superficie dura de su pecho.

—Zevander…, cabe la posibilidad de que tú también te hayas contagiado. La cicatriz que tienes en la cara… se parece a la de Aleysia.

—¿Esa es tu forma de decirme que me quieres matar?

—No. —Dejé de sonreír—. Erithanya ha dicho que Morsana nos ha devuelto a Aleysia porque quiso. Lo que me aterra es que no

tengo claro si haría lo mismo contigo. Pero si te transformas en una bestia de esas…

Sentí un hormigueo en el borde de los ojos: las lágrimas amenazaban con brotar; puede que fueran fruto de las emociones reprimidas tras lo que había pasado en la iglesia, pues creía que Aleysia había muerto. No había tenido ocasión de procesarlo ni asimilar todo lo que había ocurrido, y la posibilidad de que él se hubiera contagiado era la gota que colmaba el vaso. Demasiadas cosas a la vez. Me volví hacia la palangana para impedir que viera la emoción que me estaba consumiendo en ese mismo momento.

Él me levantó la barbilla con un dedo para que le prestara atención.

—Hace siglos que tengo esta cicatriz. No entiendo por qué iba a convertirme en un bicho de esos a estas alturas.

—Espero que no pase. —Parpadeé deprisa para deshacerme del velo de lágrimas que me cubría los ojos—. Sería raro besar a una araña.

Él se rio entre dientes y rozó la frente con los labios.

—O sea, que seguirías conmigo aunque me transformara en una bestia extraña de esas, ¿no?

—No me quedaría otra. Somos compañeros, ¿no? —El deje cómico se extinguió—. Me faltaría valor para matarte si supiera que sigues ahí dentro, en alguna parte.

—¿Te acuerdas de lo que te dije? No pienses. Sigue tu instinto. También en lo que a mí respecta.

—Vamos a dejar el tema por ahora —dije, pues quería desechar esos pensamientos sombríos—. Todavía tengo que limpiar muchos trocitos de vérmido. —Cogí la jofaina de arcilla que había junto a la palangana, vertí agua caliente sobre el paño y se lo pasé por el pecho. La fragancia a lavanda me apaciguó los nervios y paré un

momento para darle un beso donde acababa de limpiarle.

Él trasteaba con las manos en mi espalda y, a los pocos segundos, el escote del vestido cedió y cayó hasta las mangas. Saqué los brazos y se deslizó hasta el suelo, así que me quedé desnuda delante de él.

Zevander aclaró el paño con agua limpia, igual que había hecho yo hacía un momento, y me lo pasó desde los hombros hasta los pechos, donde se entretuvo masajeándolos, tela caliente mediante. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, y él se inclinó hacia mí y me enganchó un pezón con la boca. Sentí su gruñido vibrando en la carne y un anhelo entre los muslos. Cambió de pecho y succionó el otro pezón, provocándome un placer insoportable, y yo lo así del bíceps y me arqueé, buscándolo.

Me acarició con la lengua y me rozó con los dientes, lo que hizo que se me escapara un leve gemido.

Me tenía sujeta por el cuello y la espalda con sus fuertes brazos mientras colmaba mis pechos de atenciones.

Volvió a sumergir el paño en el agua y, sin dejar de mirarme, fue bajando poco a poco, con la cabeza oportunamente en paralelo a mi pecho, hasta ponerse de rodillas. Lo deslizó por el vientre y me dio un beso en el ombligo; después pasó a las caderas y los muslos, donde me besó la parte interna y carnosa de la pierna. Tiró el paño a un lado, cogió uno limpio de la pila y lo introdujo en la jofaina. Sin dejar de mirarme, se puso mi pierna sobre el hombro y me frotó la entrepierna palpitante con el paño nuevo, con pasadas suaves, lentas y relajadas. Lo aclaró otra vez y, al notarlo más caliente, me agarré al borde de la mesa para estabilizarme, invadida por una sensación de mareo. Agachó la cabeza y pasó la lengua por la abertura húmeda de mi sexo con la misma avaricia que quien ha robado la última fruta madura del mundo.

Lo agarré del pelo y solté un gemido, encogiendo los dedos de los pies a su espalda, con la pierna apoyada en su hombro.

Me aferró las nalgas y, apretando el paño contra una de ellas, me atrajo hacia su cara y me devoró como quien lleva días sin comer en condiciones.

Yo movía las caderas como una autómata contra su cara mientras él me succionaba y lamía. Noté dos dedos entrando en mí, deslizándose con facilidad gracias a lo húmeda que estaba por mi excitación. Me temblaban los muslos de tanto forzarlos para que no cedieran. Los gemidos se me escapaban de la boca y me mordí el labio mientras la tensión se acumulaba dentro de mí.

Aumentó sin parar. Hasta tal punto que mi cuerpo temblaba y los músculos se me agarrotaron.

Me dio un buen lametazo donde todos mis nervios se juntaban y yo dejé caer la cabeza, desmadejada, abriéndome al estallido de placer. Zevander movía la lengua con maestría y me arrancó un sonido extático y agónico cuando hundió la cara y succionó la humedad que él mismo había suscitado.

Yo respiraba entrecortadamente, esforzándome por sosegar mis latidos y las palpitaciones de mi entrepierna.

Entonces llamaron a la puerta y entré en pánico, quedándome sin aliento del sobresalto.

—¡Maeve! —gritó Aleysia—. ¿Estás ahí?

—¡Estoy… aseándome! ¡No entres, por favor!

—¡Solo quiero enseñarte un vestido! ¡Me parezco a ti! —Se rio entre dientes y yo me tapé los ojos, intentando apaciguar mis nervios.

Zevander volvió a lamerme y yo arqueé las caderas y resoplé.

—¡Salgo enseguida! —dije con la voz quebrada mientras bajaba la pierna de su hombro—. ¡Estoy… estoy terminando!

—¡Vale! ¡Te dejo que acabes!

Zevander se enderezó y, con la cara radiante, se metió los dedos en la boca para lamérselos.

—Yo diría que ya has acabado.

Apreté la boca, reprimiendo una sonrisa, y le di un golpecito con el dorso de la mano.

—Sabes que eres un descarado, ¿no?

—Lo que estoy es descaradamente obsesionado con tu co…

Le tapé la boca y señalé la puerta, donde se veía la sombra de mi hermana, que seguía ahí plantada.

—¿Querías algo más, Aleysia?

—Eh… ¡No! ¡Voy a… voy a ver… cómo está papá! ¡Bueno, hasta luego!

Él meneó la cabeza y chascó la lengua.

—Mira que es cotilla, ¿eh?

—Supongo que ambas tenemos cierta vena cotilla. —Le arrebaté el paño y lo aclaré en el agua, que ya se había enfriado—. Mejor recaliéntala. No quiero que te congeles mientras te limpio por segunda vez.

Zevander puso la mano sobre la mía y me lo quitó con delicadeza.

—Come algo. Ya me lavo yo.

—Quería corresponderte.

Él sonrió y me dio un beso en el cuello.

—Esta noche. No quiero empezar nada que no podamos terminar.

Sonriendo, le susurré al oído:

—Lo estoy deseando.

Me rodeó con los brazos, estrechándome con fuerza, y me apretó el culo mientras me daba un beso en la curva del cuello.

Después de soltarme me miró de arriba abajo relamiéndose.

—Y yo.

68

Maevyth



Las plumas negras del escote de Aleysia saltaban alrededor de su cuello mientras ella bailaba junto a la enorme pira. Dos guerreros de la aldea habían mostrado interés en ella y estaban representando una danza ritual, según había entendido, aunque parecían dos pavos reales disputándose su atención. Ambos entrechocaban unos huesos con las manos y llevaban tocados con plumas negras.

—Son mejores amigos —dijo una mujer, no mucho más mayor que yo, que se me acercó mientras buscaba a Zevander.

Aunque él había accedido a mantenerse al margen durante la velada, me figuré que no iba a hacerlo del todo, así que estaba convencida de que estaría por ahí acechando.

—El que descarte la protegerá y la vigilará como si lo hubiera elegido a él —prosiguió la mujer, y yo me fijé en mi hermana.

Me reí por lo bajo mientras la observaba contoneándose entre ambos hombres con la copa en alto.

—Dudo que Aleysia esté buscando pareja. Creo que simplemente

está un poquito achispada.

—La danza morteliana es un rito iniciático que hace las veces de afrodisiaco —dijo la lyveriana frotándose su vientre redondeado—. Este niño llegó al poco de la representación de mi compañero.

Volví a mirar a Aleysia y me la imaginé emparejada con uno de esos guerreros, tan feliz como en ese preciso momento. ¿Eso era posible?

Detrás de ella estaba mi padre sentado con Erithanya y Corwin. Los tres, ataviados con plumas, reían y bebían con regocijo. Cerré los ojos y me imaginé cómo sería su vida allí sin mí.

—Vasmora —dijo una mujer, y volví a abrirlos; era una anciana que se había arrodillado a mis pies con una rosa negra con los bordes plateados en la mano, como aquella que había visto en Etiria. La dejó en el suelo, delante de mí, al lado de una hogaza de pan. Juntó las manos y me hizo una reverencia, y luego me frotó el brazo cuidadosamente con lo que parecía un fragmento de hueso.

La mujer que tenía a mi costado se inclinó.

—Una muestra de gratitud para la vasmora.

—Gracias. —Le dediqué una sonrisa a la anciana y, según se levantaba, se arrodilló ante mí otra mujer, esa más joven.

Dejó una manta de punto y unas barritas de miel junto a la hogaza y la flor.

—Vasmora —dijo inclinando la cabeza, al igual que la anterior, y me frotó el brazo con un hueso pulido.

Yo se lo agradecí con una sonrisa.

Sentí que me ruborizaba y miré para otro lado. Me había pasado toda la vida sintiéndome rechazada, despreciada y ridiculizada por ser como era, menospreciada por un pueblo entero; pero esa noche la gente se postraba ante mí. Mientras observaba las caras que me rodeaban, me sentí conmovida por su actitud reverencial. Se me hizo

un nudo en la garganta, así que cogí el vino, con la mano un poco temblorosa, para ocultar mi malestar bebiendo.

Un hombre alto, robusto y musculoso hincó una rodilla en el suelo e inclinó la cabeza.

—Vasmora, para mí sería un honor darte mi simiente.

Escupí el vino y la mujer de al lado se rio por lo bajo mientras yo me enjugaba la cara con el dorso de la mano, compungida por las gotas que le habían salpicado.

Esbozó una leve sonrisa mientras se limpiaba con sutileza.

—Estaría muy agradecido por que compartiéramos lecho, por que llevases un bebé mío en el vien…

—Para —lo interrumpí, y carraspeé. No quería ofenderlo, pero no tenía ninguna intención de considerar su oferta—. Gracias —dije con una sonrisa tímida.

Él asintió con las cejas fruncidas y, al igual que el resto, me frotó el brazo con un fragmento de hueso. Cuando se puso de pie, ocultó el bulto que tenía entre los muslos y se fue a toda prisa.

—Es nuestro mejor cazador. No hay mujer en la aldea que no lo haya buscado. —La mujer de al lado suspiró—. Yo incluida.

—No pretendía ofenderlo. Ya estoy… emparejada. —Por mucho que hubiera intentado hacerme a esa palabra, aún me costaba pronunciarla.

—Entiendo. Te refieres al guerrero que venía contigo. Si yo no tuviera ya un vínculo, también querría emparejarme con él. —Al oír ese comentario, me costó sonreír—. La sacerdotisa nos ha asegurado que, al margen de lo que elijas, algún día recuperaremos nuestro linaje.

Me sentí aliviada al oírla insinuar que yo tenía libre albedrío. Ya me había opuesto antes a unirme a nadie y volvería a hacerlo sin dudar.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que no vi venir a mi padre renqueando hasta que se dejó caer en el suelo a mi lado.

Supe por sus carrillos sonrosados que quizá se hubiese pasado con el vino.

—Parece que te has granjeado mucha admiración esta noche —dijo señalando los regalos.

—Confieso que no acabo de acostumbrarme a esto.

Su sonrisa se esfumó y miró su copa de vino, apoyada sobre el muslo.

—Te pido perdón, Maeve. Siento no haberos protegido como es debido.

Sentí un desagradable escalofrío: una vez más, me enfrentaba a una sensación que me era ajena.

—Padre, no tienes que…

Él me dio una palmadita en el hombro.

—Déjame terminar, por favor. Me he pasado una infinidad de horas en una celda, pensando en lo que te diría si volvía a verte. —Le asomaban las lágrimas y yo tuve que parpadear para contener las mías—. Creía que, si me unía a los Hombres Rojos, Sacton Crain nos vería con buenos ojos, pero, por lo visto, eso no impidió que te torturara.

—No es culpa tuya. Era una persona cruel.

Mi padre asintió y sonrió levemente.

—Siempre he querido pensar que a lo mejor somos quienes somos por las circunstancias que vivimos. Hay que ser un dios muy cruel para torturar así a la gente por voluntad propia. —Era raro oír a padre hablar así del dios rojo; me pregunté si el vino le habría afectado—. Hemos condenado a los lyverianos durante siglos por rendirle culto a Morsana. Intentamos cambiarlos y que se convirtieran porque nos daba miedo lo que apoyaban. Y, aun así,

Caedes, el dios rojo, instigó el derramamiento de sangre y la guerra. —Padre meneó la cabeza, con la mirada perdida—. En el fondo, todos le rendíamos culto a la muerte en cierto modo, pero ellos eran mucho menos violentos.

Ambos nos quedamos mirando a Aleysia, que seguía riendo y bailando con unas mujeres que se le habían unido.

—Te trataban como si fueras una aberración. El germen de la plaga.

Al volverme hacia él vi que le temblaba la barbilla, como si estuviera aguantándose el llanto.

—No eras más que una niña. Lo único que querías era que te quisieran.

A pesar del dolor que me produjo oír esas palabras, sirvieron de alimento para mi corazón famélico y las lágrimas empezaron a brotarme, rodando por las mejillas. Él me rodeó con los brazos y yo apoyé la cabeza en su hombro y me rendí ante aquel reconocimiento, ante esa validación que tantos años llevaba intentando conseguir.

Vi entre lágrimas que Aleysia bajaba el ritmo. Cuando nos vio, sonrió y asintió con complicidad. Luego retomó el baile.

—El tal Zevander este… ¿Tú lo quieres? —El tono serio con que lo dijo no pudo ocultar su emoción.

Me puse recta y sonreí.

—Sí. —Se me hizo extraño reconocerlo por fin con tanta facilidad —. Es como si lo quisiera de toda la vida.

Mi padre asintió.

—Yo sentí eso mismo con la madre de Aleysia. Cuando murió, fue como si yo muriese también. —Alzó la copa para darle un sorbo al vino, pero vaciló—. Quieres irte con él a su tierra.

Sentí una opresión en el pecho, pues aún no me había planteado

cómo sacar el tema a colación con él y Aleysia.

—Bueno…, no sé si…

—Pero sí sabes que lo quieres, ¿no?

Yo asentí.

—Sí.

—¿Te sientes segura con él? ¿A gusto y feliz?

—Sí, claro.

—En ese caso, deberías ir.

—Tú y Aleysia no podéis cruzar la… frontera que nos separa de su tierra. —Teniendo en cuenta que a mi padre le costaba aceptar la posibilidad de que existiera otro mundo, tuve cuidado con las palabras que elegía—. Irme con él implicaría dejaros aquí.

—Nuestro mundo es este, Maevyth. —Seguro que lo dijo porque estaba bebido—. Es el único que conocemos.

—No sabía que creyeras en la existencia de otros.

—No creía. —Juntó las cejas, con la mirada perdida—. Pero no hay nada en este mundo capaz de combatir los bichos esos de la iglesia. Y nosotros sobrevivimos. Gracias a él. Y a tus… capacidades. Nos enfrentamos al mal. —Alzó la copa de vino y le dio un sorbo—. Cuando llegaste a nuestra familia, me preocupó que este mundo y nuestro odio hacia los demás acabaran contigo. Es un orgullo ser tu padre. Y me alegro de que el dios rojo nos encomendara tu crianza. Quiero que vayas donde te dicte el corazón. A Aleysia y a mí nos irá bien.

Entre lágrimas, vi a mi hermana con la cabeza apoyada en el pecho de un lyveriano mientras se mecían.

—¿Estaréis a salvo aquí?

—Muchísimo más que en Foxglove. Los lyverianos son mucho más tolerantes que nosotros. Traicioné a su sacerdotisa y le dije a Moros dónde estaba el vivicanto. Eso derivó en la matanza de su

gente, y aun con esas nos han acogido, se han ocupado de nuestras heridas. A pesar de traicionarla miserablemente, ella me ha perdonado.

—Padre, eres buena persona.

—Eso pretendo. Por eso te animo a que escuches a tu corazón. Prométeme que vas a hacerlo.

—Te lo prometo.

La sacerdotisa nos observaba desde más allá de la pira.

—¿El Somnial se parece a nuestra celebración del solsticio? —pregunté.

—En cierto modo, sí. El Somnial rinde homenaje a los dioses. Desde hace años es un acontecimiento importantísimo para los lyverianos. Creen que su incapacidad para resucitar es un castigo. Tu presencia les da esperanza.

—No tengo ningún interés en parir a toda una generación. Mi destino no es ser un receptáculo divino.

—Puede que no. Puede que Morsana te tenga preparado otro destino.

La sacerdotisa, como si supiera de qué estábamos hablando, se levantó y me llamó con la mano.

—Ha llegado el momento de buscar la veta y descubrir qué bendiciones o qué maldiciones nos depara el futuro.

Estaba tendida con los brazos y las piernas encadenados, con la espalda pegada a la superficie serrada de la veta extinta. Mirando al cielo, me pregunté si Raivox estaría ahí arriba en ese momento, observándome. De ser así, vería que no me habían colocado en una postura muy agradable.

A mis pies había un símbolo muy raro dibujado en tiza sobre la

roca negra, el cual había averiguado que estaba relacionado con Deimos. Los aldeanos estaban asomados al borde de la veta, a unos cinco metros de altura de donde yo estaba tumbada, mirándome con curiosidad.

Busqué a Zevander entre ellos, pero solo vi a mi padre, a Corwin y a Aleysia, los tres con una cara de preocupación que me decía que el plan no acababa de convencerlos.

—La veta está extinta de verdad, ¿no? —Me reí, pero se me atascó la carcajada en la garganta cuando la sacerdotisa tiró fuerte de la cadena.

—Desde hace siglos.

—Bien. Y tú no irás a reactivarla furtivamente, ¿no?

—Solo pueden hacerlo los dioses. Una vez extinta, así se queda para siempre.

—Está bien saberlo.

—Vamos a invocar a Deimos. Si te perdona la vida, quedará demostrado que la profecía no es cierta. En caso contrario, arderás.

Tragué saliva.

—¿Y tú pretendes invocarlo? ¿Por qué no esperamos a que se presente él, si así lo decide?

La sacerdotisa levantó una ceja y apretó el amarre de los pies.

—¿Te da miedo su dictamen?

—Para nada. Confío plenamente. —Volví a buscar a Zevander entre el gentío, intentando dilucidar si prefería que estuviera presente o no.

—Muy bien, vamos allá. —Se volvió hacia la muchedumbre y alzó las manos—. Hemos protegido esta veta desde que nuestros ancestros llegaron a la tierra de los mortales hace siglos. —Su voz resonó por la profunda zanja—. No pretendemos herir a la vasmora. El destino nos ha mostrado dos caminos: por un lado, nacimiento y

vida; por otro, fuegoscuro y muerte. La elección está en manos de Morsana. Nosotros, como humildes servidores que somos, aceptaremos la decisión de nuestra querida diosa.

Erithanya se volvió hacia mí, se puso de rodillas a mi lado y se sacó un puñal pequeño y fino de la capa. Con el brazo tan bien sujeto que me era imposible zafarme, observé cómo deslizaba la hoja por mi palma. A su paso, la daga dejó un rastro candente del que emergió un hilillo de sangre que cayó en la roca.

—Dios del fuegoscuro, señor del fuego, nosotros te invocamos. Deimos. Deimos. Deimos. La sangre en la veta ya hemos derramado. Por medio de huesos rotos te llamamos. ¡Deimos! —La gente coreaba con ella y el eco de las voces se oía por toda la sima—. ¡Deimos! ¡Deimos!

Puede que fueran imaginaciones mías, pero noté la espalda caliente y, en cuestión de segundos, aparecieron mis primeros atisbos de duda. El gentío repetía el cántico con ella y yo noté que la roca desprendía más calor y me puse nerviosa.

¿Me había equivocado?

Volví a buscar a Zevander entre la multitud, preguntándome si me vería, si percibiría el pánico que me atenazaba la garganta. Miré al cielo. En caso de tener que recurrir a Raivox, ¿cuánto tardaría?

La roca ya quemaba y Erithanya, al darse cuenta, cambió el peso de pie, frunciendo el entrecejo. Se apresuró a irse de allí y tres de sus hombres lyverianos la agarraron de los brazos y la ayudaron a salir de la veta.

Cerré los ojos para calmarme, con el coro de voces de fondo.

El calor se extinguió cual vela moribunda. La roca se enfrió. Al principio no estaba segura de si el calor me había dejado adormecida, pero al abrir los ojos ya no se oían los cánticos.

Me pasé varios minutos mirando las estrellas mientras un dolor

se me extendía por la espalda, con la columna comprimida por la roca.

La sacerdotisa por fin le hizo un gesto al lyveriano que tenía al lado. Él, sin dudarlo, se adentró en la veta y apoyó la palma en la piedra.

—Está fría —dijo—. ¡La roca se ha enfriado!

—Pues está decidido. ¡Vivirá! Morsana ha elegido su camino, así que la acogeremos y la protegeremos. ¡Veremos con qué maravilla nos bendice!

La gente empezó a vitorear y yo, aliviada, sentí que se me relajaban los músculos. Me fijé en una silueta con capa que se movía con discreción entre la muchedumbre y negué con la cabeza, apretando los labios.

Estaba de brazos cruzados delante de Zevander, despatarrado en una silla con una pinta dolorosamente apetecible, con la camisa desatada.

—No has podido resistirte, ¿eh?

Él se encogió de hombros y esbozó una sonrisa pícara.

—No ha habido daños.

—Puede, pero yo sí he notado algo.

—Sí. Estabas temblando. Supuse que tenías frío y calenté la roca.

Yo ladeé la cabeza.

—¿Cómo lo has hecho? Estabas muy lejos.

—Calor radiante. —Apuntó al suelo con la palma y noté una cálida sensación en las plantas de los pies que me subió hasta el pecho, penetrándome hasta los huesos como si fueran brasas—. Así os ayudé a Aleysia y a ti a entrar en calor antes de partir a Foxglove.

Noté unas pulsaciones cálidas y prolongadas recorriéndome la piel, una especie de manos febriles, y sentí un escalofrío por la columna.

—Pues por un momento me has asustado muchísimo. Pensaba que de verdad había aparecido un dios.

Zevander se enderezó, me cogió por la cintura y me arrimó a él.

—Mi bruja lunar, ni siquiera un dios podrá tocarte sin sufrir las consecuencias. —Me colocó un mechón detrás de la oreja y me acercó a él para besarme—. He esperado pacientemente a que llegara el momento de quitarte este vestido. —Ladeó un poco la cabeza y me recorrió con la mirada desde la cara hasta las elevadas aberturas que dejaban los muslos al descubierto . Luego pasó el dedo por mi piel expuesta.

Yo intenté por todos los medios ignorar esa caricia y, entrecerrando los ojos, le pregunté:

—¿También me viste en el Somnial?

—¿Lo que quieres saber es si vi a ese penoso mortal ofreciéndote su semilla? —Se rio por la nariz—. Sí.

Ladeé la cabeza y alcé las cejas.

—Estoy impresionada. Pensaba que reaccionarías de forma más violenta.

Él levantó un hombro.

—Para nada.

Yo arrugué la frente mientras analizaba su semblante, impasible.

—¿Qué has hecho?

Él meneó la cabeza, apretando los labios.

—Nada grave.

—¿A qué llamas *nada*? —pregunté con voz apagada.

—Le puse una gotita de esencia de purgadora en el vino.

Con los ojos como platos, tuve que cerrar la boca para reprimir

la risa que se me iba a escapar.

—No puede ser. —La purgadora era una raíz cuyas propiedades laxantes duraban horas—. ¿De dónde la sacaste?

—La sacerdotisa tiene una buena colección de elixires.

—¿Te colaste en su templo?

—La puerta estaba abierta y no había vigilancia. Me lo tomé como una invitación a coger lo que quisiera. —Me dio un empujoncito con el brazo para que me sentara en su regazo y, al ponerme a horcajadas sobre él, se me subió el vestido por los muslos. Zevander levantó un poco la cadera y se sacó del bolsillo un frasquito con un líquido rosa que me ofreció.

—¿Y esto qué es?

—Un afrodisiaco —dijo él, y me dio un beso en el cuello.

Se lo quité y lo dejé en la mesa de al lado.

—Contigo no me hace falta.

—¿No me digas?

—Ajá. —Le rodeé el cuello con los brazos y él me dibujó una línea de besos en la garganta—. No me cuesta mucho excitarme.

—Menos me va a costar a mí cuando desaparezca este vestido —me dijo pegado a mi cuello metiendo los dedos por las aberturas del vestido, a la altura de los muslos. Me lo deslizó hacia arriba, por la curva desnuda del trasero, y me agarró las nalgas mientras levantaba la barbilla en busca de mis labios. Y, justo al besarme, su actitud cambió.

Esas mismas manos que acababan de agarrarme con determinación y firmeza empezaron a temblar, pero no con deseo ni lujuria. Me aferraba con la misma tensión que una presa a punto de reventar. Bajó la mirada, cortando el beso. Al verlo fruncir las cejas volví a percibir ese extraño destello de vulnerabilidad. Ese momento único en el que parecía bajar la guardia.

—Necesito…

Le tapé la boca con el pulgar y le di un beso en la frente.

—Lo sé —susurré—. No hace falta que me lo pidas.

La intensidad de su penetrante mirada mutó en un vacío inquietante plagado de pesadillas. Noté el tacto delicado de sus manos en la parte baja de la espalda mientras buscaba en mis ojos cualquier atisbo de duda. Quizá un parpadeo vacilante o un destello de repulsión. Yo, en cambio, le aguanté la mirada y le aseguré que estaba bien, a pesar de mi aversión a hacerle daño.

Me sostuvo la mejilla y, con su mirada atormentada, me contempló como si fuera sagrada, un secreto que se guardaba solo para él.

Lo había visto blandiendo su acero contra hombres y monstruos con una crueldad implacable, pero, al verlo así, sosteniéndome con esa veneración, como si fuera una frágil reliquia en sus manos cubiertas de cicatrices, me dio un vuelco el corazón.

—Soñé contigo, bruja lunar. Cuando las bestias esas me acorralaron y se derrumbó la iglesia. —Se acercó mi boca y me besó con avidez, un beso salvaje y rudo que me dejó sin respiración. Me devoraba aferrándome como si fuera a desaparecer en sus brazos—. Llegaste a mí a través del dolor. —Me besó la mandíbula—. Como un elixir en mi sangre. —Bajó con los labios a lo largo de mi cuello y me dio un beso en la base de la garganta—. Un respiro de toda esta furia que bulle dentro de mí. Acallas el ruido de mi cabeza, los zumbidos y los gritos. —Me acarició el hombro y me dio un beso en el hueco del hueso—. Solo hallo paz cuando me tocas.

Hundí los dedos en su pelo y rodeé con los brazos sus anchos y fornidos hombros.

—Déjame darte lo que necesitas. —Le eché la cabeza para atrás de un empujoncito y le di un beso en la garganta, sonriendo al notar

la vibración de su satisfacción en los labios.

El vestido se me subía y él iba a la zaga con las palmas, palpando cada curva y cada concavidad. Cuando llegó a los brazos, me los levantó, me sacó el vestido por la cabeza y lo tiró al suelo. Las llamas del hogar se reflejaban en sus ojos, resaltando ese atisbo de veneración mientras me contemplaba. Me retuvo las manos a la espalda y se metió uno de mis pechos en la boca, que succionó entre gruñidos.

Al notar los tirones de sus labios, recliné la cabeza y gemí, meneando las caderas para restregarme contra el bulto de sus pantalones de cuero.

Se apartó y se quitó la camisa, dejando al descubierto sus músculos, que parecían cincelados en piedra. Me cogió las manos y las deslizó por su pecho. Debajo de tanto hierro y perdición noté en la palma su corazón frágil palpitando.

Pasé un dedo por las cicatrices que yo le había hecho; si bien sabía lo que significaban para él, a mí seguían perturbándome. Al inclinarme para besarlo, primero se puso tenso, pero luego se estremeció.

Levantó otra vez las caderas y se desabrochó los pantalones. Yo me aparté lo justo para que se los bajara, dejando en libertad su miembro, que sobresalía duro e hinchado entre sus muslos, con las malignas barras centelleando.

Cuando acaricié su delicada piel con mis uñas metálicas, me agarró las muñecas y me suplicó con la mirada.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —pregunté.

—Siento un impulso dentro de mí. —Se deslizó mis uñas por el pecho mientras un deseo febril se apoderaba de su mirada. Echó la cabeza hacia atrás, entregándose, como si ese mero roce le hubiera arrebatado las fuerzas—. No puedo pensar. Solo te necesito. Y,

cuando me tocas…, siento cosas. Me hace querer tomarte —dijo entre dientes con los músculos en tensión mientras lo acariciaba con la punta de los dedos—. Y tengo miedo de pedirte demasiado.

—No puedes pedirme demasiado cuando te lo estoy dando todo libremente. Soy tuya. Por completo, Zevander. —Me arrimé a él, levantando las caderas, y le di un beso—. Tómame. Toma lo que necesites —le dije pegada a su boca guiando su mano hacia su enorme polla para que la llevase justo donde yo quería que estuviera —. Soy tuya.

—Tu aliento. Tus latidos. Cada plegaria que eleves a los dioses. Eres mía, *A'miszhla.* —Me atrapó los labios y, agarrándome con fuerza de la cintura, me guio hacia abajo, urgiéndome a montarme sobre la punta redondeada y carnosa de su miembro, que introdujo poco a poco en mi prieta abertura.

Me mordí el labio y respiré por la nariz al notar el primer pendiente deslizándose en mi interior. Una vibración intensa y dolorosa se extendió por mi bajo vientre como una onda en la superficie de un lago, haciendo que se me encogiese el estómago; le clavé las uñas en los muslos y me dejé caer hacia atrás.

Zevander gimió de placer.

—Dioses, necesito más —dijo con voz ronca—. ¿Puedes con otro?

Yo asentí y él dio otro empujón, adentrándose un poco más. Cuando el segundo pendiente se deslizó en mi interior, aumentando la vibración, noté un calor abrasador subiéndome por el vientre y me estremecí entera.

Aún mordiéndome el labio, se me escapó un quejido mientras él movía mis caderas arriba y abajo sin rebasar los dos pendientes. Cada vez que entraba rozando mi piel sensible con aquellas protuberancias, salía más cubierto de humedad por lo excitada que

estaba.

Empujaba con precisión y práctica, con un ritmo perfecto que cada vez me acercaba más a la locura.

—¿Estás bien? —me preguntó con una voz grave y ronca que me arrebató los sentidos.

Yo asentí y él disminuyó el ritmo, empujando hacia arriba con las caderas a la vez que me bajaba las mías. Al notar el tercer pendiente se me cortó la respiración y sentí espasmos mientras la vibración se me extendía desde los muslos hasta el vientre y los pechos.

—¡Dioses! —grité con los nervios a flor de piel aferrándole los muslos.

Él echó la cabeza hacia atrás y gimió, y no me hizo falta mirar para saber que le había hundido las uñas en el muslo.

Se me revolvió el estómago y se me encogió el corazón al imaginarme la sangre, pero no me atreví a mirar para confirmarlo.

Volvió a echar la cabeza hacia delante y esbozó una sonrisa de alivio al tiempo que tiraba de mis caderas hacia abajo con cuidado, con los muslos temblorosos.

Yo me abalancé sobre él y lo abracé, pegando los pechos a su torso en busca del máximo contacto posible con su piel. Él era mi centro de gravedad en un mundo caótico. Un recordatorio de que los dioses, a pesar de su crueldad, también podían ser generosos.

Me rodeó con los brazos y me agarró de la nuca mientras proseguía con las sutiles embestidas, sin rebasar los tres pendientes. La silla de madera crujía y el ambiente estaba cargado de excitación. Notaba sus músculos tensos, estremeciéndose con el contacto de mis manos. Estábamos cubiertos de sudor y yo respiraba entrecortadamente en su húmedo hombro.

Visualizaba terminaciones nerviosas iluminándose como relámpagos cada vez que me embestía con las caderas. Lo aferré

con fuerza, con los músculos tirantes y contraídos, y le recorrí el cuello con los labios, saboreando su piel salada.

La tensión aumentaba dentro de mí, imparable, oprimiéndome los pulmones. Apoyé la frente en la suya, con la mandíbula floja fruto del ardiente y vertiginoso placer que me invadía, vibrando como la cuerda de un arco tensada al máximo.

Jadeábamos al unísono. Él tenía los ojos cerrados y la mandíbula apretada, como si lo hubieran invadido las llamas y se negara a arder.

Le clavé mis garras metálicas en el hombro y echó la cabeza atrás, profiriendo un profundo gemido de placer que me inundó de deseo.

—Mírame —le exigí resollando—. Abre los ojos y mírame.

Él sacudió la cabeza, frunciendo el ceño.

—No puedo.

—Sí que puedes. Mírame, por favor.

Pegada a él, me afané por contener lo que notaba surgiendo dentro de mí.

Apretó los ojos más fuerte, lo que me hizo preguntarme si estaría preparándose para el sufrimiento, pues el acto de eyacular mientras lo maltrataban debía de haber sido una agonía para él.

Le di un beso en la mejilla y le susurré:

—Te quiero. Siempre.

Entonces abrió los ojos y me dedicó una mirada turbulenta pero decidida, como si acabara de escaparse del infierno, y yo sentí que me devoraba un fuego líquido.

—Repítelo.

—Te quiero. —Las palabras me salieron con mucha facilidad.

Y eran ciertas.

Lo quería. No solo porque estuviéramos predestinados a estar

juntos, sino por confiar en mí y mostrarme sus facetas más vulnerables, ocultas desde hacía mucho tras el acero y la violencia. Mi maltrecho y a la vez maravilloso protector, cuyas manos llenas de cicatrices y sangre me sostenían como si fuera un codiciado tesoro.

Aceleró el ritmo y me aferró la nuca más fuerte.

—Te quiero, Lunamiszka. —Las palabras vibraron en su garganta como un voto solemne—. Soy un cabrón impío y egoísta, pero nunca he querido nada ni a nadie como te quiero a ti.

Sentí espasmos de placer en los muslos y recliné la cabeza, dejando escapar un sonido tenso que me arrebató la voz y la respiración.

Él me aferró más fuerte y yo noté su cuerpo temblando sobre el mío, sobre mi corazón. Le arañé la espalda y se me encogió el estómago al oír un quejido angustioso y salvaje brotando de lo más profundo de su garganta.

Al sentir una oleada de calor en mi interior debido a su orgasmo, suspiré temblorosamente mientras el líquido me goteaba por el muslo. Gemí su nombre, con la voz debilitada por el placer, y apoyé la frente en su húmedo hombro, resollando sobre su piel mientras sentía más sacudidas.

—Sigo notándolo… —dije con voz vacilante retorciéndome sobre sus muslos.

—Bien. —Se arrimó mis caderas, aún aferrándome la nuca—. La próxima vez que un mortal de pacotilla te ofrezca su simiente, acuérdate de lo que acaba de pasar. —Me rodeó con el brazo y me estrechó fuerte—. Te llevo en la sangre. Nacimos el uno para el otro. Y ni siquiera los dioses pueden separarnos.

69

Zevander



Zevander oyó a alguien rascando y abrió los ojos de golpe. El fuego del hogar le brindó un poco de luz mientras barría la habitación con la mirada, que posó a los pies de la cama, donde vio movimiento. El entorno titilaba. ¿Estaba soñando? Con expresión ceñuda, se desligó de Maevyth, que dormía desnuda, y se concentró en la pared del fondo, donde un ente invisible estaba dibujando algo con tiza sobre la oscura piedra. Sin quitar ojo de la anomalía, se vistió deprisa, cogió su espada y se acercó allí con sigilo.

La tiza blanca seguía dibujando líneas sobre las piedras, pero Zevander no lograba descifrar de qué se trataba. «¿Estoy soñando?». Cerró los ojos y meneó la cabeza. Al abrirlos otra vez, la tiza aún se movía. Pasó con cuidado la espada por la zona, pero el acero echó chispas al chocar con la pared, lo cual demostraba que allí no había nada ni nadie. Sin embargo, la tiza seguía moviéndose sola. Bajó el arma y repasó una línea con el dedo; al mirárselo, vio que tenía un trocito de vivicanto entre el índice y el pulgar, así como

polvo blanco en la mano y la camisa.

Como si fuera él quien estaba dibujando.

Oyó un chirrido prolongado y, al darse la vuelta, vio una sombra escabulléndose por la rendija de la puerta.

—¡Joder! —masculló Zevander. Le echó un vistazo rápido a Maevyth, que seguía durmiendo. Se calzó las botas a toda prisa, sin molestarse en atarse los cordones, y salió en busca del intruso.

Una vez fuera, vislumbró una figura con capa pasando apresuradamente por delante de las casitas rumbo a la montaña. A paso ligero pero mesurado, Zevander la siguió con sigilo por la aldea hasta la pendiente que llevaba a la veta.

A poca distancia de ella, que se extendía unos cuatrocientos metros, había unos lyverianos apostados a intervalos, protegiéndola con lanzas rematadas con vivicanto. El desconocido se coló subrepticiamente entre dos de ellos y accedió a la veta, al parecer sin que nadie se diera cuenta.

Zevander invocó el glifo ocultador para desaparecer y unas volutas de humo lo envolvieron como si fueran tinta flotando en el agua. Mientras avanzaba a hurtadillas entre los guardias, uno se volvió hacia él, así que se detuvo de inmediato. El hombre lo miró sin verlo, si bien parecía que lo percibía.

Después de otear el entorno unos segundos, el guardia le dio la espalda a Zevander y este accedió a la zanja en busca del intruso. Lo siguió hasta que ambos llegaron al suelo de roca lisa donde se hallaba la veta.

El desconocido se acercó al centro de la zanja con cautela, se puso de rodillas y acarició la piedra, como si fueran viejos amigos reencontrándose. Se sacó un puñal de la capa y clavó la punta en la roca, haciendo que salieran disparadas unas esquirlas.

Gruñendo, siguió picando mientras las chispas saltaban alrededor

de la hoja hasta que por fin vio un destello blanco y disminuyó el ritmo. Pasó el dedo por la reluciente superficie y siguió golpeando.

Unas risas captaron la atención de Zevander: eran los guardias, aún ajenos a su presencia, cuyas voces resonaban en la zanja mientras charlaban. El desconocido observó las piedras blancas desprendidas a la luz de la luna: era vivicanto. Las aferró con fuerza y se alejó corriendo hasta una zona llana, donde usó una de ellas para arañar la roca negra.

Zevander, aún escondido, se acercó sigilosamente, pero al hacerlo sintió palpitaciones en el pecho, así que se lo presionó con la mano, como si quisiera impedir que el puto corazón le saliera disparado. La sangre que corría por sus venas se tornó un viscoso fango que arrastraba algo vil que pugnaba por salir. Sintió un hormigueo en la piel mientras el fuego negro se agitaba y el escorpión de su espalda se removía, como hacía siempre que él se sentía amenazado.

Un halo oscuro y ancestral palpitaba en el suelo al ritmo de los latidos erráticos de su corazón.

Provenía de las profundidades de la roca.

El desconocido se quitó la capucha: era Cadavros, pero no su versión monstruosa, sino encarnado en su antiguo mentor.

—Es increíble, ¿verdad?

¿Percibía a Zevander a pesar del glifo ocultador?

—Hubo un tiempo en que esta sima estaba abarrotada de llamas capaces de fundir el hierro en segundos. —Pasó la palma por la piedra, se levantó y lo miró a la cara—. Nunca llegué a entender qué implicaba eso. Su potencial. El fuegoscuro se extingue en estas vetas, pero pueden volver a la vida.

Zevander retrajo el humo y echó una ojeada al símbolo que había dibujado Cadavros.

—¿Qué estás haciendo?

—Manipulando el destino. —Miró alrededor y esbozó una sonrisa —. Esta veta es la fuente de un poder increíble. Un poder arcano. Qué insensato por nuestra parte creer que algún día llegaríamos a desentrañar lo que hay enterrado bajo esta superficie fundida.

Zevander por fin miró bien el símbolo que había dibujado el otro y le resultó vagamente familiar. Se acercó con expresión ceñuda, intentando como loco recordar de qué le sonaba.

—¿Nos has seguido hasta las montañas?

—Yo no estoy aquí.

Zevander miró alrededor y se fijó en los guardias, que estaban apostados dándoles la espalda.

—Estamos en la caligorya.

—Sí.

—¿Qué hacemos aquí?

—Llevo años estudiando el fuego de los dioses —prosiguió el brujo mientras Zevander se fijaba en los detalles del símbolo—. Una tarea arriesgada, teniendo en cuenta que cualquier forma de demutomancia es ilegal.

Él lo examinó en silencio.

—¿Qué buscas exactamente?

Cadavros se puso al lado del símbolo con las manos a la espalda y Zevander centró su atención en el dibujo.

—Si te dijera que al principio mis intenciones eran buenas, ¿me creerías? Solo quería idear un modo de reactivar las vetas extintas. De producir más vivicanto para alimentar a *miles* de entecos. —Se dio la vuelta de nuevo y abrió los brazos—. No te haces a la idea de la cantidad de vetas extintas que hay solo en Nyxteros. Y se podrían *revivir.* —Negó con la cabeza—. Siempre nos han dicho que es *imposible.* Que solo pueden revivirlas los dioses.

Era verdad. Zevander sabía desde siempre que las vetas extintas no servían de nada. No eran más que una mera promesa vacía para la gente privada de vivicanto. Así pues, lo que acababa de decir Cadavros despertó su curiosidad.

—Por desgracia, el rey no tenía intención de distribuir el vivicanto de forma equitativa. He invertido una parte importante de mi vida en investigar esto, ¿y para qué? Para satisfacer la avaricia del rey. Y, mientras intentaba desesperadamente demostrar mi valía, descubrí algo fundamental, un hallazgo que habría hecho que los brujos me persiguiesen si se hubieran enterado. —Cadavros agachó la cabeza y observó el símbolo que había en el suelo mientras Zevander lo examinaba de nuevo y unos recuerdos le atravesaban la mente cual cuchillo romo.

«Un desconocido con capa picando piedra. Un objeto de metal desprendiéndose. Un símbolo plateado incrustado en la roca».

—Encontré el amuleto que alberga la maldición de Pestilios embutido en la pared de una veta extinta. Estaba roto por culpa de un sacrificio. El de una única vida.

—Dorjan. Vinculaste el alma del príncipe al amuleto.

—Sí. —Cadavros ladeó la cabeza y rodeó la imagen que había dibujado—. Incluso a mí me dio miedo el poder del talismán. Yo lo había estudiado y sabía lo que era, por eso percibí que estaba cambiando, que tenía pensamientos sombríos, como inculcados por algo desconocido. El amuleto me había contagiado algo —dijo con un destello de locura en los ojos—. Estaba *obsesionado* con ese glifo telúrico; nunca había visto uno tan complejo e intrincado. Se decía que provenía de las profundidades de Nethyria, que era un medio para destruir dos mundos.

—¿Y quién escondió estos *maravillosos* regalos en la veta?

—Es un auténtico misterio de los dioses. Si yo hubiera decidido

difundirlo, los eruditos habrían tenido material de sobra para teorizar durante siglos. Pero rehusé hacerlo. Entiéndelo, lo que descubrí no valía de nada sin fuegoscuro. —Zevander oía aquellas palabras de fondo, atenuadas por el ruido sordo de su sangre palpitándole en los oídos mientras el glifo se le grababa en el cerebro.

Un dolor intenso y crepitante le horadó el cráneo, por lo que tuvo que cerrar los ojos con fuerza, como si le hubiera penetrado en las cuencas.

—Yo podría haber orientado el fuego, claro —prosiguió Cadavros —, haberlo manipulado… Tenía capacidad para hacerlo. Lo que no tenía era ni el poder ni la técnica para esconderlo, para invocarlo de la nada y que se alimentara de mi vivicanto y se doblegara ante mí. He leído miles de tomos sobre la Forjaoscura, sobre lo peligrosa que es y su inviabilidad; un mero mito a ojos de algunos académicos. Pero la única forma de avivar la veta era poseer el fuego.

Zevander empezó a atar cabos.

Nunca había llegado a entender qué quería Cadavros de él, pero en ese momento tuvo una revelación. Llevaba oyendo historias desde niño sobre el monstruo que lo había embrujado, meras especulaciones, pero, al estar ahí observando ese símbolo, visualizó una imagen, una versión más fuerte y destructiva del fuego de su maldición. Cadavros no estaba buscando la veta ni el vivicanto. Lo que él quería con todo su ser era el fuegoscuro más devastador de todos.

—Tú has demostrado que esas especulaciones centenarias no eran ciertas, Zevander. Has demostrado que un simple mántico, un crío, podía albergar un poder divino. Un poder con potencial para negar la creación.

—¿Y? ¿Qué quieres —comerme, como intentaste hacer cuando era pequeño—?

Cadavros se rio entre dientes.

—Por desgracia, si intentara hacer eso de nuevo, acabaría destruido por el vínculo que creó Deimos entre nosotros.

—Deimos es la menor de tus preocupaciones. Ya no soy ese crío débil e indefenso al que manipulaste hace tantos años.

—¿Que te manipulé? —Cadavros se mofó e hizo un gesto desdeñoso con la mano—. Te entrené para que fueras un aliado poderoso. Un igual.

—Tú quieres arrasar el Valle Umbrío. No somos iguales. —A Zevander le costó desviar la mirada del glifo. Ansiaba desechar de su mente lo que había visto. Fijó la mirada en Cadavros para repeler la atracción del símbolo.

—El Valle Umbrío es la entrada a mi prisión desde hace siglos. Pero no hay que lamentar su destrucción. La diosa de la clarividencia ya vaticinó su caída. Los habitantes de las tierras mortales podrán cruzar libremente e introducir su sangre contaminada y enferma en Etiria. «Con el glifo divino, el valle caerá y un poder ancestral se desatará. Dos mundos la peste asolará y del árbol podrido la plaga surgirá. La decadencia y la ruina, vencidas por ningún acero, postrarán incluso al hombre más fiero».

La tierra tembló y Zevander miró el suelo: vio una fisura morada y brillante entre sus botas. La roca fundida cobró vida y empezó a latir.

Cadavros abrió los brazos.

—Lo imposible hecho realidad. ¡Una veta extinta reavivada gracias al poder de un solo glifo! Y al fuegoscuro, claro. —Señaló a Zevander—. No lo habría conseguido sin ti. Y con esta veta alimentaremos al ejército de contagiados que pretendo apostar ante las puertas del rey Sagaerin.

—Si estamos en la caligorya y yo estoy soñando, ¿cómo has

logrado revivir la veta?

—De la misma forma que hacías para sobrellevar el maltrato de la general: cuando tu mente estaba en estado de sueño, tu cuerpo obedecía mis órdenes.

—¿Por qué?

El brujo soltó una carcajada fría y desabrida.

—¿Precisamente tú me preguntas por qué? ¿Es que no te han hecho sufrir ya bastante tus torturadores? ¿Acaso no reducirías el mundo a cenizas si tu querida diosa de la muerte cayera en manos de la general?

Zevander tensó la mandíbula y apretó los labios, muy consciente de que lo haría sin dudarlo.

—Tú y yo no somos tan diferentes. —Se paseaba con las manos a la espalda—. ¿Sabes qué les pasa a los entecos cuando mueren? —No le dio la oportunidad de contestar, sino que prosiguió—: No tienen el honor de ser arrojados a la veta, como los mánticos o incluso los nilivires, que albergan vivicanto de sobra para ser dignos de que los recojan. Qué va: los entecos apenas tienen vivicanto en la sangre, así que los consideran inservibles para restituir la veta. —Se detuvo un momento y miró al vacío con las cejas fruncidas—. Reducen los cuerpos a polvo y los usan de fertilizante en esos campos de cultivo de los que nunca pudieron alimentarse en vida. Mientras que ellos mueren comiendo bazofia, con el vivicanto justo para no perder la cordura, los altasangres se atiborran de comida y se nutren de alimentos provenientes de despojos de entecos. ¿Y qué me dices de la niebla desinfectante que esparcen sobre el Arrabal? —gruñó agitando la mano en el aire—. Provoca enfermedades horrendas en la sangre que son mortales para entecos y nilivires.

No tenía ningún sentido que al brujo cuya mismísima existencia amenazaba ambos mudos le importaran un bledo los niños entecos.

Pero, antes de que Zevander se planteara siquiera qué finalidad tenía aquella crítica, sintió calor en la palma y, cuando se la miró, vio la llama. La sofocó cerrándola en un puño y desenvainó la espada.

Cadavros levantó las manos en son de paz, riendo entre dientes.

—Yo no quiero enfrentarme a ti. Lo que esperaba conseguir ya está hecho.

Zevander se cambió el acero de mano y, al abrir la otra, vio en su carne el glifo de la piedra brillando.

No.

Blandió la espada para atacar, pero la hoja no llegó a tocar a su antiguo mentor, pues este se convirtió en una nube de humo negro y arañas que fueron correteando hasta la pared de la veta.

—¡Eh, tú! —gritó un guardia, y Zevander invocó el glifo ocultador otra vez para camuflarse.

Subió por el angosto sendero, bordeó la roca y se escabulló entre los guardias, que lo buscaban asomados a la veta. Cuando puso un pie en el camino que llevaba al pueblo, el entorno empezó a difuminarse, dando paso a un pasadizo negro de piedra con paredes curvas.

Estaba en la cripta del templo.

Zevander, con el entrecejo fruncido, se dio la vuelta y vio que el camino que acababa de recorrer desde la veta no era más que una extensión de negrura. Con el corazón en un puño, se pasó una mano por la cara. Justo entonces notó peso en la otra y, al mirarse la palma, vio que tenía dos piedras grandes de vivicanto en ella y la piel y las uñas llenas de polvo negro a la vez que en su mente titilaban unas visiones inquietantes.

«Un puñal golpeando la piedra. Trozos de vivicanto desprendiéndose. Una imagen en la roca dibujada con tiza de vivicanto. Un glifo intrincado. El resplandor violeta de la veta al

volver a la vida».

Se guardó el vivicanto en el bolsillo meneando la cabeza. No. No era él. El autor de esa imagen era Cadavros, el mismo que había revivido la veta.

—Zevander. —Una voz suave lo sacó de sus pensamientos y, al volverse hacia el pasillo, ahí estaba Maevyth, con la camisa de él puesta y el pelo revuelto.

Cuando se dispuso a acercarse a ella, lo cegó un destello trémulo y tuvo que entornar los ojos.

—¿Eres real?

Ella ladeó la cabeza sonriendo.

—Zevander, ¿me oyes? Despierta.

La examinó en busca de algún indicio de que era una ilusión.

—¿Estoy soñando?

¿O era la vida real? ¿No habían llegado a salir del templo? ¿Era su viaje a Lyveria un mero sueño en la caligorya?

—Has recaído —dijo ella—. Has tenido otro episodio. Ven, vamos a la cama. —Echó a correr por un pasillo contiguo y Zevander la siguió.

Sin embargo, al doblar la esquina, se topó con un pasadizo vacío iluminado por unos candeleros de pared.

Al final estaba la enorme cámara donde había metido a Theron.

Se acercó con paso lento y vacilante hasta tener el tirador al alcance.

Lo movió ligeramente.

No cedió.

Corrió el pestillo que había al lado y abrió sin problemas. Zevander accedió al interior e invocó una llama para iluminar el agobiante espacio.

La cámara estaba vacía.

70

Maevyth



Oí un clamor que me sacó del sueño y me incorporé en la cama. Al mirar a mi lado no había nadie donde se suponía que debía estar Zevander. Peiné la habitación con la mirada, pero no vi rastro de él. El único movimiento que percibí fue el de las llamas titilantes del hogar, aunque vislumbré una imagen pintada con tiza en la pared de enfrente: el garabato con trazos frenéticos de una especie de árbol con un boquete enorme en el tronco. Me recordó al que había visto en el libro de la sacerdotisa. Con expresión ceñuda, aparté la colcha y me puse un vestido negro grueso que estaba ahí aguardando. Me acerqué a la imagen sin hacer ruido y sin quitar los ojos del agujero, la parte más oscura de este, y, de camino, una sensación de pavor me recorrió la nuca.

Unos golpes en la puerta me sacaron de mis pensamientos y, sobresaltada, ahogué un grito.

—¡Maevyth! —Era la sacerdotisa—. ¿Estás ahí?

Me dirigí a paso ligero a la puerta y la abrí de golpe. Erithanya

tenía cara de preocupación. Detrás de ella los aldeanos iban y venían de un lado para otro gritando.

—¿Qué pasa?

—La veta… ha revivido. —Me tiró del brazo—. Ven.

Un frío serpenteante se apoderó de mi pecho.

—¿Has visto a Zevander?

—No, pero tienes que venir conmigo. —Tiró fuerte de mí, aunque reculé y me zafé de ella.

—Tengo que encontrarlo.

—Por favor. —Me lo suplicó con la mirada—. Han mordido a uno de los nuestros. Va a morir. Su compañera está encinta.

Busqué entre el gentío, pero no vi ni rastro de Zevander. Mi cabeza me instaba a ignorarla e ir a por él, aunque me dejé llevar por ella a su casa. Una vez dentro, la sacerdotisa empezó a rebuscar con premura en los estantes, apartando tarros y hierbas. Oí gritos en la otra habitación, donde había exorcizado a Aleysia el día anterior.

Al acercarme allí despacio, vi a la embarazada que había conocido en el Somnial junto a un hombre tumbado en el suelo, inmóvil. Estaba abrazándolo, sollozando sobre su pecho, con dos guardias apostados al lado.

—¡Apartadla de él, imbéciles! —dijo la sacerdotisa agitando la mano al entrar en la habitación—. ¡Que le han mordido, por la diosa!

Los guardias se lanzaron a por la mujer, y ella, chillando, levantó una mano tratando de detenerlos.

—¡Dejadme! ¡Fuera!

Corrí hacia ella y posé la mano con cuidado sobre su pierna estirada.

—Por favor, déjala que lo ayude.

La mujer bajó el brazo y comenzó a sollozar, temblando. Moví los dedos para que se acercara y ella vino y se acurrucó a mi lado,

aferrándome el brazo. Noté su tembleque vibrando en los huesos mientras estiraba el brazo para que la sacerdotisa me pinchara el dedo y me sacara sangre, la cual metió en un frasco.

—¿Has tratado ya a los demás afectados? —pregunté mirando al hombre del suelo. Estaba pálido, de un tono blanco antinatural que me recordó al de los bichos de la cabaña.

—En vano. —Lo dijo en voz baja, ojeando a la mujer aferrada a mí—. Pero a lo mejor la cosa cambia con tu sangre. —Al igual que había hecho con Aleysia, se pinchó la piel y añadió su sangre a la mezcla. Retrocedió hasta el guardia y recitó un cántico. Alzó el frasquito y le arrancó la camisa al hombre, dejando al descubierto unas gruesas venas negras palpitantes no muy diferentes de las que tenía Zevander en la cara, aunque las suyas parecían corresponder a la fase inicial del caparazón de los entes arácnidos. Al contrario que Aleysia y Zevander, él no tenía ningún corte.

Un pájaro se precipitó desde los travesaños del techo y fue directo contra la pared, donde se aplastó el cráneo del impacto.

Yo me encogí del susto y enterré la cara en el pelo de la lyveriana.

Cuando el golpeteo cesó, me di la vuelta y vi a la sacerdotisa cogiendo al pájaro y zarandeándolo sobre el guardia desplomado para echarle la sangre del animal encima; luego le vertió el elixir en la boca.

Con el paso de los segundos, una palidez enfermiza se apoderó del rostro del hombre.

—Eryx. —La mujer se soltó de mi brazo y se inclinó hacia él para tocarlo—. Despierta.

El hombre empezó a agitarse y a convulsionar, pero seguía con los ojos cerrados. Le salieron arañas de la boca y una fue directa a por la embarazada.

Yo me abalancé sobre ella para impedir que la alcanzara, pero un pájaro se precipitó y la cogió con el pico. Aparecieron más aves junto al hombre y se pusieron a cazar a las arañas hasta que no dejaron ni una y luego volvieron a sus respectivas perchas.

El guardia se quedó inmóvil de nuevo.

El silencio invadió la estancia y nos quedamos todos observando, expectantes.

Los segundos se tornaron minutos mientras la embarazada gimoteaba y se balanceaba sujetándose la tripa.

La sacerdotisa se arrodilló al lado del hombre y le puso los dedos en el cuello y la oreja en el pecho. Luego se enderezó con semblante sobrio.

—La diosa ha decidido llevárselo con ella.

—¡No! —gritó la mujer yendo a gatas hacia él—. ¡Eryx! —Se echó sobre el cuerpo inerte, lamentándose, y su llanto avivó mi preocupación por Zevander.

La sacerdotisa agachó la cabeza y suspiró.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Un guardia dio un paso al frente; le temblaban los labios.

—He visto al hombre que vino con ella —dijo señalándome con la lanza temblorosamente—. Ha sido poco antes de que se abriera la veta y empezara a salir fuego de la roca. Ha sido él.

Una sensación de angustia se apoderó de mí mientras todo el mundo me observaba con una mirada recriminatoria; menos la sacerdotisa, que al parecer estaba rumiando la acusación.

—¿Estás diciendo que esto es obra de una persona? —preguntó con el entrecejo fruncido negando con la cabeza—. ¿Iba con alguien?

—No, sacerdotisa. Iba solo, hablando consigo mismo, como si estuviera comunicándose con los dioses.

—No. —Negó con la cabeza y se acercó a mí despacio—. Los únicos que pueden revivir ese fuego son los dioses.

Yo sopesé sus palabras en silencio, con la mirada perdida.

—¿Y un receptáculo? —La miré de frente, buscado en sus ojos un atisbo de certeza—. A lo mejor es un elegido, como yo.

—¿Cómo? Para que un dios menor como Deimos te elija hace falta un…

—Sacrificio. De pequeño, lo sacrificaron arrojándolo al fuego, pero sobrevivió.

La sacerdotisa resopló.

—¿Y tú vas y nos lo traes aquí? ¿A la veta? —preguntó con las cejas fruncidas meneando la cabeza—. Yo te dije que era peligroso, y aun así tú te lo callaste. ¿Por qué?

—Porque lo quiero. —Tenía los ojos empañados de lágrimas—. Porque yo no soy vuestro preciado receptáculo ni estoy destinada a acostarme con vuestros guerreros y parir a vuestros niños —dije entre dientes—. Lo quiero y soy capaz de poner en riesgo el mundo entero para salvarle la vida. —Sentí un estallido de ira e incertidumbre por dentro mientras lágrimas calientes rodaban por mis mejillas—. A lo mejor soy igual de malvada y retorcida que esos dioses a los que teméis, pero es la verdad.

La sacerdotisa suavizó el gesto y amagó con acariciarme la cara, pero yo me aparté, aunque al final posó la palma en mi mejilla.

—No, niña. Es la voluntad de la diosa. Morsana eligió a Deimos. E hizo bien eligiéndote a ti.

Yo apreté los labios, conteniéndome para no estallar.

—¿Viste adónde iba? —le pregunté al guardia.

Él negó con la cabeza.

—Mordieron a mi amigo. Volvimos corriendo.

—¿Por qué se ha muerto tan rápido? A mi hermana le duró

varios días la infección.

—Aleysia tenía un arañazo en las costillas. Tengo razones para pensar que las heridas más profundas son la forma más pura de la plaga. El origen. —Señaló al guardia que seguía tendido en el suelo, custodiado por su compañera—. Él no tenía arañazos, no le he visto ninguna marca. Se le metieron en la carne. —Meneó la cabeza—. El picor que tenemos en la sangre se está debilitando. Siglos atrás, esas arañas habrían perecido dentro de nosotros y las habríamos expulsado sin problemas. Las nuevas generaciones son cada vez más vulnerables, más frágiles.

—Entonces hay que aprender a ser más fuertes. Desde ya, no solo las generaciones venideras. —Me volví hacia el otro guardia—. ¿Cómo has evitado que te picaran?

—Acribillé a las arañas con la lanza.

Volví a mirar a la sacerdotisa.

—¿Ves? Sin magia ni sangre. Combatiendo.

—Por ahora. Pero si contagian a quienes tienen magia de sangre, las lanzas no servirán de nada.

—Tienes toda la razón. —Le di la espalda y me dirigí a toda prisa a la puerta, pero ella me cogió del brazo.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—A buscar a Zevander. Y a impedir que esas putas arañas vayan a Etiria.

—El Árbol Podrido. —La sacerdotisa estaba a mi lado y posó la palma en el dibujo de la pared que había visto al despertarme—. Aún desprende calor. Ha recurrido al tránsito.

—Estaría con alguien, porque Zevander no se transporta así. —Me vi observando de nuevo lo que parecía una cavidad en el tronco

—. ¿Y este árbol qué es?

—Yo lo he visto. —Era Aleysia quien hablaba. Al volverme la vi apostada en el umbral, con el miedo reflejado en su semblante—. Es donde me retuvieron antes de que huyera.

—¿Puedes llevarme?

Ella entró en pánico y negó con la cabeza.

—Maeve, no deberías ir. Vi cosas espantosas…

—Lo entiendo. No te pido que vengas conmigo, pero yo voy a ir a buscarlo. —Me volví hacia la sacerdotisa—. ¿Sabes dónde está?

La aludida negó con la cabeza y suspiró.

—Me atrevería a decir que tu dragón sabe dónde está este árbol.

—¿Raivox?

—Los corvugones son animales muy inteligentes. —Me levantó la mano del guante y suspiró de nuevo—. Creo que ha llegado la hora de que te enseñe qué es esto.

Yo doblé los dedos, asintiendo.

—¿Me dejas un momento a solas con mi hermana?

—Por supuesto.

En cuanto la sacerdotisa salió de la casita y cerró la puerta, sentí la primera grieta en el corazón.

—Te vas —dijo Aleysia antes siquiera de pronunciarme.

—Me gustaría que vinieras conmigo, pero… —repuse carraspeando, intentando en vano tragarme la creciente emoción— los mortales no pueden cruzar la frontera.

—O sea, que te vas *del todo*, de Mortasia.

Sentí escozor en los ojos y me di la vuelta.

—Podemos probar una cosa —dije—. Zevander capturó al hombre que nos venía acechando, Theron. A lo mejor puede… forzar un vínculo. Hay que hacer un intercambio de sangre que te permitiría cruzar.

Aleysia se rio entre dientes, pero al mirarla vi que tenía los ojos llorosos.

—¿Tú te estás oyendo? De no ser porque te conozco, pensaría que Agatha acaba de poseerte.

—Es una idea malísima, lo sé. Pero Agatha quería comprometernos para beneficiarse ella. Yo solo quiero protegerte.

—Y lo has hecho. —Suspirando, se acercó a mí y me cogió ambas manos entre las suyas—. Maevyth Bronwick, no conozco a otra persona que sea más abnegada que tú, ni más incomprendida, probablemente. Siempre has sido una paria. Te han despreciado por razones que escapaban a tu control. Por el amor de los dioses, si solo eras una *cría* cuando te repudiaron.

Al darme cuenta de adónde quería llegar, negué con la cabeza.

—Aleysia, por favor. No es momen…

—No, escucha bien lo que te voy a decir, porque, si vas a ir a buscarlo al árbol, a lo mejor no tengo más oportunidades. —Se le quebró la voz y me apretó fuerte la mano para recalcarlo—. Me gustaría abrazarte y pedirte que te quedaras, pero tienes que irte. Y eres fuerte y poderosa. Te he visto reventar demonios subterráneos, así que sé que sabes cuidarte tú sola. —A pesar de lo macabro del comentario, las dos nos echamos a reír—. Pero también eres bondadosa y vulnerable. —Exhaló con ímpetu y se aclaró la garganta, como si quisiera contener las lágrimas—. Has sido objeto de prejuicios despreciables y aun así los has afrontado con entereza. No has permitido que el odio que alberga este mundo te cambie ni un poco. Nunca me has juzgado por los apuros que te he hecho pasar. Estabas dispuesta a verme dar a luz a un niño ilegítimo sin soltarme la mano, con lealtad y sin dudar. —Al ver sus lágrimas vacilantes, tuve que desviar la mirada para ocultar las mías—. Y lo único que pedías a cambio era amor.

—Eres mi hermana. Es mi obligación…

—No. —Me levantó la barbilla con el dedo para que la mirase a la cara—. Nunca ha sido tu obligación, Maeve. Pero ahora es tu turno, hermana. Tú lo quieres y es más que evidente que él también te quiere. —Me dedicó una sonrisa llorosa y miró alrededor—. Estoy lista para hacer de esta casa mi hogar. Tengo a papá y a Corwin. No pasa nada.

—Pero si Corwin ni siquiera te gusta. —Me reí entre lágrimas.

Puso cara de exasperación y sonrió.

—Está empezando a gustarme. Y este hogar es igual de bueno que cualquier otro de este nuevo mundo.

—Pero no hablas su idioma. No entiendes ni una palabra.

Aleysia se encogió de hombros.

—Me apaño… Lo estudiaré. Papá ha aprendido, así que yo también. —Sosteniéndome la mano, me dio un beso en los nudillos —. Te voy a echar muchísimo de menos, pero volveremos a reencontrarnos. Ya lo hemos hecho una vez.

—Si he llegado tan lejos era porque… quería encontrarte. No puedo dejarte aquí sola sin más. No quiero.

—Nunca me has dejado sola. Ni una vez. Viniste a buscarme. Conseguiste lo que te habías propuesto. Me has protegido. Simplemente vamos a seguir caminos distintos, por ahora.

—¿Y si pasa algo?

—Maevyth…, no puedes ser mi escudo de por vida. ¿Qué te queda a ti entonces? Tienes que despedirte de mí.

—No puedo.

—Sí puedes. Y, si el destino es benévolo, volveremos a encontrarnos por el camino.

La envolví con los brazos y la estreché muy fuerte, y pensar en que a lo mejor era la última vez que la abrazaba así me desgarró el

pecho.

—Te quiero.

—No tantísimo como yo.

71

Zevander



Pasado

Un veneno negro se deslizaba por el puñal que blandía Zevander, el cual le habían confiado para quitarle la vida a los enemigos de Loyce. El mismo que pretendía usar consigo mismo en ese momento ahí sentado en la bañera delante de dos mujeres, ambas pertenecientes a la Dorona de la general. La mirada intrigada de estas no se debía a él, sino a lo que había bajo el agua.

Le habían colocado el décimo pendiente hacía unos días, así que era el único esclavo vivo con esa cantidad. Al igual que el resto de la gente, trataban de echarle un vistazo para corroborar si los rumores eran ciertos. Susurraban entre ellas y se reían como crías.

Zevander las ignoró y se centró en la hoja para asegurarse de que estuviera bien cubierta de veneno, pues la última vez había estado inconsciente solo unas horas. En esta ocasión quería cerciorarse de que acabara con él.

Ya tendrían tiempo de mirarlo embobadas cuando su cuerpo

inerte no fuera más que una cáscara y su alma estuviera lejos de aquel sitio.

Con mano temblorosa, sostenía el puñal contra el pecho, donde ese órgano despiadado seguía latiendo con vida incansablemente. Una incisión en la carne. Unos instantes. Esa gruesa capa de veneno bastaba para detenerle el corazón en cuestión de segundos.

A Zevander le habría gustado hacerlo sin público, pero ya nunca estaba solo ni en paz, pues ella lo había transformado en una anomalía andante.

«Si tanta curiosidad tienen, que miren».

Una de las mujeres se sumergió en el agua. Ahí estaba él, a un palmo de la muerte, mientras ellas buscaban la forma de verle la polla. Se habría reído de no haber tenido al monstruo que habitaba en él susurrándole al oído: «Hazlo».

Había combatido esa voz durante años, animado a seguir adelante por la esperanza de ver a sus hermanos, a seguir respirando a pesar de su cuerpo maltrecho y destrozado y del dolor que le producía. Sin embargo, esa noche, en que Loyce le había profesado su amor mientras volvía a exigirle más, como llevaba años haciendo, se quedó sin voluntad. Estaba agotado. Vacío.

La mujer salió del agua con la cara empapada, se arrimó a la otra y le susurró algo.

Zevander, con lágrimas en los ojos, apretó los dientes y se clavó la hoja en las costillas.

Se oyeron unas pisadas fuertes acercándose, pero él estaba decidido. Sin embargo, lo agarraron bruscamente de los brazos y se le cayó el arma al agua.

Zevander se puso tenso mientras lo sacaban de la bañera y lo obligaban a mantenerse en pie. Estaba desnudo y tiritando del frío, expuesto delante de dos soldados soláceos.

—El rey Jeret te reclama.

Aun resignado como estaba, no fue capaz de asimilar las palabras y, sin apenas inmutarse, se dio la vuelta y se puso a buscar el puñal en la bañera.

El guardia que lo había sacado de ese vacío silencioso que tan desesperadamente ansiaba lo agarró con ímpetu por detrás, pero él lo embistió y le propinó un puñetazo tremendo en la nariz que le llenó la cara de salpicaduras de sangre. Lo redujeron entre tres soldados y, una vez en el suelo, le sujetaron los brazos a la espalda.

—El rey te reclama. Has de vestirte y prepararte para presentarte ante él.

—No es mi rey. ¡Nunca lo será!

Le arrearon un puñetazo en la mejilla. Zevander pataleaba y se retorcía entre gruñidos, intentando ganar un segundo para recuperar el arma y acabar con todo.

Recibió otro golpe brutal en la cara y, tras un destello de luz, se hizo la oscuridad.

Una sensación de frío y entumecimiento se apoderó de las extremidades de Zevander estando delante del rey Jeret, cuya áspera voz le zumbaba en los oídos. Que el soberano reclamara su presencia no era ninguna novedad. Lo habían emplazado bastantes veces durante los últimos años para hacerle consultas sobre glifos nuevos. Todas ellas lo habían mandado al mismo observatorio deprimente.

Zevander estaba mirando fijamente al guardia que tenía a poco más de dos pasos dándole la espalda. No recordaba haberlo visto antes, era joven.

Y un insensato, teniendo en cuenta que llevaba el puñal a la

derecha del muslo.

Todos los guardias sabían que debían llevar el arma cruzada o en el lado contrario al del prisionero al que escoltaban; todos excepto uno, por lo visto.

—¿Qué novedades me traes? —le preguntó Jeret a Loyce, que estaba junto a Zevander.

Un instante le bastaría para cortar el aire con el acero y rebanarle su preciada vena vital.

«Cortar y rebanar. Cortar y rebanar. Cortar y rebanar».

Encajado entre ella y Theron, que estaba a su izquierda, muy cerca de la espalda del guardia, le daba vueltas a esa idea. A lo largo de las dos décadas anteriores, el otro esclavo había pasado a ser un mero desconocido para él.

A lo mejor no hacía nada para pararle los pies.

—Su Majestad, le aseguro que estamos muy cerca de descubrir la verdad sobre sus visitas a la caligorya.

«Cortar y rebanar. Cortar y rebanar».

—Voy a preguntarlo otra vez. ¿Qué novedades me traes? —Aquello sonó a amenaza, pero Zevander ya la había oído excusarse en todas las ocasiones previas. Había oído cómo le hablaba al rey, de una forma tan ladina que lo convencía de sus mentiras.

Lo cierto era que hacía décadas que no conseguía colarse en la caligorya, desde la primera noche que Theron le había dado el elixir estando él atado en el suelo.

—No quiero que me cuentes el mismo aburrimiento siempre. —Dio un golpe en el trono con el puño—. ¿Ha habido cambios?

A Zevander, encadenado ante él, le temblaban las manos. ¿Acaso tenía algo más que perder?

«Cortar y rebanar. Cortar y rebanar».

Antes siquiera de asimilar lo que hacía, se abalanzó sobre el

guardia y le arrebató la espada de la cadera. Con un movimiento fluido, puso la hoja sobre la preciada vena de la general y percibió el suspiro trémulo que se le escapó de los labios mientras trataba de mantener la compostura.

—¡Baja eso ahora mismo, chico! —El rey Jeret saltó como un resorte.

Zevander apretó los dientes. Si la mataba, lo ejecutarían, más aún teniendo en cuenta que ella no había demostrado que él tenía poderes especiales. Sin embargo, la perspectiva de darle una muerte lo más cruel posible le resultaba más atractiva que volver a la Dorona.

—Venga, hazlo. Córtame. Sé que llevas tiempo fantaseando con ello —dijo Loyce provocándolo.

—Eres medio órgoda. Si te corto la vena, la muerte está asegurada. —Aunque su voz era tensa, la agarraba con más firmeza de la que cabía esperar mientras observaba a los guardias que empezaban a acorralarlo.

—No sé si te acordarás de lo que te dije cuando entraste en la Dorona. He aprendido a proteger mis puntos débiles. En ese sentido, estamos los dos malditos.

—¿Y eso?

—¡Apártate ahora mismo de la general! —Un guardia, espada en ristre, se acercó a él despacio y con cautela.

—No vale de nada cortar esa vena —prosiguió la general Loyce —. Está encantada y se cura sola.

—Mentira —repuso él entre dientes.

—Es cierto. —Quien habló en esa ocasión fue el brujo que estaba al lado del rey Jeret—. Yo mismo le proporcioné el elixir que se toma por las noches.

—Venga, córtame. El dolor casi no dura. No como tus heridas.

Él aflojó el agarre y, gruñendo de frustración, la soltó de un empujón.

Dos guardias cargaron contra Zevander: uno le sujetó los brazos y el otro le arrebató el puñal de la mano.

Él ni siquiera amagó con defenderse. Habría sido en vano. Y luego sufriría las consecuencias y a lo mejor ella llegaba más lejos la vez siguiente. Quizá la ira sacase lo peor de la general y fuera ella quien le rajara la garganta a él.

—Se acabó el teatro. —El rey señaló al brujo—. Revísale la palma.

El alto brujo de Jeret bajó del estrado con la túnica ondeando a la zaga y se aproximó a él con cautela. Le levantó la mano y le dio la vuelta para ver el anverso. Una gotita de vivicanto le calmó a Zevander el picor que seguía notando en la palma de las ansias que tenía de agarrar el puñal de nuevo. El brujo le extendió el líquido por la piel y luego se llevó una lupa al ojo para examinar las cicatrices, igual que la última vez que él había estado delante del rey.

—No veo nada. Ni patrones ni glifos.

—Por favor, Su Majestad…

—Se acabó. Has tenido tiempo de sobra. El rey Sagaerin ha ofrecido por él diez mil hombres *más* para nuestro ejército contra el invasor de Kastelia.

Zevander levantó la mirada del suelo con el entrecejo fruncido.

—Veinte mil hombres no son garantía de una victoria, y lo sabéis. La magia arcana que sé que Zevander posee…

—Mentí. —Esa vez, quien interrumpió no fue Zevander.

No. Quien hablaba era Theron, que estaba a su lado temblando.

—Mentí sobre los glifos. Sobre la caligorya. Yo le proporcioné las ampollas que lo dejaron inconsciente.

El rey Jeret lo miró desde arriba arrugando la frente.

—¿Y los glifos que tiene en la palma?

El otro se sacó un libro de la túnica.

—Le robé esto al alto brujo. Se los hice yo.

—Theron, para, no lo hagas —le advirtió Zevander.

Él lo ignoró y prosiguió:

—Cuando me enteré de que el rey Sagaerin había solicitado que lo liberasen, le hablé de los glifos a la general Loyce.

—¿Y qué motivo te llevó a grabarme esos glifos inútiles en la palma? —Lanzó la pregunta con la esperanza de que se percataran de las lagunas de su relato.

—Solo son inútiles para quienes los perciben como tales —repuso Theron, queriendo decir algo más profundo de lo que decía —. Esperaba que Loyce los descubriera por sí misma, pero los disimulaste muy bien.

Todo mentira, pero contestaba con la misma soltura que quien ha ensayado una escena mentalmente cientos de veces.

—¿Qué te llevó a hacer eso? —preguntó Jeret.

—La envidia, Su Majestad. —Zevander supo que Theron estaba aterrado por cómo le temblaba la voz—. Sabía de los intentos previos del rey Sagaerin de garantizar su liberación y me propuse sabotearla.

Jeret se volvió hacia su brujo.

—Han brillado con el vivicanto. Si un glifo es falso, seguro que no se vería así.

El hombre se quedó pensativo un momento.

—Si están asociados a su linaje, puede que sí.

—¿Cómo iba a saber eso Theron? —argumentó Loyce—. Está mintiendo. No se los hizo él.

—Mienta o no, los hechos son los hechos y no has conseguido ni un glifo en dos décadas. Sagaerin afirma que su único interés en

este joven tiene que ver con su madre. Prefiero acogerme a la garantía que ofrecen esos hombres que confiar en unos reclamos de magia que no valen nada. Voy a aceptar la oferta de Sagaerin. Zevander Rydainn de Nyxteros, por la presente quedas libre de tu condena por mandato del rey.

A Zevander le flaquearon las rodillas y se cayó al suelo. Era libre.

Libre.

Libre.

Alzó las manos engrilletadas y, con los ojos empañados de lágrimas, se quedó mirando su piel llena de costras y callos, ya habituada al metal.

Le lanzó a Theron una mirada fugaz, pero fue tan intensa que a este le perforó las tripas cual hoja afilada. El otro esclavo estaba temblando. Aterrado. Blanco como la nieve pura.

Loyce iba a matarlo. Lenta y dolorosamente.

Zevander se volvió hacia la general con un nudo en la garganta que le suplicaba que no dijera nada, pero soltó las palabras atrapadas en su pecho.

—Me quedo. Si no le pones una mano encima a Theron, rechazaré la oferta.

—Tú no tienes ni voz ni voto —dijo el brujo con desprecio—. Ya está decidido.

Zevander se acercó al rey arrastrándose de rodillas.

—Exijo que mis amigos sean liberados.

El rey Jeret se rio e hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Tú no eres quién para exigir nada.

—Os equivocáis —repuso él con osadía—. Sé lo que significa para vos el invasor de Kastelia. Sé por qué queréis verlo muerto. Si dejáis en libertad a mis cuatro amigos, me llevaré el secreto a la tumba.

El rey entrecerró los ojos cual serpiente.

—Podría pedir tu cabeza por tal amenaza.

—Sí, así es. —A Zevander le temblaba la voz—. Y recibiría de buena gana un espadazo, pero eso os impediría conseguir los veinte mil hombres del rey Sagaerin.

—Haces ofertas muy generosas para ser un *esclavo*. —La voz del brujo destilaba un desdén venenoso—. A lo mejor deberías mostrar más humildad.

—He pagado por un delito que no cometí.

—¿Qué cuatro amigos? —El rey alargó su cáliz, y el copero avanzó con presteza y se lo llenó—. En el fondo, ¿qué más dan cuatro esclavos menos? Sois todos unos inútiles.

—Bueno, pues venga. —El brujo se dio la vuelta, con la túnica ondeando a la zaga—. Tengo cosas más importantes que hacer.

—Tres están en las minas. Responden al nombre de Kazhimyr, Ravezio y Torryn. Y… —vaciló, mirándolo fugazmente— Theron.

Loyce se adelantó.

—Su Majestad, en mi opinión, Theron no debería quedar en libertad. Ha mentido a un rey.

—Estoy de acuerdo —repuso Jeret con tono de aburrimiento—. Les concedo la libertad a los otros tres. Theron se merece un castigo.

Zevander se volvió hacia el otro esclavo, que se había quedado lívido y temblaba tanto que era un milagro que se mantuviera recto.

—Su Majestad, os lo suplico. La general Loyce lo va a someter a una barbarie.

—Ha reconocido que mintió. —Al igual que antes, el rey hizo un gesto desdeñoso con la mano y le dio un sorbo a su vino—. Tendrá suerte si sigue respirando. Cuestión zanjada. Id a buscar a los tres de las minas y preparadlos para su liberación.

—¡Me niego! —Zevander se levantó de un brinco, haciendo repiquetear las cadenas.

—¡Guardias! Quitadlo de mi vista.

Mientras dos hombres lo cogían de los brazos, Loyce se acercó a él a toda prisa y le susurró:

—Me aseguraré de que esté vivo en todo momento.

72

Zevander



Presente

Zevander se quedó absorto mirando la sombra danzarina que proyectaba el fuego titilante en las desoladas paredes grises de la cámara.

«Alguien lo ha soltado». Era la única explicación posible a la ausencia de Theron.

—Venga —dijo una voz familiar detrás de él, y al volverse vio a Cadavros apostado en el umbral con ojos brillantes de animal, a pesar de mostrar la apariencia de Alastor—. ¿Por qué huyes de la verdad?

—¿Qué verdad? —Nada más preguntar, en su mente empezó a formarse una visión.

Una caja pesada. Hechizos grabados en la antigua piedra negra. Él deslizando los dedos por los símbolos.

Mor samanet. *Theron le había dicho eso una vez.*

La muerte aguarda.

—¿Qué es? —preguntó Zevander, sin atreverse a manipular el rompecabezas de la cerradura.

—Un guardaduelos. Un regalo envenenado de congoja y culpa. No me cabe duda de que lo que contiene implicará un descubrimiento doloroso —dijo Dolion.

El rey Sagaerin se acercó con el ceño fruncido.

—No hace falta que lo abras.

Zevander cerró fuerte los ojos y meneó la cabeza.

—No. —Se dio la vuelta y fue a paso ligero hacia la puerta, pero se detuvo al toparse con la misma caja negra de sus recuerdos, que estaba en el suelo cerrándole el paso.

—Ábrela —lo animó Cadavros.

Zevander se quedó mirándola, negando despacio con la cabeza.

Notó el escorpión de su espalda moviéndosele por la columna, se desprendió de su piel y saltó al suelo.

—He visto el mal que encierra tu mente, *asesino.* Las tinieblas que invaden tus pensamientos. El infierno sempiterno en el que temes caer. —Zevander se puso tenso cuando el brujo se arrodilló delante de la caja y se dispuso a abrirla—. Tu rey se equivocaba. La única manera de librarte de esta tristeza es afrontarla.

—No lo hagas —le advirtió Zevander, que, al ver a Cadavros apoyar las manos en la tapa, cerró fuerte los ojos y le vinieron más recuerdos a la mente.

El clic de la cerradura. Levantar la tapa con manos temblorosas. La cabeza cercenada de Theron. Un ojo lechoso irradiando terror. Señales de desgarro en el cuello, del que colgaban fibras. Las marcas dentadas que confirmaban lo que

él más temía: la general Loyce lo había usado para alimentar a sus mascotas. Más heridas. Laceraciones antinaturales. Zonas en carne viva. La cuenca vacía. Una oreja que parecía arrancada por unas manos fuertes, más que por unos dientes afilados. La nariz deformada, donde la piel y el cartílago parecían indicar que se le había derretido».

Había sufrido.

Dioses, cómo tenía que haber sufrido.

Zevander abrió los ojos justo cuando Cadavros levantaba la tapa: salieron cientos de arañas en cascada y lo rodearon. Retrocedió al fondo de la cámara, invocó la llama y proyectó un halo protector a su alrededor. Las arañas sisearon elevándose, pero no osaron atravesarlo.

—Estuvo días torturándolo después de que te liberasen. No pretendía quedárselo, como hizo contigo, sino destrozarlo poco a poco y día a día. Matándolo de hambre, mutilándolo, violándolo de maneras que ni los dioses se atreverían a mentar.

Zevander meneó la cabeza.

—¿Por qué sabes tú todo eso?

—Por tus pensamientos. Te lo contaron, pero tú decidiste olvidarlo.

—Se lo advertí. Le supliqué que no dijera nada.

—Y él habló igualmente. Por ti. —Cadavros se levantó y su sombra se elevó sobre Zevander como un nubarrón negro.

—Yo no se lo pedí. Me ofrecí a renunciar a mi *libertad* por alguien a quien casi no conocía —gruñó—. ¡Alguien que me apuñaló por la espalda!

—Y, a pesar de sus defectos, era como un hermano para ti. Lo conocías mejor que a tu propio hermano e incluso que a tu padre.

Zevander sintió un atroz dolor agudo en la espalda que lo hizo desplomarse sobre las rodillas. Por sus venas corría un calor abrasador, un fuego voraz, que le penetró los músculos como cuchillas mientras apretaba los dientes. Al volverse vio un escorpión gigante a punto de atacar de nuevo; no le dio tiempo a esquivarlo: le clavó el aguijón en las costillas, en el brazo, en la espalda.

Lo acribilló repetidamente entre bramidos de dolor.

—¿Sabías que los escorpiones son inmunes a su veneno? —Cadavros se adentró en el círculo de llamas y Zevander vio sus pies descalzos mientras se paseaba junto a él—. Pero, cuando se ven rodeados de fuego, se atacan a sí mismos sin descanso. Anhelan desesperadamente morir ante la imposibilidad de evadir el sufrimiento.

Trataba de ponerse de pie, pero le temblaban los brazos mientras el aguijón metálico penetraba de nuevo en su carne. Se desplomó y, encogido, empezó a retorcerse.

—Era real. Lo vi. ¡Me apuñaló!

—Te apuñalaste tú.

En cuanto dijo eso, en la mente de Zevander brotó un recuerdo, como si fuera una herida supurando. Se estremeció al visualizarse en mitad de la aldea de Foxglove, empapado por una lluvia helada, clavándose la hoja en el abdomen, rebanándose su propio brazo al atravesar el ventanal roto de la velería desierta. Puso una mueca de asco y el suelo de piedra se volvió borroso mientras lo miraba fijamente, absorto en el recuerdo.

—Llevas años cargando con la culpa, dejando que el infierno que habita en tu mente te vaya pudriendo por dentro. Vaelora…, pobre Vaelora. —Zevander oía la voz de Cadavros de fondo, atenuada por el ruido sordo de su sangre palpitando en los oídos—. No pudiste salvar a tu padre. No protegiste a tu madre ni a tus hermanos. Ni a

Theron. Ella lo mató por hablar en tu nombre, por ofrecerse a que lo torturasen para garantizar tu libertad, y tu mente no te lo perdona. Todo ha resurgido con una claridad brutal por la falta de vivicanto, pero no eres capaz de afrontarlo. —Cadavros se puso de rodillas a su lado y lo miró con lástima—. Y tu veneno te ha destrozado cuando peor estabas, te ha corroído las entrañas. —El escorpión se preparó para otro ataque, pero el brujo alargó el brazo y lo detuvo. Aunque el aguijón golpeó su palma, no la penetró. Cadavros levantó la nariz y olisqueó. Alargó el otro brazo y atrajo el vivicanto que se había guardado Zevander en el bolsillo. Sonrió y se lo puso delante de las narices—. Ha llegado la hora de que te entregues a las llamas, de rememorar el dolor que padeciste ante la mirada impasible de dos reyes. Los asesinos no sienten empatía ni culpa. Tampoco lloran ni aman. Se acabó esta autodestrucción tuya. Tenemos una barrera de protección que derribar.

73

Maevyth



—¿Qué hago yo aquí otra vez? —Corwin, con las cejas fruncidas, miró al cielo un momento, encajado entre la sacerdotisa y mi hermana en un claro desde donde se veía mucho mejor la cima de la montaña.

Aleysia, de brazos cruzados, se encogió de hombros.

—He pensado que, como se te dan bien los caballos, podrías echarle una mano a Maevyth.

De no haberme encontrado presa del pánico, me habría hecho gracia su razonamiento.

—Los caballos sí. —Volvió a alzar la vista, como si esperase que Raivox bajara en picado en cualquier momento—. Pero con esa bestia aberrante que os sigue no sabría ni por dónde empezar…

—Bueno, podríamos empezar con algunas indicaciones básicas, por ejemplo —repuso Aleysia.

—Pues… agarrarse bien, no escupir al aire. Eeeh… —vaciló, meneando la cabeza—, intentar no cabrearlo.

—Mira, si no vas a ayudar, mejor te vas —gruñó mi hermana con cara de exasperación.

—¿No es ella la mística de las montañas que todo lo sabe? —preguntó señalando a la sacerdotisa.

Erithanya resopló.

—Ya se lo he dicho a Maevyth. Yo puedo enseñarle cómo funciona el guante, pero no sé cómo se monta a esa bestia. —Me señaló con la mano—. Llama al corvugón.

—¿Ya? —Corwin retrocedió mientras jugueteaba con un penacho que llevaba puesto desde la noche anterior, el cual no se había molestado en quitarse—. ¿No convendría hacer ciertos preparativos? Como traer una cabra, por ejemplo, por si le entra hambre.

Yo levanté la cabeza, suspirando, y me aclaré la garganta, con las mejillas ardiendo de la humillación. Llamé a Raivox silbando, pero cuando vi que no aparecía la miré.

—A lo mejor esta vez ha decidido ignorarme. Es un poco terco. Resulta frustrante, la verdad.

—Y también es enorme —añadió Aleysia—. Dale un minuto, ¿no?

Al rato, una inmensa figura alada atravesó las nubes profiriendo un chillido.

La sacerdotisa sonrió y me miró.

—Son tercos, pero leales.

Raivox aterrizó con estruendo y sacudió las plumas, extendiéndolas en todas direcciones.

—Madre mía, yo no acabo de acostumbrarme a lo descomunal que es. —Corwin reculó un poco entre risas nerviosas.

Raivox graznó y se afiló el pico en la roca en la que estaba posado.

La sacerdotisa se acercó a él.

—El guante sirve para conectar vuestra alma. Tócalo.

Yo, impaciente, me apresuré a ir junto a él, alargué el brazo y pasé la mano por sus ásperas escamas. Al sentir una vibración feroz en la palma, me aparté frunciendo el entrecejo. Sin embargo, cuando volví a acariciarlo, fue como si nuestro corazón latiera al unísono y noté un golpeteo regular en la mano que me subía por el brazo hasta el pecho. Raivox se estremeció, pero no rompió la conexión.

—Bien. Te percibe. Venga, móntate.

Yo retiré la mano bruscamente y lo miré de arriba abajo. Era un muro de escamas y plumas que debía de medir quince metros de alto.

—¿Que me monte?

—¿Cómo vas a montarlo si no?

Ese era el problema… Ni siquiera me había imaginado cómo sería llevarlo, y mucho menos montada en su lomo. Me visualicé cayéndome y me subió por el pecho una vertiginosa oleada de náuseas.

Ella me agarró el brazo bruscamente.

—¿Quieres encontrarlo o no? —Me volvió a poner la mano del guante sobre Raivox—. Pues súbete encima.

Suspiré y hundí los dedos en sus escamas, cuya textura recordaba al papel de lija. Él agachó la cabeza y esperó, como si fuera consciente de lo que yo pretendía. Me enganché con las garras a las escamas y eso me ayudó a auparme; luego trepé por su cuerpo y me acomodé en el manto, es decir, la zona plana entre las alas.

—Busca un asidero. Y agárrate fuerte.

Entre la amalgama de escamas y plumas, divisé dos cuernos que le salían del lomo, los cuales parecían concebidos justo para eso, así que me incliné ligeramente para sujetarme a ellos. Noté una

vibración rara en la palma de la mano y mis venas empezaron a brillar. Raivox dio una sacudida y me estampé contra él. El corazón me aporreaba las costillas, pues palpitaba desbocado de miedo. No me atrevía a mirar abajo, así que cerré los ojos, respirando por la nariz. Noté el viento alborotándome el pelo mientras intentaba calmarme.

—¿Y ahora? —pregunté casi sin voz.

—Háblale.

—¿Que le hable? ¿En algún idioma en concreto?

—Él no habla. Lee el pensamiento. Háblale con la mente.

Sonaba ridículo, pero asentí y cerré los ojos.

«Raivox, llévame al Árbol Podrido».

Oí un chirrido prolongado y me pitaron los oídos, pero al abrir los ojos lo vi acicalándose las plumas.

—Creo que el guante no funciona. —Me asomé abajo, donde estaban Erithanya, Aleysia y Corwin, y al ver la altura se me encogió el estómago—. Parece que no me entiende.

—¡Prueba con otra orden! —gritó la sacerdotisa.

—Otra orden… —murmuré—. Vale.

«Deja de acicalarte».

Raivox volvió la cabeza al frente y bajó despacio la pata con la que se estaba hurgando.

«Afílate el pico en la piedra».

Estiró la cabeza y se afiló el pico en las rocas dentadas, como había hecho nada más aterrizar.

—Bueno, parece que sí que te entiende. —La sacerdotisa lo dijo con un deje divertido, y al volverme hacia ella la vi sonreír.

«Llévame al Árbol Podrido».

Noté un profundo gruñido gutural retumbando en su pecho y soltó un graznido.

«Raivox, llévame-al-Árbol-Podrido». Esa vez recalqué todas las palabras.

Él dio un respingo.

Yo me resbalé del lomo, pero trepé como pude para volver a sujetarme a los cuernos y solté un suspiro trémulo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Aleysia.

—Estoy convencida de que no quiere llevarme.

La sacerdotisa se encogió de hombros.

—Pues ahí tienes la respuesta. Al final resulta que no puedes obligar a un dragón a que te lleve donde quieras. Son más grandes.

—Y agresivos —añadió Corwin.

Apreté los dientes mentalmente y, con la vista clavada en su cuello, puse mala cara.

«Zevander corre peligro. Necesito que me lleves al Árbol Podrido ahora mismo».

El muy tozudo siguió sin moverse.

—Parece que Morsana te eligió uno bien terco. —La risilla de la sacerdotisa me puso de los nervios—. Ya es mala suerte. Si no te importa, me voy a volver al pueblo.

Yo la fulminé con la mirada.

—¿No vas a enseñarme a montarlo?

—No parece que tenga en mente llevarte a ningún sitio.

—Bueno, ¿y qué hago para que me lleve donde quiero?

—No lo tengo claro. A mí Morsana no me ha dado nunca un corvugón —dijo con tono rencoroso, y me sonrió—. Lo que sé es porque lo he leído.

Miré fijamente las plumas del cuello del terco de mi pájaro-dragón y resoplé.

«Escúchame bien. Sé que Zevander te da igual, pero a mí sí me importa. Tenemos que volver a su casa…».

Raivox cogió impulso y levantó las alas. Tras batirlas una vez, alzamos el vuelo. Me pegué a él, agarrando sus cuernos tan fuerte que se me pusieron los nudillos blancos. Las náuseas y el vértigo se apoderaron de mis sentidos mientras el viento me soplaba con ganas en la cabeza. Me ardían los muslos de apretar las rodillas a sus escamas. Remontó el vuelo a tal punto que la capa ya no me resguardaba del frío y mi aliento se volvió denso y blanco. Mantuve la vista fija en sus escamas, aferrada a él, hasta que por fin se estabilizó. Exhalé temblorosamente y me armé de valor para ponerme derecha. El aire estaba más cargado y se me colaba en la garganta por la velocidad a la que íbamos.

Teníamos la cima de la montaña delante y, cuando me atreví a asomarme, distinguí tres manchitas bajo la masa de nubes. Los gritos y los ánimos distantes no lograron infundirme ningún sentimiento de victoria; más bien me despertaron envidia y ganas de volver a tierra firme. Todo me daba vueltas y sentía vértigo, así que cerré fuerte los ojos deseando que pasara.

Raivox batió las alas y se irguió ligeramente, lo cual me obligó a agarrarme más fuerte, y aterrizó de golpe. Despegué la cara de sus plumas sin dejar de temblar y vi que estábamos en un peñasco. Cuando solté los cuernos y estiré los dedos, me dolían los nudillos.

Él agachó la cabeza como antes y yo me deslicé por su cuello, cayendo a trompicones por entre sus escamas. Aterricé en la roca de rodillas y un dolor me atravesó los huesos al impactar contra la superficie. A gatas, respiré para apaciguar mi corazón desbocado, y luego me puse de pie y miré alrededor. Enfrente había una cueva poco profunda que albergaba una pared de ramas y huesos, entre ellos un cráneo que nos miraba sin vernos.

—¿Dónde me has traído? —pregunté asomándome a la angustiosa extensión de cielo y montañas que teníamos detrás.

Raivox me empujó bruscamente con el pico y avancé tambaleándome hacia el muro de huesos y ramas apilados.

Lo miré con el entrecejo fruncido y me acerqué a la pared; alcé la vista y aquella maraña me recordó a un nido.

—Es tu hogar, ¿no?

Él, contentísimo, erizó las plumas, como si estuviera emocionado por enseñármelo.

Me así de un hueso y me encaramé a una rama torcida. Seguí avanzando por la pared, impulsándome poco a poco, hasta alcanzar la cima. Dentro había dos huevos cubiertos de escamas negras igualitos al de Raivox antes de eclosionar.

Lo miré sonriendo.

—Son tuyos. —Miré alrededor en busca de otro corvugón volando por ahí, pero el único allí era Raivox. A lo mejor habían aparecido de la misma forma que él—. Eres padre.

Él erizó las plumas de nuevo y batió las alas, rebosante de orgullo.

Se me desvaneció la sonrisa al notar la preocupación que seguía sintiendo en la boca del estómago.

—Raivox, necesito que me lleves al árbol ese.

Él extendió las alas, alzó el vuelo y desapareció tras la montaña.

Me dejó allí sola con sus huevos.

—No —murmuré apeándome del nido—. No, no, no. —Cuando alcancé el suelo, me dirigí al precipicio, preguntándome si sería capaz de bajar.

Había una altura vertiginosa y no se veía el fondo, así que reculé enseguida.

—¡Raivox! —grité mientras lo buscaba en el cielo—. ¡Vuelve aquí!

Pasaron varios segundos.

Minutos.

Invoqué mentalmente el glifo del silbato, pero tenía la garganta tan seca que no sonó tan agudo como de costumbre.

Después de casi una hora, el miedo se apoderó de mi pecho, pues mi corvugón no había regresado todavía.

—¡Raivox! —grité con voz ronca y rasposa.

El miedo aumentó y se transformó en una indignación lacerante. No me quitaba a Zevander de la cabeza. Tenía que encontrarlo.

—¡Raivox! —chillé, y recibí un extraño gruñido por respuesta. Me di la vuelta despacio y alcé la vista hacia el nido, en cuyo borde vi un lagarto enorme, al menos cuatro veces más grande que yo. Me quedé paralizada, estremecida, sin aire en los pulmones. Cogió uno de los huevos con sus garras escamadas, se lo metió en la boca y, acto seguido, le apareció un bulto en la mejilla.

—Ay, no. No puede ser. —Invoqué el látigo óseo y, al desplegarse, el lagarto lo miró con un ojo, pero siguió observándome con el otro, como si estuviera calculando si yo le cabía en la otra mejilla.

Sí que le cabía.

Fácilmente.

Pero no se lo iba a poner fácil.

Cuando extendí el látigo, el reptil dio un respingo, pero no salió corriendo.

Le subió un gruñido profundo por la garganta, lo que me puso de los nervios, por lo que le pegué un zurriagazo en el flanco, haciéndole un tajo en su escamoso cuerpo. Al lagarto se le cayó el huevo, que acabó en el suelo. El reptil bajó corriendo en su busca por la pared del nido, pero le solté otro latigazo, en esa ocasión en la nariz.

El bicho bramó y cargó contra mí.

Lancé una ráfaga de Aeryz y, aunque se aferró al suelo con las

garras, al final salió volando. Mientras me preparaba para atacar de nuevo, vi una cosa desplegándose hacia mí que me rodeó el cuello con tanta fuerza que se me cayó el látigo óseo. Era la lengua del lagarto, que se extendía desde su boca hasta mi garganta, e intenté evitar la presión agarrándosela.

Tiró bruscamente de mí, pero clavé los pies en el suelo y me eché hacia atrás, lo que intensificó la presión en mi cuello. Vi las estrellas y el pánico se apoderó de mi pecho. Le agarré fuerte la lengua e invoqué el glifo de la muerte. Su carne y sus escamas se transformaron en un montoncito de polvo en cuestión de segundos y, cuando se cayó la lengua, retrocedí trastabillando mientras intentaba a toda costa no perder el equilibrio.

Demasiado tarde, sin embargo.

Me despeñé por el precipicio.

74

Zevander



Zevander alargó el brazo temblorosamente hacia el resplandeciente Valle Umbrío: la única barrera que separaba ambos mundos. Aunque tenía el puño apretado, aún notaba el fuego recorriéndole las venas, azuzándole la palma para que lo liberase. No lo había invocado él. Se había negado, pero la llama había despertado de su letargo.

—Debe de ser desesperante tener un poder inmenso y que lo manipulen otros. —Cadavros estaba junto a él sonriendo. No había invocado ningún glifo ni había recitado ningún cántico. El brujo le había extraído el poder de su interior.

Zevander lo notaba moviéndose, un intruso que le había invadido la sangre.

—¿Cómo? —dijo entre dientes, oponiendo resistencia a los tirones que le tensaban los músculos, tan agarrotados que sentía calambres hasta en los huesos.

Divisó su espada en el suelo, fuera de su alcance.

—Como te he dicho antes, el amuleto me contagió algo. Y yo te

lo contagié a ti la noche del ritual de la Forjaoscura. Eso me dio una forma de controlarte. A ti y tu llama.

—El fuego destruye las infecciones.

—Lo que alberga tu cuerpo no es una mera enfermedad, sino un maleficio ancestral. Una maldición infecta.

—¿Por qué?

—Ningún crío debería poseer un poder divino sin contar con recursos para moderarlo y controlarlo. Tu poder es inigualable, pero está contenido en un cuerpo y una mente que no son más que carne y huesos, muy fáciles de quebrar para unas manos diestras.

Zevander apretó los dientes, resistiéndose a ceder. Había estado muchos años a merced de unas manos despiadadas que anhelaban quebrarlo y él se había recompuesto con pura voluntad. No iba a dejarse controlar otra vez bajo ningún concepto.

—Mi fuerza no llegaba más allá del Valle Umbrío. La única forma de acceder a tu poder latente era mediante la caligorya. Pero solo a una parte ínfima. Una simple muestra de algo que debería de haber sido mío.

La caligorya.

Sintió una opresión en el cráneo e invocó el Propulszir mentalmente, desesperado por ocultar la idea que se le había ocurrido.

Cadavros se rio.

—¿De verdad crees que ese glifo insignificante va a impedir que me meta en tu cabeza?

Sin embargo, Zevander percibió el cambio del fuego, que se estabilizó dentro de él mientras el brujo rasgaba el velo de su pensamiento, intentando abrirse paso a través del resistente glifo.

La caligorya era el refugio donde había huido de la general Loyce. Su manera de evadirse cuando lo maltrataba. Siempre había

requerido del dolor o de elixires para acabar allí, pero, gracias a su entrenamiento de asesino, Zevander había aprendido a adentrarse en ese estado oscuro durante los interrogatorios intensos. Solo tenía que llevar a cabo un truquito: convencer a su mente de que estaba a las puertas de la muerte. Con los elixires era fácil, aunque también podía dirigir el fuego hacia dentro. Era básicamente como aguantar la respiración. Tenía que invocarlo él y encerrarlo en su pecho, sutileza de la que Cadavros tal vez no se percatara, o quizá la percibiera como resistencia.

Notó el envite del brujo, que se afanaba en abrirse paso.

Zevander se obligó a no pensar y se concentró en el fuego, apretando el puño. Mientras Cadavros se inmiscuía en su mente, la llama empezó a calentarse poco a poco, subió hasta sus costillas y se le enroscó dentro de la caja torácica. El corazón le martilleaba el pecho, desbocado por el pánico, y se le aceleró el pulso. Le costaba respirar de tanto contener el fuego y el escorpión se revolvía en su espalda. Tenía los músculos en tensión y temblaba, con las sienes perladas de sudor. Una negrura profunda empezó a cubrir su campo de visión.

—¿Qué estás haciendo? —La voz de Cadavros era un sonido lejano que apenas alcanzaba los oídos de Zevander mientras se adentraba en las profundidades de aquel vacío.

Entonces se desplomó.

75

Zevander



Caligorya

«¿En cuál de los siete infiernos estoy?».

Zevander observó aquel entorno desconocido en busca de algo que le sonara. Los muros de ladrillos de adobe crudo rezumaban un olor intenso a tierra húmeda y moho. Por las grietas de una puerta de madera se escapaban los gemidos de una mujer; al asomarse por una de ellas vio a dos personas follando. Un hedor a podrido le penetró la nariz y, al mirar hacia abajo con el ceño fruncido, vio en el suelo el cadáver de una rata en descomposición.

Llegaron a sus oídos unos susurros y se volvió hacia una mesita de madera que tenía detrás: debajo estaban acurrucados un niño y una niña de no más de diez años. El chico era de tez pálida y delgado y tenía los ojos rosas y dos cuernecitos en la frente, rasgos que delataban que era enteco. La chiquilla a la que abrazaba presentaba unas deformidades horribles que Zevander no había visto jamás en ningún niño: un ojo negro hundido y el rostro cetrino lleno

de cicatrices.

En cierto modo, le resultó vagamente familiar.

—Voy a dar con la cura, Melisara. He leído muchísimo al respecto. Existe un modo de purificarte —dijo el crío, y le dio un beso en el pelo enmarañado.

—A lo mejor todavía se manifiesta en mí el linaje de mamá —dijo ella alzando la vista, pero el chico no pareció inmutarse al ver sus deformidades ni puso cara de asco; la miró con ternura y le acarició su largo cabello rojo—. Puedo cambiar de cara, como hacía ella.

—Mamá es nilivir. Si la magia de sangre se transmitiera, a estas alturas ya debería haberse manifestado. —Le dio un beso cariñoso en el nacimiento del pelo, que ya le raleaba—. La única manera de cambiar nuestras circunstancias es el conocimiento, estudiar los pergaminos.

—Los entecos tienen prohibida la entrada a la Casa de los Sabios. No vas a poder acceder nunca.

—Entraré. —Apretó la boca y arqueó las cejas—. Un día de estos seré el brujo más poderoso del mundo.

—Y yo seré la más guapa. —Lo miró sonriendo.

Un fuerte grito gutural interrumpió los susurros y Zevander se volvió hacia la puerta de la habitación donde había gente follando.

—Voy a pararle los pies. Voy a impedir que vuelva a ponernos la mano encima, a ella y a nosotros —dijo el chico apretando los dientes.

—No, Alastor. No tienes ningún poder contra él. No va a valer de nada. Además, madre dice que necesitamos el dinero.

Zevander se quedó de piedra al oír el nombre de su mentor, el cual pensaba que era falso. Ladeó la cabeza y observó el rostro del crío, oculto tras su larga cabellera negra. Más allá de su evidente malnutrición, reconoció a su otrora mentor. Percibió cierto parecido

en su voz cuando dijo:

—Ese borracho asqueroso merece morir.

Tenía delante a Cadavros de pequeño.

Alastor debía de ser su nombre de nacimiento.

La puerta crujió y se abrió de golpe, y apareció un hombre dando traspiés, y por su fina ropa, a Zevander le dio la impresión de que no había nacido en la miseria. Se bebió una jarra de cerveza y fue chocándose con la pared hasta donde estaban los niños escondidos.

—Venga, engendro, déjame ver esa cara tan fea que tienes.

La chiquilla escondió el rostro en el pecho de su hermano.

—Venga, bestia miserable. ¡Enséñame dónde estás y dame un buen susto! —El desconocido se tropezó y cayó al suelo. En cuanto avistó a los críos, esbozó una sonrisa malvada—. Os pillé. —Enseñó los dientes mientras alargaba el brazo para coger a la niña—. ¡Ven aquí, zorra!

—¡Déjala en paz! —gritó el chico empujándole el brazo.

El borracho agarró la pierna huesuda de la niña y tiró tan fuerte que esta salió despedida de debajo de la mesa. Mientras se daba la vuelta hacia su hermano, clavando las uñas en el suelo, el hombre le dio otro tirón a la niña, levantándole el vestido y dejando al descubierto sus partes íntimas.

El borracho la agarró del pelo y le puso la cara debajo de la luz.

El chico se abalanzó hacia él y le mordió el brazo. El hombre soltó un aullido desde lo más profundo de la garganta y la chiquilla corrió a gatas en dirección opuesta.

—¡Puta rata! —El borracho lanzó una ráfaga de Aeryz que mandó al crío volando del revés hasta la pared de atrás.

Zevander se puso tenso cuando el hombre se dio la vuelta para ir tras la niña, que estaba en el suelo temblando, mirando a su

maltratador por el rabillo del ojo bueno.

—Eres el bicho más repulsivo que han visto mis ojos. Deberían prenderte fuego.

—Vas a morir hoy —repuso ella en voz baja.

Al principio, Zevander creyó que era adivina, pero entonces se dio la vuelta y vio al Alastor pequeño desenfundando sigilosamente una daga que había en la mesa. Luego avanzó de puntillas por el suelo de tierra, sin apenas hacer ruido, y se acercó al hombre por la espalda.

—¿A manos de quién? —El borracho le eructó en la cara a la chica y se rio cuando ella puso cara de asco—. ¿De ti y del enteco de pacotilla que tienes por hermano? ¿Asesinado a manos de un monstruo y de un crío flojo e inú…?

El chico le clavó la daga en la nuca y reculó mientras el otro se llevaba las manos a la garganta, jadeando.

La chica salió a gatas de debajo de la mesa unos segundos antes de que el hombre se desplomara, estampándose de cara contra el suelo de tierra. Se formó un charco de sangre a su alrededor mientras se retorcía y convulsionaba.

—¡Alastor! —susurró la chiquilla—. ¡Qué has hecho!

Él, con los ojos como platos y en pánico, la miró a ella y luego otra vez al muerto.

—Iba… iba a hacerte daño.

Ella puso cara de preocupación; le temblaba la barbilla.

—Te van a meter en una veta. Era un altasangre.

La mirada de miedo del chico se intensificó. Fue a gatas hasta el hombre, hurgó en sus bolsillos y sacó una piedrecita de vivicanto enganchada a una cadena. La levantó y la miró a la luz con cara de odio.

—Para ellos es solo una joya.

El propio Zevander había dicho eso mismo alguna vez, quizá dos.

Alastor desenganchó la cadena y la sacó por el agujero de la piedra blanca, que cayó sobre su palma.

—Podría tomármelo todo. Así me acusarían a mí, no a ti.

—No. Te convertirías en un carnificado.

—Mejor que arder en las llamas.

A Zevander se le encogió el estómago cuando el chico se metió la piedra entera en la boca y se la tragó.

—Ya no hay vuelta atrás —dijo con las lágrimas en los ojos sosteniéndole la mano a su hermana—. Te quiero, Melisara. Pase lo que pase.

—¿Qué haces tú aquí? —gruñó alguien a su espalda, y al volverse vio a Cadavros detrás de él.

—Me has mentido sobre quién eras —dijo Zevander—. No eras más que un niño enteco.

—Sí. Nací siendo enteco. Ni siquiera el rey conoce mi origen.

Entonces cobró sentido que un brujo con tanto poder como Cadavros criticara al rey y a los altasangres. Que en algún momento hubiera sido importante para él revivir la veta por motivos inofensivos.

Por una buena causa.

—¿Sabes qué le pasa a un enteco cuando toma una cantidad ingente de vivicanto de una vez? —Cadavros apretó la boca formando una línea firme, como si estuviera conteniendo una oleada de emociones. A Zevander le resultó raro verlo así, pues siempre lo había tenido por alguien frío y distante—. Recupera la magia de su linaje. Pero ¿cómo íbamos a saberlo si seguimos matando de hambre a nuestros entecos? Más bocas buscando vivicanto. Más competencia por el poder. Al final resulta que los entecos no son tan inútiles. Me hice lord Brujo. Y eso que había oído toda mi vida que

era una hazaña imposible. —Cadavros se acercó despacio a los críos, que estaban en el suelo acurrucados juntos—. Después de eso no me costó mucho adquirir la habilidad de mi madre de robar identidades. Una vez la llamaron «comecaras». *Sanguidina*. Una magia de sangre vampírica que mi hermana heredó de forma natural. La capacidad de invocar colmillos a voluntad. —Señaló al borracho del suelo con la cabeza—. Al final le robé la identidad a su hijo y lo suplanté como aprendiz de brujo. No era tan fácil como beber sangre, como hacía Melisara. No tenía colmillos para llevar a cabo la tarea, así que los devoraba enteros. —Puso cara de asco—. Un dilema repugnante. Yo me hice llamar Cadavros y ella, Melantha para ocultar nuestra identidad.

Zevander se quedó de piedra y dirigió la mirada hacia él.

—Tu hermana es Melantha… ¿La discípula del lord Brujo?

Le vino un recuerdo a la memoria: él sentado en una taberna enfrente de una anciana con unas deformidades horribles, la misma que había propiciado que arrestaran a su padre, la misma que había insistido en quedárselo a él de pequeño por motivos que se le escapaban en aquel entonces.

—Querías curarla. Y lo intentaste así.

—Todos partimos de buenas intenciones, ¿no? Incluso los que tenemos las almas más oscuras.

Zevander fue recopilando retazos de pensamiento y salieron a la luz nuevas revelaciones.

—Fue ella quien mató a las placedoras del Arrabal.

Cadavros se rio entre dientes.

—Siempre le guardó rencor a nuestra madre, y eso que fue gracias a su magia vampírica como se mantuvo joven y guapa, a base de consumir sangre de mujeres atractivas.

—¿Por qué usó flamapul para matarlas?

El brujo anciano suspiró.

—Detestaba los conflictos. Para ella, era más fácil seducir a sus víctimas en burdeles. Sin rituales, sin ceremonias y sin violencia ni cánticos ancestrales. Solo hambre y el deseo de relacionarse con otros mánticos sin que la juzgaran. El flamapul simplemente evitaba los enfrentamientos. De niña, Melisara era más dulce que una mariposa. —Su mirada se tornó tenebrosa—. El mundo la transformó en un monstruo.

—Zevander. —Al oír la voz de Maevyth, se dio la vuelta, buscándola.

La casucha se difuminó y mutó.

Estaba delante de un árbol colosal cuyo tronco medía de diámetro más o menos lo mismo que la casa en la que estaba hacía un momento. Miró fijamente la cavidad oscura, recordando una ocasión en la que ya la había visto. Unas semanas atrás, en el bosque.

—Zevander. —Oía a Maevyth a lo lejos, llamándolo desde el interior del árbol.

—Venga, ve a buscarla —lo urgió Cadavros.

Él, sin pensárselo dos veces, avanzó y franqueó la cavidad.

76

Maevyth



Con los brazos abiertos, observé cómo se alejaba la cornisa. Mientras descendía, el viento me azotaba la espalda y mi vestido ondeaba.

Caía en picado.

Proferí un chillido, pero fue en vano, pues me precipitaba hacia una muerte en última instancia dolorosa. Yo solo esperaba que mi cuerpo fallara antes y que, al aterrizar en el suelo, ya estuviera sumergida en la oscuridad.

Noté un estallido de aire en el pecho al golpearme la columna con una superficie dura, haciendo que el estómago se me subiera a la garganta.

¿Ya? Estaba segura de que la montaña era más alta. Al incorporarme para toser, hundí los dedos en un manto de plumas. Plumas negras y suaves. Me puse bocabajo entre arcadas y náuseas, carraspeando y tosiendo para conseguir oxígeno, mientras el viento me embestía cual ladrón, arrebatándome el aire para formar un

violento vendaval. Enterré la cara en Raivox, inhalé profundamente y subí las rodillas por su cuerpo. Me agarré a sus escamas y avancé como pude hasta los cuernos, con el viento azotándome el rostro.

Cuando por fin estuve a salvo, suspiré temblorosamente y cerré los ojos.

Me puse de rodillas sin soltar los cuernos ni un segundo y advertí que dejábamos atrás las montañas.

Esperaba que rumbo al Árbol Podrido.

Cubrimos en horas una distancia que habría llevado días de no haber sido por Raivox, que surcaba los cielos a una velocidad vertiginosa. Al bajarme de su lomo, me temblaban tanto las piernas que estuve a punto de caerme cuando al fin planté los pies en tierra firme. De no haber estado en las entrañas del Bosque Voraz, me habría agachado a besar el suelo.

Cuando Raivox se irguió y vi las vistas que estaba tapando, se me formó un nudo en el estómago. Entre la niebla se alzaba un árbol imponente, tan curtido y nudoso como todos los del bosque, pero algo lo diferenciaba del resto: su tamaño y las raíces que sobresalían del suelo formando un pequeño laberinto que llevaba al hueco del tronco. Tragué saliva mientras me acercaba con cautela, contemplando aquella cavidad oscura.

Raivox me seguía de cerca, con un gruñido preparado en la garganta.

Pasé por encima de unas gruesas raíces nudosas y peiné con la mirada los árboles colindantes, por si veía a Zevander, pero solo vi un bosque sumido en una quietud escalofriante. Cuando alcanzamos la entrada, Raivox agachó la cabeza y olfateó; era demasiado grande para atravesar esa abertura, que parecía estar esperando a tragarse

a alguien de golpe. Gruñó otra vez, así que le puse la mano en el cuello para calmarlo.

—No pasa nada. A lo mejor tengo suerte y ni siquiera está dentro.

Cuando me asomé al agujero, me entró una risa nerviosa: había una escalera con aspecto de cuero que descendía bajo tierra, iluminada por una luz titilante. Cada doce pasos más o menos, había unos cuencos lisos de marfil que parecían tallados en hueso con fajina y un paño empapado en aceite donde crepitaban unas pequeñas llamas. Gracias a la tenue iluminación, vi que la escalera dibujaba una curva y que, más allá de la pared, se extendía una oscuridad que casi lo envolvía todo.

—Vuelvo enseguida —le dije a Raivox.

Entré agachándome con cuidado y me fijé en las telarañas que había justo encima. Aunque estaba acostumbrada, por las visitas a Branimir, siempre que veía una notaba un escalofrío por la espalda.

Al dar el primer paso palpé un pasamanos fino cuya superficie era demasiado suave para ser madera. Lo miré.

Era de piel humana.

Me acordé de los cadáveres que solían aparecer en la linde del bosque, siempre desollados.

Retiré la mano y me la pegué al cuerpo mientras bajaba de puntillas a las profundidades del árbol. Tenía la inquietante sensación de que me observaban, lo que me puso la carne de gallina, aunque quizá fuera por el frío que me invadía según iba descendiendo.

La escalera daba a un espacio enorme y cavernoso, cuya altura me fue imposible estimar, pues había un tupido velo de telarañas.

Entré con cuidado, intentando esquivar los jirones que colgaban más bajos. Vi un bulto similar a un capullo suspendido de un hilo de

seda; parecía que dentro había una persona atrapada.

¿Era Zevander?

Busqué alrededor alguna cosa para cortar aquella maraña y levanté la mano del guante para usar mis afiladas garras metálicas.

Con varias cuchilladas rápidas, rasgué la telaraña, que no se me pegó a las escamas del guante. Se desprendió en forma de pelusas danzarinas, dejando a la vista al señor Thurman, el carpintero del pueblo, con la cara putrefacta.

Reculé con una mueca de asco.

Él abrió los ojos de golpe.

Exhalé profundamente mientras observaba sus pupilas negras invadiendo los iris y la esclerótica.

El hombre se retorcía dentro del capullo y profirió un sonido a medio camino entre un gruñido y un gemido.

Retrocedí a paso lento y precavido para alejarme de él y continué peinando las telarañas por si aparecía el bicho que las había tejido. Cuanto más me adentraba en el árbol, más tupidas eran. Distinguí otro capullo a lo lejos y, cuando me dirigía hacia él, vi algo moviéndose por el rabillo del ojo.

Percibí una sombra sobre mí y, al alzar la vista, descubrí cientos de ojos observándome. Con la respiración entrecortada, abrí deprisa el capullo dándole tres tajos y corroboré que lo que había dentro no era el cuerpo de Zevander.

La araña no se movió, pero yo me aparté y proseguí.

Al retomar el camino, se me cortó la respiración. Había varios cuerpos encapullados suspendidos de la red de telarañas, pero ninguno mostraba nada que indicara quién había dentro. Tras rajar los tres primeros, entré en pánico, pues no vi la cara de Zevander en ninguno. Rajé otro más en diagonal y lo rasgué a la altura del rostro: era la señora Yarbrough. Abrió los párpados y, al igual que el señor

Thurman, tenía los ojos negros y saltones y siseó, haciendo castañetear los dientes.

Ese ruido debió de despertar a otros capullos, porque empezaron a retorcerse y a sisear también, produciendo una sinfonía aterradora que me subió por la espalda.

Al apartarme me enganché el pelo a la telaraña. Intenté soltarme dando manotazos, pero acabé con el brazo atrapado entre los hilos de seda y, cuando alcé la vista, vi a la araña acercándose a mí, así que di un navajazo con el guante para liberarme. Me alejé de allí enseguida, sin aliento, y al darme la vuelta vi a Zevander.

No estaba en un capullo, sino atrapado en la maraña, con los brazos y las piernas extendidos.

Fui corriendo hacia él, esquivando las pegajosas telarañas, azuzada por el miedo.

—¡Zevander! —grité entre susurros mientras rasgaba las numerosas capas que le inmovilizaban las muñecas y los tobillos.

Él ni siquiera reaccionó.

Volví a sentir que me observaban y noté un cosquilleo en la nuca, por lo que me giré deprisa. Con el corazón en la garganta, vi una enorme silueta erguida delante de mí, cuya piel teselada y astas sinuosas me trajeron a la memoria recuerdos aterradores. Era la bestia de los bosques.

El ferovor.

—Hola, Maevyth. —Su voz sonaba muy humana, demasiado clara para ser un monstruo, lo cual no impidió que oyera en la mente el eco de la carne de mi tío Riftyn desgarrándose. Él señaló a Zevander con la cabeza—. Qué bonito, os habéis encontrado. —Con sus huesudas manos a la espalda, similares a ramas, se acercó a mí muy despacio, y yo reculé para mantener las distancias—. Creo que no nos conocemos formalmente.

—Suéltalo —le exigí con la voz quebrada, haciendo caso omiso de su comentario.

—Te aseguro que descansa en paz. Está soñando contigo.

—Sé lo que quieres de él. Nos dirigiste a la veta para potenciar su fuerza y usarlo para incendiar el Valle Umbrío. —Saqué pecho y le sostuve la mirada, rehusando desviarla—. No te lo voy a permitir. Antes tendrás que matarme.

Curvó sutilmente hacia arriba sus putrefactos labios, lo cual me dio a entender que mi amenaza le había hecho gracia. Alzó la vista y recorrió con la mirada la red de telarañas.

—¿Sabes qué habita en este árbol? —No me dio tiempo a contestar—. Un dios, un poder ancestral capaz de arrancarte de este mundo como si no fueras más que el suave pétalo de una rosa. —Se acercó a mí alargando los dedos, como si fuera a tocarme, pero me aparté—. Delicada, frágil…, pero preciosa.

—Se te olvida que las rosas tienen espinas.

Él soltó una risa profunda y lánguida.

—Sí. Y qué trágico es que se marchiten tan rápido. La mortalidad es… deprimente. Pero yo te ofrezco vivir eternamente. Poder.

Gesticuló con la mano y el ligero cosquilleo que sentí en la piel me llevó a mirar el vestido que llevaba, el cual estaba mutando en un elaborado atavío que imitaba una rosa. Noté picor en la frente y, al ir a rascarme, me pinché el dedo con un objeto punzante que tenía sobre la cabeza. Lo palpé. ¿Una corona de espinas? Al bajar los brazos, me los vi cubiertos de unos finos tallos negros y rosas.

—Si vinculas tu sangre con la mía, nos tendrás a los dos —dijo.

Yo puse cara de asco.

—Ah, perdona. —Empezó a retorcerse mientras unos huesos le atravesaban la piel, similar a una corteza, quebrándola y haciéndola crujir, y su cara se tornó mucho más aterradora.

Una versión deformada de Moros me sonrió y sentí miles de insectos correteando por la piel.

—¿Así mejor?

—¿Qué *dos*? ¿A qué te refieres? —pregunté, con la garganta tan tensa que se me atascaban las palabras.

—Los dos compartimos esta maldición. Nuestra vida está entrelazada. Siento lo que él siente. Amo lo que él ama.

—Tú no tienes ni idea de lo que es amar, de los sacrificios y el dolor que conlleva.

—Enséñamelo, entonces. —Empezó a rodearme a cierta distancia, como si no quisiera cruzar la barrera invisible que nos separaba—. Sé nuestra reina.

—Prefiero morir —dije entre dientes.

—Y lo harás. O no… si yo retraso tu fallecimiento. —Sentí un cosquilleo irritante en el cuero cabelludo y solté un manotazo instintivamente, pero él se apartó enseguida—. Eres lo que le hace seguir adelante.

Giré la cabeza de golpe y vi su figura por el rabillo del ojo.

—¿Para matar en tu nombre? ¿Para contagiar a personas inocentes y convertirlas en animales sin razón que se alimentan de los vivos?

—¿Como los vivos que se alimentan de los débiles? ¿De los pobres? ¿De los desamparados? Sí que te has olvidado rápido de tu pasado, ¿no, muchacha? —Lo dijo con cierto deje de irritación—. Del odio y el veneno que te dispensaron. —Oía sus pisadas a mi espalda —. Dime, si te vieras de nuevo en esa celda donde te maltrataban, te torturaban y te castigaban, ¿qué crees que elegiría aquella chica? ¿La piedad? ¿El perdón?

¿Cómo sabía él lo que yo había padecido?

Alcé la vista y miré a Zevander.

—Sí —dije sin vacilar—. Si así consiguiera evitar convertirnos en monstruos a tu merced, eso haría, sí.

Se paró a mi lado, tan cerca que se me pusieron los nervios de punta.

—¿Zevander es un monstruo? ¿Parecía Aleysia un monstruo? —Moros le pasó la palma por el brazo a Zevander y el escorpión de su mano cobró vida—. Zevander está contagiado desde siempre. Y Branimir. Si no hubiera sido por ese equilibrio, lo cual es una debilidad, sería la criatura más poderosa del mundo. La llama es el elemento más destructivo y caótico que existe.

—¿La llama no era la causa de la afección de Zevander?

—La llama es lo único que impide que acabe consumido por la infección. Lo equilibra, por decirlo de algún modo.

—¿Y Branimir?

—Si Branimir no tuviera el poco fuegoscuro que tiene, Etiria se parecería bastante a Mortasia. —Me cogió otro mechón de pelo y, al sentir un cosquilleo en el cuero cabelludo, me puse tensa.

Me di la vuelta, encogiendo el hombro para zafarme, pero él, impertérrito, prosiguió con su explicación sin dejar de toquetearme.

—Branimir tiene control sobre sus arañas, las domina. Así pues, como ves, no todos se convierten en monstruos.

—¿Por qué yo? ¿Qué quieres de mí?

Me apartó el pelo de los hombros y noté el roce de su frío dedo en el cuello.

—Una poderosa trifecta. Enfermedad, destrucción y muerte.

—Si quieres morir, no tienes más que pedirlo. —Levanté la palma, pero él alargó el brazo y me agarró la muñeca tan rápido que no me dio tiempo a invocar ni un solo glifo.

—A lo mejor se te ha olvidado qué pasaría si *yo* pereciera. —Dijo esas palabras tan ásperas gruñendo, sin perder su inquietante

sonrisa.

—Lo mismo que si tú sobrevivieras y Zevander incendiara el Valle Umbrío.

—Te equivocas. Yo soy lo único que se interpone entre Etiria y un dios vengativo. Sin mí, te convertirás en esa monstruosidad que tanto temes y estarás a su despiadada merced. Sé mi reina y yo te protegeré a ti y a tus seres queridos.

—Prefiero morir. —Le escupí en la cara y le cogí la mano con que me agarraba la cintura.

Profirió un sonido entre agónico y furioso mientras sus dedos quedaban reducidos a polvo. Me dio un empujón en el pecho con la mano buena, estampándome de espaldas contra el suelo.

Me miró enseñando los dientes, como si gruñera, mientras su cara empezaba a crisparse, mutando de nuevo, y los huesos se le hundían en la piel, que se transformó en una corteza dura.

—He sido demasiado compasivo, demasiado paciente. Voy a coger lo que me corresponde. —Señaló a Zevander con su esquelética mano y este abrió los ojos de golpe; tenía las pupilas enormes, dilatadas. Un vacío negro que parecía que me miraba sin verme. Unas finas venas negras le recorrían el ojo, por encima de la cicatriz, pues la infección le había llegado a la esclerótica. Los hilos pegajosos que le sujetaban brazos y piernas se disolvieron y salió de la telaraña.

—Zevander. —Me aparté de él pataleando y, cuando cruzamos la mirada y atisbé en la suya un hambre maliciosa, me incorporé de golpe.

Respiraba trabajosamente y sus insondables ojos irradiaban una maldad que no encajaba con él. Yo lo había visto con los ojos en blanco en otros episodios, pero no así, no de esa forma que me convenció de que no había nada a lo que aferrarse, nada que me

ayudara a sacarlo de su estado. Tenía dentro algo voraz que lo arañaba para que lo dejara salir.

Me di la vuelta y eché a correr.

—¡A por ella! —bramó Cadavros.

Frente a mí se veía un pasadizo oscuro, más allá de una cavidad similar a la que había cruzado para acceder al árbol. Al entrar corriendo sentí una ráfaga de viento gélido hincándome el diente. Aminoré el paso y miré alrededor: había unas ramas sinuosas delante de mí, amenazantes cual centinelas primitivos, cubiertas por un velo de niebla.

«¿Dónde estoy?».

No fui capaz de distinguir si más allá de la negrura había un cielo, si había logrado escapar del árbol. La única luz provenía del resplandor verde que palpitaba en el suelo. Me tropecé con algo duro y caí sobre una zona verde donde había algo arrastrándose: cientos de bichos vermiformes diminutos serpenteaban en varias zonas cubiertas de líquenes y musgo.

Soltando un chillido, me eché hacia atrás y me levanté.

Sentía escalofríos en la nuca y vi unos ojos observándome desde lo alto, como espectadores silenciosos atentos a la arena.

—¡Raivox! —grité—. ¡Raivox! —Mi voz hizo eco, como si estuviera en una cueva.

Estaba atrapada.

Seguí avanzando. Sin rumbo ni destino.

77

Kazhimyr



Kazhimyr estaba en lo alto de una colina que descendía hasta donde comenzaba el bosque de Brujafría, oteando el entorno tras una roca musgosa. Dravien, Ravezio y él estaban ahí agachados, observando a un guardia solitario encorvado sobre su montura que avanzaba pesadamente sin rumbo por la linde de la espesura.

—¿Solo un guardia? ¿Eso es lo máximo que podía ofrecer el rey? —preguntó Ravezio.

—Supongo que están todos ocupados persiguiéndose entre ellos. Además, somos los únicos chalados temerarios que buscan la tierra de los mortales. Seguro que el pobre desgraciado está más aburrido que una ostra.

Dravien refunfuñó.

—Bueno, ¿procedemos o vamos a tirarnos aquí todo el día susurrando?

—Yo me encargo —dijo Ravezio levantándose.

Kazhimyr tiró de él.

—Me encargo yo. Lo último que queremos es una estatua para conmemorar el momento.

—Ah, claro, es mejor que acabe esparcido por la hierba hecho pedacitos. Yo me muerdo el labio, le escupo y adiós al muy cabrón.

—¿Podéis daros prisa? Me meo. —Dravien, sentado al lado de nosotros, se apretó la entrepierna.

En cuanto el guardia dio la vuelta para seguir con su parsimonioso paseo por la linde del bosque, Ravezio se levantó de un brinco y echó a correr campo a través hacia allí. Consiguió subírsele encima y tirarlo del caballo, que se fue galopando. Ambos rodaron por la hierba forcejeando, pero Ravezio se las arregló para acorralarlo debajo de él.

Kazhimyr se levantó y se dirigió hacia ellos, con Dravien renqueando a la zaga.

Sus heridas ya estaban casi curadas, salvo el tajo de la rodilla, que había penetrado hasta el hueso. Eso necesitaba otro día.

—¿Lo está matando o se lo está follando?

—Estará saboreando el momento —se mofó Kazhimyr, que aceleró el ritmo cuando vio que Ravezio por fin le escupía al guardia en la cara.

El guardia se quedó agarrotado y empezó a convulsionar en el suelo mientras los tres pasaban de largo rumbo al bosque. Ya ocultos por los árboles, Dravien se desvió, seguramente para mear, y volvió tras varios minutos.

—Has tardado mucho —murmuró Ravezio mientras afilaba su puñal en una roca.

Dravien le dedicó una sonrisa desabrida y dijo:

—Es lo que tiene tener la polla grande, que tardas más en desaguar.

—Venga, ya. Vamos para el arco —dijo Kazhimyr, y avanzaron a paso ligero hacia la espesura, haciendo caso omiso de los molestos espiritinos que zumbaban sobre ellos y de los gátalos que los observaban desde sus respectivas perchas.

Entre árboles caídos y vegetación, fueron adentrándose en el bosque hasta llegar por fin al arco que demarcaba la frontera de las temidas tierras de los mortales.

Kazhimyr se sacó del bolsillo el pergamino que le había dado Dolion: un cántico que les daría acceso.

—¿Alguno sabe leer esto?

—Yo lo intento. A ver si lo pronuncio bien. Si lo digo mal, acabaremos en el abismo, ¿no? —Dravien le arrebató el rollo a Kazhimyr, puso la palma sobre la brillante barrera de protección y leyó el texto escrito con tinta en el pergamino—. *Zi da'dignio, septmiusz me liberih iteriusz.*

La barrera parpadeó y Dravien miró por encima del hombro.

—Vamos allá. —Empujó la protección con la mano y desapareció.

Kazhimyr suspiró profundamente y lo siguió. Mientras se adentraba sintió que le vibraban los músculos. Al cruzar se topó con Dravien, que estaba en un claro lleno de matorrales espinosos observando el entorno. Allí el bosque era tan oscuro que parecía que estaba anocheciendo.

Ravezio se acercó a ellos y miró también alrededor.

—Qué raro. Yo pensaba que en la tierra de los mortales estaría todo… muerto.

—A ver…, no sabemos cómo será el resto. —Kazhimyr se puso al frente y, espada en ristre, fue desbrozando las ramas espinosas según atravesaban los matorrales.

—¿Cómo averiguamos siquiera por dónde hay que empezar? —Nada más plantear la pregunta Ravezio, Kazhimyr divisó un objeto

familiar más adelante.

Aceleró el paso y cogió la espada negra que había en el suelo para examinarla.

—Es acero de Venetox —dijo, lo cual confirmaba que era el arma de Zevander.

Se oyó un chillido atronador a lo lejos, lo que hizo que Kazhimyr se pusiera tenso.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Ravezio.

—No lo tengo claro —contestó él—. Pero intuyo que es lo bastante grande como para derrotar a Zevander y su espada.

Siguieron el eco de aquel bramido abriéndose paso afanosamente entre helechos y vegetación podrida. Tras pisar algo crujiente, Kazhimyr se detuvo y, al mirar hacia abajo, vio huesos y cráneos esparcidos por el suelo.

—A lo mejor estamos en un coto de caza.

—Pues qué inteligente por nuestra parte seguir de buena gana a un depredador feroz —dijo Dravien sin pizca de humor.

La niebla que los rodeaba era cada vez más densa y, como les costaba ver más allá de ella, Kazhimyr alzó la espada de Zevander. El rugido del animal desconocido se oía más cerca, así que oteó los árboles.

Una sombra descomunal surgió de la niebla y los tres se acercaron a ella cautelosamente. Con sus alas negras, daba la impresión de que era un pájaro, un ave enorme, pero tenía escamas en las cuatro patas y el pico ribeteado de dientes, lo cual indicaba que era una especie de dragón. Aquella bestia monstruosa hincó las garras en el suelo, justo al lado de un árbol inmenso que tenía pinta de estar podrido, con ramas desnudas llenas de nudos retorcidas hacia el cielo.

—Por los siete infiernos, ¿qué es eso? —preguntó Ravezio por

detrás.

La bestia dio media vuelta y profirió tal rugido que despeinó a Kazhimyr y le provocó un escalofrío.

Por la sangre de los dioses, hacía años que no sentía frío.

El pájaro-dragón se abalanzó hacia ellos, chasqueando sus afilados dientes, y arremetió contra Kazhimyr. Este alzó la espada, haciendo detenerse a la bestia, que se puso a olfatear el arma como loco, como si la reconociera.

—¿Conoces a Zevander? —preguntó, y para su sorpresa el animal gruñó al árbol mientras escarbaba la tierra.

Entonces él reparó en una cavidad profunda que había en el tronco y se acercó allí.

—¿Está dentro del árbol?

El pájaro, inquieto, erizó las plumas y batió las alas.

Kazhimyr miró el hueco frunciendo el entrecejo: dentro, titilaba una luz.

—Vamos a entrar.

Dravien se rio por la nariz.

—¿Ahora resulta que hablas su idioma?

—Es que tengo la impresión de que quiere que entremos.

—Pues claro. Seguro que hay un nido a rebosar de bichos hambrientos. —Dravien, con la mano en la empuñadura de su acero, señaló a Kazhimyr con la cabeza—. Entrad vosotros si queréis. Yo prefiero correr el riesgo de quedarme con este fuera.

—¿Y si muere uno de los dos? —dijo Ravezio con tono burlón sonriendo.

Dravien refunfuñó enderezándose.

—Vale… Cuanto antes terminemos, antes os pierdo de vista.

Al pasar por delante de Ravezio, este le dio una palmadita en el hombro.

—¿Qué sentido tendrá tu vida sin nosotros?

Los tres accedieron al árbol y bajaron por la escalera.

—Joder, ¿eso es piel? —Ravezio iba detrás de Kazhimyr; el recorrido estaba iluminado por unos cuenquitos blancos con fuego.

Cuando llegaron al final, a un espacio cavernoso, él alzó la mirada y vio el tapiz de telarañas.

—Branimir estaría en su salsa aquí.

Ravezio, a su espalda, se rio entre dientes.

Enfrente de ellos había un cuerpo humano entre jirones de telaraña, como si alguien la hubiera rasgado. Kazhimyr examinó la cara del hombre atrapado en ella.

Este abrió los ojos, revelando dos esferas negras. Amagó con morder, pero él le atravesó el pescuezo con el acero de Zevander, de donde empezó a rezumar una sustancia negra. El hombre se retorcía, colgado como estaba de la telaraña, y Kazhimyr advirtió movimiento en su boca. Al ver salir una araña de los labios del muerto, puso una mueca.

Ravezio retrocedió.

—Joder, qué asquerosidad.

Salió otra araña correteando por el cuerpo. Y otra.

Dos más fueron directas hacia la bota de Kazhimyr, que reculó y las pisoteó.

Al hombre se le desfiguró la cara y, acto seguido, salió de él una avalancha de arañas.

—¡Atrás! —gritó Kazhimyr, y le lanzó una ráfaga de niebla helada al enjambre, que se quedó paralizado. Dio un tirón con la mano y les reventó las entrañas.

—Esto no pinta bien —dijo Dravien mirando de reojo las telarañas del techo.

—Vamos. —Kazhimyr gesticuló con la cabeza—. Hacemos una

batida rápida para buscar a Zevander y nos vamos pitando de aquí.

Siguieron avanzando a toda prisa y, entonces, él tuvo un presentimiento acompañado de un escalofrío en la nuca. Las telarañas y las gruesas raíces que habían visto fuera del árbol guardaban un parecido inquietante con las del sueño que había tenido mientras se recuperaba de la picadura. Al oír algo escarbando, los tres pararon en seco.

—¿Habéis oído eso? —preguntó Kazhimyr aguzando el oído. Alzó la vista despacio y observó las telarañas. Había cientos de arañas mirándolos desde arriba. Algunas eran grandes como un oso y otras diminutas como un ratón.

—¡Corred! —Kazhimyr les lanzó otra ráfaga, pero ellas se descolgaron velozmente de las telarañas, tan rápido que no le dio tiempo a congelarlas. En cuestión de segundos acabaron los tres rodeados, cada uno dentro de un halo. Dravien blandía una espada, mientras que Kazhimyr las rociaba con la niebla blanca. Ravezio se hizo un tajo en el brazo con su acero para salpicarlas con la sangre, que al aterrizar en el suelo despidió un vapor siseante que ellas evitaron.

Kazhimyr se alejó de una araña más grande que lo acechaba y, cuando esta se alzó, él se quedó mirando con expresión ceñuda la cara humana que llevaba incrustada en el oscuro caparazón inferior. Entonces se topó con algo, resbaló y, literalmente, se lo tragó la tierra, que él mismo vio cómo se cerraba. Se dio tal golpe en la espalda que se quedó sin aire en los pulmones, por lo que se puso de lado para toser. Sacudió la cabeza y gimió por el dolor de cuello, frotándose la zona que debía de haber impactado contra el suelo. Se sentó y, al mirar alrededor, advirtió que se encontraba en una caverna parecida a la de arriba, pero sin el tapiz de telarañas. Estaba cercado por paredes de raíces.

El miedo le atenazó el estómago cuando se puso de pie y vislumbró una puerta delante de él.

Una puerta igualita a la de su sueño.

«Mierda».

78

Maevyth



Mientras me adentraba en la densa niebla hacía crujir unas raíces finas bajo mis pies. Estaba buscando una manera de salir de aquel extraño laberinto boscoso, así que volví sobre mis pasos, rumbo al agujero por el que había entrado. Debería haber regresado al centro del árbol; sin embargo, cuanto más andaba, más perdida me sentía, rodeada de raíces altas que parecían acorralarme según pasaba y de un espantoso resplandor verde.

«¿Por dónde voy?».

Alcé la vista hacia la oscuridad, convencida de que me estaban observando, y me tropecé. Había metido la punta de la bota en un hoyo, del que salió una fumarola blanca acompañada de un silbido. Me invadió la nariz un hedor a podrido y descomposición y me la tapé con la mano mientras me apartaba trastabillando. Oí otro silbido: había metido el pie en un segundo hoyo. Y en un tercero.

Me fallaba la visión y me pesaba la cabeza; empecé a sentirme mareada y perdí el equilibrio. Al alargar el brazo para apoyarme en

una raíz y estabilizarme, sentí un picor en los nudillos y descubrí que unas ramitas diminutas semejantes a enredaderas se estaban extendiendo por ellos. Conseguí zafarme, pero me tambaleé y empecé a ver borroso.

Cuando dejé atrás las nubes de vapor, el mareo remitió un poco, aunque sentía unas ligeras náuseas instalándose en mi estómago.

Al oír un crujido a mi espalda, la urgencia de acelerar se apoderó de mis músculos. Seguí avanzando por aquel extraño paraje lleno de raíces y ramas bajas a la luz del inquietante resplandor verde.

Otro crujido.

Un silbido.

Me estaban siguiendo.

Aligeré el paso hacia ningún sitio en concreto, desesperada por encontrar una forma de salir de aquel puto laberinto de árboles.

Otro crujido. Más cerca que antes.

No me atreví a darme la vuelta, sino que atravesé la oscuridad a toda velocidad. Me enganché la bota con una raíz vertical y, a su vez, algo se chocó conmigo con tal fuerza que me caí al suelo y me puse a gritar a pleno pulmón. Cuando me di la vuelta, me quedé horrorizada al ver a un Zevander enorme subiéndose encima de mí con los ojos más negros que el carbón, casi indistinguibles de la oscuridad. Me inmovilizó las muñecas al lado de la cabeza y me miró con ojos fieros y voraces.

—Zevander —susurré, ansiosa por percibir algún indicio de que me reconocía.

Nada.

No era el hombre con el que había hecho el amor la noche anterior. Ni el que había peleado en la iglesia hasta el límite de sus fuerzas y había acabado entre escombros tras el derrumbe de los muros. Ni el ángel que me había susurrado en mi lóbrega celda.

Lo que me miraba fijamente a través de los ojos de Zevander era otra cosa. Una presencia siniestra y desalmada.

—Vuelve conmigo. —Llorando, me quedé esperando una señal, algo en su mirada que me indicara que seguía ahí, luchando, el atisbo de esperanza que había visto las pocas veces que él se había perdido en su cabeza.

Pero Zevander ya no estaba ahí.

Ese hombre al que había llegado a querer se había esfumado.

Noté en las muñecas, justo donde me agarraba, un calor dorado que suscitó una calidez que al principio mitigó el frío que me recorría la piel. Penetró en mi carne y me caló hasta los huesos. El dorado se tornó naranja a medida que el ardor me retorcía los músculos, desplegándose y extendiéndose, palpitando por todo mi cuerpo. El sudor me perlaba la piel y tenía el aire atascado en los pulmones, que me quemaban.

Su mirada estaba desprovista de tensión. No había indicios de mesura.

Me estaba quemando por dentro sin un ápice de remordimiento.

Sentí una punzada de resignación perforándome el corazón mientras me caían lágrimas por las sienes. Tenía que idear algo para que consumiera mi sangre, lo cual era una apuesta peligrosa, teniendo en cuenta que el guardia lyveriano había perecido al hacerlo. Se me estremeció hasta el alma de pensar en la posibilidad de perderlo. No se merecía un destino así. Corría el riesgo de fallecer él también, pero Zevander había sufrido lo suficiente como para además convertirse en una bestia monstruosa y descerebrada a las órdenes de otra persona. Lo quería demasiado y no iba a consentir que ocurriera eso.

—Vincúlate conmigo —susurré—. Acepto.

La oleada de calor que sentía se tornó una pulsación pausada y

él se apartó mientras la furia de hacía un momento daba paso a otra cosa que me revolvió las tripas. Una lujuria oscura y codiciosa brillaba en sus ojos, pero no era propia de Zevander. No surgía del amor y la confianza. Aquella criatura se deleitaba con mi claudicación como un depredador. Buscaba poder.

Era un monstruo que anhelaba dominarme.

—Soy tuya —mentí, obligándome a creer que Zevander estaba debajo de esa máscara voraz y mis palabras podían llegar hasta él.

Me soltó un brazo y me cogió de la barbilla, pero no de forma cariñosa. Me aferraba firme y dolorosamente mientras me levantaba el vestido por los muslos y presionaba contra mí el bulto de su entrepierna. Puso los ojos en blanco, soltó un gemido gutural y me miró, pero yo aparté la cara, poniéndole en bandeja mi garganta.

Estaba frenético, demasiado dispuesto a aceptar mi rendición como para ser mi querido asesino.

—Hazme tuya. Vincúlame contigo para siempre. —A pesar de mi férrea determinación, estaba al borde del llanto.

Me acarició el cuello con la nariz, como si estuviera catando a su presa.

—Para siempre —repitió él embelesado, y me soltó la muñeca. Me clavé una de las uñas metálicas en la delicada piel del cuello y me hice un tajo, ahogando un grito al darme cuenta de lo bien que cortaba.

Noté una punzada abrasadora en la garganta y Zevander, con los ojos como platos de lo que supuse que solo podía ser sed de sangre, pegó los labios a la herida. Empezó a succionar del pequeño tajo, haciendo que se me tensara la mandíbula de la presión, y tras cada sorbo se oía un borboteo. Estaba rígido y me tocaba por todas partes con manos presurosas y desesperadas.

—¡No! —bramó alguien a los lejos, cuya voz retumbó.

—Te quiero —susurré—. Vuelve conmigo, por favor.

Zevander se incorporó y se llevó una mano temblorosa a la boca, con los ojos negros abiertos de par en par y expresión de pánico. Fue el primer indicio de emoción que percibí en él.

Su escorpión saltó de la espalda y, tambaleándose sobre sus patas, se clavó el aguijón a sí mismo. Zevander arqueó la espalda a la vez que profería un rugido de dolor desgarrador.

—Perdóname. —Alargué la mano, temblando, pero dudé si tocarlo—. ¡Por todos los dioses, perdóname! —Fue estremecedor verlo sucumbir a mi sangre. «¿Qué he hecho?».

Se cayó de espaldas, con los labios separados, ahogándose. Su pecho subía y bajaba afanosamente mientras respiraba a trompicones.

Unas arañas salieron correteando de sus labios y se convirtieron en un humo negro que vino hacia mí antes de disiparse.

El escorpión, a su espalda, cayó al suelo rendido y volvió a picarse a sí mismo instintivamente entre sacudidas.

Entonces Zevander se quedó inmóvil, y el escorpión también.

Se instaló un silencio ensordecedor alrededor, como si el mundo entero estuviera aguantando la respiración.

Me temblaban los labios de contener el sollozo que me palpitaba en el fondo de la garganta.

Fui a gatas hacia él y le cogí la mano. Al notar su piel fría reculé, pero luego pegué la oreja a su pecho.

Quietud.

Me levanté y todo empezó a darme vueltas muy rápido; cerré fuerte los ojos y sacudí la cabeza.

—Despiértate. Deberías de estar despierto. Deberías estar bien.

Lo zarandeé y se me escapó un sollozo. Apreté los dientes, tragándome el llanto, pues me negaba a aceptar que ya no estaba.

—¡Despierta, Zevander! ¡Despierta! —dije mientras lo zarandeaba otra vez con más fuerza, con la voz quebrada por el espantoso dolor que amenazaba con desgarrarme.

No obstante, él no se inmutó. No respiró. Tenía la piel más fría y la cara más pálida.

—¡No, no, no! ¡Respira! —Le golpeé el pecho con el puño—. ¡Me prometiste que no me abandonarías! ¡Me lo juraste! —Planté los labios en su boca para insuflarle aire en los pulmones—. ¡Despierta!

Lo agarré de la camisa con ambas manos y lo levanté lo justo para ponerme su cabeza en el regazo y acunársela. Comencé a sollozar otra vez, estremeciéndome, y alcé la cabeza, invadida por unas violentas oleadas de una ira palpitante.

—¡Morsana! ¡Devuélvemelo!

79

Zevander



Caligorya

Zevander, tumbado en el suelo, se irguió de golpe: estaba en el campo, rodeado de rosas negras con los bordes plateados. Había cuerpos mutilados y sanguinolentos por doquier, como si se hubiera levantado en mitad de una batalla. Frunció el entrecejo y se miró las manos: las tenía llenas de sangre y tierra. A su lado estaba tendido Cadavros, inmóvil, pálido, sin vida.

Al percibir algo por el rabillo del ojo, se volvió de golpe: una figura esbelta se acercaba a él flotando. Su larga melena negra le revoloteaba alrededor de la cara y sus ojos plateados parecían imitar las sedosas cintas de luz de luna que la iluminaban.

—¿Maevyth? —Consiguió enfocar la mirada y se dio cuenta de que, si bien la figura que se aproximaba a él se parecía mucho a ella, no era la misma.

—Te estaba esperando, amor mío —dijo esta poniéndose de rodillas delante de él y cogiéndole la mano con las suyas, tan

inesperadamente frías que Zevander dio un respingo—. Has vuelto conmigo.

Zevander meneó la cabeza.

—No soy quien tú crees.

—Eres Deimos. Y yo soy Morsana. Una vez, hace mucho tiempo, nos enamoramos. —Su voz rezumaba cierta tristeza.

—A Deimos lo condenaron al fuegoscuro.

—Sí. Y te eligió a ti como receptáculo, y yo elegí a Maevyth. Para reencontrarnos en el futuro. Ha llegado la hora de que trasciendas, de que te desprendas de este cuerpo. —Le sostuvo la cara con ambas manos—. Bésame y lo verás.

Zevander no reaccionó, así que la diosa le cogió la boca y lo besó con desesperación. Sin embargo, entre sus labios solo hubo una indiferencia fría.

Pasaba algo. Algo malo.

Morsana se apartó y lo miró fijamente con sus ojos plateados y expresión ceñuda.

—No me corresponde. Él habita en ti, pero no me quiere.

—Se ha adueñado de mi cuerpo, y quizá de mi alma, pero no controla mi corazón.

Ella, con el ceño fruncido, masculló con amargura:

—Entonces ¿por qué debería yo enviarte de vuelta a ella?

—Porque sabes lo mucho que duele. —No era habitual en Zevander ser tan cariñoso con otras mujeres, pues eso lo reservaba para Maevyth, pero en cierto modo sabía que era la única forma de hacerla entrar en razón—. Te destrozaron el corazón a base de crueldad. Y, aunque me arrojaras al abismo más oscuro, aunque me arrancaras las extremidades una a una, acabaría volviendo a su lado. Aunque tuviera que arrastrarme por las entrañas frías y vacías de la propia muerte, volvería con ella.

Morsana, con los ojos anegados en lágrimas, le puso la mano con dulzura en la mejilla.

—Te concedo el tiempo que le queda para trascender, que será cuando nos convirtamos en una.

—¿Cómo trascenderá?

—A través de la muerte. Está destinada a morir.

Zevander sabía que Maevyth era mortal y que el tiempo que pasara con ella era limitado, pero aquellas palabras le llenaron el pecho de pánico.

—¿Cómo?

—Ve, Zevander Rydainn. Volveremos a vernos.

Se desvaneció y lo dejó con un vacío negro que se lo tragó entero.

80

Zevander



—¡Devuélvemelo o te juro por lo más sagrado que despertaré al dios de la enfermedad y sembraré el caos en Mortasia y Etiria!

El eco de la voz de Maevyth resonó en el espacio vacío que era la mente de Zevander y, para él, sus palabras fueron como un rayo de luz en la oscuridad. Sintió que la opresión del pecho remitía y consiguió tomar la primera bocanada de aire, recobrando la conciencia.

—¿Ahora… quién es egoísta? —dijo con voz ronca, y se puso a toser, pues el aire empezaba a penetrar en sus pulmones. Abrió los ojos y una risa grave retumbó en su pecho cuando la vio agachada sobre él, ya sin furia ni determinación en la mirada, sino con un alivio enorme.

Maevyth le dedicó una sonrisa llorosa y lo abrazó con fuerza mientras se lo comía a besos.

—Te quiero. Te quiero. Te quiero.

Zevander intentó levantarse, pero ella siguió meciéndolo en su

regazo, besándole la mejilla, la frente, hasta la nariz. Zevander sonrió y se inclinó hacia delante para atraerla hacia él y estrecharla entre sus brazos.

—Pensaba que te había perdido. —Maevyth, con el entrecejo fruncido, le pasó el pulgar por el labio inferior—. Estaba convencida de que iba a quedarse contigo.

Él le habría dicho que ni siquiera la muerte podía interponerse entre ellos, pero no pudo porque estaba demasiado ocupado examinándole los brazos y la cara y las piernas a la poca luz que había.

—Estoy bien —dijo ella—. No tengo nada.

Aun así, él siguió levantándole los brazos y mirando como loco entre su larga cabellera en busca de magulladuras o heridas, por mínimas que fueran. Al verle en la garganta un pequeño corte con sangre reseca, arrugó el entrecejo.

—Te he pedido yo que lo hicieras —le dijo—. Has bebido mi sangre.

Por los dioses, ¿qué había hecho él para que hubiera tenido que recurrir a eso? No podía parar de mirarle la herida y el moretón de alrededor; supuso que había succionado.

—Zevander, tenemos que irnos, de verdad. —Lo agarró de la muñeca, pero él se quedó quieto—. No sabrás por casualidad cómo se sale de aquí, ¿no?

—No, pero, como no encontremos una salida, voy a prenderle fuego a este árbol. —Una amenaza vacía, ya que su prioridad era sacar a Maevyth sana y salva del Valle Umbrío sin despertar a ningún dios. Nada más descubrir aquel árbol en el bosque, había sentido una presencia fría. Ancestral. Destructiva. Una fuerza que lo había llevado a creer que ahí habitaba Pestilios desde hacía siglos.

No obstante, llevaba sin sentir a Cadavros desde que Maevyth lo

había despertado, pero, si Zevander había muerto entonces, era igualmente posible que el brujo hubiera perecido. Y eso significaba que Dorjan también, rompiendo así el hechizo.

—Creo que a lo mejor hemos despertado a un dios por tus artimañas —dijo.

—¿*Mis* artimañas? Puede que no hayas llegado a hacer nada, pero que sepas que hace un momento estabas muy por la labor.

Zevander puso una mueca.

—Quiero pensar que una pequeña parte de mí te habría reconocido, pero no me acuerdo de nada de lo que pasó después de que entrara en este puto árbol.

Se puso de pie y se tambaleó. Le cogió la mano a ella y la guio por aquel laberinto interminable de raíces, donde no había nada discernible que le dijera que iba en la dirección correcta. Cuando vieron una silueta familiar renqueando, Maevyth le clavó los dedos en el brazo.

Kazhimyr.

Zevander se puso en guardia mientras miraba fijamente a su amigo, buscando algo que le indicara si era un engaño o un espejismo. Al fin y al cabo, resultaba muy oportuno que apareciera su amigo justo en ese momento en las entrañas de un árbol podrido en la tierra de los mortales.

—Joder, no me mires así. Estoy hasta los cojones ya, no sé qué es real y qué no —se quejó Kazhimyr, y le mostró a Zevander la espada de acero de Venetox—. La hemos encontrado en el bosque. Hemos seguido los ruidos de un pájaro-dragón enorme que me ha dicho, a su manera, que estabas aquí. Y creo que me estoy volviendo loco.

—Si no supiera perfectamente a qué te refieres, yo también pensaría que te estás volviendo loco.

Kazhimyr se rio por la nariz y le tendió el arma a Zevander. Esbozó una sonrisilla y le dio una palmadita en la espalda a su amigo.

—Tienes muy mala pinta, por cierto. Como si hubieras vuelto de entre los muertos.

Zevander miró a Maevyth por encima del hombro y vio que no estaba sonriendo. De no haber estado tan preocupado por intentar salir de ese puto árbol, él mismo se habría reído del comentario de su amigo.

Kazhimyr le dio un apretón en el bíceps.

—Dioses… Igualmente me alegro de verte. Cuando Dolion me dijo que te habías ido a la tierra de los mortales, pensé que no te iba a ver la cara nunca más.

—¿Te dijo él que vinieras? —El mero pensamiento le destensó los músculos.

—Sí. Tuvo una visión en la que parecía que estabas metido en un buen lío. —Kazhimyr miró la extraña cueva—. Veo que estaba en lo cierto.

—Creo que Cadavros ha muerto. Tenemos que salir de aquí y cruzar el Valle Umbrío, si es que sigue en pie.

—Yo sé cómo se sale. —Su amigo señaló con la cabeza—. Seguidme.

Zevander frunció el entrecejo.

—¿Conoces este árbol?

—Entré por una puerta no muy lejos de aquí.

—Una puerta. —Aun así, Zevander aguzó los sentidos, aunque no es que tuvieran alternativa. No iban sobrados de tiempo para ponerse a dar vueltas.

Siguió a su amigo a regañadientes por pasadizos serpenteantes, donde parecía que las raíces se movían a su paso, hasta que por fin

llegaron a una puerta de madera, como había dicho Kazhimyr.

Este disminuyó el ritmo hasta parar y echó los hombros hacia atrás.

—¿Todo bien? —preguntó Zevander.

—Sí, claro. —Observó la puerta con la cabeza ladeada—. Es que tengo la impresión de que ya he estado aquí.

Él juntó las cejas y atrajo a Maevyth hacia él.

—Has dicho que entraste por aquí.

—Sí —dijo Kazhimyr dudando, como si estuviera absorto en sus pensamientos—. Vamos. —Tomó la iniciativa y abrió la puerta. Al otro lado había una caverna enorme llena de telarañas que le resultó familiar. Oyó eco de gritos más adelante y salió disparado hacia allí —. ¡Son Ravezio y Dravien! ¡Los he perdido antes! —voceó por encima del hombro.

—¿Dravien? —preguntó Zevander. Se le vino a la mente una cara: pelo verde, elvynirio—. ¿Se apellida Nockvayne?

—¿Lo conoces? —preguntó Maevyth tras él.

Él apretó la mandíbula.

—Desde hace años.

—Es largo de explicar. —Kazhimyr aceleró el paso, abriendo camino entre las telarañas que colgaban del techo a base de espadazos—. Nos ha ayudado a llegar aquí.

Entonces se toparon con un tramo donde había dos cuerpos atrapados entre hilos pegajosos, ambos retorciéndose para intentar zafarse. Una araña acechaba a Ravezio enseñando los colmillos, lista para morderlo, mientras él le escupía sangre.

Zevander instó a Maevyth a ponerse detrás de él y lanzó una llamarada al costado del bicho. Este siseó entre espasmos y acabó chamuscado.

—Gracias a los dioses que no son inmortales —dijo ella a su

espalda.

—Por los siete putos infiernos, qué alegría me da ver tu cara bonita —dijo Ravezio riéndose entre dientes mientras él quemaba las telarañas que rodeaban a su amigo, con cuidado de no abrasarlo.

Este cayó al suelo. Kazhimyr, por su parte, liberó a Dravien con ayuda de su acero.

Zevander miró ferozmente al elvynirio, que sin duda también lo había reconocido. Los gritos de Vaelora resonaron en su cabeza y aferró fuerte la empuñadura de la espada, contiendo las ganas de cortarle la cabeza.

Dravien aterrizó de pie en el suelo y, entonces, se oyó un chillido tan agudo que la caverna tembló y las telarañas se bambolearon.

Zevander se volvió hacia el arácnido, que avanzaba despacio por la telaraña; sus patas tenían la misma envergadura que las alas de Raivox.

Reculó lentamente al ver el tamaño de ese puto bicho.

—¿Qué coño es eso que tiene en la espalda? —preguntó Ravezio espada en ristre.

Cientos de arañas salían de ella en cascada, con un cuerpo que era una mezcla de miembros humanos y caparazón.

—¡Venga! ¡Vamos! —gritó Zevander girando sobre los talones. Se echó a Maevyth al hombro y salió disparado detrás de Ravezio y Dravien hacia la escalera de más adelante.

Kazhimyr, a la zaga, paró un momento para lanzarles una niebla glacial a los bichos que los perseguían.

—¡Corre! —apremió Zevander subiendo los escalones de dos en dos.

Nada más franquear la entrada del árbol, se detuvo en seco y esperó a que apareciera Kazhimyr.

Maevyth le dio una palmada en la espalda.

—¡Bájame ya! Puedo andar.

Él la dejó en el suelo a regañadientes, con la vista fija en el agujero.

Cuantos más segundos pasaban, más se impacientaba Zevander.

—¿Dónde está? —preguntó Ravezio con el arma en ristre, cambiando el peso de pie.

Entonces vieron el pelo gris de Kazhimyr emergiendo de la cavidad del árbol.

—¡Corred!

Del tronco salió en cascada una marea de arañas, algunas de las cuales tenían miembros y cara humanos.

A lo lejos se oyó un rugido.

—¡Raivox! —Maevyth salió disparada hacia allí.

—¡Espera, Maevyth! —gritó Zevander saltando por entre las ramas y el follaje en descomposición con la espada en ristre.

Las monstruosas arañas iban tras ellos, saltando desde los árboles.

Por el rabillo del ojo, Zevander vio a Dravien corriendo hacia él blandiendo la espada. El elvynirio pegó un brinco, como si fuera a hacerle un placaje.

Él alzó su acero para atacar primero.

—¡Cuidado con la cabeza! —gritó el otro soltando un espadazo, lo que hizo que una sustancia negra cubriera a Zevander, que redujo el paso lo suficiente como para ver a una araña retorciéndose en el suelo tras él.

Ambos asintieron y emprendieron la retirada, corriendo entre los árboles para darle alcance a Maevyth.

Esta oyó otro rugido del corvugón y tiró por el flanco izquierdo, abriéndose paso por una arboleda densa, donde se detuvo de golpe. Los árboles estaban ocultos tras un tapiz de telarañas, que también

se extendían entre ellos, y Raivox estaba ahí atrapado, con las alas enganchadas a los hilos.

—¡Raivox! —gritó ella evaluándolo desde abajo.

Zevander se volvió, espada en mano, y peinó los árboles en busca de arañas hostigadoras.

No vio señales de ellas.

Era como si se hubieran escabullido en algún momento.

—Joder, esa red parece obra de una araña descomunal, ¿no? —Al oírlo, Zevander se dio la vuelta y vio al elvynirio acercarse a ella con cautela para examinar los finísimos hilos de seda.

Maevyth se abalanzó hacia el corvugón, pero Zevander la cogió del hombro.

—Espera. —Señaló hacia arriba, donde había cientos de ojos brillantes observándolos desde las tenebrosas copas de los árboles.

Raivox rugía y resoplaba, y Zevander notó lo tensa que estaba Maevyth.

—¡Ayúdalo, por favor!

—Mirad que no vengan arañas —les dijo él a Kazhimyr y a Ravezio, y ambos letalisz desenvainaron la espada y vigilaron los árboles que quedaban a la espalda de Zevander.

Este extendió el brazo y lanzó una llamarada con la palma hacia la telaraña, intentando evitar las alas de Raivox.

El corvugón rugió de nuevo; cuanto más se movía, más se le enredaba la cola en aquel pegajoso tapiz tan tupido. En el pecho tenía una zona brillante en carne viva, con las escamas derretidas, como si se hubiera quemado.

—¡Arriba se mueve algo! —gritó Dravien señalando una pata que empezaba a asomar entre las oscuras copas—. Ese bicho debe de ser descomunal.

Zevander estaba concentrado liberando una de las alas. Cuando

lo hizo, el pájaro se quedó colgando de la otra mientras graznaba y aleteaba.

—¡Están cerca! —advirtió Kazhimyr a su espalda—. ¡Las oigo!

Él vio por el rabillo del ojo que Dravien retrocedía con la espada en alto.

—Joder. —Le temblaba la voz—. Ese bicho es gigantesco.

Zevander ni se molestó en mirar, pues estaba concentrado en el corvugón. Además, si lo hubiera hecho, seguro que se habría ido y, por mucho que aborreciera a ese cagón, no quería dejarlo tirado, pues a Maevyth le habría dolido.

—¡Zevander, hay que irse! —Kazhimyr iba caminando de espaldas hacia los demás, cerrando el círculo—. Están muy cerca.

Él, con la mandíbula apretada, se afanaba en dirigir las llamas alrededor de la otra ala cuando vio por el rabillo del ojo una sombra descomunal.

—¡O nos vamos o nos comen las arañas! —rugió Dravien.

Dio media vuelta y se adentró en el bosque como una flecha.

El pájaro-dragón cayó por fin al suelo entre aleteos y graznidos, lleno de jirones de telaraña. Arremetió con la cola y no dio a Zevander y Maevyth de milagro. Una araña más o menos como Raivox de grande se abalanzó sobre el corvugón y este, bufando, le arañó el caparazón con las garras.

Él le lanzó una llamarada a aquel arácnido monstruoso, que se limitó a lamerse su brillante exoesqueleto, por lo visto inmune al fuego negro. El terror se apoderó de Zevander, que atacó de nuevo y se quedó mirando con atención, inquieto, pero lo único que hizo el caparazón fue chisporrotear.

Maevyth se lanzó a por Raivox, pero él la cogió del brazo.

—¡Hay que irse!

—¡No puedo abandonarlo! —gritó ella estirando el brazo hacia el

animal.

Raivox rugió, rociando el enorme flanco de la araña con un chorro plateado. El arácnido se retorció entre siseos y se alejó del corvugón correteando.

—No le va a pasar nada. Sabe protegerse.

El eco de las pisadas y de la vegetación resonaba en todo el bosque.

Kazhimyr lanzó una ráfaga de neblina blanca y, según se aproximaba el enjambre, él y Ravezio se dieron la vuelta y salieron disparados en dirección opuesta.

—¡Moveos ya!

—¡Vamos! —Zevander agarró a Maevyth del brazo y la alejó del corvugón, adentrándose en las profundidades del bosque.

81

Zevander



Zevander atravesó la hilera de arbustos que rodeaba el arco, desgarrándose el traje de cuero con las espinas. Una vez libre, cogió a Maevyth en brazos y los cuatro hombres formaron una fila en el claro para vigilar los árboles, por si aparecía alguna araña.

Nada.

Sin embargo, Zevander las oía. Percibía los chasquidos colectivos a lo lejos.

De la nada surgió un chorro brillante que aterrizó silbando al lado de su bota. La tierra y la vegetación se contrajeron por efecto del ácido que las había quemado. Ravezio, junto a él, soltó un gruñido y se miró el brazo: le había salpicado y tenía una marca en la manga de cuero. Empezaron a volar escupitajos y Dravien maldijo.

—¡Atrás! —gritó Zevander.

Invocó la llama y formó una barrera alrededor de ellos, la cual chisporroteaba cuando las arañas escupían, pero gracias al fuego su saliva no los alcanzaba.

Según se acercaban correteando, surgían sombras de la oscuridad. Un híbrido medio humano muy grotesco pasó volando entre Zevander y Ravezio; era una bola de fuego violeta que había logrado quebrantar el muro ígneo. Chillaba y chisporroteaba mientras se retorcía en el suelo, pero entonces se fue directa a por Maevyth.

Dravien atacó velozmente con su acero y le cercenó la cabeza.

Zevander, que mantenía en pie la barrera, miró por encima del hombro.

—¡Cruzad al otro lado!

—¡Yo no me voy sin ti! —replicó Maevyth.

Cuando dos arañas más se colaron en el círculo, despidiendo un resplandor violeta fruto de las llamas, Zevander ahogó un gruñido.

Dravien amagó con atacar otra vez, pero Maevyth desplegó el látigo y les soltó un potente zurriagazo que las hizo trizas.

—¡Por los huevos de Castero! —dijo Ravezio, que estaba a su lado—. ¿Cuándo ha aprendido mi chica ese truco?

—Vuelve a decir que es tu chica y la próxima vez le digo que apunte a tu entrepierna. —Zevander percibió a lo lejos la descomunal sombra de una araña gigante que bien podría franquear la barrera.

—A tomar por culo nuestra buena suerte —dijo Kazhimyr—. Vete, yo las mantengo a raya.

—No. En cuanto atraviese ese arco, adiós al fuego. Ve tú. Necesito que haya alguien de confianza al otro lado cuando cruce Maevyth.

Su amigo frunció el entrecejo, pero asintió.

—Nos vemos allí —dijo, y se dieron un apretón de antebrazo. Kazhimyr añadió una palmada en el hombro y se dirigió a toda prisa al límite resplandeciente. De camino agarró a Maevyth del brazo—.

Sígueme, ¿eh?

Ella arrugó el entrecejo y negó con esa cabeza terca que tenía, lo que provocó que Zevander profiriese otro gruñido.

Se acercó a ella con paso firme y la cogió del brazo.

—Por favor, necesito que estés a salvo. Hazlo por mí.

Ella miró hacia arriba con los ojos muy abiertos, por lo que Zevander dedujo que la bestia los acechaba.

—¿Es la misma que ha atacado a Raivox? —preguntó.

Él echó un vistazo rápido, pero no vio nada que le indicara que se le había derretido el caparazón.

—Lo dudo.

Se disponía a lanzar una llamarada cuando Maevyth desplegó el látigo de nuevo, cuyas vértebras cayeron al suelo con estruendo, formando una pila inservible.

—¡Ay, dioses!

Ravezio, acero en mano, le dio una estocada a la bestia en la pata según penetraba en las llamas y esta profirió tal rugido que tembló hasta el suelo. La araña se abalanzó hacia el otro letalisz enseñándole los colmillos, pero Ravezio respondió a sus arremetidas con espadazos veloces.

—¡Vete! —Zevander presionó los labios con fuerza contra los de Maevyth, deseando estar en otra época y otro lugar.

—Júrame que vendrás justo detrás de mí —le dijo.

—Créeme, no tengo ninguna intención de quedarme aquí. —Se volvió hacia la bestia, pero ella le tiró del brazo para atraer su atención de nuevo.

—Te quiero.

—Y yo a ti. ¡Venga, vete! —Se dio la vuelta y le lanzó una llamarada al bicho, que dejó de atacar a Ravezio. El fuegoscuro se deslizó por su caparazón sin alterar apenas su superficie.

—¡Mierda! ¡Algo está tirando de mí! —Kazhimyr dio un grito estridente y Zevander perdió un segundo en mirar al arco: una fuerza invisible lo arrastraba hacia el Valle Umbrío, pero él se resistía clavando los pies en la tierra.

Zevander sintió un dolor ardiente en el brazo y, al mirárselo, vio un escupitajo brillante penetrando en su chaqueta de cuero. El bicho lo embistió con los colmillos por delante, pero Ravezio atacó a la bestia con la espada y le rebanó una pata trasera, haciéndola caer hacia atrás y evitando que hiriese en la cara a Zevander por poco.

—¡Ayuda a Kaz! —gritó Ravezio, lo cual atrajo a la araña de nuevo hacia él—. ¡La tengo controlada!

Entonces Zevander se unió a Dravien, que tiraba del brazo de Kazhimyr para intentar apartarlo del arco, aunque en vano.

—¡Por los putos dioses, veo la sima! —gritó este con voz de pánico.

No. El Valle Umbrío le negaba el acceso.

Zevander miró a Ravezio, que estaba defendiéndose de los colmillos de la araña. Suspiró profundamente para intentar aclarar sus ideas e invocó un glifo. Tenía todos los intrincados símbolos grabados en detalle en la memoria; era el que había aprendido en los montes de Lyveria. Extendió la palma de la mano y lanzó un torrente de llamas hacia la barrera, que acabaron absorbidas por la reluciente superficie plateada.

La superficie titiló y tembló, tornándose gris oscuro.

Kazhimyr salió despedido hacia atrás, como si la fuerza lo hubiera soltado, y la abertura que dejó se reparó sola, recuperando su color plata.

Zevander bajó la mano y respiró fuerte por la nariz.

—Voy a abrirla de nuevo. Tenéis que entrar enseguida, antes de que se cierre.

Dravien dio un paso al frente.

—Voy yo primero, por si acaso. —Zevander frunció el entrecejo, pero no le dio muchas vueltas. El elvynirio enderezó los hombros y se preparó para salir corriendo—. Listo —dijo.

Él volvió a respirar profundamente e invocó el glifo de nuevo, concentrándose en la pared resplandeciente.

—¡Ya!

Dravien saltó justo antes de que se cerrara la barrera.

A Zevander le flaqueaban las rodillas por el consumo de energía y temblaba porque se le estaban agotando las fuerzas, pero volvió a extender el brazo.

—¡Ahora vosotros dos!

Kazhimyr asintió, se puso de pie y cogió a Maevyth en brazos antes de que protestara.

—¡Bájame! ¡No! —gritó ella clavándole las uñas, pero, por suerte, su amigo la tenía bien agarrada. Por mucho que a Zevander le destrozara verla tan disgustada, tenía que garantizar su seguridad.

En cuanto lanzó la llamarada hacia la barrera, Kazhimyr se adentró en ella y los gritos de Maevyth se desvanecieron.

Zevander se dejó caer sobre las palmas resollando, con la poca energía que le quedaba del vivicanto mermada por el glifo. Al darse la vuelta, vio que una araña tenía a Ravezio sujeto en el suelo, pero la bestia no estaba atacando, sino mirando algo muy concentrada.

Embelesada.

Un chisporroteo se impuso al siseo del bicho, cuyo caparazón empezó a volverse gris mientras una sombra exánime se extendía por su cuerpo como escarcha. Sus articulaciones empezaron a solidificarse y el animal fue dejando de mover las patas poco a poco hasta que acabó convertido en granito.

—Joder —dijo Ravezio arrastrándose de espaldas para liberarse de las fauces de la monstruosa araña—. Qué bien que estos bichos tengan cien ojos. Creo que es la primera vez que convierto en piedra algo tan grande en tan poco tiempo. —Nada más salir de debajo de la araña, la estatua cayó de frente, estampándose contra el suelo ruidosamente, y se le quebró la cara.

Mientras Ravezio se levantaba, los dos letalisz soltaron una risilla.

—Vamos —dijo Zevander—. Los demás ya han cruzado.

El otro dio un paso al frente y, acto seguido, se puso rígido con cara de pánico. Una figura había franqueado el muro de llamas que crepitaba a su espalda. Astas retorcidas. Extremidades largas y huesudas que parecían ramas de árbol. Pezuñas.

Cadavros.

La bestia tenía un brazo extendido hacia Ravezio y, con la mano opuesta, a la cual parecía que le faltaban dedos, apuntaba a Zevander.

—Déjalo que se vaya —gruñó él.

—Sí, yo lo dejo marchar, pero con la condición de que me ayudes a quemar el Valle Umbrío.

Justo entonces, Zevander se percató de que no sentía ninguna atracción, nada que tirara de sus pensamientos, como solía pasarle en presencia del brujo.

Su conexión debía de haberse roto después de consumir sangre de Maevyth.

—No quiero enfrentarme a ti. Accede a ayudarme y tu amigo seguirá con vida.

—¡No! —replicó Ravezio con la voz ronca por la tensión—. ¡No lo hagas!

Zevander invocó una llama en su mano.

—No voy a repetírtelo. ¡Suéltalo!

El brujo dejó escapar una risa profunda y amenazante y, con la palma hacia arriba, invocó una llama también.

Zevander sintió escalofríos cuando vio el fuego negro titilando en la mano del brujo.

—Parece que he adquirido los poderes de Pestilios y Deimos.

—Entonces ¿qué quieres de mí?

—Por desgracia, en este cuerpo no hay cabida para tanto poder. El poco que tengo de Deimos no basta para destruirlo yo solo.

Zevander extendió el brazo y le lanzó al brujo un torrente de llamas.

Cadavros soltó a Ravezio y contratacó proyectando con ambas manos una ráfaga de fuego que colisionó con la suya.

Le temblaban los brazos del esfuerzo mientras oponía resistencia. Por el rabillo del ojo vio que su amigo se levantaba de un brinco y cargaba contra el brujo.

—¡No, Ravezio! —Como se distrajo, Zevander salió volando hacia atrás, impelido por la potente llamarada de Cadavros, que le impactó en el pecho, arrebatándole el aire de los pulmones.

Entre jadeos y resuellos, se dio la vuelta y vio a Ravezio suspendido en el aire con los brazos abiertos.

Una fuerza invisible le estaba quitando la camisa de cuero, lo que hizo que Zevander se retrotrajera a su época en las minas, donde los guardias lo ponían así.

—¡No! —gritó entre jadeos arrastrándose hacia ellos.

Ravezio consiguió mirar por encima del hombro a Zevander, quien, al ver el miedo en sus ojos, sintió que lo invadía el pavor. El eco húmedo de la carne desgarrándose se fundía con los angustiosos gritos de dolor de su amigo. Todas sus escamas desaparecieron a la vez, dejando a la vista su carne brillante.

Zevander se quedó paralizado, igual que la araña que se había convertido en granito hacía un momento.

Ravezio se derrumbó en un charco de sangre resollando mientras se retorcía.

—¡No! —bramó Zevander haciendo acopio de la poca fuerza que le quedaba para lanzarle una llamarada al brujo.

Cadavros la bloqueó con la suya y ambos volvieron a enfrascarse en una batalla de poder.

Zevander se mantuvo firme a pesar de la rabia y la ira que le crispaban los músculos. Desenvainó su espada y avanzó en contra de la insoportable fuerza que lo empujaba, acercándose poco a poco.

Cadavros rompió el contacto de las llamas haciéndose a un lado y luego rodeó a Zevander. Cogió el acero de Ravezio y, con él en ristre, se aproximó al Valle Umbrío.

—Ya te he dicho que no quiero enfrentarme a ti.

Él se acercó a su amigo y, al ver el estado en el que se encontraba, sintió una opresión en el pecho. Era un daño irreparable que acabaría matándolo.

Se desplomó sobre las rodillas.

Las pequeñas zonas en carne viva desprovistas de escamas rezumaban sangre. Ravezio inspiraba y espiraba con dificultad, tosiendo y escupiendo sangre sobre el suelo nevado.

—Mátame —dijo con voz ronca tosiendo otra vez—. Por favor.

Zevander quería agarrarlo de la mano y asegurarle que iba a sobrevivir, pero, en su estado, tocarlo sería un error.

—Te voy a llevar a Etiria para que te curen allí.

Ravezio inspiró hondo, aunque no sin dificultad.

—No. No voy a… sobrevivir.

—Es cierto —intervino Cadavros, plantado en el arco, como si

pretendiera cortarles el paso.

Una furia letal se apoderó del corazón de Zevander mientras miraba a su amigo moribundo con los ojos llorosos. Estaba temblando y apretaba tanto los dientes que no se le partieron de milagro.

—Hazlo, por favor. —A Ravezio le cayó una lágrima por la sien y Zevander se volvió, dilatando las fosas nasales para intentar mantener el tipo.

Entonces asintió.

—Gracias por…—consiguió decir Ravezio entre estertores, casi sin voz— tu amistad.

—*Dormisz qumeht lunadei, meh'amij.* —«Descansa con los dioses, amigo mío».

Zevander se levantó y extendió el brazo hacia ese hombre que para él había sido como un hermano, que no había dudado jamás en pelear por él. Cerró los ojos e invocó la llama.

Ravezio profirió un gruñido silencioso y, cuando Zevander abrió los párpados, donde hacía un momento yacía su amigo no había más que una piedra sanguínea. La cogió y se la metió en el bolsillo, centrándose en el brujo, que seguía apostado en el arco.

—No quería hacerle daño a tu amigo. Y no quiero enfrentarme a ti —dijo, como si eso fuera a impedir que Zevander desatara su ira contra él.

Soltó una risa amarga y desabrida mientras se cambiaba la espada de mano.

—Tendrías que haberlo pensado mejor antes de matarlo —repuso Zevander antes de abalanzarse sobre Cadavros.

82

Maevyth



Veinte minutos antes

En cuanto Kazhimyr atravesó la barrera conmigo, me revolví para intentar zafarme.

—¡Suéltame! —grité, y él por fin me dejó en el suelo. Di media vuelta y salí disparada hacia el arco, desde donde vi a Zevander al otro lado. Detrás de él estaba la araña que acababa de atacar convertida en piedra y, cuando vi a Ravezio saliendo de debajo de ella, suspiré de alivio—. Venga, Zevander. Corre —mascullé viéndolos sonreír mientras se dirigían al arco.

De repente Ravezio se quedó paralizado, con cara de pánico.

Kazhimyr apareció a mi lado.

—¿Qué está haciendo? ¡Venga! —Le arreó un golpe al escudo acuoso, que vibró, pero no cedió—. ¡Espabila!

Una figura atravesó las llamas y, al ver a Cadavros acercándose poco a poco, se me revolvieron las tripas.

—Tenemos que volver. —Empujé la barrera en vano y me quedé paralizada, temblando de la impotencia—. ¡Tenemos que volver ahora mismo!

Acto seguido se desató una batalla ígnea y yo me quedaba sin aliento cada vez que Cadavros le lanzaba una llamarada a Zevander.

—¿Y el pergamino? —exclamó Kazhimyr palpándose los pantalones con cara de pánico—. ¿Dónde está? ¡Tengo que encontrarlo!

El desconocido, el tal Dravien, que estaba a su otro lado, rebuscó en su capa. Yo arrugué el entrecejo.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces? —Me temblaban los brazos de tanto presionar la barrera.

—¡Necesito el pergamino para volver! —Kazhimyr siguió buscándolo, y yo me di la vuelta y vi a Ravezio suspendido en el aire con los brazos abiertos.

—Dioses, no —dije con la voz quebrada mientras desaparecía su ropa.

—No. No, no, no. —Kazhimyr se lio a darle puñetazos a la barrera—. ¡Ravezio! ¡Ravezio! —Se volvió hacia Dravien, que seguía palpándose el cuerpo.

—¡Se me ha debido de caer! —Metió las manos hasta el fondo de los bolsillos—. ¡Mierda!

Ravezio profirió un grito desgarrador cuando le arrancaron las escamas.

El terror se apoderó de mi pecho, comprimiéndome los pulmones.

Kazhimyr se desplomó sobre las rodillas y soltó un grito equiparable al de dolor de su amigo. Apoyó la frente en la barrera y se estremeció, sollozando.

—¡Ravezio!

Las lágrimas me empañaron los ojos cuando vi a Zevander derrumbarse a su lado; se me partió el corazón al verle la cara.

Kazhimyr soltó un rugido de ira mientras le daba puñetazos al cruel muro resplandeciente, que se negaba a ceder. Pero ya era demasiado tarde.

Ravezio ya se había ido.

Al ver a Zevander cargar contra Cadavros, la angustia me atenazó el pecho. Empezaron a pelear con la espada, pero él era mucho más diestro que su enemigo.

El brujo lo atacó, aunque fue un golpe flojo, pues empuñaba el arma laxamente, además de tener tres dedos menos. Zevander lo rechazó con un espadazo tan poderoso que el otro trastabilló y se cayó de espaldas cerca del Valle Umbrío.

El combate prosiguió unos minutos, pero Zevander consiguió imponerse a su adversario, que nos daba la espalda a nosotros.

Cadavros meneó la cabeza, blandiendo la espada sin fuerzas.

—¡Deimos malgastó su poder en un crío insensato! ¡Podrías ser rey! ¡Tendrías Etiria a tus pies!

—Se ve que se te ha olvidado la historia, vejestorio —dijo Zevander resollando—. Deimos no quería ser rey. Lo que quería era a Morsana.

—Sí —bufó la bestia—. Y justo por eso pereció entre las llamas. ¡Cedió a la debilidad por una mujer! ¡Igual que tú!

—¿Por qué me diste visiones sobre ella? —A pesar de estar notablemente exhausto, del cansancio evidente en sus músculos y de las contracciones de su pecho, Zevander sujetaba la espada con firmeza.

—Cometí un error. Pensaba que anhelabas algo más aparte de tu lamentable vida. En vez de conquistar a reyes, te acobardaste por el amor de una mujer.

Zevander le clavó la punta de la espada en la garganta.

—Yo no me acobardo ante nadie. Ni hombres ni reyes ni *dioses.*

—Si me matas, desatarás la plaga —dijo Cadavros para provocarlo—. Si tanto la amas, adelante.

Él lo miró con desdén.

—Si estuviera aquí, te mataría ella misma. —Por muy cierto que fuera, yo no fui capaz de reírme del comentario, pues estaba paralizada por el pánico—. Levántate —le ordenó Zevander—. No tengo intención de matar a nadie mientras está de rodillas.

—¡Mierda, va a desatar una plaga en Etiria! —gritó Kazhimyr—. ¿Cómo era el cántico?

—¡No me acuerdo! —gruñó Dravien.

Yo estaba enloqueciendo con tanta discusión, tenía los músculos agarrotados de la tensión.

—Cómo osas. —Cadavros se levantó y apoyó las pezuñas—. ¡Soy un alto brujo, bendecido con el poder de dos dioses! —Su voz rezumaba tal furia que sacudió la barrera.

—Consuélate con ello mientras caes —dijo Zevander entre dientes justo cuando el brujo alzó la palma, pero él atacó primero y lo tiró al suelo con una ráfaga de Aeryz.

Yo tenía el corazón desbocado.

No veía dónde había aterrizado Cadavros. Solo sabía que había desaparecido de mi vista.

Zevander se desplomó sobre las rodillas, con el pecho agitado, y me di cuenta de que tenía una mancha de sangre en el costado, seguramente de un espadazo. Alzó la mano y vi en su palma un intrincado glifo brillando.

—¡Corre, Zevander! —dije con impaciencia, pues él seguía en el lado equivocado del arco.

La barrera titilaba y temblaba.

A su espalda, a poca distancia, se veían unas figuras arrastrándose, sombras de un enjambre que iba directo a por él.

Más que un enjambre.

Entre la masa de arañas y grotescas monstruosidades humanoides que se abalanzaban hacia él, volaban varios bichos de esos raros que parecían espectros, como los que habíamos visto Aleysia y yo saliendo de los arácnidos unas semanas atrás.

—¡Zevander! —grité, y él, como si me hubiera oído, miró por encima del hombro y vio lo que se le venía encima.

Se levantó despacio, dispuesto a enfrentarse a la horda que se le aproximaba, y extendió los brazos al frente, justo como había hecho Ravezio hacía un momento.

—¡Ven a por mí, Pestilios! Desafié a la muerte por ella. ¡Me enfrentaré a ti y a cualquier dios que pretenda arrebatármela!

Se me resquebrajó el pecho como si fuera de cristal y las esquirlas de pánico se me clavaron en el corazón.

—¡No! —grité clavando los dedos en el muro titilante que me separaba de él.

Los bichos descendieron rápidamente y se arremolinaron alrededor de él, mostrando las garras y los colmillos.

Dravien encontró el pergamino en un bolsillito del muslo y lo sacó de un tirón.

—¡Lo tengo! —Lo desenrolló con una mano y, con la otra apoyada en la barrera, recitó un cántico, el mismo que había usado Melantha para darme acceso a mí.

Al otro lado del arco, Zevander se tambaleaba, pues blandía la espada sin descanso contra las arañas y los espectros que surgían a su alrededor como una brutal nube negra. Entonces se tropezó y desapareció de mi vista, igual que Cadavros hacía un momento.

—¡No! ¡No! —Di un golpe en la barrera y la atravesé con la

mano. Al intentar atravesarla, noté que me agarraban por detrás y me caí de culo al lado de Kazhimyr.

—¡Lo tengo! —Dravien estaba tirado en el suelo con la cara desencajada de dolor y los dientes apretados, con medio brazo metido en la barrera, que no dejaba de parpadear—. ¡Se me escurre!

—¡No lo sueltes, por favor! —Me derrumbé sobre las rodillas, estremecida, pero Kazhimyr me apartó bruscamente—. ¡Por favor, no lo sueltes!

—¡Mierda! ¡Se me escurre! —Dravien tenía la cara roja y le temblaban los músculos.

—¡Agárralo bien! —Kazhimyr se acercó gateando y metió la mano en la barrera, que parpadeó y lo mandó volando contra un árbol, dándose un porrazo en la columna.

Yo me abalancé hacia el arco y vi a Zevander de soslayo, a punto de escapársele de las manos a Dravien. Debajo de él se abría una sima negra sin fondo, un vacío vasto y aterrador. Me acerqué gateando para cogerle la mano, pero él tenía los dedos llenos de sangre espesa, por eso a Dravien se le escurría.

—¡Aguanta! ¡Aguanta, por favor! —Mi voz llorosa rezumaba pánico mientras lo aferraba del antebrazo para ayudar a Dravien.

Parecía que una fuerza invisible le tiraba de los pies, pues se sujetaba a mi brazo de forma antinatural. Cuando cruzamos la mirada, me fijé en su sombría expresión y en sus ojos, donde se sucedieron mil cosas aún por decir.

Se estaba escurriendo, su muñeca se deslizaba por mi mano.

Con los dientes apretados, parpadeé para enjugarme las lágrimas y clavé las uñas en el suelo para estabilizarme.

—¡Ni se te ocurra! ¡No te sueltes, por favor! —grité, causando eco alrededor—. Te quiero. ¿Me oyes? ¡Te quiero, Zevander Rydainn!

¡Agárrate fuerte!

—Te he querido… a través te todos los hilos del destino. —Gruñó y se soltó de la mano de Dravien… y de la mía. Me rozó con la punta de los dedos como si fuera humo.

El tiempo se paró. Sentí el corazón latiéndome en la garganta.

Sus ojos irradiaban un pesar desgarrador mientras caía. Se alejaba cada vez más por la garganta del abismo, aún con el brazo extendido. Vi que me llamaba, pero no lo oía entre las palpitaciones de mi cráneo y el grito que proferí, sintiendo que me arrancaban el alma.

Me agarraron de los tobillos y tiraron de mí, y Zevander desapareció de mi vista.

Dravien se puso de rodillas y se asomó al vacío.

—¡No! —Retiró la mano.

No lo tenía.

Se había ido.

No era capaz de asimilarlo. La imagen no se me iba de la cabeza (su cara, la caída…), pero mi corazón se negaba a aceptarlo. Me sentía suspendida en el tiempo, paralizada. La terrible realidad me envolvió en una neblina de confusión e incredulidad. Un clamor vacío que no me atrevía a aceptar.

—¿Zevander? —Volví a gatas a la barrera y apoyé la palma temblorosamente en la superficie, que no cedió. Tuve una visión fugaz donde lo vi precipitándose de nuevo—. No. No, no, no. Por favor. —Empujé más fuerte, desesperada por verlo otra vez.

El frío y el vacío se apoderaron de mi pecho, pero hice caso omiso, ocupada como estaba palpando la barrera en busca de una brecha. «¡Necesito verlo!».

—¡Dioses, por favor! —El pánico me invadió sin piedad mientras golpeaba la pared impenetrable con ambas manos. Más fuerte.

Frenéticamente. Aferrándome a la esperanza con la misma desesperación y tenacidad con que lo tenía sujeto hacía un momento—. ¡Necesito verlo! ¡Por favor, tengo que verlo!

Al otro lado, ya solo se veían el bosque y los bichos, que fueron correteando hacia el arco y se esfumaron.

No se oía nada. Ningún grito.

Hacía apenas un rato, Zevander estaba ahí plantado delante de esas bestias, valiente e inflexible.

Un poder forjado en tinieblas y fuego.

Inmortal.

Para mí, era incomprensible que alguien con tanta fuerza y, a mi parecer, tan formidable se hubiera ido por una simple y desdichada caída. Un traspié.

No. Él no. *Él* no.

Me senté sobre los pies y me llevé una mano al pecho: tenía el corazón desbocado, tan acelerado que me costaba llenar los pulmones.

—No puedo respirar. —Cerré los ojos e inspiré hondo, pero el aire entraba demasiado rápido y tenía los pulmones encogidos, como si un frío crudo e hiriente me hubiera derribado las costillas.

Sentí un insoportable dolor punzante perforándome el corazón y empecé a jadear.

—Maevyth, cálmate. —Kazhimyr me aferró el hombro, pero yo me zafé.

—Tenemos… que ir… a por él. —Mi sangre se convirtió en una escarcha entumecedora y me puse a temblar. Necesitaba que supiera que no estaba solo en las tinieblas.

—No podemos ir a por él. Es imposible regresar de Nethyria —dijo Dravien, pero sus palabras hicieron eco en mi cabeza.

No había retorno.

—¿Y esa *tragedia* que iba a caer sobre ti si uno de nosotros moría? —dijo Kazhimyr entre dientes, pero yo no distinguía las voces, no eran más que ruido. Un clamor exasperante que quería captar mi atención—. Porque yo acabo de perder a dos amigos y no parece que tú estés sufriendo mucho.

Dravien miró a Kazhimyr fijamente a los ojos; le temblaba la mandíbula.

—Supongo que eso está por ver.

Yo los ignoré y me miré las manos, manchadas de sangre de Zevander. Demasiado débiles para sujetarlo. Inútiles.

—Tengo que encontrarlo. —Noté un gemido atascado en la garganta, pero no logró abrirse camino—. ¡Voy a ir a buscarlo y lo traeré de vuelta!

—Maevyth, no es posible. —Kazhimyr me arrimó a él, pero yo me lo quité de encima; me negaba a aceptar sus palabras. Me cogió los brazos y me sujetó con fuerza—. Se ha ido. —El dolor le subió por la garganta y se le quebró la voz—. Ya no está.

—¡No! —Le di un empujón en el pecho, pero él ni se movió—. ¡No es cierto! ¡Suéltame!

Él no dijo nada, sino que se limitó a agarrarme fuerte, negándose a soltarme.

—¡Déjame! —Mi lucha interna cesó y me derrumbé. Dejé escapar un sonido desgarrador que me pareció ajeno a mí, rebosante de agonía y pena. No me reconocía. Me puse a gritar y no paré hasta desgarrarme la garganta, hasta quedarme ronca y vacía.

Kazhimyr seguía estrujándome mientras yo me estremecía con violencia. Me acarició el pelo.

—Te mantendré a salvo.

Intenté quitármelo de encima otra vez, pero me agarraba con firmeza. Fuerte. No lo quería a él. Yo quería al único hombre en

cuyos brazos me sentía a salvo. Un hombre que en ese preciso instante estaba en un profundo abismo.

Y lloré por él.

Hasta que me ardieron los ojos y no quedó nada más aparte de las sofocantes palpitaciones de mi pecho, en cuyo interior mi corazón lamentaba la muerte de la persona por quien latía. Y seguí llorando, porque no soportaba el silencio imperante mientras contemplaba el arco.

Lo miraba con insistencia, esperando a que se asomara y viniera hacia mí. A que saliera airoso de la sima y dijera alguna palabrota o soltara un comentario ingenioso, igual que todas las veces que había desafiado a la muerte. Quería olerlo, aspirar su delicioso aroma a cuero y acero, con un regusto a caramelo fundido. Necesitaba que me abrazara.

Pero no quedaba nada de él.

No podía saborearlo. No podía olerlo. No podía sentirlo.

Ya no estaba.

Se había ido.

Me invadió un espantoso dolor sordo, como se me hubiera roto un hilo y mis costuras empezaran a desintegrarse. Sin embargo, el dolor más fuerte estaba por llegar, cuando estuviera sola y la realidad abriera aún más la herida con su cegadora verdad. Pero todavía veía un destello de esperanza. Un atisbo de ilusión. Si me quedaba allí y esperaba, quizá volviera conmigo.

«Vuelve conmigo, por favor. Me lo juraste. Me juraste que no ibas a abandonarme».

No se me iba de la cabeza una imagen difusa de él (la tristeza de sus ojos al ser consciente de que no había ninguna esperanza de que se salvara), una agonía constante y punzante. Me pasé las yemas justo por donde él se me había resbalado, desesperada por

rememorar su tacto. Esas manos fuertes, protectoras, cariñosas.

«No, esto no está pasando. No está pasando».

—¿Por qué? —pregunté mirando fijamente el hipnotizante resplandor —. ¿Por qué se ha caído a la sima?

—Quería prenderle fuego a esa puta cosa —contestó Dravien—. El Valle Umbrío rechaza todo aquello que percibe como una amenaza. Solo permite el paso a los etirios de sangre e intenciones puras.

Recordé que Zevander me había dicho eso mismo hacía tiempo, pero seguía sin parecerme una buena razón. No era aceptable.

Percibí algo por el rabillo del ojo: Kazhimyr tenía una araña correteando brazo abajo.

—¡Kazhimyr! —grité dándole un empujón en el pecho.

Él, que por lo visto también se había percatado, me soltó y se la quitó de un capirotazo. El bicho salió volando y cayó a unos centímetros de nosotros.

—¡Mierda!

La araña, en vez de irse corriendo, dio la vuelta y fue a por Dravien. Su cara rezumaba una neblina blanca que cubrió de escarcha las hojas y la vegetación. Fue directa hacia él, pero no llegó a alcanzarlo, porque yo la espachurré con la bota, esparciendo sus entrañas negras.

No paraba de darle pisotones y gruñir con lágrimas en los ojos, pues estaba fuera de mí por la rabia que me causaba recordar a esas bestias espantosas atacando a Zevander. La pisoteé hasta que sus tripas se quedaron incrustadas en la vegetación, pero, por si acaso, le toqué una pata, convirtiendo al puto bicho en un montoncito de polvo.

Y lo pisoteé de nuevo.

—Maevyth, yo creo que ya está muerta. —Kazhimyr amagó con

cogerme del brazo, pero yo me aparté con ademán desdeñoso y me acerqué despacio a la barrera.

Me vino a la memoria una cosa que me había dicho Zevander hacía tiempo: «Aunque el destino cambie de senda mil veces, siempre conducirá a esto: a ti y a mí».

Me derrumbé. Inerte. Vacía. Rota.

Como si yo misma hubiera arrojado mi corazón a la sima y hubiera presenciado cómo se hacía pedazos.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? —dijo una mujer desde el otro lado, y Kazhimyr maldijo entre dientes detrás de mí. Al echar un vistazo, vi a una rubia que me sonaba vagamente de la Ceremonia del Devenir.

A su espalda había una docena de soldados armados, si no más.

—Te cortamos la vena… y te matamos. —Antes, mientras se defendía de las arañas gigantes, a Dravien no le había temblado la voz ni un poco, pero en ese momento le costó pronunciar las palabras y estaba pálido, como si estuviera mirando a la muerte a los ojos.

La rubia llevaba al cuello un pañuelo con manchas resecas de sangre, un detalle que no me paré a considerar mientras me volvía hacia la barrera.

—Traedme a Melantha —ordenó la mujer, pero ni siquiera la mención de ese nombre conocido me sacó de mis pensamientos.

En ese momento me daba igual quiénes eran y qué querían. El mundo ya se me había venido encima y me ahogaba entre el polvo.

—Es ella. Maevyth. Su amada mortal. —Esa voz femenina me sonó más, por eso eché un vistazo por encima del hombro al oír su nombre.

Junto a la rubia, había una mujer con unas deformidades horrendas y una cuenca ocular vacía.

No era la Melantha que yo recordaba.

—Por la sangre de los dioses, eres… Melisara —dijo Kazhimyr con la voz tensa de la impresión retrocediendo a trompicones—. Hace siglos me encargaste que robara la mortucrux. Tu hermano era Cada…—¡Cállate! —le espetó la general Loyce—. ¿O quieres que me asegure de que te arranquen la lengua? Y tú… —Se centró en Dravien de nuevo—. Tengo en mente cosas maravillosas para ti, cariño.

La cabeza me gritaba que prestara atención. Que me pusiera en guardia. Si dos hombres poderosos como Dravien y Kazhimyr se habían quedado callados de repente era por algo, pero estaba exhausta. No era capaz de centrarme.

Me volví hacia el arco. No tenía ningún interés en ellos.

—Traedme a la chica —dijo la rubia.

Kazhimyr gruñó y se incorporó de un salto, y esos movimientos bruscos captaron mi atención. Extendió el brazo hacia los guardias que iban a por mí, pero lo único que le salió de la palma fue un borrón blanco. Los copos de nieve, o eso parecían, acabaron en la garganta y la frente de ambos, que empezaron a sangrar y cayeron al suelo de rodillas. Se les puso la piel de una tonalidad azul, como si se hubieran congelado por dentro, y se desplomaron de cara uno detrás del otro.

Kazhimyr le lanzó un carámbano descomunal a Loyce que atravesó el aire con la punta. Un hombre bajo que medía la mitad que la rubia dio un paso al frente y extendió el brazo. El carámbano se derritió a medio camino y cayó al suelo en forma de lluvia. El desconocido se volvió hacia él; tenía un ojo tapado con un curioso parche morado y la otra mitad de la cara cubierta por lo que parecía plata fundida. Kazhimyr extendió el brazo otra vez, pero no llegó a invocar ningún glifo, sino que profirió un grito angustioso y se

desplomó en el suelo, retorciéndose.

Yo me levanté, con la frente arrugada, y busqué como loca el ente invisible que lo había atacado.

—¡Para! ¡Basta ya! —Miré a Dravien, que estaba paralizado, rígido, con los ojos cerrados, como si no quisiera mirar. El coraje que había demostrado en Mortasia debía de haberse quedado allí. Me centré de nuevo en el bajito—. ¡O paras o te juro por los dioses que te arranco los miembros y los tiro por ahí!

La rubia se rio entre dientes.

—Me encantaría presenciarlo.

El retaco, aún con el brazo extendido, cerró la mano y a Kazhimyr le salió humo de las muñecas: le había grabado a fuego en la piel una delgada banda negra.

—¡Mierda! —gruñó él llevándoselas al pecho, temblando—. ¡No!

Yo invoqué el látigo óseo y lo sacudí sin demora.

El guardia que estaba al lado del bajito explotó y, por los resquicios de su armadura, salieron disparados trozos de carne y hueso, que acabaron desperdigados por el suelo. Los demás guardias recularon, con los ojos como platos, algunos maldiciendo y otros riéndose.

—Vaya. Impresionante —dijo la rubia.

Yo me dispuse a golpear de nuevo con el látigo.

El bajito extendió el brazo y lo cogió por el otro extremo, quebrando los huesos.

Ahogué un grito y estuve a punto de caerme hacia atrás, pero él tiró del azote para atraerme y alzó la mano, haciéndome sentir un intenso calor recorriéndome las venas. Abrí la boca para llamar a Raivox, pero lo único que fui capaz de articular fue un grito ronco. De las muñecas me salían volutas de humo, igual que a Kazhimyr, y vi que tenía grabada a fuego una tenue inscripción negra, como las

llamas de Zevander.

El dolor disminuyó enseguida y suspiré profundamente. Me desplomé sobre las rodillas y me caí de lado, tosiendo. Notaba una quemazón en las bandas negras.

—¿Dónde está Rydainn? —preguntó la rubia acercándose con parsimonia a Dravien, que no había movido un dedo para ayudarnos.

—Está muerto. —Él, más pálido que antes, no hizo por mirarla—. Se ha caído a la sima.

«Muerto. Se ha caído a la sima».

Qué injusto. Qué injusto me pareció cuando lo oí en voz alta. No era posible que hubiera muerto. Me negaba a creerlo.

Con los ojos llenos de lágrimas, gateé a toda prisa hasta la barrera y me puse a darle golpes.

—Cogedlos —ordenó la mujer con voz temblorosa, como si la noticia la hubiera afectado —. Tengo en mente un castigo especial para la chica.

Al notar unas manos ásperas agarrándome del brazo, me di la vuelta y le clavé las puntas renegridas de los dedos al guardia en la mano.

Pero… no se convirtió en polvo.

Se rio entre dientes y me asió con firmeza para levantarme del suelo.

—Lo primero que va a desaparecer son esos dedos —dijo.

La rubia vino hacia mí con las manos a la espalda. Percibí un destello dorado por el rabillo del ojo y, acto seguido, sentí unos nudillos impactando en mi mejilla y oí un chasquido estremecedor mientras la cabeza se me iba a un lado. El dolor se me extendió por las fosas nasales y la mandíbula me palpitaba. Con los ojos empañados de lágrimas, vislumbré la nieve salpicada de sangre.

—Creo que mis mascotas no han probado la carne de mortal.

Estoy deseando presentártelas.

83

Zevander



Zevander estaba seguro de que morir habría sido más fácil.

Todos y cada uno de sus músculos gritaban de dolor mientras miraba el borde del precipicio con la cara de Maevyth grabada en la memoria. Estaba tirado en la entrada de un vacío negro y su vida pendía de un saliente de la roca. Un giro inesperado del destino. Una cascada de arañas y bichos humanoides pasaron por delante de él siseando y chillando mientras caían en picado. Tenía las piernas suspendidas en el aire, pues la cornisa era tan estrecha que solo le cabía la parte superior del cuerpo. Un movimiento en falso y se precipitaría hacia la muerte.

Pasó otra araña rozándole la oreja, pero él no se atrevió a verla morir. Se sentía muy débil y maltrecho. Lo que hizo fue pensar en Maevyth, recordar lo aliviado que se había sentido al verla entrar en Etiria. Vio su cara y la oyó llamándolo mientras él colgaba del brazo de Dravien.

Lo único que necesitaba era sentirla una vez más.

Él no creía en los dioses, pero allí tirado, sangrando y destrozado, rezó para que Maevyth encontrara a Dolion.

A lo mejor se apiadaban de él y se sumía en la caligorya. Allí volvería a verla una última vez.

Los chillidos de los bichos y de lo que habitaba a kilómetros de profundidad interrumpieron aquel momento de serenidad pensando en ella, lo cual le recordó que los dioses podían ser muy crueles.

El borde del precipicio estaba a unos sesenta metros, si no más, y no había nada para agarrarse. Era imposible escalar.

Tenía la mano rígida y temblorosa, pero se las arregló para metérsela en el bolsillo del pantalón y buscó como loco el colgante con los dedos. En cuanto palpó la cadena y cogió la joya con la mano, se tranquilizó. Lo sacó con cuidado de que no se cayera y se lo pegó al pecho.

Cerró los ojos y evocó a Maevyth. La primera vez que la había visto, no en la habitación, sino en la caligorya, cuando era pequeña. La primera sonrisa que ella le había dedicado. Su pelo alborotado por una brisa errante y el reflejo de la luz en sus ojos plateados. Se había grabado en la memoria todos los detalles de su cara, cada momento que había pasado a su lado.

Lunamiszka. Su bruja lunar.

Se le ralentizó el corazón. Lo invadió una sensación de paz. Empezó a sopesar estupideces, como intentar subir escalando, por mucho que supiera que no había ninguna posibilidad de alcanzar la superficie.

«Morir sería lo más fácil», pensó otra vez.

Un rugido estruendoso se apoderó de la mente de Zevander y, cuando miró hacia arriba, vio dos ojos brillantes observándolo desde la cornisa del precipicio. Era todo un misterio cómo había logrado pasar la frontera aquel bicho, pero no le quedaba energía para

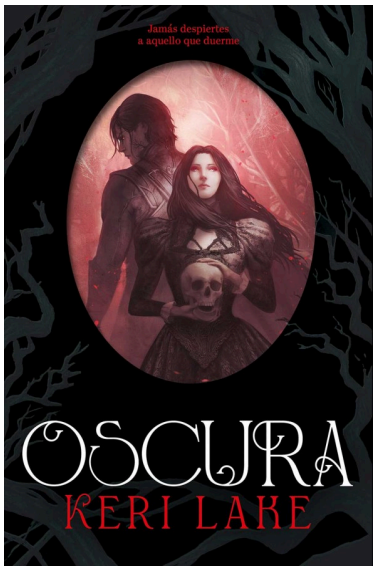
pensar en ello.

Raivox rugió de nuevo y, batiendo las alas, se lanzó al aire y empezó a sobrevolar la sima.

Zevander esbozó una sonrisa.

—Hola, comemierda. Qué bien que apareces.

En la fascinante secuela de *Anatema*, el fenómeno internacional de fantasía gótica, Maevyth y Zevander deberán enfrentarse a un antiguo y malévolo poder que amenaza con destruirlo todo.



Una magia antigua ha despertado, y ahora la tierra de los mortales es más oscura, más fría y está más hambrienta que nunca.

Para Maevyth y Zevander, la única posibilidad de escapar es volver a atravesar el Bosque Voraz. Pero el destino ha tejido una intrincada tela de araña, cuyos hilos harán que cruzar la mística frontera hacia Etiria no sea tarea sencilla.

Por desgracia para Zevander, el tiempo juega en su contra: cuanto más permanezca en Mortasia, privado del vivicanto que necesita

para frenar el avance de la maldición que pesa sobre él, más sucumbirá al espectro de la locura.

Y puede que esta vez ni siquiera Maevyth pueda salvarlo de las sombras.

Keri Lake es una escritora de novelas románticas góticas especializada en la lucha contra demonios, la venganza y los giros argumentales perversos. Sus historias son descarnadas, con antihéroes que se sitúan entre el bien y el mal y heroínas poderosas que los ponen de rodillas. Cuando no está escribiendo, le gusta pasar tiempo con su marido, sus hijas, su labrador (que no obedece nunca) y su cachorro. Se alimenta de café fuerte y música alternativa, adora el buen vino tinto y tiene una ligera adicción al chocolate negro.

Oscura es la segunda entrega de la trilogía El Bosque Voraz, que empezó con *Anatema*, un éxito internacional que ya ha conquistado a una legión de lectores.



Título original: *Eldritch*

Primera edición: febrero de 2026

© 2025, Keri Lake
Quedan garantizados los derechos morales de la autora
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Carlos Abreu Fetter, Rocío Gómez de los Riscos y Jorge Rizzo Tortuero,
por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Marina Martínez
Ilustración de portada: © Teresa Ramos (Teradiam)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún

fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-03806-8

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Oscura
Advertencia
Mapa de Mortasia
Mapa de Etiria
Mortasianos
Etirios
Razas etirias
Glosario
Glifos
Dioses etirios
Prólogo
1. Maevyth
2. Zevander
3. Maevyth
4. Zevander
5. Zevander
6. Zevander
7. Maevyth
8. Kazhimyr

9. Maevyth
10. Zevander
11. Maevyth
12. Kazhimyr
13. Maevyth
14. Zevander
15. Zevander
16. Zevander
17. Kazhimyr
18. Zevander
19. Maevyth
20. Zevander
21. Zevander
22. Zevander
23. Maevyth
24. Zevander
25. Zevander
26. Zevander
27. Maevyth
28. Zevander
29. Zevander
30. Kazhimyr
31. Maevyth
32. Zevander
33. Zevander
34. Zevander
35. Kazhimyr

36. Zevander
37. Zevander
38. Maevyth
39. Maevyth
40. Zevander
41. Zevander
42. Zevander
43. Zevander
44. Zevander
45. Zevander
46. Zevander
47. Zevander
48. Maevyth
49. Kazhimyr
50. Maevyth
51. Zevander
52. Maevyth
53. Maevyth
54. Zevander
55. Zevander
56. Zevander
57. Zevander
58. Kazhimyr
59. Maevyth
60. Zevander
61. Maevyth
62. Kazhimyr

63. Maevyth
64. Maevtyh
65. Zevander
66. Zevander
67. Maevyth
68. Maevyth
69. Zevander
70. Maevyth
71. Zevander
72. Zevander
73. Maevyth
74. Zevander
75. Zevander
76. Maevyth
77. Kazhimyr
78. Maevyth
79. Zevander
80. Zevander
81. Zevander
82. Maevyth
83. Zevander
Sobre este libro
Sobre Keri Lake
Créditos